



TREINTA AÑOS DE CIENCIA-FICCIÓN

UNA RECOPIACIÓN DE:

SAM MOSKOWITZ

Lectulandia

Desde que Hogo Gernsback creara *Amazing* hasta nuestros días, ha corrido mucha tinta... y se han escrito muchos relatos de ciencia ficción. Los estilos y los temas, han evolucionado; han surgido nuevos autores; tendencias como la «*new thing*» han evolucionado el campo. Pero la ciencia ficción ha seguido existiendo como una sola cosa pese a todos los esos cambios.

Sam Moscovitz es uno de los especialistas americanos más conocidos que se ha dedicado al estudio de la ciencia ficción. Conocedor desde sus inicios de todos los autores y tendencias, es autor de numerosos trabajos, semblanzas, biografías, estudios críticos, etc. Su dedicación le ha permitido conocer todas las fluctuaciones que ha sufrido la ciencia ficción desde las heroicas décadas de los años treinta hasta nuestros días. Tal vez resulte un poco aventurado decir que Sam Moscovitz es un completista en lo que a la ciencia ficción se refiere... pero lo es.

Éste es el origen y la finalidad de esta obra. En ella, y tras un interesante estudio sobre la evolución del género desde su principio, Moskovitz nos presenta veintiún relatos, pertenecientes a los autores más representativos. Pero, al mismo tiempo, estos relatos evidencian también las inquietudes y los deseos de la época en que fueron escritos. John Campbell dijo en una ocasión que nada mejor que un buen relato de ciencia ficción para conocer y conocer la ideología de la época en que fue escrito. En estos veintiún relatos hay representados casi treinta años de ciencia ficción: una guerra mundial, varias crisis económicas, la carrera del espacio, el nazismo, el comunismo, el capitalismo... todo está ahí. Se trata pues, de un viaje al futuro que no abandona pese a todo nuestro pasado ni nuestro presente. Si buscan sólo evasión, la hallarán; si buscan «algo más»... lo encontrarán también.

Esperamos que en ambos casos, les guste.

Lectulandia

AA. VV.

Treinta años de Ciencia Ficción

ePub r1.0

Watcher 28-03-2018

Título original: *Modern Master Pieces of Science Fiction*
AA. VV., 1965
Traducción: Jesús de la Torre Roldán & Luis Vigil & Pedro Víctor
Diseño de cubierta: Watcher

Editor digital: Watcher
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Introducción

La ciencia ficción moderna, para quienes cultivan o están familiarizados con este campo, es una frase que alude a un cambio, fácilmente identificable, en la estructura relativa a esta clase de novelas, y que dio comienzo en 1938 y se hizo claramente manifiesta a mediados de 1939. El verdadero revolucionario fue John W. Campbell, el cual no sólo impulsó vigorosamente esta rama literaria en la dirección que deseaba, sino que, bajo el seudónimo de don A. Stuart, escribió previamente los modelos de esta clase de historias forjadas en su imaginación.

La ciencia ficción «moderna» de Campbell puso especial énfasis en ciertos hechos:

—La forma en que eran escritas las historias. Exigía, en los cuentos «normales» publicados por él, un mayor grado de sofisticación que el generalmente requerido en la ciencia ficción. Esto se aplicaba no solamente al perfeccionamiento estilístico, sino también a la forma en que se presentaban las ideas. El subterfugio se convirtió en una característica del método literario de la ciencia ficción moderna. Se ha dicho, con cierta justicia, que lo que la ciencia ficción llamaba «excelentes obras» se limitaba a seguir la corriente en boga durante los años treinta y que incluso hoy, veintiséis años después, dichas obras se asemejan más al «*Saturday Evening Post*» y al «*Cosmopolitan*» de la época de la depresión que a la literatura de ficción de vanguardia.

—Mayor énfasis en el factor psicológico. Es decir, cómo afectarían a las personas del mundo del futuro los inevitables cambios sociales y tecnológicos; cómo sería su comportamiento en la vida diaria bajo unas circunstancias tan radicalmente cambiadas; qué situaciones resultarían dramáticas en los innumerables futuros ideados.

—La importancia de la filosofía sobre la acción cultural. Cada civilización vive con arreglo a cierta filosofía, firme o difusa. La valoración debía hacerse no sólo en cuanto a las futuras filosofías del hombre, sino de acuerdo con fantásticas e infinitas filosofías hipotéticas de criaturas extrañas.

—La exploración de la posibilidad de poderes extraños en varios miembros de la raza humana. Los más directamente implicados eran los humanos que constituían una mutación psíquica o mental, pero se incluían ampliamente la telepatía, levitación, teleportación y telequinesis, así como toda la gama conocida como «Fenómeno Fortiano», es decir, la sucesión de hechos inexplicables que Charles Fort creía que desobedecían alas «leyes» de la ciencia.

—Una ampliación programática de la ciencia ficción para incluir no sólo la protesta social acerca de la política, los negocios, la guerra, etc., de la civilización occidental (hacia la que siempre se había mostrado receptiva), sino para protestar y criticar la religión que, al igual que el sexo, siempre se habían esquivado

cuidadosamente. La ciencia ficción moderna extendió posteriormente su campo ocupándose del sexo, pero no por medio de Campbell, que prefirió no tratar este tema en las páginas de su revista.

Con ello no desestimó la exploración de futuras tecnologías, particularmente la fuerza atómica, pero dichas materias resultaron estar en clara minoría. La ciencia ficción se mostraba menos inclinada a alabar el camino de la ciencia que a describir círculos, al igual que una polilla atrapada, en torno al atractivo hipnótico de la pretensión literaria.

Todos estos elementos habían sido presentados previamente en la ciencia ficción, pero su presencia resultaba fortuita. Campbell sabía lo que quería, y las circunstancias le permitieron encontrar los autores que respondieran a sus deseos.

Aunque en 1939 se abrieron muchos mercados para los escritores de ciencia ficción, a medida que se multiplicaban los títulos, el país se hallaba todavía bastante sumido en un estado de depresión financiera y un editor podía disponer de muchos y complacientes escritores. «Astounding Science-Fiction» era la primera revista en orden de ventas y prestigio cuando Campbell se hizo cargo de ella. Sus tarifas eran las más elevadas (cuando menos, pagaba a razón de un centavo o algo más por palabra). Si bien otras revistas de ciencia ficción ofrecían también un centavo por palabra, como correspondía por ejemplo a las tarifas del «Writer's Digest», frecuentemente se cotizaban menos los trabajos de mayor extensión, particularmente la novela, y el pago no siempre se hacía efectivo.

Campbell suministraba incansablemente ideas a los escritores no sólo con respecto a los argumentos, sino en cuanto a la singular manera de abordar el tema. Buscaba y conseguía esmerados escritores. Asimismo, representó el mayor mercado mensual de publicaciones, llegando a comprar entre «Astounding Science-Fiction» y una revista filial de fantasía orientada llamada «Unknown», cerca de 200.000 palabras. Los negocios de Campbell prosperaban.

Campbell tuvo asimismo la fortuna de asumir su cargo de editor en el comienzo mismo de una nueva ola de popularidad para la ciencia ficción. Las lucrativas ventas de una revista titulada «Marvel Science Stories», cuya primera tirada se hizo en agosto de 1938 (y apareció a la venta el 9 de mayo del mismo año), hicieron que las editoriales de publicaciones baratas, que en general estaban convencidas hasta entonces de que la ciencia ficción no resultaba comercial, tomaran buena nota de ello. Cuando «Amazing Stories», la primera revista sobre el tema, cuya primera publicación fue en abril de 1926, fue vendida a Ziff-Davis (edición de junio de 1938) y en seguida empezó a subir su circulación, el incremento cobró proporciones desconocidas.

Todos estos factores hicieron posible para un solo hombre el disponer la índole de novelas que los autores de ciencia ficción debían producir y, de este modo, asumir la dirección del ramo. En sólo dos años reunió a su alrededor un cuadro de expertos talentos que, un cuarto de siglo más tarde, seguirían dominando el mundo de la

ciencia ficción.

Su arma más espectacular, sin embargo, siguió siendo el antiguo favorito Edward E. Smith, Doctor en Filosofía, que en 1928 causó sensación con «The Skylark of Space», un relato que llevaba a la ciencia ficción allende los confines del sistema solar, y con su «Grey Lensman», para la «Astounding Science-Fiction», que en 1939 ofrecía la escalofriante imagen de toda una galaxia patrullada por una especialísima fuerza de policía.

El acomodable Jack Williamson, que inicialmente ganó su popularidad imitando a Abraham Merrit, también resultó un vanguardista de la nueva ciencia ficción; pero, exceptuando a estos veteranos, la fase inicial de esta revolucionaria ciencia ficción consistió principalmente en el reclutamiento de nuevos miembros.

Campbell fue contratado como editor de «Astounding Stories» por F. Orlin Tremaine en 1937. Tremaine se había hecho cargo del negocio, virtualmente ruinoso en 1933, y en 1937, la calidad media del material no sólo declinó, sino que frecuentemente rayaba en el prosaísmo. Pero tres autores descubiertos en 1937 y 1938 (Eric Frank Russell, L. Sprague de Camp y Lester del Rey) iban a desempeñar un importante papel en el resurgimiento de la ciencia ficción. En 1939, Campbell descubrió a A. E. van Vogt, a Robert A. Heinlein y a Theodore Sturgeon, y tomaba a Isaac Asimov bajo su protección. Todos ellos iban a resultar unos verdaderos combatientes en su línea literaria.

Mientras aparecía en cualquier parte un trabajo ocasional para estos hombres, Campbell echaba generalmente un primer vistazo a todo aquello que, bajo cualquier propósito práctico, fuera exclusivamente aplicable a sus talentos. Esto apenas inquietó a la competencia, que tenía a la mayoría de los anteriores favoritos para redactar sus textos. Si Campbell deseaba seguir protegiendo a sus nuevos talentos, nada de malo había en ello, puesto que sólo le concernían a él. Otras tendencias, dentro de la ciencia ficción, estaban resultando tan lucrativas como las otras, al menos para ellos, y sin todos los esfuerzos que Campbell estaba haciendo.

Entre las principales revistas de ciencia ficción contemporánea figuraba «Amazing Stories», entonces bajo la dirección de Raymond A. Palmer, que seguía una política editorial de ciencia ficción elemental, narrada con sencillez, virtualmente sin aspiraciones de sofisticación ni de un mayor grado de originalidad. Esta clase de revista tenía su propio mercado de lectores, y llegó a superar en circulación a «Astounding Science-Fiction».

Cuando, a la luz de estos hechos, se burlaron de su imprevisión en su política editorial, Campbell, lejos de enojarse, afirmó que se sentía altamente complacido. Alegó que «Astounding Science-Fiction» estaba confeccionada para un público más maduro, y había dejado de publicar el tipo elemental de ciencia ficción que más atraía a los jóvenes. Dijo que era esencial el que existieran revistas tales como «Amazing Stories», y que prosperaran, ya que servirían para graduar a los lectores para «Astounding Science-Fiction». Al igual que un paciente debe visitar al médico de

cabecera antes de pasar al especialista, «Astounding Science-Fiction» necesitaba de otras publicaciones sobre relatos elementales con amplio atractivo para reclutar nuevos lectores.

Si la teoría de Campbell era correcta, el campo de la ciencia ficción se hallaba idealmente preparado para él, ya que, mientras «Amazing» imprimía la mayor parte de la ciencia ficción básica, «Standard Publications», con «Thrilling Wonder Stories», «Startling Stories» y «Captain Future», proporcionaban un efecto estimulador atrayendo a los adolescentes. Sus principales puntales fueron los grandes nombres de los años treinta: Eando Binder, Manly Wade Wellman, John Russell Fearn, Frank Belknap Long, Jack Williamson y Edmond Hamilton. «Startling Stories» ofrecía una novela completa en cada número, así como una reimpresión famosa y, en su género, resultaba excelente por un precio de quince centavos. «Captain Future» era una revista de categoría que, en el campo de la literatura científica, equivalía a «The Shadow» en la novela detectivesca, e iba dirigida a jóvenes de catorce años o menos.

Entre los lectores de ciencia ficción reinaba asimismo un sentido de nostalgia y un instinto gregario. Generalmente, no habían sido abastecidos hasta que Munsey publicó una revista a base de reimpresiones, titulada «Famous Fantastic Mysteries», dedicada al principio a célebres relatos fantásticos de los antiguos «Argosy», «All-Story» y «Cavalier». Por sus páginas desfilaron nombres famosos que correspondían a una era precedente a la primera revista de ciencia ficción de 1926: A. Merritt, George Allan England, Austin Hall, Charles B. Stilson, Victor Rousseau, Homer Eon Flint y Ray Cummings. Su estilo y trama correspondían al del tradicional romance científico de Edgar Rice Burroughs. Representaban una pura evasión, con aventuras en otros mundos, en valles perdidos y desconocidas dimensiones, plagadas de ricos y emocionantes hechos, donde, por lo general, una adorable princesa constituía la recompensa de sus heroicos esfuerzos. Esta revista consiguió igualmente una numerosa clientela.

Como quiera que los títulos proliferaron dentro del campo de la ciencia ficción, la especialización se fue haciendo más evidente. Una de tales revistas de mayor interés fue «Planet Stories», una publicación trimestral en plan de experimento de la cadena «Fiction House», hecha enteramente de «relatos interplanetarios». Su calidad resultaba muy irregular, pero la revista comenzaba a adoptar una dirección completamente distinta a las demás. Perseguía la acción, pero también cultivaba la epopeya y la maravilla de las rutas espaciales. Empezó a desarrollar un tipo de ciencia que poseía el sentimiento de la epopeya científica del antiguo «Argosy-All-Story» publicado por «Famous Fantastic Mysteries», pero estaba escrita en un estilo más ágil y bajo una presentación más científica. Su editor, Malcolm Reiss, resultó asimismo receptivo a la ciencia ficción insólita, y frecuentemente publicaba relatos que no sólo eran únicos, sino también de excepcional calidad literaria.

Las únicas revistas nuevas que, en cierto grado, siguieron en plan de acción de

Campbell fueron dos editadas por Frederick Pohl, para «Popular Publications», tituladas «Astonishing Stories» y «Super Science Stories». A «Astonishing Stories» le cupo la distinción de ser la primera revista de ciencia ficción que se vendió al ínfimo precio de diez centavos. «Super Science Stories» publicaba novelas cortas completas y competía con «Startling Stories». El único problema que se planteaba aquí era que Pohl sólo podía pagar medio centavo por palabra. Adquirió los derechos de otras revistas y entre ellos encontró a los autores más aceptables de Campbell. Prácticamente con la primera edición, en su revista aparecieron Isaac Asimov, Robert A. Heinlein, L. Sprague de Camp, Clifford D. Simak, así como otros menos brillantes del grupo de Campbell.

Cuando Alden H. Norton asumió la dirección de las publicaciones de Pohl en el verano de 1941, continuó la misma política, con la adición de relatos fantástico-científicos parecidos a los publicados en «Planet Stories». Fue su inclinación hacia los relatos de este tipo lo que condujo a Norton al descubrimiento de Ray Bradbury, comprando su primer relato, «Pendulum», escrito en colaboración con Henry Hasse, para el número de «Super Science Stories» de noviembre de 1941. En común con «Planet Stories» y el grupo de «Standard Magazine», compartió la literatura de capa y espada ideada por Leigh Brackett y los relatos fantásticos de Henry Kuttner, al estilo de Merritt.

Otros muchos títulos hicieron acto de presencia y desaparecieron, pero los precedentes fueron los que ejercieron mayor influencia y los que representaron a los tipos de ciencia ficción más popular en el momento en que los Estados Unidos entraron en la Segunda Guerra Mundial. Las consecuencias de la movilización y los destinos de los autores extraordinariamente calificados a las industrias de interés nacional afectaron seriamente a Campbell. Sus principales puntales se encontraban en edad de reclutamiento y algunos de ellos, como Heinlein, de Camp y Asimov, pasaron a ocupar puestos especiales, requeridos por la industria de guerra.

Otras revistas tenían un mayor porcentaje de autores mayores, exentos de reclutamiento, que continuaron escribiendo; y todas ellas, durante los años de la contienda, trabajaron en unas condiciones mucho menos exigentes que las de «Astounding Science-Fiction». Un nuevo y prominente autor, Fritz Leiber, quedó agregado a la nómina de Campbell durante los años de la guerra. En este mismo período se impuso igualmente por méritos propios Clifford D. Simak, aportando los relatos que formarían después su libro «City», justamente famoso. Murray Leinster, auténtico patriarca entre los escritores, también ayudó notablemente a llenar este lapso de tiempo. Henry Kuttner, bajo el seudónimo de Lewis Padgett, fue reclutado para escribir para Campbell una serie de notables narraciones, al estilo de John Collier, mientras que su esposa C. L. Moore, empleando el seudónimo de Lawrence O'Donnell, era aclamada como un extraordinario descubrimiento por el público lector. Jack Williamson desempeñó por breve tiempo el papel de un joven y prometedor escritor, Will Stewart, escribiendo importantes novelas de índole

científica acerca de la antimateria, hasta que la tentación de la aventura le hizo enrolarse en los servicios armados, pasando al escenario de la guerra aérea del Pacífico.

De la misma forma que los judíos alimentaron sus esperanzas durante siglos con la divisa de «mañana en Israel», así sustentaba John W. Campbell el ánimo de sus lectores con la visión prometedor de lo que podían esperar cuando «los muchachos volvieran a casa».

La aparición de la primera e importante antología de ciencia ficción de la posguerra «The Best of Science Fiction», editada por Groff Conklin en 1946, resultó un triunfo para John W. Campbell. El libro se convirtió en un «*best-seller*», en el verdadero significado de la palabra, y todo su material literario estaba compuesto por material de la revista de Campbell. En un prefacio escrito por el propio Campbell se determinaban las diferencias básicas existentes entre las anteriores formas de ciencia ficción y las «modernas»:

Primera, el método escritura:

En la ciencia ficción clásica —H. G. Wells y casi todas las historias escritas con anterioridad a 1935—, el autor hacía un desplazamiento del tiempo a fin de llevar al lector, antes de iniciarse la historia, ante el momento justo donde se produjo. Los mejores escritores modernos de ciencia ficción han desarrollado algunas técnicas, verdaderamente notables, para presentar una gran cantidad de material de fondo auxiliar sin inmiscuirse en el curso de la historia de este tipo.

Segunda, el contenido:

El escritor de ciencia ficción moderna no se conforma con decir: «dentro de diez años dispondremos de armas atómicas», sino que va más lejos; su principal interés se centra en lo que dichas armas ocasionarán a las estructuras políticas, económicas y culturales de la sociedad.

Pocos meses después de editarse «The Best of Science Fiction», Raymond J. Healy y J. Francis McComas publicaron una compilación todavía más monumental sobre el género de ciencia ficción de Campbell con el título de «Adventure in Time and Space» y subtitulada «An Anthology of Modern Science Fiction Stories», cuya venta alcanzó cifras igualmente impresionantes. De los treinta y cinco relatos que contenía el libro todos, a excepción de tres, procedían de las revistas de Campbell, y de los treinta y dos de su revista sólo cuatro no habían sido comprados bajo su dirección editorial, y ¡uno de ellos correspondía a su novela corta *Forget fullness!*

Los editores de revistas de ciencia ficción que no quedaron impresionados ante los relativos a las ventas alcanzadas, lo fueron ciertamente por las críticas; ambas antologías recibieron amplias alabanzas por parte de los periódicos y revistas más prestigiosas. Hasta entonces, habían sido hartamente infrecuentes las consideraciones literarias relativas a los productos por parte de las revistas populares de ciencia ficción. Aquella tentación general era sin duda como un vino generoso que se subía a la cabeza. Se pensó que tal vez hubiera algo más de peso en el género literario de

ciencia ficción cultivado por Campbell de lo que se había estimado. ¡Lo mismo ocurría en sus ventas y en la gloria alcanzada!

Poco a poco, los maestros de este nuevo género fueron regresando de la guerra, pero no para caer precisamente en los brazos abiertos de Campbell. Algún tiempo después de que aparecieran las dos principales antologías de ciencia ficción, L. Sprague de Camp, Theodore Sturgeon y Robert A. Heinlein empezaron a publicar en «Thrilling Gonder Stories». No mucho después, A. E. von Vogt se encontró en campo contrario, al igual que otros varios autores que generalmente habían sido considerados como exclusivos de Campbell, entre los que se contaba a L. Ron Hubbard, Cleve Cartmill, George O. Smith y Raymond F. Jones.

Aparecieron otras antologías de ciencia ficción, con declaraciones de peso a cargo de autores de ciencia ficción «moderna» procedentes de «Astounding Science-Fiction». Se formaron sociedades editoriales especiales que publicaron novelas famosas y relatos cortos de ciencia ficción encuadrados en cartón. Un desproporcionado porcentaje de ellas procedía también de las revistas de Campbell y, al hacer la crítica de los libros, los de relatos «modernos» parecían recibir siempre un tratamiento preferente.

Cuando a finales de 1948 comenzó a aliviarse la escasez de papel de la posguerra, llegó el tanto tiempo retenido tropel de revistas sobre la nueva ciencia ficción. Primero vino la resurrección de «Super Science Stories», bajo la dirección editorial de Alden H. Norton, fechada en enero de 1949. Era evidente que se iba a continuar la anterior política de valerse de novelas, tanto las de ciencia ficción moderna de Campbell como las de fantasía, aventura y acción.

Editor de otra revista periódica, titulada «*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*» (otoño de 1949), era Anthony Boucher, famoso escritor de novelas detectivescas, crítico y antiguo colaborador de «*Astounding Science-Fiction*». Se hallaba enteramente en la línea literaria de Campbell, y de manera muy especial en el estilo sagaz. Todos los personajes eminentes que rodearon a Campbell y que podían formar hábilmente una frase aparecieron en las páginas de su revista.

La más costosa incursión llegó con la aparición de «*Galaxy Science Fiction*» (octubre de 1950), editada por H. L. Gold, que previamente ya había escrito y editado ciencia ficción. Hasta este momento, Campbell había echado su primer vistazo a una parte sustancial de los relatos publicados por sus favoritos, donde quiera que aparecieran. Aunque sus tarifas corrían parejas con las de «*Thrilling Wonder Stories*» y «*The Magazizne of Fantasy and Science Fiction*» y fueron superadas por «*Galaxy Science Fiction*», aquella situación terminó. La artillería pesada de Campbell se encontraba en la edición preliminar de «*Galaxy Science Fiction*», con Clifford D. Simak, Theodore Sturgeon, Fritz Leiber e Isaac Asimov.

Campbell elevó sus tarifas y continuó descubriendo nuevos talentos, pero mientras antes podía ejercitar severa disciplina con sus subordinados a causa de su poderío económico y de su prestigiosa posición, ahora se encontraba con que,

después de escribir una valiosa y única novela, aquéllos hacían acto de presencia frecuentemente en otras partes. La política de «*Galaxy Science Fiction*» no era sino una prolongación de la de Campbell, pero poniendo más énfasis en los aspectos psicológicos de la ciencia ficción, ya introducido por «*Astounding Science-Fiction*» en obras maestras tales como «*Huddling Place*» de Clifford D. Simak.

Fuera de la esfera de influencia de Campbell, la acción ilustrativa de la ciencia ficción, como pusieron de manifiesto «*Planet Stories*» y «*Trilling Wonder Stories*» al publicar las sensacionales parábolas del espacio del virtuoso estilista Ray Bradbury. Sus mejores novelas, en gran parte, fueron compradas a sólo un penique la palabra, y raras veces aparecían nuevas antologías sin un cuento de Bradbury, proporcionando a aquella transitoria rama de la literatura popular un sólido reconocimiento y prestigio. Esto constituyó la base de su venturosa carrera. Con los mismos honores, Arthur C. Clarke fue uno de los descollantes jóvenes valores literarios británicos que sufrió la influencia del estilo y género de Campbell, publicando primero en este país en «*Astounding Science Fiction*» aunque, sin embargo, y al igual que otros muchos valores potenciales, marchó rápidamente a la competencia para contribuir con su mejor trabajo.

En 1952 la marea de la ciencia ficción alcanzaba su cúspide. Hubo un tiempo en que aparecieron simultáneamente a la venta en los kioscos treinta y dos títulos distintos. El auge inicial de 1938 quedó saludablemente estabilizado con revistas de ciencia ficción dirigidas a los distintos estratos del público lector. Este auge posterior adoptó la política de «seguir al líder». «*Thrilling Wonder Stories*» y «*Startling Stories*», constituyeron a un tiempo los bastiones de la acción del adolescente, bajo las sucesivas administraciones de los editores Sam Merwin y Sam Mines y, en su contenido, llegaron a ser indistinguibles de «*Astounding Science Fiction*», «*Galaxy Science Fiction*» y «*The Magazine of Fantasy and Science Fiction*». Aquellas revistas no sólo llegaron a alcanzar un alto grado de sofisticación, sino que, en agosto de 1952, hizo explosión, como una granada, la novela «*Los amantes*», de Philip José Farmer, que marcó un hito en la historia de la ciencia ficción, abriendo nuevas manifestaciones a los autores de la ciencia ficción moderna, como es la del factor sexual, y acabando con un tabú que hasta entonces se había mostrado rígido e inflexible.

No es que la incorporación del sexo a la ciencia ficción resultara insalubre (el campo habría sido mucho más pobre sin las aportaciones de Farmer), sino que «perfeccionaba» la usurpación de las fortalezas, por así decirlo, de la maravilla, de la acción y del romance científicos á través de novelas de tendencia filosófica, psiquiátrica o sexual que entrañaban un peligro.

Numerosas fuerzas contribuyeron a operar un cambio de lo anterior, publicando ciencia ficción «moderna» hasta la exclusión virtual de cualquier otro tipo. Predominante fue el peso de nuevos títulos, demasiado engorrosos para ser soportados por aquel público lector. Comoquiera que la totalidad de la masa lectora

fue decreciendo aún más con la acumulación de nuevos títulos, los editores atribuían sus problemas de distribución a la «política editorial». A cada paso, incluso en las páginas de sus revistas, los editores alababan las excelencias de los libros escritos por autores modernos y ridiculizaban cualquier otra forma. El publicar y leer ciencia ficción «moderna» había llegado a ser un símbolo de su «*status*», un distintivo de prestigio y madurez. ¿No era ésa la dirección lógica a seguir?

«Amazing Stories», que en la década de 1940 a 1950 ocupó el liderazgo de la distribución, renunció a su política con respecto a la ciencia ficción elemental y, en su número de abril-mayo de 1953, abandonó la tirada barata por la del tamaño «selecciones de», incluyendo ingeniosos relatos de Robert A. Heinlein, Theodore Sturgeon, Murria Leinster y Ray Bradbury.

«Famous Fantastic Mysteries», que durante catorce años estuvo publicando reimpresiones de literatura de evasión, dejó de publicar en junio de 1953. «Planet Stories» no abandonó su política, pero cada vez encontraba menos material disponible ante sus reducidas tarifas, sucumbiendo en 1955, al igual que «Thrilling Wonder Stories» y «Startling Stories». En los comienzos de 1956, la ciencia ficción «moderna» alcanzaba su máxima expresión. Todas las demás formas habían desaparecido. Para bien o para mal, las novelas de ciencia ficción, con su trama gravitando sobre los aspectos psicológico, filosófico, religioso, sociológico y sexual, dominaban el campo.

Un hombre en particular, John W. Campbell, deploraba amargamente el cambio operado. Jamás tuvo la intención de sustituir a las otras formas de ciencia ficción: sólo se había propuesto añadirle una nueva dimensión, más madura, a la forma existente de literatura. El campo precisaba también de los tipos elementales. Ahora existían muchas universidades, pero ninguna escuela primaria.

John W. Campbell, de hecho, siempre había tomado un camino divergente. Siempre estuvo interesado en la exploración de los poderes ocultos de la mente humana. Estos primeros adoptaban la forma de lo que él llamaba mutantes, y daban tema para escribir historias como el «Slan» de A. E. van Vogt, sobre una especie humana dotada de antenas de carne y sangre, capaces de leer en otras mentes. Este enfoque fue seguido por Henry Kuttner, bajo el seudónimo de Lewis Padgett, en la serie de los «baldies», un grupo de adivinos del pensamiento que intentaban integrarse en el pueblo.

Las teorías de Charles Fort relativas a singulares acontecimientos que parecían desafiar los dogmas de la teoría científica, también le fascinaron, y fue su interés por esta fase lo que le llevó a publicar la novela de Eric Frank Russell «*Sinister Barrier*», en donde se descubre que la raza humana no es más que el residuo de una cultura superior.

Las historias basadas en mutantes intelectuales superiores y en las varias ramificaciones presentadas por Charles Fort, iban a tener frecuente acogida en «*Astounding Science Fiction*». Cuando nuevos competidores se apropiaron de la

mayoría de los principios promovidos por él dentro de la ciencia ficción «moderna», John W. Campbell impulsó a sus autores aún más en la dirección fortiana. La obra que fue su jugada inicial fue un artículo titulado «*Dianetics: The Evolution of a Science*», por L. Ron Hubbard («*Astounding Science Fiction*», mayo de 1950). Hubbard era un prolífico escritor de ediciones baratas, que obtuvo una buena hoja de servicios en las fuerzas navales durante la Segunda Guerra Mundial, y alegó haber sido la verdadera inspiración para el personaje de la obra «*Mister Robert*». Había escrito para Campbell algunas notables obras de ciencia ficción, destacando sin duda como una de las mejores novelas sobre guerras futuras jamás escritas su «*Final Blackout*».

«Dianetics» propugnaba un sistema de autoayuda terapéutica capaz de curar todas las formas de locura en las que no hubiera existido ninguna lesión cerebral; una técnica para curar todas las enfermedades carentes de microorganismos malignos, tales como úlcera, artritis y asma; un método para facilitar al hombre una memoria perfecta y libre de error, entre otras cosas. El libro titulado «Dianetics» resultó ser un «*best-seller*», y lanzó a Hubbard a una carrera que, en su día, le permitió vivir en una gran mansión inglesa, ostensiblemente rico.

Campbell se esforzó en obtener novelas basadas en la Dianética (Hubbard escribió una fantasía desarrollando la Dianética, titulada «*Masters of Sleep*», para «*Fantastic Adventures*», en octubre de 1950). Asimismo, se lanzó a la búsqueda de pruebas sobre la existencia de un equipo motivador extrasensorial (al que llamó máquinas psiónicas) y de nuevos principios de la dinámica que le llevaron a abogar por el prototipo de un dispositivo «antigravedad» llamado «Dean Orive».

De esta divergencia resultaron algunos relatos harto ingeniosos y entretenidos, pese a que eran puras fantasías basadas en ciencias hipotéticas e imaginarias. Los mejores artículos o trabajos desechados fueron afluyendo a los mercados de las tarifas bajas y, merced a este método, las novelitas «psi» entraron a formar parte integrante de lo que hoy en día se llama ciencia ficción «moderna».

A esta ciencia ficción «moderna» se la ha criticado por varias causas. La acusación más condenatoria va contra su descuidada narración, sus efugios y lo enredado de su trama, que han borrado de su contenido gran parte de lo que, eufemísticamente, ha recibido la denominación de «sentido de lo admirable». Otra importante crítica ha sido que, con el énfasis dado a la psicología, filosofía, psiquiatría y sociología, ha traído un retraso a los nuevos conceptos que en los avances científicos han sacrificado rápidamente en la historia muchos gambitos probados y auténticos. Una consecuencia de esto es que el telón de fondo de las novelas de ciencia ficción «moderna» tiende a generalizarse, a tipificarse, hasta el extremo de tener por máxima en su trama el que la ciencia y la tecnología sean meramente incidentales.

Aun reconociendo todo cuanto se ha dicho, es obligado empero admitir el que la ciencia ficción «moderna» ha cosechado triunfos sin precedentes. No hay una obra

importante de referencia producida por la literatura inglesa en los últimos diez años que no emplee elementos de ciencia ficción, y es raro que en tal volumen no se conceda al menos un «*status*» secundario a ciertos escritores de ciencia ficción.

Hace un cuarto de siglo, cualquier escritor de ciencia ficción dado a conocer a través de una revista, que pudiera contar en su haber siquiera con un libro respetable, era mirado con recelo por sus colegas. Hoy, difícilmente se encontraría en una revista un relato de un autor de ciencia ficción de categoría que no haya sido publicado en forma de libro o que, al menos, haya sido incluido en una antología.

En el mundo actual, cada nación no comunista, tecnológicamente adelantada, publica con regularidad ciencia ficción, y la mayoría de ellas son reimpresiones de la ciencia ficción «moderna» norteamericana. En casi todas las partes del mundo es posible encontrar una selección de eminentes autores americanos. Al otro lado del Telón de Acero se traduce y reimprime la ciencia ficción norteamericana. La ciencia ficción es algo tan típico de este país como el mismo *jazz*, y ha contribuido a la formación de clubes culturales, allende sus fronteras, hasta lugares tan apartados como el Japón.

Los veintiún autores que forman este volumen son, sin lugar a dudas, los mayores representantes de la ciencia ficción «moderna». Ellos son los escritores que le dieron sustancia, le ofrecieron algo distinto, y escribieron una gran parte de los hitos que componen el formato. Hay otros dos autores que ejercieron una enorme influencia en el desarrollo de la ciencia ficción «moderna» y no están incluidos aquí por pertenecer a una época anterior. Se trata de Olaf Stapledon y Stanley G. Weinbaum. De Stapledon se derivó el énfasis puesto en los conceptos filosóficos como argumento básico para la ciencia ficción. A Weinbaum se le deben los métodos de combinar el diálogo, la narración y el ambiente en una ininterrumpida sucesión.

A Edward E. Smith se le presenta como el primero porque, en *Galactic Patrol* y en «*The Grey Lensman*» ofreció una fórmula para la ciencia ficción a escala galáctica. A John W. Campbell se le considera el segundo debido a que Smith fue su inspirador y porque escribió los prototipos de lo que hoy en día se ha convertido en la ciencia ficción «moderna». El cuento de Campbell de esta colección es el único de ellos que se ha publicado antes de 1938.

Los cuatro siguientes, Murray Leinster, Edmond Hamilton, Jack Williamson y John Wyndham, habían ganado fama en este campo mucho antes de que la ciencia ficción moderna cobrara popularidad, y formaron la vieja guardia que contribuyó con mayor éxito al desarrollo de la nueva forma. En este grupo no figura un autor que apareció inicialmente en 1930, Clifford D. Simak, debido a que no fue más que una figura secundaria hasta los años cuarenta.

Eric Frank Russell, L. Sprague de Camp y Lester del Rey constituyen un trío de descubrimientos transitorios efectuados mientras «*Astounding Stories*» se convertía en «*Astounding Science Fiction*». Russell iba a ser el primer popularizador de los temas fortianos. De Camp, un satírico, extremadamente capaz, en la tradición de

Mark Twain; y Del Rey, un pionero en la incorporación del sentimiento y el realismo a la ciencia ficción.

Los cinco inmediatos, Robert A. Heinlein, A. E. van Vogt, Isaac Asimov, Theodore Sturgeon, Clifford D. Simak y Fritz Leiber, son los que simbolizan con mayor pureza a la ciencia ficción «moderna». Heinlein es el supremo maestro, y el primer estilista en el arte de entretejer el fondo ambiental dentro de la progresión del relato, así como el popularizador de numerosos y notables gambitos, sin omitir al milenario navío espacial; A. E. van Vogt, además de su clasicismo sobre mutaciones mentales, incorporó la semántica como feliz materia en el argumento; Isaac Asimov no sólo dio al género las «Tres Leyes Robóticas», que, limitando la acción de los robots, ofrecía a los autores oportunidades literarias sin precedentes, sino que escribió, las novelas detectivescas de mayor éxito, dentro del contexto de la ciencia ficción; Theodore Sturgeon, inspirado estilista, explotó la teoría de las relaciones gestálticas en el ámbito de la ciencia ficción; Clifford D. Simak apadrinó el cuento psiquiátrico, en la repetida ciencia ficción, al escribir *Huddling Place*, que aparece en este volumen; y Fritz Leiber popularizó el dispositivo para explicar científicamente lo sobrenatural.

C. L. Moore, Henry Kuttner y Robert Bloch tienen un hecho en común. Todos fueron descubiertos por la revista «Weird Tales», y obtuvieron su primer éxito con relatos de fantasía científica, sobrenaturales y de terror. C. L. Moore es probablemente la escritora de ciencia ficción moderna más destacada. Sus cuentos de Northwest Smith, ladrón del espacio, le proporcionaron su primer éxito, ganando otro estilo al escribir para Campbell con el seudónimo de Lawrence O'Donnell. Henry Kuttner destacó al estilo de John Collier la novela corta, bajo el nombre de Lewis Padgett, pero fue uno de los mejores de la escuela paralela que combinaba el romance científico con la acción. El cuento que figura en este volumen pertenece a esta área de su arte, a fin de proporcionar un ejemplo de lo que se escribía y leía al mismo tiempo que la ciencia ficción «moderna» ganaba popularidad. Este cuento procedía de *Super Science Stories* y era muy similar al material aparecido en «*Planet Stories*» y en «*Thrilling Wonder Stories*». El cuento de C. L. Moore ha sido tomado de «*Famous Fantastic Mysteries*» para ofrecer un ejemplo de las románticas fantasías científicas con las que se alimentaba a los numerosos y fieles lectores de catorce años, al objeto de presentar un contraste con otros cuentos de este volumen. Robert Bloch se ha convertido en uno de los maestros del cinema de horror y terror, y el tremendo impacto de aquellos elementos en «*The Strange Flight of Richard Clayton*», un cuento de exploración espacial, demuestra dónde desarrolló su aptitud como maestro del suspense.

Por último, los maestros de la ciencia ficción «moderna» más recientemente aclamados —Ray Bradbury, Arthur C. Clarke y Philip José Farmer— han roto la tradición de sus escuelas y líneas únicamente en forma individualista. Bradbury fue igualmente adepto al tema del horror y la ciencia ficción en un sentido literario de

gran poder. Ofrecemos su novela corta «*Wake for the Living*», que combina ambos elementos. Clarke ha combinado eficientemente la justa percepción científica con la acerba poesía, y «*Before Eden*» se reputa como uno de sus mejores trabajos. Philip José Farmer, en su legítimo uso de Freud y el sexo, ofrece, en «*Mother*», un asombroso trabajo de simbolismo y pasatiempo.

Esta antología constituye, en todos los sentidos, una buena compañía para los entusiastas de la «literatura del mañana»; es un mosaico de la ciencia ficción moderna, un estudio en profundidad de todos los autores representados en este libro, además de otros que han aportado destacadas contribuciones. Este libro pretende ofrecer superiores ejemplos relativos a la ciencia ficción actual de los veintiún autores más influyentes de la ciencia ficción moderna.

Junto a «*Seekers of Tomorrow*», esta colección de relatos forma una referencia básica, en dos volúmenes, correspondiente al fenómeno literario más interesante de nuestro tiempo.

Sam Moskowitz.
Newark, New Jersey.

NOCHE

John W. Campbell

Condón miraba a través de sus prismáticos, con la cara tensa y pensativa, con toda su atención centrada en aquella mota casi invisible sobre la casi infinita lejanía del cielo azul, repitiendo con la mayor preocupación: «Dios mío..., Dios mío...».

De repente se estremeció y bajó la mirada hacia mí, con la agonía estereotipada en su rostro.

—No volverá más, Don; no volverá más... Yo también lo sabía, pero sabía también que no podía asegurarlo. Sin embargo, sonreí y dije:

—Oh, yo no diría tanto. Si acaso, tendría miedo por su regreso. Uno no sabe lo que puede haber sucedido por allá.

El mayor Condón temblaba intensamente. Su boca se agitó horriblemente unos instantes antes de poder hablar.

—Talbd, estoy asustado; terriblemente asustado. Usted es su ayudante y sabe que está tratando de desafiar a la gravedad, de derrotarla. Los hombres no están hechos para eso... Es un error... un error.

Sus ojos se pegaron de nuevo a los binoculares, con la misma terrible tensión. Y ahora estaba diciendo, una y otra vez, de manera distraída:

—Un error..., un error..., un error. De pronto, sus palabras cesaron y quedó rígido. Igual hicieron la docena de hombres que había de pie en aquel pequeño y solitario campo de emergencias; entonces, el mayor se desplomó al suelo. Yo no había visto nunca a un hombre desfallecido, no había estado nunca en tal situación con un oficial del ejército con la medalla de Servicios Distinguidos. No me detuve a ayudarlo, porque supe que algo había sucedido. Cogí los binoculares.

Allá, en la inmensidad del cielo, se divisaba la insignificante mota de color naranja; allá donde casi no hay aire y donde aquel hombre había sido obligado a vestir un traje estratosférico con un pequeño calentador de alcohol. Sus amplias alas color naranja se encontraban ahora envueltas por el leve resplandor de una luz gris perla. E iba descendiendo, lentamente al principio, describiendo círculos hacia abajo, sin dirección fija. Luego se inclinó hacia abajo, se elevó y, sin saber cómo, entró en barrena. Fue horrible. Supongo que yo respiraba en aquel momento, pero no lo parecía. Le costó minutos bajar aquellas millas, pese a su velocidad. Llegó un momento en que salió de la barrena, merced a la gran velocidad que traía, se estabilizó y se lanzó en un picado centelleante. Cuando tropezó con la Tierra, a unas quince millas de distancia de donde estábamos, se había convertido en un espantoso ataúd volante, que descendía a más de quinientas millas por hora.

El terreno experimentó una tremenda sacudida y el aire se conmovió con el impacto de la colisión. Mucho antes de que se estrellara, nos hallábamos subidos en

los coches, corriendo desesperadamente a través de los campos. Yo iba en el coche de Bob con Jeff, su técnico de laboratorio. Era el pequeño turismo de Bob, que ya no iba a necesitar más. El motor ganó fuerza en seguida y, antes de salir del campo, ya estábamos a setenta.

Seguidamente cruzamos una profunda cuneta y saltamos a la carretera; era una carretera desierta y asfaltada que debía conducir a donde estaba él. El motor rugía a medida que Jeff apretaba el acelerador. Indistintamente, oía el poderoso coche del mayor que venía detrás de nosotros.

Jeff conducía como si estuviera loco, pero yo no me percataba de ello. Sabía que el coche había llegado a los noventa y cinco, pero creo llegó a rebasarlos. El viento que me azotaba los ojos me hacía saltar las lágrimas, de forma que no estaba bien seguro de si lo que veía era humo, llamas o qué. Con el combustible del Diesel no debía ocurrir así, pero aquel avión había venido haciendo cosas incomprensibles. Había estado probando la bobina antigravitatoria de Carter. íbamos disparados sobre la lisa y recta carretera a través de la ancha y llana campiña, y el viento entonaba un réquiem en torno al automóvil. Al frente vi que se bifurcaba otra carretera que debía conducir hacia donde se encontraba Bob; los frenos dejaron sentir su plañidero lamento, los neumáticos se arrastraron violentamente, y el coche patinó de lado. Era una carretera de arena. Nos internamos en ella, aminorando la marcha a sesenta y cinco pegados al asiento, mientras la suave arena nos salpicaba y envolvía.

Jeff entró violentamente por un sendero de vacas y los amortiguadores redoblaron su trabajo. Nos detuvimos a un cuarto de milla de donde se encontraba el aeroplano.

Nos encontramos ante un campo vallado de pastos y árboles. Saltamos la cerca y corrimos hacia allí. Jeff llegó el primero, justamente cuando el coche del mayor frenaba bruscamente detrás del nuestro.

El mayor estaba pálido y frío cuando se unió a nosotros.

—Muerto —afirmó.

Yo estaba mucho más frío y probablemente bastante más pálido que él.

—¡No sé! —respondí afligido—. ¡El no está ahí!

—¿No? —dijo el mayor casi gritando—. Tiene que estar, tiene que estar ahí. No lleva paracaídas; no quiso cogerlo. Dicen que no le vieron saltar...

Me acerqué al aparato, limpiándome el sudorcillo frío que bañaba mi frente. Me sentía pegajoso y la columna vertebral me pinchaba. El sólido acero del monumental motor Diesel había desgarrado el tronco de un árbol en su caída y se había incrustado en el terreno hasta tal vez ocho o nueve pies de profundidad. Bajo el tremendo impacto, la tierra y las rocas habían salpicado hacia afuera como si se tratara de barro.

Las alas se encontraban al otro lado del campo, como si fueran pajas aplanadas y retorcidas de durísimo metal. El fuselaje del aparato ofrecía su perfecta silueta; era una proyección longitudinal que se había aplastado sobre sí misma, cuyas secciones independientes sólo se interrumpían al quedar empotradas en el suelo.

La grandiosa bobina de collarín, con sus extrañas espiras gemelas, hechas con

cable de bismuto, tan delgado como un cabello, se encontraba intacta. Y doblada sobre ella, retorcida, completamente destrozada por el impacto, estaba la principal riostra de alas, la gran vigueta de duralloy que sustentaban en el aire la mayor parte del peso de la nave. Había sido abatida y destrozada sobre los frágiles y delgadísimos cables de bismuto, y ninguno de éstos había sido roto, desplazado y ni siquiera rozado. La estructura posterior del pesado motor Diesel (el fuerte compresor que servía de contrapeso a aquella combinación) se hallaba partida y descompuesta. Y ni un solo alambre de la infernal bobina de bismuto había sufrido el menor daño.

Y la carne roja, el hombre que debía encontrarse allí, no estaba. No había nadie dentro. Pero tampoco había abandonado el aeroplano, porque con una atmósfera limpia y sin nubes lo habríamos visto. Sin embargo, no estaba allí.

Por supuesto, lo examinamos todo detenidamente. Se acercó un granjero, luego otro y otro. Se quedaban mirando y charlaban. Luego llegaron varios granjeros más con sus esposas y familias, subidos en viejos y decrepitos coches, y se pusieron a mirar con interés.

Dejamos vigilando al propietario de aquel campo y regresamos a la ciudad en busca de obreros y un camión-grúa. Se estaba haciendo de noche. Hasta la mañana siguiente no nos sería posible hacer nada, de manera que nos marchamos.

Cinco en total (el mayor de las Fuerzas Aéreas del Ejército, Jeff Rodney, los dos hombres de la Compañía Douglas, cuyos nombres no he recordado nunca, y yo) estuvimos sentados en nuestra habitación; en la habitación de Bobb, de Jeff y mía. Estuvimos sentados allí durante horas tratando de hablar, de pensar, de recordar hasta el último detalle y tratando, a su vez, de olvidar aquellos pormenores horribles. Nos era imposible recordar el detalle que lo explicara todo, ni evadirnos de la catástrofe que nos envolvía.

Sonó el teléfono. Me sobresalté. Luego me fui levantando lentamente y respondí. Era una voz extraña, bajita y más bien desagradable.

—¿Señor Talbot? —dijo.

—Sí.

Era Sam Gantry, el granjero que habíamos dejado de vigilancia.

—Hay un hombre aquí.

—¿De veras? ¿Qué quiere?

—No lo sé. Ignoro de dónde vino. O está muerto o es que está muy frío. Viste una especie de traje de aviador, con un cristal delante de la cara. Está amoratado. Creo que está muerto.

—¡Dios mío, es Bob! ¿Le ha quitado usted el casco? —grité.

—No, no, señor. Le hemos dejado como estaba.

—Sus depósitos se han consumido. Escúcheme bien; coja un martillo, una lleva inglesa, cualquier cosa, y rompa el cristal que tiene delante del rostro. ¡Rápido! Nosotros vamos para allá.

El mayor, Jeff, todos, nos pusimos en movimiento. Yo eché mano a una media

botella de *whisky* y a otra de oxígeno. Con ellas bajo el brazo, salté al pequeño turismo en el momento que Jeff lo ponía en marcha. Conectó la bocina, que ya no dejó de sonar.

Fuimos esquivando el tráfico, haciendo giros, paradas, arranques violentos, hasta llegara la amplia y lisa carretera a increíble velocidad, camino del campo de aquel granjero. Ahora, las curvas nos eran familiares; apenas si aminorábamos la marcha ante ellas. Esta vez, Jeff arremetió contra la cerca de alambres. Un faro se desprendió; hubo un fuerte chirrido de alambres al pasar arañando contra la capota y los guardabarros, y nos vimos brincando a campo traviesa.

Sobre el terreno había dos linternas; tres hombres más llevaban las suyas. Más hombres estaban agachados junto a una figura inmóvil, vestida con el fantástico y abultado traje de pruebas estratosféricas. Se quedaron mirándonos pasmados cuando paramos en seco de un frenazo y saltamos del coche, el mayor llevando la botella de whisky. Yo le seguí con la botella de oxígeno.

El cristal del rostro de Bob estaba roto y su cara y labios aparecían amoratados y cubiertos de espumarajo. Una larga cortadura producida en su mejilla por el cristal roto sangraba lentamente. El mayor levantó un poquito la cabeza de Bob sin decir palabra, tratando de forzarle a beber un trago de whisky, y los cristales partidos resbalaron por dentro del casco.

—¡Aguarde! —dije—. Mayor, si le hacemos la respiración artificial puede que vuelva antes en sí.

El mayor asintió y se levantó, agitando el brazo con una peculiar expresión.

—¡Está helado! —dijo, al tiempo que ponía a Bob boca abajo y se situaba a horcajadas sobre su espalda. Yo estuve sujetando la botella de oxígeno junto a la nariz de Bob, mientras el mayor efectuaba los movimientos rítmicos y el aire puro penetraba a través de las ventanas de su nariz.

En cosa de diez segundos, Bob tosió, gorgoteó, volvió a toser violentamente e hizo una profunda y convulsiva aspiración. Su cara se volvió de color rosado casi instantáneamente, cuando el oxígeno llegó a sus pulmones, y me di cuenta con cierta sorpresa de que no parecía exhalar nada, ya que su cuerpo absorbía rápidamente todo el oxígeno.

Luego tosió de nuevo.

—Creo que si me pusieran boca arriba podría ver mejor a mi jinete —dijo. El mayor se puso en pie y Bob se fue incorporando hasta sentarse. Me apartó a un lado con la mano y escupió—. Me encuentro... me encuentro bien —dijo débilmente.

—Hombre de Dios, ¿qué ha sucedido? —preguntó el mayor.

Bob permaneció en silencio durante un minuto. Según extendía la mirada en derredor, sus ojos presentaban el más extraño aspecto, una visión famélica. Miró a los árboles del fondo y a los silenciosos hombres que le contemplaban asombrados a la luz de las linternas; luego alzó la vista hacia arriba, donde las miríadas de estrellas resplandecían, danzaban y rutilaban sobre el claro firmamento nocturno.

—Estoy de vuelta —dijo muy bajo. Luego, de repente, se estremeció y se mostró terriblemente asustado—. Pero debo decir también que...

Contempló al mayor durante un minuto, sonriendo imperceptiblemente, y a los dos hombres de Douglas.

—No ha sido culpa de su aparato —añadió—. Empecé por las alas, como estaba dispuesto, y seguía ascendiendo hasta creerme en la suficiente altura, allá donde el aire no es excesivamente denso y el campo seguramente no llegaría a la Tierra... ¡Es increíble! Yo no pensaba que ese campo se extendería hasta tan lejos. Por dos veces toqué la Tierra.

»A los cuarenta y cinco mil me creí seguro y desconecté el motor. Al pararse, la calma reinante me impresionó. Era todo un remanso de tranquilidad.

«Puse en marcha el circuito de la bobina y el dinamotor comenzó a zumbar a medida que se calentaban las lámparas. Y fue entonces cuando la acción del campo me sacudió. En un instante quedé paralizado. No tuve la oportunidad de romper el circuito, aunque instantáneamente me di cuenta de que algo iba mal, terriblemente mal. Pero lo primero que hizo fue paralizarme y no tuve más remedio que seguir allí sentado, viendo cómo los instrumentos alcanzaban enteramente fuera de lo programado.

»Me di cuenta de que tan sólo yo estaba siendo afectado por la acción de la bobina, al estar sentado directamente frente a ella. Miré los instrumentos medidores y comenzaban a desaparecer, a tornarse transparentes, irreales. Y, cuando se disiparon en la negrura, vi el cielo claro a través de ellos. Luego, durante una centésima de segundo, como si fuera un efecto de visión persistente, pensé ver al aeroplano que caía, retorciéndose a inexplicable velocidad, y la luz se desvanecía a medida que el Sol pareció proyectarse sobre el firmamento y desaparecer.

«Ignoro cuánto tiempo estuve paralizado, durante el cual sólo reinaba la negrura (una negrura que no era ni oscuridad ni luz, ni tiempo de forma alguna), pero respiré varias veces. Finalmente, las formas comenzaron a destacarse sobre la oscuridad y parecieron materializarse bajo mía; y ocurrió de manera tan abrupta que la negrura dio paso a una luz roja y tristoná. Estaba cayendo.

»Al acordarme de los cuarenta y cinco mil pies que mediaban entre mí y la sólida superficie de la Tierra, me envaré automáticamente, lleno de terror. Y en el mismo instante caí sobre una profunda sábana de blanca nieve, manchada por la luz roja que alumbraba el mundo.

«Frío, hacía mucho frío que me atenazaba como las garras de un animal salvaje. ¡Era un frío tan gélido como el postrer soplo de la muerte! Traspasaba este espeso traje aislante y laceraba mi cuerpo como si no existiera el aislamiento. Tiritaba con tanta fuerza que apenas podía abrir las válvulas de alcohol. Ya saben que llevaba tanques de alcohol y rejillas de catalización como medio de calefacción, porque los únicos campos eléctricos que yo deseaba eran los correspondientes a los aparatos. Incluso me valí de un motor Diesel en vez de un motor de gasolina.

«Entonces le di gracias a Dios por ello. Me di cuenta de que, sin saber lo que había sucedido, me encontraba en un lugar inefablemente frío y desolado. Y en aquel instante me percaté de que el cielo era negro. Más negro que la noche más oscura, y, sin embargo, ante mí, el campo de nieve se extendía hasta el infinito, teñido por la luz roja como la sangre, y mi sombra, de un color rojo oscuro se arrastraba a mis pies.

«Miré a mi alrededor. Hasta donde alcanzaba mi vista en tres direcciones, la tierra se convirtió de pronto en una sucesión de suaves y ondulantes colinas que casi eran llanuras; unas llanuras que se me antojaron de nieve teñida de sangre, bañadas por la luz oblicua del sol poniente.

«Hacia la cuarta dirección se alzaba una muralla de media milla —una muralla que avergonzaría a la Gran Muralla de China— roja como la sangre, con el lustre del metal. Se extendía a través del horizonte y se hallaba, aparentemente, a menos de cien metros de distancia, pues el aire era extremadamente límpido. Reavivé mis calentadores de alcohol y me sentí algo mejor.

«Algo me sacudió la cabeza de un lado a otro, como una mano gigante; tuve un pensamiento súbito. Miré al Sol y se me hizo un nudo en la garganta. Era cuatro veces, seis veces el tamaño del Sol que yo conocía. Y no se estaba poniendo; se hallaba a cuarenta y cinco grados del horizonte. Era de color rojo. Rojo como la sangre. Y no llegaba a mi rostro la más ligera radiación de calor de aquel sol. Era un Sol frío.

«Hasta entonces, había yo supuesto automáticamente que me encontraba aún en la Tierra, por mucho que hubiera sucedido, pero ahora me daba cuenta de que no podía ser. Debía ser otro planeta de otro sol, un planeta helado, porque aquella nieve no era más que aire congelado. Lo supe con toda certeza. Era un planeta helado de un sol muerto.

«Pero tampoco era así. Levanté la vista hacia la negrura del firmamento y en toda la bóveda celeste había sesenta estrellas visibles. Eran estrellas de color rojo apagado, con un solo sol que destacara por su resplandor; un sol rojo amarillento, quizás diez veces menos brillante que nuestro sol, pero que allí se asemejaba a un rey. Aquél era un espacio distinto, un espacio muerto. Porque si aquella nieve era aire congelado, la atmósfera reinante no podía ser otra cosa más que neón y helio. No existía ningún aire brumoso que amortiguara la luz de las estrellas, ni tampoco eran oscurecidas por la de aquel sol rojo y mortecino. Las estrellas desaparecieron.

«Tras aquel vistazo, mi mente comenzó a trabajar. Estaba espantado. «¿Espantado? Era tal el miedo que sentía que parecía que iba a enfermar, porque, en aquel instante, supe que no retornaría jamás. Cuando sentí aquel frío, me pregunté si se me agotarían las botellas de oxígeno antes de volver. Pero ahora ya no me inquietaba aquello. Era simplemente un factor de limitación sobre una cosa ya decidida, sobre la determinación del factor tiempo. Pero tenía mucho tiempo por delante hasta que me abandonara la vida.

»Mi mente trabajaba por su cuenta, ideando cosas y respuestas que yo no deseaba,

que no quería conocer. Por las razones que fueran, continuó considerando que esto era la Tierra, cuya convicción se fue haciendo más sólida. No se equivocaba. Era cierto. Aquello era la Tierra y el viejo Sol. Un Sol viejo, muy viejo. Era debido a que la bobina, al anular totalmente la gravedad, había distorsionado el eje del tiempo. Mi mente llegó a aquella conclusión merced a una lógica tan fría como aquel planeta.

»Si el tiempo había sido tergiversado y aquello era la Tierra, entonces la transmutación había sido tan colosal que no entraba en la mente humana, como no puede entrar la distancia de un centenar de millones de años-luz. Era, simplemente, inmenso, incalculable. El Sol estaba muerto, la Tierra estaba muerta. Y la Tierra, ya en nuestros días, tenía un billón de años y en todo aquel tiempo geológico el Sol no había cambiado apreciablemente. Entonces, ¿a qué distancia estaba de mis días? El Sol, y las propias estrellas, estaban muertos. Se me ocurrió pensar que debía encontrarme a billones de billones de años. Y, en conjunto, lo subestimé.

»El mundo era viejo, viejo, viejo. El terreno y las rocas irradiaban un aura apabullante de incalculable edad. El mundo era viejo, más viejo que... ¿Con qué compararlo? ¿Con las montañas? ¡Si las montañas habían nacido, muerto, vuelto a nacer y a gastarse un millón, sesenta millones de veces! ¿Con las estrellas? No, tampoco resultaba comparable. Las estrellas, entonces, estaban muertas.

»Miré nuevamente a la muralla de metal. Caminé hacia ella y el ancestral aura se borró ante mí, y trató de parar el movimiento cuando todo movimiento debía haber cesado. Y el sutil e indecible viento helado se quejaba en agónica protesta y me arrastraba con unas manos cadavéricas de incontables millones de años, que habían nacido, vivido y muerto en los remotísimos tiempos que precedieron a mi existencia.

»Yo dudaba a medida que iba avanzando. No podía pensar con claridad, porque el aura muerta del planeta muerto tiraba de mí. Siglos y más siglos. Las estrellas estaban agonizantes, muertas. Se amontonaban en el espacio, igual que hombres decrepitos, en busca de calor. La galaxia estaba contraída. Se había contraído tanto que no distaba, de un extremo a otro, ni mil años-luz, y las estrellas sólo distaban millas entre sí, cuando debieran estar separadas por insondables abismos. El magnificante y soberbio firmamento que yo había conocido, que se extendía a millones de millones de años-luz, que cubría el espacio con millones de toneladas de radiante energía, ya no estaba allí.

«Era un avaro agonizante que atesoraba sus últimos residuos de impotente energía en un espacio limitado y comprimido. Era una energía rota y desbaratada. Mil billones de años antes de que la constante cósmica hubiera emanado de aquel universo roto. La misma constante cósmica que hiciera girar a las gigantescas galaxias en remolinos separados con una velocidad aún mayor de la que aquí tuvo lugar. La que proyectó el universo en fragmentos rotos, hasta que cada uno de ellos sintió el frío *de* la soledad, envolviéndose con el espacio como si fuera un manto, para convertirse en un universo propio, mientras que se desvanecían las llameantes galaxias.

»Todo aquello había sucedido tanto tiempo atrás, que las marcas dejadas sobre la fábrica del tiempo se habían borrado. Sólo permanecía la gravedad constante, la acumulación constante que agrupaba las cosas, y, lentamente, la galaxia se desplomaba, se contraía, tan vieja como una momia arrugada.

«Hasta los mismos átomos estaban muertos. La luz era fría; la luz roja hacía que las cosas aparecieran incluso más frías y más viejas. No había juventud en el universo. Yo no pertenecía a aquel universo y el leve murmullo de protesta levantada contra mí por el viento infinitamente frío, me lanzaba fútiles y mudas diatribas, lamentando mi intrusión desde un tiempo en que las cosas eran jóvenes. Eran un relincho débil que congelaba mi juventud.

»Yo seguía avanzando penosamente y la muralla metálica se iba retirando, como si fuera un espejismo del desierto. Estaba demasiado estupefacto ante la edad que tenían las cosas, para detenerme a pensar; simplemente seguía adelante.

»Sin embargo, me iba acercando a ella. Aquella muralla era real; estaba fija. Cuando conseguía llegar más cerca en mi lento caminar, el lustre de la pared desapareció y, con ello, murieron mis últimos rescoldos de esperanza. Yo había esperado que, tras la muralla, hubiera todavía algún ser vivo. Que estuvieran allí aún los seres que hubieran levantado aquello. Pero ya no podía detenerme; seguía adelante. La muralla estaba rota y agrietada. No era una pared lo que yo había visto; era una serie de murallas rotas que en la distancia parecían una sola.

»No había agentes que las hicieran envejecer, sólo el batir de unos vientos imperceptibles y sin vida, unos vientos de neón y helio, inertes e incorrosivos, tan muertos e inertes como el universo. La ciudad llevaba muerta una veintena de billones de años. Aquella ciudad había muerto desde hacía un tiempo diez veces más largo que la edad actual de nuestro planeta. Pero nada la había destruido. La Tierra estaba muerta, demasiado muerta para sufrir la tortura de la vida. El aire estaba muerto, demasiado muerto para corroer el metal.

»Pero también el universo estaba muerto. No existía radiación cósmica, pues, para finalmente arrasar las murallas con la desintegración atómica. Había existido una muralla, una sola muralla de metal. Algo topó contra ella, quizás un último meteoro errante, en un tiempo incalculablemente remoto, para romperla. Pasé a través de la gran abertura. La ciudad estaba cubierta por una nieve blanca y suave. El enorme sol rojo seguía inmóvil en el mismo lugar. La incesante rotación de la Tierra hacía mucho, muchísimo tiempo que había cesado.

«Arriba se veían jardines muertos, y me subí vagando hasta ellos. Aquello fue lo que realmente me convenció de que se trataba de una ciudad humana levantada sobre la Tierra. Había montones de sujetos helados que en un tiempo pudieron ser hombres. Individuos con el pánico estereotipado en sus rostros, agrupados desconsoladamente entorno a algo, que antaño debió haber sido un sistema de calefacción. Muertos, quizás, desde la última tormenta que azotó a la vieja Tierra, cinco billones de años atrás.

«Seguí avanzando. La ciudad era grande, inconmensurable. Al parecer, se extendía eternamente por todas partes, dentro de su inexistencia. Máquinas, máquinas por doquier. Y las máquinas también estaban muertas. Seguí caminando, caminando, hacia donde pensaba que podía subsistir una brizna de luz y color. No fui capaz de saber cuánto tiempo llevaría la muerte enseñoreándose de aquello, pues los cadáveres aparecían frescos, bien preservados por el eterno frío.

«Abajo se iba haciendo oscuro y sólo a través de las grietas y hendiduras lograba infiltrarse aquella luz ensangrentada. Seguí bajando y bajando, hasta encontrarme por debajo del nivel de la superficie muerta. Seguía persistiendo la blanca nieve, y entonces comprendí la causa de la muerte repentina y final. A fuerza de reflexionar sobre aquellas máquinas que yo había visto, supe que resultaban totalmente inconcebibles para nosotros; eran las máquinas de la perfección que se reparaban, se suministraban energía y se perpetuaban por sí mismas. Tenían la facultad de duplicarse y de duplicar a otras máquinas necesarias: estaban hechas para ser eternas, imperecederas.

«Pero los inventores no pudieron competir con ciertos hechos que caían fuera incluso de su majestuosa imaginación, la misma imaginación que concibiera unas ciudades que sobrevivieron (un millón de veces más) a lo que ellos habían imaginado. Debieron concebir un vago futuro, pero no un futuro en el que la Tierra, el Sol y el propio Universo estuvieran muertos.

«Los había matado el frío. Disponían de sistemas de calefacción destinados a mantener siempre una temperatura normal a pesar de las bruscas variaciones del clima. Pero el frío fue penetrando en las máquinas eléctricas, en las resistencias, en las resistencias de equilibrio y en las bobinas de inducción, en los condensadores de equilibrio y en otras inductancias. Y aquel rígido y completo frío espacial, en el decurso de los tiempos, desajustó sus mecanismos. A pesar de los calentadores, el frío se fue infiltrando con mayor rigor, convirtiendo a sus resistencias y a sus bobinas de inducción en superconductores. Aquello destruyó a la ciudad; la superconducción. Lo mismo que al eliminar una fricción sobre la cual han de apoyarse todas las cosas. Es una rémora contra la que luchan eternamente los ingenieros. La resistencia y la fricción deben finalmente constituir el apoyo y la base de todas las cosas, la fuerza que sustenta firmes los grandes pernos de sujeción, y los frenos que detienen a las máquinas cuando es necesario.

»La resistencia eléctrica murió con el frío y las maravillosas máquinas se pararon para la sustitución de las piezas defectuosas. Pero cuando fueron reemplazadas, seguían siendo defectuosas. ¿Por cuántos meses se prolongó aquel constante *parar*, ser reemplazadas, comenzar de nuevo, parar otra vez, hasta que, derrotadas finalmente para siempre, aquellas vastas plantas de energía eléctrica se inclinaron vencidas ante lo inevitable? El frío las había derrotado, derrotando y eliminando el mayor obstáculo de los ingenieros que las habían construido: la resistencia.

«Debieron luchar incesantemente, como diríamos nosotros, durante cincuenta

billones de años, contra la creciente intrusión de la áspera naturaleza, sustituyendo constantemente las partes gastadas y defectuosas. Al fin, derrotadas para siempre, las gigantescas plantas de energía eléctrica alimentadas por átomos muertos, sucumbieron ante el eterno ocio y el frío. Finalmente las había conquistado aquel frío.

Pero no reventaban. En ninguna parte llegué a ver ninguna máquina destrozada; siempre se habían parado automáticamente cuando las resistencias defectuosas imposibilitaban su funcionamiento. La energía almacenada, destinada a seguir alimentando a las máquinas después de su reparación, hacía mucho tiempo que se había perdido. Me constaba que ya no podrían echar a andar nunca más.

»Me pregunté cuánto tiempo habrían seguido funcionando después de extinguirse la necesidad humana de aquellas máquinas. Porque la vasta ciudad, en sus últimos días incluiría muy pocos seres humanos. ¿Por qué indecible período de tiempo siguieron marchando perfectamente y en solitario aquellos mecanismos derrotados al fin?

Seguí errante por la ciudad muerta para ver más cosas, quizá, antes de que también a mí me alcanzara la muerte. Por todas partes se veían pequeñas máquinas completas, máquinas limpiadoras, que habían mantenido la ciudad perfectamente limpia y ordenada, que permanecían impotentes y paralizadas por la eternidad y el frío. Debieron de seguir funcionando durante años después que las grandes estaciones centrales de energía fallaran, porque cada máquina contaba con sus propias reservas de fuerza, necesitando solo una recarga ocasional de las estaciones centrales.

«Pude ver partes de la ciudad donde habían ocurrido derrumbamientos y, agrupados en torno a los mismos, había máquinas reparadoras inmóviles, con sus mecanismos en posición de trabajo, los escombros barridos y cuidadosamente depositados sobre camiones inmóviles. Nuevas vigas y planchas estaban parcialmente colocadas, parcialmente puestas y abandonadas en tal estado. Estaban tal como quedaron, cuando se agotó infructuosamente el último hálito de energía gastada por aquel gigantesco cuerpo en su último intento por repararse a sí mismo. Las heridas mortales aparecían insubsanadas.

«Inicié el regreso hacia la parte alta de la ciudad. Fue una ascensión larga, infinita y agotadora; media milla de rampas en espiral ante casas desiertas, habitadas por la muerte. Luego pasé delante de tiendas y restaurantes, aquí y allá, ante pequeños e inmóviles coches automotores de pasajeros.

«Proseguí subiendo hasta los jardines de la cumbre que yacían rígidos, quebrados, ateridos. La rotura de su techumbre debió producir un frío repentino porque sus hojas yacían verdes dentro de las fundas formadas por el aire blanco y helado. Era un vidrio quebradizo, verde y perfecto al tacto. Las flores, lozanas y frescas en maravillosa perfección, se mostraban inmóviles. No parecían muertas, pero no daban la sensación de que pudieran aparecer de otra forma bajo la sábana de hielo.

«¿Han velado ustedes alguna vez a un difunto? —Bob levantó la vista y miró a través de nosotros—. Yo tuve que hacerlo una vez en el pueblecito donde vivía,

porque era costumbre. Me senté junto con unos cuantos vecinos, mientras el hombre moría ante mis ojos. Sabía que aquel hombre moriría cuando yo llegara allí. Y así sucedió. Estuve sentado allí toda la noche, mientras que los vecinos iban desfilando uno a uno y reinaba la paz. La paz de la muerte.

«He vuelto a repetirlo. He estado velando a otro difunto. El cadáver de un mundo, en un universo muerto, pero la paz no empezó a reinar allí. Llevaba reinando desde hacía billón de años, y fue mi llegada la que agitó el débil espectro de unas esperanzas, tiempo ha muertas, de aquel planeta con gemidos de protesta contra mí, procedentes de un viento formado con gases muertos. Ya no volveré a llamarlos gases inertes. Sé que son gases muertos de mundos sin vida.

«Y arriba, a través del cristal roto del techo, los soles moribundos contemplaban a una ciudad muerta. No podía seguir allí. Seguí para abajo, descendiendo, planta tras planta de edificios de resplandeciente metal, que reflejaban la luz lóbrega y sanguinolenta del Sol como si fueran manchas de carmín. Continué bajando y bajando, hasta encontrarme de nuevo con las máquinas. Pero, incluso allí, la desesperanza parecía más intensa. De nuevo recordé la agonizante lucha de las máquinas, eternamente fieles, tratando de repararse a sí mismas una vez más para servir a los dueños que habían muerto hacía un billón de años. Las pude ver de nuevo en sus exhaustas y petrificadas posturas, inmovilizadas eternamente en sus desamparados esfuerzos, derramando sus últimos recursos de energía en infructuosa lucha con el tiempo.

»Poco importaba. El propio tiempo estaba agonizando también lo mismo que la ciudad, el planeta y el universo que él mismo había aniquilado.

»Pero aquellas máquinas habían intentado desesperadamente volver a ser útiles y habían fracasado. Ahora ya no podían volver a intentarlo. Hasta ellas, las inmortales máquinas, estaban muertas.

Me marche otra vez, alejándome de aquellas máquinas hacia los contados corredores que había al borde de la ciudad. No podía internarme mucho, antes de que la oscuridad fuera tan absoluta como el frío. Penetré en las tiendas donde sus mercancías, intactas por el tiempo y el frío, se ofrecían a la apetencia de aquellos extraños seres, pero humanos después de todo, que habían sido dueños de las máquinas y que ya no existían. Lleno de dudas, me metí en una de ellas para ver qué clase de cosas usaban en aquellos tiempos.

»A punto estuve de gritar. Algo se movió allí dentro. A través de mi traje, llegaron sus sonidos extrañamente suaves, producidos por aquello en el débil aire. Lo vi tambalearse por dos veces hasta venirse abajo. No comprendo qué sistema de células de almacenamiento tendrían aquellos seres; lo único que puedo decir es que eran increíblemente maravillosas. Aquella energía de reserva que de un modo u otro había yo liberado al entrar, debía de ser un último residuo que llevaba allí más tiempo que la vida de nuestro planeta. Su sonido se apagó para siempre, pero me obligó a salir de allí.

»Se había apagado mientras yo miraba pero, en cierto modo, despertó en mí mayor curiosidad. De nuevo hice conjeturas aunque menos agobiado por la total ausencia de vida. Quedaba todavía una parte de energía no consumida depositada en algún lugar inconcebible. Miré con mayor detenimiento y más de cerca. Y al ver una pantalla en una oficina empecé a dudar. Era una pantalla. Podía ver claramente que se trataba de una pantalla de televisión de cierto tipo. Curioseando toqué un botón: Se produjo un sonido! ¡Un zumbido leve!

»A mi mente saltó la imagen de un posible sistema. Debía haber en alguna parte una vasta oficina central interconectada, dotada de unas células acumuladoras tan enormes y poderosas, en un tiempo, que incluso era grande aquella micro fracción que quedaba. Un sistema de almacenaje intacto para las máquinas de reparación, para las máquinas de energía, importantes e irremisiblemente perdidas.

«En un instante renació mi esperanza. Había una serie de botones, mandos y dispositivos desconocidos. Tiré del botón que había presionado y permanecí tembloroso, lleno de dudas. ¿Quedaría alguna esperanza?

«Entonces se disiparon. ¿Qué esperanzas podía haber en una ciudad muerta? Y no solamente muerta, sino que llevaba sin vida sabe Dios desde cuándo. Si todo aquel planeta estaba muerto, ¿con quién podía conectar? Si no había nadie en todo el planeta, ¿qué importaba, que existiera un sistema de comunicaciones?

«Miré al aparato con desesperanza. ¿Cómo iba yo a saber interpretar sus múltiples dispositivos? Tenía algo a un lado que me recordó, no sé por qué razón, a un disco telefónico. Sobre una lámina de metal, una aguja señalaba nueve símbolos en círculo, bajo la flecha de una manecilla. Ahora, la manecilla apuntaba a lo que era el principio o el final de aquello.

«Torpemente, con los guantes puestos, toqué a uno de los botones simbólicos que había sobre el metal. Se produjo un inesperado “clic”. se encendió una lucecilla y apareció una imagen. Era una simple proyección, ¡pero qué proyección! Ante mis ojos aparecía flotando una esfera tridimensional que iba girando majestuosamente. Cuando comprendí lo que era, casi me caigo al suelo de la sorpresa que tuve. ¡La manecilla era un selector! Los botones que había bajo la manecilla, nueve en total, me eran conocidos. Los fui presionando, uno tras otro, y nueve esferas, cada una distinta, aparecieron ante mis ojos.

»Y fue entonces cuando me quedé reflexionando profundamente. Eran nueve esferas. Nueve planetas. La Tierra se me mostró la primera. Era un planeta extraño, pero yo lo reconocí y supe que, a juzgar por el tamaño y posición relativa de la aguja, debía ser la Tierra. Luego, por orden, siguieron los otros ocho.

«Ahora bien; ¿había vida allí? En efecto, en cualquier parte de aquellos nueve mundos no tenía por menos de haber vida.

«Pero, ¿en cuál? ¿En Mercurio, el más próximo al Sol? No, el Sol estaba demasiado muerto, demasiado frío, para calentar incluso a Mercurio. Y Mercurio era demasiado pequeño. En medio de mis reflexiones me di cuenta de que me encontraba

ante una gran oportunidad, porque sean cuales fueren los medios de comunicación empleados por aquellos seres, no podrían funcionar sin un potencial tremendo. Si aquellas increíbles células de almacenamiento habían reunido la fuerza necesaria para una sola fotografía, era de suponer que no les quedara más. De algún modo, deduje que este aparato no llevaría incorporada ninguna clase de resistencia. Aquí sólo habría corriente alterna de hiperfrecuencia y sólo se emplearían condensadores e inductancias. El frío no les perjudicaba, sino que favorecía su estado. No ocurría lo mismo con las máquinas movidas por una potencia inmensa de corriente directa.

¿Pero por dónde empezar? ¿Por Júpiter? Demasiado grande. Y entonces, ¿cuál tenía que ser la solución? El frío había arruinado a las máquinas, las había descompuesto, convirtiéndolas en conductores demasiado perfectos. No estaban diseñadas para luchar contra el frío espacial. Pero tales máquinas si, por ejemplo, existían en Plutón, debieron ser diseñadas originalmente para semejantes condiciones. Allí siempre había hecho frío. Plutón estaría siempre helado.

«Miré al aparato con tanta intensidad que debió transportar mi simple alcance de la vista hasta el mismo Plutón. Era una esperanza; mi única esperanza. ¿Pero cómo sintonizar con Plutón? Si allí había alguien, no me iban a comprender.

»No me quedaba más que hacer conjeturas... y esperar. En cierto modo, sabía que debía existir algún medio de atraer la atención de sus operadores inteligentes. En el centro del panel, había un teclado de doce botoncitos, todos diferentes, distribuidos en cuatro hileras de *a* tres. Hice deducciones, mediante el sistema duodecimal.

«¡Tratar de problemas de comunicación interplanetaria! ¿Existía siquiera tal problema? Era el problema de un anacronismo en la ciudad de la muerte, en un planeta muerto, buscando vida en cualquier parte y de cualquier modo. «Había dos botones, separados entre sí de los otros doce; uno era verde y el otro rojo. Nuevamente hice conjeturas. Cada uno llevaba encima una compleja serie de símbolos, dé forma que apunté la manecilla hacia la derecha, señalando a Plutón, vacilé y la dirigí a Neptuno. Plutón estaba más apartado. En Neptuno reinaba suficiente frío; las máquinas estarían aún funcionando allí y, quizás, el consumo de los residuos de energía que quedaban sería menor.

«Presioné el símbolo verde, con la esperanza de haber acertado, de que el rojo todavía implicara peligro, dificultades y error para los hombres cuando construyeron aquello, que significara corrección y rectificación de una orden equivocada. Aquello convertía al verde en una operativa señal de llamada.

«Nada sucedió. La tecla verde no bastaba por sí sola. Miré de nuevo, apretando la tecla verde y el botón que había presionado primero.

»El aparato volvió a zumbir. Ahora emitió una nota más grave, un sonido enteramente distinto, y en su interior se produjo una serie de frenéticos chasquidos secos. Entonces se levantó el botón verde. La tecla correspondiente a Neptuno se iluminó ligeramente bajo el indicador. La pantalla comenzó a parpadear con una luz grisácea. Y, de repente, el zumbido se hizo estridente, como si soportara una

sobrecarga; la pantalla se apagó y la pequeña señal luminosa de la tecla de Neptuno quedó oscurecida. La señal había sido lanzada a los espacios.

«Mirando fijamente, esperé minuto tras minuto, pero la pantalla se iba oscureciendo, cada vez más, de forma paulatina. La energía se iba consumiendo. El último residuo de energía almacenada estaba siendo enviado al infinito espacio. “¡Oh! —gemí—. Ya no queda ninguna esperanza... ninguna”.

«Comprendí que la señal tardaría horas en llegar hasta aquel distante planeta, viajando a la velocidad de la luz, aunque hubiera sido correctamente dirigida. Pero las maquinarias que lo estuvieron haciendo durante años, probablemente habrían enmudecido desde hacía mucho tiempo por falta de energía.

»No obstante, allí permanecí hasta que cesó el rumor de todos los motores y la pantalla quedó tan apagada como la había encontrado. Deje de oprimir el botón de mando y me retiré aturdido por el total derrumbamiento de una insana esperanza. Experimentalmente, volví a presionar el símbolo de Neptuno. Quedaba ya tan poca fuerza que su imagen sólo emitió una luz imperceptible.

»Me marché lleno de amargura y desamparo. La imagen de la Tierra hacía mucho tiempo que se había borrado, y mi mano fue la que gastó sus escasos y últimos recursos. La ciudad eterna había agotado todas sus fuerzas para servir a la raza que la construyó, y yo, desde los albores del tiempo, en el ocaso de la existencia, había consumido hasta el último átomo de la vida.

»Con paso lento volví al techo donde brillaban los soles agonizantes. En recto, sólo hubiera caminado media milla, pero la ascensión por sus rampas espirales multiplicaba el camino. Fui subiendo despacito, pues sólo la vida conoce las prisas y yo era ya un hombre muerto.

En medio de una barahúnda de torres heladas y multicolores, encontré un banco de metal labrado. Me senté en él y extendí la vista, a través de la ciudad congelada, hasta el mundo de hielo que se dibujaba más allá y hacia el Sol rojo decadente.

»No sé cuánto tiempo estuve sentado allí. Pero algo susurró dentro de mi cabeza». “Te estuvimos buscando en la máquina de televisión”. Salté del banco y miré sobresaltado a mi alrededor. En el aire flotaba un brillante dirigible de metal. A la vista de aquella luz presentaba un color rojo rubí, con una longitud de veinte pies y diez, de diámetro. De sus portañolas brotaba —una brillante y cálida luz naranja. Lo miré asombrado.

»“¡Lo he conseguido!” —dije sin aliento—. El haz electrónico llevaba suficiente fuerza para excitar a los amplificadores, cuando llegó a Neptuno —replicó la criatura dentro de la máquina.

»Yo no podía verla; sabía que no la estaba oyendo, pero no me sorprendió, en cierto modo.

»Tu oxígeno está casi agotado, y creo que tu cerebro sufre de anoxemia. Te sugiero que entres en esta cámara de presión donde hay aire».

Ignoro cómo lo sabría aquella criatura pero los aparatos medidores confirmaron

sus palabras. El oxígeno estaba a punto de acabarse. Si abría del todo las válvulas quizás me quedara para una hora más pero, aún así,...o resultaba muy tranquilizador.

Penetré en la cámara. Me sentí renovado y jubiloso. Allí había vida. Este universo no estaba tan muerto como yo había supuesto. No volvería a la Tierra, tal vez, pero no me quedaba otra alternativa. ¡Aquellos seres tenían naves espaciales! Subí con avidez y un extraño escalofrío recorrió mi cuerpo cuando traspasé el umbral de la portañola. La puerta se cerró herméticamente detrás de mí, produciendo un sonido suave al encajar en sus juntas y una bomba chirrió por un momento. Luego se abrió la puerta interior. Penetré por ella e instantáneamente apagué mis calentadores de alcohol. ¡Allí abundaba el calor, la luz y el aire!

»En seguida me solté las ligaduras y abrí la cremallera interior. Treinta segundos más tarde me despojé del traje y respiré profundamente. El aire era limpio, dulce y cálido; ofrecía una fragancia vigorizante, como si hubiera pasado antes por encima de millas de campos verdes —y soleados. Olía a vida y a juventud.

«Entonces busqué al hombre que había venido a rescatarme. No había nadie. En la proa de la nave, junto a los mandos, flotaba un globo metálico de 1,25 m. de diámetro, ligeramente iluminado por una luz cálida y dorada. La luz vibraba lenta o rápidamente, al mismo ritmo que sus pensamientos, y entonces supe que era aquello lo que me había hablado.

«¿Esperabas encontrar a un humano? —me dijo con el pensamiento—. No quedan humanos. No existen desde un tiempo que no puedo expresar en forma comprensible para tu mente. Ah, sí, tú posees medios matemáticos de expresión, pero resulta inoperante porque no abarca a esta clase de tiempo. Pues el último de los humanos pereció antes de que el Sol cambiara su estado original G. O... Hace mucho, muchísimo tiempo».

»Le miré lleno de dudas. ¿De dónde procedería aquel ser inverosímil, ¿Se trataba de una criatura viviente encerrada dentro de una caja protectora, o de una máquina perfecta?

«Sentí que escudriñaba en mis pensamientos, oscilando levemente su lucecilla dorada. Y, dé pronto, se me ocurrió mirar por la portilla. Los rojos y agonizantes soles giraban vertiginosamente. La Tierra hacía mucho que había desaparecido. Mientras miraba se me ofreció a la vista, de súbito, un disco rojo, increíblemente sombrío, enorme. Atenazado por el pánico, miré a Neptuno.

El planeta era escasamente visible cuando ya nos encontrábamos de él a doce millones de millas. Era un mundo de pedrería. Sus ciudades, grandes y perfectas, seguían resplandeciendo, iluminadas desde arriba por una luz de oro tenue y desde abajo por otra más austera de color azul brillante, formada por vapores de mercurio.

Nuevamente me habló: Somos máquinas; las últimas máquinas desarrolladas por el hombre. Cuando nosotros nacimos, el hombre ya había muerto.

»Con todo lo que hemos aprendido en los incontables mega años pasados, podríamos haber salvado al hombre. Entonces no nos era posible. Pero fue mejor y

más prudente que desapareciera la humanidad, que el verla descender tan bajo, como debía, con el tiempo. La evolución surge bajo la presión. La degeneración es el gradual hundimiento por falta de presión, el cual no tiene fin. La vida desapareció de este sistema. Es una polvorienta eternidad que no puedo ordenar en mi memoria; en mi clase de memoria, para ser preciso porque he perfeccionado todas las memorias de aquéllos a quienes reemplacé. Pero mi memoria no puede retroceder hasta el tiempo en que tú estás pensando, hasta el tiempo en que las constelaciones...

»Es inútil intentarlo. Aquellas memorias fueron enterradas por otras y éstas, a su vez, fueron sepultadas por el peso de un billón de siglos.

«Ahora entramos en... —nombró una ciudad cuyo nombre no soy capaz de reproducir—. Debes volver a la Tierra, aunque sea en siete días, y cuarto de los tuyos, porque el eje magnético traspasa el tiempo y el espacio al contraer la tensión de sus campos. Creo que conseguiré introducirte en ella».

»Así pues, penetré en aquella ciudad, en la ciudad viviente de las máquinas que existió cuando el tiempo y el universo eran jóvenes.

»Yo no sabía entonces que, cuando todo el universo se había desintegrado, cuando el último sol estaba negro y frío, como polvo diseminado en un fragmento de un universo disgregado, este planeta, con sus ciudades mecánicas, continuaría subsistiendo, igual que un último copo de luz y calor, en un universo extinguido desde tiempo inmemorial. Entonces no lo sabía.

»¿Aún te sigues preguntando por qué dejamos que muriera el hombre? —preguntó la máquina—. Fue mejor así. En otro breve millón de años habría perdido su elevada posición. Fue mejor así.

»Ahora somos nosotros los sucesores del hombre. Y no pereceremos como pereció él. Existe una sucesión automática entre nosotros».

»En cierto modo lo comprendí. Me fue dado a entender la ciega continuación, sin propósito ni fin determinado, de las ciudades mecánicas. No poseían inteligencia, sólo funciones. Estas máquinas, estos investigadores vivientes, pensantes y racionales, no tenían más que una función. Su función era ligeramente distinta: estaban diseñados para curiosear e investigar eternamente. Y su esfuerzo era el que menos propósitos entrañaba, porque no podrían nunca llegar a su fin. Las ciudades luchaban eternamente solo contra la ciega destrucción de la naturaleza, contra el desgaste, la decadencia, la erosión.

«Pero su lucha, en tanto existieran, tenía un eterno oponente. Las máquinas... ¿inteligentes?, no, no totalmente inteligentes, sino otra cosa; llamémoslas curiosas. Las máquinas carecían de oponentes. Tenían que ser curiosas; tenían que seguir investigando. Y así lo llevaban haciendo desde tiempos tan incomprensiblemente remotos que ya no les quedaba nada sobre qué curiosear. Quienquiera que las hubiera diseñado las dotó de funciones y olvidó sus propósitos. Su única curiosidad consistía en preguntarse si existía, en cualquier parte, alguna cosa más que aprender.

«Aquello, y el problema que no deseaban resolver, pero que debían intentar

resolverlo, constituía la ciega función de su misma estructura.

«Aquellas ciudades eternas eran limitadas. Las máquinas habían visto el límite y también la esperanza de un cese final. Trabajaban en la energía del átomo. Pero las masas de los soles eran aún tremendas... Habían muerto por falta de energía. Otro tanto podía decirse respecto a la masa de los planetas. Pero ellas también estarían muertas por falta de energía.

»Las máquinas de Neptuno me proporcionaron comida y bebida; eran unos alimentos y bebidas extraños y sintéticos. No se veían en todo el planeta. Por fuerza, hicieron funcionar una máquina, parada desde hacía más de un billón de años, para que yo pudiera comer. Tal vez eso les reportara cierto regocijo. Mi gran estado de consunción les inducía a creer en mi próxima muerte.

«Gastaron poco, muy poco conmigo, porque su grado de eficiencia no tenía comparación. En todo el universo no hay más que un solo combustible: el hidrógeno. Con el hidrógeno, el más liviano de todos los elementos, se puede obtener el más pesado y liberar energía. Ellos sabían la manera de destruir la materia completamente para producir energía y podían hacerlo.

Pero mientras que la liberación de energía de un compuesto de hidrógeno con elementos pesados resulta controlable, la que se extrae con la desintegración de la materia da lugar a un proceso de auto regeneración. Una vez que comienza, se va propagando en cadena sucesivamente a través de la materia y resulta incontrolable. Es imposible utilizar toda la energía de la materia.

«Los soles habían llegado a quemar su hidrógeno hasta un extremo tal, que ya no podían seguir quemando más.

»En la Tierra no quedaba un solo átomo de hidrógeno; lo mismo sucedía en los demás planetas, salvo en Neptuno. Pero ahora, sus reservas no eran grandes. Mientras estuve allí, usé una apreciable fracción de ella. Es su última esperanza, y ahora, ya pueden ver el fin.

«En los pocos días que estuve allí, las máquinas iban y venían, siempre investigando, siempre curioseando. Pero en todo ese universo no hay nada que investigar; sólo hay un problema que no pueden resolver.

»La máquina me devolvió a la Tierra. Puso junto a mí algo que resplandecía con una luz peculiar, de color gris constante. Fijaría el eje magnético sobre mí, sobre mi localización, en cosa de pocas horas. Ya no pudo seguir allí y regresó a Neptuno, pero estaba sólo unos millones de millas en este sistema solar arrugado como una momia.

»Me quedé solo sobre el techo de la ciudad, en el jardín helado, con su falaz semblanza de vida.

»Y me acordé de la noche del velatorio que había pasado al lado de aquel difunto. Había llegado allí y lo había visto morir; reinó un silencio absoluto y yo quise tener alguien con quien hablar.

«Igual me ocurría ahora. Abrumado comprendí que estaba velando, en la noche del universo, en la noche y la paz del universo, al cuerpo de un planeta muerto, a las

pálidas esperanzas de las incontables e innumerables generaciones de hombres y mujeres. El universo estaba muerto y yo lo estaba velando solo en la quietud de la muerte.

»Allá en la lejanía, en el planeta Neptuno, agonizaba el último hálito de vida; era el aleteo engañoso de una vida sin propósitos. Pero tampoco era vida porque ésta, igual que el mundo, estaba muerta.

«Supe que ya no habría allí más sonidos, durante el corto tiempo que quedaba. Porque esto eran las tinieblas y la noche del tiempo y del universo. Era inevitable, el inevitable fin que se mostraba distante en mis días, en los ancestrales tiempos cuando las estrellas eran potentes faros en el poderoso espacio, no los agonizantes candelabros que ahora alumbraban a un planeta muerto.

Era inevitable, pues; los candelabros debían quemar energía para ofrecer su fanfarrón espectáculo. Pero ahora los podía ver goteando lentamente, agotando sus últimas e infructuosas reservas de energía, igual que las habían agotado las máquinas de aquí abajo en su desesperado y fiel esfuerzo por intentar la reparación de una ciudad que ya estaba muerta.

Hacía un billón de años que el universo estaba muerto. Comprendí que aquello era la última radiación de calor despedida por un cadáver, en una especie de imitación de la vida y el calor. Los soles llevaban muchísimo tiempo sin producir energía. Estaban muertos y sus cadáveres estaban exhalando el último y moroso calor de la vida, antes de acabar de enfriarse.

»Eché a correr. Creo que corría huyendo de la visión que presentaban en el cielo aquellos soles rojos y mortecinos, refugiándose en el negro sudario de la ciudad muerta que tenía debajo, donde no me inquietaba la falta de luz, de calor ni de vida, ni de imitación de vida.

»La completa oscuridad me sosegó un poco, en cierto modo. Cerré mis válvulas de oxígeno porque deseaba morir cuerdo, incluso aquí, y me constaba que ya no iba a regresar.

¡Sucedió lo imposible! Volví en mí sintiendo este oxígeno puro ante mi rostro. No sé cómo vine; sólo sé que aquí hay calor y vida.

»En algún lugar, en la parte extrema de aquella bobina de bismuto, inevitablemente inmóvil, yace el planeta muerto y fluctúan, gota a gota, los candelabros que alumbran la vigilia de la muerte que yo debo guardar en la consumación de los tiempos.

LA ORDEN

L. Sprague de Camp

Johnny Black extrajo de la estantería de la biblioteca el tomo V de la Enciclopedia Británica y lo abrió en la sección de «Química». Ajustó la cinta elástica que sujetaba sus lentes y encontró la página en cuya lectura se había interrumpido la última vez.

Se afanó en hallarle el sentido a unas fórmulas y luego meditó melancólicamente que era inútil; necesitaría que el profesor Methuen le enseñara un poco más antes de que pudiera proseguir el estudio de aquella materia. Y ansiaba verdaderamente saber todo lo posible tocante a la química que le había hecho ser lo que era, además de capacitarle para poder leer una enciclopedia.

Porque Johnny Black no era un ser humano.

Era, en realidad, un excelente ejemplar de oso negro, «*Euarctos americanus*», en cuyo cerebro Methuen había inyectado un producto químico que aminoró la resistencia de la idiosincrasia funcional entre sus células cerebrales, haciendo que el complicado proceso eléctrico llamado «pensamiento» fuera casi tan fácil para el pequeño seso de Johnny como lo es para el más voluminoso del hombre. Y Johnny, cuya pasión predominante era la curiosidad, estaba decidido a averiguar todo lo referente a aquel proceso.

Hojeaba cuidadosamente las páginas con su zarpa. En cierta ocasión había intentado hacerlo con la lengua, pero se la cortó levemente con el recio papel, y luego había venido Methuen a darle la gran bronca por humedecer las páginas, tanto más cuanto que Johnny en aquel momento estaba deleitándose en su vicio secreto, y el profesor tuvo visiones fantásticas de chorros de jugo de tabaco babeados por Johnny sobre sus libros más caros.

Johnny leyó los artículos sobre «Quimo» y «Quinario». Satisfecha su sed de sabiduría por el momento, volvió a dejar el libro en su sitio, encerró sus lentes en el estuche prendido en su collar y emprendió su ambladura hacia el exterior.

Fuera, la isla de Santa Cruz se achicharraba bajo el sol del Caribe. El azulado del cielo y el verdor de las colinas eran matices inexistentes para Johnny que, como todos los osos, era daltónico. Pero hubiera deseado que el alcance de su vista de oso fuera lo suficientemente aguzado para divisar los barcos en el puerto de Frederiksted. El profesor Methuen podía verlos fácilmente desde la Estación Biológica, hasta sin lentes. Los principales motivos de queja de Johnny contra las cosas en general, eran la cortedad de su vista, la carencia de dedos para manipular y de órganos bucales para articular palabras.

Algunas veces deseaba que, si tenía que ser un animal con un cerebro humanoide, fuera por lo menos un simio. Como McGinty, el chimpancé, alojado en las jaulas

cercanas.

Johnny se sorprendió por el comportamiento de McGinty. No le había oído ni chistar en toda la mañana, siendo así que el viejo simio tenía la costumbre de chillarle y arrojarle cosas a cualquiera que pasase. Excitada su curiosidad, el oso se ladeó hacia las jaulas.

Los monos rechinaron de dientes, como de costumbre, pero ningún sonido brotó de la jaula de McGinty.

Incorporándose, Johnny vio que el chimpancé estaba sentado, apoyado el lomo en la pared y los ojos en blanco.

Johnny se preguntó si estaría muerto, hasta que comprobó que McGinty respiraba. Johnny hizo la prueba de gruñir un poco; los ojos del simio se dirigieron hacia el ruido, y sus miembros se agitaron algo, pero no se levantó.

Debía estar muy enfermo, pensó Johnny, cavilando sobre si iba a ser necesario que arrastrase por el codo y hacia la jaula, a uno de los científicos. Pero entonces su pequeña alma más bien concentrada en sí mismo se tranquilizó con el pensamiento de que Pablo no tardaría en venir con el almuerzo del mono y se cuidaría de informar sobre el comportamiento de McGinty.

Pensar en el almuerzo le recordó a Johnny que ya era tiempo sobrado de oír la campanilla de Honoria convocando para comer a los biólogos de la Estación. Pero no se oían campanillazos. El lugar parecía anormalmente silencioso. Los únicos sonidos eran los procedentes de las jaulas de monos y pájaros, y el «put-put-put» de la máquina fija, propiedad de Bemis, allá al otro lado del lindero del terreno de la Estación.

Johnny trató de imaginarse qué era lo que el excéntrico botánico estaba tramando. Sabía que los otros biólogos no simpatizaban con Bemis; había oído a Methuen hacer comentarios sobre hombres —especialmente hombrecillos rechonchos— que iban fanfarroneando por los contornos calzando botas de montar cuando no había un solo caballo por las cercanías.

En realidad, Bemis no pertenecía al personal de la Estación, pero sus alicientes monetarios habían inducido al tesorero a permitirle construir su casa y laboratorio en la vecindad. Para Johnny imaginar o preguntarse algo equivalía a investigar y se disponía a dirigirse hacia el lugar, cuando recordó a tiempo al alboroto que formó Bemis la última vez que recibió su inesperada visita.

Bueno, nada le impedía investigar el motivo de la negligencia, casi delictiva, de Honoria. Trotó hacia la cocina y asomó su amarillento hocico por la puerta. No avanzó más, recordando la irracional actitud de la cocinera ante la presencia de osos en su cocina.

Flotaba un olor a guisos quemados y en una silla junto a la ventana estaba instalada Honoria, negra y montañosa como siempre, ojos en blanco. El leve «¡woof!» emitido por Johnny no aportó más reacción que la misma obtenida con

McGinty.

Todo esto era definitivamente alarmante. Johnny se dedicó a la búsqueda de Methuen. El profesor no estaba en la sala común, pero otros sí que estaban.

El doctor Breuker, autoridad mundialmente famosa en la psicología del lenguaje, se hallaba en un sillón con un periódico en el regazo. No se movió cuando Johnny le resopló junto a la pierna, y, cuando el oso mordisqueó su tobillo, se limitó a retraer un poco la pierna. Había dejado caer un cigarrillo encendido en la alfombra donde formó un amplio agujero chamuscado antes de apagarse.

Los doctores Markush y Ryerson y la esposa de Ryerson también estaban allí... todos sentados como otras tantas estatuas. Mrs. Ryerson sostenía un disco, probablemente una de aquellas melodías de baile que le gustaban.

Johnny persistió un poco más en la caza de su patrón, y finalmente encontró al larguirucho Methuen, en ropas menores, tendido en su cama y mirando fijamente el techo. No parecía enfermo —su respiración era regular— pero no se movió salvo cuando fue hociado o mordisqueado.

Los esfuerzos de Johnny para despertarle le impulsaron finalmente a abandonar la cama y errar como un sonámbulo por la habitación hasta sentarse y contemplar fijamente el indefinible espacio.

Una hora más tarde abandonó Johnny sus intentos de conseguir alguna acción sensata de los diversos científicos de la Estación Biológica y salió al aire libre para pensar.

De costumbre disfrutaba pensando, pero esta vez no parecían existir los suficientes datos ni hechos que le permitiesen un avance progresivo en sus reflexiones. ¿Qué era lo que debía hacer? Podía alzar el teléfono de su soporte, pero no podía hablar por el aparato solicitando un médico.

Si bajaba a Frederiksted para llevarse a rastras a un médico por su único recurso, la fuerza, probablemente lo único que conseguiría por sus afanes y fatigas, sería que le acribillasen a balazos.

Al mirar casualmente hacia los terrenos de Bemis, le sorprendió ver algo redondo elevarse, menguar lentamente y desvanecerse en el cielo. Por sus lecturas dedujo que aquello era un globo pequeño; había oído que Bemis se dedicaba a una especie de experimento botánico que implicaba el uso de globos. Otra esfera siguió a la primera, y luego otra, hasta que formaron una constante procesión menguando hasta desaparecer en la nada.

Aquello ya era excesivo para Johnny; era preciso que averiguase por qué alguien podía querer llenar los cielos con globos de un metro de diámetro. Además, tal vez conseguiría convencer a Bemis para que viniese a la Estación y resolviera algo concreto sobre el personal hechizado.

A un lado de la casa de Bemis encontró un camión, un montón de maquinaria y dos hombres desconocidos. Había una alta pila de globos deshinchados, y los

hombres estaban cogiéndolos uno por uno, inflándolos con una boquilla de manguera que sobresalía de la maquinaria, y soltándolos. En la parte inferior de cada globo estaba atada una cajita.

Uno de los hombres vio a Johnny, exclamó «¡Canastos!» y manoseó su funda pistolera. Johnny se incorporó y gravemente extendió su zarpa derecha. Había comprobado que era un buen ademán para tranquilizar a la gente que estaba alarmada por su súbita aparición. No porque a Johnny le importase si estaban o no alarmados, sino porque a veces llevaban armas, y resultaban peligrosos si se sentían acorralados o sobrecogidos. El hombre gritó:

—¡Lárgate de aquí, tú!

Johnny, perplejo ante aquel farfullar, abrió las fauces y dijo:

—¿«Qué»?

Sus amigos sabían que esto quería decir «¿Qué dijiste?» y también «¿Qué pasa aquí?».

Pero el hombre en vez de explicar las cosas sensatamente, desenfundó bruscamente su pistola y disparó.

Johnny sintió un golpe entontecedor y vio chispas cuando el plomo de calibre nueve corto se desvió al chocar contra su compacto cráneo. Al segundo siguiente, la gravilla de la calzada revoloteaba mientras galopaba con suma rapidez hacia el portón de salida. En carrera corta podía alcanzar los sesenta kilómetros por hora y mantener un promedio de cincuenta durante media hora, y en el momento actual estaba sacando el máximo de velocidad.

De regreso a la Estación, encontró el espejo de un cuarto de baño y se inspeccionó la incisión de cuatro centímetros en su frente. No era una herida grave, si bien el impacto le había producido un ligero dolor de cabeza. No podía vendarse. Pero sí podía hacer girarla llave del grifo y poner la cabeza bajo el chorro, secar la herida con una toalla, coger el frasquito de yodo, extraer el tapón con los dientes y, sosteniendo el frasco entre sus zarpas, verter unas pocas gotas en la herida. El escozor le hizo respingar, y derramar parte del líquido en el suelo donde, meditó, lo encontraría Methuen y le daría la gran bronca.

Luego salió fuera, escrutando vigilante por si aparecían los rudos individuos que estaban en la zona de Bemis, y se puso a pensar un poco más. Sospechaba que de alguna manera aquellos hombres, los globos y el estado hipnótico del personal de la Estación, se hallaban relacionados.

¿Se encontraba también Bemis sumido en aquel arrobamiento? ¿O bien era el real autor de aquellos acontecimientos? A Johnny le habría gustado mucho investigar un poco más, pero sentía la mayor de las aversiones hacia el estado de blanco para disparos.

Se le ocurrió que si quería beneficiarse de la paralizante dolencia de los científicos era mejor que lo hiciera mientras no había peligro en hacerlo, y emprendió su andadura hacia la cocina. Allí lo pasó en grande, ya que disponía de cinco

abrelatas naturales encada zarpa.

Estaba echándose garganta abajo el contenido de una lata de melocotones cuando un ruido al exterior le atrajo hacia la ventana. Vio el camión que estuvo en el sector de Bemis detenerse y aparearse a los dos individuos rudos.

Johnny se deslizó sigilosamente hacia el comedor y escuchó a través de la puerta, tenso y dispuesto a echar el pestillo, si los intrusos pretendían entrar.

Oyó crujir la puerta exterior de la cocina y la voz del hombre que le había disparado:

—¿Cómo te llamas, eh?

La inerte Honoria, todavía inmóvil en su silla, contestaba sin entonación concreta:

—Honorita Vélez.

—Muy bien, Honoria, vas a ayudarnos a transportar parte de estas provisiones al camión, ¿comprendes? ¡Canastos! Fíjate en todo este revoltijo, Smoke. El oso ha estado por aquí. Si le echas la vista encima, lárgame un taponazo. Los filetes de oso son sabrosos, según tengo oído.

El otro tipo farfulló algo y Johnny pudo oír el chancleteo de las zapatillas de Honoria al moverse y, poco después, la apertura de la puerta exterior de la cocina. Estremeciéndose todavía ante la idea de convertirse en filetes, empujó un poco su puerta.

A través de la mampara de tela metálica de la puerta exterior pudo ver a Honoria, llenos los brazos de provisiones, obedeciendo dócilmente las órdenes y apilando las latas y bolsas en el camión. Los dos hombres sentábanse en el estribo y fumaban mientras Honoria, como hipnotizada, efectuaba varios viajes a la cocina. Cuando ellos dijeron: «Ya basta», ella se sentó en el escalón de la cocina y se relajó, volviendo a su primer estado de inercia.

El camión se fue.

Johnny se apresuró a dirigirse al grupo de árboles en el límite de la propiedad de la Estación con la casa de Bemis. La arboleda coronaba una pequeña colina, convirtiéndola a la vez en un buen escondite y en una posición ventajosa para atisbar.

Pensó que resultaba evidente que la Estación no era lo suficientemente grande para él y los dos forasteros, si se iban a dedicar a acaparar las reservas de comida y matarle tan pronto como lo vislumbrasen.

Luego meditó en las acciones de Honoria. La negra, normalmente de espíritu vigoroso y de una terquedad granítica, había cumplido todas las órdenes sin rechistar. Evidentemente, la enfermedad o lo que fuese, no afectaba a una persona mental o físicamente, excepto que privaba a la víctima de toda iniciativa y fuerza de voluntad.

Honorita había recordado perfectamente su propio nombre y había comprendido las órdenes. Johnny se preguntó la causa de que él no resultara afectado por aquella rara dolencia; luego, recordando al chimpancé, sacó la conclusión de que era probablemente algo específico que sólo afectaba a los antropoides superiores.

Contempló cómo se elevaban más globitos, y vio a dos hombres salir de la casa

de campo y hablar con los infladores. Johnny tuvo la certeza de que una de las siluetas, la rechoncha, era Bemis.

Si era así, el botánico debía ser el cerebro reactor de la banda y Johnny tenía por lo menos cuatro enemigos contra quienes tendría que bregar. ¿Cómo? No lo sabía. Bueno, por lo menos podía disponer de las provisiones que quedaban en la cocina de la Estación antes de que la saquearan los fieros repartidores de taponazos.

Emprendió el descenso y se preparó un litro de café, lo cual le resultó fácil ya que la llama piloto de la cocinilla de gas había quedado encendida. Lo vertió en una sartén para enfriarlo y fue engulléndolo a lametones, tragándose a la vez toda una hogaza de pan.

De nuevo en su escondite tuvo ciertas dificultades en coger el sueño; el café estimulaba su mente, y a ella acudían en oleadas planes para atacar la casa de campo, hasta que casi se sintió dispuesto a efectuar una incursión. Pero no lo hizo sabiendo que su visibilidad era especialmente débil de noche, y sospechando que los cuatro enemigos estarían allá.

Se despertó con el alba, y escrutó la casa hasta ver a los dos matones salir para continuar en su tarea con los globos, y oyó la pequeña máquina iniciar su «put-put-put». Dando un largo rodeo, reptó hacia arriba por el lado opuesto y se deslizó bajo la casa que, como la mayoría de las casas de campo de las islas Vírgenes, no tenía sótano.

Reptó en torno hasta que un restregar de pies en el delgado suelo encima de su cabeza le reveló que estaba debajo de los hombres ocupando la invisible estancia.

Oyó la voz de Bemis:

—Al y Shorty y ahora aquellos majaderos, están retenidos en La Habana sin medio alguno de poder venir aquí, porque los transportes estarán ahora paralizados por todo el Caribe.

Otra voz, de acento británico contestó:

—Supongo que en su debido momento se les ocurrirá a ellos llegarse al propietario de una lancha o de una avioneta, y decirle simplemente al fulano que los traiga aquí. Esto es lo único que puede hacer todo el mundo en Cuba bajo la influencia de los moldea en estos momentos, ¿no es así? ¿Cuántos globos más tenemos que lanzar?

—Todos los que tenemos —replicó Bemis. —Pero digo yo, ¿no crees que deberíamos guardar algunos de reserva? No sería conveniente tener que pasarnos el resto de nuestra vida enviando esporas a la estratosfera, en la esperanza de que los cósmicos nos diesen otra mutación como ésta...

—Dije todos los globos, no todas las esporas, Forney. Tengo muchas en reserva, y estoy cultivando más, constantemente, en mis moldes De todos modos, aún suponiendo que nos quedásemos totalmente desprovistos de ello antes de que el mundo entero estuviera afectado, lo que sucederá dentro de pocas semanas, ¿y qué? ... No parecía haber ni una sola posibilidad sobre un millón para aquella primera

mutación... y sin embargo ocurrió. Ésta es la razón por la que sé que era una señal de arriba, indicando que yo fui elegido para dominar el mundo y desviarle de sus errores y confusiones ¡cosa qué haré! ¡Dios me concedió este poder sobre el mundo y El no me abandonará!

O sea, pensó Johnny, con su mente trabajando furiosamente ¡éste era el plan! Sabía que Bemis era un experto en mohos, mantillos y cultivos similares, llamados moldes. El botánico debió enviar toda una carga a la estratosfera donde los rayos cósmicos pudieran actuar sobre ellos, y una de las mutaciones así producidas tenía la propiedad de atacar el cerebro humano, cuando los gérmenes o esporas eran inhalados y llegaban a los terminales de los nervios olfatorios, en forma tal que destruían toda fuerza de voluntad.

Y ahora Bemis estaba diseminando aquellos gérmenes por todo el mundo, tras lo cual tomaría posesión de la Tierra, dando órdenes a sus habitantes para que hiciesen todo lo que él desease.

Puesto que él y sus auxiliares no habían sido afectados, tenía que existir un antídoto o preventivo de alguna clase. Probablemente Bemis guardaba un surtido a mano. Si hubiese algún modo de obligar a Bemis a revelar dónde lo guardaba, si, por ejemplo, él pudiera atarle y escribir un mensaje exigiendo la información...

Pero eso no sería práctico. Primero tendría que acabar con la banda, y confiar en la suerte para encontrar el antídoto.

Uno de los hombres atareados con los globos manifestó:

—Las diez, Bert. Hora de ir a recoger el correo.

—No habrá correo, tarugo. Todo el mundo en Frederiksted está sentado y quieto tal como él esperaba.

—Ah, claro, así es. Pero deberíamos empezar a organizarles, antes que todos ellos revienten de hambre. Tenemos que disponer de gente que trabaje para nosotros.

—De acuerdo, tío listo, adelante y organiza. Yo me tomaré unos minutos de descanso para fumar un pitillo. Supongamos que, mientras tanto, intentas poner de nuevo en funcionamiento el servicio telefónico ¿en?

Johnny vigiló el par de piernas con botas desapareciendo dentro del camión, que al poco emprendía la marcha abandonando el lugar. El otro par de piernas acudió hacia los peldaños frontales sentándose en ellos. Johnny recordó un árbol, al otro lado de la casa, cuyo tronco se erguía cerca del alero.

Cuatro minutos después, pisaba silenciosamente de un lado a otro del tejado hasta detenerse y mirar hacia abajo, al fumador. Bert arrojó a lo lejos su colilla y se puso en pie.

Instantáneamente los 235 kilos de músculos acerados de Johnny aterrizaron sobre su espalda dejándolo en posición prona. Antes que pudiera llenar sus pulmones para gritar, la zarpa del oso percutió con un «pop» sonoro sobre un lado de su cabeza. Bert se estremeció y se apaciguó, al adquirir su cráneo un aspecto mucho más abultado de

un lado que del otro.

Johnny tendió el oído. La casa estaba silenciosa. Pero el hombre llamado Smoke regresaría con el camión... Johnny arrastró rápidamente el cadáver bajo la casa.

Luego abrió cautelosamente la mampara frontal con sus zarpas y se coló al interior, manteniendo las garras enhiestas para que no rechinasen contra el suelo. Localizó la habitación desde la cual había salido la voz de Bemis. Podía oír aquella voz, con su exagerada resonancia oratoria, venir por el aire a través de la puerta en aquel momento.

Empujó la puerta, abriéndola lentamente. La sala del laboratorio del botánico y estaba lleno de macetas, cajas encristaladas con plantas, y aparatos químicos. Bemis y un joven, evidentemente el británico, se hallaban sentados al fondo charlando animadamente.

Johnny estaba ya a medio camino dentro del laboratorio antes que ellos le viesen. Saltaron en pie. Forney gritó:

—¡Por Júpiter!

Bemis emitió un tremendo chillido cuando la zarpa derecha de Johnny, con un veloz movimiento en forma de paletada, actuó en su abdomen de modo bastante similar a cómo un cucharón recoge una buena porción de helado dentro del recipiente normal.

Bemis, convertido ahora en un espectáculo horrible, intentó caminar, luego arrastrarse y por fin, lentamente, se abatió en un charco de su propia sangre.

Forney, mirando desorbitado los colgantes intestinos de Bemis, alzó apresuradamente una silla para esgrimirla hacia Johnny, como había visto hacer a los tipos del circo con los leones. Johnny, sin embargo, no era un león. Johnny se alzó sobre sus patas traseras y despidió la silla a través de la estancia donde fue a estrellarse entre un estrépito de cristales.

Forney se abalanzó hacia la puerta pero Johnny ya estaba sobre su espalda antes que hubiera dado tres pasos...

Johnny meditó la manera de acabar con Smoke cuando regresase. Tal vez, si se ocultase detrás de la puerta y le saltase encima al entrar, podría terminar con él antes que el hombre pudiera airear su pistola.

Entonces vio los cuatro rifles automáticos en el paragüero.

Johnny era buen tirador con un rifle, o por lo menos todo lo bueno que el alcance de su vista lo permitía. Abrió parcialmente la recámara de uno de los rifles para asegurarse de que estaba cargado, y encontró una ventana desde donde dominaba la carretera y la vía de acceso a la casa.

Cuando Smoke regresó y se apeó del camión, se quedó definitivamente sin enterarse de lo que le había golpeado.

Johnny se dedicó entonces a encontrar el antídoto. Bemis debió haberlo guardado en algún sitio cercano, quizás en su despacho. La mesa estaba cerrada, pero, aunque

fabricada en láminas de acero, no estaba diseñada para resistir a un oso decidido y mañoso.

Johnny hincó sus garras bajo el cajón inferior, y se afianzó izando, con fuerza. El acero se combó, y el cajón salió hacia fuera con un sonido lacerante. Los otros reaccionaron del mismo modo.

En el último encontró una botella grandota y cuadrada con una etiqueta. Se puso los lentes y leyó: «Yoduro de potasio». Había también dos jeringas con aguja hipodérmica.

Probablemente aquél era el antídoto, y funcionaba por inyección. Pero ¿cómo iba él a hacerlo funcionar? Extrajo cuidadosamente el tapón de la botella con los dientes, y se concentró en el intento de llenar una de las jeringas. A base de sostener el cilindro de cristal entre sus zarpas y atrayendo el émbolo con la boca, por fin lo consiguió. Llevando la jeringa en la boca trotó de regreso a la estación. Halló a Methuen en paños menores, en la cocina, comiendo con expresión soñadora los restos que habían quedado tras las incursiones suyas y de los fieros repartidores de taponazos.

Breuker, el psicólogo, y el doctor Bouvet, el bacteriólogo negro haitiano, estaban también atareados en lo mismo. Evidentemente los tormentos del hambre les habían incitado a andorrear por la casa hasta que encontraron algo comestible, y sus debilitados instintos les capacitaron para comer sin necesidad de recibir órdenes.

Allende de esto, se hallaban totalmente desvalidos, si no les daban órdenes, y volverían a sentarse permaneciendo como vegetales hasta morir de hambre.

Johnny intentó inyectar la solución en la pantorrilla de Methuen, sosteniendo la jeringa atravesada en la boca y empujando el émbolo con una zarpa. Pero al pinchazo de la aguja el hombre instintivamente respingó apartándose. Johnny lo intentó una y otra vez. Finalmente agarró a Methuen y lo mantuvo boca abajo mientras aplicaba la aguja, pero el hombre se retorció con lo cual la jeringa se rompió.

Un desalentado oso negro recogió los trozos de cristal.

Excepto posiblemente los ausentes Al y Shorty, pronto iba a ser el único ente pensante que habían dejado en la Tierra con alguna iniciativa.

Deseó con fervor que Al y Shorty siguieran en Cuba —y preferentemente— a dos metros bajo tierra. No es que le importase mucho lo que pudiera sucederle a la raza humana que contenía tantos ejemplares malignos.

Pero sentía cierto afecto por su caprichoso y cadavérico patrón, Methuen. Y, lo que era más importante desde su punto de vista, no le agradaba la idea de pasarse el resto de su vida hurtando y cazando su comida como un oso silvestre. Tal clase de existencia resultaría excesivamente estúpida para un oso de su inteligencia. Tendría, naturalmente, acceso a la biblioteca de la Estación, pero no habría nadie para explicarle las partes difíciles de la química y las otras ciencias cuando se atascase.

Regresó al laboratorio de Bemis y se trajo consigo la botella y la hipodérmica restante que rellenó como hizo con la anterior. Intentó insertar muy suavemente la

aguja en el profesor Methuen, pero el biólogo de nuevo se apartó.

Johnny no se atrevía a recurrir a la fuerza por temor a romper la única jeringa que quedaba. Probó la misma táctica con Breuker y Bouvet, sin mejores resultados. Lo intentó en Honoria que dormitaba en los peldaños de la cocina. Pero ella se despertó instantáneamente y se apartó, frotándose el sitio donde había sido pinchada.

Johnny se preguntó qué diablos podía ya probar. Consideró la posibilidad de golpear a uno de los hombres para dejarle sin sentido e inyectarle; pero, no, ya que no sabía hasta qué punto podía golpear para entontecer sin matar. Le constaba que si le atizaba a uno de ellos podría cascarle el cráneo como si fuera un huevo.

Anadeó hacia el garaje y agarró un rollo de cuerda con la cual intentó atar a la nuevamente adormilada Honora. Disponiendo solamente de zarpas y dientes para apañárselas, se encontró él mismo más liado en la cuerda que la cocinera, que, despertándose, se libertó sin dificultad de los lazos.

Sentose a meditar. No parecía existir ningún medio que le permitiese inyectar la solución. Pero en su presente estado los seres humanos harían cualquier cosa que se les ordenase. Si alguien ordenase a alguno de ellos que cogiese la jeringa y se inyectase a sí mismo, lo haría...

Johnny depositó la jeringa frente a Methuen, y trató de decirle lo que tenía que hacer. Pero no podía modular sus intentos de decir: «Recoge la jeringa», brotaban de su garganta más o menos como: «Rec-rec-jerg».

El Profesor miraba fija e inexpresivamente y posó la mirada en otro sitio. El lenguaje por signos tampoco dio resultado.

Johnny desistió y fue a colocar la botella y la jeringa en un estante alto donde los hombres no pudieran alcanzarlas. Vagabundó por las dependencias con la esperanza de que algo pudiera darle una idea.

En la habitación de Ryerson vio una máquina de escribir, y pensó que ya tenía la solución. No podía manejar un lápiz, pero podía hacer funcionar una de aquellas máquinas, a su modo. La silla crujió alarmantemente bajo su peso, pero se mantuvo firme.

Johnny cogió una hoja de papel entre sus labios, la hizo oscilar sobre la máquina, y giró el rodillo con ambas zarpas hasta que atrapó el papel en el cilindro giratorio. El papel quedó torcido pero esto no se podía evitar.

Hubiese preferido escribir en español porque era más fácil de deletrear, pero el español no era la lengua nativa de ninguno de los hombres de la Estación, y él no quería someter a grandes esfuerzos las facultades humanas. Por consiguiente tendría que redactar en inglés. Empleando una uña por turno, tecleando lentamente:

«RECOGE JERINGA Y TE INYECTAS SOLUCIÓN
EN PARTE SUPERIOR DE TU BRAZO».

La ortografía de «jeringa» no tenía aspecto de estar correcta, pero no iba ahora a

preocuparse por aquel detalle.

Llevando el papel en la boca pateó de regreso a la cocina. Esta vez colocó la jeringa frente a Methuen, berreó para atraer su atención y agitó el papel ante sus ojos. Pero el biólogo echó únicamente un breve vistazo al papel y desvió la mirada.

Gruñendo por el vejamen, Johnny empujó la jeringa para apartarla de cualquier daño y trató de obligar a Methuen a leer. Pero el científico meramente se retorció bajo su empuñadura y no prestó la menor atención al papel. Cuanto más le agarraba, tanto más intentaba escapar. Cuando el oso le soltó, caminó por la habitación y volvió a quedarse en estado de arrobamiento.

Renunciando por el momento, Johnny colocó la jeringa en sitio seguro y se preparó otro litro de café. Era un brebaje flojo, ya que no quedaba mucho de la materia prima. Pero quizá le daría alguna idea.

Luego salió fuera y caminó por los alrededores, en el crepúsculo, pensando furiosamente. Parecía absurdo —hasta su pequeño sentido de oso del humor se daba cuenta— que el hechizo podía ser roto por una simple orden, que él, sólo él en el mundo entero conocía la orden, y que no disponía de medios para darla.

Se puso a rumiar lo que sucedería si no hallase nunca el medio. ¿Perecería simplemente la totalidad de la raza humana, quedando solamente él como única criatura inteligente en el Mundo? Lógicamente tal acontecimiento tendría sus ventajas, pero temía que resultase una existencia aburrida.

Podía coger una lancha del puerto y poner proa hacia el continente, y luego darse una caminata al norte de Méjico donde encontraría a otros de su especie. Pero no estaba seguro de que fuesen una compañía con la cual congeniase; podían, presintiendo su *rareza*, hasta intentar matarle. No, esta idea no servía, todavía no.

Los animales de la Estación, sin alimentarse durante dos jornadas, alborotaban en sus jaulas. Johnny durmió mal, y despertó mucho antes de la aurora. Pensaba que había tenido una idea, pero no podía recordarla...

¡Un momento! Tenía algo que ver con Breuker. Era un especialista de la psicología del lenguaje ¿no? El hacía cosas con un fonógrafo portátil grabador de sonidos; Johnny le había visto captar los alaridos belicosos de McGinty.

Se encaminó hacia la habitación de Breuker. En efecto, allí estaba la máquina. Johnny la abrió y consumió las siguientes dos horas en calcular cómo funcionaba. Podía poner en marcha el motor con bastante facilidad, y con alguna paciencia aprendió a poner en marcha los conmutadores. Ajustó finalmente el aparato para que grabase, puso en funcionamiento el motor y vociferó:

—¡«Uuá-á-á-á»!

Paró el mecanismo, tocó el conmutador de retroceso, colocó la aguja en el surco exterior del disco de aluminio, y volvió a poner en marcha el aparato.

Durante unos segundos transmitió un leve *arañazo* y de pronto vociferó: ¡«Uuá-á-á-á»! Johnny lanzó varios chillidos de complacencia.

Estaba sobre la pista de algo, pero no sabía del todo qué era aquel algo. Un disco fonográfico de su grito no sería más efectivo para darles órdenes a los hombres que el original del grito.

Bien, Breuker debía tener una colección de discos. Después de unas exploraciones, Johnny los encontró en un juego de cajas que parecían archivadores de cartas. Fue leyendo las etiquetas.

«Piar de pájaros: Periquito Rojiverde. Cacatúa».

Aquello no le servía para nada.

«Baluceo infantil: 6 a 9 meses».

Fuera también.

«Dialecto del Lancashire».

Probó este disco y escuchó un monólogo acerca de un muchachito que era deglutido por un león. Por su experiencia con muchachitos, Johnny pensó que era una excelente idea, pero no había nada en el disco que pudiera serle útil.

El siguiente estaba etiquetado: «Lenguaje Americano. Serie n.º 72-B, Condado de Lincoln, Missouri». La grabación empezó:

«Érase una vez un ratoncito que nunca lograba tomar una decisión. Siempre que los demás ratones le preguntaban si le gustaría salir a pasear con ellos, él contestaba: “No lo sé”. Y cuando le decían: “¿No te agradaría pasar unas horas en casa?”, él no decía que sí ni que no; siempre se negaba a elegir. Un día su tío le dijo: “¡Oye, mira! Nadie te hará nunca caso si sigues portándote así...”».

El disco siguió adelante, pero la mente de Johnny estaba concentrándose en su idea. Si pudiese lograr que el aparato le dijese: «¡Oye, mira!» a Methuen, su problema debería quedar solucionado. No serviría de nada poner todo el disco, ya que aquellas dos palabras no sobresalían del resto del cuento. Si consiguiese hacer un disco con sólo aquellas palabras...

Pero ¿cómo iba a poder hacerlo si solamente había un aparato? Necesitaba dos, uno para poner el disco y otro para grabar las palabras deseadas. Chilló con exasperación. ¡Ser derrotado después de haber llegado tan lejos! Sintió impulsos de tirar el aparato por la ventana. Por lo menos produciría un bonito estrépito.

Como un fogonazo la solución acudió. Cerró el grabador y lo llevó a la sala común, donde había un pequeño tocadiscos empleado por los científicos para su diversión.

Colocó el disco de Lenguaje Americano en aquel aparato, colocó un disco virgen en el grabador, y puso en marcha el tocadiscos, con una uña en el conmutador de la grabadora para pulsarlo en el momento adecuado.

Dos horas y varios discos estropeados después, ya tenía lo que quería. Llevó la grabadora a la cocina, la instaló convenientemente, depositó la jeringa frente a Methuen y puso en marcha el aparato.

Ronroneó y arañó unos diez segundos, y luego exclamó severamente:

—«¡Oye, mira! ¡Oye, mira! ¡Oye, mira!».

Los ojos de Methuen chispearon de pronto al enfocar sus pupilas y mirar con intensidad ante él a la hoja de papel con las palabras en mayúsculas mecanografiadas que Johnny mantenía colgante ante sus ojos.

Leyó las palabras y, sin un pestañeo de emoción, cogió la jeringa, hincando la aguja en su bíceps.

Johnny ya había cerrado la grabadora. Ahora tendría que esperar para ver si la solución química hacía efecto. Al ir transcurriendo los minutos tuvo la atroz sensación de que a lo mejor no se trataba de un antídoto ni mucho menos.

Media hora después, Methuen se pasó una mano por la frente. Sus primeras palabras fueron audibles, pero crecieron en volumen progresivamente como un aparato de radio al ir calentándose:

—En el nombre de Dios... ¿qué nos ha ocurrido, Johnny? Recuerdo todo lo que ha ido sucediendo en estos últimos tres días, pero durante todo ese tiempo, al parecer yo no tenía el menor deseo de hacer nada... Ni siquiera tenía la suficiente fuerza de voluntad para hablar.

Johnny hacía ademanes con la zarpa y le precedió hacia la habitación de Ryerson y la máquina de escribir. Methuen que conocía bien a su Johnny, le insertó para su uso una hoja de papel en el rodillo de la máquina.

Pasó algún tiempo y dijo Methuen:

—Ya comprendo ahora. ¡Qué magnífico plan para un aspirante a dictador! El mundo entero obedece sus órdenes implícitamente; todo cuanto ha de hacer es seleccionar subordinados y decirles lo que han de ordenar a los demás que hagan. Naturalmente, el antídoto era yoduro de potasio; es el fungicida clásico, y disipó el germen anulándolo rápidamente en mi cerebro.

Dio una cariñosa palmada en el hombro peludo de Johnny.

—¡Vamos, viejo compinche! Tenemos trabajo pendiente. Lo primero es hacer que los demás en la casa se inyecten a sí mismos. ¿Has pensado...? ¡Piensa en ello, Johnny! ¡Un oso salvando a la humanidad! Muchacho, después de esto, ya puedes mascar todo el tabaco que quieras. Hasta voy a intentar conseguirte una hembra oso para ti, inyectándole su cerebro como hice con el tuyo, de modo que así tengas una compañera digna de ti.

Una semana después todo el mundo en Santa Cruz había sido tratado, y fueron enviados hombres al continente y a las otras islas del Caribe para proseguir con la tarea.

Johnny Black, al no encontrar nada que suscitase su curiosidad por los contornos de la casi desértica Estación Biológica, se ladeó hacia la biblioteca.

Extrajo del estante el tomo V de la Enciclopedia Británica, lo abrió por la sección de «Química» y nuevamente se dispuso a empollar.

Esperaba que Methuen regresase dentro de un mes aproximadamente, y pudiera disponer de algún tiempo libre para explicarle las partes difíciles; pero, mientras

tanto, tendría que apañárselas lo mejor que pudiese, ya que en definitiva, no era más que un oso negro, terco y curioso.

EL EXTRAÑO VUELO DE RICHARD CLAYTON

Robert Bloch

Richard Clayton extendió los brazos hasta quedar como un buceador en espera de sumergirse en el azul desde un elevado trampolín. En realidad, era un buceador. Su trampolín era una plateada nave espacial, e intentaba sumergirse, no lanzándose hacia abajo, sino elevándose hacia el cielo azul. El salto no era de veinte o treinta pies..., sino de millones de millas.

Respiró profundamente el hinchado y enguatado científico, alzó sus manos hacia la fría palanca de acero, cerró los ojos y tiró. La palanca se movió hacia abajo.

Durante unos instantes no ocurrió nada.

Luego, una repentina sacudida arrojó a Clayton al suelo. ¡El *Future* estaba moviéndose!

Las alas de un pájaro batiendo mientras el animal se remonta..., una polilla zumbando al volar..., el temblor detrás de unos músculos en tensión.

La nave espacial *Future* vibraba de un modo absurdo. Iba de un lado a otro, y las vibraciones sacudían las paredes de acero. Richard Clayton se puso en pie con trabajo, se frotó la lastimada frente y avanzó tambaleándose hacia su pequeña litera. La nave estaba moviéndose, pero seguía vibrando. Clayton miró el tablero de mandos y exclamó:

«¡Dios mío! ¡Se ha roto!».

Era cierto. La sacudida había roto el tablero de mandos. El cristal había caído al suelo, y los discos giraban locamente sobre la desnuda superficie del tablero.

Clayton se sentó, desesperado. Aquello era una grave tragedia. Su pensamiento retrocedió seis lustros, hasta la época en que, siendo un chiquillo de diez años, se habla sentido impresionado por el vuelo de Lindberg. Recordó sus estudios y cómo habla utilizado el dinero de su padre millonario para perfeccionar una máquina voladora que pudiera cruzar el Espacio.

Durante años enteros, Richard Clayton habla trabajado y soñado y proyectado. Estudió a los rusos y a sus cohetes; organizó la Fundación Clayton, y contrató mecánicos, matemáticos, astrónomos e ingenieros para que trabajasen con él.

Luego se había producido el descubrimiento de la energía atómica, y el *Future* había sido construido. El *Future* era una cápsula de acero y duraluminio, sin ventanas y aislada por un procedimiento secreto. En la diminuta cabina había tanques de oxígeno, alimentos en forma de pastillas, excitantes químicos, una instalación de aire acondicionado... y lugar suficiente para que un hombre pudiera dar seis pasos.

Era una pequeña celda de acero; pero en ella, Richard Clayton se proponía

realizar sus ambiciones. Ayudado en su ascensión por cohetes que le empujarían más allá de la fuerza de gravedad de la Tierra, volaría por medio de la propulsión nuclear hasta llegar a Marte y regresar.

Tardaría diez años en llegar a Marte; y otros diez años en regresar. La velocidad sería de mil millas por hora. No se trataba de un viaje ideal «a la velocidad de la luz», sino de un lento y desagradable viaje, científicamente calculado. Los mandos estaban instalados de modo que Clayton no tenía necesidad de pilotar su nave. Todo era automático.

«Pero, ¿y ahora qué?», se dijo Clayton, contemplando el destrozado tablero. Había perdido contacto con el mundo exterior. Estaría incapacitado para leer su progresión en el tablero, incapacitado para calcular el tiempo, y la distancia, y la dirección. Tendría que permanecer sentado allí durante diez, veinte años..., completamente solo en una pequeña cabina. No había espacio para libros, o periódicos, o juegos que pudieran entretenerle. Era un prisionero en la negra bóveda del Espacio.

La Tierra había quedado ya muy lejos debajo de él; no tardaría en ser una bola de fuego verde, más pequeña que la bola de fuego rojo que tendría delante: Marte.

El aeródromo se había llenado de gente deseosa de presenciar su despegue; su ayudante Jerry Chase se había encargado de mantener el orden. Clayton imaginó a aquella multitud contemplando a su brillante cilindro de acero mientras surgía del humo gaseoso de los cohetes y se precipitaba hacia el cielo como una bala de cañón. Luego, su cilindro se había desvanecido en el azul y la multitud se habría dispersado.

Pero él se había quedado allí, en la nave..., para permanecer durante diez, veinte años...

Sí, se había quedado, pero, ¿cuándo cesaría aquello? El estremecimiento de las paredes y del suelo resultaba insoportable; ni él ni los expertos habían previsto aquel problema. El temblor se transmitía a su cuerpo, a su cerebro. ¿Y si no cesaba, si duraba todo el viaje? ¿Cuánto tiempo podría resistirlo sin enloquecer?

Podía pensar. Clayton se tendió en su litera y recordó: rememoró todos los detalles de su existencia, desde que nació hasta el momento que vivía. Pero agotó todos los recuerdos en un espacio de tiempo demasiado breve.

«Puedo hacer ejercicio», dijo en voz alta. Se levantó del camastro y paseó por la cabina: seis pasos en una dirección, seis pasos en otra. Se cansó de pasear.

Suspirando, Clayton se acercó al lugar donde estaban almacenadas las cápsulas alimenticias.

«Ni siquiera puedo matar el tiempo comiendo —murmuró tristemente—. Sólo tragar una cápsula, y ya está».

La vibración continuaba. Resultaba enloquecedora. Clayton volvió a tenderse en el camastro. Dormiría. Dormiría, si podía lograrlo en medio de aquel movimiento. Apagó la luz. Sus pensamientos volvieron a su extraña situación; un prisionero en el Espacio. En el exterior, los planetas giraban y giraban, y las estrellas parpadeaban en

la inmensa negrura de la Nada espacial. Y allí estaba él, seguro y cómodo en una cámara vibratoria, a cubierto del terrible frío, sometido a una espantosa vibración.

Sin embargo, tenía sus compensaciones. En el viaje no habría periódicos que le atormentaran con los relatos del hombre enemigo del hombre; ni estúpidos programas de radio o de televisión que aburrieran. Sólo la maldita omnipresente vibración...

Clayton durmió, moviéndose a través del Espacio.

Cuando despertó no había luz. Allí no se sucedían los días y las noches. Únicamente él y la nave, en el Espacio. Y la vibración continuaba, destrozándole los nervios con su incesante golpear contra el cerebro. Las piernas de Clayton temblaban cuando se levantó y fue a buscar las píldoras alimenticias.

Luego, se sentó y empezó a sufrir. Una terrible sensación de soledad estaba empezando a invadirle. Absolutamente aislado allí..., desconectado de todo. No tenía nada que hacer. Su situación era peor que la de un preso en reclusión solitaria. El preso tenía una celda más amplia, un soplo de aire fresco, un rayo de sol, y el vislumbre de un rostro ocasional.

Clayton había pensado en sí mismo como en un misántropo. Ahora, anhelaba ver otro rostro. A medida que transcurrían las horas, sus ideas se hacían más raras. Deseaba ver Vida, en alguna forma: hubiera dado una fortuna por la compañía de un insecto en su calabozo volante. El sonido de una voz humana le hubiera producido una gran felicidad. ¡Estaba tan solo!

Nada que hacer sino soportar la vibración, dar el brevísimo paseo, tragar sus píldoras, intentar dormir. Nada en qué pensar. Clayton empezó a desear que llegara el momento en que sus uñas necesitaran ser cortadas; podría alargar la tarea durante horas enteras.

Examinó sus ropas minuciosamente, contempló su rostro barbudo en el pequeño espejo. Escrutó todos los artículos de la cabina del *Future*.

Y no logró cansarse lo suficiente para volver a dormir.

Sentía un dolor continuo de cabeza. Por fin consiguió cerrar los ojos y sumirse en una especie de modorra, interrumpida por repentinos sobresaltos.

Cuando se levantó y encendió la luz, hizo un horrible descubrimiento.

Había perdido el sentido del tiempo.

«El tiempo es relativo», le habían dicho siempre. Y ahora comprobaba que era cierto. No tenía nada para medir el tiempo: ningún reloj, ningún vislumbre del sol o de la luna, o de las estrellas, ninguna actividad regular. ¿Cuánto hacía que había iniciado aquel viaje? Por mucho que lo intentó, no pudo recordarlo.

¿Había comido cada seis horas? ¿O cada diez? ¿O cada veinte? ¿Había dormido una vez cada día? ¿Una vez cada tres o cuatro días? ¿Con cuánta frecuencia había paseado?

Sin ningún instrumento para situarse a sí mismo, estaba completamente perdido.

Tragó sus píldoras en una especie de pasmo mental, tratando de no pensar en el estremecimiento que llenaba sus sentidos.

Era terrible. Si perdía la noción del Tiempo, no tardaría en perder la noción de su propia identidad. Enloquecería. Solo, atormentado en una pequeña celda, tenía que aferrarse a algo. ¿Qué era el Tiempo?

No quería pensar en ello. No quería pensar en nada. Tenía que olvidar el mundo que había dejado, si no quería que los recuerdos le enloquecieran.

«Tengo miedo —murmuró—. Miedo de estar solo en la oscuridad. Puedo haber pasado la luna. Puedo estar a un millón de millas de la Tierra... o a diez millones».

Clayton se dio cuenta de que estaba hablando consigo mismo. Aquello era locura. Pero no podía evitarlo, del mismo modo que no podía evitar la terrible vibración que le rodeaba.

«Tengo miedo —dijo, con una voz que resonó profundamente en la pequeña cabina—. Tengo miedo. ¿Qué hora es?».

Se quedó dormido, murmurando, y el Tiempo fue deslizándose.

Clayton despertó con nuevas energías. Pensó que había perdido el equilibrio. La presión exterior, a pesar de la compensación, había afectado a sus nervios. El oxígeno le había aturdido, y la alimentación a base de píldoras había contribuido a aumentar su malestar. Pero la debilidad ya había pasado. Sonrió, paseó un poco.

Luego, los pensamientos volvieron a inquietarle. ¿Qué día estaba viviendo? ¿Cuántas semanas habían transcurrido desde que despegó? Tal vez hacía meses; un año, dos años. Todo lo de la Tierra parecía muy lejano; casi parte de un sueño. Se sentía más cerca de Marte que de la Tierra; empezaba a «anticipar», en vez de mirar atrás.

Durante una temporada había obrado maquinalmente. Había encendido y apagado la luz cuando era necesario, tragado píldoras por costumbre, había atendido al sistema de ventilación de un modo inconsciente.

Richard Clayton fue olvidándose de sí mismo. Asimiló el torturante zumbido hasta convertirlo en un dolor que le decía que estaba viajando a través del Espacio en un proyectil plateado. Pero no significaba nada más. Clayton había dejado de hablarse, se había olvidado de todo. Sólo soñaba en Marte. Cada sacudida de la nave susurraba: «Marte... Marte... Marte».

Sucedió algo maravilloso. Aterrizó. La nave picó, temblando. Cortó suavemente la gaseosa envoltura del planeta rojo. Durante cierto tiempo, Clayton había notado la atracción de una fuerza de gravedad, y supo que los instrumentos automáticos de su nave estaban disminuyendo las descargas atómicas y utilizando la atracción gravitatoria natural del propio Marte.

La nave aterrizó y Clayton abrió la puerta. Rompió los precintos y salió al exterior. Saltó suavemente sobre la hierba de color púrpura. Su cuerpo era ahora libre, ligero. Allí había aire fresco, y la luz del sol parecía más fuerte, más intensa, a pesar de las nubes que velaban el brillante globo.

A lo lejos se alzaban los bosques, verdes bosques con la vegetación púrpura entre los árboles. Clayton avanzó hacia ellos. El primer árbol tenía unas ramas que se inclinaban hacia el suelo como dos extremidades.

¡Y eran extremidades! Dos brazos verdes que agarraron a Clayton y lo acercaron al oscuro tronco. Desde allí pudo contemplar las excrecencias de color púrpura que surgían de entre las hojas.

Las excrecencias de color púrpura eran... *cabezas*.

Diabólicos rostros de color púrpura le contemplaban con ojos carroñosos como hongos muertos. Cada uno de los rostros estaba arrugado como una coliflor de color púrpura, pero debajo de la masa pulposa había una gran boca. Todos los rostros púrpura tenían una boca púrpura, y de todas las bocas púrpura goteaba sangre. Los brazos del árbol le apretaron un poco más contra el tronco, y uno de los rostros púrpura —un rostro de mujer— estaba acercándose a él.

Clayton luchó, pero los brazos del árbol le mantenían firmemente sujeto y el rostro llegó, frío como la muerte. Su helada llama atravesó todo su ser, ahogando sus sensaciones.

En aquel momento, Clayton despertó y supo que todo había sido un sueño. Su cuerpo estaba empapado en sudor. Esto le hizo adquirir consciencia de su existencia. Avanzó hacia el espejo, tambaleándose.

Una sola mirada bastó para hacerle retroceder, horrorizado. ¿Formaba también esto parte de su sueño?

En el espejo, Clayton había visto reflejado el rostro de un hombre viejo. Un rostro arrugado, de demacradas mejillas. Pero lo peor eran los ojos: Clayton ni siquiera los reconoció. Rojizos, y profundamente hundidos en unas huesudas cuencas, ardían con una salvaje expresión de horror. Clayton tocó su rostro, vio la mano veteada de venas azules alzarse en el espejo y correr a través del pelo gris.

Recobró en parte el sentido del tiempo. Llevaba años enteros en la nave. ¡Años! ¡Estaba envejeciendo!

Desde luego, aquel género de vida había influido en el proceso, pero, con todo, tenía que haber transcurrido largo tiempo. Clayton supo que pronto llegaría al final de su viaje. Quería llegar antes de sufrir otra pesadilla. A partir del momento, la lucidez y la reserva física tendrían que luchar contra el invisible enemigo del Tiempo. Retrocedió hasta su camastro, mientras el *Future*, tembloroso como un metálico monstruo volador, se precipitaba en la negrura del Espacio interestelar.

Estaban golpeando la parte exterior de la nave, manos de hierro aporreaban la puerta. Los negros monstruos de metal entraban pesadamente con su amenaza de hierro. Sus rostros severos, acerados, eran inexpresivos cuando agarraron a Clayton, uno por cada brazo, y le obligaban a andar. Le arrastraron a través de la plataforma, andando rápidamente, y le obligaron a subir a la gran torre metálica. *Clang, clang, clang*, resonaron los pies de metal, mientras subían la escalera de la torre.

Era una escalera de caracol que parecía no tener fin; pero los monstruos de metal

no se cansaban. Sus rostros permanecían impasibles, y el hierro no suda. Clayton, en cambio, estaba completamente agotado cuando le arrastraron hasta la Presencia, en la estancia de la torre. La voz metálica zumbó, mecánicamente, como un disco rayado.

*Le... encontramos... en... un... pájaro..., oh... Maestro.
Está... hecho... de blan... dura.
Tiene... una... rara... clase... de... vida.
Un... a... ni... mal.*

Y luego la retumbante voz desde el centro de la estancia de la torre.

Tengo hambre.

Levantóse de un trono de hierro el Maestro. Una gran trampa de hierro, con mandíbulas de acero, como las de una excavadora mecánica. Las mandíbulas se abrieron, y los horribles dientes brillaron. Una voz surgió de las profundidades.

Alimentadme.

Los brazos de hierro arrastraron a Clayton hasta las mandíbulas del monstruo. Las mandíbulas se cerraron, con un horrible crujido de huesos...

Clayton se despertó gritando. El espejo brilló cuando sus temblorosas manos hubieron encontrado el interruptor de la luz. Clayton contempló el rostro de un hombre viejo, con el pelo casi completamente blanco. Estaba envejeciendo rápidamente. Y se preguntó si su cerebro lo resistiría.

Tragó sus píldoras, dio un corto paseo, escuchó la vibración, renovó el aire, se tendió en la litera. No podía hacer otra cosa... sino esperar. Esperar en una cámara de tortura vibratoria, durante horas, días, semanas, años, siglos.

Y a intervalos, un sueño. Aterrizó en Marte, y los fantasmas surgieron de una niebla gris. Eran formas en la niebla, como viscosos ectoplasmas, y Clayton veía a través de ellos. Y sus voces eran leves susurros en su alma.

«Aquí está la Vida —susurraban—. Nosotros, las almas de los que hemos cruzado el Vacío muertos, esperábamos la Vida para darnos un festín. Y ahora vamos a tenerlo».

Y le envolvieron en sus vestiduras grises, y sorbieron su sangre con sus bocas grises, ávidas...

En otra ocasión aterrizó en el planeta y no había nada en él. Absolutamente nada. El suelo era árido y se extendía interminablemente en todas direcciones. No había cielo ni sol.

Puso un pie en el suelo, cautelosamente. Y se hundió en la nada. La nada vibraba, lo mismo que el *Future*, y le estaba engulliendo. Estaba hundiéndose en una profunda sima sin paredes, y el olvido se cerraba a su alrededor...

Al despertar de este último sueño, Clayton se miró al espejo. Sus piernas estaban débiles y sus manos temblaban como las de un anciano. Contempló el rostro que se reflejaba en el espejo: el rostro de un hombre de setenta años.

«¡Dios mío!», murmuró. Era su propia voz... el primer sonido que oía desde hacía... ¿cuánto tiempo? ¿Cuántos años? ¿Cuánto hacía que no oía nada, aparte de la diabólica vibración de la nave? ¿Hasta dónde había llegado el *Future*? Era ya un hombre viejo.

Una terrible idea cruzó por su cerebro. Tal vez algo había funcionado mal. Tal vez los cálculos eran erróneos, y estaba moviéndose en el Espacio con demasiada lentitud. Tal vez no llegara nunca a Marte. Luego —era una espantosa posibilidad—, pensó que había sobrepasado Marte, que estaba hundiéndose en las bóvedas vacías, más allá del planeta.

Tragó sus píldoras y se tendió en la litera. Se sentía un poco más tranquilo; tenía que estarlo. Por primera vez en muchísimo tiempo, recordaba la Tierra.

¿Y si hubiese sido destruida? ¿Asolada por la guerra, la peste o la epidemia mientras él estaba fuera? ¿O arrasada por un meteoro errante? Se sintió asaltado por unas ideas fantásticas... ¿Y si unos Invasores cruzaban el Espacio para conquistar la Tierra, del mismo modo que él lo estaba cruzando para dirigirse a Marte?

Pero, era absurdo preocuparse por todo *aquello*. El problema consistía en alcanzar su propio objetivo. Y para alcanzarlo, no podía hacer otra cosa más que esperar conservando la vida y la lucidez el tiempo suficiente para lograr sus propósitos. En el vibratorio horror de su celda, Clayton reunió sus escasas energías para adoptar una firme resolución: *viviría*, y cuando aterrizara vería Marte. No le importaba morir en el largo camino de regreso: viviría hasta que su objetivo se hubiera cumplido. A partir de aquel momento lucharía contra los sueños. A pesar de la infernal vibración de su pequeña cárcel, viviría.

Llegaron unas voces procedentes del exterior de la nave. Los fantasmas aullaron, en las oscuras profundidades del Espacio. Llegaron visiones de monstruos y sueños de tortura, y Clayton los rechazó todos. Cada hora, o día, o año —le era imposible medirlo—, Clayton conseguía arrastrarse hasta el espejo. Y siempre le mostraba que estaba envejeciendo rápidamente. Su pelo, blanco como la nieve, y las arrugas de su rostro le daban un aspecto de increíble senilidad. Pero estaba vivo. Era demasiado viejo para seguir pensando, y estaba demasiado cansado. Se limitaba a vivir —a vegetar— como una planta.

Al principio no se dio cuenta. Estaba tendido en su litera, con los ojos cerrados, sumido en una intensa modorra. Súbitamente, notó que la vibración había cesado. Clayton pensó que había estado soñando de nuevo. Se frotó los ojos, sacudió la cabeza... No: el *Future* estaba inmóvil. ¡Había *aterrizado*!

Clayton temblaba incontinentemente. Era la consecuencia de años de vibración; años de aislamiento sin más compañía que sus descabellados pensamientos. Apenas podía sostenerse en pie.

Pero, habla llegado el momento. Lo que había esperado durante diez largos años. No, tenían que haber sido muchos más años. Pero podría ver Marte. Lo había conseguido. ¡Había realizado lo imposible!

Era un pensamiento estimulante. Y le infundió fuerzas para arrastrarse hasta la puerta: la puerta sellada. Junto a ella había una palanca.

Su envejecido corazón latió excitadamente mientras empujaba la palanca hacia arriba. La puerta se abrió..., la luz del sol y el aire penetraron en la cabina.

La luz le hizo parpadear, y el aire oprimió sus pulmones. Sus pies se arrastraron... Clayton cayó en los brazos de Jerry Chase.

Clayton no sabía que era Jerry Chase. No sabía ya nada. La prueba había sido demasiado fuerte.

Chase se quedó mirando el debilitado cuerpo que tenía en los brazos.

—¿Dónde está Mr. Clayton? —murmuró—. ¿Quién es usted?

Miró fijamente el envejecido y arrugado rostro.

—¡Dios mío! ¡Es Mr. Clayton! —exclamó—. Mr. Clayton, ¿qué le sucede? El sistema de propulsión se averió cuando puso usted en marcha la nave, pero las descargas atómicas no se interrumpieron. La nave no despegó siquiera, pero la violencia de las descargas nos impidieron acercarnos hasta ahora. Hace unos instantes cesaron las sacudidas, pero no hemos perdido de vista al *Future*, ni de día ni de noche. ¿Qué le ha sucedido, Mr. Clayton?

Los apagados ojos azules de Richard Clayton se abrieron. Su marchita boca susurró débilmente:

—He..., he perdido la noción del tiempo. ¿Cuánto..., cuánto he estado en el *Future*?

El rostro de Jerry Chase estaba muy serio cuando miró de nuevo al anciano y respondió, en voz baja:

—*Sólo una semana.*

La muerte vidrió los ojos de Richard Clayton: el largo viaje había terminado.

DIOS MICROCÓSMICO

Theodore Sturgeon

Éste es un relato acerca de un hombre que tenía demasiado poder y de otro hombre que se apoderaba de demasiado dinero, pero no se preocupen; no me voy a poner politiquero con ustedes. El hombre que tenía el poder se llamaba James Kidder, y el otro era su banquero.

Kidder era todo un tipo. Era un científico y vivía en una pequeña isla cerca de la costa de Nueva Inglaterra, solo, por su cuenta. No era el diminuto duendecillo de científico loco popularizado por las novelas.

Su manía no era el beneficio personal y tampoco era un megalómano con nombre ruso y ningún escrúpulo. No era insidioso y ni siquiera tenía nada de subversivo. Llevaba el cabello bien cortado y las uñas limpias y vivía y pensaba como un ser humano razonable.

Se hallaba levemente del lado de los cara-de-niño; sentía propensión a ser ermitaño; era de corta estatura, regordete y... brillante, talentoso. Su especialidad era la bioquímica, y siempre le llamaban «Mister» Kidder. Nada de «Doctor». Ni «Profesor». Simplemente Mr. Kidder.

Resultaba un raro ejemplar y siempre lo había sido.

Nunca se graduó en ningún colegio o universidad porque consideraba a estas instituciones demasiado lentas para él, y demasiado rígidas en sus acercamientos a la educación cultural.

No pudo acostumbrarse a la idea de que tal vez sus profesores supieran de lo que estaban hablando. Esto se refería también a sus textos. Siempre estaba haciendo preguntas y no le importaba mucho si resultaban embarazosas.

Consideraba a Gregor Mendel un chapucero mentiroso, a Darwing un divertido filósofo y a Luther Burbank un sensacionalista. Nunca abría la boca sin dejar a su víctima jadeante y boquiabierta.

Si hablaba con alguien que tenía conocimientos, penetraba en ellos y los captaba. Si hablaba con alguien cuyos conocimientos ya estaban en su posesión, sólo preguntaba reiteradamente:

—¿Cómo puede usted estar seguro?

Su placer más deleitoso lo conseguía al cortar en tiras conversacionales a un fanático especialista en eugenesia. Por todo lo cual la gente le dejaba en paz y nunca, nunca le invitaban a tomar el té. Era cortés, pero no cortesano.

Tenía un poco de dinero propio y con ello pudo arrendar la isla y construirse un laboratorio. Ya mencioné que era un bioquímico. Pero siendo como era, no podía conformarse con meter las narices solamente en su propio terreno.

No fue excesivamente notable por consiguiente que realizase una excursión

intelectual lo bastante amplia para perfeccionar un método para cristalizar la Vitamina B₁, lucrativa por tonelada... si alguien la quería por toneladas. Consiguió un montón de dinero con este asunto.

Acto seguido compró la isla y puso a ochocientos hombres a trabajar en tres cuartos de hectárea de sus terrenos, ampliando su laboratorio y construcciones accesorias. Le dio por ocuparse en fruslerías con la fibra del sisal, descubrió como fundirla, y provocó una repentina prosperidad en la industria platanera, al producir un ligamento prácticamente irrompible para empaquetar la mercancía.

¿Recuerdan la demostración divulgadora que montó en el Niágara, verdad?

Aquel truco sin trampa de tender su cuerda nueva de ribera a ribera sobre los rabiones y suspender un camión de diez toneladas en el centro mediante grapas formadas por filos de navajas gigantescas apoyándose en la cuerda?

Ésta es la razón por la que los barcos amarran ahora con cables no más gruesos que un lápiz y que puede ser enrollado en carretes semejantes a los carreteles de manguera de jardín.

Kidder le sacó también algún dinero de bolsillo a esto. Salió de la isla para comprarse un ciclotrón con parte de los nuevos ingresos.

A partir de entonces el dinero ya no era más dinero. Eran grandes cifras en libros pequeños. Kidder solía emplear pequeñas cantidades para conseguir que le enviaran provisiones y avíos, pero poco después esto cesó también.

Su Banco envió un mensajero por acuaplano para averiguar si Kidder seguía con vida. El hombre regresó dos días después en un estado de profunda abstracción, pasmado por una especie de reverente terror ante las cosas que allá había visto.

Kidder estaba vivo, bueno, y estaba produciendo un superávit de excelentes alimentos en una forma asombrosamente sintética y simplificada.

El Banco escribió inmediatamente y quería saber si Mister Kidder, en su propio interés, estaba dispuesto a ceder el secreto de su producto agrícola limpio de polvo y paja.

Kidder replicó que le complacía mucho hacerlo, y adjuntó las fórmulas. En el P. S. dijo que no había enviado la información a la costa debido a que no se dio cuenta que podía interesar a alguien. Esto manifestaba el hombre que era el responsable del mayor cambio sociológico en la segunda mitad del siglo veinte... la agricultura en fábricas.

Le convirtió en más rico; quiero decir que hizo más rico a su Banco. A él le importaba un bledo.

Pero Kidder verdaderamente no empezó a funcionar hasta unos ocho meses después de la visita del mensajero del Banco. Para un bioquímico que ni siquiera podía ser llamado «Doctor» se las apañaba bastante bien. Ahí va una lista parcial de las cosas que expelió:

Un plan comercialmente factible para hacer una aleación de aluminio más fuerte que el mejor acero de modo que pudiera ser empleado como metal para estructuras.

Un dispositivo que él llamaba una bomba de luz, el cual funcionaba sobre la teoría de que la luz es una forma de la materia y por consiguiente sujeta a leyes físicas y electromagnéticas. Ciérrase un cuarto con una simple fuente de luz, tiéndase un campo magnético cilíndrico y vibratorio hacia el cuarto desde la bomba, y la luz será conducida campo abajo. Ahora pásese la luz a través del «lente» Kidder..., un anillo que perpetúa un campo eléctrico a lo largo de los contornos de un obturador de alta velocidad del tipo-iris de cámara. Debajo está el núcleo de la bomba de luz..., un absorbente de luz eficiente en un noventa y ocho por cien, cristalino, el cual, en un sentido, «extravía» la luz en sus facetas internas. El efecto de oscurecer el cuarto con este aparato es débil pero mensurable. Perdonen mi lenguaje de lego en la materia, pero más o menos ésta es la idea general.

Clorofila sintética..., a barriles.

Un propulsor para aviones eficiente a ocho veces la velocidad del sonido. Un líquido barato que usted aplica con brocha gorda sobre la pintura vetusta, deja endurecer, y luego pela como si fueran franjas de tela. La pintura añeja se desprende con las peladuras. Este invento sirve también para hacerse rápidamente numerosas amistades.

Una auto alimentada desintegración atómica del isótopo uranio 238, la cual es doscientas veces tan fértil como el viejo, pero de toda confianza, U-235.

Por el momento creo que con esto basta. Si me es permitido repetirme diré que para un bioquímico que ni siquiera tenía derecho a llamarse «Doctor», se las apañaba bastante bien.

Kidder estaba aparentemente inconsciente del hecho de que tenía bastante poder en su pequeña isla para convertirse en amo del mundo. Su mente simplemente no le impulsaba a cosas como ostar. Mientras que le dejasen en paz con sus experimentos, él estaba más que contento con dejar al resto del mundo afanándose en sus propios inventos chapuceros y primitivos.

Solamente podía comunicarse con él mediante un radiófono de su propia concepción, y su única contrapartida estaba encerrada en una bóveda de su Banco de Boston. Solamente un hombre podía hacerlo funcionar —el presidente del Banco.

El transmisor extraordinariamente sensitivo reaccionaría únicamente a las vibraciones del propio cuerpo del Presidente Conant. Kidder había dado instrucciones a Conant para que no fuera importunado excepto en caso de mensajes de la mayor importancia. Sus ideas y patentes, cuando Conant podía apalancarle alguna de ellas, eran cedidas bajo seudónimos conocidos únicamente por Conant..., a Kidder le tenía sin cuidado.

El resultado, naturalmente, se tradujo por una infiltración de los más asombrosos avances desde el alba de la civilización. La nación se benefició —el mundo se benefició—. Pero principalmente, el Banco se benefició. Comenzó a adquirir un volumen mayor que el normal. Comenzó a introducir sus dedos dentro de otros pasteles. Le crecieron más dedos y tuvo que hornear más pasteles metafóricos. A los

pocos años era tan enorme que, haciendo uso de las muchas armas de Kidder, casi igualaba a Kidder en poder.

Casi.

Ahora permanezcan cerca mientras aplasto a aquellos camaradas de la esquina izquierda inferior que han estado diciendo todo ese tiempo que Kidder es levemente improbable; que ningún hombre pudo nunca perfeccionarse de tantas maneras en tantas ciencias.

Bien, tienen razón. Kidder era un genio —de acuerdo—. Pero su genio no era creativo. El era, en esencia y hasta el núcleo, un estudiante. Aplicaba lo que sabía, lo que vio, y aquello que le enseñaron.

Cuando empezó por vez primera a trabajar en su nuevo laboratorio en su isla razonó más o menos del modo siguiente:

«Todo lo que sé es aquello que me han enseñado los dichos y escritos de gente que han estudiado los dichos y escritos de gente que han... y así sucesivamente. De tanto en cuando alguien tropieza con algo nuevo y él o alguien más listo hace uso de la idea y la disemina. Pero por cada uno que encuentra algo realmente nuevo, un par de millones recogen y transmiten información que ya es corriente. Sabría más si pudiese dar el brinco en direcciones evolutivas. Lleva mucho tiempo esperar los accidentes que acrecientan los conocimientos del hombre; mis conocimientos. Ahora bien, si yo tuviera la suficiente ambición como para calcular el modo de viajar con anticipación al tiempo, podría desnatar la superficie del futuro y zambullirme dentro cuando viera algo interesante. Pero el tiempo no es así. No puede ser dejado atrás ni empujado hacia adelante. ¿Qué otra cosa queda?

«Bien, cabe el postulado de acelerar la evolución intelectual de modo que pueda observar lo que se trama. Esto parece un poco ineficiente. Implicaría más tarea disciplinarlas mentes humanas con aquella finalidad que la que supondría simplemente aplicarme yo mismo en esta dirección. Pero no puedo consagrarme yo mismo en este sentido. Ningún hombre puede.

«Estoy vencido. No puedo acelerarme yo mismo, ni puedo acelerar las mentes de otros hombres. ¿No existe en ello una alternativa? Tiene que haberla; en alguna parte, de algún modo, tiene que haber una respuesta».

O sea que fue en esto, y no en eugenesia, ni bombas de luz, o botánica, o física atómica, donde James Kidder se aplicó esmeradamente. Para un hombre práctico, el problema se hallaba ligeramente en el terreno metafísico, pero él lo atacó con típica entereza y minuciosidad, empleando su propia y peculiar marca de lógica.

Día tras día vagabundó por toda la isla, arrojando conchas impotentemente a las gaviotas y echando ternos copiosamente. Después vino un período en que permaneció bajo techo, sentado e incubando. Y solamente entonces llegó el momento en que se puso febrilmente a trabajar. Trabajó en su propio campo, la bioquímica, concentrándose principalmente en dos cosas: genética y metabolismo animal.

Aprendió, y acumuló en su insaciable mente, muchas cosas que no tenían nada que ver con el problema en cuestión, y muy pocas de aquello que necesitaba.

Pero amontonó aquellas pocas con lo poco que sabía o adivinaba, y en su debido momento tuvo una buena colección de factores conocidos con los cuales pasar a las operaciones de cálculo. Su sistema de aproximación fue característicamente heterodoxo. Hizo cosas por el estilo de reproducir peras como multiplicando, y nivelar ecuaciones por el sistema muy -1 a un lado y 00 al otro. Cometió errores, pero sólo uno personal de añadir log de un género, y más tarde, solamente uno de una especie.

Consumió tantas horas sobre su microscopio que tuvo que abandonar sus tareas por dos días para lograr librarse de una alucinación en la que su corazón estaba bombeando su propia sangre a través del lente objetivo. No hizo nada por el método de la prueba y el ensayo porque lo desaprobaba considerándolo por chapucero. Y obtuvo resultados.

En primer lugar, tuvo suerte, y todavía fue más afortunado cuando formularizó la ley de probabilidades y la redujo a términos tan bajos que supo casi al detalle cuáles experimentos eran los que no debía intentar.

Cuando el turbio y viscoso semifluido en la platina de observación comenzó a moverse por sí mismo supo que estaba en la buena pista. Cuando empezó a buscar alimento en su propia materia, empezó a excitarse. Cuando se dividió, y en pocas horas subdividió, y cada parte creció y se dividió de nuevo, sentíase victorioso. Había creado vida.

Cuidó los hijos de su cerebro, sudando y agotándose en sus atenciones, y concibió baños de diversas vibraciones para ellos, inoculándolos, dosificándolos y rociándolos. Cada progreso que lograba le enseñaba la senda para el próximo.

Y de sus depósitos, cubetas, tubos e incubadoras surgieron criaturas análogas a las amebas, y luego animáculos ciliados, y con creciente rapidez produjo animales con manchas-ojos, quistes-nervios, y después —victoria de victorias— un verdadero blastópodo poseído de muchas células en vez de una sola.

Más lentamente desarrolló un gastrópodo, pero cuando lo consiguió, no le resultaba muy difícil, a él, darle órganos, cada uno con una función específica, cada función heredable.

Entonces vinieron los cultivos de cosas semejantes a moluscos, y criaturas con agallas cada vez más perfeccionadas. El día en que una cosa indescriptible serpenteó hacia arriba de un depósito asomándose, vibrantes unas aletas sobre sus agallas y débilmente aspiró aire, Kidder abandonó la tarea, se dirigió al otro extremo de la isla y se emborrachó indecorosamente, y muy a gusto.

Con resaca y todo, estuvo pronto de regreso a su laboratorio, olvidándose de comer, olvidándose de dormir, rasgando los últimos velos de su problema.

Consiguió por un camino desviado un sistema científico y fue dándole cuerda a su otro gran triunfo; metabolismo acelerado. Hizo extractos y los refino, de los factores

estimulantes del alcohol, coca, heroína, y del campeón de los narcóticos de Madre Naturaleza, el «cannabis indica».

Al igual que el científico que al analizar los variados agentes de coagulación para los tratamientos de la sangre, descubrió que el ácido oxálico era el factor activo. Kidder aisló los aceleradores y retardadores, los estimulantes y soporíferos, en cada sustancia que en cualquier tiempo debilitó la moralidad del hombre y/o dio origen a un «noble experimento».

En el proceso descubrió una cosa que necesitaba sobremanera, un elixir incoloro que suprimía el sueño, este gran despilfarrador de tiempo. Entonces pudo proseguir su tarea a base de un turno completo de veinticuatro horas por jornada.

Sintetizó artificialmente las sustancias que había aislado, y al lograrlo descartó una gran cantidad de componentes inútiles.

Prosiguió su búsqueda a lo largo de las líneas de radiaciones y vibraciones. Descubrió algo en los glóbulos rojos que, al ser proyectado mediante un vaso conductor Heno de aire vibrando a velocidades supersónicas, y luego polarizado, aceleraba el latido cardíaco de pequeños animales en veinte veces más. Comían veinte veces más, crecían veinte veces más deprisa, y... morían veinte veces más pronto de lo que les correspondía.

Kidder construyó un enorme habitáculo, herméticamente cerrado. Encima había otra sala, del mismo largo y ancho, pero no tan alta. Ésta era su cámara de control.

La sala mayor estaba dividida en cuatro secciones cerradas, cada una con su calefacción individual y controles atmosféricos. Sobre cada sección había mini-grúas y mini-cabrias que manipulaban maquinaria de todas clases. También había compuertas con llaves de cierre de aire, y válvulas y tuberías yendo desde la cámara superior a la inferior.

Por entonces el otro laboratorio había producido un cuadrúpedo de sangre caliente y piel escamosa con un asombroso ciclo de vida; una generación cada ocho días, un lapso vital de unos quince. Como la equidna, era ovípara y mamífero. Su período de gestación era de seis horas; los huevos incubaban en tres; los recién nacidos alcanzaban la madurez sexual en otros cuatro días.

Cada hembra ponía cuatro huevos y vivía justamente lo preciso para cuidar de su cría tras la salida del cascarón. Los machos morían generalmente a las dos o tres horas del apareamiento. Las criaturas eran altamente adaptables. Eran pequeñas —no más de tres pulgadas de ancho, y dos del hombro al suelo—. Sus patas delanteras tenían tres dígitos y un pulgar de triple articulación. Estaban acordados para vivir en una atmósfera con un amplio contenido de amoníaco.

Kidder engendró cuatro de las criaturas y colocó un grupo en cada sección del cuarto sellado.

Entonces ya estaba preparado. Con sus atmósferas controladas, varió temperaturas, contenido de oxígeno, humedad. Las mataba como a moscas con excesos de, por ejemplo, dióxido de carbono, y los supervivientes inoculaban su

resistencia física a la generación siguiente.

Periódicamente cambiaba los huevos de una sección sellada a otra para mantener variables los sometimientos a esfuerzo. Y rápidamente, bajo aquellas condiciones controladas, las criaturas empezaron a evolucionar.

Ésta era pues la respuesta y solución a su problema. No podía acelerar lo suficiente el avance intelectual de la humanidad para que le enseñase a él las cosas que su prodigiosamente anhelaba saber. Tampoco podía él acelerarse a sí mismo.

Por consiguiente creó una nueva raza, una raza que se desarrollaría y evolucionaría tan aprisa que sobrepasaría a la civilización del hombre; y de ellos aprendería.

Estaban completamente en poder de Kidder. La atmósfera normal de la tierra los envenenaría, como se cuidó de demostrar a cada cuarta generación. Así no harían el menor intento para escapar de él.

Vivirían sus vidas y progresos y harían sus pequeños experimentos en tanteos y ensayos cientos de veces más aprisa que el hombre. Le llevaban ventaja al hombre porque tenían a Kidder para orientarles. Al hombre le costó seis mil años descubrir verdaderamente la ciencia, y trescientos para realmente ponerla en acción. A las criaturas de Kidder les costó doscientos días igualar las adquisiciones mentales del hombre.

Y a partir de este momento, la irregular producción de Kidder hizo que el difunto y gran Tom Edison pareciera por comparación un artesano casero.

Los llamó Neotericos, y los embromó induciéndoles a trabajar para él. Kidder era inventivo de un modo ideológico; es decir, podía forjar propósitos imposibles con tal de que no tuviera que trabajar para llevarlos a la práctica. Por ejemplo, quería que los neotericos resolviesen por ellos mismos como construir refugios valiéndose de un material poroso.

Creó la necesidad de tales refugios sometiendo a una de las secciones a una tormenta de lluvia de alta presión que aplastó a sus habitantes. Los neotericos prontamente inventaron refugios a prueba de agua valiéndose del escaso material a prueba de agua que él apiló en una esquina.

Inmediatamente Kidder derrumbó las frágiles estructuras con estampidos de aire frío. Construyeron otras que pudieran resistir a la vez lluvia y viento. Kidder rebajó la temperatura tan bruscamente que no pudieron adaptar sus cuerpos a ella. Calentaron sus refugios con diminutos braseros. Velozmente Kidder elevó la calefacción hasta que empezaron a asarse. Después de varias defunciones, uno de sus muchachos talentados resolvió cómo construir una casa reciamente aislante empleado un derivado de caucho en triple capa, con la sección central perforada miles de veces para crear pequeñas bolsas de aire.

Empleando tácticas similares, Kidder les forzó a desarrollar una pequeña cultura altamente avanzada. Provocó sequía en una sección y un superávit de líquido en otra, y luego abrió la partición entre ambas. Se produjo una guerra formidablemente

espectacular, y las libretas de anotaciones de Kidder se llenaron con información acerca de armas y tácticas militares.

Luego hubo la vacuna que consiguieron contra el resfriado común; motivo por el cual esta plaga ha sido absolutamente barrida en el mundo actual ya que fue una de las cosas a las que Conant, el presidente del Banco, pudo meter mano. Le habló a Kidder por el radiófono una tarde de invierno con una voz tan roca por culpa de una laringitis que Kidder le envió un envase de vacuna y le dijo enérgicamente que nunca más volviese a llamarle en un estado tan asqueroso de baja calidad inaudible. Conant hizo analizar la vacuna y nuevamente la cuenta corriente de Kidder —y la del Banco— se hinchó.

En un principio Kidder meramente suministraba los materiales que pensaba podían necesitar los neotericos, pero cuando desarrollaron una inteligencia equivalente a la tarea de fabricar sus propios materiales con los elementos que tuviesen a mano, dio a cada sección un surtido de materia prima.

El procedimiento para la obtención de un aluminio realmente recio se perfeccionó en grado sumo cuando Kidder construyó un enorme émbolo en una de las secciones, que abarcaba de pared a pared y estaba diseñado para bajar a una velocidad de ocho centímetros por día hasta que trituraba todo lo que estaba al fondo.

Los neotericos, en legítima defensa, emplearon toda clase de material fuerte que tenían al alcance para detener la muerte inexorable que les amenazaba. Pero Kidder ya se había preocupado de que solamente dispusieran de óxido de aluminio y un desperdigamiento de otros elementos, además de abundante energía eléctrica.

Primero elaboraron docenas de pilastras de aluminio; cuando fueron machacadas, intentaron modelarlas de forma que el blando metal pudiera resistir mayor peso. Cuando también estas columnas fallaron construyeron rápidamente otras más resistentes; y cuando el émbolo fue detenido, Kidder extrajo una de las columnas y la analizó. Era aluminio endurecido, más duro y firme que el acero de molibdeno.

La experiencia le enseñó a Kidder que tenía que introducir determinados cambios para acrecentar su poder sobre sus neotericos antes que empezasen a ser demasiado ingeniosos. Había cosas que se podían hacer con energía atómica y por las cuales sentía curiosidad; pero no estaba dispuesto a confiarle a sus pequeños supercientíficos una cosa semejante a menos que pudiera estar seguro que ellos la emplearían estrictamente de acuerdo a Hoyle. O sea que instituyó un régimen de terror.

El punto de partida más elemental del que consideró el modo adecuado para que ellos hiciesen las cosas bien dio como resultado la muerte instantánea de media tribu.

Por ejemplo, si él estaba intentando desarrollar una planta de energía del tipo Diesel que pudiese funcionar sin volante de arranque, y un talentoso joven neoterico hacía uso de cualquiera de los materiales empleándolo con fines arquitectónicos, inmediatamente moría media tribu.

Naturalmente, habían puesto a punto un lenguaje escrito; el de Kidder. El teletipo encerrado en el área acristalada de una esquina de cada sección era algo sagrado.

Cualquier orden que allí apareciese tenía que ser obedecida, o en caso contrario...

Después de esta innovación, la tarea de Kidder resultó mucho más sencilla. Ya nadie sentía necesidad de dar rodeos ni comportarse torcidamente. Cualquier cosa que quería que fuese hecha, era hecha. No importaba que sus órdenes fueran del género imposible, ya que tres o cuatro generaciones de neotericos daban finalmente con el medio de llevarlas a cabo.

La cita textual que sigue procede de un documento que una de las cámaras telescópicas de alta velocidad de Kidder descubrió cuando era distribuido entre los neotericos más jóvenes. Ha sido traducido de la escritura altamente simplificada de los neotericos.

«Los edictos serán acatados por cada neoterico bajo pena de muerte, cuya ejecución será infligida por la tribu sobre el individuo para proteger a la tribu contra él.

»Se concederá una prioridad de interés y todo el esfuerzo tribal e individual a las órdenes que aparezcan en la máquina de palabras.

«Cualquier mala dirección de material o energía, o su uso para cualquier otra finalidad que no sea la de llevar a cabo las órdenes de la máquina, a menos que no aparezca contraorden que lo justifique, será castigada con pena de muerte.

«Cualquier información referente al problema a resolver, o ideas y experimentos que puedan de un modo concebible ayudar a su resolución, se convertirán en propiedad de la tribu.

«Cualquier individuo que falle en cooperar en el esfuerzo tribal, o pueda ser calificado como culpable de no desarrollar su máximo rendimiento en el trabajo; o incurra en sospecha de lo antes mencionado, será sometido a la pena de muerte».

Tales son los resultados de un dominio completo.

Este documento impresionó a Kidder por cuanto era completamente espontáneo. Era el propio credo de los neotericos, desarrollado por ellos mismos en acatamiento a su propio dios.

Y así, por fin, Kidder logró colmar su realización. Agazapado en el cuarto superior, yendo de telescopio a telescopio, proyectando con movimiento retardado las películas de sus cámaras de alta velocidad, se encontró dueño de una dinámica y manejable fuente de información. Alojado en el gran edificio cuadrado con sus cuatro secciones de medio acre, había un nuevo mundo del cual era dios.

La mente del Presidente Conant era similar a la de Kidder en qué su acercamiento a cualquier problema era por la distancia más corta entre dos puntos cualesquiera, haciendo caso omiso de si el acercamiento era a lo largo de la línea de mayor o menor resistencia.

Su ascenso a la presidencia del Banco era una historia de movimientos despiadados cuya única justificación era que le dieran aquello que quería. Al igual que un general súpereficiente nunca vencía a un enemigo solamente por la fuerza superior de los números. También flanqueaba a su enemigo astutamente, no por un

solo lado, sino por ambos. Los inocentes circundantes eran criaturas que no merecían consideración alguna.

Por ejemplo, la vez en que se apoderó de cierta propiedad de mil acres de un hombre llamado Grady, no estuvo satisfecho con solamente el título de propiedad. Grady era propietario de un aeropuerto —lo había sido toda su vida, y su padre antes que él—. Conant ejerció toda clase de presiones sobre Grady y le encontró inmovible. Finalmente unas persuasiones atinadas impulsaron a las autoridades municipales a excavar una red de cloacas a través del centro del campo de aterrizaje, lo cual bastó para arruinar el negocio de Grady.

Sabedor de que esto le proporcionaría a Grady, que era un hombre acaudalado, motivos para vengarse, Conant se hizo cargo del Banco de Grady adquiriéndolo por su cuenta líquida y llevándolo a la quiebra. Grady perdió hasta su último centavo y terminó su vida en un asilo. Conant estaba muy orgulloso de sus tácticas.

Al igual que muchos otros que han atrapado el becerro de oro por la cola, Conant no sabía cuando debía soltarla. Su vasta organización le producía más dinero y poder que cualquier otra empresa en la historia mundial, y sin embargo no estaba satisfecho.

Conant y el dinero eran como Kidder y la sapiencia. Las actividades de Conant acumulándose en pirámides eran para él lo que los neotericos eran para Kidder. Ambos se habían hecho su mundo privado; cada uno lo usaba para su instrucción y provecho. Aunque Kidder, sin embargo, no fastidiaba a nadie salvo a sus neotericos.

De todos modos, Conant no era un malvado completo. Era un hombre astuto y había descubierto muy pronto el valor de agradar a la gente. Ningún hombre puede robar con éxito años y años sin agradar a la gente a quien roba. La técnica para lograrlo es altamente complicada, pero domínela y ya puede montar su propia Casa de la Moneda.

El único gran temor de Conant era que Kidder se tomase algún día interés en los acontecimientos del mundo y empezase a ponerse terco. ¡Santo Cielo! ¡Qué gran poder en potencia poseía! Una menudencia como influir en unas elecciones podría ser resuelto por un hombre como Kidder con la misma facilidad con la que se cambiaba de lado en la cama.

Lo único que podía hacer era llamarle periódicamente y ver si había algo, lo que fuese, que necesitara Kidder para mantenerse siempre atareado. Kidder apreciaba esta atención. Conant, de vez en cuando, le sugería algo a Kidder que le intrigaba, algo que le mantendría muy metido en su ermita durante unas cuantas semanas.

La bomba de luz fue uno de los resultados de la imaginación de Conant. Éste le apostó que no podría hacerla. Kidder la hizo.

Una tarde oyó Kidder el agudo chillido de la llamada del radiófono. Lanzando juramentos entre dientes, paró la proyección de la película que estaba viendo y atravesó el recinto hasta llegar al viejo laboratorio. Se dirigió al radiófono, insertando una clavija. El chillido cesó.

—¿Diga?...

—¿Qué tal, Kidder? —dijo Conant—. ¿Ocupado?

—No mucho —dijo Kidder.

Estaba encantado con las fotos que su cámara había captado, revelando el hábil trabajo de una panda de neotericos obteniendo de puro sulfuro caucho sintético. Le habría gustado explicárselo a Conant, pero por lo que fuera nunca se le había ocurrido hablarle a Conant de los neotericos, y no veía la razón por la cual iba ahora a hacerlo.

Conant dijo:

—Eso... Kidder, estuve el otro día en el club y unos cuantos socios nos dedicábamos a pasar la velada charlando de todo un poco. Salió a relucir algo que podría interesarle.

—¿Qué era? —Discutían un par de muchachos de los servicios públicos. Usted ya conoce la distribución de la fuerza motriz en esta nación ¿no es así? ¿Treinta por cien atómica, el resto hidroeléctrica, Diesel y vapor?

—No me había enterado hasta ahora —dijo Kidder que tenía la inocencia de un rorro con respecto a los acontecimientos normales.

—Bien, pues nos encontramos arguyendo sobre la posibilidad que podía tener una nueva fuente de energía. Uno dijo que sería más atinado producir la nueva energía y luego hablar de ella. Otro repudió esta teoría; dijo que no podía producir esta nueva energía, pero sí describirla. Dijo que tendría que poseer todo lo que las presentes fuentes tienen, más un par de complementos nuevos. Por ejemplo, podría ser más barata. Podría ser más eficiente. Podría superar a las demás siendo más fácil de transportar desde la planta productora al consumidor. ¿Se da cuenta de lo que quiero decir? Cualquiera de estos factores resultaría en una superación competitiva de la actual energía. Lo que me gustaría ver es una nueva fuerza motriz con «todos» esos factores. ¿Qué opina?

—No es imposible.

—¿Opina que no?

—Lo intentaré.

—Téngame al corriente.

El transmisor de Conant emitió el chasquido de cierre. La clavija de cierre era solamente una pieza simulada, detalle que Conant ignoraba. El aparato se cerraba auto-máticamente cuando Conant se alejaba.

Después del chasquido de la clavija de cierre, Kidder oyó al banquero murmurar:

—Si lo logra, estaré preparado. Si no, por lo menos el estúpido loco seguirá ocupadísimo en la is...

Kidder ojeó el radiófono durante un instante, enarcadas en alto las cejas y luego las volvió a bajar a la vez que sus hombros. Era plenamente evidente que Conant tenía algo preparado en secreto, pero eso no le preocupaba a Kidder. ¿Quién diablos en la tierra iba a desear fastidiarle? El no importunaba a nadie. Regresó a su alojamiento de neotericos, impregnado con la idea de la nueva energía.

Once días más tarde Kidder llamó a Conant y le dio instrucciones específicas

sobre cómo equipar su receptor de modo que a Kidder pudiera enviarle material escrito por el éter.

Tan pronto como esto quedó hecho y Kidder informado, el bioquímico por una vez en su vida habló con bastante profusión.

—Conant... usted coligió que una nueva fuente de energía que resultase más económica, más eficiente y más fácil de transmitir que las actuales no existía. Tal vez le interese el pequeño generador que acabo de montar. Tiene energía, Conant, una potencia increíble. Bien, ahora esté atento a su grabadora de facsímiles.

Kidder deslizó una hoja de papel bajo las grapas de su transmisor y el diseño apareció en la pantalla registradora de Conant.

—Éste es el diagrama del circuito para un receptor de energía. Ahora escuche. El rayo de fuerza motriz es tan compacto, tan altamente dotado de autonomía directriz que ni siquiera tres milésimas del uno por ciento de la potencia se perderían en una transmisión de dos mil millas. El sistema es cerrado. Es decir cualquier drenaje en la irradiación produce a la vez una señal que regresa al transmisor, el cual automáticamente eleva en exacta compensación el envío de energía. Tiene un límite, pero puede enviar ocho diferentes irradiaciones con un total en caballos fuerza de unos ocho mil por minuto y por destello. De cada destello puede sacar fuerza suficiente para volver la página de un libro o mantener en vuelo un avión en la súper estratosfera. Espere, que todavía no he terminado. Cada rayo como antes le dije, devuelve una señal del receptor al transmisor. Esto no solamente controla la energía producida por el rayo sino que la dirige. Una vez se establece el contacto, el rayo radiogonométrico nunca cesa. Seguirá al receptor a cualquier parte. Puede así dar energía a vehículos de tierra, mar y aire con ello, lo mismo que a cualquier planta estacionaria. ¿Le gusta?

Conant, que era un banquero y no un científico se secó la reluciente frente con el dorso de la mano y dijo:

—Que yo sepa usted nunca me ha timoneado equivocadamente, Kidder. ¿Qué hay sobre el costo de este aparato?

—Elevado —replicó Kidder de inmediato—. Tan elevado como el de una planta atómica. Pero no hay tendidos de alta tensión, ni cables, ni tuberías de conducción, no hay nada. Los receptores son tan sólo un poco más complicados que los de una radio. El transmisor es... bueno, es realmente dificultoso.

—A usted no le tomó mucho tiempo hacerlo —dijo Conant.

—No —dijo Kidder—, ¿verdad que no?

Representaba la obra total de la vida de unas mil doscientas criaturas sumamente cultivadas, pero Kidder no iba a entrar en estos detalles.

—Naturalmente, el transmisor que tengo es tan sólo una muestra a escala pequeña. La voz de Conant evidenciaba mucha tensión repentina.

—¿Una... muestra? ¿Cuánto rinde?

—Unos sesenta mil caballos fuerza —dijo Kidder gozosamente.

—¡Santo Cielo! En una máquina de tamaño natural un transmisor sería suficiente para...

Las posibilidades del artefacto atragantaron a Conant por un momento.

—¿Cómo es abastecido?

—No lo es —dijo Kidder—. No voy a empezar a explicárselo o no terminaríamos nunca. He conectado una fuente de energía de fuerza inconmensurable. Es... bueno, es enorme. Tan enorme que no debe hacerse mal uso de ella.

—¿Cómo? —ladró Conant—. ¿Qué pretende decir con eso?

Kidder levantó una ceja. Conant se traía «algo» entre manos, entonces. Y ante este segundo indicio, Kidder, el menos receloso de los hombres, empezó a ponerse en guardia.

—Pretendo sencillamente decir lo que he dicho —manifestó suavemente—. No se esfuerce demasiado en comprenderme— porque apenas lo logro yo mismo. Pero la fuente de esta energía es la resultante monstruosa causada por el desequilibrio de dos fuerzas previamente igualadas. Estas fuerzas igualadas son cósmicas en cuantía. De hecho, son las fuerzas que hicieron soles, estallaron átomos al modo como trituraron aquellos que componen el cortejo de Sirio. No es algo con lo cual se pueda jugar.

—Yo no acabo de... —dijo Conant y su voz se ahogó en perplejidad.

—Le facilitaré una analogía —dijo Kidder—. Supongamos que usted coge dos cañas de pescar, una en cada mano. Coloque sus puntas juntas y empuja. En tanto presione directamente en el sentido de sus ejes, la presión está igualada; las manos diestra y siniestra se anulan una a otra. Ahora llevo yo; alargo un dedo y toco las cañas lo más ligeramente posible allá donde se unen. Restallan fuera de la línea violentamente; usted se rompe un par de nudillos. La fuerza resultante está en proporción directa a la fuerza original que usted ejerció. Mi transmisor de fuerza se basa en el mismo principio. Basta una cantidad infinitesimal de energía para sacar a estas fuerzas de sus casillas. Es bastante fácil cuando usted sabe cómo hacerlo. La cuestión fundamental e importante es si usted puede o no controlar la resultante cuando la obtiene. Yo puedo.

—Ya... comprendo —y Conant se deleitó por un instante pensando en el mal ajeno—. El cielo ayude a las compañías suministradoras de energía. Yo no pretendo hacerlo. Kidder... quiero un transmisor tamaño natural.

Kidder cloqueó en el radiófono.

—Es usted ambicioso ¿eh? Aquí no tengo personal, Conant, usted ya lo sabe. Y no se puede esperar que a solas construya cuatro o cinco mil toneladas de instrumentos.

—En cuarenta y ocho horas le enviaré quinientos ingenieros y operarios.

—No lo haga. ¿Por qué molestarme con tanta gente? Soy completamente feliz aquí, Conant, y una de las razones es que no tengo a nadie fastidiándome.

—Vamos, vamos, Kidder, no sea así. Le pagaré.

—No dispone de tanto dinero como para eso —dijo Kidder aprisa. Incrustó la

clavija en su aparato. La «suya» funcionaba. Conant estaba furioso. Gritó varios minutos en el micro, y luego empezó a reclinarsse en el botón de llamada. En su isla, Kidder dejó chillar la señal y regresó a su cuarto de proyección. Lamentaba haber enviado el diagrama del receptor a Conant. Hubiera sido interesante abastecer un avión o un coche con la muestra de transmisor que les quitó a los neotericos. Pero si Conant iba a ponerse terco con aquello —bueno, de todos modos, el receptor no servía para nada sin el transmisor. Cualquier ingeniero en radio sabría interpretar el diagrama, pero no la fuerza que activaba el circuito. Y Conant no la obtendría nunca.

La pena es que no conocía suficientemente a Conant.

Las jornadas de Kidder se componían de interminables incursiones por la ciencia. Nunca dormía, ni tampoco sus neotericos. Comía regularmente cada cinco horas, haciendo ejercicio durante media hora cada noche. No tenía noción del tiempo que transcurría, porque no significaba nada para él.

Si hubiese querido saber la fecha, mes o año, le bastaría con llamar a Conant para enterarse. Pero le tenía sin cuidado. El tiempo que no consumía en observación lo empleaba en presentarles nuevos problemas a los neotericos. Ahora sus pensamientos iban por la senda de la defensa.

La idea nació de su conversación con Conant; la idea era primaria y su motivación algo sin importancia. Los neotericos estaban trabajando en un campo de vibración de naturaleza cuasi-eléctrica.

Kidder no le veía mucho valor práctico —un muro invisible que mataría a cualquier ser viviente que lo tocara—. Pero de todos modos, la idea era intrigante.

Se distendió apartándose del telescopio a través del cual había estado vigilando sus criaturas en plena faena. Era profundamente feliz allí en su amplia estancia de control. Abandonarla para ir al viejo laboratorio en busca de cualquier cosa para nutrirse era algo que aborrecía. Sentíase casi tentado de enviar un «adiós» cada vez que salía y saludar con un complacido «hola» cuando regresaba. Casi burlándose de sí mismo en plácida diversión, salió.

A pocas millas de la isla había una burbuja negra —una canoa automóvil—. Kidder se detuvo y la contempló con desagrado. Un blanco pétalo de espuma de mar se adhería a cada lado del negro casco, que acudía hacia Kidder.

Kidder bufó al recordar la vez que un yate cargado de ociosos majaderos ancló por pura curiosidad cierta tarde, desparramándose por su bienamada isla, acribillándole con preguntas propias de cerebros tarados, y desmontándole el engranaje de su equilibrio nervioso. ¡Cómo aborrecía a la grey llamada gente!

Los pensamientos desagradables procrearon otros dos que germinaban semiconscientemente en sus lóbulos cerebrales mientras entraba en su viejo laboratorio. Uno de los nuevos pensamientos era el de que tal vez sería sensato circundar sus alojamientos con un campo de fuerza de alguna clase y colocar rótulos con advertencias para los intrusos.

El otro pensamiento se relacionaba con Conant y la vaga inquietud que el hombre

le había emitido a través del radiófono en las últimas semanas. Su sugerencia, dos días antes, de una planta de energía motriz siendo construida en la isla, en su isla, ¡vaya idea más horrenda!

Conant se levantó de la banqueta del laboratorio al entrar Kidder. Se miraron el uno al otro silenciosamente durante un largo rato. Kidder no había visto al presidente del Banco hacía años. La presencia de aquel hombre le produjo hormigueo en el cuero cabelludo.

—¿Qué tal? —dijo Conant cordialmente—. Tiene aspecto de hallarse en buena forma. Kidder gruñó. Conant descansó de nuevo su incómodo cuerpo en la banqueta y dijo:

—Para ahorrarle el trabajo de hacer preguntas, mister Kidder, le diré que llegué hace dos horas en un bote. Un pésimo medio de viajar. Quise darle una sorpresa; mis dos tripulantes remaron el último par de millas para desembarcarme. No está muy bien equipado para la defensa de su propiedad ¿no es cierto? Cualquiera podría deslizarse y sorprenderle como he hecho yo.

—¿Y quién, y para qué, iba a hacerlo? —refunfuñó Kidder.

La voz del banquero le agujoneaba en forma fastidiosa dentro de su cerebro. Hablaba demasiado ruidosamente; por lo menos, los oídos de eremita de Kidder percibían esta impresión. Kidder encogió los hombros y fue a prepararse una ligera colación.

El banquero extrajo una cigarrera de platino.

—¿Le importa que fume?

—Sí. Mucho —dijo Kidder ásperamente—. No fume. Conant rió con suavidad y volvió aguardarse la cigarrera. Dijo:

—Tal vez necesite instarle para que me deje montar la estación de energía motriz en esta isla.

—¿No funciona el radiófono?

—Oh, sí. Pero ahora que estoy aquí no puede usted cortarme la comunicación. Bien, ¿qué ha decidido?

—No he cambiado mi manera de pensar.

—Oh, pero debe hacerlo, Kidder, debe hacerlo. Piense en ello, piense en el beneficio que representaría para las masas que están pagando facturas exorbitantes de suministro de fluido.

—¡Detesto las masas! ¿Por qué tiene que edificar aquí?

—Oh, es que este sitio es ideal. Usted es dueño de la isla; los trabajos podrían comenzar aquí sin provocar ningún comentario, la planta irrumpiría completamente acabada en los mercados de energía motriz de la nación, al haber sido montada en secreto. La isla puede hacerse inexpugnable.

—No quiero ser importunado.

—No le importunaríamos. Haríamos la instalación en el extremo norte de, la isla, a una milla y cuarto de usted y su laboratorio. ¡Ah!, por cierto, ¿dónde está la muestra

del transmisor de potencia?

Kidder, llena la boca de alimento sintetizado, ondeó la mano hacia una mesita sobre la cual se hallaba el modelo. Un asombroso aparato intrincado, de apenas un metro cuadrado de plástico, acero y minúsculas bobinas.

Levantándose, Conant fue a verlo de más cerca.

—¿Funciona, verdad? Suspiró hondamente y agregó—: Kidder, de veras me sabe mal lo que voy a hacer, pero necesito construir esta planta urgentemente. ¡Corson! ¡Robins!

Dos individuos de cuello de toro salieron de sus escondites en las esquinas de la sala. Uno de ellos hacía oscilar indolentemente un revólver por la guarda del gatillo.

—Estos caballeros seguirán mis órdenes sin la menor reserva, Kidder. Dentro de media hora un grupo desembarcará, ingenieros y contratistas. Empezarán a deslindar la punta norte de la isla para la construcción de la planta. Estos dos muchachos aquí presentes opinan aproximadamente lo mismo que yo por lo que a usted se refiere. ¿Ponemos manos a la obra con su cooperación o sin ella? Es algo sin importancia para mí el que usted siga vivo o no por lo que a mi proyecto se refiere. Mis ingenieros pueden duplicar su modelo.

Kidder no replicó. Había dejado de masticar cuando vio a los pistoleros, y recordó de pronto que tenía que deglutir. Siguió sentado, inclinado sobre su plato, sin moverse ni hablar.

Conant truncó el silencio dirigiéndose hacia la puerta.

—Robins, ¿puede transportar aquel modelo?

El hombretón enfundó su arma, alzó delicadamente el aparato y dio una cabezada aprobatoria.

—Llévalo a la playa y aguarde la otra lancha. Dígale al ingeniero Johansen, que éste es el modelo sobre el cual ha de trabajar.

Robins salió. Conant se volvió hacia Kidder.

—No es preciso que nos enfademos —dijo untuosamente—. Creo que usted es obstinado, pero no se lo tomo en cuenta. Comprendo lo que siente. Le dejaremos tranquilo; le doy mi palabra de honor. Pero pretendo seguir adelante con este asunto, y una cosa insignificante como la vida de usted no puede interponerse en mi camino.

Kidder dijo:

—¡Lárguese, fuera!

Dos venas hinchadas palpitaban en sus sienas. Su entonación era baja y trémula.

—Muy bien. Buenos días, mister Kidder. Oh, por cierto, es usted un diablo. Un diablo mañoso.

Nadie había calificado nunca de aquel modo al escolástico mister Kidder hasta entonces.

—Me doy cuenta de la posibilidad de que usted intente hacernos volar por los aires fuera de su isla. No lo haría si estuviese en su lugar. Estoy dispuesto a darle lo que usted quiera, aislamiento. Quiero lo mismo a cambio. Si me sucediese cualquier

cosa mientras esté aquí, la isla sería bombardeada por alguien que está a mi servicio. Voy a admitir que pueda fallar mi piloto. Si fuera así, el Gobierno de los Estados Unidos intervendría. Usted no lo deseará ¿verdad que no? Sería algo demasiado poderoso para que un hombre sólo pudiera hacerle frente. Lo mismo ocurrirá si la planta es sabotada de cualquier modo después que yo regrese al continente. Podría usted hacerse matar. Más que seguro sería usted importunado interminablemente. Gracias por su... ¡ejem!... cooperación.

Sonriendo afectadamente el banquero salió, seguido por su gorila taciturno. Kidder permaneció sentado largo tiempo sin moverse. Luego sacudió la cabeza, y la reclinó en sus palmas. Estaba enormemente asustado; no tanto porque su vida estaba en peligro, sino a causa de que su retiro y trabajo —su mundo— estaban amenazados.

Sentíase herido y azorado. No era un hombre de negocios. No sabía manejar hombres. Toda su vida había huido de los humanos y de lo que representaban para él. Parecía un niño asustado cuando los humanos se le acercaban, rodeándolo.

Al irse enfriando un poco su sangre, trató de imaginar vagamente lo que ocurriría cuando la planta se inaugurase. Era indiscutible que el Gobierno se interesaría en la novedad. A menos..., a menos que por entonces Conant fuera el Gobierno.

Aquella planta era una fuente inimaginable de fuerza, y no solamente de la clase de fuerza que hacía girar ruedas.

Levantándose regresó al mundo que era su hogar, un mundo donde sus motivos eran comprendidos, y donde estaban aquellos que podían ayudarlo. En la mansión de los neotericos, nuevamente volvió a escaparse del mundo de los humanos.

Kidder llamó a Conant a la semana siguiente, con gran sorpresa por parte del banquero. Sus dos días en la isla habían puesto bien en marcha las obras, y se fue cuando llegó el barco con el cargamento de obreros y material. Estaba en estrecho contacto por radio con Johansen, el ingeniero en jefe. Había sido una oferta de trabajo a ciegas para Johansen y todo el resto del personal en la isla. Solamente los infinitos recursos del Banco pudieron contratar a un hombre de la valía de Johansen, y al selecto personal bajo sus órdenes directas.

La primera reacción de Johansen cuando vio el modelo fue de éxtasis. Quiso contarles a sus amigos la maravilla de prodigio que era aquel prototipo; pero la única instalación de radio estaba sintonizada con el despacho privado de Conant en el Banco. Y los guardas armados de Conant, uno por cada dos trabajadores, tenían órdenes estrictas de destruir cualquier otro transmisor de radio apenas lo viesan.

Fue entonces cuando Johansen se dio cuenta de que era un prisionero en la isla. Su inmediata cólera amainó cuando se puso a meditar que ser un prisionero a cincuenta mil dólares por semana resultaba tolerable. Dos de los obreros y un técnico pensaron de modo distinto, y empezaron a mostrarse malhumorados un par de días después de su llegada. Desaparecieron una noche, la misma noche en que fueron disparados cinco tiros allá por la playa baja. Nadie hizo preguntas, y ya no hubo más conflictos.

Conant encubrió su sorpresa ante la llamada de Kidder y fue tan ofensivamente jovial como siempre.

—¡Vaya qué bien! ¿Puedo hacer algo por usted?

—Sí, puede —dijo Kidder. Su voz era baja, completamente desprovista de expresión—. Quiero que haga circular un aviso a sus hombres para que no pasen más allá de la línea blanca que he trazado a quinientos metros al norte de mis edificaciones, y que he tendido de litoral a litoral.

—¿Aviso? Pero, mi querido asociado, tienen órdenes de que usted no ha de ser molestado en modo alguno.

—Usted les ordenó. Muy bien. Ahora avíseles. Circundando mis laboratorios tengo un campo eléctrico que matará cualquier cosa viviente que lo penetre. No quiero tener asesinatos en mi conciencia. No habrá muertes mientras no haya transgresores de límites. ¿Informará debidamente a sus trabajadores?

—Oh, vamos, vamos, Kidder —reconvino el banquero—. Eso era totalmente innecesario. Usted no será molestado. ¿Por qué...?

Pero se encontró hablando con un micro inactivo. No iba a cometer la acción inútil devolver a llamar. En vez de ello conectó con Johansen y le explicó la novedad. A Johansen no le gustó el oculto tañido del aviso, pero repitió el mensaje y firmó la comunicación general.

A Conant le gustaba aquel hombre. Por un momento, se sintió algo apenado por Johansen que nunca llegaría vivo al continente.

Pero aquel Kidder..., empezaba a convertirse en un problema. Mientras sus armas fueran estrictamente defensivas no era una verdadera amenaza. Pero sería cuestión de ocuparse de él cuando la planta funcionase. Conant no se podía permitir el lujo de tener genios a su alrededor a menos que estuvieran indiscutiblemente a su servicio.

El transmisor de energía y los planes altamente ambiciosos de Conant estarían a salvo mientras Kidder campase a sus anchas. Kidder sabía que, por el momento, podía contar con su trato más comprensivo por parte de Conant que del lado de una horda de investigadores del Gobierno.

Kidder solamente abandonó su propia clausura una vez después que el trabajo comenzó en el extremo norte de la isla, y ello requirió toda su escasa diplomacia. Conocedor del origen de la energía de la planta, conocedor de lo que sucedería si fuese mal tratada, le pidió permiso a Conant para inspeccionar el gran transmisor cuando ya estaba casi terminado.

Asegurándose la vida al decidir que solamente informaría a Conant cuando estuviera a salvo en su propio laboratorio, desconectó su escudo protector y caminó hacia la puerta norte.

Contempló un espectáculo imponente. El modelo de un metro había sido duplicado aproximadamente unas cien veces. Al interior de una maciza torre de menor altura un espacio estaba relleno hasta casi la compacta solidez con la misma intrincada madeja de bobinas, y varillas y barras que los neotericos habían armado

tan delicadamente en su aparto.

En la cúspide se hallaba un globo de bruñida aleación dorada, la antena transmisora. De ahí saldrían a chorros miles de apretados haces de energía que podrían ser conectados hasta cualquier grado con los correspondientes miles de receptores colocados en cualquier parte y a cualquier distancia.

Kidder se enteró que los receptores ya habían sido contruidos, pero su informador, Johansen, sabía poco sobre aquel otro remate y decía menos. Kidder comprobó cada detalle de la estructura y cuando finalizó su examen, sacudió la diestra de Johansen admirativamente.

—No quería este objeto aquí —dijo tímidamente— y no lo quiero. Pero debo decir que es un placer haber visto esta clase de trabajo.

—Es un placer haber conocido al hombre que lo inventó.

Kidder irradió satisfacción.

—No lo inventé —dijo—. Quizás algún día le enseñe quién lo hizo. Yo..., bueno, adiós. Dio media vuelta antes de que se le ocurriera hablar demasiado y partió sendero abajo.

—¿Ahora? —dijo una voz al lado de Johansen. Uno de los guardas de Conant tenía el rifle preparado. Johansen empujó el brazo armado.

—No.

—Conque esto es la misteriosa amenaza del otro extremo de la isla ¿eh? Pero ¡sí es un cacho de tipillo estupendo!

Edificada sobre las ruinas de Denver que fue destruida en la gran Batalla de los Rockies durante la Guerra del Oeste Occidental, se halla la más hermosa ciudad del mundo, la capital de nuestra nación, Nuevo Washington.

En una estancia circular en lo más hondo del corazón de la Casa Blanca, el presidente, tres militares y un paisano estaban reunidos en junta.

Bajo el despacho del presidente un dictáfono registraba sin ostentación cada palabra que se hablaba. A unas dos mil y pico de millas, Conant inclinado sobre un receptor de radio, sintonizó para recibir las señales del diminuto transmisor oculto en el bolsillo del paisano.

Uno de los militares habló:

—Señor presidente, las «demandas imposibles» que hizo para su producto este caballero son absolutamente verdaderas. Nos ha demostrado sin duda alguna cada párrafo de su folleto.

El presidente miró al paisano, y de nuevo al oficial.

—No aguardaré su informe escrito —dijo—. Díganme, ¿qué sucedió? Otro de los militares se secó el rostro con un pañuelo caqui.

—No puedo pedir que nos crea, señor presidente, pero de todos modos es verdad. Mister Whright aquí presente tiene en su portafolios tres o cuatro docenas de pequeñas... ¡ejem!... bombas.

—No son bombas —dijo Wright como de paso.

—Muy bien, de acuerdo. No son bombas. Mister Wright machacó dos de ellas en un yunque con un martillo pilón. No pasó nada. Colocó otras dos en un horno eléctrico. Se redujeron a cenizas como si fueran carboncillo vulgar. Dejamos caer una por el cañón de una pieza de grueso calibre y lo disparamos. Nada.

Hizo una pausa y miró al tercer oficial, que tomó el relevo.

—Entonces empezamos realmente a movernos. Volamos al terreno de pruebas, dejamos caer uno de los objetos y nos remontamos a siete mil metros. Desde allí, con un detonador de mano no mayor que su puño de usted, señor presidente, mister Wright puso en acción el objeto. Nunca he visto nada parecido. Cuarenta acres de tierra subieron rectamente hacia nosotros, desmenuzándose en cadena explosiva. La conclusión fue terrorífica, usted debió notarla aquí, a cuatrocientas millas de distancia.

—La noté. Los sismógrafos al otro lado de la Tierra la registraron.

—El cráter que dejó tenía una profundidad de un cuarto de milla en su centro. ¡Un avión cargado con estos objetos podría arrasarse cualquier ciudad! ¡Ni siquiera hace falta tomar puntería!

—Todavía no lo ha oído todo —intervino otro oficial—. El automóvil de mister Wright está alimentado por una pequeña planta generadora similar a los objetos citados. Nos hizo la demostración. No pudimos encontrar huella de combustible de ninguna clase en el depósito, ni de ningún otro mecanismo conductor. Pero con una planta generadora no mayor de seis pulgadas cúbicas, este coche, transportando peso suficiente para darle tracción, remolcó un tanque del ejército.

—¿Y la tercera prueba? —dijo el tercero, excitado—. Colocó uno de los objetos en un modelo especial de bóveda blindada. Las paredes eran de tres metros de espesor, con hormigón, súper-reforzado. Controló el objeto desde una distancia de cien pasos. ¡Hizo... hizo volar aquella bóveda! No fue una explosión —fue como si una fuerza expansiva increíblemente poderosa rellenase el interior y evaporarse las paredes desde el interior. Se agrietaron, rajaron y redujeron a polvo, mientras los tensores y barras de acero volaron retorciéndose y silbando en fusión cómo... cómo... ¡fiiú! Después de esto, él insistió en verle. Sabíamos que no era lo acostumbrado, pero él dijo que tenía más cosas que decir y solamente las diría en presencia de usted.

El presidente indagó gravemente:

—¿De qué se trata, mister Wright?

Wright se levantó, recogiendo su portafolio, abriéndolo, y sacando un pequeño cubo de unas ocho pulgadas por lado, compuesto de una especie de material rojo absorbente de luz. Cuatro hombres se apartaron nerviosamente, ladeándose.

—Estos caballeros —empezó— han visto solamente parte de las cosas que este dispositivo puede hacer. Voy a demostrarle a usted la escrupulosa sensibilidad de control que es posible obtener con esto.

Hizo un ajuste con un diminuto botón a un lado del cubo, colocándolo al borde de

la mesa del presidente.

—Me han preguntado más de una vez si esto es invención mía o si estoy representando a alguien. Esto último es la verdad. También puede que les interese saber que el hombre que controla este hexaedro minúsculo se halla ahora mismo a varios miles de millas de aquí. El, y solamente él, puede evitar que esto haga explosión ahora que yo...

Había sacado su detonador del portafolios y presionó un botón.

—... he hecho esto. Explotará del mismo modo que lo hizo el que dejamos caer desde el avión, destruyendo por completo esta ciudad y todo, cuánto hay en ella, exactamente dentro de cuatro horas. También explotará...

Retrocedió incrustando una pequeña clavija en su detonador.

—... si cualquier objeto moviente se acerca a menos de tres pasos o si alguien abandona esta habitación, salvo yo. Si después de irme, soy interceptado, este objeto detonará apenas una mano me toque. Ninguna bala puede matarme lo suficientemente aprisa para evitar que yo ponga en acción este objeto.

Los tres representantes del ejército estaban silenciosos y quietos. Uno de ellos alzó muy levemente la mano para aflojarse un poco el cuello de la camisa, empapada en frío sudor. Los otros no se movieron. El presidente dijo llanamente:

—¿Cuáles son sus proposiciones?

—Una muy razonable. Mi patrón no opera abiertamente por motivos obvios. Lo único que quiere es que usted acepte sus órdenes; para nombrar los miembros del Gobierno que él designe, y emplear su influencia en cualquier sentido que él dicte. El público, el Congreso, cualquiera, no necesitan nunca saber nada de esto. Debo añadir que si usted acepta esta proposición, ésta —bomba» como la llaman ustedes, no funcionará. Pero tengan la certeza absoluta de que miles de ellas están repartidas por toda la nación. Nunca sabrán si están cerca de una de ellas. Si usted desobedece, significará la instantánea aniquilación para usted y cualquier otra persona en un radio de tres o cuatromillas cuadradas.

—Dentro de tres horas y cincuenta minutos —es decir a las siete en punto— hay un programa de anuncios por radio en la Estación RPRS. Usted hará saber al anunciador que tras la señal de sintonía de su emisora, debe decir «De acuerdo». Pasará desapercibido para todos salvo para mi patrón. No servirá de nada hacerme seguir; mi tarea ya la he cumplido. Nunca volveré a ver ni entraré en contacto con mi patrón circunstancial. Eso es todo. Buenas tardes, caballeros.

Wright cerró su portafolios con un chasquido muy de hombre de negocios, se inclinó, y abandonó la estancia.

Cuatro hombres permanecieron petrificados contemplando fijamente el pequeño cubo rojo.

—¿Creen que pueda hacer cuánto dijo? —preguntó el presidente. Los tres asintieron mudamente. El presidente cogió su teléfono.

Había un fisgón escuchando cuánto iba sucediendo.

Conant, agazapado tras su gran mesa despacho en la bóveda, donde tenía su «sanctum sanctorum», no lo sabía. Pero a su lado estaba el bulto compacto del radiófono de Kidder. Su presencia lo ponía en funcionamiento, y Kidder, en su isla, bendijo el día que se le ocurrió aquel dispositivo.

Toda la mañana estuvo pensando en llamar a Conant, pero titubeaba. Su encuentro con el joven ingeniero Johansen le había impresionado fuertemente. El hombre era un científico cabal, poseído de un deleite tan completo en la tarea que hacía, que por vez primera en su vida, Kidder se encontró deseando finalmente ver a alguien.

Pero temía por la vida de Johansen si le traía al laboratorio, ya que el trabajo de Johansen tenía que ser efectuado en la isla, y Conant haría matar al ingeniero si se enteraba de la visita, temiendo que Kidder influyese en él para sabotear el gran transmisor. Y si Kidder iba a la planta probablemente le dispararían apenas le viesan.

Por fin se decidió a llamar a Conant. Afortunadamente no dio la señal, sino que aumentó el volumen de su receptor cuando la lucecita roja le indicó que el transmisor de Conant estaba funcionando.

Curioso, oyó todo lo que ocurría en la cámara presidencial a *tres mil millas* de distancia. Horrorizado, se dio cuenta de lo que habían hecho los ingenieros de Conant. Instalados dentro de pequeños recipientes había decenas de miles de receptores de energía. No tenían potencia por sí mismos, pero, por control remoto, podían atraer en uno o en todos, los billones de caballos de fuerza que la enorme planta de la isla estaba irradiando.

Kidder permaneció ante su receptor, alhelado. No podía hacer nada. Si imaginaba algún medio de destruir la planta, el gobierno intervendría sin la menor duda ocupando la isla, y entonces, ¿qué sería de él y de sus preciados neotericos?

Otro sonido arañó brotando del receptor, un programa de radio, comercial. Unos compases de música y a continuación:

—Estación RPRS, voz de la capital de la nación, Distrito de Colorado del Sur. La pausa de tres segundos era interminable. —«Son ahora exactamente las... “De acuerdo”. Son exactamente las siete “p.m.”. Hora exacta por cortesía de Montaña Standard».

Entonces se oyó una carcajada semi-demencial. Le costó a Kidder creer que era Conant. Un teléfono tintineó. La voz del banquero:

—«¿Bill? Todo en marcha. Despega con tu escuadrón y bombardea la isla. Ten cuidado con la planta, pero el resto lo reduces a añicos. Hazlo rápido y regresa.

Casi histérico de miedo, Kidder se abalanzó hacia la puerta, y salió corriendo para atravesar el recinto. Había quinientos inocentes trabajadores en barracones a un cuarto de milla de la planta.

El único lugar seguro para cualquiera era la propia planta, y Kidder no quería que fueran bombardeados sus neotericos.

Voló escaleras arriba y hasta el teletipo más cercano. Tecleó con estrépito:

«Consíganme una defensa. Quiero un escudo impenetrable. ¡Urgente!». Las palabras brotaron debajo de sus dedos en la escritura funcional de los neotericos. Había hecho lo que podía. Ahora tenía que dejarles, y llegar a los barracones, para avisara aquellos hombres. Corrió sendero arriba hacia la planta.

Un escuadrón de nueve aviones de alas recortadas y nariz-mosquito se elevaron de una ensenada en el continente. No brotaba rumor de los motores, porque no había motores. Cada avión estaba abastecido de fuerza por un diminuto receptor y dirigía sus casi invisibles alas, absorbentes de luz, por el aire, con energía de la planta.

En cuestión de minutos se cernieron sobre la isla. El jefe del escuadrón habló enérgicamente por el micro.

—Primero los barracones. Arrasen. Luego calcinen el sur.

Johansen estaba a solas en una pequeña loma cerca del centro de la isla. Llevaba una *cámara* y aunque sabía que sus posibilidades de regresar jamás al continente eran prácticamente nulas, le gustaba tomar fotos de su torre desde diversos ángulos.

La primera noción que tuvo de los aviones fue al oír su silbido picando sobre los barracones. Permaneció paralizado, viendo bajar la ducha de bombas que convirtió los dos barracones en una aplastada ruina de madera astillada, metal y cadáveres.

La foto del rostro de buena fe de Kidder relampagueó en su mente. El pobre hombrecillo, si bombardeaban el sur de la isla él. ¡Su torre! ¿Iban a bombardear la planta?

Observó, completamente abrumado, como los aviones volaban hacia el mar, daban media vuelta y volvían a picar. Parecían concentrarse en el sur. Al tercer picado estuvo seguro de ello. No sabiendo que podía hacer, corrió no obstante hacia los alojamientos de Kidder.

Contorneó un viraje en el sendero y chocó violentamente con el pequeño bioquímico. El rostro de Kidder estaba escarlata de resultados del ejercicio, y tenía el aspecto de mayor terror que jamás viera Johansen.

Kidder ondeó la mano hacia el norte.

—¡Conant! —gritó para hacerse oír sobre el estruendo—. ¡Es Conant! ¡Nos va a matara todos!

—¿Y la planta? —dijo Johansen, palideciendo.

—Está a salvo. ¡No tocará «aquello»! Pero... mis instalaciones... ¿y que pasa con todos aquellos hombres.

—¡Demasiado tarde! —gritó Johansen.

—Tal vez yo pueda... ¡Venga! —invitó Kidder, y ya estaba bajando por el sendero, dirigiéndose al sur.

Johansen andaba pesadamente tras él. Las cortas piernas de Kidder se convirtieron en un trazo borroso al pasar sobre ellos el escuadrón, poniendo sus huevos en el lugar donde se habían tropezado ellos dos.

Al salir del bosque, Johansen aceleró, emparejando con el científico y derribándole al suelo a menos de seis pasos de la línea blanca.

—Pero... ro...

—¡No avance más, majaredo! ¡Su propio y condenado campo de energía... le matará!

—¿Campo de fuerza? Pero... pasé a través cuando iba arriba... Vaya. Espere. Si puedo...

Kidder empezó a escarbar furiosamente por la hierba. En unos segundos corrió hacia la línea, agarrando un gran saltamontes en la diestra. Lo arrojó al otro lado de la línea. Cayó inerte.

—¿Ha visto? —dijo Johansen—. Se ha...

—¡Mire! ¡Saltó! ¡Vamos! No sé que es lo que falló, a menos que los neotericos lo desconectasen. Ellos generaron este campo. Yo no.

—¿Los neo qué?

—Olvídelo —atajó el bioquímico, y echó a correr. Ascendieron jadeantes las escaleras entrando en el cuarto de control de los neotericos. Kidder adhirió sus ojos a un telescopio y chilló alegremente:

—¡Lo consiguieron! ¡Lo consiguieron!

—¿Quiénes...?

—¡Mi pequeño pueblo! Los neotericos! ¡Han fabricado el escudo impenetrable! ¿No lo ve? ¡Atraviesa las líneas de energía que suben hacia arriba en el campo de ahí fuera! ¡Su generador sigue manando hacia arriba, pero las vibraciones no pueden salir! ¡Están a salvo! ¡Están a salvo!

Y el sobrecitado ermitaño empezó a llorar Johansen le contempló compasivo y meneó la cabeza.

—Claro, claro, sus hombrecillos están la mar de bien. Pero nosotros no —agregó al estremecerse el suelo a efectos de la detonación de una bomba.

Johansen cerró los ojos, logró equilibrarse y dejó que su curiosidad superase a su miedo. Avanzó hacia el telescopio binocular, y aplicó los ojos.

Allí abajo no había nada sino una lámina incurvada de material gris. Nunca había visto un gris como aquél. Era absolutamente neutro. No parecía blando y no parecía duro, y mirarlo hizo que su cerebro girase en devanadera. Apartó los ojos, alzándolos.

Kidder estaba tecleando en un teletipo, acechando ansiosamente la cinta amarilla.

—No consigo llegar hasta ellos —gimoteó—. Ignoro lo que está pasan... ¡Ah, «claro»!

—¿Qué?

—¡El escudo es totalmente Impenetrable! Los Impulsos del teletipo no pueden atravesarlo o sino podría conseguir que ellos extendiesen el biombo sobre el edificio... sobre toda la isla! ¡No hay nada que esta gente no pueda hacer!

—Está loco —dijo Johansen en voz bajísima—. El pobrecillo.

El teletipo empezó a tintinear agudamente. Kidder se abalanzó encima, casi abrazándolo. Fue leyendo la cinta a medida que iba saliendo. Johansen vio los caracteres, pero no significaban nada para él.

«Todopoderoso —leyó Kidder trémulo —te rogamos tengas misericordia de nosotros y seas benévolo hasta que hayamos dicho lo que tenemos que decir. Sin órdenes hemos bajado la pantalla defensiva que nos ordenaste erigir. Estamos perdidos, oh magno Uno! Nuestra pantalla es en verdad impenetrable, y por ello nos corta la comunicación de tus palabras en la máquina de palabras. Nunca nosotros, en la memoria de ningún neotérico, hemos estado sin tu palabra antes de ahora. Perdónanos nuestra acción. Esperaremos ansiosamente tu respuesta».

Los dedos de Kidder bailaron sabré las teclas.

—Ahora ya puedes mirar —jadeó—. ¡Vamos..., el telescopio! Johansen, tratando de ignorar el silbido de muerte segura que caería de lo alto, miró. Vio lo que parecía como tierra... fantásticos campos cultivados, un poblado más o menos, fábricas, y seres. Todo se movía con increíble rapidez. No pudo ver ni a uno de los habitantes, excepto como rayas blanco-sonrosadas flechándose en todas direcciones.

Fascinado, contempló durante un largo minuto. Un sonido a sus espaldas le hizo girarse. Era Kidder frotándose las manos enérgicamente. Una ancha sonrisa dilataba su rostro.

—Lo hicieron —dijo alegremente, dichoso—. ¿Lo vio?

Johansen no lo vio hasta que empezó a darse cuenta de que en el exterior había un silencio de muerte. Corrió a una ventana. Fuera era de noche —la más negra de las noches— cuando tenía que ser crepúsculo.

—¿Qué sucedió?

—Los neotericos —dijo Kidder, y rió como un niño—. Mis amigos allí abajo. Tendieron a lo alto el escudo impenetrable sobre la isla entera. ¡Ahora somos intocables!

Y ante las atónitas preguntas de Johansen, se zambulló en la descripción de la raza de seres bajo ellos.

Fuera de la concha, ocurrían cosas. Nueve aviones súbitamente se convirtieron en pesos muertos. Nueve pilotos planearon hacia abajo, impotentes, sin fuerza motriz, y algunos cayeron al mar, y otros golpearon la milagrosa concha gris que descollaba en lugar de una isla.

Y en el continente, un hombre llamado Wright se sentaba en un coche, medio muerto de miedo, mientras hombres del gobierno le rodeaban, aproximándose cautelosamente, desafiando una muerte instantánea procedente de una fuente. Una fuente que ya había muerto.

En una estancia muy adentro de la Casa Blanca, un oficial del ejército, de alta graduación, chilló:

—¡Ya no lo puedo aguantar más! ¡No puedo!

Y saltando, arrebató un cubo rojo de encima de la mesa del presidente, reduciéndolo a un montoncito de objetos ineficaces bajo sus relucientes botas.

Y pocos días después sacaron del Banco a un arruinado anciano albergándolo en una casa de beneficencia donde murió a la semana.

El escudo, como saben, era en verdad impenetrable. La planta generadora quedó intacta y enviaba sus irradiaciones; pero no podían salir fuera, y cualquier cosa potenciada desde la planta quedó sin uso, inactiva.

El asunto nunca se hizo público, aunque durante algunos años hubo una acrecentada actividad naval por las aguas de la costa de Nueva Inglaterra. La Armada, según la creencia general, tenía un nuevo blanco de tiro por allá, un gran hemi-ovoide de material gris. Aquella diana fue bombardeada, torpedeada, machacada por baterías de máximo calibre, rociada con toda clase de rayos, y marchitaron todo lo que estaba en torno, pero nunca ni siquiera hicieron una abolladura en su lisa superficie.

Kidder y Johansen dejaron las cosas tal como estaban. Eran suficientemente felices con sus investigaciones y sus neotericos. Ni oyeron ni sintieron el machaqueo, porque el escudo era en verdad impenetrable.

Sintetizaron su alimento, luz y aire de los materiales a mano, y sencillamente todo lo demás les tenía sin cuidado. Eran los únicos supervivientes del primer bombardeo.

Todo esto sucedió hace muchos años, y Kidder y Johansen puede que estén hoy convida, puede que estén muertos. Pero esto no importa mucho.

Lo importante es que aquella gran concha gris continuará siendo vigilada. Los hombres mueren, pero las razas viven.

Algún día, los neotericos, después de innumerables generaciones de inconcebible avance, derribarán su escudo y saldrán.

Cuando pienso en esto, me asusto.

¡EMBUSTERO!

Isaac Asimov

Alfred Lanning encendió cuidadosamente el cigarro, pero las puntas de los dedos le temblaban ligeramente. Sus cejas grises se juntaban mientras iba hablando entre bocanadas de humo.

—Que lee el pensamiento..., no queda la menor duda de eso. Pero, ¿por qué? —dijo, mirando al matemático Peter Bogert.

Bogert echó atrás su negro cabello con las dos manos.

—Éste fue el trigésimo cuarto modelo RB que sacamos, Lenning. Todos los demás eran estrictamente ortodoxos.

El tercer hombre que había con ellos en la mesa frunció el ceño. Milton Ashe era el empleado más joven de la «U. S. Robots & Mechanical Men Inc», y estaba orgulloso de su puesto.

—Escuche, Bogert, no hubo el menor error en el montaje, desde el principio hasta el fin. Esto puedo garantizarlo.

Los labios gruesos de Bogert esbozaron una sonrisa protectora.

—¿De veras? Si puede usted responder de la operación entera de montaje, recomendaré su ascenso. Contando exactamente, la manufactura de un solo ejemplar de cerebro positrónico, requiere setenta y cinco mil doscientas treinta y cuatro operaciones, y cada una de ellas depende separadamente de un cierto número de factores, de cinco a ciento cinco. Si uno de ellos sale positivamente «mal», el cerebro está inutilizado. No hago más que citar nuestro folleto informativo, Ashe.

Milton Ashe se sonrojó, pero una voz seca cortó su respuesta.

—Si vamos a empezar echándonos la culpa mutuamente, me voy —dijo Susan Calvin con las manos sobre el regazo, palideciendo ligeramente sus delgados labios—. Tenemos en nuestras manos un robot capaz de leer el pensamiento y me parece que lo más importante es descubrir por qué lo lee. No será diciendo: «¡Es culpa tuya! ¡Es culpa mía!», como lo averiguaremos.

Sus fríos ojos grises se fijaron en Milton Ashe que hizo una mueca.

Lanning hizo una también, y, como siempre en tales casos, sus largos cabellos blancos y sus penetrantes y astutos ojos hicieron de él la imagen de un patriarca bíblico.

—Tiene usted razón, doctora Calvin. Vamos a exponerlo todo en forma de píldora concentrada —prosiguió, cambiando el tono de voz, que se hizo más aguda—. Hemos producido un cerebro positrónico de un tipo supuestamente ordinario, que tiene la extraordinaria propiedad de sincronizarse con las ondas del pensamiento ajeno. Esto marcaría la fecha más importante en el avance de la ciencia robótica de nuestra Era si supiésemos por qué sucede. No lo sabemos, y tenemos que averiguarlo.

¿Está esto claro?

—¿Puedo hacer una indicación? —preguntó Bogert.

—Diga.

—Que hasta que hayamos despejado esta incógnita, y como matemático tengo motivos para suponer que la cosa no será fácil, conservemos la existencia de RB-34 secreta. Incluso para los demás miembros de la compañía. Como jefes de departamento, tenemos el deber de no considerar este problema insoluble, y cuantos menos estemos al corriente...

—Bogert tiene razón —dijo la doctora Calvin—. Desde que el Código Interplanetario ha sido modificado en el sentido de permitir que los modelos de robots sean probados en los talleres antes de ser lanzados al espacio, la propaganda antirrobot ha aumentado. Si trasciende la noticia de la existencia de un robot capaz de leer el pensamiento antes que podamos anunciar que tenemos el dominio completo del fenómeno, la campaña adquirirá un incremento considerable.

Lanning fumaba su cigarro, asintiendo gravemente. Se volvió a Ashe.

—Tengo entendido que estaba usted solo cuando se dio cuenta del fenómeno —dijo en forma interrogadora.

—Lo dije, en efecto. Me llevé el susto mayor de mi vida. Acababan de sacar a RB-34 de la mesa de ajuste y me lo enviaron. Overmann estaba fuera, de manera que me lo llevé a las salas de prueba y empecé con él. —Se detuvo y una leve sonrisa apareció en sus labios—. ¿Alguno de ustedes ha sostenido alguna vez una conversación mental sin saberlo?

Nadie se tomó la molestia de contestar y prosiguió:

—Al principio no se da uno cuenta, ¿comprenden?... Me habló, tan lógica y cuerdamente como puedan imaginar, y sólo cuando estaba ya a más de medio camino de las salas de pruebas me di cuenta que no había dicho nada. Desde luego, había pensado mucho, pero no es lo mismo, ¿no es así? Encerré aquella máquina y corrí en busca de Lanning. Tenerlo a mi lado, caminando juntos y verlo penetrar en mi cerebro, leyendo mis pensamientos, me daba escalofríos.

—Lo comprendo —dijo Susan Calvin, pensativa. Sus ojos se fijaban con intensidad en Ashe, de una manera curiosamente significativa—. Tenemos tanto la costumbre de considerar nuestros pensamientos como cosa privada...

—Entonces, sólo lo sabemos nosotros cuatro —intervino Lanning con impaciencia—. ¡Bien! Tenemos que seguir adelante, sistemáticamente. Ashe, quisiera que comprobase la operación de montaje desde el principio hasta el fin. Tiene usted que eliminar todas las operaciones en las cuales no hay posibilidad material de error, y anotar aquéllas en que puede haberlo, con su naturaleza y posible magnitud.

—Orden contundente —gruñó Ashe.

—¡Naturalmente! Desde luego, tomará usted a sus órdenes a todos los hombres que necesite, y no me importa si pasamos de los previstos. Pero no tienen que saber por qué, ¿comprende?

—¡Ejem!..., sí. ¡Otro trabajito de alivio! —dijo el joven técnico con una mueca.

Lanning giró en su silla y se volvió hacia Susan Calvin.

—Usted tendrá que emprender su trabajo en otra dirección. Como robopsicóloga de la organización, tendrá que estudiar el robot y trabajar retrospectivamente. Trate de descubrir cómo funciona. Vea qué más está ligado a sus poderes telepáticos, hasta dónde se extienden, qué curvatura toma su dirección y qué perjuicio ha ocasionado exactamente a los robots RB ordinarios. ¿Comprende?

Lanning no esperó a que la doctora Calvin contestase.

—Yo coordinaré los datos e interpretaré matemáticamente los resultados. —Chupó violentamente su cigarro y miró a los demás a través del humo—. Bogert me ayudará en eso, desde luego.

Bogert se frotaba las uñas de una mano con la palma de la otra.

—Bien. Entonces, manos a la obra. —Ashe echó su silla atrás y se levantó. Su agradable rostro juvenil esbozó una sonrisa—. Tengo que realizar el trabajo más arduo de todos, de manera que me voy a trabajar.

Y con un «¡Hasta luego!», salió.

Susan Calvin contestó con una inclinación casi imperceptible de cabeza, pero sus ojos lo siguieron hasta que se perdió de vista, y no contestó cuando Lanning, con un guiño, dijo:

—¿Quiere usted subir y ver al RB-34 ahora, doctora Calvin?

Cuando Susan Calvin entró, los ojos fotoeléctricos de RB-34 se levantaron del libro que estaba leyendo, al oír el chirrido de los goznes y se puso de pie. La doctora Calvin se detuvo para volver a poner en su sitio el gran letrero de «Prohibida la entrada» de la puerta y se aproximó al robot.

—Te he traído los textos sobre los motores hiperatómicos, Herbie, algunos por lo menos. ¿Quieres echarles una mirada?

RB-34, conocido por el apodo de «Herbie», tomó los tres pesados volúmenes que ella llevaba en los brazos y abrió uno de ellos por el índice.

—¡Hum!... «Teoría de Hiperatómico»... —murmuró sin articular, como para sí mismo. Hojeó las páginas y con el aire abstraído, añadió—: ¡Siéntate, doctora Calvin! Necesitaré algunos minutos.

La doctora psicóloga se sentó mientras él tomaba también una silla, se sentaba al otro lado de la mesa y comenzaba a recorrer sistemáticamente los textos. Media hora después los dejó a un lado.

—Desde luego, sé por qué has traído esto.

—Lo temía —dijo la doctora, torciendo el gesto—. Es difícil trabajar contigo, Herbie. Estás siempre un paso más adelante que yo.

—Con estos libros ocurre lo mismo que con los demás. No me interesan. No hay nada en sus textos. Su ciencia no es más que un conjunto de datos recopilados, amasados, para formar una teoría tan increíblemente sencilla que no vale casi la pena de ocuparse de ella. Es tu parte imaginaria lo que me interesa. Tus estudios sobre la

relación de los motivos y emociones humanas... —su voluminosa mano describió un amplio ademán, mientras buscaba las palabras adecuadas.

—Creo comprenderte —murmuró la doctora.

—Leo en los cerebros, ya lo sabes, y no tienes idea de lo complicados que son —continuó el robot—. Me es difícil entenderlo todo porque mi mente tiene muy poco en común con ellos..., pero lo intento y vuestras novelas me ayudan.

—Sí, pero temo que después de las horripilantes sensaciones emotivas de la novela sentimental de nuestros días —y dijo esto con un tono de amargura en la voz— encuentres los cerebros auténticos como los nuestros aburridos e incoloros.

—¡Pero no es así!

La súbita energía de su respuesta la hizo ponerse de pie. Sintió que se sonrojaba, y con congoja pensó: «Debe saber...».

Herbie se arrellanó en su sillón y con una voz en la cual el timbre metálico había desaparecido casi enteramente, murmuró:

—Desde luego, lo sé, Susan Calvin. Piensas siempre en lo mismo, de manera que, ¿cómo no voy a saberlo?

—¿Se lo has dicho a alguien? —inquirió ella.

—¡No! —exclamó él con auténtica sorpresa—. Nadie me lo ha preguntado.

—Entonces... —susurró ella—, debes creer que estoy loca.

—No, es una emoción normal.

—Por esto quizá es una locura. —El apasionamiento de su voz ahogó toda otra emoción. Una parte del alma femenina asomó tras la capa doctoral—. No soy lo que podríamos llamar atractiva...

—Si te refieres al simple atractivo físico, no puedo juzgar. Pero sé que, en todo caso, hay otros tipos de atracción.

—Ni joven —dijo ella, casi sin oír lo que decía el robot.

—No tienes todavía cuarenta años —dijo Herbie con un toque de insistencia en la voz.

—Treinta y ocho si contamos los años; por lo menos sesenta si tenemos en cuenta mi concepto emotivo de la vida. Por algo soy psicóloga. Y él tiene escasamente treinta y cinco, y parece y actúa como si fuese más joven. ¿Crees que me ve alguna vez como otra cosa que lo que soy...?

—Te equivocas. Escúchame... —dijo Herbie golpeando con su puño de acero la mesa de plástico, que produjo un estridente ruido.

Pero Susan Calvin se volvió hacia él y el dolor de su mirada se convirtió en una llamarada.

—¿Por qué me equivocaría? ¿Qué sabes tú de todo esto..., siendo una simple máquina? Para ti no soy más que un ejemplar; un gusano interesante con una mente peculiar abierta a toda inspección. ¿No soy acaso un magnífico ejemplo de fracaso? Como tus libros... —Su voz, convertida en sollozos, resonaba en el silencio.

El robot se amilanó ante aquel estallido. Movi6 la cabeza, suplicante.

—¿No quieres escucharme? Podría ayudarte, si me dejas.

—¿Cómo? ¿Dándome un buen consejo? —dijo, torciendo nuevamente el gesto.

—No, no es eso. Es que sé lo que piensan los demás... Milton Ashe, por ejemplo. Hubo un largo silencio durante el cual Susan Calvin bajó los ojos.

—No quiero saber lo que piensa —susurró—. ¡Cállate!

—Creía que querrías saber lo...

Susan seguía con la cabeza baja, pero su respiración se aceleraba.

—Estás diciendo tonterías —susurró.

—¿Por qué? Trato de ayudarte. Milton Ashe piensa de ti...

La doctora, viendo que se callaba, levantó la cabeza:

—¿Y bien?

—Te ama —dijo el robot, tranquilamente.

Durante un minuto entero, la doctora permaneció sin hablar. Sólo miraba.

—¡Estás equivocado! —dijo por fin—. ¡Tienes que estarlo! ¿Por qué me amaría?

—Pero te ama... Una cosa así no puede quedar oculta..., para mí.

—Pero soy tan..., tan... —balbuceó, y se detuvo.

—No se detiene en las apariencias; admira el intelecto, en los demás. Milton Ashe no es de los que se casan con una mata de pelo y un par de ojos bonitos.

Susan Calvin se dio cuenta que estaba parpadeando rápidamente y esperó antes de hablar. Incluso entonces su voz temblaba.

—Y sin embargo, jamás ha indicado en modo alguno...

—¿Le has dado alguna vez la ocasión?

—¿Cómo podía? Jamás pensé que...

—¡Exacto!

La doctora hizo una pausa, quedando pensativa, y después levantó súbitamente la vista.

—Hace un año, una muchacha fue a verlo al laboratorio. Era linda, supongo, rubia y esbelta. Y, desde luego, no sabía ni que dos y dos eran cuatro. Él pasó todo el día sacando el pecho fuera, tratando de explicarle cómo se construía un robot. —La dureza de su voz había reaparecido—. ¡Pero no lo entendió! ¿Quién era?

—Conozco la persona a quien te refieres —respondió Herbie sin vacilar—. Es su prima hermana y no siente por ella ningún interés sentimental. Te lo aseguro.

Susan Calvin se puso de pie con una vivacidad casi infantil.

—¿No es extraño, esto? Es exactamente lo que quería decirme algunas veces, sin llegar nunca a convencerme. Entonces debe ser verdad.

Se acercó a Herbie y tomó su mano fría.

—¡Gracias, Herbie!... —Su voz era como una ronca súplica—. No hables con nadie de esto. Que sea nuestro secreto..., para siempre.

Con esto y un convulsivo apretón de la mano de metal, incapaz de respuesta, salió.

Herbie se volvió lentamente hacia la abandonada novela, pero no había nadie allí

para leer *sus* propios pensamientos.

Milton Ashe se desperezó lenta y concienzudamente y miró a Peter Bogert, doctor en Filosofía.

—Digo... —dijo—. Llevo una semana con esto y casi sin dormir. ¿Hasta cuándo tengo que seguir así? Creía que dijo usted que el bombardeo positrónico en la Cámara de Vacío D era la solución...

Bogert bostezó delicadamente y examinó sus blancas manos con atención.

—Lo es. Le sigo la pista.

—Sé lo que significa que un matemático diga esto. ¿A cuánto está del final?

—Depende.

—¿De qué? —preguntó Ashe, desplomándose sobre un sillón y estirando las piernas.

—De Lanning. No está de acuerdo conmigo —dijo con un suspiro—. Va un poco atrasado, esto es lo malo. Se aferra a las máquinas matriz en todo y por todo y este problema requiere de instrumentos matemáticos más poderosos. Es testarudo.

—¿Por qué no pedir a Herbie que arregle el asunto? —preguntó Ashe, soñoliento.

—¿Al robot? —preguntó Bogert, con los ojos saltándole de las órbitas.

—¿Por qué no? ¿No le ha dicho nada la doctora?

—¿La señorita Calvin?

—Sí, Susie en persona. El robot es una cosa matemática. Lo sabe todo de todo y un poco más. Resuelve integrales triples de memoria y hace análisis de tensores de postre.

—¿Habla usted en serio? —preguntó el matemático, mirándolo con recelo.

—Completamente en serio. Lo malo es que al granuja no le gustan las matemáticas. Prefiere leer novelas sentimentales. ¡De veras! Vaya a ver a la activa Susie alimentándolo con «Pasión Purpúrea» y «Amor en el Espacio».

—La doctora Calvin no nos ha dicho una palabra de esto.

—No ha acabado de estudiarlo todavía. Ya sabe usted cómo es. Le gusta tener pleno conocimiento de las cosas antes de hablar de ellas.

—¿Se lo ha dicho usted?

—Hemos charlado casualmente. Últimamente la he visto a menudo. —Abrió los ojos y frunció el ceño—. Oiga, Bogie, ¿no ha observado nada extraño en ella, últimamente?

—Usa lápiz de labios, si es esto a lo que se refiere —respondió Bogart, borrando de su rostro la fea mueca.

—¡Diablos, ya lo sé! Carmín, polvos y rimel para los ojos. Pero no es esto. No logro poner el dedo en la llaga. Es la manera como habla..., como si hubiese algo que la hiciese feliz... —Quedó un momento pensativo y se encogió de hombros.

Bogert soltó una carcajada que para un científico de más de cincuenta años no estaba mal.

—Quizá esté enamorada. —dijo.

—Está usted loco, Bogie —dijo Ashe cerrando de nuevo los ojos—. Vaya usted a hablar con Herbie; yo quiero dormir.

—¡Muy bien! No es que me guste mucho que un robot me enseñe mi oficio ni crea que pueda hacerlo...

Un sonoro ronquido fue la única respuesta.

Herbie escuchaba atentamente mientras Peter Bogert, con las manos en los bolsillos, hablaba con artificiosa indiferencia.

—Ya lo sabes, entonces. Me han dicho que entiendes en estas cosas y te las pregunto más por curiosidad que por otra cosa. Mi línea de razonamiento, como te he explicado, comprende algunos puntos dudosos, lo confieso, que el doctor se niega a aceptar, y el cuadro es todavía bastante incompleto. —Viendo que el robot no contestaba añadió—: ¿Y bien?

—No veo ningún error —dijo el robot.

—¿Supongo que no podrás ir más allá de esto?

—No me atrevo a intentarlo. Eres mejor matemático que yo y..., en fin, no me gusta comprometerme.

En la sonrisa de complacencia de Bogert hubo una sombra de tolerancia.

—Suponía que sería éste el caso. Eres profundo. Olvidémoslo.

Arrugó las hojas de papel, las echó en la cesta de papeles, dio media vuelta para marcharse y cambió de opinión. Después de una pausa, añadió:

—A propósito...

El robot esperaba. Bogert parecía tener alguna dificultad.

—Hay algo que quizá..., podrías... —Se detuvo.

—Tus ideas son confusas; pero no hay duda que éstas se refieren al doctor Lanning —dijo Herbie pausadamente—. Es tonto vacilar, porque en cuanto decidas lo que quieres, sabré qué es lo que deseas preguntar.

La mano del matemático se acarició el cabello con un gesto familiar.

—Lanning bordea los setenta —dijo, como si explicase algo.

—Lo sé.

—Y ha sido director de los talleres durante casi treinta años.

Herbie asintió.

—Bien, entonces... —la voz de Bogert se hacía más humilde—, tú sabrás mejor..., si está pensando en dimitir. La salud, quizá, u otra razón...

—Exacto —dijo Herbie como única respuesta.

—Bien, ¿lo sabes?

—Ciertamente.

—¿Y puedes..., decírmelo?

—Puesto que me lo preguntas, sí —respondió el robot sin dar la menor importancia a la cosa—. Ha dimitido ya.

—¿Cómo? —La exclamación fue un sonido explosivo, casi inarticulado. La voluminosa cabeza del científico avanzó hacia adelante—. ¡Dilo otra vez!

—Ha dimitido ya —repitió tranquilamente el robot—, pero su dimisión no ha sido tenida en cuenta todavía. Está esperando resolver el problema..., mío. Una vez conseguido esto, está dispuesto a poner a disposición de quien le suceda el cargo de director.

—¿Y este sucesor..., quién es? —preguntó Bogert, respirando jadeante. Se había acercado a Herbie, con los ojos fijos en las inescrutables células fotoeléctricas del robot.

—Tú eres el futuro director —dijo lentamente.

Bogert se permitió esbozar una sonrisa satisfactoria.

—Es bueno saberlo. Siempre lo había augurado así. Gracias, Herbie.

Peter Bogert había estado aquella mañana en su despacho hasta las cinco y a las nueve estaba nuevamente en él. La estantería que tenía sobre su mesa se había quedado sin libros de referencia a medida que iba consultando uno después del otro. Las páginas de cifras y cálculos que tenía delante crecían microscópicamente, mientras los papeles arrugados que cubrían el suelo formaban una montaña.

A las doce en punto, miró la última página, se frotó sus congestionados ojos, bostezó y se estremeció.

—La cosa va poniéndose peor minuto a minuto. ¡Maldita sea!

Se volvió al oír el ruido de una puerta que se abría y saludó a Lanning que entraba, haciendo crujir los nudillos de su huesuda mano.

El director dirigió una escrutadora mirada al montón de papeles y frunció su velludo ceño.

—¿Nueva orientación? —preguntó.

—No —respondió Bogert con recelo—. ¿Qué hay de malo en la antigua?

Lanning no se tomó la molestia de contestar ni hizo más que dirigir una simple mirada de desprecio a la hoja de encima de la mesa de Bogert. Encendió un pitillo y al resplandor de la cerilla, dijo:

—¿Le ha hablado Calvin del robot? Es un genio matemático. Verdaderamente extraordinario.

—Eso he oído decir —dijo Bogert con desprecio—. Pero Calvin haría mejor en atenerse a la robopsicología. He examinado a Herbie en matemáticas y apenas puede resolver un cálculo.

—Calvin no lo considera así.

—Está loca.

—Yo no lo considero así —repitió el director, entornando los ojos.

—¡Usted! —La voz de Bogert se endurecía—. ¿De qué está hablando?

—He sometido a prueba a Herbie esta mañana y puede hacer cosas de las que no había oído hablar nunca.

—¿De veras?

—Parece usted muy escéptico. —Lanning sacó una hoja de papel de su bolsillo y la desdobló—. ¿Ésta no es mi escritura, verdad?

Bogert examinó la gran anotación angulosa que cubría la hoja.

—¿Ha hecho Herbie esto?

—Exacto. Y observará que ha estado trabajando en su integración de tiempo de la Ecuación 22. Llega a idénticas conclusiones..., y en la cuarta parte del tiempo. —Acompañó esta última afirmación señalando el papel con su dedo amarillento—. No tiene usted derecho —añadió—, a despreciar el Efecto de Permanencia en el bombardeo positrónico.

—No lo desprecio. Por Dios, Lanning, métase bien en la cabeza que esto cancelaría...

—Sí, seguro, ha explicado usted esto. ¿Emplea usted la Ecuación de Conversión Mitchell, verdad? Bien..., pues no sirve.

—¿Por qué no?

—Por una parte, porque ha empleado usted hiperimaginarios.

—¿Qué tiene que ver esto con lo otro?

—La Ecuación de Mitchell no aguantará cuando...

—¿Está usted loco? Si releyese usted el texto original de Mitchell en las *Actas de...*

—No tengo necesidad de ello. Ya le dije desde el principio que no me gusta su razonamiento, y Herbie me apoya en esto.

—¡Bien, entonces —gritó Bogert— que le resuelva el problema del despertador mecánico éste! ¿Para qué tomarse la molestia de buscar no-esenciales?

—Éste es exactamente el punto difícil. Herbie no puede resolver el problema. Y si él no puede, nosotros no podemos tampoco..., solos. Llevaré la cuestión ante la Junta Nacional. Está más allá de nosotros.

La silla de Bogert cayó de espaldas al levantarse de un salto con el rostro congestionado.

—¡No hará usted nada de esto!

—¿Es que va usted a decirme lo que puedo y no puedo hacer? —preguntó Lanning.

—¡Exactamente! —fue la excitada respuesta—. ¡Tengo el problema planteado y no me lo va usted a quitar de las manos, me entiende! No piense que no veo a través de usted, fósil disecado. Sería capaz de cortarse la nariz antes de dejarme conseguir el mérito de resolver el problema de la telepatía robótica.

—Es usted un perfecto idiota, Bogert, y dentro de dos segundos estará usted destituido por insubordinación. —El labio inferior de Lanning temblaba de indignación.

—Lo cual es una de las cosas que no hará, Lanning. Con un robot capaz de leer el pensamiento no hay secretos que valgan, de manera que sé ya cuanto hace referencia a su dimisión.

La ceniza del pitillo de Lanning tembló y cayó, seguida del pitillo.

—¡Cómo!... ¡Cómo!...

Bogert se echó a reír con maldad.

—Y yo soy el nuevo director, téngalo bien entendido. Estoy perfectamente enterado de ello, aunque crea lo contrario. ¡Maldita sea, Lanning, voy a dar las órdenes oportunas, o aquí se va a armar el lío mayor en que se habrá encontrado metido en su vida!

Lanning consiguió hablar, pero fue más bien un rugido.

—¡Está usted despedido! ¿Se entera? ¡Queda usted relevado de todas sus funciones! ¡Está despedido! ¿Lo entiende?

La sonrisa en el rostro de Bogert se ensanchó todavía más.

—Bueno, y ¿de qué sirve todo esto? Así no va usted a ninguna parte. Tengo los triunfos en la mano. Sé que ha dimitido, Herbie me lo ha dicho y lo sabe perfectamente por usted.

Lanning hizo un esfuerzo por hablar con calma. Parecía viejo, muy viejo, sus ojos cansados miraban a través de un rostro cuyo color había desaparecido, para dejar solo el tono lívido de la edad.

—Quiero hablar con Herbie. No puede haberle dicho nada de esto. Está usted jugando fuerte, Bogert, pero yo le llamo a esto un «bluff». Venga conmigo.

—¿A ver a Herbie? ¡Magnífico! ¡Verdaderamente magnífico!

Eran también las doce en punto cuando Milton Ashe levantó la vista de su vago diseño y dijo:

—¿Comprende la idea? No sirvo mucho para estas cosas, pero es algo así. Es una preciosura de casa y puedo tenerla casi por nada.

Susan Calvin contempló el diseño con ojos tiernos.

—Es realmente bonita —suspiró—. A menudo he pensado que también me gustaría... —Su voz se desvaneció.

—Desde luego —continuó Ashe animadamente dejando el lápiz—. Tendré que esperar a mis vacaciones. Faltan sólo dos semanas, pero este asunto de Herbie lo tiene todo en el aire. —Fijó la mirada en sus uñas—. Además, hay otro punto..., pero esto es un secreto.

—Entonces, no me lo diga.

—¡Oh, pronto tendré que decirlo, estallo por decírselo a alguien!... Y usted es precisamente la mejor..., eh..., la mejor confidente que puedo encontrar aquí...

Tuvo una sonrisa de timidez. El corazón de Susan latía con fuerza, pero no tuvo confianza en sí misma para hablar.

—Francamente —prosiguió Ashe acercando su silla y bajando la voz hasta convertirla en un susurro confidencial—, la casa no va a ser sólo para mí..., voy a casarme.

Susan se levantó de un salto.

—¿Qué le ocurre?

—¡Oh, nada! —La horrible sensación vertiginosa se desvaneció en el acto, pero era difícil hacer salir las palabras de la boca—. ¿Casarse?... ¿Quiere decir?...

—¡Sí, seguro! ¿Es ya tiempo, no? ¿Recuerda aquella muchacha que vino a verme el verano pasado?... ¡Pues es ella! ¿Pero se siente usted mal?... ¿Qué...?

—Jaqueca —dijo ella, alejándolo débilmente con un gesto—. He estado..., he estado sujeta a ellas últimamente. Quiero felicitarlo..., desde luego. Me alegro mucho... —La inexperimentada aplicación del carmín a las mejillas formaba dos manchas coloradas sobre su rostro de un blanco de cal. Los objetos habían empezado a girar nuevamente—. Perdóneme, por favor.

Salió de la habitación balbuceando excusas. Todo había ocurrido con la catastrófica rapidez de un sueño..., y con el irreal horror de una pesadilla.

Pero, ¿cómo podía ser? Herbie había dicho... ¡Y Herbie sabía! ¡Herbie podía leer en las mentes!

Sin darse cuenta, se encontró apoyada contra el marco de la puerta de Herbie, jadeante, mirando su rostro metálico. Debió subir los dos tramos de escalera, pero no tenía el menor recuerdo de ello. La distancia había sido cubierta en un instante, como en sueños.

¡Como en sueños!

Y los imperturbables ojos de Herbie se fijaban en los suyos y el tenue rojo parecía convertirse en dos relucientes globos de pesadilla.

Hablaba, y Susan sintió el frío cristal de un vaso apoyarse en sus labios. Bebió y con un estremecimiento volvió a la realidad de lo que la rodeaba. Herbie seguía hablando; en su voz había una agitación, como si se sintiese ofendido, temeroso, suplicante. Sus palabras empezaban a cobrar sentido.

—Esto es un sueño —iba diciendo—, y no debes creer en él. Pronto despertarás en el mundo real y te reirás de ti misma. Te quiere, te digo. ¡Te quiere! ¡Pero no aquí! ¡No ahora! Esto es todo ilusión.

Susan Calvin asentía, su voz convertida en un susurro.

—¡Sí! ¡Sí! —Agarraba el brazo de Herbie, aferrándose a él, repitiendo una y otra vez—: ¿No es verdad, eh? ¡No lo es, no lo es!

Cómo volvió a sus cabales, no lo supo nunca, pero fue como pasar de un mundo de nebulosa irrealidad a uno de luz violenta. Lo apartó de ella, empujó con fuerza el brazo de acero, sin expresión en la mirada.

—¿Qué vas a intentar hacer? —exclamó con la voz convertida en un grito—. ¿Qué vas a intentar hacer?

—Quiero ayudarte —respondió Herbie.

—¿Ayudarme? —exclamó la doctora, mirándolo—. ¿Diciéndome que todo esto es un sueño? ¡Tratando de llevarme a una esquizofrenia! —Una tensión histérica se apoderaba de ella—. ¡Esto no es un sueño! ¡Ojalá lo fuese! —Detuvo su respiración en seco—. ¡Espera! ¡Ya..., ya..., comprendo! ¡Dios bondadoso, todo está tan claro!

En la voz del robot hubo un acento de horror.

—Tenía que hacerlo...

—¡Y yo te creí! ¡Jamás pensé...!

Unas fuertes voces detrás de la puerta atajaron sus palabras. Susan se volvió, cerrando los puños espasmódicamente, y cuando Bogert y Lanning entraron, estaba al lado de la ventana más alejada. Ninguno de los dos hombres prestó atención a su presencia.

Se acercaron a Herbie simultáneamente; Lanning, furioso, e impaciente. Bogert, frío y sardónico. El director fue el primero en hablar.

—¡Ven aquí, Herbie! ¡Escúchame!

El robot enfocó sus ojos en el anciano director.

—Sí, doctor Lanning.

—¿Has hablado de mí con el doctor Bogert?

—No, señor —la respuesta vino lenta, y la sonrisa del rostro de Bogert se desvaneció.

—¿Cómo es eso? —exclamó Bogert avanzando ante su superior y deteniéndose ante el robot—. Repite lo que me dijiste ayer.

—Dije que... —Herbie permaneció silencioso. En la profundidad de su cuerpo el diafragma metálico vibraba con sonidos discordantes.

—¿No me dijiste que había dimitido? ¡Contéstame! —rugió Bogert.

Bogert levantó los brazos, desesperado, pero Lanning lo apartó al lado.

—¿Trataste de engañarlo con una mentira?

—Ya lo ha oído, Lanning. Ha empezado a decir «Sí» y se ha parado. ¡Apártese de aquí! ¡Quiero saber la verdad por él mismo!

—Yo se la preguntaré —dijo Lanning, volviéndose hacia el robot—. Bueno, Herbie, cálmate. ¿He dimitido?

Herbie lo miró y Lanning repitió, impaciente:

—¿He dimitido? —Hubo una leve insinuación de negativa en la cabeza del robot. Una larga espera no produjo nada más.

Los dos hombres se miraron y la hostilidad de sus ojos era tangible.

—¡Que diablos! —estalló Bogert—. ¿Es que el robot se ha vuelto mudo? ¿Es que no puedes hablar, monstruosidad?

—Puedo hablar —dijo la respuesta rápida.

—Entonces contesta esta pregunta: ¿Me dijiste que Lanning había dimitido, o no? ¿Ha dimitido?

Y de nuevo se produjo el profundo silencio, hasta que desde el extremo de la habitación, resonó súbita la fuerte risa de Susan Calvin, vibrante y semihistórica. Los dos matemáticos pegaron un salto y Bogert entornó los ojos.

—¿Usted aquí? ¿Qué es lo que le hace tanta gracia?

—No hay nada gracioso —dijo ella, sin naturalidad en la voz—. Es sólo que no soy la única que ha caído en la trampa. Hay una cierta ironía en ver a tres de los más grandes expertos en robótica del mundo caer en la misma trampa elemental, ¿no creen? —Su voz se desvaneció y se llevó una pálida mano a la frente—. Pero no es gracioso...

Esta vez la mirada que se cruzó entre los dos *hombres* fue grave.

—¿De qué trampa está usted hablando? —preguntó secamente Lanning—. ¿Es que le pasa algo a Herbie?

—No —dijo Susan acercándose lentamente—, no le pasa nada..., es a nosotros mismos a quienes nos pasa. —Se volvió súbitamente hacia el robot y le gritó con violencia—: ¡Lejos de mí! ¡Vete al otro extremo de la habitación y que no te vea cerca!

Herbie se estremeció ante la furia de sus ojos y se alejó con su paso metálico. La voz hostil de Lanning dijo:

—¿Qué significa todo esto, doctora Calvin?

Susan se colocó frente a ellos y los miró con sarcasmo:

—¿Supongo que conocen ustedes la Primera Ley fundamental de la Robótica?

Los dos hombres asintieron a la vez.

—Ciertamente —dijo Bogert, irritado—, «un robot no debe dañar a un ser humano ni por su inacción permitir que se le dañe».

—Bien dicho —se mofó Susan Calvin—. Pero, ¿qué clase de daño?

—Pues..., de toda especie.

—¡Exacto, de toda especie! Pero, ¿qué hay de herir los sentimientos? ¿Y la decepción del propio yo? ¿Y la destrucción de las esperanzas? ¿No es esto una herida?

—¿Qué puede un robot saber de...? —dijo Lanning frunciendo el ceño. Pero se calló, abriendo la boca.

—¿Lo ha comprendido, verdad? Este robot lee el pensamiento. ¿Cree usted que no sabe todo lo que hace referencia a la herida mental? ¿Supone usted que si le hago una pregunta no me dará exactamente la respuesta que yo deseo oír? ¿No nos heriría cualquier otra respuesta, y no lo sabe Herbie muy bien?

—¡Válgame el cielo! —murmuró Bogert.

La doctora le dirigió una mirada sarcástica.

—Supongo que le preguntó usted si Lanning había dimitido. Usted deseaba saber que sí, y ésta es la respuesta que Herbie le dio.

—Y supongo que es por esto —intervino Lanning sin entonación—, que no contestaba hace un momento. No podía contestar sin herirnos a uno de los dos.

Hubo una pausa durante la cual los dos hombres miraron hacia el robot, que estaba como encogido en su silla, al lado de la biblioteca, con la cabeza apoyada en una mano.

—Sabe todo esto... —dijo Susan Calvin mirando fijamente al suelo—. Éste..., demonio, lo sabe todo, incluso el error que se cometió en su montaje. —Tenía una expresión sombría y pensativa en la mirada.

—En esto se equivoca usted, doctora Calvin —dijo Lanning levantando la cabeza—. No lo sabe; se lo he preguntado.

—¿Y qué significa esto? —gritó Susan—. Sólo que no quería usted que le diese

la solución. Hubiera herido su susceptibilidad tener una máquina capaz de hacer lo que no puede hacer usted. ¿Se lo ha preguntado usted? —añadió dirigiéndose a Bogert.

—En cierto modo —respondió Bogert, tosiendo y sonrojándose—. Me dijo que entendía muy poco en matemáticas.

Lanning se rió en voz baja y la doctora lo miró sarcásticamente.

—¡Yo se lo preguntaré! —dijo—. Una solución dada por él no puede herir mi vanidad. ¡Ven aquí! —añadió levantando la voz.

Herbie se levantó y se aproximó con pasos vacilantes.

—Sabes, supongo —continuó—, exactamente en qué punto del montaje se introdujo un factor extraño o fue omitido uno esencial...

—Sí —dijo Herbie, en un tono casi inaudible.

—¡Alto! —interrumpió Bogert, furioso—. Esto no es necesariamente verdad. Desea usted saberlo, eso es todo.

—¡No sea idiota! —respondió Susan Calvin—. Sabe tantas matemáticas como Lanning y usted juntos, puesto que puede leer el pensamiento. Dele ocasión de demostrarlo.

El matemático se inclinó y Calvin dijo:

—Bien, entonces, Herbie, dilo. Estamos esperando. —Y en un aparte, añadió—: Traigan lápices y papel.

Pero Herbie permaneció silencioso y con un tono de triunfo en la voz, la doctora continuó:

—¿Por qué no contestas, Herbie?

Súbitamente, el robot saltó.

—No puedo. ¡Ya sabes que no puedo! ¡El doctor Bogert y el doctor Lanning no quieren!

—Quieren la solución.

—Pero no de mí.

Lanning intervino, con voz lenta y distinta.

—No seas loco, Herbie. Queremos que nos lo digas.

Bogert se limitó a asentir. La voz de Herbie se elevó a un tono estridente.

—¿De qué sirve decir eso? ¿Creen acaso que no puedo leer más hondo que la piel superficial de vuestro cerebro? En el fondo no quieren. No soy más que una máquina a la que se ha dado una imitación de vida sólo por virtud de la acción positrónica de mi cerebro, lo cual es una invención del hombre. No pueden quedar en ridículo ante mí sin sentirse ofendidos. Esto está grabado en lo profundo de vuestra mente y no puede ser borrado. No puedo dar la solución.

—Nos marcharemos —dijo Lanning—. Díselo a la doctora Calvin.

—Sería lo mismo —gritó Herbie—, puesto que sabrían que he sido yo quien he dado la respuesta.

—Pero comprenderás, Herbie —prosiguió la doctora—, que a pesar de esto, los

doctores Lanning y Bogert quieren saber la respuesta.

—Por sus propios esfuerzos —insistió Herbie.

—Pero la quieren, y el hecho que tú la tengas y no se la quieras dar los hieres, ¿comprendes?

—¡Sí! ¡Sí!

—Y si se la das, les herirá también.

—¡Sí! ¡Sí! —Herbie retrocedía lentamente y la doctora iba avanzando al mismo paso.

Los dos hombres los miraban helados de sorpresa.

—No puedes decírselo —murmuró la doctora—, porque les herirá y tú no puedes herirlos. Pero si no se lo dices, los hieres también, de manera que debes decírselo. Y si se lo dices los herirás, de manera que no debes decírselo, pero si no se lo dices los hieres, de manera que debes decírselo; pero si lo dices hieres, de manera que no debes decirlo; pero si no lo dices...

Herbie estaba acorralado contra la pared y cayó de rodillas.

—¡Basta! —gritó—. ¡Cierra tu pensamiento! ¡Está lleno de engaño, dolor y odio! ¡No quise hacerlo, te digo! ¡He tratado de ayudarte! ¡Te he dicho lo que deseabas oír! ¡Tenía que hacerlo!

La doctora no le prestaba atención.

—Debes decírselo, pero si se lo dices los hieres, de manera que no debes; pero si no lo dices los hieres también, de manera que...

Y Herbie lanzó un grito estridente...

Fue como una flauta aumentada hasta el infinito, un silbido desgarrador y penetrante que resonó en todos los ámbitos de la habitación. Y cuando se desvaneció en la nada, Herbie se había desplomado, reducido a un montón informe de inerte metal.

—Ha muerto —dijo Bogert, lívido.

—¡No! —exclamó Susan Calvin, estremeciéndose y lanzando salvajes carcajadas—, no ha muerto, se ha vuelto loco. Lo he enfrentado con el insoluble dilema y ha sucumbido. Pueden recogerlo ya, porque no volverá a hablar nunca más.

Lanning estaba de rodillas al lado de lo que había sido Herbie. Sus dedos tocaron el frío rostro de metal ya sin reacción y se estremeció.

—Lo ha hecho usted a propósito —dijo.

Se levantó, enfrentándose con Susan, el rostro convulsionado.

—¿Y si lo hubiese hecho a propósito, qué? ¡No puede evitarlo ya! —Y con súbita amargura, añadió—: Lo merecía...

El director agarró al paralizado Bogert por la muñeca.

—¡Qué importa ya!... Venga, Peter. —Suspiró—. Un robot parlante de este tipo no tiene ningún valor, de todos modos. —Sus ojos cansados acusaban su edad, y repitió—: ¡Venga, Peter!

Una vez que los dos científicos se marcharon, transcurrieron algunos minutos

antes que Susan Calvin recobrase su equilibrio mental. Lentamente, su mirada se fijó en el muerto-vivo Herbie y la dureza reapareció en su rostro. Durante largo rato permaneció contemplándolo mientras el triunfo se borraba de su rostro y el desengaño reaparecía; de todos sus turbulentos pensamientos sólo una palabra, infinitamente amarga, salió de sus labios:

—*¡Embustero!*

Con esto todo quedaba acabado por el momento, naturalmente. Supe que ya no podría obtener nada más de ella después de aquello. Ella permanecía sentada tras su despacho, su blanco rostro rebosando frialdad y... recordando.

Yo dije: «Gracias, doctora Calvin», pero ella no contestó. Pasaron dos días antes de que consiguiese volverla a ver de nuevo.

... TAMBIÉN PASEAMOS PERROS.

Robert A. Heinlein

—¡Servicios Generales... miss Cormet al habla...!

Se dirigió a la placa luminosa con la dosis justa de afectuosa amistad hospitalaria e impersonal eficiencia. La pantalla centelleó un momento, después apareció en ella la imagen estereotipada de una viuda gorda y rolliza, exageradamente vestida y enjoyada.

—¡Oh, amiga mía —decía la imagen—, ¡estoy tan desesperada! Me pregunto si podrá usted ayudarme...

—Estoy segura que sí —dijo miss Cormet, valorando rápidamente el coste del traje y las joyas (si eran buenas, se dijo haciendo una reserva mental) y decidió que era una clienta que podía dejar un buen provecho—. Cuento usted sus cuitas. Su nombre primero, si me hace el favor... —Apretó un botón sobre la mesa en forma de herradura que la envolvía, sobre el que había marcado DEPARTAMENTO DE CREDITO.

—Todo esto es tan complicado... —insistía la imagen—. A Peter se le ha ocurrido romperse la cadera—. Miss Cormet apretó inmediatamente el botón marcado SERVICIO MEDICO—. Ya le había dicho que el polo era peligroso. No tiene usted idea, querida, de cómo sufre una madre. Y ahora, precisamente. Es tan inoportuno...

—¿Quiere usted que nos ocupemos de él? ¿Dónde está ahora?

—¿Ocuparse de él? ¡Qué tontería! El Hospital Conmemorativo se encargará de ello. Bastante lo hemos dotado, me parece. Es mi cena lo que me preocupa. La Princesa estará tan contrariada...

La luz de respuesta del Departamento de Crédito centelleaba furiosamente. Miss Cormet prosiguió el diálogo.

—Comprendo. Se lo arreglaremos nosotros. Y ahora deme su nombre, señora, y actual residencia.

—Pero ¿es que no *sabe* usted mi nombre?

—Podemos saberlo —miss Cormet eludió diplomáticamente la respuesta—, pero los Servicios Generales respetan siempre el incógnito de sus clientes.

—¡Ah, sí, claro! ¡Qué considerados! Soy mistress Peter van Hogbeín Johnson. —Miss Cormet dominó su reacción. No había necesidad de consultar con el Departamento de Crédito para esto. Pero su transparencia lanzó en el acto destellos, marcando AAA... sin límite—. Pero no veo qué pueden ustedes hacer —continuaba mistress Johnson—; no puedo estar en dos sitios a la vez.

—A los Servicios Especiales les gustan las misiones difíciles —le aseguró miss Cormet—. Y ahora, si me hace el favor de darme detalles...

No sin dificultad consiguió que la buena señora le contase una historia coherente. Su hijo, Peter III, una especie de Peter Pan ya crecído, cuyas facciones eran familiares a Grace Cormet a través de varios años de estereogrado, ataviado con las más extravagantes indumentarias requeridas para las diversiones de su ociosa existencia, había cometido la imprudencia de elegir la víspera de la función social más importante de su madre para pegarse un serio batacazo. Más aún, había sido tan imprevisor que lo había hecho a medio continente de distancia de la autora de sus días.

Miss Cormet creyó comprender que la técnica de mistress Johnson para conservar a su hijo a salvo bajo su tutela era correr al lado de su cama en el acto y de paso seleccionar a sus enfermeras. Pero la cena que daba aquella noche representaba la culminación de meses enteros de cuidadosas maniobras. ¿Qué tenía que hacer?

Miss Cormet se dijo que la prosperidad de los Servicios Generales y sus propios y considerables ingresos dependían en gran parte de la estupidez, falta de iniciativa y desidia de personas como aquel parásito y le explicó que los Servicios Generales se ocuparían de que su cena fuese un éxito social completo, disponiendo una pantalla estereoscópica en su salón a fin de que pudiese recibir a sus huéspedes y hacerles las explicaciones necesarias mientras corría al lado de su hijo. Miss Cormet se ocuparía también de que el más apto de los organizadores sociales se encargase de todo; se trataba de una persona cuya posición en la sociedad era irreprochable y cuya relación con los Servicios Generales era ignorada de todos. Con un poco de habilidad el desastre podía ser convertido en un triunfo social que elevaría la reputación de mistress Johnson como hospitalaria anfitriona y madre abnegada.

—Un vehículo aéreo estará a su disposición dentro de veinte minutos —añadió mientras conectaba con el servicio marcado TRANSPORTES —y la llevará al cohete-puerto. Uno de nuestros jóvenes colaboradores la acompañará para que le dé usted más amplios detalles en el camino hasta el puerto. Se le reservará un departamento para usted y una litera para su doncella en el cohete de las 16.45, para Newark. Y ahora descanse. Los Servicios Generales se ocuparán de todo.

—¡Oh, gracias, gracias amiga mía! ¡Ha sido usted tan útil!... No tiene usted idea de las responsabilidades que tiene una persona como yo.

Miss Cormet sonrió con simpatía profesional, diciéndose que aquella buena mujer estaba madura para sacarle más cuartos.

—Parece usted extenuada, madame —dijo con solicitud—. ¿Quiere usted una masajista para acompañarla en el viaje? ¿Está usted delicada de salud? Quizá un médico sería todavía mejor...

—¡Cuán atenta es usted!

—Se los mandaré a los dos —decidió miss Cormet conectando, y con el vago pesar de no haberle propuesto un cohete fletado expresamente. El servicio especial, no incluido en las listas de tarifas fijas, era proporcionado con un fuerte recargo. A veces este «fuerte» se elevaba a la totalidad de lo que el tráfico podía soportar.

Conectó con EJECUTIVO y en la pantalla apareció un hombre joven de mirada viva.

—Tome nota, Steve —dijo ella—. Servicio Especial Triple A. He empezado el servicio inmediatamente.

—¿Triple A... bonificación? —dijo el muchacho arqueando las cejas.

—Indudablemente. Dele a la vieja las cifras... con cuidado. Y otra cosa el hijo de la clienta está en el hospital. Vigile las enfermeras. Si alguna de ellas tiene la más pequeña pizca de *sex-appeal*, despídala y póngale un esperpento.

—Entendido muchacha. Transcribo.

Limpió de nuevo la pantalla, el «hábil para el servicio» luminoso de su cabina se volvió automáticamente verde, después, casi en seguida, se puso nuevamente rojo y una nueva figura se formó en la pantalla.

No se andaba por las ramas, aquél. Grace Cormet vio a un hombre de unos cuarenta años, bien vestido, de cintura estrecha y ojos penetrantes, duros, pero corteses.

—Servicios Generales —dijo ella—. Miss Cormet al habla.

—¡Ah, miss Cormet! —empezó él—, quisiera ver a su jefe.

—¿Al jefe de distribuciones?

—No, quisiera ver al presidente de Servicios Generales.

—¿Quiere usted decirme de qué se trata? Quizá yo pueda serle útil.

—Lo siento, pero no puedo dar explicaciones. Tengo que verlo en seguida.

Y Servicios Generales lo siente también. Míster Clare es un hombre muy ocupado, es imposible verlo sin estar citado y haber expuesto previamente el motivo de la visita.

—¿Ha registrado usted?

—Ciertamente...

—Pues, por favor, deje de hacerlo.

Sobre la consola, a la vista del cliente cerró el registrador. Por debajo de su mesa volvió a conectarlo. A los Servicios Generales se les pedía algunas veces cometer actos ilegales y sus empleados confidenciales no querían correr riesgos. El hombre buscó algo entre los pliegues de su camisa y se lo tendió. El efecto estereoscópico hizo que diese la impresión de salir de la pantalla.

Sus entrenadas facciones acusaron la sorpresa. Era el sello de un oficial planetario, y el color de la cubierta era verde.

—Esto lo arregla todo.

—Muy bien —dijo él—. ¿Puede usted encontrarme y hacerme entrar dentro de diez minutos? ¿En la sala de espera?

—Allí estaré, míster... míster...—. Pero él había cortado.

Grace Cormet conectó con el jefe de distribución y pidió relevo. Después, cortando su cuadro de servicios, sacó la bobina que llevaba la grabación clandestina de su conferencia, la miró como indecisa y al cabo de un momento la metió en un

agujero de la tapa de su mesa, donde un fuerte campo magnético borró los surcos no fijados del metal blando.

Por la puerta de atrás entró una muchacha en la cabina. Era rubia decorativa, y parecía una muñeca. Pero no lo era.

—Bien, Grace —dijo—. ¿Algo que atender?

—No. Hoja limpia.

—¿Qué te pasa? ¿Enferma?

—No. —Sin más explicación Grace salió de su cabina, pasó por delante de las demás que albergaban operadoras que anotaban los servicios prestados y entró en un gran vestíbulo donde trabajaban centenares de redactores del catálogo. Éstos no disponían de un equipo tan completo como la cabina que miss Grace acababa de abandonar. Un enorme volumen, ejemplar de la lista de precios corrientes en todos los servicios y un dispositivo normal de visión y oído permitían a un operador del catálogo informar al público de casi todo lo que un cliente ordinario pudiese desear. Si una llamada salía del alcance del catálogo, era transferida a los aristócratas de los recursos, como Grace.

Cortó por la sala de archivos, siguió un corredor por entre docenas de máquinas de taladrar tarjetas y entró en una habitación. Un ascensor neumático la llevó al piso donde se hallaba el despacho del presidente. La secretaria del presidente no le detuvo ni al parecer la anunció. Pero Grace observó que las manos de la muchacha manejaban las llaves de la caja de caudales.

Los operadores de distribución no entran en el despacho de un presidente de una corporación de un billón de activo. Pero los Servicios Generales estaban organizados como ningún otro negocio de este planeta. Era un negocio *sui generis*, en el cual un entrenamiento especial era una comodidad digna de ser tomada en cuenta, de ser comprada y vendida, pero una habilidad especial en los recursos y un ingenio vivo eran de suma importancia. En su jerarquía, Jay Clare, el presidente, tenía, en primer lugar, su mano derecha; Saunders Francis era el segundo y el grupo de doce operadores, de los cuales Grace era uno de ellos, que recibía llamadas en el cuadro de recepción ilimitado, venían inmediatamente después. Ellos y los operadores de campo magnético, que ejecutaban las tareas no clasificadas más difíciles, formaban un solo grupo, en realidad, porque los operadores de recepción ilimitada y los de campo magnético ilimitado alternaban en las plazas sin discriminación.

Después de ellos vienen centenares de miles de otros empleados diseminados por todo el planeta, desde el jefe contable, el director del departamento jurídico, el jefe de los servicios de archivos, hasta los directores locales, los redactores del catálogo y hasta el último de los empleados; taquígrafas dispuestas a tomar al dictado donde y cuando se les ordenase, galanes profesionales dispuestos a ocupar un sitio vacante en una cena y el hombre que alquilaba armadillos o pulgas amaestradas.

Grace Cormet entró en el despacho de míster Clare. Era la única habitación del edificio no cerrada con mecanismo electromecánico y equipo de comunicación. No

contenía más que la mesa (vacía), un par de sillas y una pantalla estereoscópica que, cuando no estaba en uso, recordaba la famosa pintura de Krantz «El Buda llorando». El original estaba, en realidad, en el subterráneo, trescientos metros más abajo.

—¡Hola, Grace! —la saludó el presidente tendiéndole una hoja de papel—. Dígame usted qué piensa de esto. Sauce dice que no le gusta.

Saunders Francis volvió sus ojos abultados de su jefe a Grace Cormet, pero no confirmó ni negó la declaración.

Miss Cormet leyó:

«¿PUEDE USTED SOPORTARLO?

¿Puede usted soportar los SERVICIOS GENERALES?

¿¿¿Puede usted soportar el no utilizar los SERVICIOS GENERALES???

En ésta era de aviones a chorro ¿Puede usted soportar perder el tiempo haciendo sus compras, pagando personalmente sus facturas, ocupándose de su departamento?

Nosotros distraeremos al niño y daremos de comer al gato.

Nosotros le alquilaremos un piso y compraremos sus zapatos.

Nosotros escribiremos a su madre política y sumaremos las matrices de sus cheques.

No hay trabajo demasiado grande para nosotros No hay trabajo demasiado pequeño... y todo asombrosamente barato!

SERVICIOS GENERALES

Marque D-E-S-E-P-R-I-S-A

P. S. TAMBIEN PASEAMOS PERROS».

—¿Qué le parece?

—Sauce tiene razón. A mí tampoco me gusta.

—¿Por qué?

—Demasiado obvio. Demasiada verborrea. No va al fondo del asunto.

—¿Cuál es su idea para conquistar el mercado marginal?

Grace reflexionó un momento, después cogió una estilográfica y escribió:

¿QUIERE USTED VER ASESINADO A ALGUIEN?

(Entonces no llame a SERVICIOS GENERALES)

Pero para cualquier otro servicio, marque

D-E-S-E-P-R-I-S-A. *Vale la pena.*

P. S. También paseamos perros.

—¡Hem!... Quizá esté bien —dijo míster Clare cautelosamente—. Lo probaremos. Sauce imprímalo en tipo B, dos semanas América del Norte, y dígame cómo sale. —Francis metió el papel en su cartera, siempre sin cambiar su impassible expresión—. Pues como iba diciendo...

—Jefe —interrumpió miss Grace—, le he fijado una entrevista. —Miró su reloj sortija—. Hace exactamente dos minutos cuarenta segundos. Enviado del Gobierno.

—Recíbalo bien y despídalo. Estoy ocupado.

—Consigna verde.

Clare levantó rápidamente la vista. Incluso Francis parecía interesado.

—¿Sí? —preguntó Clare—. ¿Ha grabado usted su conversación con él?

—La he borrado.

—¿Lo ha...? En fin, usted sabrá por qué. Me gustan sus intuiciones. Hágalo entrar.

Gloria asintió con la cabeza y salió.

Encontró a su hombre, que acababa de llegar, en la sala de espera y lo llevó a través de doce habitaciones cuyos conserjes, de haber ido sólo le hubieran preguntado su identidad y el motivo de su visita. Una vez estuvo sentado en el despacho de míster Clare, dirigió una mirada circular a la habitación.

—¿Puedo hablar con usted en particular, míster Clare?

—Míster Francis es mi mano derecha. Ha hablado usted ya con miss Cornet.

—Muy bien. —Sacó una insignia verde y se la tendió—. De momento no hay necesidad de pronunciar nombres. Estoy seguro de su discreción.

El presidente de Servicios Generales se incorporó con impaciencia.

—Vamos al asunto. Es usted Pierre Beaumont. Jefe de Protocolo. ¿Es que la Administración quiere encargarnos algún trabajo?

Beaumont permaneció impassible ante el cambio de actitud.

—Me conoce usted. Muy bien. Vamos, pues, al asunto. El Gobierno puede quizá querer algún trabajo. En todo caso nuestra conversación no debe en modo alguno salir de aquí...

—Todas las relaciones de Servicios Generales son confidenciales.

Hizo una pausa.

—Esto no es confidencial; es un secreto.

—Le entiendo —dijo Clare—. Siga.

—Tiene usted una Organización muy interesante, míster Clare. Tengo entendido que se encarga usted de cualquier cosa que se le encargue... según el precio.

—Siempre que sea legal.

—¡Oh, sí, desde luego! Pero legal es una palabra susceptible de interpretación. Admiré la forma como su compañía trató el asunto de la Segunda Expedición Plutoniana. Algunos de sus métodos eran... sí, ingeniosos.

—Si tiene usted alguna crítica que dirigir a nuestras acciones será mejor que se dirija a nuestros departamentos jurídicos por las vías normales acostumbradas.

Beaumont levantó la palma de la mano frente a él.

—¡Oh, no, míster Clare, por favor! No me ha entendido usted. No era ninguna crítica, era admiración. ¡Qué recursos! ¡Qué gran diplomático hubiera sido usted!

—No hagamos más esgrima. ¿Qué quiere usted?

Míster Beaumont avanzó los labios.

—Vamos a suponer que tiene usted que mantener una docena de representantes de cada raza inteligente de este sistema planetario y quiere usted que sean completamente felices. ¿Podría usted hacerlo?

—Presión de aire, humedad... —dijo Clare como pensando en voz alta—, densidad de radiación, química atmosférica, temperaturas, condiciones culturales... todo esto es muy sencillo. Pero ¿y la gravedad? Podríamos utilizar un centrífugo para los jupiterianos, pero los marcianos y los titanes ya es otro asunto. No hay manera de reducir la gravedad normal de la Tierra. No; sería necesario mantenerlos en el espacio o en la Luna. Esto no entra dentro de nuestro ramo, no ofrecemos servicios más allá de la estratosfera.

—No sería más allá de la estratosfera —dijo Beaumont, moviendo negativamente la cabeza—. Puede usted considerar como condición indispensable que tendría que realizarlo todo sobre la superficie de la Tierra.

—¿Por qué?

—¿Es costumbre de los Servicios Generales informarse de la razón por la cual un cliente quiere un servicio determinado?

—No, perdone.

—Perfectamente. Pero necesita usted más informaciones a fin de que pueda comprender lo que debe ser llevado a cabo y el porqué tiene que ser secreto. Va a celebrarse una conferencia en este planeta, en un próximo futuro, a noventa días todo lo más. Hasta que la conferencia esté convocada, no debe transpirar la sospecha de que tiene que celebrarse. Si estos planes fuesen anticipados en ciertos lugares no valdría la pena celebrarla. Le propongo que considere usted esta conferencia como una reunión de la mesa redonda de científicos eminentes de nuestro Sistema, aproximadamente de la misma importancia y forma de la sesión de la Academia, celebrada en Marte la primavera pasada. Debe usted hacer todos los preparativos para el mantenimiento de los delegados, pero debe usted ocultar estos preparativos a las ramificaciones de su organización hasta que se las necesite. En cuanto a los detalles...

Pero Clare le interrumpió.

—Parece que usted supone que hemos aceptado este trabajo. Tal como lo ha explicado usted; nos llevaría a un ridículo fracaso. A Servicios Generales no le gustan los fracasos. Ya sabe usted, como sé yo también, que la gente de baja gravedad no puede pasar más que algunas horas a alta gravedad sin poner gravemente en peligro su salud. Las expediciones interplanetarias son siempre realizadas a planetas de baja gravedad y lo serán siempre.

—Si contestó Beaumont pacientemente—, siempre ha sido así. ¿Se da usted cuenta del tremendo handicap diplomático con que trabajarían Venus y la Tierra como consecuencia?

—No le entiendo.

—No es necesario. Lo psicología política no es su ramo. Dé usted por descontado que es así y que la Administración está decidida a que esta conferencia tenga lugar en la Tierra.

—¿Por qué no en la Luna?

—No es lo mismo en absoluto —dijo Beaumont negando—. Aun cuando la administremos, Luna City es un puerto del tratado. No es lo mismo psicológicamente.

—Míster Beaumont —dijo Clare moviendo la cabeza—, creo que no comprende usted la naturaleza de los Servicios Generales, aunque no consigo apreciar las sutiles exigencias de la diplomacia. Ni hacemos milagros ni prometemos hacerlos. Somos tan sólo los hombres útiles del último siglo, aumentando velocidad y asociados. Somos el equivalente del último día de la vieja clase sirviente, pero no somos el genio de Aladino. No mantenemos siquiera investigaciones de laboratorio en el sentido científico. Nos limitamos a hacer el mejor uso posible de los adelantos modernos en comunicación y organización, para hacer lo que puede hacerse. —Levantó una mano en dirección al muro de enfrente sobre el cual se encontraba en bajo relieve la marca insignia de la organización; un poste—. Aquí tiene usted el espíritu de la clase de perro Scotch tirando de la correa y husmeando un trabajo que hacemos. Paseamos perros, por ejemplo, de gente que está demasiado ocupada para poderlos pasear. Mi abuelo se abrió camino desde el colegio paseando perros. Yo sigo paseándolos todavía. No prometo milagros ni hago juegos malabares con la política.

Beaumont juntó cuidadosamente las puntas de sus dedos.

—Ustedes pasean perros a cambio de una tarifa. Pero, desde luego, lo hacen ustedes... paseen ustedes el mío. Cinco créditos mínimos parece realmente barato.

—Lo es. Pero cien mil perros, dos veces al día, pronto se elevan a una cifra importante.

—La «cifra» para pasear este «perro» sería considerable.

—¿Cuánto? —preguntó Francis, dando su primer signo de interés

Beaumont fijó su mirada en él.

—Señor mío, el resultado de ésta... Mesa Redonda representaría una diferencia de literalmente centenares de billones de créditos para este planeta. No sellaremos la boca de la vaca que nos trilla el trigo, si me permite la forma de expresarme.

—¿Cuánto?

—¿Sería razonable un treinta por ciento del coste?

—Podría no representar gran cosa —dijo Francis moviendo la cabeza.

—Bien, desde luego, no regatearé. Supongamos que dejásemos en sus manos, caballeros... perdón miss Cormet... decidir lo que vale el servicio. Creo poder confiar en su patriotismo racial y planetario para llegar a una valoración adecuada.

Francis se sentó; no dijo nada, pero parecía contento.

—Un momento —respondió Clare—. No hemos aceptado esta misión.

—Hemos discutido el precio —observó Beaumont.

Clare miró de Francis a Grace Cormet y después examinó sus uñas.

—Deme veinticuatro horas para ver si es posible o no —dijo finalmente—, y le diré si pasearé o no a su perro.

—Estoy seguro de que lo paseará —dijo Beaumont.

Y poniéndose el abrigo, se marchó.

—*Okay*, cerebros privilegiados —dijo Clare amargamente—, ustedes lo han querido.

—Yo estaba deseando estar fuera de aquí —dijo Grace.

—Ponga un equipo en todo esto menos en el problema de la gravedad —propuso Francis—. Es la Única pega. Lo demás es rutina.

—Ciertamente —asintió Clare—, pero hará mejor en encargarlo a alguien. Si no puede usted, nos encontraremos con ciertos preparativos Onerosos de los cuales no nos reembolsaremos nunca. ¿A quién quiere usted? ¿A Grace?

—Así lo supongo —respondió Francis—. Sabe contar hasta diez.

Grace Cormet lo miró fríamente.

—Hay momentos, Sauce Francis, en que lamento haberme casado contigo.

—Dejen sus asuntos domésticos fuera de este despacho —les advirtió Clare—. ¿Por dónde empiezan?

—Vamos a averiguar quién entiende más en cuestiones de gravitación —decidió Francis—. Grace, será mejor que llamemos al doctor Krathwohl a la pantalla.

—Perfectamente —asintió ella, dirigiéndose a los controles de la estéreo—. Tiene cierta belleza este asunto. No hay necesidad de saber nada; basta con saber dónde averiguarlo.

El doctor Krathwohl formaba parte del personal permanente de los Servicios Generales. No tenía trabajo fijo. La compañía consideraba que valía la pena mantenerlo con todo lujo y comodidad suministrándole una cantidad ilimitada para los periódicos científicos y asistencia a las reuniones que los sabios daban de vez en cuando. El doctor Krathwohl carecía de la aptitud especializada del científico investigador; era un *dilettante* por naturaleza.

De vez en cuando le hacían alguna pregunta. En esto consistía su trabajo.

—¡Oh, hola qué tal! —dijo la afable cara del doctor Krathwohl sonriendo en la pantalla—. Acabo de encontrarme con una cosa divertidísima en el último número de *Nature*. Arroja la luz más interesante sobre la teoría de...

—Un momento, doctor —lo interrumpió ella—. tengo un poco de prisa...

—Diga, querida...

—¿Quién entiende más en gravitación?

—¿En qué sentido lo dice? ¿Quiere usted un astrofísico o desea usted tratar el tema bajo un punto de vista de mecánica teórica? En el primer caso, Farquarson me parece que es su hombre.

—Quiero saber qué es lo que la crea.

—Teoría del campo gravitatorio, ¿verdad? En este caso no le conviene Farquarson. Es, ante todo, un balístico descriptivo. La obra del doctor Julián sobre este tema es de peso, posiblemente definitiva.

—¿Cuándo podemos ponernos en contacto con él?

—¡Es imposible! Murió el año pasado, el pobre. Una gran pérdida...

Grace se abstuvo de decirle hasta qué punto era grande la pérdida y añadió:

—¿Y quién se ha calzado sus botas?

—¿Quién... qué? ¡Ah, está usted bromeando! Comprendo. Desea usted el nombre de la primera personalidad actual en la teoría del campo magnético. Yo diría O'Neil.

—¿Dónde está?

—Tengo que averiguarlo. Lo conozco sólo superficialmente... es un hombre difícil.

—Hágalo, por favor. Entre tanto ¿con quién podríamos hablar para saber un poco de qué se trata?

—¿Por qué no prueba usted al joven Carson, de su departamento de ingeniería? Se interesaba por estas cosas antes de aceptar un cargo con nosotros. Es un muchacho inteligente, he tenido muchas conversaciones con él.

—Lo haré. Gracias, doctor. Llame al despacho del jefe en cuanto haya usted localizado a O'Neil.

Cortó.

Carson estuvo de acuerdo con la opinión de Krathwohl, pero pareció perplejo.

—O'Neil es un hombre arrogante, que no coopera. He trabajado a sus órdenes. Indudablemente sabe más acerca de la teoría del campo magnético y la estructura del espacio que ningún otro hombre viviente.

Carson había sido llamado al círculo interior, donde se le puso al corriente del problema. Confesó que no veía solución.

—Quizá ponemos las cosas demasiado difíciles —indicó Clare—. Tengo algunas ideas. Interrúpame si me equivoco Carson.

—Diga, jefe.

—Bien. El aumento de la gravedad se produce por la proximidad de una masa, ¿no es así? La gravedad normal de la Tierra es producida, pises, por la proximidad de la propia Tierra. Bien. ¿Cuál sería el efecto producido al situar una gran masa sobre un punto determinado de la superficie de la Tierra; no serviría esto para contrarrestar la atracción terrestre?

—Teóricamente, sí. Pero tendría que ser una masa de unas dimensiones monstruosas.

—No importa.

—No lo entiende usted, jefe. La atracción ejercida sobre un punto determinado de la Tierra requeriría otro planeta del tamaño de ella en contacto con ella en aquel punto. Desde luego, puesto que no quiere usted anular enteramente la atracción, sino sólo aminorarla, gana usted cierta ventaja utilizando una masa menor que tendría su centro de gravedad más cerca del punto en cuestión que el centro de gravedad de la Tierra. Pero esto no bastaría, sin embargo. La atracción, al accionar inversamente al cuadrado de la distancia, en este caso la mitad del diámetro, la masa y la subsiguiente atracción equivale directamente al cubo del diámetro.

—¿Y qué resultado nos da esto?

Carson sacó una regla de cálculo y la manejó durante algunos segundos. Levantó

la vista.

—Casi tengo miedo de contestar. Para conseguir algún resultado, necesitarla usted un asteroide, de tamaño considerable y de plomo.

—Los asteroides han sido ya desplazados otras veces

—Sí, pero ¿y detenerlo? No, jefe; no hay fuente concebible de energía ni medios de aplicarla que nos permitan situar un gran planeta sobre un punto determinado de la Tierra y mantenerlo allí.

—En fin, la idea es buena mientras dura... —dijo Clare, pensativo.

La lisa frente de Grace se había fruncido mientras seguía la discusión. Entonces intervino ella.

—Yo creo que podrían ustedes utilizar una pequeña masa sumamente pesada con mayor eficacia. Creo haber leído algo acerca de un material que pesa toneladas por centímetro cúbico.

—El núcleo de las estrellas enanas —asintió Carson—. Lo único que necesitaríamos para ello sería una astronave capaz de recorrer algunos años de luz en pocos días para minar el interior de una estrella, y una nueva teoría del espacio-tiempo.

—Muy bien, desarróllela.

—Un minuto —observó Francis—. ¿El magnetismo es muy similar a la gravedad, no?

—Pues...

—¿Habría alguna manera de magnetizar estos miradores desde los pequeños planetas? Puede haber algo curioso en su química corpórea.

—Excelente idea —asintió Carson—, pero aunque su economía interna sea curiosa, no es esta forma de curiosidad. Siguen siendo orgánicos.

—No lo creo. Si los cerdos tuviesen alas, serían palomas.

El estéreo-anunciador funcionó. El doctor Krathwohl anunció que O'Neil podía ser encontrado en su casa de campo de Portage, Wisconsin. No lo había llamado y preferiría no hacerlo, a menos que el jefe insistiese.

Clare le dio las gracias y se volvió hacia los otros.

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo—. Después de llevar años en este asunto deberíamos hacer algo mejor que tratar de decidir cuestiones técnicas. No soy físico ni me importa un comino en qué forma actúa la gravitación. Esto es asunto de O'Neil. Y de Carson. Carson, váyase a Wisconsin y que O'Neil se ponga al trabajo.

—¿Yo?

—Usted. Usted es un operador de este ramo, con la paga adecuada, tendrá usted un cohete y una carta de crédito a su disposición. Tiene usted que despegar dentro de siete u ocho minutos.

Carson parpadeó.

—¿Y mi trabajo aquí?

—El departamento de ingeniería será informado, lo mismo que la contabilidad.

En marcha.

Sin responder, Carson se dirigió hacia la puerta. Al llegar a ella ya corría.

La marcha de Carson los dejó sin nada que hacer hasta que, a su regreso, presentase su informe; sin nada que hacer, es decir, como no fuese iniciar la acción en los cuantiosos detalles de reproducir las particularidades físicas y culturales de otros tres planetas y cuatro satélites mayores exclusivos por sus características de aceleración gravitacional de la superficie normal. La tarea, aunque nueva, no ofrecía verdaderas dificultades para los Servicios Generales. En alguna parte había personas que conocían la solución a estas cuestiones. La vasta organización llamada Servicios Generales estaba montada para encontrarlas, contratarlas y ponerlas a trabajar. Cualquiera de los colaboradores del catálogo o de los ilimitados empleados de otras secciones eran capaces de asumir esta tarea y resolverla sin excitación ni prisas.

Francis llamó a uno de los operadores ilimitados. No se tomó siquiera la molestia de elegirlo, sino que llamó al primero que encontró a mano en el cuadro de «disponibles». Todos ellos eran «capaces». Le explicó en detalle lo que tenía que hacer y lo olvidó en el acto. Las máquinas de taladrar fichas meterían un poco más de ruido, las pantallas estereoscópicas lanzarían destellos y avispados muchachos de todas las regiones de la Tierra abandonarían lo que estaban haciendo para encontrar a los especialistas que ejecutarían el trabajo requerido. Se volvió hacia Clare, el cual le dijo:

—Me gustaría saber detrás de qué anda Beaumont. ¿Conferencia de científicos? ... ¡Puah!

—Creí que no le interesaba a usted la política, Jay.

—Y así es. Me tiene sin cuidado la política, sea interplanetaria o no, salvo cuando afecta mi negocio. Pero si supiéramos lo que se trama, quizá hubiéramos podido estrujarlo un poco más.

—Bien —intervino Grace—. Me parece que puede usted dar por sentado que los verdaderos pesos pesados de todos los planetas van a encontrarse y dividir la Galia en «partes tres».

—Sí, pero ¿quién queda al margen?

—Marte, supongo.

—Parece probable. Y a los venusianos les echarán un hueso. En este caso, podemos especular un poco con la Corporación Comercial Pan-Jupiteriana.

—Espacio, amigo, espacio —avisó Francis—. Haga esto y puede usted tener gente interesada. Éste es un trabajo muy delicado...

—Me parece que tiene razón. Sin embargo, abra bien los ojos. Debe de haber alguna manera de cortar una tajada del pastel antes de que todo esté listo.

El teléfono de Grace Cormet llamó. Lo sacó de su bolsillo y dijo:

—¿Diga...?

—Mistress Hogbein Jonhson quiere hablar con usted.

—Atiéndala usted. Estoy fuera.

—No quiere hablar con nadie más que con usted

—Bien. Póngala en el estéreo del jefe, pero conserve el paralelo. Se entenderá usted con ella cuando haya terminado yo.

La pantalla cobró vida, mostrando la carnosa cara de mistress Johnson enmarcada en el centro del recuadro.

—¡Oh, miss Cornet! —se lamentó—, ha habido algún error espantoso. En esta nave no hay estéreo.

Se instalará en Cincinatti. Dentro de veinte minutos.

—¿Está usted segura?

—Completamente segura.

—¡Oh, gracias! ¡Es tan consolador hablar con usted! ¿Sabe usted? Estoy pensando en nombrarla mi secretaria social

—Gracias —respondió Grace sin entonación—, pero estoy ligada por un contrato.

—¡Pero qué tontería! ¡Puede usted romperlo!

—No, lo siento, mistress Johnson. Usted lo pase bien. —Colgó la pantalla y habló nuevamente por el teléfono—. Diga a Contabilidad que doblen su tarifa. Y no quiero volver a hablar con ella. —De nuevo cortó y, furiosa, se metió el aparato en el bolsillo.

—¡Secretaria social!

Después de cenar, Clare se había retirado a sus habitaciones antes de que Carson lo llamase de nuevo. Francis recibió la llamada desde su despacho.

—¿Ha habido suerte? —preguntó, una vez hubo aparecido su imagen en la pantalla

—Bastante. He visto a O'Neil.

—Bien. ¿Va a hacerlo?

—Quiere usted decir, *puede* hacerlo, ¿verdad?

—Bien... ¿puede?

—Esto es lo curioso. Yo no creía que fuese teóricamente posible. Pero después de hablar con él, estoy convencido de que lo es. O'Neil tiene un nuevo concepto de la teoría del campo magnético... algo que no ha sido nunca publicado. Este hombre es un genio.

—No me importa —dijo Francis— que sea un genio o un idiota mongoloide. ¿Puede construir alguna especie de gravedad exterior?

—Creo que sí. Realmente, me parece que puede.

—Perfectamente. ¿Lo ha contratado usted?

—No. Éste es el punto malo. Por esto lo llamo. La cosa es así. Lo encontré casualmente de buen humor, y como habíamos trabajado juntos y no había suscitado sus iras con tanta frecuencia como sus otros ayudantes, me invitó a cenar. Hablamos de una serie de cosas (no hay que darle prisa) y le expuse la proposición. Le interesó medianamente... me refiero a la idea, y discutió la teoría conmigo o mejor dicho, contra mí. Pero no quiere intervenir en ella.

—¿Por qué no? No le ofrecería usted bastante dinero. Me parece que será mejor que hable yo con él.

—No, míster Francis, no. No me entiende usted. El dinero no le interesa. Tiene fortuna personal suficiente para sus investigaciones y todo lo que desee. Pero en estos momentos se ocupa de la teoría de la mecánica ondulatoria y no quiere que le molesten con nada más.

—¿No le ha hecho usted comprender lo importante que era?

—Sí y no. Principalmente, no. Lo he intentado, pero para él lo único importante es lo que él quiere. Es una especie de esnobismo intelectual. Las demás gentes no cuentan, simplemente.

—Muy bien —dijo Francis—. Hasta ahora ha trabajado usted bien. Va usted a hacer lo siguiente. En cuanto yo corte llamará usted a EJECUTIVA y dictará una transcripción de todo lo que pueda recordar de lo que ha dicho acerca de la teoría de la gravitación. Buscaremos al más ducho en materia después de él, se lo transmitiremos y veremos si le da algunas ideas sobre las cuales trabajar. Entre tanto, pondré un equipo al trabajo sobre el fondo de lo que haya dicho O'Neil. Debe de haber un punto débil en alguna parte; es mera cuestión de encontrar dónde. Quizá hay una mujer de por medio...

—Ya hace tiempo que le ha pasado esto.

—... o quizá lleva otra idea en la cabeza. Ya lo veremos. Quisiera que se quedase usted aquí. Puesto que no puede contratarlo, quizá pueda usted convencerlo de que lo contrate a usted. Es usted nuestro oleoducto, quiero conservarlo abierto. Tenemos que averiguar qué es lo que quiere o qué es lo que teme.

—No teme nada; en esto soy categórico.

—Entonces, quiere algo. Si no es dinero, ni mujeres, es algo más. Es la ley de la naturaleza.

—Lo dudo —respondió Carson lentamente—. ¡Oiga! ¿Le he hablado a usted de su manía?

—No. ¿Cuál es?

—La porcelana. En particular, la porcelana Ming. Tiene la mejor colección del mundo, creo. ¡Pues sí sé lo que quiere!

—¡Venga, pues, suéltelo, hombre, suéltelo!

—Un pequeño cuenco de porcelana, de unos diez centímetros de diámetro. Tiene un nombre chino que quiere decir «Flor del Olvido».

—¡Hem!... no me parece muy significativo. ¿Cree usted que tiene gran empeño en él?

—Me consta. Tiene una litografía en colores en su estudio, donde puede mirarla constantemente. Pero le duele hablar de él.

—Averigüe usted dónde está y de quién es.

—Lo sé. En el British Museum. Por esto no puede comprarlo.

—Ya... —dijo Carson, pensativo—. Bien, pues, olvídela. Adelante.

Clare bajó al despacho de Francis y los tres hablaron de lo mismo.

—Yo creo que tenemos que hacer intervenir a Beaumont —comentó una vez estuvo al corriente de la situación—. Será necesario que el Gobierno se desprenda de algo, del British Museum. ¿Y bien? —añadió al ver a Francis cariacontecido—. ¿Qué le pasa? ¿Qué hay de mal en ello?

—Yo lo sé —intervino Grace—. ¿Recuerda usted el tratado por el cual la Gran Bretaña entró en la Confederación planetaria?

—No he estado nunca muy fuerte en historia.

—La cosa es así. Dudo de que el Gobierno planetario pueda disponer de nada perteneciente al museo sin permiso del Parlamento británico.

—¿Por qué no? Con tratado o sin tratado el Gobierno planetario es soberano. La cosa quedó bien establecida en el Incidente Brasileño.

—Sí, desde luego. Pero podría ocasionar preguntas en la Cámara de los Comunes y esto llevaría a una cosa que Beaumont quiere evitar a toda costa, la publicidad.

—O. K. ¿Y qué propone usted?

—Yo propondría que Sance y yo demos un salto hasta Inglaterra y averigüemos si tienen muy bien clavada la «Flor del Olvido», quién la custodia y qué debilidad tiene...

Los ojos de Clare pasaron de Grace a Francis, el cual estaba pálido, síntoma en él que indicaba asentimiento para sus íntimos.

—O. K. —asintió Clare—, buena idea. ¿Toman un especial?

—No, tenemos tiempo de tomar el de medianoche de Nueva York. ¡Adiós!...

—Adiós. Llámeme mañana.

Cuando al día siguiente Grace apareció en la pantalla de su jefe, éste la miró y lanzó una exclamación.

—¡Válgame Dios, muchacha! ¿Pero qué le ha pasado a su cabello?

—Hemos localizado al sujeto —explicó ella sucintamente—. Su debilidad son las rubias.

—Pero tiene usted la piel más pálida también...

—Desde luego. ¿Qué le parece?

—¡Estupendo! Pero la prefería a usted como era. ¿Y qué dice Sance de todo esto?

—No le importa, es el negocio. Pero volviendo al asunto, no tengo gran cosa que comunicarle. Va a ser cosa de mucha mano izquierda. Por el procedimiento ordinario se necesitaría un temblor de tierra para sacar algo de aquella tumba.

—No hagan nada que no sea efectivo.

—Ya me conoce usted, jefe. No lo pondré a usted en un compromiso. Pero será caro.

—Desde luego.

—Eso es todo, por ahora. Llamaré mañana.

Al día siguiente volvía a ser morena.

—¿Qué es esto? ¿Un baile de máscaras? —preguntó Clare.

—Parece que no era el tipo de rubia que le gusta —explicó Grace—. Pero he encontrado el que le interesa.

—¿Y ha surtido efecto?

—Creo que surtirá. Sance se está procurando un facsímil integral. Con suerte, nos veremos mañana.

Aparecieron al día siguiente, al parecer con las manos vacías.

—¿Y bien? —dijo Clare—. ¿Qué hay?

—Aísle la habitación, Jay —propuso Francis—. Hablaremos.

Clare hizo funcionar un interruptor que aislaba toda interferencia, haciendo la habitación más hermética que un féretro.

—¿Qué hay de aquello? ¿Lo han conseguido?

—Enséñaselo, Grace.

Grace le volvió la espalda, buscó por entre sus ropas durante un momento, se volvió de nuevo y colocó suavemente el objeto sobre la mesa.

No era bello, era *la belleza* misma. Sus suaves curvas no tenían ornamentación alguna, un decorado lo hubiera mancillado. En su presencia se hablaba en voz baja por temor a que un súbito estallido lo quebrase.

Clare avanzó la mano para tocarlo, pero cambió de parecer y volvió a retirarla. Pero inclinó la cabeza y se quedó mirando el objeto. El fondo de la tacita era sumamente difícil de enfocar, de mirar; daba la sensación de que al fijar la vista en él iba hundiéndose más y más, como ahogándose en un océano de luz. Echó la cabeza hacia atrás y pestañeó:

—¡Dios!... —dijo—. ¡Dios mío! ¡No creí que estas cosas existiesen...!

Miró a Grace y después a Francis. Le pareció que éste tenía lágrimas en los ojos, a menos que fuese en los suyos propios.

—Oiga, jefe —dijo Francis—, ¿no podríamos quedarnos con el objeto y abandonar el asunto éste?

—Es inútil hablar más de ello —dijo Francis, desalentado—. No podemos guardarlo, jefe. No hubiera debido proponérselo y usted no hubiera debido escucharme. Vamos a llamar a O'Neil.

—Podríamos esperar un día más antes de hacer nada —aventuró Clare, sin poder separar sus ojos de la «Flor del Olvido».

Grace movió la cabeza.

—Es inútil. Sería más difícil todavía, lo sé.

Se dirigió deliberadamente al estéreo y manejó los controles.

O'Neil estaba contrariado de que lo hubiesen molestado y doblemente molesto de que hubiesen utilizado la señal de urgencia en su pantalla desconectada.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Qué pretenden ustedes al molestar a un ciudadano particular mientras está desconectado? Hablen, y les deseo que valga la pena, de lo contrario los mando a los tribunales.

—Quisiéramos que hiciese usted un pequeño trabajo para nosotros doctor —

comenzó Clare.

—¿Cómo? —O'Neil parecía casi demasiado sorprendido para estar colérico—
¿Pretenden ustedes no moverse de aquí y decirme que han invadido ustedes la
intimidad de mí hogar para pedirme que trabaje para *ustedes*?

—Lo paga será satisfactoria.

O'Neil pareció contar hasta diez antes de contestar.

—Oiga —dijo pausadamente—, hay hombres en el mundo que se imaginan que
pueden comprarlo todo a todo el mundo. Le concedo que tienen cierto fundamento en
su creencia. Pero yo no estoy en venta. En vista de que parece usted ser una de estas
personas haré cuanto pueda porque esta conferencia le cueste caro. Recibirá usted
noticias de mi abogado. ¡Buenas noches!

—¡Un momento! —suplicó Clare—. Creo que le interesan a usted las
porcelanas...

—¿Y qué importancia tiene eso?

—¡Enséñeselo, Grace!

Grace acercó la «Flor del Olvido» a la pantalla manejándola cuidadosamente,
reverentemente.

O'Neil no decía nada. Se inclinó hacia adelante y miró. Daba la impresión de que
iba a salir de la pantalla.

—¿De dónde han sacado ustedes esto? —dijo al final.

—Eso no tiene importancia.

—Se lo compro, al precio que sea.

—No está en venta. Pero podría ser suyo... si llegamos a un acuerdo...

—Es producto de un robo —dijo O'Neil, mirándolos.

—Se equivoca usted. No encontrará usted a nadie que se interese por tal
acusación. Respecto a su trabajo...

O'Neil apartó la vista del cuenco.

—¿Qué es lo que quieren ustedes que haga?

Clare le explicó el problema y una vez hubo terminado O'Neil movió la cabeza.

—Es ridículo —dijo.

—Tenemos motivos para creer que es teóricamente posible.

—¡Oh, ciertamente! ¡También es teóricamente posible vivir eternamente Pero
hasta ahora nadie lo ha conseguido.

—Creemos que usted puede hacerlo.

—¡Muchas gracias! ¡Oiga! —O'Neil fijó un dedo sobre la pantalla— Me han
mandado ustedes al joven Carson, ese...

—Obraba bajo órdenes mías.

—Entonces no me gusta su manera de obrar.

—¿Y qué hay del trabajo?... ¿Y de esto? —dijo, señalando al cuenco.

O'Neil lo contemplaba, mordiéndose los bigotes.

—Supongamos... —dijo al final—, que hago una honrada tentativa, dentro de

mis limitadas facultades, para proporcionarles lo que desean y... fracaso.

—Pagamos sólo los resultados —dijo Clare moviendo negativamente la cabeza—. ¡Oh, su sueldo, sí, desde luego! Pero esto, no. Esto es una gratificación extraordinaria de su trabajo, *si* triunfa usted.

O'Neil parecía estar dispuesto a aceptar y súbitamente, respondió:

—Pueden estar ustedes engatusándome con una colorografía. Por la pantalla no puedo decirlo.

—Venga usted mismo a verlo —dijo Clare con indiferencia.

—Iré. Voy. No se muevan de donde están. ¿Quién es usted? ¡Maldita sea, hombre! ¿Cómo se llama usted?

Dos horas después llegaba como un huracán.

—¡Me han estafado ustedes! ¡La «Flor» está todavía en Inglaterra! ¡He hecho investigaciones!... ¡Les... les castigaré, señores, con mis propias manos!

—Véalo usted mismo —respondió Clare; apartándose de la mesa para no privar más la vista de O'Neil.

Lo dejaron que mirase. Respetaban su necesidad de paz, sumido en su contemplación. Al cabo de largo rato se volvió hacia ellos, pero no dijo nada.

—¿Y bien? —preguntó Clare.

—Les construiré su maldito artefacto —dijo con voz sombría—. Voy a calcular una aproximación al proyecto, aquí mismo.

Beaumont vino en persona a verlos el día anterior a la primera sesión de la conferencia.

—Es una mera visita de cortesía, míster Clare —declaró—. Quería únicamente expresarle mi reconocimiento por la obra que han realizado ustedes. Y a entregar a ustedes esto.

«Esto» resultó ser un cheque sobre el Banco Central por el importe convenido. Clare lo cogió, lo examinó, asintió y lo metió en un cajón de la mesa.

—Debo deducir, por consiguiente —dijo—, que el Gobierno está satisfecho de los servicios prestados.

—Eso es decirlo muy modestamente —le aseguró Beaumont—. A ser perfectamente sincero, no creí que pudiesen ustedes hacer tanto. Parece que hayan pensado ustedes en todo. La delegación Callistán está fuera ahora, inspeccionando y viendo los puntos de vista en uno de los pequeños tanques que nos han preparado. Son deliciosos. Confidencialmente, creo que podemos depender de su voto en las próximas sesiones.

—¿Los protectores de gravedad funcionan perfectamente, no?

—Perfectamente. He entrado en un tanque de visión antes de entregárselo. Era tan ligero como la proverbial pluma. Demasiado ligero, sentí casi el mareo del espacio. —Sonrió medio irónicamente—. He entrado en los departamentos jupiterianos también. Esto ya era otra cosa.

—Sí, desde luego —asintió Clare—. Dos veces y medio el peso normal es

opresivo, por no decir nada más.

—Es un bello final a una tarea difícil. Tiene que seguir adelante. ¡Ah, sí, otro pequeño detalle! He hablado con el doctor O'Neil de la posibilidad de que la Administración se interesase en otros usos para su nuevo desarrollo. A fin de simplificar las cosas sería conveniente que me diese usted el finiquito de la actuación de O'Neil cerca de los Servicios Generales.

Clare lo miró meditabundo, como el «Buda llorando», y se mordió el pulgar;

—No —dijo lentamente—, temo que esto sea difícil.

—¿Por qué no? —preguntó Beaumont—. Esto evitaría la necesidad de adjudicación y la pérdida de tiempo consiguiente. Estamos dispuestos a reconocer sus servicios y a recompensarlos.

—¡Hem!... Me parece que no se hace usted pleno cargo de la situación, míster Beaumont. Entre nuestro contrato con el Doctor O'Neil y su contrato con nosotros hay una cierta cantidad de espacio libre. Usted nos pidió ciertos servicios y ciertos utensilios con los cuales conseguir estos servicios. Nosotros se los procuramos... por un precio. Listos. Pero nuestro contrato con el doctor O'Neil lo convertía en un empleado permanente durante todo el tiempo de su actuación. Los resultados de sus investigaciones y las patentes que las afectan son propiedad de los Servicios Generales.

—¿De veras? —dijo Beaumont—. El doctor tiene otra impresión.

—El doctor O'Neil se equivoca. En serio, míster Beaumont, nos pidió usted que le proyectásemos un cañón de asedio, hablando en metáfora para matar un mosquito. ¿Esperaba usted de nosotros, como hombres de negocios, que tirásemos el cañón después de un solo disparo?

—No, supongo que no. ¿Y qué piensan ustedes hacer?

—Esperamos explotar comercialmente el modulador de gravedades. Imagino que podríamos obtener un buen precio por ciertas adaptaciones del mismo en Marte.

—Sí, supongo que sí. Pero para ser brutalmente claro, míster Clare, temo que sea imposible. Es una cuestión de política pública imperativa que este desarrollo se limite a los terrestres. En realidad, la administración considerará necesario intervenir y hacer de él un monopolio del Gobierno.

—¿Ha pensado en como mantener a míster O'Neil en su sitio?

—En vistas a un cambio de circunstancia, no. ¿Cuál es su idea?

—Una sociedad, en la cual él sería tenedor de un bloque de acciones y presidente. Uno de nuestros brillantes cerebros mas jóvenes ocuparía la presidencia del Consejo de Administración. —Clare pensaba en Carson—. Habría acciones suficientes para seguir adelante —añadió, observando el rostro de Beaumont.

—Supongo que esta sociedad estaría bajo contrato con el gobierno... ¿su único cliente? —respondió Beaumont, haciendo como que no oía la pulla.

—Ésa es la idea.

—¡Hein!... sí, parece factible. Quizá será mejor que hable con el doctor O'Neil.

—Como usted quiera.

Beaumont convocó a O'Neil en la pantalla y habló con él a media voz. O mejor dicho, Beaumont hablaba a media voz. O'Neil demostró una tendencia a hacer añicos el micrófono. Clare mandó buscar a Francis y Grace y les explicó lo ocurrido. Beaumont se apartó de la pantalla.

—El doctor desea hablar con usted, míster Clare.

—O'Neil lo miró con maldad.

—¿Qué encerrona es esta que tengo que escuchar? ¿Qué cuento es éste de que los efectos de O'Neil sean de su propiedad?

—Estaba en su contrato, doctor, ¿no se acuerda usted?

—¡El contrato! ¡Jamás he leído esta tontería! Pero les diré a ustedes; los voy a llevar a los tribunales. Los ataré con gruesos nudos antes de permitirles burlarse de mí de esta manera.

—¡Un momento, doctor, se lo ruego! —dijo Clare, conciliador—. No tenemos el menor deseo de sacar ventajas de un mero punto técnico legal y nadie le discute su interés. Permítame que le esboce cuál es mi plan.

Se inclinó rápidamente sobre los diseños. O'Neil escuchaba, pero su expresión seguía sin haberse suavizado cuando terminó.

—No me interesa —dijo bruscamente—. En cuanto a mí hace referencia, el Gobierno puede quedarse con todo. Y ya me ocuparé de que así sea.

—No he mencionado todavía la otra condición —añadió Clare.

—No se moleste.

—Tengo que hacerlo. Será puramente una cuestión de acuerdo entre caballeros, pero es esencial. Tiene usted en custodia la «Flor del Olvido».

O'Neil se puso en el acto en guardia.

—¿Qué quiere usted decir, «en custodia»? Es mía. Entiéndame bien, *mía*.

—Es suya —repitió Clare—. Sin embargo, a cambio de las concesiones que le hacemos referentes a nuestro contrato, queremos algo.

—¿Qué? —preguntó O'Neil. La mención del cuenco le inquietó.

—Es suyo y conserva usted su posesión. Pero quiero su palabra de que yo, o míster Francis, o miss Cormet, podremos ir a verla de vez en cuando... frecuentemente.

—¿Quiere usted decir que quieren meramente venir a *verla*? —dijo O'Neil, al parecer incrédulo.

—Meramente.

—¿Para gozar de ella?

—Exacto.

O'Neil lo miró con una nueva expresión de respeto.

—No le había entendido a usted al principio, míster Clare, le pido excusas. En cuanto a la tontería esa de la sociedad, haga lo que quiera, me tiene sin cuidado. Miss Cormet, míster Francis y usted pueden venir a ver la «Flor del Olvido» siempre que

quieran. Les doy mi palabra.

—Gracias, doctor O'Neil, en nombre de todos.

Cerró el interruptor en cuanto la más elemental cortesía se lo permitió.

Beaumont también miraba a Clare con redoblado respeto.

—Me parece —dijo—, que la próxima vez no intervendré en su organización de detalles. Tomaré unas vacaciones. *Adieu*, caballeros... y miss Cormet.

Una vez la puerta se hubo bajado tras él, Grace observó:

—Me parece que lo hemos quitado de en medio.

—Sí —dijo Clare—. Le hemos «paseado el perro»; O'Neil ha tenido lo que quería; Beaumont también... y más aún.

—¿Detrás de qué anda exactamente?

—No lo sé, pero me parece que le gustaría ser el primer presidente de la Federación del Sistema Solar, cuando exista una cosa semejante. Con los ases que le hemos puesto en su juego, puede conseguirlo. ¿Se da usted cuenta de las potencialidades del efecto de O'Neil?

—Vagamente —dijo Francis.

—¿Ha imaginado usted su importancia en la navegación del espacio? ¿O las posibilidades que añade como medio de colonización? ¿O su empleo recreativo? En esto sólo hay una fortuna.

—¿Y qué sacaremos de ello?

—¿Qué sacaremos de ello? Dinero, muchacho. Sacos y sacos de dinero. El dinero siempre procura satisfacer los caprichos de la gente.

Miró hacia la marca registrada del perro Scotch.

—Dinero —repitió Francis—. Sí, supongo que sí...

—En todo caso —añadió Grace—, siempre podemos ir a ver la «Flor».

LOS DESTRUCTORES DE VÓRTICES

E. E. "Doc" Smith

Instrumentos de seguridad que no protegen. Navíos «insumergibles» sepultados bajo las aguas de la tierra, en los días anteriores al Bergenholm y a la energía atómica y cósmica.

Especialmente, instrumentos de seguridad que, mientras protegen de un agente destructor, atraen como un imán a otro igual o peor. Algo similar a lo que ocurre con los cables aislados que van dentro de las paredes de una casa de madera. Protegen los conductores eléctricos contra un accidental cortocircuito externo pero, puestos en tierra inadecuadamente, como necesariamente tienen que ir, pueden atraer, y en ocasiones han atraído, a la incalculable fuerza del rayo. Entonces, la existencia de la casa, volatilizada, fundida, y llameando incandescente a lo largo, alto y ancho, se contará por minutos.

Había concretamente cuatro pararrayos: los pararrayos que protegían la casa de Neal Cloud, construida de cromo, vidrio y plástico. Aquellas varillas llevaban una adecuada toma de tierra mediante cables de cobre argentífero tan gruesos como el brazo de un hombre fuerte. Porque Neal Cloud, físico atómico, conocía el rayo y no deseaba correr el menor riesgo en cuanto a la seguridad de su adorable esposa y de sus tres maravillosos hijos.

Pero no sabía, ni sospechaba siquiera, que, bajo ciertas condiciones de potencial atmosférico y de tensión magnético terrestre, su perfectamente diseñado sistema de pararrayos podía llegar a ser un gigantesco imán que atrajera a los vórtices volantes de desintegración atómica.

Y ahora, Neal Cloud, físico atómico, aparecía sentado en su despacho con una forzada y triste apatía. Su cara tenía un color blanco mezclado de gris amarillento y sus manos, de prominentes tendones, se asían rígidas a los brazos del sillón. Sus ojos, enérgicos e inmóviles, miraban fijamente, sin ver, como si traspasaran el pequeño retrato tridimensional de todo lo que constituía la razón de vivir.

Porque su guardián contra el rayo había sido un imán de vórtices en el momento en que un infortunado sujeto había intentado abatir a un vórtice atómico «suelto». Aquel individuo murió, naturalmente (casi siempre morían) y el vórtice, en vez de ser destruido, quedó simplemente desbaratado y se convirtió en una infinidad de energía furiosa e incontrolada, bastante más parecida a un puñado de materia desgajada de un sol que a ninguna otra cosa con la que el hombre esté familiarizado, se precipitó como un meteoro hacia abajo contra la nueva casa de Neal Cloud,

Aquella casa no ardió: simplemente, explotó. Nada de ella, dentro de ella, o alrededor de ella, pudo escapar al desastre. En una fracción de segundo el lugar quedó transformado en un cráter de lava hirviente, llenando la atmósfera de vapores

venenosos hasta una altura de varias millas e irradiando a todo el espacio circundante un torbellino letal.

La catástrofe, cósmicamente, era infinitesimal. Desde que el hombre había aprendido a liberar la energía intraatómica, los vórtices de desintegración habían estado fuera de control. Tales accidentes habían venido sucediendo, sucedían y sucederían indefinidamente. Más de un mundo, quizá, había sido o sería consumido hasta el último gramo por semejantes vórtices atómicos sueltos. Pero poco importaba. ¿Qué importancia real pueden tener unos granitos de arena para una playa oceánica de cinco mil millas de longitud, cien de ancho y diez de profundidad? E incluso para aquel individual granito de arena llamado «Tierra» (o «Sol Tres», como se le denominaba en el lenguaje moderno, «Tellus de Sol» o, simplemente, «Tellus») la cuestión era de desdeñable importancia. Había muerto un hombre; pero, al morir, había añadido una página más al gran volumen ya archivado de resultados negativos. El que la señora Cloud y sus hijos hubieran perecido también constituía un mero infortunio. El vórtice en sí no era todavía una verdadera amenaza para Tellus. Era una más, y así pasaría mucho tiempo antes de que aquello sucediera, antes incluso de que los vórtices sueltos más antiguos de Tellus hubieran devastado gran parte de su masa o envenenado su atmósfera, sus científicos habrían resuelto el problema. Resultaba inconcebible que Tellus, el punto de origen, y el centro mismo de la Civilización Galáctica, fueran a dejar de existir.

Pero para Neal Cloud el accidente representaba la mayor catástrofe de su vida. Su universo personal estaba destrozado, en ruinas; lo que quedaba no merecía la pena de recogerlo. El y Jo llevaban casados casi veinte años, y los lazos de unión entre ambos habían sido más fuertes, más profundos, más verdaderos, con el pasar del tiempo. Y los niños... No podía haber sucedido, no tenía que haberle sucedido precisamente a él. Pero el destino le había jugado aquella pasada. Todos perdidos, perdidos, PERDIDOS...

Y para Neal Cloud, físico atómico, sentado en su despacho con rostro de desesperada y horrible abstracción, cuyos pensamientos taladraban su cerebro como fantasías tétricas, la catástrofe resultaba doblemente irritante a causa de su cruel ironía, porque él era precisamente el segundo, empezando por arriba, del Laboratorio de Investigaciones Atómicas. La tarea de su vida había consistido en buscar el medio de extinguir aquellos mismos vórtices desmandados que le habían destruido cuanto tenía.

Su mirada se concentraba vagamente en el retrato. Sus ojos eran claros, grises, honrados... con arrugas de carácter y humor... unos labios dulcemente curvados dispuestos a sonreír o a besar...

Apartó la vista del cuadro y se puso a escribir apresuradamente sobre una hoja de papel. Luego, levantándose envarado, tomó el cuadro y se lo llevó mecánicamente, como si fuera un autómatas, a través de la habitación, hasta un horno. Como si

estuviera depositando una reliquia en un santuario, colocó el bloque de plástico entre dos electrodos, y oprimió un interruptor. Cuando el arco incandescente hubo consumado su obra, Neal Cloud se volvió y entregó el papel a un hombre alto, vestido con un traje de cuero gris, que le había estado contemplando en silencio con ojos comprensivos. Para el iniciado resultará de gran importancia el hecho de que aquel Laboratorio estuviera regido por un Hombre de la Lente no adscrito.

—Y después de esto, Phil, ya no me queda más que...

El Hombre de la Lente gris tomó el documento, lo miró y, lenta y meticulosamente, lo rompió en dieciséis trocitos iguales.

—Oh, no Storm —negó con tono amable—. No admito tu dimisión. Un permiso indefinido, sí; pero no la renuncia.

—¿Por qué? —apenas fue una pregunta; la voz de Cloud salía uniforme, sin acento—. No valdría ni el papel que estropeará.

—Ahora, no —admitió el Hombre de la Lente—, pero el futuro ya es otra cosa. Hasta aquí no he dicho nada. ¿Qué podría decir conociéndote a ti y a Jo? —sus dos manos se mantuvieron unidas en un amistoso apretón—. En cuanto al futuro... Creo, sin embargo, que nada puedo decirte mejor que estas cuatro palabras: El tiempo lo borra todo.

—¿Usted lo cree así?

—No lo creo, Storm; lo sé. He vivido mucho. Tú eres un hombre demasiado valioso. El mundo te necesita y no puedes sustraerte a ello. Tienes un puesto en el mundo y volverás... —al Hombre de la Lente se le ocurrió una idea repentina, y prosiguió hablando en tono alterado—: ¿No irás a cometer la tontería de...? Por supuesto que no. Tú sabes aceptarlos infortunios de la vida.

—Descuide, no lo haré. El suicidio no fue nunca la solución a ningún problema. No era la solución. Hasta aquel momento, el suicidio no había entrado en la mente de Cloud, y lo rechazó al instante. No correspondía a la clase de hombres que toman el camino más fácil.

Tras una breve despedida, Cloud se dirigió al ascensor y descendió al garaje. Subió a su formidable Dekhotinsky Dieciséis Especial azul y emprendió la marcha.

El tráfico era tan denso que los protectores y parachoques de su coche pasaban rozando a los demás, mientras iba conduciendo con su habitual pericia y sangre fría; ni aún conscientemente se daba cuenta de que había otros vehículos a su alrededor. Aminoraba la marcha, hacía un giro, paraba, aceleraba al máximo, todo ello en correctores puesta, puramente automática, a las señales luminosas de todas clases y colores. Conscientemente, ni siquiera sabía adonde iba, ni le importaba. Y si realmente pensaba algo, su entumecido cerebro sólo le permitía intentar evadirse de su propia y amarga imaginación. Si realmente pensaba algo, debía saber que era una evasión inútil, sin esperanza. Pero no pensaba: simplemente actuaba, en silencio, comido por la angustia. Sus ojos veían ópticamente, su cuerpo reaccionaba de manera mecánica, su cerebro pensante estaba totalmente vacuo.

Se lanzó vertiginosamente por una vía suburbana elevada, para entrar en la superautopista transcontinental. Luego fue cortando calle tras calle hasta desembocar en otra vía «ilimitada». Ilimitada, se entiende, salvo que era limitada para coches de no menos de setecientos caballos de fuerza, en perfectas condiciones mecánicas y guiados por conductores inscritos y capacitados para conducir a velocidades no inferiores a ciento veinticinco millas por hora. Al llegar a la estación de control, encendió su número de registro y empujó el pie derecho hasta el fondo del acelerador.

Todo el mundo sabe que un Dekhotinsky Deportivo ordinario hará las ciento cuarenta millas bien medidas en una hora completa, pero que muy pocos conductores ordinarios han llegado a comprobar lo que es capaz de correr uno de esos fabulosos Dieciséis. Sencillamente, no han llegado a obtener el rendimiento de su velocidad máxima.

Cloud «Storm» lo obtuvo aquel día. Aguantó a aquel Juggernaut de dos toneladas y media en una carretera abierta durante dos horas cumplidas. Pero de nada le sirvió. No podía dejar atrás los recuerdos que le acompañaban. Allí estaban Jo y los niños. Pero, más que nada, estaba Jo. El coche era de Jo tanto como suyo. Era Jo quien lo había bautizado con el cariñoso sobrenombre de «Babe, el gran buey azul» porque, al igual que la fabulosa bestia de Paul Bunyan, le faltaba muy poco para tener seis pies entre ojo y ojo. Todo lo que había tenido el matrimonio durante su vida había sido así. Ella iba ahora acompañándole sentada junto a él. Cada recuerdo cariñoso, dulce, grato, amable, de su esposa, iba a su lado; y detrás, tan sólo al alcance del rabillo del ojo, estaban los tres niños. Y delante, para el resto de su vida, un vacío más grande y desierto que el que cubre los espacios intergalácticos. ¡Imposible! No podía seguir soportando mucho más tiempo aquella...

Allá al frente, al fondo de la carretera, aparecía encendido un octágono de color rojo brillante. Significaba ¡«STOP»! en cualquier idioma. Cloud soltó el pie del acelerador y pisó sus potentes frenos. Se detuvo ante el puesto de control, y un oficial de impecable uniforme le dijo gesticulando:

—Lo siento, señor, pero tendrá que desviarse. Junto a esta carretera hay un vórtice atómico suelto...

—¡Oh! Pero si es el doctor Cloud... —los ojos del policía brillaron con la señal del reconocimiento—. No le había reconocido al principio. Hasta dentro de dos o tres millas más adelante no tendrá que ponerse el traje protector... Bueno, eso no lo sabe nadie mejor que usted. No nos dijeron que lo habían mandado llamar. Es una buena noticia; lo único que sabíamos es que trataban de desviar la tormenta hacia el cañón mediante fuertes presiones.

—No me mandaron llamar —repuso Cloud, tratando de sonreír—. Sólo estaba dando una vuelta, y ni siquiera traigo mi traje protector. Así que sospecho que tendré que volverme atrás yo también.

Dio media vuelta con el Especial. De modo que un nuevo vórtice suelto... Podía

haber un centenar de ellos diseminados por un radio de doscientas millas. Eran hermanos del que había exterminado a su esposa e hijos, la infernal prole de aquel maldito vórtice Número Once al que había intentado destruir el incompetente y desmanotado estúpido... A su mente acudió la imagen penetrante del Número Once, tal como lo había visto la última vez, y simultáneamente le sacudió una idea como un enorme puñetazo.

Se puso a pensar. Ahora pensaba «realmente»: era un pensamiento claro, intenso, convincente. Si pudiera hacerlo... Si consiguiera apagar la llama atómica de un vórtice atómico... No era exactamente una venganza, pero... ¡Por las ardientes entrañas del Klono! ¡Sería posible lo que pensaba! ¡Tenía que serlo!

Y, con ceño torvo y silencioso, pero despierto en todas las fibras de su ser, Cloud regresó a la ciudad con la misma rapidez con que había huido de ella.

Si el Hombre de la Lente quedó sorprendido por la súbita reaparición de Cloud en el laboratorio, no lo demostró en lo más mínimo. Tampoco hizo el menor comentario cuando el que había sido su primer ayudante comenzó a manipular en armarios, cajones, medidores, bobinas, trajes, válvulas y otros atavíos e instrumentos.

—Creo que eso era todo cuanto necesitaba, jefe —dijo finalmente Cloud—. Aquí tiene un cheque en blanco. Si este material no diera resultado, rellene el cheque a su voluntad, ¿quiere?

—No —contestó el Hombre de la Lente, rompiendo el cheque exactamente igual que lo había hecho con el impreso de renuncia—. Si deseas el material para unos propósitos legítimos, ha de ser en el servicio de Patrulla y corriendo los riesgos propios de ella. Si, por el contrario, lo que pretendes es destruir un vórtice, ese material no saldrá de aquí. Es una orden terminante, Storm.

—Tiene razón y a la vez está equivocado, Phil —declaró Cloud sin la menor timidez—. Efectivamente, me propongo volar el vórtice Número Once con duodec, pero no como un pretexto para el suicidio, como cree usted.

—¿De qué forma piensas hacerlo? —el interrogante del corpulento Hombre de la Lente llevaba implícito un marcado escepticismo—. No podrás conseguirlo si no es debido a un accidente fortuito, casi imposible de producir. Tú mismo has sido de todos nosotros el que más se ha opuesto a esos intentos suicidas.

—Lo sé; no tuve la solución hasta hace pocas horas. Se me ocurrió de golpe. Es curioso que lo haya tenido siempre a la vista y no se me ocurriera antes.

—Esto es lo que ocurre con la mayoría de problemas —admitió el jefe—. No es evidente hasta que uno no da con la ecuación clave. Bueno, desearía llegar a convencerme de ello, pero te aseguro que no te será fácil hacerlo. De todos modos, será otro quien realice el trabajo, no tú.

—Cuando lo haya conseguido se dará usted perfecta cuenta de por qué tengo tanta necesidad de hacerlo yo mismo. ¿Pero por qué me va a ser tan difícil convencerle?

—Debido a la variabilidad —respondió el viejo—. Para que la carga de explosivos resulte efectiva en el momento del impacto, debe coincidir, dentro de unos límites muy reducidos, con la actividad del propio vórtice. Una carga demasiado pequeña hará que se convierta en varios vórtices diseminados que, si bien son inferiores al original, son, sin embargo, lo suficientemente grandes como para subsistir por sí mismos. Si la carga es demasiado grande, entonces reavivará al vórtice original, aún mayor, en su primitivo cráter. Y varía tanto la actividad de ambos en cuanto a magnitud, máxima y mínima, y su ciclo resulta tan errático (ya que puede discrepar de segundos a horas, aparentemente sin ton ni son) que han fracasado totalmente cuantas tentativas se han hecho en cualquier instante predeterminado. Ni siquiera lograron resolverlo Kinnison, ni Cardynge, ni la Conferencia de Científicos... como tampoco consiguieron producir un haz tractor que actuara a manera de sirga sobre los vórtices.

—Pero descubrieron —objetó Cloud— que era susceptible de pronosticarse, al menos por breves segundos (la longitud del tiempo es directamente proporcional a la longitud del ciclo en cuestión), mediante una prolongación del cálculo de las superficies curvadas.

—¡Hum! —resopló el Hombre de la Lente—. ¿Y qué? ¿De qué serviría una previsión de diez segundos, cuando a una máquina calculadora le costaría una hora el resolver las ecuaciones...? ¡Oh...! —se interrumpió, mirándole con asombro—: ¡Oh! había olvidado que eres un calculador insuperable, un prodigio nato en matemáticas que jamás necesitó utilizar la máquina calculadora, ni siquiera para computar una órbita... Pero hay otras cosas.

—Las hay, y muchas. Naturalmente, ya he tenido en cuenta el ángulo calculador; pero había otras cosas mucho más difíciles de solucionar que la propia variabilidad...

—¿Cuáles? —preguntó el Hombre de la Lente.

—El miedo —replicó hoscamente Cloud—. Nada más pensar en que puedo encontrarme luchando a brazo partido con un vórtice se me paraliza el cerebro. Es el miedo inconfundible, puro y natural que el ser humano tiene? la muerte, el miedo que hace perder al hombre su dominio sobre sí mismo y le hace ver la misma muerte que tan penosamente está tratando de eludir. Eso era lo que me detenía.

—Bien... puede que tengas razón —ponderó el Hombre de la Lente, repiqueteando sordamente sobre su mesa con los dedos—. Y, ahora, ya no tienes miedo a la muerte; ni siquiera subconscientemente. Pero asegúrame una cosa, Storm: dime que no la vas a invitar.

—No la invitaré, señor. Sobre todo ahora que tengo una misión por cumplir. Pero eso es todo cuanto puedo prometer. No haré ningún esfuerzo sobrehumano para evitarla. En consideración a mi deber, adoptaré las debidas precauciones pero, si me vence, nada importa. Cuanto más rápido suceda, mejor; antes me habré reunido con Jo.

—¿De veras lo crees así?

—Implícitamente.

—Entonces, los vórtices son tan buenos como apagados Su oportunidad de acabar con la Patrulla no son mayores que las de Boskone.

—Eso pienso —dijo casi malhumorado—. La única oportunidad que tiene de vencerme es si cometo un error, cosa que no creo.

—¿Cuál será tu ángulo? —preguntó el Hombre de la Lente con los ojos iluminados por el interés—. No podrás emplear el ataque acostumbrado; tu tiempo va a ser demasiado breve.

—Algo así —dijo Cloud. Y, tomando una hoja de papel de dibujo, trazó un croquis rápidamente—. Aquí está el cráter, con el vórtice al fondo. Por medio de los instrumentos de observación o desde un armazón acorazado de mi invención, obtendré los datos relativos a masa, emisión, máxima, mínima, etcétera. Entonces les encargo que me preparen tres bombas de duodec, una equivalente a la actividad que me propongo atacar, y las dos restantes con una tolerancia de un cinco por ciento en más y en menos con relación a la cifra obtenida, embaladas en cajas de neocarballo y de una consistencia computada exactamente para que aguanten hasta encontrarse sobre el centro del vórtice. Entonces, yo me lanzo en un traje volante, blindado y protegido, digamos por aquí...

—En ese caso, además del traje, deberás utilizar un «flitter» monoplaza —le interrumpió el jefe—. Son demasiados instrumentos para un traje, y no digamos las bombas. Además, necesitarás mayor protección de la que puede proporcionarte un traje. No nos será difícil transformar un «flitter» en bombardero.

—Cielos, eso sería mucho mejor. En tal caso, puedo dirigir mi «flitter» en una trayectoria de proyectil así, cuyo objetivo será el centro del vórtice, ¿comprende? A diez segundos de distancia, aproximadamente en este punto, tomo las lecturas instantáneas, resuelvo las ecuaciones sobre la superficie curvada para cierto tiempo cero...

—¿Y si el ciclo no te permite dar con la solución en diez segundos?

—Entonces seguirá probando hasta que me lo permita.

—Y si no es una vez, será otra.

—Exactamente. Entonces, teniendo todo dispuesto para el momento cero, y suponiendo que la actividad esté próxima al valor postulado...

—Suponte que, no sucede así —gruñó el jefe.

—Entonces aceleraré o desaceleraré...

—¿Resolviendo nuevas ecuaciones al mismo tiempo?

—Claro; sin interrupción de clase alguna, hasta que la actividad, calculada en el momento cero, coincida con una de mis bombas. Entonces suelto dicha bomba, me lanzo en un viraje brusco y, ¡ZASSS!, adiós muy buenas —terminó haciendo un gesto expresivo con una rotación del brazo.

—Bonito panorama —dijo el Hombre de la Lente lleno de dudas—. Y tú, mientras tanto, cogido en medio de la explosión, con dos bombas de duodec pegadas

al traje o dentro del «flutter».

—Oh, no. Me habré desprendido de ellas varios segundos antes y no me explotarán encima.

—Eso espero. ¿Pero te has dado cuenta de lo atareado que vas a estar durante esos diez o doce segundos?

—Perfectamente— repuso Cloud, y su rostro se volvió sombrío—. Pero me hallaré en pleno control de mis actos. No tendré miedo a nada de lo que suceda; «a nada». Y ahí está precisamente el mal —terminó en voz baja.

—Qué demonio, adelante con ello —aceptó finalmente el Hombre de la Lente—. Hay todavía muchas cosas que no nos han mencionado, pero probablemente podrás solucionarlas sobre la marcha. Creo que voy a ir a echar una mano a los muchachos de la estación de alerta mientras haces los preparativos. ¿Cuándo opinas que podrás salir?

—¿Cuánto tardarán en tener listo el «flutter»?

—Un par de días. ¿Qué te parece el sábado por la mañana?

—El sábado, diez, a las ocho en punto. Allí nos veremos.

Y nuevamente Neal Cloud y Babe, el gran buey azul, volaron sobre la carretera. Y a medida que iba tragando millas, el físico rumiaba dentro de su mente la misión que se había impuesto a sí mismo.

Al igual que el fuego, sólo que peor, la energía intraatómica era un buen servidor, pero un dueño implacable. El hombre la había liberado, realmente, antes de dominarla. De hecho, todavía no estaba regulada por completo, ni tal vez lo estuviera nunca. Lo estaba en cuanto a ciertas dimensiones y actividades. Aquellos elementos de auto limitación, contados a millones, eran los servidores. Podían ser manejados, aislados, controlados; en verdad, de no ser sometidos a un excitante bombardeo y a una cuidadosísima alimentación, escaparían al control. Y, de cuando en cuando, debido a alguna de la docena de razones ignotas, ya que la ciencia conocía fundamentalmente muy poco sobre la verdadera interioridad de las reacciones intraatómicas, uno de aquellos reducidos y domesticados vórtices de auto limitación se transformaba en otro mayor y autosuficiente, igual que una nova. Entonces dejaba de ser un servidor para convertirse en un dueño. Tales transformaciones se producían, quizá, sólo una vez o dos a lo largo de un siglo sobre la Tierra. Lo malo era que no desaparecían jamás, que seguían existiendo como una amenaza «permanente». Y jamás se obtenían referencias porque, cada vez que se presentaba la ocasión, arrasaban lo que caía a su paso. Todo instrumento u objeto sólido dentro de un radio de cien pies se derretía en la grasienta y ennegrecida escoria hirviente de su cráter.

Por suerte, la proporción de su desarrollo era lenta; casi tan lenta como persistente, pues, de lo contrario, a la civilización apenas si le quedaría un poco de sitio en el planeta. Y a menos que se lograra hacer algo antes de no muchos años acerca de los vórtices sueltos, las consecuencias iban a ser realmente graves. Ésta era

la razón de que, se hubiera creado este laboratorio.

Hasta entonces, nada se había conseguido realmente. El haz tractor que habría desviado a los vórtices aún no estaba proyectado. No podía emplearse ningún elemento material, pues se disgregaba. Desde hacía algún tiempo se empleaban los rayos de presión que desviaban los vórtices hacia los desiertos, a no ser que resultara más económico el dejarlos enseñorearse de las tierras que devastaban. Con un poco de suerte, valiéndose del duodec, habían conseguido desmenuzarlos en otros muchos pequeñísimos, autolimitados. El duodec aplilatomo era el explosivo detonante más poderoso y terrorífico jamás inventado en todos los planetas conocidos de la Primera Galaxia. Pero se había cobrado un pavoroso desquite en vidas y materia. El duodec, asimismo, había causado mayores daños que los remediados, toda vez que desperdigaba generalmente al vórtice en lugar de extinguirlo.

Ni que decir tiene que se habían ofrecido infinidad de proyectos con gran variedad de fantasías. Algunos de ellos hasta parecían practicables. Otros habían sido probados, y algunos estaban siendo experimentados. Había uno, que parecía ir ganando mayores partidarios, consistente en construir una colosal estructura hemisférica bajo el terreno y alrededor del vórtice, instalando un dispositivo de disparo a control remoto para hacer volar toda el área, lo cual resultaba tal vez factible desde el punto de vista de la ingeniería. Eran proyectos capaces de ocasionar daños tan grandes que no se experimentaban como no fuese bajo las mayores condiciones de seguridad. En suma, que la represión de los vórtices sueltos seguía siendo un problema sin resolver.

El vórtice Número Uno, el más antiguo y el peor de los conocidos en Tellus, había sido desviado hacia tierras incultas, y allí, a las ocho en punto del día 10, Cloud comenzaba a trabajar sobre él.

La «estación de observación», en vez de ser una desvencijada estructura como podía dar a entender la despreocupada terminología del Hombre de la Lente, era, de hecho, todo un observatorio plenamente equipado. Su personal no era numeroso; constaba de ocho hombres, que trabajaban en tres turnos alternos de ocho horas a razón de dos hombres en cada turno. ¡Pero los instrumentos...! Para desarrollarlos se habían requerido cientos de años humanos de tiempo y auténticos milagros de investigación, sin desdeñar los problemas que había entrañado el desarrollo de los conductores protegidos capaces de pasar, a través de pantallas de fuerza quintuples, los impulsos transformados de las mismas radiaciones contra las cuales aquellas pantallas eran muy efectivas. Porque el laboratorio, así como sus largos accesos, debía de estar fuertemente protegido; sin semejante protección, no podría existir allí la vida.

Este problema y muchos más se habían resuelto, no obstante, y allí estaban los instrumentos. Cada fase y factor de la existencia y actividad del vórtice se medían y registraban continuamente, a lo largo de cada minuto de cada día de cada año. Y los

datos obtenidos se resumían e integraban en una gráfica «Sigma». Esta gráfica, si bien aparecía tan sólo como una línea tortuosa y sin sentido para el profano, constituía una completa fuente de información a los ojos del iniciado en la materia.

Cloud contempló la gráfica «Sigma» correspondiente a las últimas cuarenta y ocho horas y frunció el ceño, porque una punta sobresaliente de la línea, de una hora escasa de existencia, apuntaba ahora sobre la línea superior del diagrama.

—Mal asunto, ¿eh, Frank? —gruñó.

—Bastante malo, Storm. Y va empeorando —asintió el observador—. No me sorprendería que Carlowitz estuviera en lo cierto; si no se está preparando para reventar por su parte alta, yo soy una tía solterona de Zabiskan.

—No hay periodicidad ni ecuación, desde luego. —Fue una afirmación, no una pregunta.

El Hombre de la Lente ignoró completamente, al igual que el observador, aunque con menos petulancia, la clara posibilidad de que, en cualquier momento, el laboratorio y todo su contenido quedase desintegrado.

—Nada en absoluto —añadió llanamente Cloud. El no necesitaba pasarse largo tiempo ante una máquina calculadora. De un solo vistazo ya sabía, ignorando más razones, que no sería posible establecer una ecuación que se ajustara siquiera a la situación ascendente de aquella gráfica «Sigma» desenfrenada y cambiante—. Pero la mayoría de los ciclos cortan esta ordenada aquí (siete cincuenta y uno), y así lo tomaré para mis cálculos. Esto significa un 9,9, o seis kilogramos de carga básica de duodec, con la alternativa de un cinco por ciento en más y en menos. La proposición ha de ser de cincuenta y tres milímetros de neocarballoy como base. ¿Está listo?

—Todo como dijiste —le informó el observador—. Lo tendrán aquí dentro de quince minutos.

—¡Rayos, a vestirse tocan! ¿Qué estoy esperando?

El Hombre de la Lente y el observador le ayudaron a ponerse el engorroso y gruesamente acolchado traje blindado. Comprobaron todos los instrumentos del mismo, asegurándose de que los dispositivos de protección y seguridad funcionaban con plena eficiencia. Luego, los tres se encaminaron hacia el «flutter». Realmente, era una canoa supersónica, un torpedo de cortas alas y grotescos timones multidireccionales a base de cohetes propulsores que actuaban en cualquier sentido, en completa maniobrabilidad. Pero éste tenía algo más que no llevaban los «flitters» ordinarios: en torno a su aguda proa, debidamente espaciados, asomaba la boca, abierta como en un bostezo, de un lanzabombas triple.

Nuevas comprobaciones. El Hombre de la Lente y el blindado Cloud sabían que cada uno de las docenas de instrumentos, a bordo del «flutter», funcionaban con precisión; sin embargo, todos fueron comprobados con los instrumentos maestros del laboratorio.

Cuando llegaron las bombas, las cargaron y Cloud, agitando el brazo en un

descuidado saludo, subió al diminuto compartimiento de pilotaje. El «flitter» carecía de cámara reguladora de presión, pues su espacio no se lo permitía. La masiva puerta quedó herméticamente cerrada sobre sus juntas de fibra y sus pesadas palancas encajaron en sus lugares. Una forma acolchada descendió sobre el piloto inmovilizado su cuerpo, a excepción de brazos y piernas.

Luego, después de asegurarse de que sus dos compañeros se habían puesto a cubierto, Cloud disparó el «flitter» al aire en dirección al hirviente infierno que era el Vórtice Atómico Suelto Número Uno. Porque, sin lugar a dudas, era un infierno hirviente.

Su cráter tenía un reborde altamente irregular, con una milla completa de diámetro y, tal vez, un cuarto de profundidad. No era, sin embargo, un cono perfecto porque su fondo, al hallarse en gran parte en fusión debido a la incandescencia, se encontraba prácticamente horizontal, salvo una depresión en su centro, donde realmente se localizaba el vórtice. Las paredes de la depresión eran escarpadas y llenas de accidentes, variando en elevación y forma según la dureza y resistencia de los estratos que las componían. Sus secciones ora se tornaban de un vapor cegador e insoportablemente blanco que salía al exterior en llamaradas ígneas, ora se enfriaban merced a una bocanada de aire para cambiar a un rabioso escarlata, mientras que de sus entrañas brotaba un indolente río de lava. En ocasiones, una parte de su pared adoptaba incluso un tono negro, cubriéndose de escorias volcánicas o de brillantes estratos obsidianos.

Pero siempre, desde cualquier parte, se estaba infiltrando en el cráter un enorme volumen de aire. Se precipitaba dentro, en forma de aire ordinario, pero luego salía despedido hacia arriba como una columna rabiosa y ensoberbecida, totalmente transformado. Nadie sabía, ni aún sabe, qué cambio, operan los vórtices sueltos en las moléculas y átomos del aire. En efecto; debido a la extrema variabilidad, ya referida, probablemente su acción es sucesiva, sin que vuelva a repetirse dos veces.

De lo que no hay duda es de que existe de hecho una escasa combustión; es decir, salvo la forzosa combinación del nitrógeno, argón, xenón y criptón con el oxígeno.

Hay, sin embargo, consunción, mucha consunción. Y lo que ocasiona el increíblemente intenso bombardeo resulta transformado. Y su alteración es tan profunda y desconocida que la atmósfera salida del cráter ya no es, en modo alguno, como el aire que conocemos. Puede que sea corrosivo, tal vez venenoso, en sus múltiples formas; a lo mejor es simplemente distinto. Pero de lo que no cabe duda es de que ya no se trata del mismo aire que los seres humanos estamos acostumbrados a respirar. Y es esta amenaza, lo que acabaría con la posibilidad de vida sobre la superficie de la Tierra.

Resulta verdaderamente difícil describir el aspecto de un vórtice atómico suelto para quienes nunca vieron uno, como por fortuna no lo han visto la mayoría de las personas. Prácticamente, toda su aterradora radiación está en aquellos octavos del espectro que resultan invisibles al ojo humano. Basta decir, pues, que tenía una

temperatura media efectiva en su superficie de unos quince mil grados absolutos (dos veces y media más fuerte que el calor reinante en el sol de Tellus), y que estaba irradiando, a aquella incomprensible temperatura, toda frecuencia posible, liberando así el aire hacia el exterior.

Y, mientras tanto, Neal Cloud, lleno de espanto, traspasaba con su «flutter» aquella lóbrega y letal atmósfera, estableciendo ecuaciones tomadas de sus aparatos medidores y resolviéndolas casi instantáneamente con su prodigioso cerebro matemático. Porque el nivel de actividad, incluso en sus depresiones más bajas, resultaba muy por encima del nivel que había previsto. La piel le picaba y comenzaba a quemarse. Los ojos le escocían y le dolían. No ignoraba lo que significaban aquellos síntomas; ni siquiera las poderosas pantallas protectoras del «flutter» lograban contener la radiación. Ni su traje protector ni sus gafas especiales conseguían librarle de lo que se infiltraba dentro del «flutter». Pero aún no se daba por vencido. La actividad descendería probablemente en un momento dado. Si esto sucediera, tenía que actuar rápido. Por otra parte, también podía volar en pedazos de un instante a otro.

Existían dos escuelas matemáticas a este respecto. Una sostenía que el vórtice, sin ninguna carga esencial en su condición o naturaleza física, seguiría aumentando sus proporciones; seguiría creciendo indefinidamente hasta que, en unión de los otros vórtices del planeta, hubiera convertido en energía toda la masa del mundo.

La segunda escuela, de la que el susodicho Carlowitz era el más patente portavoz, afirmaba que, alcanzado cierto grado de desarrollo, la energía interna del vórtice alcanzaría proporciones tan fabulosas que no podría mantenerse el equilibrio generación-radiación. Aquello, por supuesto, daría lugar a una explosión, cuya naturaleza y consecuencia solían ser explicadas insistentemente por el matemático Carlowitz, con malsano deleite profesional. Ninguna escuela, sin embargo, podía probar su teoría, o la probaba basándose en sus imperfectas matemáticas, pero entre ellas se odiaban y menospreciaban ruidosa y encarnizadamente.

Y ahora que Cloud estudiaba a través de sus casi opacas defensas a aquella indescriptible bola de fuego devoradora, a aquella monstruosidad arrolladura que pudo haber salido de la fosa *más* profunda de los ardientes infiernos mitológicos, se sentía poderosamente inclinado en favor de Carlowitz. No parecía posible que cualquier explosión fuera atraer (mayores males de los ya existentes. Y estaba persuadido de que, con tal explosión, aquella amenaza sería triturada y desintegrada en millas a la redonda, totalmente hecha trizas.

La actividad del vórtice se mantenía alta, demasiado alta. En la pequeña cabina demando del «flutter» la temperatura seguía aumentando. Le aumentaba el dolor de los ojos, y cada vez le quemaba más la piel. Presionando un botón de comunicación, habló:

—Phil; quiero tres bombas más. Igual a éstas, pero de mayor potencia.

—Conforme pero, si haces eso, el descenso habrá de ser al mínimo —le advirtió

el Hombre de la Lente—. Es totalmente imprevisible, ya sabes.

—Es posible. Tendré que olvidarme del cinco por ciento de margen y picar de morro. Ahora o nunca. Pídame dos más; una, la mitad de las que tengo aquí, y la otra el doble. Facilitó las cifras para la carga y el envoltorio de los explosivos—. ¡Ahí Rómpame un tarro de ese mejunje contra las quemaduras. Me estoy derritiendo de calor.

Cloud aterrizó. Se despojó de todas sus ropas, y el observador le estuvo embadurnando hasta la última pulgada cuadrada de su epidermis con aquella pasta espesa que servía no sólo como una pantalla altamente eficaz contra las radiaciones, sino también como un buen remedio para nuevas quemaduras. Igualmente, se cambió las gafas por otro par de mayor grosor, más fuertes y más oscuras. Llegaron las dos bombas pedidas, y las sustituyeron por dos de la carga original.

—Mientras estaba allá arriba se me ocurrió una idea —dijo entonces Cloud a los observadores—. Veinte kilogramos de duodec no es precisamente un cohete verbenero, pero ¿qué menos podemos lanzar? ¿Tienen ustedes idea de lo que va a ser de la energía que hay encerrada dentro del vórtice cuando lo haya volado?

—Me lo imagino —repuso el Hombre de la Lente frunciendo el ceño pensativo—. Pero carezco de datos.

—Lo mismo me ocurre a mí. Pero creo que harían muy bien en retirarse a la nueva estación; a dónde tenían pensado protegerse si las cosas empeorasen.

—Pero ¿y los instrumentos...?

El Hombre de la Lente no estaba pensando en los instrumentos en sí, que, carecían de valor comparados con la vida humana, sino en las grabaciones que aquellos instrumentos proporcionarían. Estas grabaciones tenían un valor incalculable.

—Ya lo grabaré yo también en cinta a bordo del «flutter» —le recordó Cloud.

—Pero suponte que...

—¿Qué el «flutter» no consigue su propósito? En tal caso la estación no servirá de nada. ¡Qué equivocado estaba Cloud!

—Pues, por si acaso, nos iremos cuando tú te retires —decidió el jefe. Cloud se encontró de nuevo en el aire, dándose cuenta de que la actividad, si bien era alta, no lo era demasiado, y fluctuaba con excesiva celeridad. No conseguía disponer de cinco minutos que se ajustaran fielmente a lo previsto, y mucho menos de diez. De forma que se puso a esperar, lo más cerca de aquel horrible centro de desintegración que le permitía su arrojó.

El «flutter» se hallaba suspendido en el aire, inmóvil, haciendo silbar suavemente sus cohetes de sustentación. Cloud conocía a la milésima su altitud sobre el suelo. Sabía con increíble precisión la distancia que le separaba del vórtice. Conocía igualmente, con la misma certeza, la densidad de la atmósfera y la velocidad y dirección exacta del viento. Y de ahí que, al poder leer con la suficiente proximidad las momentáneas variaciones de las ciclónicas tormentas que se agitaban dentro de

cráter, también le era posible computar con gran facilidad el curso y velocidad necesarios para arrojar la bomba en el centro exacto del vórtice en una fracción de tiempo dada. La parte más peliaguda, lo que nadie había conseguido hacer hasta entonces, era pronosticar, con la antelación útil necesaria, hasta dónde debía aproximarse a la actividad cuantitativa del vórtice, con posibilidad de éxito. Porque, como ya se había dicho, tenía que volarlo por exceso no por defecto, puesen este último caso no conseguiría más que desperdigar al vórtice por todo el Estado.

Por consiguiente, Cloud centró toda su atención en los instrumentos de medición que tenía delante; se concentró con toda la fuerza de las fibras de su ser, con todas las células de su cerebro.

De pronto, casi imperceptiblemente, el diagrama «Sigma» dio signos de horizontalidad. En aquel instante, el cerebro de Cloud comenzó a trazar simultáneas ecuaciones, nueve de ellas implicando factores desconocidos, una integración en cuatro dimensiones. Pero no importaba; Cloud las fue resolviendo laboriosamente, un factor cada vez. Sin poder explicarse cómo había llegado a ello, supo la respuesta, exactamente igual que es capaz de percibir el poselniano o el rigeliano cada partícula componente por separado de un sólido opaco tridimensional, sin poder explicar cómo trabaja su sentido de la percepción. Eso era cuanto sabía.

De cualquier modo, en virtud de un sentido o facultad que caracteriza a todo prodigio matemático, Cloud supo que, en el tiempo de ocho segundos y tres décimas a partir de aquel instante observado, la actividad del vórtice se hallaría ligeramente, aunque no mucho, por debajo del coeficiente de su bomba más pesada. Con otro arranque mental de su cerebro, supo exactamente la velocidad que precisaría. Su mano accionó sobre los mandos, su pie derecho piso enérgicamente a fondo contra el botón de disparo y, aunque el trepidante «flutter» se disparó hacia abajo en una aceleración de ocho gravedades telúricas, Cloud sabía a la milésima de segundo cuánto tiempo tendría que mantener aquella aceleración para lograr la velocidad requerida. Si bien no resultaba realmente larga en cuanto a tiempo, sí lo era respecto a la incomodidad que implicaba. Le llevó mucho más cerca de vórtice de lo que había pretendido; en efecto, se encontró justamente sobre el propio cráter.

Pero mantuvo el curso calculado y, en el preciso instante, cortó la marcha y soltó la bomba más grande. Entonces, con una rapidez que sólo dejaba ver una mancha de su imagen aceleró nuevamente hasta las ocho gravedades y comenzó a describir círculos como solo es capaz de hacerlo un «speedster» o un «flutter». Prácticamente inconsciente debido al terrible efecto de la aceleración lineal y angular, Cloud lanzó las dos bombas pequeñas. No le importaba que no cayeran en el centro del cráter ni cerca del observatorio, pues ya lo había previsto. Luego, sin esperar a completar el círculo o a enderezar el vuelo del vehículo, la mano de Cloud se asió a la palanca cuyo cierre accionaría al Bergenholmy dejaría al «flutter» libre de inercia.

Demasiado tarde. Aquello parecía un infierno, con el pequeño vehículo velocísimo aún inerte. Sin embargo, Cloud se había movido rápido. Su entrenado

cuerpo y mente habían estado trabajando con la mayor rapidez y en perfecta coordinación. Simplemente, había faltado tiempo, Si hubiera dispuesto del tiempo deseado, diez segundos completos, o siquiera nueve, lo habría conseguido, pero...

A partir de entonces, a pesar de lo que había sucedido, Cloud defendió su acción. ¡Tenía que alcanzar la lectura 8,3 de segundo! Otra décima de segundo y la bomba no caería a tiempo, no llevaría la deriva del cinco por ciento que necesitaba. Y ahora ya no podía tampoco esperar a otra ocasión. Sus pantallas protectoras ya no resistían más y, si aguardaba a que se presentara otra ocasión, quedaría carbonizado dentro de su puesto.

La bomba salió disparada y fue a hacer impacto directo, exactamente en el lugar deseado. Su penetración fue perfecta. La envoltura de neocarballoy sólo resistió el tiempo necesario, y la terrorífica carga de duodec hizo explosión si no exactamente en el centro del vórtice, al menos sí lo suficientemente cerca de él como para cumplir su cometido. En otras palabras; las suposiciones de Cloud resultaron en extremo aproximadas. Pero el tiempo, en conjunto, había sido demasiado corto.

No había salido el «flitter» del cráter cuando la bomba hizo explosión. Pero no fue solo la explosión de la bomba; los pronósticos de Cloud quedaron materializados y, además, la descomunal energía del vórtice se fundió con la del duodec detonante para formar un todo completamente incomprensible.

En parte, el infernal torrente de lava hirviendo que había dentro de aquella diabólica caldera fue impulsado hacia abajo por la imponente fuerza de la explosión y, en parte, fue arrojado fuera en masas, en gotas y a torrentes. Y los enfurecidos aires provocados por la explosión acometían contra los fragmentos, los hacían añicos, y los arrojaban todavía con mayor violencia en su carrera. Y solidificado, golpeaba impetuoso contra las paredes del cráter, arremetiendo con tal furia que hacía derrumbarse hacia afuera la muralla pétreo y compacta, para abrir brechas irregulares en torno al cráter, por donde salían los gases chirriantes que luego se mezclaban con la atmósfera.

Por otra parte, la onda expansiva originada, o los fragmentos volantes, o lo que fuera, alcanzó también a las dos bombas sueltas y las hizo explotar, añadiendo su contribución a la ya de por sí formidable concentración de fuerza. No se encontraban tan cerca del «flitter» como para destruirle, pero sí lo suficiente como para no hacerle ni a él ni a su piloto ningún bien.

La primera terrorífica sacudida alcanzó al «flitter» cuando la mano derecha de Cloud se encontraba en el aire, dirigiéndose al panel para manipular en el Berg. El impacto agitó su brazo hacia abajo y a un lado, haciendo que se fracturasen los dos huesos del antebrazo al ser golpeado contra el borde del cuadro. Cuando llegó la segunda conmoción, un instante después, quedó rota su pierna izquierda. Entonces empezó el desastre.

Pedazos de rocas sólidas o semifundidas aporreaban el casco del «flitter»,

destruyéndole las alas y los timones de profundidad. Incandescentes bloques de escoria derretida se precipitaban contra los cohetes y toberas, que después se solidificaban y los ocluían. El endeble artefacto volador había caído presa de aquellas descomunales fuerzas que le llevaban de aquí par allá sin poder resistirse a ellas, lo mismo que una hoja suelta a merced de las aguas de unas cataratas. Y el cerebro de Cloud se encontraba tan hueco como un huevo, a causa de las violentas concusiones que caían sobre él desde tan distintas partes y casi todas al mismo tiempo. Sin embargo, con un solo brazo, una sola pierna y las pocas células de su cerebro que todavía le funcionaban, el físico seguía luchando.

Haciendo un supremo esfuerzo de voluntad y nervio, desplazó su mano izquierda sobre el teclado giratorio del interruptor del Bergenholm. Lo impulsó y, en el momento de cerrarlo, descendió sobre él una inmensa y tranquila paz, como si fuera un manto. Porque, afortunadamente, el Berg seguía funcionando; el «flutter» y cuanto llevaba a bordo se encontraba libre de inercia. Nada importante podía golpearle y producirle ningún mal. Ahora podía fluctuar sin esfuerzo, alejándose de la más leve amenaza que se le acercara.

Cloud deseó desvanecerse entonces, pero no lo hizo por completo. En vez de ello, trató de volver la vista, turbia, para mirar al cráter. Nueve décimas partes de sus placas visuales no funcionaban, pero finalmente logró echar un vistazo. ¡Excelente! Todo había salido bien. No estaba sorprendido; tenía plena confianza en que todo iba a salir bien. Tampoco había diseminado ningún micro-vórtice. No podía haberlo sido, pues la única posibilidad de que así ocurriera era disparando sobre la parte superior del mismo y no en la inferior.

Su segundo esfuerzo consistió en localizar el observatorio secundario, donde tenía que *aterrizar*, y también en esto tuvo éxito. Le quedaba la suficiente inteligencia como para comprender que con todos los cohetes prácticamente ocluidos y las alas y la cola fuera de funcionamiento podía aterrizar por inercia con aquel pequeño aparato. Sin embargo, no le quedaba otra solución que efectuar un descenso libre.

Y a fuerza de habilidad y con un empleo extremadamente no ortodoxo de los cohetes que le quedaban en uso hizo un aterrizaje libre, casi dentro de los límites del campo del observatorio. Una vez posado del todo, dejó el «flutter» a merced de su inercia.

Pero, como ya se ha dicho, su cerebro no funcionaba del todo bien; había mantenido a su aparato libre de inercia algunos segundos más de lo que creía, y ni siquiera se daba perfecta cuenta de las colisiones que había soportado. Como consecuencia de estas cosas, su velocidad intrínseca no se ajustaba exactamente a la del terreno donde reposaba. Así, cuando Cloud cortó el Bergenholm, devolviendo con ello al «flutter» la velocidad e inercia absolutas que tenía antes de entrar en caída libre, dio lugar a una decreciente colisión final.

Hubo un último y terrible golpetazo cuando el Inmóvil vehículo topó contra el suelo, igualmente inmóvil; y Cloud «Storm», destructor de vórtices, se apagó como

una luz proverbial.

Llegaron los redoblados servicios de socorro. El piloto estaba inconsciente y las puertas del «flitter» no podían ser abiertas desde el exterior, pero aquéllos no eran unos obstáculos insuperables. Una plancha, ya suelta, estaba siendo retirada, y el piloto era cuidadosamente sacado de su prisión y era llevado urgentemente al Hospital de la Base dentro de la ambulancia bajo la inmediata asistencia facultativa.

Y más tarde, en una oficina privada de aquel hospital, el jefe del laboratorio de Investigaciones Atómicas, vestido de gris, aguardaba sentado, pero no pacientemente.

—¿Cómo está, Lacy? —preguntó el jefe de Sanidad Militar que entró en la habitación—. No morirá, ¿verdad?

—Claro que no, Phil; decididamente, no —repuso Lacy con vivacidad—. Posee un esqueleto verdaderamente bueno. Las quemaduras son superficiales, y responderá enseguida al tratamiento. Los efectos retardados y profundos de las radiaciones a las que estuvo expuesto pueden ser neutralizados con entera eficacia. Ni siquiera va a necesitar de un tratamiento «Phillips» para la restauración de las partes dañadas, salvo posiblemente para unos cuantos músculos descompuestos o cosa parecida.

—Pero ha sufrido bastantes lesiones serias, ¿no? Sé que se le fracturó un brazo y una pierna, al menos.

—Son solamente simples fracturas; carecen de importancia —Lacy hizo un gesto despectivo con la mano para implicar que eran simples huesos rotos—. Estará fuera dentro de pocas semanas.

—¿Cuánto tiempo tengo que esperar para verle? —preguntó el Hombre de la Lente-físico—. Tengo que tratar con él de cosas importantes y debo entregarle un mensaje lo antes posible.

Lacy arrugó los labios. Luego dijo:

—Puedes verle ahora mismo. Ha recobrado el conocimiento, y es lo suficientemente fuerte. No mucho tiempo, desde luego. Phil... quince minutos a lo sumo.

—De acuerdo, y gracias.

Una enfermera llevó al Hombre de la Lente visitante junto a la cama de Cloud.

—¡Hola, estup...! —exclamó alegremente—. Eso de «estup» es un abreviativo de estupendo, no de estúpido —aclaró.

—Hola, jefe. Me alegra ver a alguien. Siéntese.

—Eres el hombre más buscado de la Galaxia —le dijo el visitante al enfermo—, sin exceptuar a Kimball Kinnison. Mira este carrete de cinta, y sólo es el primero. Lo he traído para que lo leas a tus anchas. Tan pronto como un planeta se entere de que contamos con un destructor de vórtices, con un experto que realmente sabe dónde hay que pegar (y las noticias viajan con gran rapidez), ese planeta envía una petición de Primera Clase A, doblemente urgente, reclamando tus servicios.

»A lo que parece, Sirio IV fue el primero que hizo la oferta, pero Aldebarán II le fue a la zaga y, desde entonces, todos los canales están ocupados. Canopus, Vega,

Rigel, Spica... Todos, desde Alsakan a Vandemar, te están reclamando. Les hemos contestado diciendo que no recibiríamos a ninguna delegación personal; tuvimos que arrojar materialmente a una pareja de chickladorianos de cabello rosado, para convencerlos de nuestras intenciones, y de que se tendría en cuenta la edad y condición del vórtice de que se trate, sin prioridad en la petición formulada.

—Exactamente —convino Cloud—. Considero que es la única forma de realizarlo.

—Así que olvídate de ese trauma psíquico... Bueno, no quiero decir eso —se apresuró a rectificar el Hombre de la Lente—. Ya me entiendes. El deseo de vivir es el factor más importante para la recuperación de un hombre. Ahora hay muchos mundos que reclaman tus servicios para que renuncies a ello, ¿no crees?

—Supongo que sí —asintió Cloud sombrío—. Pronto saldré de aquí. Y continuaré mi labor hasta que uno de esos vórtices termine lo que éste ha empezado.

—Hijo mío, entonces te morirás de viejo —le aseguró el Hombre de la Lente—. Poseemos muchos datos; toda la información que necesitamos. Ya sabemos lo que hay que hacer con tus pantallas protectoras. La próxima vez no pasará a través de ellas más que la luz, y sólo la que tu desees. Podrás quedar esperando tan cerca del vórtice como quieras durante el tiempo que te plazca, hasta poseer con exactitud los datos de actividad e intervalo de tiempo que necesites. Estarás tan seguro y cómodo como si te encontraras en tu propia cama.

—¿Eso es cierto?

—Absolutamente; o, al menos, tan seguro como podemos estarlo de algo que no hemos experimentado nunca. Pero veo que el ángel guardián que tienes aquí está mirando al reloj implacablemente, así que tendré que irme antes de que me echen. ¿Está todo claro, Storm?

—Tan claro como el éter, jefe.

Y así es como «Storm» Cloud, físico atómico, se convirtió en el mejor especialista de los anales de la ciencia y cómo llegó a ser el único destructor de vórtices de la Galaxia.

¡GUARDEMOS EL PLANETA NEGRO!

Henry Kuttner

La estratonave me dejó en Estocolmo, y un ferry aéreo me llevó al Fiordo de los Truenos, donde había nacido. En seis años, nada había cambiado. Todavía se alzaban las rocas negras contra el mar embravecido, en el que en otro tiempo habían flotado las velas rojas de los vikingos, y el profundo rugido de las aguas surgió para darme la bienvenida. Freya, el gerifalte de mi padre, estaba planeando contra el cielo. Y en lo alto del acantilado estaba el Hall, con su torre en continua vigilancia sobre el océano del Norte.

Mi padre estaba esperando en el porche. Era un gigante que había envejecido. Nils Esterling siempre había sido un hombre silencioso. Sus delgados labios parecían cerrados sobre algún secreto que nunca contaba, y creo que siempre tuve un poco de miedo de él, aunque nunca fue malo conmigo. Pero entre nosotros había un golfo. Nils parecía... encadenado. Me di cuenta de esto por primera vez cuando lo vi contemplando a los pájaros volar hacia el sur ante la llegada del invierno. Sus ojos tenían un deseo enfermizo que, en alguna forma, me hizo sentir Incómodo.

Encadenado, silencioso, taciturno; había envejecido, siempre un poco apartado del mundo. Y —siempre creí— temeroso de las estrellas. Durante el día, contemplaba a su gerifalte volar contra el azul oscuro del cielo, pero por la noche echaba las cortinas y nunca salía afuera. Las estrellas significaban algo para él. Tan sólo una vez, había estado en el espacio; nunca volvió a aventurarse de nuevo más allá de la atmósfera. Lo que le había sucedido allá fuera era algo que yo desconocía. Pero Nils Esterling había vuelto cambiado, con algo muerto dentro de su alma.

Yo iba a salir ahora. En mi bolsillo estaban mis papeles, resultado de seis años de trabajo exhaustivo en Punta Cielo, donde había sido cadete. Partiría mañana a bordo del «Martius», con rumbo a Calixto. Nils me había rogado que pasase primero por casa.

Así que estaba aquí. Y el gerifalte bajó planeando, en picado, aferrándose sus garras como si fueran de hierro en el puño enguantado de mi padre. Era como una bienvenida. Freya también era viejo, pero sus ojos dorados eran aún brillantes, y su presa mortal.

Nils estrechó mi mano sin levantarse, Me hizo un gesto indicándome una silla.

—Me alegra que volvieses, Arn. Así que aprobaste. Fue bueno el oír eso. Mañana estarás en el espacio.

—Hacia Calixto —dije—. ¿Cómo estás, Nils? Temí... Su sonrisa no contenía alegría.

—¿Que estuviese enfermo? ¿O quizá agonizante? No, Arn. He estado agonizando durante cuarenta años —miró al gerifalte—, y ya no importa mucho ahora. Aunque

espero que acabe pronto. Sabrás porqué, cuando te cuente acerca... acerca de lo que me pasó en el espacio hace cuatro décadas. Trataré de no parecer amargado, pero es duro. Tremendamente duro —de nuevo, Nils miró al gerifalte.

Prosiguió, tras un momento, trenzando la cuerda por entre las patas de Freya.

—No tienes mucho tiempo, si es que tu nave parte mañana. ¿De qué puerto? ¿Newark? Bien... ¿quieres comer?

—Comí en el ferry, papá. —Muy pocas veces le llamaba así. Movi6 inquieto sus grandes espaldas.

—Tomemos algo de beber —llamó al sirviente y, al cabo de un momento, hubo ante nosotros unos highballs. No pude reprimir el pensamiento de que aquí el whisky era incongruente; en el Hall deberíamos haber bebido ale en cuernos. Bueno, eso fue en el pasado. Un pasado ya muerto.

Nils pareció leer mi pensamiento.

—En alguna forma, las cosas antiguas permanecen, Arn. Llegan a nosotros dentro de nuestra sangre, así que...

—«Waes hael» —dije.

—«Drinc hael» —vació el vaso—. Nudos de músculo se agolparon en los extremos de sus mandíbulas. Con un movimiento repentino y furioso, lanzó al gerifalte, deslizando el cordón por sus patas. Freya se alzó en el aire con un grito estridente y chillón.

—El instinto de volar está en nuestra raza —dijo Nils—. De ser libres, de luchar y de volar. En los días antiguos nos convertimos en vikingos a causa de esto. Leif el Afortunado navegó hasta Groenlandia; nuestros navíos fueron más allá de las Islas del Estaño hasta Roma y Bizancio; navegamos hasta el mismo Catay. En el invierno calafateábamos nuestros cascos y afilábamos nuestras espadas. Luego, cuando el hielo se abría en los fiordos, las velas rojas se alzaban de nuevo. Ran nos llamaba... la Ran de los mares, diosa de lo desconocido.

Su voz cambió, citando a un antiguo poeta:

«Qué es la mujer que te olvidaste de ella». Y del hogar, y de tus campos.

Para irte con la vieja Enviudadora gris...».

—Sí —dijo Nils Esterlín con un brillo enfermizo en sus ojos—, nuestra raza no puede ser aprisionada, o muere. Y «yo» he estado aprisionado por cuarenta años. ¡Por todos los infiernos de todos los mundos! —murmuró, temblándole la voz—. ¡En una maldita prisión! Mi alma se pudrió antes de que hubiera pasado una sola semana en la Tierra. Aún antes de eso. Y no había forma de salir de mi prisión; la cerré con mis propias manos, y rompí la llave.

«Nunca supiste de esto, Arn. Lo sabrás ahora.

Me lo contó, mientras la lenta noche caía, y la aurora boreal llameaba y se agitaba como lanzas de luz en el cielo polar. Los Gigantes del Hielo estaban caminando, pues un helor repentino sopló por el fiordo. En lo alto, el viento gritaba, como los sonidos de las trompetas de las Valquirias.

Muy por debajo de nosotros, rugía el mar, agitándose con su deslizante e irresistible movimiento, espumeando contra las rocas. Por encima de nosotros, las estrellas lucían brillantes.

Y en el puño de Nils, adonde había vuelto, descansaba el gerifalte Freya, adormecido, agitándose un poco de vez en cuando, pero contento con permanecer allí.

Había sido hacía algo más de cuarenta años, dijo Nils, en su juventud, cuando la sangre hirviente cantaba por sus venas, y el espíritu vikingo ardía en su interior. Los mares habían sido domados.

La forma de vida de sus antepasados ya no le estaba permitida, pero había nuevas fronteras abiertas...

Los golfos entre las estrellas contenían misterios, y Nils se enroló como marino de primera clase en una espacionave, un herrumbroso carguero, que efectuaba el Gran Círculo de las rutas comerciales. De la Tierra a Venus, y, girando de nuevo hacia afuera, a los principales planetas.

La vida lo endureció, tras unos pocos años. Y en Polonorte Marte, en un tugurio donde expendían «satha», se encontró con el capitán Morse Damon, veterano de la Guerra de los Asteroides.

Damon le habló a Nils de las Valquirias: las guardianas del Planeta Negro.

Era duro y enjuto y grisáceo como una roca desgastada por el tiempo, y su mirada oscura no contenía calor. Sorbiendo «satha» aguada, contempló a Nils Esterling, fijándose en el chaquetón de cuero sintético gastado en los puños y en los codos, y en las roídas correas de sus sandalias elásticas.

—Conoce mi nombre.

—Seguro —dijo Esterling—. Veo los noticiarios. Pero no lo han mencionado desde hace algún tiempo.

—No, no desde que terminó la Guerra de los Asteroides. El pacto que hicieron me dejó sin trabajo. Tenía una fuerza guerrillera combatiendo a lo largo del Cinturón, en otro año yo habría sido capaz de alterar el equilibrio.

Damon se alzó de hombros.

—No sirvo para otra cosa —más que para luchar. Me quedé con una nave. Me lo debían. La «Vulcan». Es una buena nave, bien hecha y rápida. Pero no puedo usarla a menos que firme un contrato con las grandes compañías. Además, no quiero hacer cabotaje. Al infierno con eso. He estado corriendo aquí y allá, por todo el sistema, buscando... Bueno, no sé el qué. Intenté una o dos veces prospectar minerales. Pero el explotar los lotes y sudar por unas pocas toneladas de mineral es aburrido. No es mi clase de vida.

—Hay una guerra en Venus.

—Cosa de niños. Yo voy detrás de algo grande. Voy detrás de... —sonrió torcidamente—, fantasmas. Valquirias.

—Entonces, Marte no es el sitio correcto. Noruega, en la Tierra...

La mirada de Damon se hizo más aguda.

—No Noruega. El espacio. Dije Valquirias... mujeres con alas.

Esterling bebió «satha», notando como el frío y atontador licor se deslizaba por su garganta.

—¿Una nueva raza en algún planeta? Nunca oí hablar de humanos alados,

—¿Ha oído hablar del Agujero de la Gloria y del Cajón de Davy Jones? ¿Quiere usted decir que ha estado tres años en el espacio y no ha oído hablar de las Valquirias... del Planeta Negro?

Esterling depositó cuidadosamente su vaso. ¿Cómo sabía Damon que llevaba tres años de espacionauta? Hasta ahora, había pensado en esto como en un encuentro casual, dos terrestres bebiendo juntos en un mundo extraño. Pero ahora...

—Se refiere a la leyenda —dijo—. Nunca le presté mucha atención: Cuando una nave revienta en el espacio, la tripulación va al Planeta Negro después de muerta. Es el cielo de los espacionautas.

—Sí. Una leyenda, eso es todo. Cuando se hallan pecios, se encuentran todos los cadáveres dentro... ¡naturalmente! Pero la historia dice que hay mujeres aladas, llámelas Valquirias, que viven en un mundo invisible en alguna parte del Sistema.

—¿Y usted cree que existen en realidad?

—Creo que hay una verdad tras la leyenda. No es tan sólo una creencia terrestre. Los marcianos, los vesubianos, los calistanos... todos tienen sus leyendas acerca de mujeres aladas del espacio.

Esterling tosió en la atmósfera llena de humo.

—¿Y bien?

—Ahí va. No hace mucho, me encontré con un arqueólogo, un tipo, llamado Beale. James Beale. Usa un montón de títulos detrás de su nombre, y durante diez años ha recorrido el sistema, buscando datos sobre el Planeta Negro, reuniéndolos por todas partes. Me enseñó lo que ya tenía, y era muy convincente. Todo encajaba. Un fragmento de información de Venus, una historia de más allá de lo... Principalmente leyendas, pero también había hechos. Los suficientes como para hacerme creer que existe un mundo invisible en alguna parte del espacio.

—¿Invisible? ¿Cómo?

—No lo sé. Beale dice que debe ser un planeta con un albedo muy bajo... o algo así. Absorbe la luz. El pueblo alado vive en él. A veces salen de allí. Tal vez tengan naves, aunque no sé nada sobre esto, claro. Y así tenemos las leyendas. Beale y yo vamos a ir al Planeta Negro.

—De acuerdo —dijo Esterling—. Suena bastante raro, pero podría usted tener razón. Sólo que... ¿qué es lo que espera hallar allí?

Damon sonrió.

—No lo sé. En cualquier forma, algo excitante. Beale está seguro de que debe haber tremendas fuentes de energía en ese mundo negro. No creo que perdamos nada con la aventura. Infiernos, estoy cansado de no hacer nada, de vagar por el sistema

esperando a que suceda algo... que nunca sucede. No estoy vivo más que cuando combato. Y, en cierta forma, eso es un combate.

—¿Quiere un trabajo?

—¿Le falta gente?

—Mucha. Parece usted fuerte... —Damon extendió la mano por encima de la mesa y apretó los bíceps del otro. Su rostro se alteró, no mucho, pero lo bastante como para convencer a Esterling de lo que ya sospechaba.

—De acuerdo, Damon. —Se subió la manga, revelando un brazalete de oro macizo sujeto a su antebrazo—. ¿Es esto lo que persigue?

Las aletas de la nariz del capitán se distendieron. Mantuvo fijamente la mirada de Esterling.

—Quiere usted que pongamos las cartas sobre la mesa?

—Claro que sí.

—Acabo de regresar de Noruega, en la Tierra —dijo Damon—. Fui allí a buscarle. Beale averiguó lo de! brazalete.

Esterling asintió con la cabeza.

—Es una herencia. Perteneció a mi tatarabuela, Gudrun. No sé de dónde lo sacó.

—Lleva una inscripción. Hace cien años, sacaron una copia de la misma para el Museo de Estocolmo. Beale encontró esa copia. .Puede leer el alfabeto rúnico, y el brazalete lleva una inscripción...

—Lo sé.

—¿Sabe lo que significa?

—Habla algo sobre las Valquirias. Supongo que es parte de una antigua «Edda».

Damon produjo un sonido en lo profundo de su garganta.

—No es eso exactamente. Da la localización del Planeta Negro.

—¡Y un infierno! —Esterling se sacó el brazalete y lo examinó cuidadosamente—. Pensé que era puro simbolismo. La runa no significa nada.

—Beale piensa que sí. Vio la copia, ya se lo dije, y era incompleta. Pero averiguó lo bastante como par convencerle de que era la inscripción completa de la localización del Planeta Negro.

—Pero, ¿cómo...?

—¿Y cómo puedo saberlo? Tal vez el pueblo alado visitó en una ocasión la Tierra, quizá alguien encontró el Planeta Negro por accidente y recordó sus coordenadas espaciales, y las escribió donde las tuviera seguras... en un brazalete. En alguna forma, su tatarabuela lo obtuvo.

Esterling contempló el aro dorado.

—No me lo creo.

—¿Se enrolará conmigo como sobrecargo, para ir en busca del Planeta Negro? Según parece, por sus ropas, un trabajo no le iría mal.

—Seguro que no. Pero un trabajo como ese...

—De cualquier modo, hable con Beale. Le convencerá. Esterling hizo una mueca.

—Lo dudo. No obstante, supongo que no tengo nada que perder. —Miró de nuevo el brazalete—. De acuerdo, lo veré.

Damon se alzó, echando unas monedas en la manchada mesa de aleación metálica. Esterling acabó su «satha», consciente de que la traicionera destilación marciana estaba afectándole. El «satha» actuaba así. Le daba a uno una engañosa claridad fría que escondía su potencia. Los marcianos, con su diferente metabolismo, podían tomarlo; pero era peligroso para los terrestres.

Y ahora era doblemente peligroso para Esterling. Caminó junto a Damon a lo largo de la curvada calle, alzándose sobre él los adornados y aparentemente frágiles edificios de Polonorte Marte... aquellos que no estaban en ruinas. Era posible erigir altas torres en Marte, dada la escasa gravedad, pero los frecuentes terremotos que agitaban el viejo planeta derrumbaban a menudo esos edificios convirtiéndolos en ruinas.

Cerca del espaciopuerto esperaba un hombre, delgado, parecido a un enano de un cuento de hadas, y con un rostro magro y anguloso. Estaba atusándose un desmeñado bigote y temblando por el frío en su delgada ropa blanca.

—Me han tenido esperando mucho tiempo —dijo, quejándose, y su voz era un gemido agudo—. Estoy casi helado, maldita sea. ¿Es ese Esterling?

—Esterling... Beale. Tiene el brazalete. Los dedos de Beale volaron hacia su boca, y sopló sobre ellos.

—Cielos, eso es un descanso. Hemos estado buscándole por todo el Sistema, amigo. Hace una semana nos enteramos de que había embarcado desde lo para Polonorte Marte, así que vinimos hacia aquí a toda velocidad para esperarle. Supongo que el capitán le ha hablado del Planeta Negro.

Esterling se sentía algo enfermo en aquel aire helado. Tuvo un momento de duda, preguntándose si Damon habría drogado sus bebidas. Automáticamente, su mano saltó a su cinturón, pero había empeñado su pistola aquella mañana.

—Habla con él —dijo Damon—. Yo me cuidaré de la nave.

Desapareció en las sombras. Beale miró hacia arriba al nórdico.

—¿Le importaría dejarme ver el brazalete? Gracias...

Miró miópicamente al aro de oro. Las dos lunas daban escasa luz, y Beale sacó una pequeña linterna. Su respiración silbó.

—Santos cielos, señor Esterling, no puede usted tener ni idea de lo que esto significa para mí. Ya sabe que la copia del Museo de Estocolmo es incompleta. Algunas de las runas son ¡legibles. Pero esto...

—¿Dice dónde se puede encontrar... ese mundo negro? Estoy algo borracho, pero todo ese cuento me suena a cosa de locos.

Beale parpadeó.

—No hay duda. No hay duda. Las leyendas acerca del Valle de los Reyes en Egipto parecían cosa de locos hasta que finalmente fueron descubiertas las tumbas. La leyenda de las Valquirias, las mujeres voladoras, está muy extendida por el

espacio. Hay algunos indicios... Razoné por inducción. Todo encajaba. Estoy totalmente convencido de que hay un planeta así, y de que hace cien mil años el pueblo alado visitó nuestro propio planeta. Dejaron trazas. Quizá hayan muerto ya, pero sus artefactos, permanecen.

—¿Sí?

—Cogí esto en Venus. Lo habían encontrado flotando libremente en el espacio. ¿Qué es lo que ve en ello? —Beale rebuscó por sus bolsillos y sacó un trozo de hueso y una pequeña varilla del grosor de un lápiz.

Esterling los examinó con un asombrado interés.

—Parece un omoplato humano... o parte de él.

—¡Sí, claro! ¿Pero y la extensión... la prolongación? ¡Es la base ósea para un ala, amigo! Fíjese en esa construcción de encaje a bola, y los surcos en los que han jugado los tendones, lo bastante fuertes como para mover alas.

—¿Una deformidad?

—Ningún científico estaría de acuerdo con usted —dijo secamente Beale, colocándose de nuevo el hueso en el bolsillo—. Mire la varilla.

Esterling no le podía extraer ningún significado.

—¿Es una arma?

—Actualmente es un arma sin energía. La desmonté. Está basada en un principio totalmente distinto a todo lo que conocemos. Quizá funcione por emisión de cuantos atómicos. No lo sé. Pero espero averiguarlo, y tan sólo hay un lugar en el que pueda hacerlo. El nórdico se frotó el mentón.

—Así que la clave está en mi brazaletes. Y quieren que me una a ustedes, ¿no?

—Andamos faltos de gente. Hay dificultades... —Beale se estremeció de nuevo, mirando hacia el oscuro espacio-puerto—. Soy un hombre pobre, y cuesta mucho dinero el aparejar una nave.

—Creí que Damon tenía una: la «Vulcan».

Antes de que Beale pudiera responder, se oyó desde la oscuridad un débil silbido. El científico contuvo el aliento.

—De acuerdo —dijo—. Venga.

Tomó del brazo a Esterling y lo urgió para que fuera hacia el campo.

Allí se alzaba una nave, brillando con un apagado reflejo plateado a la luz de las dos lunas. Recortado contra la portezuela de entrada estaba Damon, agitando un brazo, Beale dijo:

—Apresúrese —con voz recortada, y —echó a correr.

El «satha» había abotargado los sentidos de Esterling, o Damon había drogado su bebida. Notaba que algo no iba bien, pero una pesada y lánguida losa yacía sobre su mente, haciendo que el pensar necesitase de un tolerable esfuerzo. Dejó que lo guiaran hacia la nave.

Damon se inclinó hacia abajo, tomó su mano y lo alzó. El hombre era asombrosamente fuerte, a pesar de su frágil constitución. Esterling, perdido el

equilibrio, golpeó contra una plancha y rozó ásperamente contra la pared de la portezuela. Se giró a tiempo para ver como Beale subía, como si fuera una araña.

Sonaron pasos. Un hombre con uniforme de policía del puerto llegó corriendo a través del campo, alzando la voz en un grito. Esterling vio como Beale se giraba, mordiéndose nerviosamente los labios, y sacaba un arma. Disparó desde la compuerta, golpeando la bala justamente entre los ojos del policía.

El shock de esto despejó abruptamente a Esterling, pero antes de que pudiera moverse Darrion lo metió de un empujón en la nave. A lo lejos, comenzó a oírse el lamento de una sirena.

—¡Maldita sea! —dijo Beale, y subió corriendo a la cabina. Las válvulas se cerraron con un golpe sordo. Esterling, con el cuerpo entumecido por el licor o las drogas, dio un paso hacia adelante.

—¡Vigílalo, Beale! —saltó Damon—. Tengo que despegar.

El arma del científico apuntó a Esterling. Beale se humedeció los labios.

—Santos cielos —estalló—. ¿Por qué todo tiene que funcionar mal siempre? No se mueva, señor Esterling.

Damon se había acomodado en la silla de control. Habló brevemente por el micrófono, y luego apretó los botones de los cohetes. El suelo empujó salvajemente contra los pies de Esterling.

Beale se alzó y agarró una anilla sujetadora.

—Agárrese —ordenó—, Así está bien. No tenemos tiempo para salir por una órbita suave. Nos perseguirán...

—Nos persiguen —dijo secamente Damon. Esterling miró al visor. Polonorte Marte estaba cayendo hacia abajo, y la nave patrullera se estaba elevando con un estallido de rojo fuego de cohetes. El suelo se agitó turbadoramente mientras Damon jugaba con los controles.

—Obviamente, ésta no es su nave, capitán —dijo Esterling.

—Naturalmente que no —cortó Beale—. Pero teníamos que obtener una. No vigilan los espaciopuertos, así que Damon contrató a una docena de vagabundos y los armó... eran lo bastante como para ocuparse del retén de tripulación, así que...

—Así que mataron a la tripulación. Y lo he entendido. Sin girarse, Damon dijo:

—Correcto. Llevamos una tripulación de ineptos borrachines que no distinguen un cohete de una válvula de escape. Usted nos irá de perilla, Esterling, pues usted es un marino de primera.

La nave se agitó violentamente. Las planchas estaban al rojo vivo por la fricción con la atmósfera, y ahora el visor resultaba inservible. Pero era necesaria la aceleración para obtener la velocidad de escape. El casco, como bien sabía Esterling, era lo suficientemente resistente. No corrían peligro por la fricción. El verdadero peligro estaba en el patrullero.

—Es una nave rápida —gruñó Damon—. Una vez estemos fuera de la esfera de atracción, estaremos a salvo. Nadie nos podrá alcanzar. Ahora...

Dio más energía. El brillo rojo en el visor se fue apagando. Estaban fuera de la atmósfera.

El patrullero era visible, con puntitos de luz llameando desde sus costados. Beale hizo una mueca.

—Torpedos magnéticos, ¿no? Vamos... vamos a morir. Damon. ¿Teníamos que correr estos riesgos?

Entonces ocurrió. El «Vulcan» pareció detenerse a medio camino, atravesando todo su casco una chirriante y agitadora vibración. Esterling sintió cómo el suelo caía bajo él. Fue aplastado contra la pared, quedando sin aliento en una exhalación agonizante. Vio como Beale colgaba todavía de la anilla, saltando y balanceando su delgado cuerpo como un títere de sus cuerdas. Damon fue golpeado contra el tablero de instrumentos. Se semiirguió, echando sangre por su cara herida. Sin embargo, aún estaba vivo. Sus dedos se dirigieron a los botones.

Beale estaba gritando:

—¡Torpedo! ¡El aire...!

Damon lo maldijo con voz espesa, ininteligible. Se limpió la sangre de los ojos y miró por el visor. Bajo sus rápidas manos, la nave saltó de nuevo, fintó, y corrió hacia adelante como un galgo desatado.

Ahora parecía más rápida.

—¿Hay escapes? —preguntó tranquilamente Damon.

Beale seguía agarrándose a la anilla, con los ojos cerrados y el rostro grisáceo. Esterling dudó un momento y luego hizo un recorrido por la cabina de mando, escuchando en las puertas y las válvulas en busca de cualquier silbido que traicionase un escape de aire.

—Pruebe con un cigarrillo —dijo Damon—. ¿Tiene uno? Tenga —le tendió un paquete manchado de sangre.

Esterling contempló como el humo salía en volutas de su nariz. La única corriente de aire era la producida por el sistema de ventilación, así que todo iba bien. Hizo una pequeña seña con la cabeza.

Los negros ojos de Damon parecían como hielo.

—He estado tratando de entrar en contacto con la gente. Estaban en la amura. No he obtenido respuesta. ¿Qué le parecería si se pusiese un traje estanco y fuera a ver qué pasa?

—De acuerdo —dijo Esterling. Se dirigió a un armario y sacó un traje espacial reglamentario, introduciéndose en él con la facilidad dada por la práctica—. ¿Qué hay del patrullero?

—Lo estamos dejando atrás.

Beale se deslizó hasta quedar sentado en el suelo, sosteniendo la pistola con ambas manos. Estaba rezando en murmullos, pero se interrumpió para murmurar:

—Sáquese los cohetes, señor Esterling.— No deseamos que nos abandone.

El nórdico apretó los labios, pero una mirada al cañón del arma, apuntado

directamente contra su corazón, le hizo asentir con una sardónica resignación. Se sacó el arnés de los cohetes y lo dejó caer al suelo.

Salió a través de la compuerta del casco, accionando Beale los mandos. Marte ya estaba muy atrás, una apagada esfera rojiza recortada contra el negro cielo. Las suelas magnéticas de sus botas lo mantenían firmemente adherido contra el casco, y trabajosamente adelantó hacia la amura. Si tuviera su arnés de cohetes...

Sin él, la gravitación del navío, lo aprisionaba. No podía escapar. ¿Dónde estaba el patrullero?

No podía localizarlo entre las estrellas. Bueno, ya no importaba. Estaba bien metido en aquel lío. Su aliento empañó la mirilla transparente de su casco, por lo que conectó la rejilla calefactora.

Se sintió enfermo al alcanzar el lugar en que se había encontrado la amura. Toda aquella parte de la nave había sido arrancada. Fragmentos metálicos y restos humanos estaban pegados contra el casco, mientras que un negro fluido grasiento lo cubría, fluido que Esterling identificó como combustible para cohetes. Hizo una pausa en el torturado borde del orificio, mirando hacia el interior del agujero que había producido la explosión. Tras un momento, respiró profundamente y se introdujo en la oscuridad.

Diez minutos más tarde, regresó a la cabina de mandos, sacándose el traje. Beale continuaba rezando. Damon estaba en los controles, enjuagándose el sudor del rostro con un pañuelo carmesí. Le miró.

—¿Y bien? ¿Qué daños hay?

—Sólo quedamos nosotros tres con vida.

—¿Qué daños ha sufrido la nave? —gimoteó Beale—. ¡Santos cielos, amigo, eso es lo realmente importante! Esterling hizo una mueca disgustado.

—¿Sabían que el «Vulcan» iba repleto con un cargamento de combustible para cohetes?

—¿Y qué? —preguntó Beale.

Damon se giró de un salto, con una fría rabia en sus ojos. Enseñó los dientes en una mueca de ira.

—¡Maldición! —la exclamación explotó en sus labios.

—Sí —dijo Esterling—. Toda la parte delantera de la nave está destruida, y las mamparas internas no resistirán la fricción atmosférica. Cuando entremos de nuevo en una atmósfera, las planchas se calentarán mucho. El combustible para cohetes no puede explotar sin calor ni oxígeno, así que estamos a salvo mientras nos hallemos en el espacio. Pero en el mismo momento en que entremos en una atmósfera estallaremos como una bomba.

—¡Santos cielos! —jadeó Beale, temblándole los labios—. ¡Damon, tenemos que deshacernos de todo ese combustible!

El capitán dio un bufido.

—¿En el espacio? No podemos. La gravedad de la nave volvería a metérmolo.

—¡Entonces tenemos que buscar un planeta sin atmósfera y descargarlo allí!

Damon señaló al visor.

—El patrullero está siguiéndonos. Vamos más rápidos, pero nos dará alcance en el mismo momento en que disminuyamos la velocidad. No. Tenemos que seguir hasta que lo perdamos de vista. Después de eso...

—Sí. Supongo que eso es lo mejor. ¿Entonces, nos dirigiremos hacia afuera?

—Es la ruta más segura. Iremos hacia Plutón. Esterling encendió un cigarrillo.

—Están ustedes atrapados. No pueden esquivar al patrullero. ¿Por qué no se dan por vencidos y lanzan una humareda blanca?

Beale negó con la cabeza.

—No podemos hacerlo. Una vez lleguemos al Planeta Negro estaremos seguros.

—Mejor será así —dijo Damon—. Tan sólo para que se sientan mejor, les diré que el «Vulcan» no sirve ya para nada. Los tubos han sido alcanzados. Podemos realizar un aterrizaje de emergencia, con las escafandras, pero no podremos elevarnos de nuevo. ¿Sigues creyendo que encontraremos astronaves en ese Planeta Negro?

—Sí. Seguro que sí. El pueblo alado visitó la Tierra, al igual que otros planetas, en el pasado. Naturalmente, corremos un riesgo, pero...

—Es un riesgo que tenemos que afrontar —Oamon miró sardónicamente a Esterling—. ¿Quiere un arma?

—¿Eh?

—Tenga —el capitán le lanzó una automática de aire comprimido—. No sé qué es lo que encontraremos en el Planeta Negro, pero pueden surgir complicaciones. En cualquier caso, no tendría ningún significado que usase esa arma contra nosotros. ¿O es que cree que la patrulla iba a tragarse el que lo habíamos raptado?

Lentamente, Esterling se enfundó el arma.

—Supongo que no. Pero está usted corriendo un riesgo.

—No lo creo. Repartiremos con usted todo lo que encontremos en el Planeta Negro. Según Beale, eso será mucho dinero. Suficiente para sobornar a la ley. Intente algún truco, y lo mejor que podrá esperar es un juicio de la patrulla, con todas las cartas en contra de usted. Infierno, guarde la pistola —terminó encogiéndose de hombros—. No es usted ningún tonto. Seguirá el juego.

—Sí —dijo Esterling—. Creo que no tengo elección.

Damon rió para sí.

Mutilada, rota, convertida en una mortífera bomba de tiempo, la «Vulcan» atronaba por la eterna noche del vacío. El cinturón de asteroides quedaba hacia atrás, con su parpadeante danza de luces de los pequeños mundos. El inmenso Júpiter se hacía cada vez más grande, un globo color perla con una herida escarlata abierta en su superficie... Luego, Júpiter se fue achicando y desapareció.

Saturno y su anillo se hallaban al otro lado del sistema, pero Urano los contemplaba en la pantalla del visor. Se hallaba ya fuera de la Zona de Vida, Hacía demasiado frío, y estaba demasiado lejos del sol para que aquí la vida existiese excepto bajo condiciones artificiales. Aquí y allí, en heladas lunas, se veían algunos

escasos domos espaciales, las avanzadillas de solitarios pioneros. Pero no había demasiados. Urano era la frontera, la barrera invisible más allá de la cual no era aconsejable aventurarse.

El mortal vacío de las soledades interestelares había extendido sus dedos de tremendo frío y tocado los mundos que giraban demasiado lejos del sol. Estaban malditos. Allí habían sido halladas piedras de ciudades arruinadas, artefactos tan antiguos que ninguna remota raza humana podía haber fabricado. Las heladas marcas del espacio y el tiempo, pulsando en ritmos que eónica duración, habían subido hasta enterrarlos, y luego habían retrocedido un poco.

Nunca había estado tan lejos. En las largas semanas a bordo del «Vulcan», se produjo un cambio en Nils Esterling, una herencia de su sangre que se abrió camino hacia la superficie, y trajo todo el misticismo latente de su raza. Estaba sondeando mares desconocidos, tal y como habían hecho sus antepasados, y algo que se encontraba en lo profundo de su ser, atávico y potente, se despertó a la vida.

Hay una leyenda que dice que a los espacionautas se les hielan sus almas en el primer viaje. Esterling tan sólo había estado lejos de la Tierra por pocos años, pero esos años habían sido mortíferos. Los viajes planetarios eran tareas agotadoras y abrumadoras para los hombres que van en las naves. Y en los lejanos y exóticos mundos del sistema, no hay nada similar a las verdes praderas y azules océanos de la Tierra. El ocre rojizo de fiarte quema la vista; las nieblas de irritante color amarillo de Venus se le meten a uno en los poros; la parpadeante luz en cascadas de Calixto altera los nervios hasta dejarle a uno medio loco. Los hombres no viven mucho en el espacio... ¡no! Así que, mientras viven, le sacan todo lo que pueden a la vida.

Hay las ardientes destilaciones del musgo de Tierra-azul, potentes productoras de sueños. Hay el frío y atontador «satha», y también el dulce licor «minga» que hacen en Ednes, en Venus. Y el whisky «segir», que transforma la mente en fuego rojizo. Hay la absenta de la Tierra y el Fruto de los Mundos que hacen los negros monjes de lo. Y hay drogas. Todos los vicios del sistema están a la disposición de quien puede pagarlos.

Nils había recorrido ese oscuro sendero, pues poco hay donde escoger. En escasos años, se había vuelto frío, inquieto, amargado. Había saboreado la exultación del vuelo espacial, y tras eso la Tierra le hubiera parecido aburrida. Ante él quedaban algunos años, períodos alternantes entre arduos viajes y locas orgías. Nada más. Al final, la muerte y un entierro en el espacio.

La vida lo había endurecido, construyendo una dura coraza bajo la cual había muerto el antiguo idealismo, convertido en rescoldos. Pero ahora... había un diferencia.

Tres mil años antes, sus antecesores se habían hecho vikingos, partiendo sus navíos de rojas velas de los fiordos del Norte. Inquietos, habían seguido adelante hasta mares desconocidos. La atracción de los misterios, de la exploración, los hacía proseguir. Esto es lo que daba un motivo ahora a Nils Esterling.

Hacía ya tiempo que habían dejado atrás al patrullero. Estaban totalmente solos, en un vacío casi inconcebible para la mente humana. El brillo frío e inmóvil de las estrellas no hacía sino dar mayor relieve a su aislamiento. Día tras día, la nave cruzaba el vacío, y nada cambiaba; el sol continuaba siendo una amarillenta estrellita, y la Vía Láctea se tendía a lo ancho del oscuro cielo como el Puente Bifrost que llega hasta Asgard, Bifrost, el Brillante Arco Iris a lo largo del cual cabalgan las Valquirias, llevando las almas de los guerreros muertos en batalla.

De hecho, la leyenda no quedaba fuera de lugar en este sitio inhumano, vacío sin aire en el que el hombre tan sólo entraba como un intruso, aventurándose en pequeñas naves que un meteoro podía destruir con facilidad. Nils Esterling sentía el misticismo de los lugares lejanos introduciéndose en su alma. Lo había sentido ya en otra ocasión, en el Valle del Éufrates, en el que la Creación había puesto el Jardín del Edén, y de nuevo en la Isla de Pascua, frente a los silenciosos titanes tallados cuyos orígenes se perdían en el pasado.

Había puertas y barreras, pensó: murallas construidas para impedir que los intrusos se aventurasen demasiado lejos. El hombre no había conquistado el espacio. Había alcanzado los mundos más próximos, pero más allá, en la vastedad de las galaxias, yacían misterios. ¡Aún más cerca que eso! Un Planeta Negro, girando mayestático, invisible, al borde del Sistema, guardando sus secretos...

¿Cuáles eran esos secretos?

En algunas ocasiones, el escepticismo volvía de nuevo, y Esterling se reía de su propia credulidad. ¿Cómo podía haber permanecido un planeta durante edades sin descubrir, más allá de la órbita de Plutón?

Tendría que haber sido invisible.

Pero ya en el siglo XX los astrónomos habían sospechado la existencia de un mundo transplutoniano, uno tan lejano del sol que su influencia era desdeñable, un mundo no visto, perdido en la increíble inmensidad del espacio. Sí, el Planeta Negro podía existir.

Beale pasaba horas realizando complicados cálculos. Había calculado la posición según las ruinas del brazalete de Esterling, y Darrion cambió el rumbo de acuerdo con esto. El pequeño científico observaba el visor, usando la lente telescópica, pero no podía divisar su objetivo.

—Debe de ser invisible —decía—. Es una buena señal. Esterling se lo quedó mirando.

—¿Por qué?

—En el plano natural, no hay duda que normalmente sea invisible, al menos de tamaño planetario. Esto significa que el enmascaramiento fue creado artificialmente. Los físicos han especulado sobre la posibilidad de una negaesfera...

—Yo he visto planetoides de un negro total —intervino Damon—. Uno no los veía hasta que estaba a unos pocos centenares de kilómetros.

—Los planetoides son pequeños, y se puede detectar su presencia por oclusión.

Una negaesfera artificial tendría la propiedad de alterar el camino de los rayos luminosos. Ya saben que las estrellas enanas pueden atraer hacia ellas la luz. Una negaesfera podría alterar su camino alrededor del planeta. El mundo no ocultaría ninguna estrella tras su masa.

Contemplaron el visor, pero no había nada allá afuera excepto los helados ríos de estrellas en el cielo nocturno.

El tiempo se arrastraba monótonamente. No había ni amanecer ni atardecer; comían cuando tenían apetito, dormían cuando estaban cansados. Y, siempre, el navío condenado volaba por la oscuridad. Hasta que...

No hubo ningún aviso previo. En un momento se hallaban en el espacio vacío. Al siguiente, Damon, en los controles, dio un seco grito y cortó los cohetes. La pantalla llameó con color blanco. Una campana comenzó a zumbar en tono agudo.

—¿Qué pasa? —Beale se apresuró a llegar hasta donde estaba Damon, inclinándose sobre el hombro del capitán. Contuvo el aliento. Esterling lo echó a un lado, mirando al visor.

En la pantalla se veía un mundo, grande, luminoso, claramente recortado contra el neblinoso fondo de estrellas. Había surgido de la nada. Pero no era negro, brillaba con una fría y móvil radiación. A través de él se movían mareas de luz viviente.

—El Planeta Negro —dijo Damon—. Pero...

La voz de Beale sonaba aguda por la excitación:

—¡«Había» una negaesfera! La atravesamos sin darnos cuenta. ¡Naturalmente! No es una barrera tangible; tan sólo es una cáscara vacía de oscuridad alrededor del planeta. Aquí, al borde del Sistema... —se quedó silencioso, contemplando el inmenso planeta que aparecía como una joya frente a ellos.

—Estamos en la atmósfera —dijo Esterling—. Miren a esas estrellas... ¿No las ven neblinosas? No podemos permanecer en la nave

Damon colocó al «Vulcan» bajo los controles automáticos, dando vueltas hacia abajo en una espiral decreciente. La campana de alarma continuaba sonando.

—Sí, será mejor que nos metamos en los trajes. ¡Vengan!

Hicieron los últimos, ajustes. Un golpe descoyuntador recorrió la nave. Esterling cerró de un golpe el casco, comprobó si tenía el arnés de cohetes y el arma, y trastabilló torpemente hasta la compuerta a causa de las pesadas botas del traje. Abrió la válvula.

Hizo una pausa en el borde del vacío espacio, mirando hacia abajo. Muy por debajo de él yacía el brillante planeta. No podía medir su tamaño. Ahora se veían menos estrellas; la negaesfera no parecía bloquear su luz, pero la atmósfera sí que lo hacía. Hubo —un instante de enfermizo mareo cuando salté.

Luego, cayó hacia abajo, y el pánico apretó su garganta. Instintivamente, apretó la palanca que activaba su arnés de cohetes, y su caída se vio frenada. Dos figuras pasaron a gran velocidad a su lado, grotescas en sus trajes: Beale y Damon. Desaparecieron.

Cayó de nuevo; todavía quedaba un largo camino hacia abajo, y no deseaba gastar su combustible. La «Vulcan» lo adelantó lentamente, con sus tubos funcionando espasmódicamente, picando hacia su destrucción. De la destrozada amura surgió una llamarada. Eso significaba que había oxígeno en la atmósfera.

Un funeral vikingo para los muertos de la nave, pensó Esterling. Contra la oscuridad del cielo, brilló repentinamente un rojo fuego. Era como un faro...

Golpeado por este nuevo pensamiento, miró hacia abajo. Seguramente las llamas atraerían la atención, si es que había alguna clase de vida en el planeta negro. ¿Pero qué vida podía existir en aquel aperlado y brillante globo, recorrido por mareas luminosas?

Siguió cayendo. La «Vulcan», ardía, rojo sobre negro. ¿Cuántos espacionautas habían contemplado visiones similares, contemplando sus naves destruyéndose, mientras ellos quedaban solos en el espacio, sin esperanzas de rescate? Ningún marino náufrago podía jamás haber sentido ni la décima parte de la total desolación que le oprimía desde el vacío. Los mares de la Tierra eran amplios, pero los mares del espacio no tenían costas.

No podía ver a Beale ni a Damon. ¿Qué ocurriría cuando alcanzase el mundo de allá abajo? ¿Lo tragarían aquellas mareas brillantes? No podía haber ninguna clase de vida allí.

Vacío, y sensación de caída. Una languidez hipnótica que abotargó el cerebro de Esterling.

A lo largo del cielo brillaba la Vía Láctea. Bifrost, por donde cabalgaban las Valquirias, las doncellas guerreras de Asgard. Las Valquirias...

Alrededor suyo batieron silenciosamente unas alas.

Durante un segundo que pareció durar siempre, un rostro contempló a Esterling. La sangre batió en sus sienes. Era una alucinación, pensó, ¡porque ella no podía existir!

Su cabello era amarillo paja, sus ojos azules como los mares del sur. Ninguna curva de su esbelto cuerpo quedaba oculta por la única prenda de gasa que la cubría, y en toda su vida Esterling nunca había visto a una muchacha que fuera la mitad de hermosa que ésta.

¡Ni la mitad de extraña!

De sus espaldas surgían alones; mientras que alas, brillantes con luz iridiscente, la mantenían en el aire. ¡Tenía alas!

Por un momento, la muchacha se mantuvo allí, mirando curiosamente a Esterling. Luego, un toque de malicia iluminó sus ojos azules. Hizo un movimiento rápido... y Esterling perdió la estabilidad debido a un violento tirón dado a su arnés. Todavía cayendo, giró lentamente en el aire, a tiempo para ver a una segunda muchacha, casi un duplicado de la primera, que se llevaba su arnés de cohetes.

Lo había arrancado... y Esterling caía libremente, ¡sin duda para detener su descenso hacia el brillante planeta de allí abajo!

Su garganta se secó por un repentino pánico; desenfundó su arma. Aparentemente, las muchachas aladas conocían el significado de las armas. La que llevaba el arnés lo dejó caer, y en perfecta sincronización se abalanzaron hacia Esterling. Impedido como se hallaba por la engorrosa escafandra, no tenía nada que hacer. Una mano aferró su brazo. Tiraron del arma hacia atrás y hacia arriba. Cayendo a través del espacio, no podía ejercer palanca, no tenía forma de hacer fuerza.

Inerme, luchó contra las Valquirias.

Desde el principio supo que era inútil. Ellas se hallaban en su propio elemento, ágiles, fuertes, hábiles. Al final, les dejó que le arrancaran el arma, cuando una desesperación suicida le invadió. Pero al parecer las muchachas no querían que muriese. Sus brazos lo aferraron, mientras las, grandes alas pulsaban y batían. La caída de Esterling se vio frenada.

Muy por debajo, el planeta fue creciendo. Las mareas de luz recorrían su superficie. Llenaba casi medio cielo.

La «Vulcan», todavía en llamas, cayó y fue tragada por el brillo luminoso.

El mundo se hizo cóncavo, y luego plano. La perspectiva cambió. La esfera ya no colgaba en el vacío; había un enorme océano en movimiento por debajo. En ese brillante mar se veían islas que navegaban bajo la acción de las tremendas mareas como si fueran naves.

En las islas se alzaban ciudades, de aspecto frágil, con una curiosa arquitectura diferente a cualquiera otra que Esterling hubiera visto antes. No había ninguna planificación regular. Algunas de las islas eran grandes, otras pequeñas. Pero todas eran como jardines, consteladas de nubes de torres y minaretes que parecían lustrosas joyas.

Las Hespérides, las Islas Afortunadas. Océano de luz viva se estrellaban contra esas extrañas cotas. Las islas se movían mayestáticamente a través de los ondulantes y móviles mares, como pecios de un planeta perdido.

Esterling cayó hacia una de ellas, prisionero de las Valquirias.

Vio sobre las torres a una miríada de formas voladoras, moviéndose con grácil sencillez. ¡El pueblo alado! No todo eran mujeres. Había también hombres, con alas más fuertes y oscuras.

Sobre Esterling se alzaron paredes. Estaba siendo transportado por un conducto circular. Tuvo un instante de enfermiza confusión, durante el cual fue medio cegado por alas que batían y se agitaban a su alrededor. Luego notó cómo los fuertes brazos se relajaban.

Bajo sus pies había terreno firme. Se encontraba en una pequeña plataforma de algún material plástico teñido de azul. Tras él se abría, en la pared, un corredor. Por debajo de sus pies el pozo se hundía hacia profundidades desconocidas.

Las Valquirias aterrizaron junto a él. Notó gráciles dedos que trasteaban en su casco. Y la mirilla fue echada hacia atrás. El aire del nuevo mundo se precipitó en sus

pulmones.

Una bocanada le demostró que no había ningún peligro. Era puro, fresco y dulce, con una sutil sensación cosquilleante que casi producía intoxicación. Los azules ojos sonrieron a Esterling.

—«D'rn sa asth'neeso —las palabras no tenían ningún significado, pero sí el gesto que las acompañó. Esterling dudó. Una Valquiria pasó a su lado, recogió sus alas como si fueran una capa a su alrededor y penetró en las profundidades del pasadizo.

—«¡lyan sa!».

La siguió, con la otra muchacha pisándole los talones. Apartaron un tapiz, y se encontró en un apartamento, obviamente una alcoba, aunque no construida para humanos. Las paredes eran transparentes como el cristal.

Al parecer, se hallaba en una de las torres más altas. Bajo él se extendía la ciudad. Más allá, la lujuria de un bosque exuberante, y aún más allá el deslumbrador torbellino del mar luminoso. El pueblo alado volaba y planeaba por entre las torres.

La Valquiria que Esterling había visto en primer lugar se acercó murmuró unas pocas sílabas líquidas y gorgoteantes, y su compañera desapareció. Luego, sonriendo sin miedo ante la vista de Esterling, golpeó el pecho de su traje espacial e hizo un gesto interrogativo.

Su voz sonó dura en el silencio:

—Sí. Creo que no necesito esto. —Satisfecho, se sacó la molesta vestimenta y el casco. La muchacha se señaló el pecho.

—Norahn —lo repitió— Norahn... Norahn.

—Norahn —dijo Esterling. ¿Su nombre? Imitó su gesto—. Nils.

Se oyó un ruido de pasos tras ellos. Un grupo de Valquirias apareció por detrás de la cortina, llevando entre ellas a dos figuras que se debatían: Beale y Damon. Se detuvieron al ver a Esterling. Damon abrió su casco.

—¿Qué es esto? ¿También le cogieron su arma?

—Tómenlo con calma —dijo Esterling—. Son amistosas. El que estemos aún con vida lo prueba.

Damon gruñó y comenzó a sacarse el traje, Beale, moviendo silenciosamente sus labios, hizo lo mismo. Las Valquirias se echaron atrás, como esperando.

—Norahn —dijo Esterling indeciso—. La muchacha le sonrió.

—«Vanalsa inio».

Señaló a la puerta. Una Valquiria entró, llevando una gran bandeja llena de frutas, desconocidas para los terrestres. Norahn cogió un globo escarlata y le dio un bocado, ofreciéndoselo luego a Esterling.

El sabor era extraño, pero ácidamente placentero. Damon gruñó, se sentó en el suelo y comenzó a comer. Beale se mostró más dubitativo, olisqueando cada fruto cuidadosamente antes de probarlo, pero pronto los tres hombres se estuvieron atiborrando. Era un cambio muy apetecible después de las raciones espaciales. Casi no se dieron cuenta cuando las Valquirias se fueron marchando.

Tan sólo quedó Norahn. Tocó la esfera roja que Esterling estaba comiendo y dijo

—«Khar. Khar».

—«Khar. Norahn».

Con la boca llena, Beale espetó:

—Un buen signo. Se están tomando la molestia de enseñarnos su lenguaje. Santos cielos, todavía no puedo acabármelo de creer. Toda una raza de gente voladora...

—«Khar», Nils. «Khar».

El tiempo no existía en el mundo de las Valquirias. Las islas flotadoras erraban con las mareas brillantes, llevadas por una corriente incesante que giraba alrededor del mundo. Lo que era aquel extraño mar era algo que nunca pudo averiguar Esterling. No era agua, aunque uno se podía bañar en ella. El pueblo alado picaba, se zambullía bajo la superficie, y salían con brillantes gotitas cubriendo sus cuerpos. Tal vez fuera radiactividad. O cualquier otra fuente de energía menos comprensible, una fuerza extraña que hacía que el Planeta Negro fuera diferente al resto del sistema.

Norahn les dijo, cuando hubieron aprendido a hablar su idioma, que el planeta procedía del exterior. En la antigüedad, antes de lo que el pueblo alado recordaba, había girado alrededor de otro sol, situado a años-luz de distancia. En aquel entonces habían estado en su edad de la ciencia. Ya no tenían ninguna necesidad de esa ciencia ahora, aunque los útiles permanecían. Los ojos de Beale se iluminaron.

—No tenemos archivos, ni recuerdos. Fue hace demasiado tiempo. Creo que hubo una guerra, y que nuestra gente huyó, moviendo este planeta como si fuera una nave. Atravesaron el espacio. Hace mucho, visitaron los planetas de este sistema. Contenían vida, pero la vida no era inteligente. Y tuvieron miedo de que sus enemigos les siguieran y los destruyeran. Así que construyeron la negaesfera, para ocultarse de aquellos que pudieran perseguirlos. Esperaron. Los años pasaron. Los siglos pasaron, y las edades. Y cambiamos.

Las alas de Norahn se extendieron.

—Se olvidó la ciencia; no teníamos ninguna necesidad de ella. Volamos. ¡Volamos! —brevemente, se le iluminaron los ojos con éxtasis—. Tal vez sea decadencia, pero no le pedimos nada más al universo. Ha pasado mucho tiempo desde que cualquiera de nosotros se aventurara fuera de la negaesfera. En realidad, está prohibido. Cae una maldición sobre todos los que abandonan este mundo.

—¿Una maldición? ¿Qué...?

—Eso no lo sé. Algunos se aventuraron en naves, pero no regresaron. La vida es buena aquí. Tenemos nuestras alas, y nuestras ciudades. Cuando llegamos cerca de la Oscuridad, emigramos.

—No comprendo eso —dijo Esterling—. ¿Qué es la Oscuridad?

—Pronto lo sabrás. Las mareas nos están acercando a ella, y pronto tendremos que buscar otra isla. Ya lo verás...

En el horizonte se alzaba una muralla de oscuridad. Una monstruosa montaña de nebuloso negro, iluminada morbosamente por relámpagos rojos que chisporroteaban

intermitentes entre la oscuridad. La isla flotaba hacia ella... y el pueblo-pájaro se preparó para partir.

—No puede existir vida en la Oscuridad —dijo Norah—. La única tierra que hay en este mundo son las islas flotadoras, y siguen la marea. Mientras están en el lado de la luz, podemos vivir en ellas. Cuando entran en la Oscuridad, buscamos otra isla, hasta que dan media vuelta al planeta y vuelven a surgir de nuevo.

Esterling miró a la gran nube.

—¿Y qué pasa con vuestras ciudades? ¿Resultan dañadas?

—No, lo encontramos todo tal y como lo dejamos. Nuestros sabios dicen que hay una cierta radiación en la Oscuridad que destruye la vida, tal y como hay otras radiaciones aquí, en el mar, que nos dan energía y nos hacen alados.

—¿Cómo...?

—No lo sé. Tan sólo hay leyendas —Norahn se alzó de hombros—. En realidad, no importa. Dentro de unas horas tendremos que partir hacia otra isla. Estad preparados.

Esterling nunca olvidaría aquella extraña emigración a través del brillante mar. El pueblo alado se elevó como una nube, llevando las escasas posesiones que necesitaban, que no eran demasiadas. Dos Valquirias transportaban a Esterling; otras se hicieron cargo de Beale y de Damon. Sus grandes alas los transportaron fácilmente por encima del océano.

Tras ellos, la isla desierta flotó hacia la Oscuridad.

Mirando hacia atrás, Esterling notó como un escalofrío lo recorría. Su sangre nórdica le dio un aviso repentino. Pensó en Jotunheim, el lugar de la noche, en donde los Gigantes Helados esperan su hora para abalanzarse contra los Aesir...

La nueva isla era como la primera, aunque mayor, y con una mayor extensión de bosque. Y la vida no cambió.

Los tres terrestres tomaban escasa parte en ella; sin alas, se veían constreñidos. La asistencia del pueblo alado prosiguió sin afectarles, aunque Esterling no se mostraba tan ensimismado como los otros. No se preocupaba demasiado por ello. Estaba contento con observar, y hablar con Norahn; con verla planear sobre el brillante mar. Norah les dijo que estaban prisioneros:

—Si es que le podéis llamar así, ya que la libertad de este mundo está abierta para vosotros. Pero no podéis ir. En el pasado, navíos de vuestro sistema se han estrellado aquí a veces, y algunos hombres han sobrevivido, aunque no por mucho tiempo. Los tratamos bien. Nos los llevamos a lugar seguro cuando las islas entraron en la Oscuridad... y al cabo de un tiempo murieron. Vosotros también permaneceréis aquí.

—¿Por qué? —preguntó Damon.

—Porque traeríais al resto de vuestro gante aquí. Somos felices: hemos pasado la edad de la ciencia, y ya no la necesitamos. Estamos perfectamente adaptados a nuestro hábitat, pero aquí hay grandes fuentes de energía. Y vuestra raza desearía esta

energía. Nuestro planeta quedaría arruinado para nosotros. Tomaríais nuestras islas para construir enormes y horribles maquinas. Ni siquiera podríamos luchar, pues hemos olvidado cómo.

—Deben de tener algunas armas —dijo Beale.

—Tal vez... pero no las necesitamos. Hemos escondido nuestro mundo; lo guardamos contra los intrusos... ésta es nuestra mayor seguridad. No podemos luchar, ni lo deseamos. Hace edades que todo esto murió en nuestra raza, poco después de que nuestra ciencia alcanzase su cénit y se detuviese allí. Todo lo que necesitamos está al alcance de nuestra mano, sin un mayor esfuerzo por nuestra parte.

—Pero las máquinas —persistió Beale—, necesitarán reparaciones, ¿no? ¿No se estropean nunca? Norahn encogió sus brillantes alas:

—Son tan simples que un niño podría repararlas. Ése fue el último interés que demostraron nuestros científicos, o al menos eso es lo que dice la leyenda. Trabajaron hasta que ya no hubo ninguna necesidad de seguir inventando, y entonces trabajaron para simplificar. Aún uno de vosotros, que nunca ha visto una máquina de hacer comida o un telar «noyai», lo podría reparar en unos pocos minutos si se estropease. No, ya no tenemos ninguna necesidad de armas o inventos o cualquier otra cosa excepto volar —sus grandes alas se alzaron sobre su cuerpo y temblaron un poco—. Me canea el estar quieta y el hablar, aunque sea contigo, Nils. Volveré.

Se zambulló desde la torre y desapareció en la fría y perlada luz.

—Entonces, tienen espacionaves aquí —dijo Beale. Su voz sonaba ansiosa—. Esto es obvio, o Norahn no se hubiera molestado en decirnos que éramos prisioneros. Y podremos hacerlas volar si es que las encontramos. Me preguntaren dónde...

—Lo encontraremos —dijo Damon.

Entonces ocurrió lo increíble. Desde hacía mucho tiempo, Esterling había estado consciente de una curiosa sensación centrada en sus omoplatos, pero no se dio cuenta de su significado hasta el día en que, desnudo hasta la cintura, se estaba afeitando ante un espejo improvisado. Damon, dijo algo en una voz sorprendida.

—¿Eh? —Esterling se cortó, la mejilla—. ¿Qué sucede?

En lugar de responderle, Damon llamó a Beale. El científico llegó desde la habitación adjunta frotándose los ojos.

—Mira la espalda de Esterling —le dijo el capitán—. ¿Crees...?

Beale contuvo su respiración.

—¡Santos cielos! No se dé la vuelta, amigo. Déjeme ver.

—¿Qué pasa? —Esterling atisbaba frente al espejo.

—Algo está creciendo de sus omoplatos. ¡Qué me coman los diablos! —murmuró Damon—. No puede ser. ¡Norahn!

La grácil figura de la muchacha apareció sobre el balcón.

—¿«Estan'ha? ¡Oh! —saltó suave al suelo y corrió hacia delante—. Estate quieto, Nils.

Notó cómo su fría mano tocaba su espalda.

Una extraña y cosquilleante sensación estaba agitándose en el interior de Esterling. Aún antes de que Norahn hablase, comenzó a sospechar la verdad.

—Alas —dijo—. Sí... así es como crecen. De los brotes, expandiéndose lentamente hasta que alcanzan todo su tamaño.

Damon se había quitado la camisa y estaba frente al espejo.

—Qué raro —murmuró—. Y no los tengo. ¿Y tú, Beale? —El científico parpadeó.

—Claro que no. No tengo ninguna de esas características recesivas en mis genes. Ni tú tampoco.

Esterling le miró.

—¿Qué quiere decir?

—La respuesta es obvia, ¿no? Me había preguntado la forma; en que el brazalete, con su runa sobre el Planeta Negro, había llegado a sus manos. ¿No habían pertenecido a su tatarabuela?

—A Gudrun. Sí. Pero...

—¿Qué es lo que sabe acerca de ella?

—Muy poco —dijo Esterling—. Me contaron que era rubia, con ojos azules, y muy bonita. Había alguna clase de misterio a su alrededor. No vivió mucho, y el brazalete fue entregado a su hijo.

—Ya había viajes espaciales en los días de su tatarabuela —dijo Beale—. Y Norahn dice que algunos de sus congéneres abandonaron el planeta en sus naves. Es bastante obvio de dónde procedía Gudrun, ¿no?

—Ella... ella no tenía alas.

—Las alas pueden ser amputadas. Aparentemente, son una característica recesiva, transmitida a usted por su tatarabuela.

Esterling temblaba un poco.

—¿Y entonces cómo es que crecen ahora? ¿Cómo es que no nací con ellas?

Beale señaló con la cabeza hacia la ventana, tras la cual se agitaba el brillante mar.

—Hay algunas radiaciones en este planeta... radiaciones que no existen en ningún otro punto del sistema. Usted nació con brotes de alas en la espalda, pero necesitaban el ambiente adecuado para desarrollarse. Esa radiación especial existe aquí. Si nunca hubiera venido a este planeta, nunca le hubieran crecido las alas.

Norahn sonrió feliz a Esterling.

—¡Pronto podrás volar, Nils! Te enseñaré cómo...

Fue como recobrar la vista después de haber sido ciego de nacimiento. El vuelo abrió ante Nils Esterling panoramas que nunca había contemplado. Aprendió con sorprendente facilidad. Después de que las alas hubieron alcanzado todo su desarrollo, los músculos también se fueron haciendo más fuertes. Nunca olvidaría su primer vuelo. No fue largo, pero la sensación de completa y absoluta libertad, la abrupta y fácil retención de su caída, hizo que la sangre hirviera en sus venas. El

vuelo era una borrachera mental. Su fuerza era mayor que la de cualquier licor que Esterling hubiera jamás probado.

Y Norahn le enseñó, tal y como le había prometido.

Ahora comprendía la intoxicación que sentía el pueblo alado.

La humanidad terrestre había abandonado a Esterling. Ahora era un miembro más del pueblo alado. El vuelo era su herencia, la tremenda y excitante delicia de la absoluta libertad, no atada por las dimensiones.

La isla flotaba inexorablemente hacia la Oscuridad.

Ya era tiempo de otra emigración. El pueblo alado se alzó y se marchó, en busca de un nuevo hogar. No obstante, Beale y Damon se retrasaron. Estaban determinados a permanecer en la isla cuando se introdujese en la oscuridad.

En la ventana, Norahn contemplaba el cielo, en donde la gran negrura se hacía a cada momento más amenazadora...

—Es peligroso. Moriréis.

—Tal vez la radiación no nos dañe a nosotros —gruñó Damon—. Y nos gustaría saber lo que hay en la oscuridad. Beale piensa...

—No sean estúpidos —dijo hoscamente Esterling—. Saben demasiado bien que no pueden vivir en un lugar en el que no pueda vivir el pueblo alado. Supongo que no puedo evitar el que cometan suicidio. Pero, ¿qué es lo que esperan ganar quedándose en la isla?

Ilógicamente, Beale y Damon persistieron en su argumentación. Persistieron mientras la oscuridad se acercaba cada vez más. Las dos compañeras de Norahn se iban poniendo más y más nerviosas. Finalmente, echaron a volar, con los rostros pálidos por la proximidad a la barrera de negrura.

Esterling las vio alejarse.

—De acuerdo —dijo—. Tal vez Norahn y yo podamos llevarles. Tomen una decisión, porque vamos a irnos también nosotros... ¡ahora mismo!

Damon capituló con sorprendente rapidez.

—De acuerdo. Supongo que también tendremos que irnos, si es que no quieren esperar hasta que estemos más cerca de la oscuridad.

—Ya estamos demasiado cerca. Beale tendrá que olvidarse de su curiosidad. Norahn, ¿pueden llamar a algunos de tu gente para que regrese a ayudarnos?

Ella negó con la cabeza.

—Están demasiado lejos. No se quedan en una isla cuando se acerca demasiado la Oscuridad. Pero podré llevar fácilmente al hombre pequeño.

—De acuerdo. Súbase a mi espalda, Damon. Así. Cójase con las piernas alrededor de mi cintura. Ahora...

Las alas eran potentes. Beale era pequeñito, y Damon no era ningún gigante. Esterling y Norah se dejaron caer desde el balcón, abrieron totalmente sus alas y planearon, ganando altura. La isla se alejó bajo ellos.

Volaron sobre el brillante mar. A lo lejos, en la distancia, se veía una mancha que

indicaba dónde se hallaban las gentes aladas, en un apretado grupo.

—Escuche —dijo Damon al oído de Esterling—. Esta gente tiene espacionaves, ¿no es así?

—Las tuvieron.

—¿Dónde están?

—En algunas de las islas. Pero en ninguna de las que hemos vivido.

—Pero usted las ha visto.

—Sí... desde arriba.

—Y yo también. En una ocasión, cuando nos llevaron a visitar otra isla. Sé donde se encuentran ahora, teniendo en cuenta el movimiento de la marea —hubo una pausa. Damon prosiguió—: ¿Le interesaría salir de este mundo?

Esterling sonrió ligeramente.

—Es raro. Nunca pensé en eso. Me gusta este lugar.

—Bien, a mí no me gusta. ¿Qué le parecería dejarnos en un lugar desde el que pudiéramos ¡legar a una espacionave?

—¿Se refiere a una de las de ellos? No es posible. Por una parte, no podrían hacerla volar. Por otra, ¿qué hay del combustible? Recuerde que no han usado esas naves desde hace épocas.

—Oh, sí, lo han hecho. Norahn nos ha contado cómo algunos de ellos han salido al espacio y nunca han vuelto, y acerca de lo fácil que es manejar todas las máquinas de aquí. Me arriesgaré con el combustible. Aunque creo que debe estar preparado... Así es como parece operar la maquinaria de este mundo. Y si la nave es tan simple... Bueno, puedo manejar cualquier cosa que vuele.

—Y volvería con un ejército, ¿no? Norahn tenía razón, Damon. Este mundo debería de permanecer aislado. La gente de aquí es feliz.

—¡Y un infierno feliz! ¡Beale! —la voz de Damon sonaba seca—. ¡Ahora!

Esterling vio cómo el científico, que se hallaba a una docena de metros, se movía rápidamente. Tenía un arma en la mano. Apretó la boca del cañón contra la sien de Norahn. Simultáneamente, el nórdico notó un frío anillo de acero tocando su propia sien.

—Tómeselo con calma —dijo tranquilamente Damon—. No trate de hacer ningún truco. Puedo disparar antes de que me deje caer. Y también Beale.

El rostro de Esterling estaba pálido.

—Todo va bien —dijo, con su voz alterada—. Sigue normalmente, Norahn:

—Sí —secundó Damon—. Sigán, pero con una dirección distinta. Nos van a llevar a una espacionave, Esterling. O les volaremos las cabezas a usted y a Norahn.

—¿De dónde sacaron las armas? —preguntó.

—De donde habían estado escondidas —dijo Damon—. He estado planeando esto durante bastante tiempo. No podía enfrentarme con todos ustedes, pero supuse qué si podía quedarme a solas con usted y Norahn...

—Sí —dijo Esterling—. Sí.

Fue un largo vuelo. Los músculos de las alas estaban cansados y doloridos cuando comenzó a crecer en la distancia una islita, pasando a ser, de una pequeña mancha, una amplia extensión. Beale gritó algo y señaló.

—Puedo ver naves ahí abajo —dijo Damon al oído de Esterling—. No obstante, no veo a gente alada. Supongo que permanecen alejados de todo lo que les recuerde la ciencia. Baje... tranquilo.

Obedientemente, Esterling planeó bajando con las corrientes del brillante aire, al lado de Norahn. Las filas de naves plateadas, con forma de torpedo, se fueron aproximando. Damon silbó al ver su diseño.

—¡Apostaría a que son muy rápidas!

Esterling aterrizó suavemente. Damon saltó de su espalda, con el arma preparada, esperando hasta que Norahn y Beale hubieron descendido.

—Ten tu pistola lista —le dijo al científico—. Quiero comprobar esta nave.

La compuerta era extremadamente fácil de manejar. En un momento desapareció en el interior. Los otros esperaron en tensión. Al cabo de un rato, Damon reapareció, sonriendo.

—Tenía razón. Hay instrucciones simples en los controles. Cualquiera que conozca la astrogación podría manejarlos. Y están llenas de combustible. Y bien, Esterling, ¿qué le parecería el venir con nosotros?

El nórdico miró a Norahn.

—No —dijo—. Me quedo.

Beale se mordió los delgados labios.

—Maldita sea —murmuró—. Damon, tendríamos que llevarnos alguna prueba con nosotros.

—Tenemos la nave.

—Seguro, pero cuando traigamos gente de regreso aquí nos ayudaría mucho el conocer todo lo posible acerca del pueblo alado. Quizá no puedan luchar, pero han heredado armas. Nunca las hemos logrado localizar, y Norahn podría darnos mucha información.

—¡Norahn! —chilló Esterling—. ¡Vete de aquí! ¡Rápido!

Saltó sobre Damon, golpeando con el puño el arma del capitán. Se oyó un apresuramiento de pasos tras él, y algo le golpeó en la cabeza con contundente fuerza. La debilidad descendió como si fuera agua por todo su cuerpo. Casi no sintió cómo el puño de Damon golpeaba su mandíbula.

Entre sueños, oyó chillar a Norahn. Se oyó el apagado sonido de una válvula cerrándose, y luego un tremendo estallido de cohetes y un aullido de aire desplazado. Esterling, caído boca abajo, murmuró débilmente y trató de alzarse. No podía.

Un punto negro iba disminuyendo en el cielo.

—¡Norahn! —dijo roncamente—. ¡Norahn...!

En alguna forma, se arrastró sobre pies y manos. Estaba ciego y enfermo de dolor, y notaba como si su cráneo hubiera sido fracturado. Pero otra espacionave se alzaba

entre los árboles, y tenía que alcanzarla...

En alguna forma logró hacerlo. Nunca sabría cómo. En alguna forma, se arrastró a lo largo de brillantes corredores y encontró un tablero de instrumentos que bailaba ante sus ojos. Después, se imaginó que debió de hacer todas las cosas requeridas para las que habían sido entrenados sus reflejos, y que son similares para cualquier nave que recorre los caminos espaciales. Debió de cerrar las válvulas y derrumbarse en el sillón del astrogador, y encontrar los instrumentos adecuados con sus temblorosas manos. Pero todo esto lo hizo por pura fuerza de voluntad.

Cuando se le aclaró la cabeza, la pantalla del visor situada frente a él estaba llena por el vacío estrellado del espacio. Ya había atravesado la negaesfera. El mundo de Norahn se había desvanecido, y por un instante recordó la maldición que se decía que caía sobre todos los nativos que abandonaban aquel mundo.

Tras esto, transcurrió una eternidad. Esterling no podía abandonar los controles; apenas si se atrevía a apartar su mirada de la pantalla visora, y un dolor punzante y enloquecedor golpeaba su cerebro dentro del cráneo.

Damon volaba hacia el sol, y Esterling lo seguía tenazmente. Alcanzaron la órbita de Plutón.

Y, poco a poco, en una infinitesimal gradación, la nave que huía se fue haciendo más grande en la pantalla.

Esterling manipulaba los controles con una atontada inconsciencia. Ya estaban casi juntos, el perseguidor y el perseguido. Y ahora..., ahora...

Con un impacto sorprendentemente ligero, hizo chocar su nave contra la de Damon, y sin detenerse a ver los resultados se giró hacia el armario del que colgaban las escafandras.

Fue mientras se estaba enfundando el traje cuando por primera vez se dio cuenta de lo que había sucedido con sus alas. Los grandes miembros brillantes que lo habían transportado sobre los centelleantes mares del mundo de Norahn habían perdido su color... colgaban flácidos.

En el vacío, se propulsó de un golpe hacia la otra nave. No se dirigió a la compuerta de entrada; Damon debía de estar esperando que hiciera esto. Por el contrario, Esterling se acercó aferrándose con las manos al casco, hacia una compuerta de emergencia situada a proa. La abrió.

Beale lo estaba esperando.

Esterling miró para asegurarse de que el compartimento de proa estuviese herméticamente cerrado, con la puerta sellada. Norahn estaba en esta nave, y tenía que ir con cuidado. Pero la válvula estaba apretada.

Beale disparó. La bala atravesó el traje de Esterling y su hombro al hacer éste una finta. Pero tan sólo era una herida superficial. Cerró el agujero del traje arrebujaando el tejido con una mano, y la otra se extendió hacia atrás para abrir la compuerta de escape.

Beale no llevaba traje protector.

Logró hacer otro disparo antes de que el aire fuese arrancado de sus pulmones, pero la bala partió loca, rebotando contra el metal. El tremendo chorro de aire que escapaba por la compuerta arrastró a Beale, golpeándolo contra Esterling. Los dedos del científico se agarraron frenéticamente al traje del otro.

Beale se deslizó, con sus ojos desorbitados, y su lengua completamente salida de la boca. Esterling miró al cadáver sin emoción.

Cerró la compuerta tras él, abrió la puerta al resto de la nave y, rápidamente, se quitó el molesto traje y casco. El vacío ya había sido reemplazado por aire fresco. Esterling recogió el arma de Beale y atravesó la puerta.

Cuatro pasos lo llevaron a otra puerta. La abrió.

Estaba frente a Damon. En un rincón de la cabina de mandos yacía Norahn, atada. Sus alas estaban... marchitas.

Damon disparó. La bala golpeó a Esterling en alguna parte. Dio un paso hacia adelante. Norahn estaba llorando, muy silenciosamente, como un niño adolorido.

—Váyase —susurró Damon—. Quédese donde está. Le...

Avanzó el arma, contrayendo el dedo sobre el gatillo. Esterling lanzó su propia arma contra el rostro del otro mientras saltaba. Su mano derecha encontró la muñeca de la mano armada de Damon. Su izquierda se aferró a los apretados músculos del cuello.

Norahn estaba llorando, amargamente, sin esperanzas...

—Lo maté —dijo mi padre—. Con mis propias manos. Pero sólo murió una vez.

Las olas golpeaban bajo nosotros, en el Fiordo de los Truenos. El cielo se había ido aclarando. Freya, el gerifalte, encapuchado y dormido, se agitó en el hombro de Nils Esterling.

Miré al oscuro mar.

—¿No podíais regresar?

—No. Aquellas alas nunca volverían a crecer. Tan sólo podían haberlo hecho en el Planeta Negro. Y una vez marchitas... —hizo un gesto desesperanzado—. Norahn y yo estábamos desterrados a la Tierra. Era la legendaria maldición que caía sobre cualquier miembro de su pueblo que abandonase aquel mundo. Y... y ella había nacido para volar.

El borde del sol apareció sobre el horizonte. Nils miró directamente a sus cegadores rayos.

—No dejé que la llevase de regreso. El Planeta Negro es para aquellos que tienen alas. No para los que tienen que permanecer en el suelo. La traje a la Tierra, Arn, la traje aquí. Murió cuando tú naciste. Apenas si pasó un año... Tuvimos felicidad, pero fue agri dulce. Porque habíamos volado.

Nils desencapuchó al gerifalte. Freya se movió, erizó sus plumas, parpadeando con sus ojos dorados.

—Volar —dijo mi padre—. Dejar de volar es morir. Norahn murió en un año. Y durante más de cuarenta años yo he estado encadenado aquí, recordando, Arn... —se

sacó algo de su brazo, y me lo puso en la mano—. Esto es tuyo ahora. Vas al espacio. Tu herencia está allí, más allá de la órbita de Plutón, en donde las islas del pueblo alado vagan sobre las brillantes mareas del mundo de Norahn. Que también es tu mundo. En ti llevas la semilla del vuelo.

Miró al gerifalte.

—No tengo palabras para hablarte de tu herencia, Arn. Nunca la conocerás hasta que tengas alas. Y entonces...

Nils Esterling se alzó, echando a volar el gerifalte. Freya chilló estruendosamente. Sus alas batieron el aire. Voló en círculos, se alzó, subiendo sobre los vientos.

La mirada de mi padre se clavó en mí mientras deslizaba el brazalete dorado en mi brazo. Se derrumbó de nuevo en la silla, como si estuviera exhausto.

—Eso es todo, supongo —dijo cansinamente—. Ya es tiempo de que te vayas. Y... Te diré adiós.

Lo dejé allí. No me vio marchar. En un determinado momento me giré, ya muy lejos por el sendero sobre el Fiordo de los Truenos, y vi que Nils Esterling no se había movido. Estaba mirando hacia arriba, a Freya, que planeaba en el azul.

La siguiente vez que miré, el borde del farallón ocultaba el Hall. Y todo lo que podía ver era el vacío cielo, y al gerifalte volando en círculos en él, sobre sus espléndidas alas.

PORTAL EN EL TIEMPO

Catherine L. Moore

Llegó lentamente, con largos, suaves y ponderados pasos, a lo largo del vestíbulo de su casa del tesoro. Las riquezas de muchos mundos se hallaban aquí, a su alrededor; había saqueado el espacio y el tiempo para buscar los tesoros que llenaban este lugar. Las telas que moldeaban ricamente sus pliegues contra sus grandes miembros mientras caminaba también eran en sí mismas tan valiosas como cualquier otra cosa contenida por aquellas paredes, tejido formado por gasas impresas para formar relieves en diseños que no tenían significado tan lejos del mundo sobre el que habían sido creados, pero que en su belleza eran universales. Pero él, en sí mismo era más hermoso que cualquier otra cosa de aquella vasta colección. Lo sabía complacido, era un cálido y agradable conocimiento que se hallaba en lo más profundo de su mente.

Su movimiento era bello, pura energía que se esparcía por sus piernas mientras caminaba, con su gran masa poderosa y grácil. Las preciosas telas que usaba se deslizaban abiertas por sobre su magnífico cuerpo. Recorrió con una sensual palma su costado, apreciando la textura de aquella extraña delicadeza grabada en un tejido más delgado que la gasa. Sus ojos eran altivos y estaban semicerrados, brillando multicolores bajo sus pesados párpados. Ojos que nunca tenían por dos veces el mismo color, pero cuyos colores eran siempre hermosos.

De nuevo se estaba poniendo impaciente. Conocía bien ese sentimiento, ese familiar estremecimiento de descontento que se agrandaba y se hacía más fuerte muy en lo profundo de su mente. Era de nuevo tiempo para salir otra vez en busca de algo peligroso. En tiempos pasados, cuando había comenzado a llenar esta casa del tesoro, la belleza en sí misma había sido suficiente. Ya no lo era. También tenía que haber riesgo. Sus gustos se estaban volviendo caprichosos y tal vez algo decadentes, pues había vivido por largo tiempo.

Sí, tendría que haber un riesgo inherente a la captura de su próxima nueva riqueza. Tendría que buscar algo muy bello y muy peligroso, y obtener lo uno y vencer a lo otro. Y el solo pensamiento de esto hizo que sus ojos cambiaran de color y que la sangre palpitase más deprisa, en poderoso ritmo, a través de sus venas. De nuevo pasó su palma por los diseños en relieve del tejido que se moldeaba contra su cuerpo. Los grandes e ininterrumpidos pasos le llevaron silenciosamente sobre los dibujos de aguzados bordes del suelo.

Nada en la vida significaba mucho para él ya, excepto esas cosas bellas que su propia pasión por la belleza había reunido. Y aún acerca de éstas se estaba volviendo caprichoso. Miró al profundo marco colocado en la pared, justamente en el recodo del corredor, allá en donde sus ojos apreciativos no podrían evitar el contemplar los

objetos que contenía bajo el ángulo justamente correcto. Allí había un grupo de tres organismos colocados en una disposición que en otro tiempo le había producido un intenso placer. En su propio mundo podrían haber sido seres vivos, quizá hasta inteligentes. Ni lo sabía ni le importaba. Ni siquiera recordaba ahora si en su mundo habían existido ojos con que ver, o mentes que pudiesen reconocer la belleza. Tan sólo, le importaba el que le habían producido un agudo placer cada vez que giraba el recodo del corredor y los veía helados en eterna perfección dentro de su marco.

Pero mientras los miraba ahora, su placer se entenebreció. Sus semicerrados ojos cambiaron de color, recorriendo el espectro desde el verde amarillento hasta la fría pureza del verde puro. Este tesoro en particular había sido adquirido en perfecta seguridad; y ahora, al recordar esto, su valor disminuía para él. Y el estremecimiento de descontento creció en su mente. Sí, ya era tiempo para salir de nuevo de caza...

Y allí, colocada sobre un panel de seda, había una gran piedra oval cuya superficie exhalaba una luz tan suave como el humo, en oleadas cuyos colores cambiaban con lánguida lentitud. En otro tiempo el efecto había sido casi intoxicante para él. La había tomado del pavimento central de una plaza de una gran ciudad, en un mundo cuya localización había olvidado hacía mucho. No sabía si la gente de la ciudad le había dado valor, o siquiera si había percibido su belleza. Pero la había ganado tras tan sólo una breve lucha, y ahora, en su talante amargo, no tenía valor ante sus ojos.

Aceleró sus pasos, y la misma sólida estructura del palacio vibró perceptiblemente bajo sus pies mientras se movía con majestuosa solidez a lo largo del corredor. Todavía estaba recorriendo con una palma en ausente apreciación el tejido que cubría su potente costado, pero su mente ya no estaba en sus actuales tesoros. Estaba mirando al futuro, y el color de sus ojos había ido cambiando a lo largo del espectro hasta llegar al naranja, cálido con la expectación de peligro. Las aletas de su nariz se ensancharon un poco, y su amplia boca se inclinó por los costados en una mueca invertida. Los dibujos, de costados afilados como navajas, del suelo resonaban débilmente bajo sus pisadas, y sus agudas intrincaciones seguían vibrando aún después de que la presión de sus pasos había terminado.

Pasó al costado de una fuente de fuego coloreado, por la que había destruido una ciudad, sólo para hacerse con ella. Apartó un tapiz tejido con aguzados cristales inmovibles, que tan sólo su enorme fuerza podría haber movido. Produjo cascadas de destellos luminosos cuando lo tocó, pero su belleza ya no lo detuvo.

Su mente había corrido por delante de él, hacia aquella habitación en el centro del palacio, redonda y en penumbras, desde la que recorría el universo buscando botín, y a través de cuyos portales salía en sus expediciones. Llegó majestuosamente a lo largo del corredor hacia ella, pasando a lo largo de olvidados tesoros, mientras las gasas de sus ropas flotaban a su alrededor como si fueran nubes.

En la pared frente a él, en la semipenumbra de la habitación, una gran pantalla circular brillaba opacamente, esperando su foque. Un portal al tiempo y al espacio.

Un portal a la belleza y al peligro mortal y a todo aquello que hacía para él digna de vivir una vida que quizá ya se había prolongado demasiado. Necesitaba de severas medidas ahora, para lograr hacer vibrar sus cansados sentidos que en otro tiempo habían respondido tan ansiosamente a más estímulos de los que podía recordar. Suspiró, expandiéndose tremendamente su enorme pecho. En algún punto más allá de esa pantalla, sobre algún mundo que nunca antes había pisado, estaba esperando algún tesoro lo suficientemente bello como para tentar a su aburrimiento, y lo suficientemente peligroso como para superarlo por algún tiempo.

La pantalla se iluminó mientras se acercaba a la pared. Se movían en ella sombras desdibujadas. Vagos sonidos flotaban en el interior de la habitación. Sus maravillosos sentidos discriminaron los sonidos y las formas, y los hicieron a un lado mientras se formaban; sus ojos eran ahora redondos y luminosos, y los fuegos naranja se hicieron más profundos mientras miraba. Ahora, las sombras de la pantalla se movieron más rápidamente. Algo estaba tomando forma. Las sombras dieron un salto hacia atrás hasta adquirir una viveza tridimensional que parpadeó por un momento y que luego se concretizó hasta quedar enfocada, sobre un paisaje desértico, bajo un vivo cielo escarlata. Del suelo se alzaban una nube de altas flores, contorneantes, exquisitamente formadas, cuyos colores variaban en aquella extraña luz. Las contempló descuidadamente, e hizo una mueca. Y la pantalla se desdibujó. Buscó de nuevo en el vacío, cambiando de escena a curiosa escena y rechazándolas todas con una sola mirada. Había una pared de paneles translúcidos formando relieve alrededor de una ciudad que no se molestó en identificar. Vio un gran pájaro brillante que arrastraba un plumaje luminoso, y un tapiz tejido maravillosamente con escenas que no pertenecían a ninguna leyenda conocida, pero dejó que todas se disolviesen sin darles una segunda ojeada, y el brillo naranja de sus ojos comenzó a apagarse por el aburrimiento.

En una ocasión, se detuvo momentáneamente ante la imagen de un alto ídolo oscuro tallado en una forma que no reconocía, con sus extraños miembros adornados con joyas que goteaban fuego, y por un instante su pulso se aceleró. Era placentero el pensar en esas joyas colocadas sobre sus propios grandes miembros, dejando caer gotas de llama a lo largo de los corredores. Pero cuando miró de nuevo, vio que el ídolo se hallaba abandonado en un mundo deshabitado, y que su tesoro era suyo con tan sólo desear cogerlo. Y supo que una victoria tan fácil no le proporcionaría ningún placer. Suspiró de nuevo, desde lo más profundo de su poderoso pecho, y dejó que la pantalla variase sus imágenes.

Fue el lejano parpadeo del dorado relámpago en el vacío lo que primero llamó su atención y el distante chillido del mismo que venía de un mundo sin nombre. Cansinamente, dejó que las sombras de la pantalla formasen una imagen. Primero fue el relámpago, silbando y retorciéndose desde un mecanismo para el que tan sólo malgastó una mirada desinteresada. Porque, al lado del mismo, estaban tomando forma dos figuras. Y mientras las contemplaba, sus inquietos movimientos se

detuvieron, y el flotante tejido cayó lentamente sobre su cuerpo. Sus ojos brillaron de nuevo con color naranja. Se quedó muy quieto, mirando.

Las figuras tenían una forma que nunca antes había visto. Remotamente, eran similares a él mismo, pero más flexibles y muy delgadas, y de proporciones grotescamente diferentes a las suyas. Y una de ellas, a pesar de la diferencia, era...

La contempló pensativamente. Sí, era bella. La excitación comenzó a encenderse tras su tranquilidad. Y cuanto más tiempo miraba, más claramente veía crecer la sutil belleza del organismo. No tenía una obvia ostentuosidad como las joyas que goteaban fuego o como el brillantemente emplumado pájaro, sino que la suya era una delicada belleza de curvas suaves y largas, y líneas continuas, y colores en tintes suavemente combinados de melocotón y cremoso blanco con cálido naranja rojizo. Los pliegues verde azulados que la rodeaban eran probablemente ropajes de algún tipo. Se preguntó si sería lo bastante inteligente como para defenderse, o si la criatura situada a su costado, que estaba haciendo saltar rayos del mecanismo sobre el que se inclinaba, sabría o le importaría defenderla si es que trataba de llevarse a su compañera. Se aproximó más a la pantalla, mientras su respiración comenzaba a hacerse más rápida y sus ojos comenzaban a brillar con los primeros tonos de rojo que indicaban excitación. Sí, era una cosa muy bella. Un trofeo, realmente hermoso, para sus corredores. Brevemente, la imaginó colocada en un marco cuyos ornamentos harían eco de las suaves y sutiles curvas de la misma criatura, coloreado para dar más relieve a la delicadeza del colorido del sujeto. Ciertamente, era una presa por la que valía la pena tomarse molestias... si es que había el suficiente peligro como para convertirla en una presa codiciable.

Colocó una mano en cada lado de la pantalla y se inclinó un poco hacia delante, contemplando con ojos que ahora eran de un peligroso escarlata. Aquel restallido de relámpagos parecía ser un arma de algún tipo. Si las criaturas tenían inteligencia... sería divertido el comprobar los límites de sus mentes y la potencia del arma que estaban usando.

Miró por un momento más, con su pulso acelerándose y sus potentes hombros echados hacia delante. Luego, con un encogimiento, apartó el molesto tejido de gasa y rió muy adentro de su garganta, y se introdujo en un movimiento continuo en el interior del portal de la pantalla. Fue desnudo y sin armas, con sus ojos brillando escarlatas. Eso era todo lo que hacía que valiese la pena el vivir: el peligro y la belleza detrás del peligro.

La oscuridad giró a su alrededor. Se lanzó hacia delante a través del infinito sin dimensiones, a lo largo de un corredor diseñado por él mismo.

La muchacha se recostó en el banco metálico y cruzó una larga y hermosa pierna sobre la otra, haciendo agitarse los pliegues constelados de lentejuelas de su vestido en un movimiento parpadeante.

—¿Cuánto falta, Paul? —preguntó.

El hombre miró por encima de su hombro y sonrió.

—Cinco minutos. Ahora mira a otro lado, voy a intentarlo de nuevo.

Alzó la mano para deslizar una máscara transparente y curvada hacia adelante, protegiendo su placentera faz oscura del brillo. La muchacha suspiró y se giró en el banco, apartando la vista.

El laboratorio estaba construido con paredes y techo de un metal de pálido reflejo, así que el parpadeo de su traje verdeazulado se movió, como si por todos lados hubiera espejos empañados, cuando cambió de posición. Alzó un brazo desnudo para tocar su pelo, y vio cómo la reflexión se alzaba también, y tocaba la pálida sombra que era su pelo, brillando como cenizas plateadas y elaboradamente peinado.

El murmullo del metal bien aceitado rozando contra metal le dijo que una palanca había sido movida, y casi instantáneamente la habitación se llenó con un destello dorado, como si fuera luz de día, rota en fragmentos silbantes y recortados como el relámpago. Por un largo momento, las paredes vibraron con luz y sonido. Luego, el silbido cesó, y el brillo se apagó. Un olor de metal caliente se difuminó por el aire.

El hombre suspiró fuertemente, satisfecho, y levantó ambas manos para sacarse la máscara. Por detrás del cristal, ella le oyó decir:

—Bueno, ya está hecho. Ahora podemos...

Pero nunca terminó, y el casco permaneció fijado sobre sus hombros mientras miraba a la pared que ambos enfrentaban. Lentamente, casi sin pensar, echó a un lado el cristal, apartándolo de su rostro, como si pensase que pudiera ser el responsable de la cosa que ahora ambos veían. Porque, por encima de las bancadas de maquinaria que controlaban el mecanismo que acababa de hacer funcionar, había caído una sombra sobre la pared. Un gran círculo de sombra...

Ahora era un círculo de oscuridad, como si el atardecer hubiera corrido, sin respetar el tiempo, hasta convertirse en medianoche ante ellos mientras miraban, una medianoche más oscura que cualquiera que la Tierra hubiera jamás conocido. La medianoche del éter, de los espacios sin fondo entre los mundos. Y ahora ya no era una sombra, sino una ventana que se abría a esa oscuridad estaba brotando a través de ella...

Como humo, la oscuridad fluyó sobre ellos, haciendo palidecer el brillo de la maquinaria, haciendo palidecer el suave cabello de la muchacha y los suaves hombros brillantes y el parpadeo de su vestido hasta que el hombre la contempló como a través de velo sobre velo de cayente penumbra.

Asombrado por la oscuridad, se movió, haciendo un gesto inútil como si quisiera apartar con ambas manos la oscuridad de delante de su rostro.

—Alanna... —dijo desamparado—. ¿Qué ha sucedido? No... no... puedo ver demasiado bien.

La oyó gemir asombrada, colocando sus propias manos sobre sus ojos, como si pensase que repentinamente la ceguera hubiera caído sobre ambos. Sentíase demasiado enfermo, con un mareo repentino, como para moverse o para hablar. Esto, se dijo a sí mismo alocadamente, debe ser la ceguera que antecede a un desmayo, y

obedientemente hizo que le pareciera que el suelo se inclinase, como si la ceguera y el mareo fueran inherentes a él mismo y no el resultado de alguna fuerza externa. Pero antes de que cualquiera de ambos pudiera hacer algo más que agitarse un poco, mientras sus mentes trataban desesperadamente de racionalizar lo que estaba sucediendo, atribuyéndolo a cualquier debilidad de sus propios sentidos, la oscuridad se hizo completa. La habitación se llenó de ella, y la visión dejó de existir.

Cuando el hombre notó temblar el suelo, pensó por un momento intemporal que era su propia ceguera, y su propio desmayo de nuevo, que estaban engañando a sus sentidos. El suelo no podía agitarse, como movido por pasos gigantescos, porque no había allí nadie más que ellos mismos... no podían producirse unos enormes pasos, moviéndose suavemente a través de la oscuridad, haciendo que las paredes temblasen un poco al acercarse...

La respiración entrecortada de Alanna se oía claramente en el silencio. No hubo terror al principio en su voz, sino una pregunta sorprendida:

—Paul... Paul... No...

Y entonces oyó el inicio de su alarido. Oyó el inicio, pero increíblemente nunca oyó el fin del mismo. Por un momento los ecos vibrantes de su grito llenaron la habitación, surgiendo de una garganta completamente distendida por el terror; al siguiente, el sonido disminuyó y se desvaneció en distancias infinitas, alejándose de él y haciéndose delgado y pequeño mientras el eco del primer sonido aún resonaba por la habitación. La imposibilidad de una tal velocidad dio el último toque de pesadilla a todo el episodio. No se lo creía.

La oscuridad estaba palideciendo de nuevo. Frotándose los ojos, y todavía inseguro de que esto no hubiera sido más que una corta aberración de sus propios sentidos, dijo:

—Alanna... Creí...

Pero el atardecer, alrededor suyo, estaba vacío. No tenía la menor idea de cuánto tiempo pasó entre aquel momento y el instante en que al fin se lanzó recto, enfrentándose a la pared sobre la cual todavía se hallaba la sombra. Entre los dos debió de haber un período de frenética búsqueda, o casi histeria y dudas e inseguridad. Pero ahora, mientras estaba mirando a la pared de la que aún colgaba, oscura, la sombra, atrayendo hacia sí los últimos velos del atardecer desde los rincones de la habitación, dejó de racionalizar o de no creer.

Alanna había desaparecido. En alguna forma, aunque fuera imposible, en la oscuridad que había caído sobre ellos había caminado majestuosamente un Algo, haciendo temblara las paredes, y la había asido en el momento en que decía: Paul, creyendo que era él mismo. Y mientras chillaba, se había desvanecido a infinitas distancias de esta habitación, llevándola consigo.

No tenía tiempo para considerar que se trataba de algo imposible. Tan sólo tenía tiempo para darse cuenta de que nada había cruzado junto a él hacia la puerta, y que el gran círculo en la pared, frente a él, era... ¿una entrada?, de la que había surgido

Algo y por la que este Algo había regresado, y esta vez llevándosela a ella.

Y la entrada se estaba cerrando.

Dio un paso hacia ella, irrazonado y urgente: Y entonces tropezó con el instrumento que había estado probando justo antes de que la locura entrase en la habitación. El verlo y tocarlo le devolvió algo de su cordura. Aquí había un arma; ofrecía un asidero con el que aferrarse a la cordura que se le estaba escapando, al saber que no estaba totalmente inerme. Brevemente se preguntó si cualquier arma le sería de utilidad contra Aquello que llegaba en una imposible oscuridad sobre pies que no producían ningún sonido, pero cuyo paso agitaba los cimientos del edificio.

Pero el arma era pesada. ¿Y a cuanta distancia de la unidad central funcionaría? Con dedos temblorosos, la asió por el manguito de transporte. Vaciló un poco, al levantarla, pero se dirigió hacia el fondo de la habitación en donde el gran círculo bebió los últimos restos de su atardecer y comenzó imperceptiblemente a palidecer sobre la pared. Si es que iba a perseguir a Aquello que se había escapado por sorpresa, debía apresurarse...

Dio una mirada al conmutador de la unidad central, para asegurarse de que estaba puesto a carga máxima, pues el arma tan sólo absorbía energía de aquella fuente. Aunque no sabía si lo haría a la inconmensurable distancia a la que iba a ir... Dio una última mirada alrededor de la habitación para asegurarse de que Alanna había desaparecido.

El arco inferior del círculo era un umbral que se abría a la oscuridad. No podía creer que pasaría a través de él, a través de esta sombra plana sobre la lisa y sólida pared, pero inciertamente extendió la mano, y dio un paso hacia adelante, y otro, ¡acunado por el peso del aparato que llevaba.

Pero aquí ya no había peso. Y tampoco había ninguna luz o sonido. Tan sólo un violento movimiento en espiral, que le hizo girar y girar en las profundidades de su ceguera. Le hizo girar interminablemente, girar por incontables ocasiones que pasaron en un abrir y cerrar de ojos. Y entonces...

—¡Paul! ¡Oh, Paul!

Se quedó tambaleante, en una habitación redonda y medio en penumbra, cuyas paredes estaban cubiertas por extraños diseños que le resultaba difícil enfocar. Ninguno de sus sentidos había dejado de ser agitado intolerablemente; ahora mismo, no podía ni siquiera fiarse de su vista. Pensó ver a Alanna en la semioscuridad, con su plateado cabello cayéndole sobre los pálidos y brillantes hombros, y su rostro distorsionado por el asombro y el terror...

—¡Paul! ¡Paul, contéstame! ¿Qué es esto? ¿Qué ha sucedido? Todavía no podía hablar, tan sólo podía agitar su cabeza y agarrarse por ciego instinto al peso que le colgaba de un brazo. Alanna ocultó sus hombros desnudos bajo su cabello acurrucándose temerosa, quedando marcados en sus cremosos brazos círculos más pálidos en los lugares donde sus dedos apretaban más fuerte. Sus dientes castañeaban, aunque no por frío.

—¿Cómo hemos llegado aquí? —estaba diciendo—. ¿Cómo llegamos aquí, Paul? Tenemos que regresar, ¿no? Me pregunto qué es lo que nos habrá sucedido —las palabras casi no significaban nada, pero era como si el sonido de la conversación fuese más importante para ella que el sentido de lo que estaba diciendo—. Mira detrás de ti, Paul... ¿Lo ves? Vinimos por allí.

Se giró. Un gran espejo circular se alzaba tras él en la penumbrosa pared, pero un espejo invertido, de forma que no los reflejaba a ellos mismos sino a la habitación que acababan de abandonar.

Lo vio, más claro que en una fotografía: las paredes de su laboratorio brillando con reflejos apagados, sus baterías y diales, y el control encendido frente a ellos que significaba que, quizá, el pesado artefacto que llevaba sería mortal. ¿Mortal? ¿Un arma en un sueño? ¿Acaso sabían siquiera que el Algo que vivía allí era enemigo?

Pero todo esto era ridículo. Era todavía demasiado pronto como para aceptar el hecho de que estaban allí. En realidad, naturalmente, ambos debían de estar allí en el laboratorio, y ambos estaban soñando vivir el mismo extraño sueño. Y en alguna forma, se dio cuenta de que sería peligroso el tratar todo esto como si fuera real. Porque si aceptaba, aún por implicación, que una tal cosa pudiera ser verdadera, entonces quizá... quizá... ¿Podría él aceptarla hacer que se «convirtiese» en real?

Dejó su arma en el suelo y se frotó el brazo, asombrado, mirando a su alrededor. Todavía no salían fácilmente las palabras, pero debía de hacer una pregunta:

—Ésa... esa cosa, Alana. ¿Qué era? ¿Cómo...?

Ella se aferró aún más fuerte sus hombros desnudos, y otro espasmo de escalofrío la recorrió. Las lentejuelas verdeazuladas chisporrotearon heladas estrellitas. Su voz también temblaba; su misma mente parecía estar temblando tras los ojos en blanco. Pero cuando habló, las palabras casi tuvieron sentido. Y hacían eco a su propio pensamiento.

—¿Sabes?, estoy soñando todo esto —su voz sonaba lejana—. Eso no está sucediendo en realidad, pero... pero «algo» me tomó en brazos allá —indicó el laboratorio reflejado en la pared—, y todo giró, y entonces... —un escalofrío más violento la sacudió—. No sé...

—¿Lo viste? ¿Qué aspecto tenía?

—No lo sé, Paul.

Cerró sus labios a las preguntas que pugnaban por ser formuladas. Realmente, aquí en el sueño, muchas cosas eran muy extrañas. Por ejemplo, esos dibujos en las paredes. Creyó que ahora podía comprender cómo era posible mirar algo y no estar seguro en absoluto de lo que era ese algo. Y los fuertes espasmos de escalofríos que sufría Alana probaban que un shock nervioso debía de haber filtrado en su mente mucho de lo sucedido. Ella dijo:

—¿No regresamos ahora, Paul? —y sus ojos miraron por encima de él hacia el laboratorio reflejado. Era una pregunta infantil; su mente estaba rehusando aceptar cualquier cosa que no fueran las partes esenciales de su situación. Pero él no podía

responder. Su primer impulso fue decir:

—Espera, nos despertaremos en un minuto —pero supongamos que no lo hicieran, supongamos que quedaran allí atrapados. Y si la Cosa volvía... Gravemente, dijo:

—Naturalmente que es un sueño, Alanna. Pero mientras dura, creo que tendremos que actuar como si fuera algo real. No quiero... —lo cierto era, pensó, que tenía miedo—. Debemos hacerlo. Y regresar no nos haría ningún bien mientras sigamos soñando. «Eso» vendría tras nosotros de nuevo.

Atravesaría el sueño para arrastrarlos de nuevo, y después de todo, había gente que moría mientras dormía... morían en sueños, pensó.

Tocó su poco manejable arma con el pie, pensando silenciosamente: «Esto nos ayudará... quizá. Si es que algo puede ayudarnos, será esto. Y si no puede... bueno, tampoco nos serviría el echar a correr». Y miró hacia la alta y distorsionada abertura que debía ser una puerta hacia alguna otra parte de este inimaginable edificio de sus sueños. Entonces, se había ido por allí. Quizá deberían seguirle. Quizá su mejor posibilidad para despertarse a salvo de esta pesadilla se encontrara en actuar impetuosamente, en seguirlo con el arma antes de que esperase a que lo hicieran. Tal vez ni siquiera sospechase su presencia allí. Debía de haber dejado a Alanna sola en la habitación en penumbra, pensando en regresar, pero no imaginando hallarla con un defensor, o en encontrar al defensor armado...

¿Pero estaba armado? Sonrió amargamente.

Quizá debiera probar el arma. Y no obstante, no lo sabía, tal vez la extraña mirada de la Cosa estuviese contemplándolo ahora. Tenía una fuerte inclinación a no dejar que supiera que tenía una defensa contra ella. La sorpresa... eso era importante. Mantendría en secreto su arma hasta que la necesitase, si es que la necesitaba. Con mucha suavidad, apretó el gatillo de la lente que había lanzado rayos en la lejana cordura de su laboratorio. ¿Funcionaría en un sueño? Por un largo momento no sucedió nada. Luego, suave y levemente, notó cómo el aparato comenzaba a vibrar junto a su mano. Era toda la prueba que se atrevía a hacer. Había energía. ¿Bastante? No lo sabía. Realmente, era impensable el que tuviera necesidad de saberlo. Y no obstante...

—Alanna —dijo—. Creo que será mejor que exploremos un poco. No sirve de nada el quedarnos aquí esperando que «eso» regrese. Tal vez sea amistoso, a menudo los seres de los sueños lo son. Pero me gustaría saber qué es lo que hay ahí afuera.

—Nos despertaremos en un minuto —le aseguró ella con voz temblorosa—. Realmente, creo que estoy bien. Tan sólo... tan sólo estoy nerviosa.

El pensó que parecía estar saliendo de su estupor. Tal vez la perspectiva de una acción, cualquier clase de acción, aún impensada como ésa, era mejor para ambos que la inactividad. Se sintió más seguro de sí mismo cuando alzó la pesada arma.

—¡Pero Paul, no podemos! —ella se giró, a mitad de camino hacia la puerta, y se le enfrentó—. ¿No te lo dije? Ya intenté eso antes de que tú llegases. Afuera hay un

corredor, con cuchillos por todo el suelo. Formando dibujos, espirales afiladas y... y formas. Mira —levantó un poco su falda poblada de lentejuelas y alzó un pie. Podía verlas limpias y definidas laceraciones en la suela de piel. Sus hombros descendieron un poco. Luego dijo: —Bueno, de cualquier forma, demos una ojeada. Ven.

El corredor se extendía ante ellos, hundiéndose en purpúreas distancias, con grandes cavidades góticas y arcos. Había cosas en las paredes. Como los dibujos de la habitación que se hallaba a sus espaldas, muchos no podían ser enfocados, eran demasiado diferentes a cualquier cosa existente en la experiencia humana para poder llevar un significado al cerebro. El ojo los percibía sin ver, sin sacar conclusiones. Pensó vagamente que el corredor parecía como si fuera un museo, con todos esos grandes marcos en las paredes.

Al lado de la puerta, estaba apoyado otro marco alto, vacío. Aproximadamente de un metro ochenta de alto, era lo bastante profundo como para que un hombre se introdujese en él, y alrededor de sus bordes parpadeaba una bella y elaborada decoración, coloreada precisamente como el traje azul verdoso de Alanna. Entremezclados con él se veían hilos de plata, el color de su pálido y brillante cabello.

—Parece un féretro —dijo sin pensar Alanna. Un pensamiento muy desagradable agitó en la mente de Paul, pero no quiso aceptarlo. Lo sacó rápidamente de su cerebro. Pero ahora estaba más contento de haberse traído aquella arma lanzarrayos.

El corredor brillaba extraño frente a ellos. Había demasiadas cosas que no podían ver claramente, pero las afiladas decoraciones del suelo estaban lo bastante claras. Hacían que la mente se extraviase un poco al pensar en ese algo totalmente extraño que se escondía tras la elección de un tal adorno para un suelo sobre el que se tenía que caminar... aunque fuera en sueños. Pensó con brevedad en los grandes pasos que habían hecho temblar la tierra en la oscuridad del laboratorio. Aquí en el sueño, caminaban sobre aquel suelo de cuchillos. Tenían que hacerlo. ¿Pero cómo?

Las espirales del dibujo formaban grandes lazos y rosetones. Tras un momento, contemplándolas, dijo:

—Creo que podremos hacerlo, Alanna. Si caminamos entre los cuchillos... Mira, hay bastante espacio si vamos con cuidado —y si no iban con cuidado, si tenían que correr...—. Tendremos que arriesgarnos —dijo en voz alta; y con estas palabras se admitió a sí mismo, por primera vez, un sentido de urgencia en ese sueño, de riesgo y de peligro.

Asió con mayor firmeza su carga, y dio un cuidadoso paso en el hueco de una espiral acerada. Tambaleándose un poco, agarrándose a su brazo para equilibrarse, Alanna siguió tras él.

Silencio... Huecos vastos y sin eco, agitándose con su aliento a todo su alrededor. Avanzaron muy lentamente, buscando con los ojos bien abiertos cualquier signo de vida en la distancia, con sus sentidos en tensión y sufriendo con el conocimiento casi subconsciente de que cualquier vibración, por pequeña que fuese, en el suelo,

indicaría que unos grandes pasos se aproximaban. Pero Aquello que había abierto el portal ante ellos había desaparecido, durante un momento, y los había dejado a su libre albedrío.

Paul llevaba dispuestas en su mano libre las lentes de su arma, ejerciendo una mínima presión continua sobre el gatillo para que el aparato palpitase suavemente contra su palma. Esta seguridad de que todavía existía un contacto con su lejano laboratorio y este increíble corredor era lo único que hacía que continuase avanzando por entre los aguzados mosaicos.

Avanzaron lentamente, pero pasaron muchas cosas extrañas. Una tremenda cortina transparente colgaba de la bóveda del techo en pliegues tan inamovibles como el acero. Se deslizaron a través del pequeño triángulo de abertura en donde el tapiz colgaba suelto, y, cuando rozaron su costado, saltó sin hacerles daño una cascada de brillantes chispas. Pasaron al lado de una fuente que lanzaba desde su taza, en el centro del suelo del corredor, borbotones de llamas silenciosas. Vieron por las paredes, enmarcadas o no, cosas demasiado extrañas como para pensar en ellas claramente. Esa misma *rareza* estaba preocupando al hombre. En los sueños, uno combina los estímulos del pasado, temores, esperanzas y memorias. Pero ¿cómo podía uno pensar en cosas como éstas? ¿En qué lugar de un pasado humano podían hallarse tales memorias?

Rodearon una piedra ovalada colocada en el suelo, alrededor de la cual, giraban los dibujos metálicos. Se marearon los dos cuando la miraron directamente. Era un mareo peligroso, pues una caída terminaría sobre los afilados bordes. Y en una ocasión pasaron al lado de un algo indescriptible que colgaba contra un panel negro en la pared, y que hizo que acudiesen lágrimas a sus ojos por su absoluta belleza. Una cosa de una hermosura insoportable, tan apartada de la experiencia humana, que no dejó ningún recuerdo en sus mentes una vez la hubieron dejado atrás. Tan sólo quedó el impacto emocional, una belleza recordada pero demasiado exquisita como para que la mente pudiera asirla y guardarla. Y el hombre supo entonces definitivamente que esto al menos no era parte de ninguna memoria humana, y que no podía ser ningún sueño.

Lo vieron todo con la extraña claridad y viveza de unos sentidos aguzados por la incertidumbre y el miedo, pero también lo vieron con una neblina de ensueños que se aclaró un poco a medida que avanzaban. Para el hombre, estaba amaneciendo una terrible sorpresa. Después de todo, ¿podía ser un sueño? ¿Podía ser alguna realidad extraña en la que hubiesen caído? Y la importancia de aquel marco colocado junto a la puerta por la que habían cruzado: el marco con forma de ataúd y adornado con los colores del traje y el cabello de Alanna... En lo profundo de su mente sabía para lo que era aquel marco. Sabía que estaba caminando a través de un museo repleto de cosas bellas, y estaba comenzando a sospechar el porqué también Alanna había sido traída allí. Todo esto parecía impensable, aún en un sueño tan loco como éste, y sin embargo...

—Mira, Paul —miró a un lado. Alanna había, extendido la mano para tocar un marco de acero azul situado en la pared, cuyos bordes no encerraban más que un pálido brillo rosáceo. Estaba mirando a su interior, con su rostro animado ahora. Evidentemente, aún no había recapacitado sobre aquel otro marco. No había pensado aún que tal vez ninguno de los dos despertase de este sueño.

—Mira —dijo ella—. Parece vacío, pero puedo «sentir» algo... algo como plumas. ¿Qué es lo que supones...?

—No trates de suponer —dijo él casi con brusquedad—. No hay ningún sentido en todo esto.

—Pero es que algunas de las cosas son tan bellas, Paul. Mira eso... Esa tormenta de nieve allí delante, entre los pilares.

Miró. Velando el corredor a una cierta distancia, a lo lejos, colgaba una cascada de copos formando dibujos, inmóviles en el aire. Quizás eran bordados realizados sobre una gasa demasiado fina para ser vista. Pero, mientras miraba, creyó verlos agitarse un poco. Agitarse y detenerse, y volver a agitarse, como si... como si...

—¡Paul!

Todo se quedó inerte por un momento. No necesitó del susurro de Alanna para hacer que su corazón se detuviese mientras se esforzaba intolerablemente por escuchar, por ver, por sentir... Sí, definitivamente, ahora veía cómo la cortina se agitaba. Y el suelo vibraba con ella en débiles ritmos ocasionados por el lejano temblor...

«Ahora es», pensó. Ahora es cierto.

Desde hacía minutos sabía ya que no estaba caminando en un sueño. Se hallaba en medio de una realidad imposible. Y el mismo Enemigo se acercaba más y más con cada gran paso silencioso, y no había nada a hacer sino esperar, nada en absoluto. Quería a Alanna. Sabía por qué. No lo querría a él, y lo apartaría como si fuera humo en su imparable caminar hacia ella, a menos que el arma pudiese detenerlo. Su corazón comenzó a palpitar con pesados y fuertes golpes que hacían eco a los lejanos pasos.

—Alanna —dijo, notando un casi inaudible temblor en su voz—. Alanna, ocúltate detrás de algo, detrás de ese pilar. No hagas ruido. Y si te lo ordeno... «corre».

Se colocó a su vez tras un pilar más cercano, con su brazo doliéndole por el peso de su carga, y con las lentes vibrando débilmente contra su palma con la promesa de la energía domada. Pensó que funcionaría...

Seguía sin oírse ruido de pasos mientras el ritmo se hacía más fuerte. Tan sólo por la intensidad de los temblores que agitaban el suelo podía juzgar lo cerca que se hallaba la Cosa. Ahora, el mismo pilar se estaba agitando, y la tormenta de nieve se convulsionaba cada vez que un poderoso pie golpeaba silenciosamente el suelo. Paul pensó en los cortantes dibujos que esos pies estaban hollando con pasos tan firmes y medidos.

Durante un momento de pánico, lamentó su atrevimiento al venir a enfrentarse

con la Cosa. Le sabía mal ahora el no haberse escondido en la habitación del espejo, lamentaba no haber huido de vuelta por la oscuridad en espiral a través de la cual había llegado. Pero uno no puede escapar a una pesadilla. Mantuvo a su arma vibrando contra su palma como si fuera algo vivo, esperando para lanzar su rayo contra... ¿qué?

Ahora estaba muy cerca. Ahora estaba justamente detrás de la tormenta de nieve entre los pilares. Podía ver un movimiento indefinible a través de su velo.

La nieve se apartó de sus poderosas espaldas, y formó una nube sobre su gran cabeza en forma que no podía ver muy claramente lo que se alzaba allí, alto y grotesco y terrible, con sus ojos brillando escarlatas a través del velo. Tan sólo se fijaba en los ojos, y en la majestuosa masa del individuo, antes de que su mano, por iniciativa Propia, se cerrase fuertemente sobre la cosa que vibraba en su palma.

Por un momento sin fin, nada sucedió. Estaba tan asombrado ante la magnitud de la cosa con que se enfrentaba que ni siquiera sentía terror por el fallo de su arma; el asombro cerraba el paso a cualquier otro pensamiento. Aún estaba algo atontado cuando el destello de luz dorada saltó silbante de su mano, desparramando su brillo a través del espacio que los separaba.

Y entonces el alivio fue como una debilidad que soltó todos sus músculos, mientras recorría con la letalidad de su arma el cuerpo del Enemigo, oyendo al aire gritar con su energía, viendo como los pilares de piedra se ennegrecían ante esos latigazos de luz. Estaba cegado por su gloria; tan sólo podía quedarse allí, lanzando los rayos y cerrando los ojos ante su brillo. El aire estaba lleno del hedor de piedra y metal quemados, y podía oír en alguna parte el golpe de una columna al derrumbarse, segada por el haz de la llama. Seguramente, «aquello» también debía estar consumiéndose y cayendo... La esperanza comenzó a destellar en su mente.

Fue el gemido de Alanna lo que le dijo que algo andaba mal. Todavía atontado por la luz alzó el brazo para cerrar el visor de cristal de la máscara que aún llevaba y, como por arte de magia, el destello dejó de cegarle. Pudo ver entre los largos y serpenteantes látigos de luz: vio caer los pilares, y cómo los dibujos de acero del suelo se teñían de azul y se fundían. Pero podía también ver aquello alzado entre los pilares que se derrumbaban...

Podía verlo en pie, bañado totalmente por las llamas, ver cómo éstas chocaban contra su tremendo pecho y se desparramaban sobre sus grandes hombros como una ducha de agua, impotentes e inútiles.

Sus ojos estaban oscureciéndose pasando desde el rojo hasta un airado púrpura, mientras avanzaba dando un tremendo y poderoso paso, apartando de un manotazo las chispas de su rostro, adelantando un terrible brazo...

—Alanna —dijo el hombre con voz muy tranquila, por debajo del chillar de la llama. —Alanna... será mejor que comiences a irte. Lo retendré tanto como pueda. Será mejor que corras, Alanna...

No supo si le había obedecido. No podía apartar su atención del desesperado

asunto que le ocupaba: el retrasarlo, el retenerlo aunque fuera por sesenta segundos, por treinta segundos, por un suspiro más de vida libre. Lo que ocurriría después era algo en lo que prefería no pensar. Quizá no fuera la muerte, quizá fuera algo más extraño y temible que la muerte... Sabía que la lucha era inútil y sin sentido, pero también sabía que debía luchar mientras le quedase un ápice de aliento.

Había un estrechamiento en el corredor entre el lugar donde se encontraban él y la cosa. El rayo había dañado ya una pared.

Lo apartó del coloso que se acercaba e hizo que el fuego recorriese, chillando, las ennegrecidas piedras, arriba y abajo, viendo cómo el cemento se fundía entre ellas, y cómo las vigas se doblaban bajo tan terrible calor.

Las paredes gruñeron, chirriando sus bloques al rozar superficie contra superficie.

Lentamente, cayeron unas sobre otras; lentamente, se derrumbaron. El polvo se alzó en una nube para ocultar el colapso final del corredor, pero ante el estruendo se oyó el aullido de los rayos, y los rugidos del metal rozando contra las piedras derrumbadas. Y luego, audiblemente, un nuevo sonido de otra presión que comenzaba a actuar.

El hombre se quedó por un momento paralizado, atontado por una irrazonable esperanza de haber detenido finalmente al Enemigo, no atreviéndose a mirar demasiado fijamente por miedo al fracaso. Pero la esperanza y la desesperación llegaron casi simultáneamente a su mente cuando vio cómo la masa de las caídas paredes se estremecía y resistía por un momento... pero sólo por un momento.

Con polvo y bloques de piedra y vigas de acero cayendo de sus tremendas espaldas. Aquello atravesó el arruinado arco. Los rayos dorados recorrieron su rostro, silbando y gritando fútilmente. Los ignoró. Sacudiéndose los cascos de la pared, se adelantó, con sus ojos púrpura por la irritación y sus grandes manos extendidas.

Y así falló el arma. Soltó el gatillo, oyendo como el alarido moría en el aire mientras los largos cordones relampagueantes se apagaban. Fue el instinto haciendo eco sobre los milenios desde el primer antecesor combativo del hombre, lo que hizo que alzara la pesada máquina con ambas manos sobre su cabeza, y la lanzase contra el rostro del Enemigo. Y fue un poco como el abandonar a un camarada vivo el dejar que la vibración de aquel potente aparato abandonase por fin el contacto con su alma.

Ciegamente, lanzó el arma, y con el mismo movimiento giró y echó a correr. El suelo cubierto de cuchillos comenzó a pasar bajo él. Si lograra conseguir un ritmo que lo llevase de un hueco a otro hueco vacío en el dibujo, quizás hasta pudiese alcanzar la habitación situada al final del corredor. No había refugio en ninguna parte, pero un instinto irracional le hacía buscar el lugar por el que había entrado allí...

Por delante suyo, un parpadeo de lentejuelas y verde-azuladas, vistas de vez en cuando, le decía que Alanna también estaba corriendo, manteniendo milagrosamente su equilibrio entre los dibujos del suelo. No podía mirar hacia adelante para contemplarla. Sus ojos estaban soldados a las espirales y los lazos entre los cuales se hallaban sus precarios puntos de apoyo. Tras él, golpeaban silenciosamente los

grandes pies, haciendo vibrar el suelo.

Las cosas que pasaron entonces ocurrieron demasiado rápidamente como para que su cerebro lograra formar ninguna secuencia con ellas. Supo que el silencio que había vuelto a inundarlo todo cuando los rayos chirriantes habían muerto fue repentina y asombrosamente roto de nuevo por otro sonido. Recordó ver como los dibujos metálicos del suelo daban nuevas sombras, recortadas por la luz que llegaba desde tras él, y supo que el Enemigo había hallado el gatillo que él había soltado, y que ahora su arma vibraba sobre una mano extraña.

Pero ocurrió en el mismo instante que la puerta de la habitación de entrada se alzó frente a él, y se lanzó desesperadamente en la penumbra tras Alanna, sabiendo que sus pies estaban cortados y sangrantes, viendo los oscuros manchones de las pisadas que ella también estaba dejando. El espejo se erguía ante él, una insoportable visión de la perdida habitación familiar en la que no podía esperar el volver a entrar con vida.

Y todo esto ocurría simultáneamente con un aterrador atronar silencioso de grandes pies pisándole los talones, de una tremenda presencia, que repentinamente se hallaba en la misma estancia con ellos, como un huracán que acabase con el mismo aire que jadeaban por respirar. Notó cómo la ira crecía en él sin palabras o sin sonidos. Sintió como unas monstruosas manos lo aferraban como si un tornado lo hubiese cogido en su puño ventoso. Recordó unos ojos púrpura destellando entre la penumbra en un breve instante de percepción antes de que las manos lo lanzasen a lo lejos.

Giró por el aire vacío. Luego, un aullante vórtice lo aferró, y cayó en la oscuridad, asombrado y estupefacto, a través del mismo extraño pasadizo que lo había traído hasta aquí. En la distancia, oyó gritar a Alanna.

Había silencio en la oscura habitación redonda del centro de la casa del tesoro, exceptuando el apagado aullido que venía de la pantalla. El, que era el dueño de todo aquello, permaneció silencioso ante la misma, con sus ojos entrecerrados, y recorriendo el espectro desde el púrpura hasta el rojo, y luego alejándose rápidamente del rojo, pasando por el naranja hasta un claro, pálido y tranquilo amarillo. Su pecho todavía palpitaba un poco por la excitación de aquel pequeño fracaso que había traído sobre sí, pero era una excitación que pronto desapareció, y que era totalmente banal.

Estaba un tanto avergonzado por su momentánea ira. No debía de haber lanzado los ridículos rayos de las criaturas contra ellas mientras caían por el corredor de oscuridad. Después de todo, había calculado mal su potencialidad. Realmente, no eran capaces de sostener con él una lucha que mereciese la pena.

Era interesante el que una hubiera seguido a la otra, con su pequeña arma que chisporroteaba y hacía cosquillas, interesante que un ser tan frágil se le hubiera enfrentado.

Pero tuvo un momento de pesar por la belleza de la criatura azul y cremosa que había arrojado. Sus largas y suaves líneas, su sutil colorido... Era una pena que no

hubiera tenido valor ninguno al ser también inerme.

Inerme contra él, e igualmente contra el móvil de sus propios misteriosos motivos. Suspiró.

Pensó de nuevo, casi apenado, en la bella cosa que había deseado, cayendo por el vórtice con los rayos bañándola a través de la oscuridad.

¿La había destruido? No lo sabía. Le apenaba ahora algo el que la ira por sus tesoros arruinados le hubiera hecho perder la calma mientras huían. Fútiles y correteantes pequeños seres... le habían robado su belleza por su misma impotencia contra él, pero ya no estaba irritado, ni siquiera por eso. Tan sólo molesto, con una pena vaga y confusa que no se preocupaba en clarificar en su mente. Pena por la pérdida de una cosa bella, pena porque había esperado peligro al enfrentarse con ellos y había quedado desengañado, pena tal vez por su propio aburrimiento, que hacía que ya no se molestase en investigar los motivos de las cosas vivas. No cabía duda de que se estaba haciendo viejo.

El vórtice todavía rugía a través de la pantalla oscurecida. Retrocedió, dejando que la opacidad retornase a la superficie del portal, silenciando todo sonido. Sus ojos eran de un tranquilo amarillo. Mañana *cazaría* de nuevo, y quizá mañana...

Se alejó lentamente, caminando con largos pasos silenciosos, que hacían que los mosaicos acerados sonasen débilmente bajo sus pies.

LUGAR DE COBIJO

Clifford D. Simak

La llovizna caía de los cielos plomizos como si fuera neblina resbalando por entre las ramas desnudas de los árboles. Difuminaba los setos y ocultaba la distancia. Brillaba sobre las pieles metálicas de los silenciosos robots, y hacía platear los hombros de los tres humanos que escuchaban la voz del hombre vestido de negro que leía el libro que cobijaba entre sus manos.

—«Porque soy la resurrección y la vida...». La figura esculpida, cubierta de musgo, que se alzaba sobre la puerta de la cripta, parecía tenderse hacia arriba, con cada uno de los granos de su cuerpo en tensión tratando de alcanzar algo que nadie más era capaz de ver. Tratando, tal y como había tratado desde hacía mucho, cuando había sido tallada en granito para adornar la tumba familiar con un símbolo que había complacido al primer John J. Webster en sus últimos años de vida.

—«Y quien vive según mis palabras y cree en mí...».

Jerome A. Webster notó como los dedos de su hijo apretaban un brazo, oyó el apagado sollozo de su madre, vio las hileras de robots firmes en pie, con las cabezas inclinadas en señal de respeto al dueño al que habían servido. El dueño que ahora iba a su hogar... al hogar final de todos.

Entumecido, Jerome A. Webster se preguntó si comprenderían, si comprenderían la vida y la muerte, si comprenderían lo que significaba que Nelson F. Webster yaciese allí en el ataúd, y que un hombre con un libro entonase unas plegarias sobre él.

Nelson F. Webster, cuarto descendiente de una dinastía que había vivido en estas tierras, había nacido y muerto aquí, sin apenas salir de ellas, y ahora estaba yendo a su descanso final en aquel lugar que el primero de ellos había preparado para todos los demás, para esa larga línea de desconocidos descendientes que vivirían aquí y que amarían las cosas y la forma de vida que el primer John J. Webster había establecido.

Jerome A. Webster notó como sus músculos se contraían, como un débil temblor recorría su cuerpo. Por un momento, sus ojos ardieron, y su visión del ataúd se hizo borrosa, mientras las palabras que el hombre de negro iba pronunciando se hacían una sola cosa con el viento que susurraba por entre los pinos que hacían guardia junto a los muertos. En su mente se formó un recuerdo, el recuerdo de un hombre canoso caminando por campos y colinas, aspirando la brisa del amanecer; en pie, con las piernas separadas, ante el ardiente hogar, con una copa de coñac en su mano.

Orgullo; el orgullo de la tierra y de la vida, y la humildad y la grandeza que una vida tranquila hacen surgir en el interior de un hombre. La alegría de un placer casual y la firmeza de un propósito. La independencia de una seguridad estable, el confort de un entorno familiar, la libertad de unos amplios campos.

Thomas Webster estaba tirando de su brazo.

—Padre —murmuraba—. Padre.

Los servicios habían terminado. El hombre de negro había cerrado su libro. Seis robots se adelantaron y alzaron el ataúd.

Lentamente, los tres siguieron al ataúd hasta la cripta, permaneciendo silenciosos mientras los robots lo deslizaban en el nicho y colocaban la lápida que decía:

NELSON F. WEBSTER 2034-2117

Eso era todo. Tan sólo el nombre y las fechas. Y esto, se halló pensando Jerome A. Webster, ya era bastante. No necesitaba poner nada más. Eso era todo lo que tenían los demás. Aquellos que componían el linaje de la familia, comenzando con William Stevens, 1920-1999. El abuelo Steven, recordó Webster como lo habían llamado. Padre de la mujer de aquel primer John J. Webster, que también se encontraba allí: 1951-2020. Y después de él su hijo, Charles F. Webster, 1980-2060. Y su hijo, John J. II, 2004-2086. Webster podía recordar a John J. II, un abuelo que había dormido junto al fuego con su pipa colgando de la boca, amenazando siempre con prenderle fuego a las patillas.

Los ojos de Webster erraron hasta otra lápida. Mary Webster. La madre del muchacho que estaba a su lado. Y que sin embargo ya no era un muchacho, pues siempre estaba olvidando que Thomas tenía ahora veinte años, y que más o menos dentro de una semana partiría para Marte, tal y como él mismo, en su juventud, había hecho.

Todos estaban allí, se dijo para sí mismo. Los Webster, y sus mujeres, y sus hijos. Juntos en la muerte, tal y como lo habían estado en la vida, durmiendo en el orgullo y en la fortaleza del bronce y el mármol, con los pinos fuera y la figura simbólica sobre la puerta, reverdecida por los años.

Los robots estaban esperando, silenciosamente firmes, habiendo terminado su tarea.

Su madre le miró.

—Ahora eres el cabeza de familia, hijo mío —le dijo. Extendió el brazo y la apretó fuertemente contra su costado.

Cabeza de familia... de lo que quedaba. Tan sólo ellos tres. Su madre y su hijo. Y su hijo partiría pronto, hacia Marte. Pero volvería. Quizá volviese con una esposa y la familia continuaría. La familia no se quedaría en sólo tres. La mayor parte de la casa no estaría en desuso, tal y como estaba ahora. Hubo un tiempo en el que había reverberado con la vida de una docena de miembros de la familia, viviendo en sus cuartos separados bajo un mismo techo. Y ese tiempo, lo sabía, volvería de nuevo.

Los tres se giraron, y salieron de la cripta, tomaron el sendero hacia la casa que se alzaba como una gran sombra gris en el centro de los campos.

Un fuego ardía en el hogar. Y el libro yacía sobre su escritorio. Jerome A.

Webster extendió la mano y lo tomó, leyendo de nuevo el título:

«Fisiología marciana, con una referencia especial al cerebro», por Jerome A. Webster, doctor en medicina.

Grueso y erudito: el trabajo de una vida. Casi único en su campo. Basado en los datos recogidos durante aquellos cinco años de plagas en Marte... años en los que había trabajado casi día y noche con sus compañeros y colegas de la comisión médica del Comité Mundial, enviados en una misión de socorro al planeta vecino.

Sonó una llamada en la puerta.

—Entre —dijo.

Se abrió la puerta, y un robot se deslizó dentro.

—Su whisky, señor.

—Gracias, Jenkins —dijo Webster.

—El Pastor se ha ido, señor —dijo Jenkins.

—Ah, sí. Supongo que te ocupaste de él.

—Lo hice, señor. Le di sus honorarios habituales y le ofrecí una copa. Rehusó la copa.

—Eso fue una falta de tacto —le dijo Webster—. Los Pastores no beben.

—Lo siento, señor. No lo sabía. Me rogó que le pidiese a usted que fuese alguna vez por la iglesia.

—¿Eh?

—Le dije, señor, que usted nunca iba a ninguna parte.

—Eso estuvo bien, Jenkins —dijo Webster—. Ninguno de nosotros va nunca a ninguna parte.

Jenkins se dirigió a la puerta y se detuvo antes de llegar a ella, girándose.

—Si me permite decirlo, señor, la ceremonia de la cripta fue algo emocionante. Su padre fue un estupendo humano, el mejor que hubo nunca. Los robots estaban diciendo que los servicios fueron muy adecuados. Muy dignos, señor. Si él los hubiera visto, le hubieran gustado.

—A mi padre —le dijo Webster—, le hubiera gustado aún más el oírte decir esto, Jenkins.

—Gracias, señor —dijo Jenkins. Y salió.

Webster se quedó sentado con el whisky, el libro y el fuego. Notó el confort de una habitación familiar rodeándolo, y notó la seguridad que se desprendía de ella.

Éste era su hogar. Había sido el hogar de los Webster desde aquel día en que el primer John J. había llegado allí y construido el primer edificio de lo que luego sería la casa. John J. había escogido el lugar porque tenía un riachuelo truchero, al menos eso es lo que él siempre había dicho. Pero había algo más que eso. Webster se decía siempre que debía de haber habido algo más que esto. O quizá, al principio, tan sólo había sido por el arroyo truchero. El arroyo truchero y los árboles y los campos, la colina rocosa hacia la cual se deslizaba cada mañana la niebla desde el río. Quizá todo lo demás había crecido, crecido gradualmente a través de los años, a través de

años de unión familiar hasta que el mismo suelo había sido empapado por algo que se aproximaba, sin llegar a serlo del todo, a una tradición. Algo que hacía de cada árbol, de cada roca, de cada palmo de terreno, un árbol, una roca o un palmo de terreno Webster. Todo era uno. John J.; el primer John J., había llegado tras el hundimiento de las ciudades, después de que el hombre se había olvidado, de una vez por todas, de los lugares de amontonamiento del siglo XX, escapando al instinto tribal de apretujarse en una caverna o en un claro del bosque contra un miedo o un enemigo común. Un instinto que había caído en desuso, pues ya no había ni miedos ni enemigos. La revuelta del hombre contra el instinto de rebaño que le habían impuesto las pasadas épocas debido a condicionantes económicos o sociales. Una nueva seguridad y una nueva suficiencia le habían hecho posible el romper con lo anterior.

El hábito se había iniciado allá por el siglo XX, hacía más de doscientos años, cuando los hombres habían partido hacia mansiones campestres para obtener aire fresco y espacio libre en una forma de vida que la existencia en común, en su sentido más estricto, nunca les había ofrecido.

Y aquí estaba el resultado final. Una vida tranquila. Una paz que tan sólo podía obtenerse con las cosas buenas. La forma de vida que durante años el hombre había deseado llevar. Una existencia campestre, basada en viejos hogares familiares y en amplios campos. Con la energía atómica proporcionando la fuerza y con los robots ocupando el lugar de los siervos.

Webster sonrió hacia el hogar con su madera en llamas. Eso mismo era un anacronismo, pero un buen anacronismo... Algo que el hombre había traído de las cavernas. Inútil, porque la calefacción atómica era mejor, pero más placentero. Uno no podía sentarse y mirar a la energía, ni construir mundos entre sus inexistentes llamas.

Hasta la misma cripta, allí donde habían puesto a su padre aquella tarde. Eso también era parte de la familia. Todo formaba una pieza con el conjunto. El orgullo sombrío y la vida tranquila y la paz. En los viejos días los muertos eran enterrados en amplios lugares, todos juntos, extraños junto a extraños...

«Nunca va a ninguna parte».

Eso es lo que Jenkins le había dicho al Pastor. Y era cierto. Porque, ¿qué necesidad había de ir a ninguna parte? Todo estaba allí. Apretando tan sólo un simple mando, uno podía hablar cara a cara con cualquiera que desease, o podía ir, con sus sentidos ya que no con su cuerpo, a cualquier lugar que desease. Podía ir al teatro o escuchar un concierto u ojear una biblioteca situada en el otro extremo del mundo. Podía efectuar cualquier negocio que tuviera que realizar sin alzarse de su propia silla.

Webster bebió el whisky, y luego se giró hacia la máquina colocada al lado de su escritorio.

Movió los mandos sin consultar el listín. Sabía dónde iba.

Su dedo bajó un conmutador, y la habitación se fundió, o pareció fundirse.

Quedaba la silla en que se sentaba, parte del escritorio y parte de la máquina. Eso era todo.

La silla se hallaba en la ladera de una colina cubierta por dorada hierba, moteada de árboles agitados por el viento. Una colina que descendía hasta un lago anidado entre unos rojizos picos montañosos. Los farallones, oscurecidos en largas bandas por el verdeazulado de los distantes picos nevados que se elevaban más allá, formando un horizonte recortado.

El viento hablaba cortadamente entre los árboles, y agitaba la hierba con soplos repentinos. Los últimos rayos del sol prendían fuego en las distantes cimas.

Soledad y grandeza: la amplia extensión de la tierra que descendía, el recogido lago, las sombras aserradas de las distantes cordilleras.

Webster se arrellanaba en su sillón, contemplando los picos.

Una voz dijo casi a su oído:

—¿Puedo pasar?

Una voz suave y silbante, absolutamente inhumana. Una voz que Webster conocía. Asintió con la cabeza.

—Naturalmente, Juwain.

Se giró ligeramente, y vio el elaborado pedestal para recostarse, y al peludo marciano de dulces ojos echado sobre él. Otros muebles extraños se veían difusamente tras el pedestal. Muebles de aquel hogar en Marte.

El marciano hizo un gesto con su peluda mano, señalando la cadena montañosa.

—Amas esto —dijo—. Lo comprendes. Y yo puedo comprender por qué lo comprendes, pero para mí hay en ello más terror que belleza. Es algo que nunca podríamos tener en Marte.

Webster adelantó la mano, pero el marciano lo detuvo.

—Déjalo —dijo—. Sé por qué viniste aquí. No habría llegado en un momento como éste si no hubiese pensado que quizás un viejo amigo...

—Fue muy considerado por tu parte —dijo Webster—. Me alegra que vinieses.

—Tu padre —dijo Juwain—, fue un gran hombre. Recuerdo cómo acostumbrabas a hablarme de él en esos años que pasaste en Marte. Entonces dijiste que volverías alguna vez. ¿Cómo es que nunca lo hiciste?

—Bien —dijo Webster—, lo cierto es que nunca...

—No me lo digas —dijo el marciano—. Ya lo sé.

—Mi hijo —dijo Webster— va a ir a Marte dentro de unos días. Le haré que pase a visitarte.

—Eso sería un placer —dijo Juwain—. Estaré esperándolo.

Se agitó nervioso en el apoyadero.

—Quizá sigue con la tradición.

—No —dijo Webster—. Está estudiando ingeniería. Nunca le importó la cirugía.

—Tiene derecho —observó el marciano— a seguir la vida que ha escogido. Y, sin embargo, uno habría deseado...

—Podría —aceptó Webster—. Pero eso ya pasó y se terminó. Quizá será un gran ingeniero. De las estructuras espaciales. Habla de naves yendo a las estrellas.

—Tal vez —sugirió Juwain— tu familia ya ha hecho bastante por la ciencia médica. Tú y tu padre.

—Y su padre —dijo Webster— antes de él.

—Tu libro —declaró Juwain— ha puesto a Marte en deuda contigo. Es posible que atraiga más atención hacia las especialidades marcianas. Mi gente no son buenos doctores. No tienen las cualidades necesarias para ello. Es extraño cómo se diferencian las mentes de las razas. Es extraño que Marte jamás pensase en la medicina, que literalmente jamás pensase en ella. Suplimos esa necesidad con el culto del fatalismo. Cuando, aún en vuestra historia primitiva, cuando los hombres todavía vivían en cavernas...

—Hay muchas cosas —dijo Webster— que vosotros imaginasteis mientras que nosotros no. Cosas que ahora nos preguntamos cómo pudimos pasar por alto. Habilidades que vosotros desarrollasteis y que nosotros no tenemos. Ahí está por ejemplo tu propia especialidad, la filosofía. Tan diferente de la nuestra. Una ciencia, mientras que la nuestra nunca fue nada más que un trastabillar ordenado. El vuestro es un desarrollo lógico y metódico de la filosofía, aplicable, útil, una verdadera herramienta. Juwain comenzó a hablar, dudó, pero luego prosiguió:

—Me estoy acercando a algo, a algo que puede ser nuevo y asombroso. Algo que será una herramienta para vosotros, los humanos, al mismo tiempo que para los marcianos. He trabajado en ello durante años, comenzando por ciertos conceptos mentales que al principio me fueron sugeridos por la llegada de los terrestres. No he dicho nada de esto porque aún no estoy seguro.

—Y ahora —sugirió Webster— estás seguro.

—No del todo —dijo Juwain—. No estoy seguro, pero casi.

Permanecieron en silencio, contemplando las montañas y el lago. Un pájaro se acercó y se posó en uno de los macilentos árboles, comenzando a cantar. Nubarrones oscuros se amontonaban tras las cordilleras, y las cumbres nevadas se recortaban como piedras esculpidas. El sol se hundió en un lago de color púrpura, y finalmente se transformó en el brillo de un fuego muy apagado.

Sonó una llamada en la puerta, y Webster se agitó en su silla, vuelto repentinamente a la realidad de la habitación, de la silla bajo él.

Juwain había desaparecido. El viejo filósofo había llegado y permanecido unos minutos en contemplación con su amigo, y luego, silenciosamente, había desaparecido.

La llamada sonó de nuevo.

Webster se inclinó hacia adelante, cerró el conmutador, y se esfumaron las montañas. La habitación volvió a ser una habitación. El anochecer se filtraba a través de las altas ventanas, y el fuego era un parpadeo rojizo entre cenizas.

—Entre —dijo Webster.

Jenkins abrió la puerta.

—La cena está servida, señor —dijo.

—Gracias —dijo Webster. Se alzó lentamente de la silla.

—Su sitio, señor —dijo Jenkins—, se halla en la cabecera de la mesa.

—Ah, sí —dijo Webster—. Gracias, Jenkins.

Webster se encontraba en la amplia rampa del espaciopuerto, contemplando la forma que se empequeñecía en el cielo, seguida por débiles puntos de rojo avanzando a través de la claridad invernal.

Durante largos minutos, después de que hubo desaparecido la forma, permaneció allí, con las manos aferradas a la barandilla situada frente a él, con los ojos todavía mirando al cielo.

Sus labios se movieron y dijeron: «Adiós, hijo». Pero no sonó nada. Lentamente, comenzó a darse cuenta de lo que le rodeaba. Supo que por la rampa se movía gente, vio que el campo de aterrizaje parecía extenderse interminablemente hasta el lejano horizonte, moteado aquí y allá por las cosas gibosas que eran las espacionaves en tierra. Tractores quitanieves trabajaban cerca de un hangar, limpiando los restos de la nevada de la noche anterior. Webster se estremeció y pensó que eso era extraño, porque el sol del mediodía era cálido. Y se estremeció de nuevo.

Se giró poco a poco, apartándose de la barandilla, y se dirigió al edificio de administración. Y durante un aterrador momento notó un miedo repentino: un miedo irrazonable y embarazoso hacia aquella extensión de cemento que formaba la rampa. Un miedo que le dejó temblando mentalmente mientras dirigía sus pasos hacia la puerta.

Un hombre caminó hacia él, balanceando un maletín en su mano, y Webster, contemplándolo, deseó fervientemente que el hombre no hablase con él.

El hombre no habló, y pasó a su lado sin casi ni mirarle, y Webster se sintió aliviado. Si estuviese de vuelta en casa, se dijo Webster, habría terminado de comer, y ahora ya estaría dispuesto a acostarse para la siesta del mediodía. El fuego estaría ardiendo en la chimenea, y el parpadeo de las llamas sería reflejado por los morillos. Jenkins le traería una copa y diría una palabra o dos, una conversación inconsecuente.

Se apresuró hacia la puerta, acelerando su paso, ansioso de apartarse de la fría extensión desnuda de la masiva rampa.

Era raro lo que sentía acerca de Thomas. Claro que era natural que le hubiese molestado verlo partir. Pero no era en absoluto natural el que en esos últimos minutos hubiera notado ese horror cayendo sobre él. Horror del viaje a través del espacio. Horror de la extraña tierra de Marte... aunque Marte ya no era en absoluto extraño. Ya durante más de un siglo el hombre lo había conocido, había luchado contra él, vivido con él y hasta algunos habían llegado a amarlo.

Pero tan sólo había sido una férrea fuerza de voluntad lo que había evitado que, en esos últimos segundos antes de que la nave despegase, hubiera corrido por el campo, gritando a Thomas que volviese, chillando que no fuera. Pero, naturalmente,

era imposible que eso hubiera sucedido. Hubiera sido exhibicionismo, humillante y deshonoroso... algo que un Webster no podía hacer. Después de todo, se dijo a sí mismo, un viaje a Marte ya no era una aventura, ya no. En un tiempo lo había sido, pero ese tiempo había pasado ya. El mismo, en sus años mozos, había viajado a Marte, y permanecido allí durante cinco largos años. Esto había sido, suspiró al recordarlo, esto había sido casi hacía treinta años.

El rumor y el ruido de la sala le golpearon en el rostro cuando el sirviente robot le abrió la puerta, y en este rumor se hallaba la raíz de algo que casi era terror. Durante un momento dudó, luego entró dentro. La puerta se cerró suavemente tras él.

Permaneció cerca de la pared, para quedarse fuera del camino de la gente, dirigiéndose a una silla en un rincón. Se sentó y se recostó, apretujando su cuerpo muy dentro de los almohadones, contemplando la multitudinaria humanidad que llenaba la sala.

Gente chillona, gente apresurada, gente con rostros extraños y desconocidos. Desconocidos... todos ellos. Ni un solo rostro le era familiar. Gente que iba a sitios. Que se dirigía a los planetas. Ansiosos por partir. Preocupados por los detalles finales. Corriendo de aquí para allá.

De la multitud surgió al fin un rostro familiar. Webster se echó hacia adelante.

—¡Jenkins! —gritó. Y entonces lamentó el grito, aunque nadie pareció darse cuenta de ello.

El robot se dirigió hacia él, colocándose enfrente.

—Dile a Raymond —dijo Webster— que tengo que volver inmediatamente. Dile que traiga rápidamente el helicóptero.

—Lo siento, señor —dijo Jenkins—, pero no podemos irnos inmediatamente. Los mecánicos hallaron un fallo en la cámara de combustión atómica. Están instalando una nueva, y les llevará varias horas.

—Pero seguramente —dijo Webster con impaciencia— podrían haber esperado a otra ocasión.

—El mecánico dijo que no, señor —le dijo Jenkins—. Podría fallar en cualquier instante. Toda la carga de energía...

—Sí, sí —aceptó Webster—. Supongo que es así. Jugueteeó nerviosamente con su sombrero.

—Acabo de recordar —dijo— algo que tenía que hacer. Algo que tenía que ser hecho inmediatamente. Tengo que ir a casa. No puedo esperar varias horas.

Se removió hasta situarse en el borde de la silla, con sus ojos contemplando la pululante multitud.

Rostros... Rostros...

—Quizá pudiera usted televisar —sugirió Jenkins—. Uno de los robots podría hacerlo. Hay una cabina...

—Espera, Jenkins —dijo Webster. Dudó un momento—. No hay nada que hacer en casa. Nada en absoluto. Pero tengo que salir de aquí. No puedo seguir

permaneciendo en este lugar. Si me veo obligado a ello, me volveré loco. Estaba asustado allí en la rampa, y estoy asombrado y confundido aquí. Tengo una sensación, una sensación extraña y terrible. Jenkins, yo...

—Lo comprendo, señor —dijo Jenkins—. Su padre también se sentía así. Webster se asombró.

—¿Mi padre?

—Sí, señor. Es por eso por lo que nunca iba a ninguna parte. Tenía más o menos su edad, señor, cuando se dio cuenta de ello. Trató de hacer un viaje a Europa y no pudo. Llegó a mitad de camino y volvió. Tenía una palabra para definirlo.

Webster permaneció en un asombrado silencio.

—Una palabra para definirlo —dijo finalmente—. Naturalmente que hay una palabra para definirlo. Mi padre la tenía. ¿La tenía también mi abuelo?

—No se lo podría decir, señor —dijo Jenkins—. No fui fabricado hasta después de que su abuelo fuera ya un hombre mayor, pero quizá la tuviera también. Tampoco iba a ninguna parte.

—Entonces lo comprendes —dijo Webster—. Sabes cómo es. Me siento como si fuera a ponerme enfermo, físicamente enfermo. Mira a ver si puedes alquilar un helicóptero... cualquier cosa, para que podamos ir casa.

—Sí, señor —dijo Jenkins.

Comenzó a irse, pero Webster lo llamó de regreso.

—¿Sabe alguien más sobre esto, Jenkins? ¿Cualquiera...?

—No, señor —dijo Jenkins—. Su padre nunca lo mencionó, y en alguna forma me imaginé que tampoco le hubiera agradado que yo lo comentara.

—Gracias, Jenkins —dijo Webster.

Se recostó de nuevo en la silla, sintiéndose desolado, solo y fuera de lugar. Sólo en una sala atestada, que zumbaba llena de vida. Una soledad que le desgarraba, que lo dejaba débil y agotado.

Nostalgia. Simple y vergonzosa nostalgia, se dijo a sí mismo. Algo que se supone que los muchachos deben de sentir cuando se van por primera vez de casa, cuando parten a enfrentarse con el mundo.

Y había una palabra culta para ello: agorafobia, el morboso temor de hallarse en medio de espacios abiertos, derivada de la raíz griega que significaba literalmente miedo a la plaza pública. Si cruzaba la habitación hasta la cabina de televisión, podría efectuar una llamada y hablar con su madre o con uno de los robots, o aún mejor, quedarse simplemente sentado mirando a su hogar hasta que Jenkins volviera a por él.

Comenzó a alzarse y luego se hundió de nuevo en la silla. No era lo mismo. El hablar con alguien o el mirar a un lugar no era como el hallarse allí. No podría oler los pinos en el aire invernal, o escuchar el crujido familiar de la nieve bajo sus pies, o extender la mano y tocar uno de los masivos robles que crecían junto al camino. No podía sentir el calor del fuego o notar la segura y tranquilizante sensación de

pertenecer, de ser un mismo todo con una extensión de terreno y con las cosas que se hallaban en ella.

Y sin embargo, tal vez ayudaría. Quizá no demasiado, pero algo. Comenzó a alzarse de nuevo de la silla, y se quedó helado. Los pocos pasos hasta la cabina contenían un terror, un terrible y avasallador terror. Si los cruzaba, tendría que hacerlo a la carrera. Correr para escapar de los ojos que lo miraban, de los sonidos no familiares, de la agonizante cercanía de rostros extraños. Abruptamente, se sentó de nuevo.

La aguda voz de una mujer atravesó la sala, y él se hundió, tratando de alejarse de ella. Se sentía terriblemente. Se sentía como en un infierno. Deseaba que Jenkins se apresurase.

El primer suspiro de la primavera llegó a través de la ventana, llenando el estudio con una promesa de nieves en fusión, de flores y hojas que estaban ya próximas, de cataratas de agua espumeando entre el azul, de truchas que se ocultaban en los charcos acechando a las moscas. Webster alzó sus ojos del montón de papeles de su escritorio, aspiró la brisa y sintió el frío susurro de la misma en su mejilla. Su mano se extendió buscando la copa de coñac, la encontró vacía y la dejó de nuevo.

Se inclinó otra vez sobre los papeles, tomó un lápiz y tachó una palabra. Críticamente, leyó los últimos párrafos: «El hecho que de un total de doscientas cincuenta personas que fueron invitadas a visitarme, teóricamente por cuestiones de importancia superior a lo ordinario, tan sólo tres fueran capaces de venir, no prueba necesariamente que todas ellas, excepto esas tres, sean víctimas de agorafobia. Algunas pudieran haber tenido razones legítimas para no poder aceptar mi invitación. Pero esto indica una creciente falta de deseo, en los hombres que viven bajo la forma de existencia en la Tierra posterior al hundimiento de las grandes ciudades, de moverse de los lugares que les son familiares, un instinto que se hace cada vez más profundo de permanecer entre las posesiones y escenarios que en su mente se han ido asociando con la satisfacción y el bienestar de la vida.

»Cuál será el resultado de esta nueva circunstancia, es algo que nadie puede indicar con claridad puesto que se aplica tan sólo a una pequeña porción de la población terrestre. Entre las familias más numerosas, la presión económica obliga a algunos de los hijos a buscar sus fortunas en otras partes de la Tierra o en alguno de los otros planetas. Muchos otros buscan deliberadamente oportunidades y aventuras en el espacio, mientras que algunos se dedican a profesiones o trabajos que convierten en imposible una existencia sedentaria».

Pasó las páginas, yendo a la última. Sabía que era un buen estudio, pero que no podía ser publicado. Todavía no. Quizá después de que hubiera muerto. Por lo que él sabía, nadie hasta ahora ni siquiera se había dado cuenta de la tendencia. Todo el mundo había tomado por natural el que la gente no se fuese de sus casas, porque después de todo, ¿para qué salir de ellas?

El televisor murmuró tras él, y extendió la mano para accionar el conmutador. La

habitación se disolvió, y se halló cara a cara con un hombre que se sentaba tras un escritorio, casi como si se hallase al otro lado del escritorio de Webster. Un hombre canoso, de ojos tristes colocados tras espesas gafas.

Por un momento, Webster se le quedó mirando, mientras la memoria trataba de venir a él.

—¿Podría ser...? —le preguntó, y el hombre sonrió gravemente.

—He cambiado —dijo—, y usted también. Mi nombre es Clay Borne. ¿Recuerda? De la Comisión Médica marciana...

—¡Clay Borne! A menudo pensé en usted. Permaneció usted en Marte. Clay Borne asintió.

—He leído su libro, doctor. Es una verdadera contribución. A menudo pensé que debería ser escrito un libro así, y deseé hacerlo yo mismo; pero nunca encontré el tiempo. Y es mejor que no lo hiciera. Usted realizó un trabajo mucho mejor, especialmente en lo que respecta al cerebro.

—El cerebro marciano —dijo Webster— siempre me intrigó. Ciertas peculiaridades. Me temo que en esos cinco años gasté más tiempo del que debería haber empleado tomando notas. Había otros trabajos que hacer.

—Me alegro de que lo hiciera —dijo Clay Borne—. Es por eso por lo que le estoy llamando ahora. Tengo un paciente... una operación cerebral. Tan sólo usted podría realizar la intervención.

Webster perdió el aliento. Sus manos temblaban.

—¿Lo traerán aquí?

Clay Borne negó con la cabeza.

—No puede ser movido. Creo que usted lo conoce. Es Juwain, el filósofo.

—¡Juwain! —dijo Webster—. Es uno de mis mejores amigos. Hablamos hace tan sólo un par de días.

—El ataque fue repentino —dijo Clay Borne—. Ha estado pidiendo por usted.

Webster estaba silencioso y helado. Helado, con un frío que le llegaba de algún punto irreconocible. Gelidez que bañaba de sudor su frente, y le hacía apretar los puños.

—Si sale usted inmediatamente —dijo Clay Borne—, llegará aquí a tiempo. Ya he arreglado con el Comité Mundial para que pongan inmediatamente una nave a su disposición. Es necesario que se dé usted la mayor prisa posible.

—Pero —dijo Webster—, pero... No puedo ir.

—¡No puede venir!

—Es imposible —dijo Webster—. En cualquier caso, dudo que se me necesite. Seguramente, usted mismo...

—No puedo —dijo Clay Borne—. Nadie puede excepto usted. Nadie más tiene los conocimientos necesarios. Tiene usted la vida de Juwain en sus manos. Si viene vivirá; sino, morirá.

—No puedo ir al espacio —dijo Webster.

—Cualquiera puede salir al espacio —dijo Clay Borne—. Ya no es como antes. Puede usted recibir cualquier condicionamiento que crea necesario.

—Pero usted no comprende —rogó Webster—. Usted...

—No, no lo comprendo —dijo Clay Borne—. Francamente no lo comprendo. Que alguien rehúse salvar la vida de un amigo...

Los dos hombres se miraron por un largo momento, sin hablar.

—Le diré al Comité que envíe la nave directamente a su casa —dijo finalmente Clay Borne—. Espero que para entonces todo esté solucionado y pueda usted venir.

Clay Borne se esfumó, y de nuevo volvió la visión de la pared, de la pared y los libros, del hogar y las pinturas, de los bienamados muebles, de la promesa de la primavera que llegaba a través de la ventana.

Webster estaba helado en la silla, mirando a la pared situada frente a él. Juwain, con su peluda y arrugada cara, su silbante susurro, su amistad y la comprensión que era tan suya. Juwain, que usaba de la filosofía como de una herramienta, como de una ciencia, como de una piedra sillar sobre la que edificar una vida mejor.

Webster dejó caer su rostro entre sus manos, y luchó con la agonía que se *alzaba en su interior*.

Clay Borne no había comprendido. Uno no podía esperar que él comprendiese, pues no tenía forma en qué saberlo, y aún sabiéndolo, ¿lo comprendería? Aún, el, Webster, no lo hubiera comprendido en cualquier otro hasta que lo hubo descubierto en sí mismo: el terrible miedo a abandonar su propio hogar, sus propias tierras, sus posesiones, los pequeños simbolismos que había erigido. Y no sólo él, sino también esos otros Webster. Comenzando por el primer John J. Hombres y mujeres que habían hecho de la vida un culto, y de la tradición una creencia. El, Jerome A. Webster, había ido a Marte cuando era un joven, y no había notado ni sospechado el veneno psicológico que ya corría por sus venas. Incluso el mismo Thomas se había ido hacia unos pocos meses a Marte, pero treinta años de una vida tranquila aquí, en el refugio que los Webster llamaban hogar, lo había llevado al primer plano, lo había desarrollado sin siquiera darse él cuenta de ello. De hecho, no había tenido oportunidad de darse cuenta. Ahora, ya veía claro cómo había sucedido, claro como el cristal. La costumbre, y el hábito mental, y una asociación de amistad hacia ciertas cosas, cosas que no tenían verdadero valor en sí mismas, pero a las que les había sido asignado un valor, un valor definido y concreto, por una familia, durante cinco generaciones.

No era extraño que los otros lugares le parecieran distintos, no le asombraba que los otros horizontes tuvieran una pincelada de horror en su trazo.

Y no había nada que uno pudiera hacer, nada, excepto si uno talaba todos los árboles y prendía fuego a la casa, y alteraba el cauce de los ríos. Y aun tal vez ni así, tal vez...

El televisor murmuró, y Webster alzó el rostro, extendió una mano y accionó el conmutador.

La habitación se iluminó con un violento estallido de blanco, pero no hubo imagen. Una voz dijo:

—Llamada secreta. Llamada secreta.

Webster corrió un panel en la máquina, giró un par de diales y oyó el zumbido de la energía que se convertía en una pantalla que bloqueaba la habitación.

—Establecido el secreto —dijo.

El resplandor blanco se apagó, y un hombre apareció sentado al otro lado de un escritorio. Un hombre al que había visto muchas otras veces en los discursos televisados, en las noticias diarias.

Henderson, el presidente del Comité Mundial.

—He tenido una llamada de Clay Borne —dijo Henderson. Webster asintió sin hablar.

—Me ha dicho que rehúsa usted ir a Marte.

—No he rehusado —dijo Webster—. Cuando Clay Borne cortó, la cuestión todavía estaba en pie. Le dije que me era imposible ir, pero él rechazó esto. No pareció comprender.

—Webster, tiene usted que ir —dijo Henderson—. Es usted la única persona con los conocimientos necesarios sobre el cerebro marciano como para realizar la operación. Si fuera una operación simple tal vez pudiera realizarla cualquier otro, pero no una como ésta.

—Tal vez sea eso cierto —dijo Webster—, pero...

—No es tan sólo la cuestión de salvar una vida —dijo Henderson—. Ni siquiera la vida de una persona tan distinguida como es Juwain, Es algo mayor que eso. Juwain es amigo suyo. Tal vez le haya hablado de lo que ha descubierto.

—Sí —dijo Webster—. Sí, lo hizo. De un nuevo concepto filosófico.

—Un concepto —declaró Henderson— sin el que no podemos pasar. Un concepto que renovará el sistema solar, que hará adelantar a la humanidad cien mil años en el espacio de dos generaciones. Una nueva dirección de propósito que se encaminará hacia una meta que hasta ahora no habíamos sospechado, que ni siquiera habíamos supuesto que existiera. Una verdad realmente nueva, ¿comprende? Una que nunca antes se le había ocurrido a nadie.

Las manos de Webster se aferraron al borde de la mesa hasta que sus nudillos se tornaron blancos.

—Si muere Juwain —dijo Henderson—, ese concepto morirá con él. Es posible que se pierda para siempre.

—Trataré —dijo Webster—. Trataré... Los ojos de Henderson eran duros.

—¿Eso es lo mejor que me puede decir?

—Eso es lo mejor —admitió Webster.

—Pero hombre, ¿tiene usted que tener alguna razón! ¿Alguna explicación!

—Ninguna —dijo Webster— que desee dar. Deliberadamente, extendió la mano y apagó el conmutador.

Webster se sentaba tras el escritorio, y mantenía sus manos frente a él, contemplándolas. Manos que tenían habilidad, que poseían conocimientos. Manos que podrían salvar una vida si es que llegaban a Marte. Manos que podían salvar una idea para el sistema solar, para la humanidad, para los marcianos. Una nueva idea que les haría *avanzar* cien mil años en las siguientes dos generaciones. Pero manos que estaban encadenadas por una fobia, que surgía de esta vida tranquila. Decadencia: una decadencia extrañamente hermosa y mortal.

El hombre había abandonado las ciudades abarrotadas, el lugar de cobijo, hacía dos centenares de años. Había acabado con los antiguos enemigos y los antiguos temores que lo habían mantenido alrededor de la fogata común. Había dejado atrás los duendes primordiales que habían caminado con él desde que salió de las cavernas. Y sin embargo... sin embargo...

Aquí había otro lugar de cobijo. No de cobijo para el cuerpo, sino para la mente. Una fogata psicológica que todavía mantenía al hombre atado a su círculo de luz. No obstante, lo sabía, tenía que abandonar este fuego. Tal y como los hombres lo habían hecho con las ciudades hacía doscientos años, tenía que apartarse y abandonarlo, y no debía de mirar hacia atrás.

Tenía que ir a Marte... o al menos partir hacia Marte. No cabían dudas cerca de esto. Tenía que ir.

Si sobrevivía al viaje, si podría *realizar* la operación una vez hubiera llegado, era algo que desconocía. Se preguntó vagamente si la agorafobia sería mortal. Suponía que sí podría serlo en su forma más extrema. Alargó la mano para tocar el timbre, pero dudó. No valía la pena el llamar a Jenkins para que hiciera las maletas. Las haría él mismo: le mantendría ocupado hasta que llegase la nave.

Del estante superior del armario del dormitorio sacó una maleta y vio que estaba polvorienta. Sopló, pero el polvo permaneció adherido. Llevaba ya demasiados años ahí. Mientras llenaba la maleta, la habitación argüía con él, habiéndole con esa muda voz que las cosas inanimadas, pero familiares, pueden emplear para hablar con el hombre.

—No puedes irte —decía la habitación—. No puedes irte y dejarme. Y Webster respondía, medio implorando, medio explicando:

—Tengo que ir. ¿Es que no puedes comprenderlo? Es un amigo, un viejo amigo. Volveré.

Realizada la tarea, Webster regresó al estudio, derrumbándose en su silla. Debía irse y, no obstante, no podía hacerlo. Pero, sabía que cuando llegase la nave, cuando llegase el momento, saldría de la casa y se dirigiría a la nave.

Fortaleció su mente para eso. Trató de crear una firme determinación, trató de *apartar* de ella todo pensamiento excepto el de que se iba a ir. Las cosas de la habitación se introducían en su cerebro, como si fuesen parte de una conspiración para mantenerlo allí. Cosas que veía como si fuese la primera vez, cosas viejas pero que al recordarles repentinamente eran nuevas. El cronómetro que marcaba al mismo

tiempo la hora de la Tierra y de Marte., los días del mes, las fases de la Luna. La foto de su difunta esposa sobre el escritorio. El trofeo que había ganado en la escuela preparatoria. El diploma que le había costado diez «pavos» como recuerdo de su viaje a Marte. Los contempló, al principio casi a desgana, luego ansiosamente, almacenando la memoria de todos ellos en su cerebro. Contemplándolos como componentes separados de una habitación que había aceptado durante todos esos años como un todo terminado, sin darse cuenta nunca de la multitud de objetos que se iban añadiendo para completarla.

Caía la tarde. Era un atardecer de los inicios de la primavera, un atardecer que olía a los primeros árboles en flor.

La nave debería haber llegado hacía ya tiempo. Se encontró escuchando por si llegaba, aunque se daba cuenta de que no la oiría. Una nave, movida por motores atómicos, era silenciosa mientras no aceleraba. Al aterrizar y al despegar, flotaba como la niebla, sin producir ni un solo murmullo. Estaría aquí pronto. Tendría que estar aquí pronto, o nunca podría irse. Si tenía que esperar mucho más, sabía que su firme determinación se desmoronaría como un montón de polvo bajo la lluvia. No podría mantener su propósito por mucho más tiempo contra los ruegos de la habitación, contra el parpadeo del fuego, contra el murmullo de la tierra en la que cinco generaciones de Webster habían vivido sus vidas y luego muerto.

Cerró sus ojos y luchó contra el frío que subía por su cuerpo. No podía dejar que se apoderase de él ahora, se dijo a sí mismo. Tenía que mantenerse firme. Cuando llegase la nave, todavía debería ser capaz de alzarse y caminar desde la puerta hasta la portezuela.

Sonó una llamada en la puerta.

—Entre —dijo Webster.

Era Jenkins. La luz de la chimenea relumbraba en su brillante piel metálica.

—¿Llamó usted antes, señor? —preguntó.

Webster negó con la cabeza.

—Temí que lo hubiera hecho —explicó Jenkins—, y que se hubiera preguntado por qué no había acudido. Ha ocurrido un hecho extraordinario, señor. Dos hombres llegaron con una nave, y dijeron que querían llevarle a Marte.

—Están aquí —dijo Webster—. ¿Por qué no me llamaste? Se alzó dificultosamente.

—No pensé, señor —dijo Jenkins—, que deseara usted ser molestado. Era tan inaudito. Finalmente, logré hacerles comprender que era imposible que usted deseara ir a Marte.

Webster se quedó rígido. Notó cómo un miedo helado asía su corazón. Aferrándose con ambas manos al borde del escritorio, se sentó en la silla, notando como las paredes de la habitación se cerraban en torno suyo, en una trampa que jamás le dejaría ir.

BONDAD

Lester del Rey

El viento remolineó indolentemente por el rincón y pasó delante del aislado banco en el parque. Atrapó de lleno el periódico en el suelo, volviendo las páginas, recogiendo una parte y la elevó soplando, llevándosela, dejando a la vista las páginas de historietas cómicas con sus llamativos colores.

Danny avanzó hacia el espacio iluminado por el sol, y sus ojos se posaron en las páginas expuestas de historietas cómicas. Pero era inútil; no hizo esfuerzo alguno para recoger el periódico.

En un mundo donde hasta las historietas gráficas para niños necesitaban ser explicadas, ya no podía existir nada interesante para el último «homo sapiens» viviente, el último hombre normal en el mundo.

Su pie asestó un punterazo al periódico proyectándolo debajo del banco donde ya no le recordaría a él sus deficiencias. Hubo un tiempo en que intentó razonar pausadamente sobre los elementos de lógica omitidos y hallar los grados de verdad encubiertos tras aquellas omisiones, lográndolo algunas veces y fracasando con mayor frecuencia; pero ahora lo dejaba todo al pensamiento rápido, intuitivo de aquellos que estaban alrededor de él. Nada resultaba más insípido que una broma que tuviera que ser razonada y expuesta pausadamente.

¡«Homo sapiens»! El tipo de hombre que había salido de las cavernas y había construido un mundo de poder atómico, electrónico y otras maravillas de los tiempos pasados— el hombre pensante, tal como se traducía del latín. En el confuso pasado, cuando sus antecesores fueron dueños del mundo, hicieron un chiste con ello, abreviándolo en «homo savia», y riéndose, porque no existían otras especies para rivalizar con ellos.

Ahora, ya había dejado de ser un chiste. El hombre normal había sido únicamente una «savia» para el «homo intelligens», el hombre inteligente que era ahora el amo del mundo.

Danny era solamente un residuo, un sobrante, el último hombre normal en un mundo de superhombres, odiando el propio hecho de haber nacido, y que su madre hubiese muerto al nacer él para dejarle únicamente como herencia la soledad.

Se reclinó más en el banco al llegar a sus oídos los pasos de una pareja joven, bajándose el ala del sombrero para evitar ser reconocido. Pero pasaron de largo, preocupados por sus propios asuntos, dejando solamente desparramados fragmentos de conversación en sus oídos. Los revolvió en su mente, tratando insensatamente de descifrarlos.

¡Era imposible! Hasta la charla trivial contenía demasiados peldaños de lógica desechados. El «homo intelligens» tenía un nuevo estilo de pensar, por encima de la

razón, donde todos los largos y penosos peldaños de la lógica podían ser saltados instantáneamente. Podían llegar a una imagen correcta del todo partiendo de escasas porciones dispersas de información.

Del mismo modo que en otros tiempos el hombre había inventado la lógica para reemplazar el juicio por el método de tanteos que todos los animales empleaban, así el «homo intelligens» había aprendido a emplear la intuición. Podían mirar la primera página de un libro de los antiguos tiempos y de inmediato conocer todo su contenido, puesto que los pequeños artificios del autor se conectaban con sus mentes intuitivas y al instante elaboraban todos los eslabones que faltaban.

Ni siquiera necesitaban esforzarse se limitaban a mirar, y ya sabían. Venía a ser como Newton mirando una manzana cayendo y de inmediato sabiendo la causa de que los planetas circunvalaban el sol, y comprendiendo las leyes de la gravitación; pero los nuevos hombres lo hacían siempre así, no solamente en aquellos contados intervalos que dieron resultado, en tiempos pasados, para el «homo sapiens».

El nombre había desaparecido, sólo quedaba Danny, y él también tenía que abandonar aquel mundo de superhombres. De algún modo, sus planes de evasión debían completarse pronto, antes que se extinguiese el poco valor que le quedaba. Se removió intranquilo, y las moneditas en su bolsillo emitieron un tenue campanileo. ¡Más benevolencia en forma de terapia laboral!

Durante seis horas al día, cinco días por semana, trabajaba en un minúsculo despacho, haciendo penosamente un trabajo rutinario que probablemente quedaría hecho mucho mejor por máquinas. Oh, sí, ellos le aseguraban que su destreza manual era tan grande como la suya y que les era necesaria, pero él nunca podía estar seguro de nada.

Con su inagotable benevolencia, ellos habían decidido probablemente que era mejor para él vivir tan normalmente como ellos pudieran dejarle vivir, y entonces habían creado el trabajo que encajase con lo que él podía hacer.

Otros pasos se oían bajando el sendero, pero no miró hacia arriba, hasta que las pisadas se detuvieron.

—¡Hola, Danny! No estabas en la biblioteca y miss Larsen me dijo: día de paga, buen tiempo, y demás, que aquí te encontraría. ¿Cómo va todo?

Exteriormente, el cuerpo de Jack Thorpe podía parecer casi gemelo al musculoso de Danny, y la sonriente faz encima del cuerpo no poseía características especiales.

La mutación que cambió al hombre en superhombre había sido interna; una más compleja y más rápida relación de célula cerebral a célula cerebral que no tenía señales exteriores.

Danny inclinó la cabeza a modo de saludo, apartándose algo de mala gana para dejarle sitio a Jack, el hombre que había sido su compañero de juegos cuando ambos eran demasiado jóvenes para que la diferencia importase mucho.

No preguntó el motivo encubierto del conocimiento por la bibliotecaria de sus andanzas; hasta donde él supiera no existía ninguna pauta habitual en su presencia en

el parque, pero para los otros tal vez sí. Descubrió que hasta podía sonreír ante la habilidad que demostraban en adivinar sus planes.

—¡Hola, Jack! Creía que estabas en Marte.

Thorpe frunció el ceño, como si precisase hacer un esfuerzo para recordar que el muchacho que tenía a su lado era diferente, y sus palabras contenían el cuidado fraseo empleado por todos aquellos que le hablaban a Danny.

—Aquello ya terminó; ahora se supone que tendré que dirigirme a Venus próximamente. Allá tienen problemas para conseguir una nivelación entre chicos y chicas, ¿comprendes? Pensé que a lo mejor te gustaría venir conmigo. Nunca has estado en el Exterior y fuiste siempre un entusiasta de aquellas viejas narraciones espaciales, si mal no recuerdo.

—Sigo siéndolo, Jack... Pero...

Sabía lo que significaba aquella invitación, naturalmente. Aquellos que se cuidaban de vigilarle entre bastidores habían detectado su creciente descontento, y tenían la esperanza de distraerle el ánimo con aquella oportunidad de ver los lugares que su padre había conquistado en el apogeo de su raza.

Pero no tenía el menor deseo de ver aquellos sitios tal como estarían ahora, repletos con el afanoso laboreo de los nuevos hombres; era mejor imaginarlos como habían sido antes, mucho mejor que ver la realidad,

Y la nave espacial estaba «aquí»; no podía haber ninguna oportunidad de escapar desde aquellos otros mundos.

Jack asintió rápidamente, con la casi telepática comprensión de su raza.

—Lógico, lógico. Lo que mejor te convenga, compadre. ¿Vas a ir a Las Alturas? Miss Larsen dice que tiene algo para ti.

—Todavía no, Jack. He pensado echarle un vistazo... dejarme caer por el viejo Museo.

—Ah.

Thorpe se incorporó lentamente, cepillándose el traje con dedos ágiles.

—¡Danny!

—¿Sí?

—Probablemente te conozco mejor que ningún otro, compadre, y por consiguiente... —titubeó, encogió los hombros y agregó—: No te has de molestar si saco conclusiones; no hablaré mientras no me toque hacerlo. Te deseo suerte... y adiós, Danny.

Se había ido, casi de repente, dejando a Danny con el corazón en la garganta. Unas pocas palabras, una expresión facial, probablemente algunos recuerdos de la infancia: ¡y tal vez Danny había revelado sus más queridas y secretas esperanzas como si las hubiera gritado en palabras!

¿Cuántos otros conocían ya su interés por la vieja nave del Museo y su plan cuidadosamente elaborado para escapar de aquel mundo benévolo, lleno de caridad y tortura?

Aplastó un cigarrillo bajo el tacón, intentando olvidar aquel pensamiento. Jack había jugado con él siendo niño, y los otros no. Tendría que fundar sus esperanzas en este hecho, y tener más cuidado que nunca en no pensar en su idea cuando estuviesen entorno suyo los otros. Mientras tanto, ¡tendría que permanecer apartado de la nave espacial! Tal vez de este modo el sutil aviso de Thorpe podía actuar en su favor... siempre y cuando Jack hubiese sido sincero en su promesa de guardar silencio.

Danny se esforzó en ahuyentar sus dudas, torvamente consciente de que no se atrevía a perder la esperanza en aquel último intento desesperado de conseguir la independencia y la propia estimación; el otro camino solamente ofrecía desesperanza, irremediable indiferencia, la misma clase de muerte vacía, dimanante de un intenso complejo de inferioridad que había asolado a los decrecientes números de su propia clase dejándole a él como último y solitario ejemplar.

De algún modo, había logrado subsistir. En el intervalo de espera, iría a la biblioteca y se cuidaría bien de no acercarse al Museo.

Había un tropel de gente abandonando la biblioteca cuando Danny subía por la escalera mecánica, pero o bien no le reconocieron con el ala de su sombrero muy echada sobre los ojos, o percibieron su deseo de anonimato y simulaban no conocerle.

Se deslizó por uno de los corredores menos transitados y se dirigió hacia la sección de Documentos Históricos donde miss Larsen estaba poniendo en orden las cintas grabadas para leer, y se disponía a marcharse.

Pero abandonó rápidamente los estuches al entrar él y alzando el rostro le sonrió, con aquella cálida y cordial peculiar de su grey...

—¡Hola, Danny! ¿Tu amigo dio contigo por fin?

—Sí. Dijo que tenías algo para mí.

—Así es.

Había placer en su rostro al volverse ella hacia la mesa que estaba a su espalda y recoger un pequeño paquete.

Por milésima vez, se sorprendió a sí mismo deseando que ella fuera de su raza y sofocando aquel sentimiento al darse cuenta de cuál sería realmente su actitud, llegado el caso.

Para ella, los breves comentarios acerca del pasado de la raza de Danny eran solamente un tema de interés histórico, sin más. Y él era solamente un estúpido residuo de épocas ya pasadas.

—¿Adivinas lo qué es?

A pesar de todo y contra su voluntad, su rostro se iluminó alegremente, tanto por el juego como por el paquete.

—¡Las revistas! ¿Los ejemplares perdidos de «Sendas del Espacio»? Solamente poseían en existencia una serie de aquellos relatos, y, sin embargo aquella primera parte había logrado emocionarle como pocas de las otras antiguas narraciones sobre la conquista del espacio por sus antecesores.

Ahora, con los ejemplares que faltaban, ya a su disposición, la vida volvería a

tener un aliciente durante unas cuantas horas más, mientras siguiese leyendo las hazañas imaginarias de un conquistador que no había conocido el miedo ante mentes más agudas.

—No es exactamente lo que querías, Danny, pero casi, casi. No pudimos localizar los ejemplares que faltaban, pero la semana pasada le entregué a Bryant Kenning los que teníamos y él completó la narración para ti.

Su voz tenía un tono de disculpa.

—Naturalmente las palabras no serán completamente idénticas, pero Kenning jura que el relato es, sin duda alguna, exactamente el mismo en estructura que el original y el estilo ha sido reproducido casi a la perfección.

¡Así de sencillo! Kenning había cogido las primeras páginas de una novela que había supuesto semanas y meses de meditación para algún escritor antiguo y había hallado en ellas la totalidad de la trama, claramente revelada y asimilada al instante.

Probablemente había bastado una noche de tarea para reproducir. Una aburrida y desagradable tarea, pero nada difícil, sencilla.

Danny no ponía en duda la exactitud del duplicado, puesto que Kenning era el más apto de los novelistas históricos de la nueva humanidad. Pero ya se había disipado el placer que se prometía sacar de la lectura.

Cogió el paquete, observando que hasta algún dibujante había copiado el estilo del antiguo artista, y que estaba dispuesto de modo a imitar el formato original.

—Gracias, miss Larsen. Lamento haber originado tantas molestias. Y ha sido muy atento por parte de Mr. Kenning.

—Quiso hacerlo... Se ofreció voluntariamente cuando se enteró que estábamos buscando los ejemplos perdidos. Y si hay cualquier otra serie con episodios que no se puedan encontrar, quiere que se lo hagas saber, Danny. Vosotros dos sois casi los únicos que hacéis uso de esta sección ahora. ¿Por qué no pasas por su casa? Si le gustase ir esta misma noche...

—Gracias, pero he pensado leer todo esto precisamente esta noche. Dígame, de todos modos, que le estoy muy agradecido.

Titubeó, preguntándose nuevamente, si se atrevería a pedirle las grabaciones sobre la historia de los asteroides; no, porque corría el gran riesgo de que ella adivinase, o bien al momento, o más tarde. No se atrevía a confiar en nadie de ellos ni siquiera con un indicio de su proyecto.

Miss Larsen sonrió nuevamente, dedicándole un guiño amistoso.

—Muy bien, Danny, ya se lo diré. Buenas noches.

Fuera, con el frío del anochecer que empezaba a insinuarse, Danny, echó a andar por los barrios intransitados y dejó que sus pies le guiasen. En determinado momento, cuando un grupo venía en su dirección, atravesó la calle sin pensarlo y prosiguió adelante.

El paquete bajo su brazo se iba haciendo pesado y lo aupó, atormentado entre el deseo de saber lo que le había sucedido al protagonista y el disgusto contra su propio

«sapiens» cerebro por ignorarlo.

Probablemente, durante aquella larga caminata, acabaría por decidirse a ir a casa y leer el resto de la novela, pero por el momento se contentaba con dejar que sus pies le llevaran sin rumbo fijo, manteniendo la mayor parte de sus pensamientos en estado latente.

Otro pequeño parque se hallaba en su camino y lo cruzó lentamente, llegándole sólo parcialmente el balbuceo de voces infantiles, hasta que estuvo cerca de ellos, dos muchachos y una chica. La inspectora que debería encargarse de llevarles de regreso al Centro, era una silueta borrosa en las distantes sombras, con otra silueta más borrosa a su lado, dejando a las tres criaturas de cinco años enzarzadas alegremente en el pasatiempo eterno de ensuciarse lo más posible e impresionarse unos a otros.

Danny se detuvo, y un esbozo de sonrisa fue insinuándose en sus labios. A la edad de aquellas criaturas, su habilidad intuitiva empezaba solamente a desarrollarse, y sus jueguitos y simulaciones tenían sentido, actuando en él como un tónico.

Vagamente, recordó sus propios amigos de aquella edad comenzando inciertamente a adquirir la maña de parecer saberlo todo y sus preocupaciones para no quedarse atrás. Durante algún tiempo, los circunstanciales relámpagos de intuición que siempre habían favorecido hasta al propio «homo sapiens» le concedieron alguna esperanza, pero finalmente el inspector se vio obligado a decirle que era diferente, y el porqué era él diferente.

En este momento dio de lado a tales penosos recuerdos y avanzó tranquilamente para participar en el juego.

Le aceptaron con la sencilla indiferencia de criaturas que no tienen represiones, intentando febrilmente construir sus castillos de arena más altos que el suyo; pero en este caso, su experiencia era mayor que la suya, y su criterio sobre la humedad de la materia prima era mucho más seguro.

Una perversa chispa de logro, de realización, fue creciendo en su ser interior, mientras iba añadiendo un piso más a la estructura en forma de torreones y construía un puente apuntalado con ramitas y hojarasca, conduciendo al castillo.

Entonces las luces surgieron iluminando la salvadera y a los que estaban en su interior y ahuyentando las sombras del anochecer.

El más pequeño de los dos niños alzó la mirada, viéndole realmente, por vez primera.

—¡Oh, tú eres Danny Black! ¿verdad que sí? He visto tu foto. ¡Juddy, Bobby, mirad! Es aquel hombre que...

Pero sus voces fueron extinguiéndose, mientras se alejaba corriendo a través del parque y de nuevo por los caminos desviados, apretando el paquete contra sí.

¡Estúpido! ¡Deleitarse en vencer a chiquillos en un juego sin utilidad! Y encima, sorprenderse de que pudieran conocerle... Aminoró la carrera reduciéndola al paso, crispando los labios ante la idea de que en aquellos momentos la inspectora estaría regañando a los tres niños.

Y sus pies seguían marchando, sin guía.

Era inevitable, lógicamente, que le llevarasen al Museo donde se centraban todas sus secretas esperanzas, pero le sorprendió alzar la vista y verse ante dicho edificio. Y luego se sintió contento. Ciertamente ellos no podrían leer nada en su visita imprevista, y exactamente poco antes de que el lugar cerrase sus puertas. Respiró normalmente, esforzó sus facciones para que adquiriesen expresión de interés puramente casual, y entró avanzando por los largos pasillos hasta la sala de la nave espacial.

Ahí estaba, puntando levemente hacia el cielo, lisa, bruñida, inmensa aún en una estancia diseñada para aparecer como las distantes extensiones del espacio. Doscientos metros de metal resplandeciente formaban una tersa superficie desde el romo arco hasta la angosta popa con sus azabachados chorros de ión.

Ésta era, y Danny lo sabía, la última y más grande de las astronaves que su raza había construido en la cúspide de su gloria. Y ya antes, la mutación que hizo a la nueva raza de hombres fue causada por las radiaciones del profundo espacio, y los resultados estaban extendiéndose.

Durante algún tiempo, como indicaba el cuaderno de bitácora, aquella nave había zarpado hacia Marte, Venus, y los demás puntos del imperio del hombre, mientras la tensión iba lentamente elevándose en la Tierra. Ya no hubo nunca más ninguna otra astronave completamente «sapiens» proyectada.

Porque la nueva raza iba extendiéndose, haciendo sentir su mayor inteligencia, con el cohete inversor de materia reemplazando al antiguo, y menos eficiente de iones que llevaba la astronave ahí presente.

Eventualmente, incapaz de competir con los nuevos modelos, fue retirada de servicio y almacenada como chatarra, mientras la Guerra entre la nueva y la vieja raza pasaba por encima, enterrándola bajo toneladas de cascotes.

Y ahora, la nave, cuidadosamente excavada de las antiguas ruinas del dique de piedra donde había estado varada por tanto tiempo, fue entronizada y puesta a punto durante el año pasado, allí mismo, en el Museo de Historia Sapiencia, mientras todas las esperanzas y plegarias de Danny se centraban en torno suyo.

Todavía persistía en él una sensación de temor reverente mientras caminaba lentamente por el suelo alfombrado hacia la abierta compuerta y el interior iluminado.

—¡Danny!

La palabra, súbita, le interrumpió dándole un principio de sensación de culpa, pero se trataba tan sólo del profesor Kirk, y se tranquilizó nuevamente. El viejo arqueólogo acudía a su encuentro, con una sonrisa apenas visible en la media luz de la inmensa bóveda.

—Casi había ya renunciado a verte, muchacho, y me disponía a irme pero por casualidad miré atrás y te vi. He pensado que podrías estar interesado en cierta información que conseguí hoy mismo, precisamente.

—¿Información acerca de la nave?

—¿Qué otra cosa si no? Bueno, entra en la nave y pasemos al salón de fumar... Tengo unos cuantos privilegios en este lugar, y por consiguiente podemos, por el mismo precio, estar cómodos. ¿Sabes una cosa? A medida que me voy haciendo viejo, voy apreciando las ideas sobre la comodidad de tus antecesores, Danny. Viene a ser casi una lástima que nuestra propia cultura sea demasiado nueva para todavía permitirse tal lujo.

De toda la nueva raza, Kirk parecía el más a sus anchas con Danny, en parte debido a su edad, y en parte porque habían compartido el mismo entusiasmo por la gran astronave cuando llegó por vez primera.

Ahora se reclinó en uno de los viejos divanes, haciendo uso de su inmunidad a las normas ordinarias para encender un cigarrillo y pasarle uno al joven.

—¿Recuerdas que todas las provisiones y cosas en la nave nos habían intrigado a ambos y no podíamos encontrar ninguna relación de todo ello? También recordarás que las anotaciones en el cuaderno de bitácora terminaban cuando almacenaron la vieja nave para convertirla en chatarra. Y no podíamos adivinar porqué todo esto había sido restaurado y aprovisionado nuevamente, dejándolo listo para algún largo viaje a alguna parte. Bien, ha surgido a la luz en unas posteriores excavaciones que ellos han terminado, Danny. Tu gente lo hizo durante la Guerra; o mejor dicho: ¡después de que hubieron perdido la Guerra contra nosotros!

Danny irguió la espalda. La Guerra era un período de historia que había soslayado en su pensamiento, aunque conocía lo sucedido en líneas generales.

Con la creciente mayoría de homo intelligens presionando y echando a un lado a la raza vieja por las leyes de la supervivencia, su pueblo hizo un intento final y desesperado para conseguir la supremacía.

Y si bien la nueva raza no había querido la Guerra, se vieron obligados finalmente a defenderse y pelear con tan poca misericordia como para ellos tuvieron; y puesto que poseían la tremenda ventaja del nuevo pensamiento intuitivo, quedaron solamente unos miles de los primeros billones de la vieja raza cuando terminó el breve curso de la Guerra.

Probablemente había sido inevitable, desde la primera mutación, pero era algo sobre lo que Danny prefería no pensar.

Ahora asintió dejando que el otro prosiguiese.

—Tus antepasados, Danny, fueron entonces derrotados, pero no quedaron completamente aplastados y concentraron hasta el último ápice de energía que aún tenían para reconstruir esta nave —la única navegable que les quedaba— y aprovisionarla de nuevo. Se disponían a partir lejos a alguna parte, no sabían dónde muy concretamente, tal vez hacia otro sistema solar, y llevarse a algunos de la antigua raza para emprender una nueva génesis, lejos de nosotros. Fue su último envite para sobrevivir, y fracasó cuando mi pueblo lo supo y desmoronó los muelles de piedra sobre la nave, pero, ¡fue un fracaso glorioso, muchacho! Supuse que te interesaría saberlo.

Los pensamientos de Danny se concentraron lentamente.

—¿Quiere decir que todo lo de la nave es de mi gente? Pero seguramente las provisiones... no habrán permanecido en estado de disfrute tras tanto tiempo...

—Pues, sí; las comprobaciones que hemos llevado a cabo lo han demostrado concluyentemente. Tu pueblo sabía cómo conservar y proteger las cosas al igual que nosotros, y había calculado que tendrían que ir a la deriva quizá durante medio siglo. Todas las provisiones son utilizables durante mil años a partir de ahora.

Tiró su cigarrillo al otro lado de la sala y rió en complacida sorpresa cuando cayó atinadamente en un cenicero.

—Me demoré por acá únicamente para decírtelo y he guardado los documentos allá en la escuela para que los veas. ¿Por qué no vienes allá conmigo, ahora?

—Esta noche, no, señor. Más bien preferiría quedarme aquí un poco más. El Profesor Kirk asintió, poniéndose en pie con cierta renuencia.

—Como quieras... Comprendo cómo te sientes, y de veras lamento también que trasladen la nave. ¡La echaremos de menos, Danny!

—¿Trasladar la nave?

—¿No lo sabías? Yo pensé que era por esta razón que habías venido aquí a estas horas. La quieren en Londres y van a traer una de las viejas naves Lunares aquí para reemplazarla. ¡Mala suerte!

Tocó el tabique pensativamente, bajando las manos para acariciar la lujosa lanilla del asiento.

—Bien, no estés demasiado tiempo y no te olvides de apagar las luces de la nave antes de irte. Cerrarán el museo dentro de media hora. Buenas noches, Danny.

—Buenas noches, profesor.

Danny permaneció como petrificado en el blando asiento, escuchando la lenta pisada del anciano y el latido de su propio corazón. Iban a trasladar la nave, reduciendo sus planes a jirones, dejándole varado en este mundo de una nueva raza, donde hasta los niños sentían pena por él.

¡Había significado tanto, siquiera sentir que de algún modo, podría escapar, algún día! Impulsivamente, apagó las luces, sintiéndose más unido a la nave en la intimidad de las tinieblas, donde ningún vigilante nocturno pudiera ver su emoción.

Desde hacía un año había centrado su vida en rededor a la idea de llevarse aquella nave fuera y lejos, dejando a la nueva raza en lontananza, muy atrás. Largos, cuidadosos meses de fingimiento como si el trabajo fuera casual, se habían consumido en aprenderse su estructura, encontrar todos sus compartimientos, y asegurarse mediante un centenar de viejos libros que él podría maniobrarla.

Había sido designada casi para un trabajo así, construida para ser accionada por un solo hombre, aunque fuera un tullido, en una emergencia, y casi todo era automático. Únicamente el problema del punto de destino había persistido, puesto que los planetas formaban como un enjambre, pero también el cuaderno de bitácora de la nave había sugerido la respuesta hasta para este problema.

Hubo una vez hombres ricos entre los de su pueblo, que buscaban novedad y aislamiento, hallándolo entre los asteroides más grandes; dinero y ciencia habían construido para ellos gravitaciones artificiales, dándoles atmósferas, potenciadas por instalaciones de energía atómica que debían durar para siempre.

Ahora los hombres ricos indudablemente habían muerto, y la nueva raza había abandonado por inútiles tales cosas. Seguramente, en algún lugar entre los asteroides tendría que haber para él un puerto, convertido en sitio seguro precisamente por los numerosos pequeños mundos que desalentarían cualquier intento de persecución y búsqueda.

Danny oyó pasar de largo a un guardián, y lentamente se puso en pie, para salir nuevamente a un mundo que ya no contendría ni siquiera aquella esperanza. Había sido un hermoso plan para seguir soñando, un sueño necesario.

Y entonces llegó a sus oídos el sonido de las grandes puertas ¡cerrándose! ¡El Profesor se había olvidado de decirles que él estaba allí! ¡Y por consiguiente...!

Muy bien, de acuerdo, cierto que no conocía la historia de todos aquellos mundos pequeños; tal vez tendría que explorarlos de parte a parte, uno por uno, hasta encontrar un hogar adecuado. ¿Acaso importaba? De cualquier otro modo, nunca podría estar mejor preparado. Sólo por un momento titubeó; luego, sus manos chapucearon con el gran conmutador controlando el cierre de la compuerta, y se deslizó quedamente cerrándose en la oscuridad, aislando el rumor de sus pies corriendo.

Las luces aparecieron silenciosamente cuando encontró la silla de navegación y se desplomó en ella. Pequeñas luces que deletreaban la puesta a punto de la nave.

«Nave cerrada...

Aire, conforme...

Energía, automática...

Motor, automático...».

Medio centenar de pequeñas luces y aparatos medidores que revelaban la conjunción final de todos los dispositivos de una nave esperando tan sólo el toque de su mano. Movié lentamente la palanca de rumbo a lo largo del pequeño mapa atmosférico hasta que alcanzó la cúspide, el tope de la estratosfera; él mapa de las grandes estrellas se desplazó lentamente hacia fuera, mientras el buril en sus dedos trazaba una línea irregular, dentellada, que le conduciría a alguna parte hacia los asteroides, bien lejos de la actual posición de Marte, y que la vez no ofrecería la menor pista.

Más tarde, podría colocar los analizadores de modo que hallasen la posición actual de algún asteroide elegido y determinar su rumbo con más precisión, pero por el momento lo que importaba, era salir, escapar, más allá de todo rastreo, antes de que su desaparición pudiera ser señalada.

Segundos después sus dedos presionaron hacia abajo fieramente la palanca principal de fuerza motriz, y se produjo una sacudida seguida de otra más leve al derrumbarse las paredes del Museo ante la fuerza salvaje de los cohetes de iones. En el mapa, un punto diminuto de luz apareció, señalando la posición cambiante de la nave.

El mundo quedaba ahora detrás de él, y ya no había nadie para contemplar sus esfuerzos con benévola compasión ni recordarle su debilidad. Solamente el ignorado destino estaba contra él, y sus antecesores ya hacía tiempo que habían bregado contra dicho destino, conquistándolo.

Un timbre repicó señalando el final de la atmósfera, y el enorme piloto automático empezó a cloquear alegremente, emitiendo ahora un cloqueo más sonoro de vez en cuando al ir hallando las irregularidades en el rumbo poco ortodoxo que había marcado, y al ladearse la nave obligándola a seguirlo.

Danny observaba las maniobras, satisfecho por su buen funcionamiento. Sus antecesores podían haber sido solamente capaces de razonar, pero también habían construido máquinas que eran casi intuitivas, como lo atestiguaba la nave que estaba pilotando. Su cabeza estaba más erguida cuando levantándose se dirigió hacia la cocina y había un poco de fanfarria en su modo de caminar.

La comida estaba todavía en perfectas condiciones. La devoró, mientras iba hojeando lentamente el gran cuaderno de bitácora que registraba los largos viajes efectuados por la nave, buscando a través de cada uno de ellos alguna referencia casual de los asteroides, Ceres, Palas, Vesta, algunos de los cuales eran mencionados por apodos o números. ¿Cuáles?

Pero ya había tomado su decisión cuando estaba de nuevo en el cuarto de navegación, contemplando la inmensa soledad del espacio; allí, fuera, sólo existían los minúsculos y rojizos puntos como cabezas de alfiler al rojo, vivo, que debían ser las estrellas, multicolores, pequeñas e intensas, tal como ninguna estrella podía verse a través de la vulgar atmósfera.

Había decidido elegir uno de los planetoides numerados al que también se refería el cuaderno llamándole «El Danés». La palabra carecía de sentido, pero parecía ser uno de los más recientes donde cualquier búsqueda sería seguramente iniciada en el caso de que pretendiesen hallarle.

Puso en marcha el analizador automático desde el número en clave en el manual y lo contempló durante algunos momentos, pero iba progresando lentamente, rastreando a través de todos los años que habían transcurrido.

Para entretener la espera, jugueteó nerviosamente con los dedos los mandos de la radio, antes de recordar que funcionaba en una longitud de onda y mediante sintonías que ya no se usaban. Tanto mejor; su ruptura con la raza nueva sería así totalmente definitiva.

El analizador, seguía seleccionando. El espacio perdió su carácter de novedad, y las operaciones del piloto dejaron de interesarle. Dando media vuelta se dirigió hacia

el salón, para recoger el paquete de donde lo había dejado caer y que había olvidado. No tenía otra cosa que hacer.

Y una vez empezó a leer, olvidó sus titubeos ante el hecho de que era la narración de Kenning y no la original; el relato tenía la misma garra, los mismos personajes apasionados y humanos, idénticos impulsos de una raza que había llegado a sentir lo que era el dominio del destino, tantos años atrás.

No cabía asombrarse de que los lectores de aquellos tiempos hubiesen calificado aquel relato como la mayor epopeya espacial jamás escrita.

En determinado momento interrumpió su lectura cuando el analizador, al llegar a sus conclusiones, emitió un suave chirrido al ir ajustando las verificaciones del mando automático para situarlo en singladura hacia el pequeño mundo que podría ser, con suerte, su hogar.

Y entonces la nave siguió un curso fijo, ya no más en derrotero de exploración, sino siguiendo la senda levemente curvada que los selectores habían estipulado como jamás conveniente, mientras Danny proseguía en su lectura, acurrucado sobre la novela en su silla de navegante, sintiendo una nueva y mayor afinidad con los personajes de la narración.

Ya no era más un pobre caso de terrícola merecedor de caridad y benevolencia. ¡Era un hombre, era un aventurero como los del relato que estaba leyendo!

Sus nervios hormigueaban cuando la novela llegó a su fin, y la dejó caer al suelo abriendo los dedos cansados. Bajo su mano, una luz acababa de esconderse pero, en su abstracción, ni se dio cuenta, hasta que un resonante gongo repercutió en la cabina, haciéndole saltar en pie, arrastrándole de la silla. La peculiar sonoridad de aquel gong estaba descrita en la novela...

Y el significado era el mismo. Sus ojos se posaron en las letras rojas que resplandecían acusadoras desde el panel de mandos:

RADIACIÓN A LAS DIEZ HORAS HORIZONTE ¡NAVE A LA VISTA! Los dedos de Danny ya estaban en el conmutador principal cortando toda vida, excepto la pseudogravedad, en la nave, mientras penetraba en su mente el significado del mensaje emitido por su detector de alarma.

La otra nave no era difícil de localizar desde la ventana de observación; la gran franja en estela del cohete de reversión destellaba vehemente a lo lejos, aparentemente con rumbo hacia la Tierra... ¡Era probablemente el «Calixto»!

Por un segundo estuvo seguro de que ya le habían localizado, pero aquel flamear de la llama debió ser únicamente una corrección mínima de ajuste, ya que ahora proseguía, pero alejándose.

No tenía conocimientos de las nuevas naves ni sabía si llevaban señalizaciones de aviso, pero aparentemente era de suponer que estarían provistos de tales adminículos. La estela llameante se desvaneció en la lejanía, y las letras del recuadro que habían dado la alarma, se apagaron.

Danny aguardó hasta que la máxima amplificación de las baterías, del aparato de

alarma no dio la menor respuesta y solamente entonces puso nuevamente en marcha el motor de propulsión. El escaso resplandor del cohete de iones sería, sin duda alguna, invisible a tanta distancia.

A continuación ya nada anormal pareció presentarse; hubo un ronroneo complacido procedente del piloto y el tenue zumbido soñoliento del chorro propulsor a popa, pero nada de timbres ni repentinos ruidos.

Lentamente su cabeza fue cayendo hacia adelante hasta reposar sobre el tablero de navegante, y su honda respiración rítmica se mezcló con los rumores sordos de la cabina. La nave siguió en su cometido, cumpliendo con la finalidad para la cual había sido elaborada. Su rumbo ya estaba trazado en el diagrama, y también la antigua operación de toma de tierra. Por consiguiente ya no precisaba de más atención.

Esto quedó demostrado cuando el modulado carillón de un timbre despertó a Danny, mientras aparecía en el tablero el parpadeo luminoso avisando:

¡Destino! ¡Destino! ¡Alcanzado Punto de Destino!

Fue cerrando todos los conmutadores y palancas, frotándose los ojos para despejarse, y miró hacia afuera. Encima, había una tenue pero cálida luz de sol procedente de un cielo azulado que contenía unas pocas nubéculas suspendidas cerca del suelo.

Más allá de la nave, que yacía en un campo de aterrizaje abandonado y arenoso, estaba el verdor de la hierba y la indómita prodigalidad de un bosque. El horizonte descendía bruscamente, recordándole que era solamente un mundo pequeño, pero por lo demás podría haber sido la Tierra.

Localizó un cobertizo con indicios de largo abandono y aplicó el mínimo de potencia a los reactores inferiores, probándolos, hasta que hicieron *avanzar* lentamente la nave llevándola hacia adelante y al interior, fuera de la vista de quienquiera en la inmensidad que se extendía por encima.

Y se precipitó hacia la compuerta, manipulando ansiosamente la rueda-palanca. Al abrirse, pudo oler la limpia fragancia de las cosas en cultivo creciente, y por las cercanías se oía el piar de pájaros.

Un conejo saltó despreocupadamente casi bajo sus pies mientras él avanzaba casi a tropezones, anhelosamente, por el exterior, bajo la luz del sol. Hierbajos y matorrales, lianas trepadoras y toda clase de vegetación habían ya alcanzado un gran desarrollo recubriendo las dos edificaciones de los contornos.

Por un momento, muy breve, suspiró; había sido demasiado fácil aquel descubrimiento de un paraíso al primer intento, casi a ciegas.

Pero la visión de los edificios ahuyentó la duda. Hubo un tiempo en que aquel edificio, rodeado por un presuntuoso jardín, fue una gran mansión de piedras sillares, ahora cayéndose en ruinas. Junto a ella y más lejana a donde él estaba, había sido construida una casa más pequeña, aparentemente aprovechando los despojos. Esta casa estaba todavía intacta, aunque la hiedra había crecido y a medias recubría la puerta que se abrió al toque de sus dedos.

Todavía tenían un tenue brillo los calefactores que extraían energía de la gran planta atómica que daba a aquel pequeño mundo un perpetuo parecido de Terrenidad, pero una capa de polvo se esparcía por doquier. No obstante, el mobiliario y accesorios, estaban en buenas condiciones. Fue escudriñándolos, identificando algunas piezas como similares a las existentes en el Museo y como productos de su raza.

Una por una las estudió... ¡eran su fortuna, y ahora su hogar! En la mesa, un libro estaba colocado en forma casual, y contra el lomo había una cuartilla con lo que parecía ser la caligrafía elemental de una muchacha.

La curiosidad le hizo acercarse, hasta que pudo dilucidarla a través del polvo que aún quedaba tras haber sacudido la cuartilla.

«Papá:

Charley Summers encontró una nave derribada por aquellos seres y vino a buscarme. Estaremos viviendo por las alturas entre 13-22. Ven con nosotros, si tus reactores lo permiten, y así conocerás a tu yerno».

No había firma, ni fecha, nada que indicase tampoco si «Papá» había regresado o que pudo sucederles a ellos tres.

Pero Danny dejó nuevamente la cuartilla sobre la mesa, casi con reverencia, mirando al exterior a lo largo de la pista de aterrizaje como si fuera a divisar una baqueteada y vieja nave arrastrarse por medio del breve crepúsculo que estaba cayendo sobre el diminuto mundo.

«Aquellos seres» podían solamente ser los de la nueva raza, tras la Guerra; lo que significaba que ésta era la última avanzada de su propio pueblo. La nota podía tener una antigüedad de diez años o de media docena de siglos... pero su gente había estado aquí, peleando, siguiendo en la lucha y componiéndoselas para vivir, después de haber perdido la Tierra. Y si ellos pudieron, ¡también él!

Y por más inverosímil que pudiera parecer, cabía la posibilidad de que hubiera algunos de los suyos ahí fuera, en alguna parte. Tal vez la raza sobrevivía pese al tiempo transcurrido, a los problemas y al propio «homo intelligens».

Los ojos de Danny estaban húmedos cuando retrocedió, alejándose de la puerta y de la oscuridad exterior, para empezar la limpieza de su nuevo hogar. Si quedaba alguno de los suyos, ya los encontraría. Y si no...

Bueno, de todos modos él seguía siendo un miembro de una gran raza intrépida que nunca conocería la derrota mientras tanto un solo hombre sobreviviese.

Esto siempre lo tendría presente. Nunca lo olvidaría.

Allá en la Tierra, Bryant Kenning cabeceó afirmativo hacia el pequeño grupo mientras devolvía el auricular a su engarce. En sus ojos había cierta melancolía, pese a la sonrisa que suavizaba sus facciones.

—Ya regresó la nave exploradora del Director, y en efecto, eligió «El Danés». Pobre chico... Había empezado a temer que esperamos demasiado tiempo, y que nunca lo conseguiría. Otros seis meses... y hubiese muerto como una flor privada de sol. Sin embargo estuve seguro que daría resultado cuando Miss Larsen me enseñó aquella novela, con sus míticos planetoides-paradisíacos. Una novela bastante inteligente, si les gusta la seudohistoria. Espero que la que yo preparé, la igualaba.

—Por lo que se refiere a la inexactitud histórica, la igualaba plenamente. Pero la diversión latente en la voz del viejo profesor Kirk no alcanzaba sus labios ni sus ojos.

—Bien... Se tragó nuestras mentiras y huyó con la nave que le construimos... Espero que ahora es feliz, por lo menos durante el tiempo que le queda.

Miss Larsen reunió sus cosas y se dispuso a salir.

—¡Pobre chico! Era agradable, de un modo algo patético. Ojalá aquella chica que estuvimos aleccionando hubiese resultado mejor; entonces quizá no habría sido necesario recurrir a este procedimiento. ¿Me acompañas hasta casa, Jack?

Los dos hombres de más edad vieron salir a Larsen y Thorpe. El silencio y el tabaco llenaron la habitación. Finalmente, Kenning se encogió de hombros y se ladeó para dar frente al profesor.

—En estos momentos ya habrá hallado la nota. Me pregunto si fue una buena idea después de todo. Cuando la encontré por vez primera en aquella vieja novela, estaba pensando en la información preliminar de Jack sobre el planeta número 67... Pero ahora, no sé... Sigue siendo una cantidad desconocida... Me refiero a su bondad, su benevolencia.

—¡Bondad, benevolencia! Para compensar con unos pocos millones de abonos a crédito y unas pocas miles de horas de trabajo más una mentira de vez en cuando... ¡todo lo que le debemos a la raza del muchacho!

La voz le sonaba fatigada mientras vaciaba su pipa en un incinerador, y poniéndose en pie se dirigía hacia el gran ventanal que daba una panorámica del cielo nocturno.

—Algunas veces me pregunto, Bryant, qué benevolencia encontró el último superviviente de la raza anterior a la de Neanderthal. Y también me agradaría saber si la raza que seguirá a la nuestra, cuando las tinieblas caigan sobre nosotros, dispondrá de algo mejor que de una benevolencia de esta índole.

El novelista meneó la cabeza dubitativo, y nuevamente se hizo el silencio al mirar los dos hacia el infinito y las estrellas.

UN LÓGICO LLAMADO JOE

Murray Leinster

Era el tercer día de agosto cuando Joe salió de la cadena de montaje, y el cinco Laurine llegó a la ciudad, y aquella tarde yo salvé la civilización. Esto es lo que yo me imagino, de todos modos. Laurine es una rubia que me tuvo sorbido el seso — loco es la palabra— y Joe es un lógico que he metido abajo, en el trastero, precisamente ahora. Tuve que pagar por él porque dije que me lo había cargado y a veces pienso en ponerlo en marcha y otras veces pienso en pegarle un hachazo. Tarde o temprano haré una cosa o la otra. Casi espero que será el hacha. No me vendrían mal un par de millones de dólares —¡seguro!— y Joe me soplaría cómo pescarlos o hacerlos. ¡Caray, lo que puede hacer! Pero hasta ahora he tenido miedo de probar. Después de todo se me figura que he salvado la civilización desenchufándolo.

Lo que tiene que ver Laurine en todo esto es que cuando pienso en ella me sube y me baja un escalofrío por la espalda. Es que, ¿saben?, tengo una esposa con la que me casé después de separarme de Laurine con gran desesperación romántica. Es bastante buena mujer, y tengo unos chicos que son el diablo en persona, pero significan mucho para mí. Si me quedan dos dedos de frente y lo dejo todo tal como está, tarde o temprano me retiraré con una pensión y la seguridad social y pasaré el resto de mi vida pescando contento y largando mentiras sobre el tío grande que yo era. Pero allí está Joe. Estoy preocupado por Joe.

Soy miembro del servicio de mantenimiento de la Logics Company. Mi trabajo es reparar lógicos, y admito que soy de los buenos de verdad. Estaba reparando televisores, antes de que este tío. Carson, inventara el truco ese del circuito que selecciona cualquiera de los... entre otros millones de circuitos —en teoría no tiene límites— y antes de que la compañía lo metiera en el lugar ese, almacén-e-integrador, lo estaban usando para servicio de máquinas de negocios. Le añadieron una pantalla de visión para ir más de prisa y descubrieron que habían construido un lógico. Estaban sorprendidos y contentos. Todavía están buscando lo que puede hacer un lógico, pero todo el mundo los tiene.

Yo conseguí a Joe, poco después de que Laurine casi me pescara. Ya saben lo que es un lógico. Ustedes tendrán uno en su casa. Tiene el aire de lo que era un receptor de visión, sólo que posee teclas en lugar de conmutadores y usted aprieta la tecla de lo que quiere ver. Está metido en la caja que tiene el circuito Carson todo arreglado con relés. Un ejemplo: aprieta la tecla de «Estación SNAFU» en su lógico. Los relés del almacén lo cogen y cualquier programa visión que esté emitiendo SNAFU aparece en la pantalla de su lógico. O aprieta el «Teléfono de Sally Hancock», y la pantalla parpadea y chisporrotea y ya está usted conectado con el lógico de la casa de ella, y si alguien contesta, tiene una conexión fono-visiva. Pero además de esto, si

aprieta la tecla del pronóstico del tiempo, o quién ganó la carrera de hoy en Hialeah, o quién era la señora de la Casa Blanca durante la administración Garfield, o qué es lo que está vendiendo hoy PDQ y R, también se presenta en la pantalla. Los relés del almacén lo hacen. El almacén es un edificio grandísimo, lleno de todo lo que se ha hecho en la creación y todas las televisiones que se hicieron, y está conectado con todos los otros almacenes del país, y todo lo que quiere saber, oír o ver, aprieta la tecla y lo tiene. Muy práctico. También hace cálculos matemáticos por usted, y guarda libros, y le sirve para consultar con el farmacéutico, el doctor o el astrónomo y el lector de tele novela, con una sección de «Corazones solitarios» incluida. La única cosa que no hará es decir exactamente lo que su mujer quiso dar a entender cuando dijo: «¡Oh! Eso crees, ¿no?», en ese tono suyo tan raro. Los lógicos no trabajan bien con las mujeres. Sólo en cosas que tienen sentido.

Aunque... los lógicos están bien. Los sabios nos dicen que cambiaron la civilización. Y todo eso del Circuito Carson y Joe había de ser un lógico perfecto, que ayudara a una familia u otra para no partirse el cráneo haciendo los deberes para los chicos. Sin embargo, algo falló a su paso por la cadena de montaje, algo tan pequeño que los aparatos de precisión no lo pudieron detectar, pero que hizo de Joe algo diferente. Quizá no se dio cuenta al principio. O, quizá, siendo un lógico, dio en pensar que si decía que era diferente de otros lógicos, lo desecharían. Y eso habría sido una de las ideas mejores. Pero, sea como fuese, él sale de la cadena de montaje y pasa a través de las pruebas de rutina sin que nadie se eche las manos a la cabeza o intente saber lo que pasa. Y fue directamente a ventas, y los de allí lo instalaron en la casa del señor Tadeo Korlanovitch en el ciento diecinueve de la calle East Seventh, segunda planta al frente. Hasta ahí todo iba bien.

Lo instalaron el sábado por la noche. El domingo por la mañana, los críos Korlanovitch lo pusieron en marcha para ver el «Espacio Infantil». M mediodía, sus papis los arrastraron de allí y los metieron en el coche. Entonces volvieron a la casa, para recoger la merienda, que la habían olvidado, y uno de los chicos va y se escabulle y lo encontraron apretando teclas para ver la sesión infantil de la semana pasada. Lo arrastraron para afuera y se marcharon. Pero dejaron a Joe en marcha.

Esto sucedió al mediodía. No pasó nada hasta las dos de la tarde. Era la calma que precede a la tormenta. Laurine todavía no se encontraba en la ciudad pero estaba al llegar. Me imagino a Joe allí solo, zumbando para sí mismo, meditabundo. Quizá conectó con la sesión infantil durante un rato. Pero pienso que fue a explorar al control remoto del almacén. No hay nada de lo que se pueda afirmar que es un hecho, que no esté en una placa de datos en algún almacén en algún sitio, a no ser que sea algo que los técnicos están poniendo en la placa de datos ahora mismo. Joe tenía montones de material para ponerse a trabajar. Y tiene que haberse puesto al tajo al momento.

Joe no tiene malicia, ¿saben? No es como esos robots ambiciosos que andan por ahí y salen luego en los papeles, que se convencen de que la raza humana es poco

eficiente y tiene que ser barrida y reemplazada por máquinas que piensan. Joe sólo tiene ambición. Si usted fuera una máquina, usted querría trabajar bien. Y es lógico. Y los lógicos pueden hacer un montón de cosas que todavía se ignoran. Y así fue como Joe se puso inquieto, cuando descubrió esto. Escoge algunas cosas que nosotros, estúpidos humanos, todavía no hemos pensado, y empieza a arreglárselas para que les pidan a los lógicos que las hagan. Ahí está todo. Y, amigo, ¡seguro que es demasiado!

El ambiente estaba tranquilo en el departamento de mantenimiento a eso de las dos de la tarde. Estamos echando unas manitas de pinnacle. Entonces uno de los compañeros se acuerda de que tiene que llamar a su mujer. Se va a uno de los equipos de lógicos que tenemos en mantenimiento y aprieta la tecla para su casa. La pantalla chispea, luego un resplandor llena la pantalla.

—¡Les anunciamos un nuevo y mejorado servicio de lógicos! Su lógico está ahora equipado para ofrecerle no sólo servicio consultivo, sino directivo. Si quiere hacer algo y no sabe cómo... ¡pregunte a su lógico!

Hay una pausa expectante, luego, como a la fuerza, llega su conexión. Su mujer contesta y le pone verde por una cosa u otra. Él lo encaja y cierra.

—¿Qué os parece? —pregunta cuando vuelve, y nos larga lo del resplandor—. Tenían que avisarnos de esto. Va a haber montones de quejas. Supón que un tío pregunta cómo quitarse de encima a su mujer, y el censor de circuitos bloquea la pregunta.

Alguien extiende cien de ases y dice:

—¿Por qué no le largamos un puñetazo, preguntas y vemos qué pasa?

Es una broma, por supuesto. Pero el tío se va para allá y le pega a la tecla. Según la teoría, el censor bloqueará la pregunta y la pantalla dirá suavemente: «La prudencia pública prohíbe este servicio». Debes tener bloqueadores censores o los críos se pondrían a preguntar cosas detalladas que son demasiado pequeños para saber. Y también hay otras razones como va usted a ver.

El tío pregunta, «¿cómo me puedo cargar a mi mujer?». Sólo por divertirse. La pantalla se queda en blanco durante medio segundo. Luego viene la contestación. «Pregunta de servicio: ¿es rubia o morena?». Nos larga un berrido y vamos a verlo. Aprieta la tecla, «Rubia». Hay otra pequeña pausa. Luego la pantalla dice, «La hexymetacriiloaminoacetina es un constituyente de la crema verde para zapatos. Lleve a casa una comida congelada que incluya sopa de guisantes secos. Dele color a la sopa con crema verde para zapatos. Parecerá sopa de guisantes verdes. La hexymetacriiloaminocetina es un veneno selectivo que es fatal para las féminas rubias, pero no para las morenas o para los hombres de cualquier tipo. Este hecho no ha sido conocido por experimento humano, sino que es producto del servicio de lógicos. Usted no puede ser acusado de ningún crimen. Es improbable que se sospeche de usted». La pantalla queda vacía y nosotros nos miramos los unos a los otros. Tiene que ser verdad. Un lógico trabajando con el circuito Carson, es tan improbable que se

equivoque como cualquier otra computadora. Llamo corriendo al almacén.

—¡Eh, chicos! —les grito—. Algo ha pasado. Los lógicos están dando instrucciones detalladas de cómo cargarse a la mujer. Revisad vuestros circuitos censores... ¡pero aprisa!

Bueno, eso ya está, pensé. Pero poco me podía figurar que... En aquel preciso instante, allá en la avenida Monree, un borracho empieza a darle a la tecla del lógico. La pantalla dice «Les anunciamos nuevos y mejorados servicios de los lógicos. Si quiere hacer algo y no sabe cómo... ¡pregúntele a su lógico», y el borracho va y dice con cara de mochuelo «¡Lo voy a hacer!». Así es que le da a las teclas y dice «¿Cómo puedo evitar que mi mujer se entere de que he bebido?». Y la pantalla contesta en seguida «Compre una botella de champú Framine. Es inofensivo, pero contiene un detergente que neutraliza el alcohol etílico inmediatamente. Tome una cucharada por cada copa de cien grados que haya consumido».

El tipo estaba bastante curda, justo lo suficiente como par ir tambaleándose hasta la tienda de al lado y obedecer las instrucciones. Y cinco minutos después estaba erguido y sobrio, escribiendo la información para no olvidarla. ¡Era algo nuevo y grande! Se hizo rico con esta fórmula. Patentó «SOBUH, la bebida que hace hogares felices». Bebes lo que quieres y con un par de cucharadas llegas a casa más serio que un juez. El tipo está loco con los impuestos que debe pagar por lo que ha ganado.

No siempre te vas a topar con cosas así. Pero un chaval caprichoso de catorce años quería comprar algo y su padre no quería darle ni gorda. Llamó a un amigo para contarle su problema, y el lógico va y dice «Sí quieres hacer algo y no sabes cómo... ¡pregunta a tu lógico!». Así que el chico le da a la tecla y pregunta «¿Cómo puedo hacer un montón de pasta en seguida?».

Su lógico le proporciona el sistema más simple, limpio y eficiente de falsificar moneda, todavía desconocido por la ciencia. ¿Ve usted?, todos los datos estaban en el almacén. El lógico recogió sencillamente los datos, porque Joe había cerrado unos relés aquí y allí en el almacén. Eso es todo. Cogieron al chico con la pasta tres días después, cuando había gastado ya dos de los grandes y con mucho más en las manos. Tuvieron faena en distinguir lo falsificado de lo real, y sólo lo pudieron hacer gracias a que el muchacho cambió su imprentilla, modelo infantil, porque no se resignaba a dejar una cosa que funcionaba sola.

Éstos son los que se podrían llamar ejemplos. Nadie sabe lo que hizo Joe. Pero ahí estaba el presidente de un Banco que le hizo gracia eso de «¡Pregunte a su lógico!», y bromeando preguntó cómo robar su propio banco. Y el lógico se lo dijo de modo breve, claro y bien. El presidente pegó un salto hasta el techo gritando que viniera la policía. Tiene que haber habido bastante de eso. Hubo cincuenta y cuatro robos más de lo corriente en las siguientes veinticuatro horas, todos planeados astutamente y bien. Algunos nunca se supo cómo lo habían hecho. Joe había ido explorando por los almacenes y cerrando algunos relés, como se supone que hace un lógico... pero sólo cuando se le pide, y bloqueó todos los circuitos censores y arregló

este servicio que planeaba crímenes perfectos, comidas agradables y sustanciosas, máquinas falsificadoras y nuevas industrias, todo con una perfecta imparcialidad. Tiene que haber sido muy feliz este Joe. Estaba funcionando de maravilla runrunando él solo, mientras los críos Korlanovitch estaban de paseo con sus padres.

Volvieron a las siete de la tarde, los chicos reventados de tanto pelear todo el día en el coche. Los padres los meten en la cama y se sientan a descansar. Vieron la pantalla de Joe iluminada y fluctuando de un asunto a otro, meditabundo. El viejo Korlanovitch ya había tenido bastante jaleo para ese día y desenchufó el lógico Joe.

Y en ese instante el tinglado de relés que Joe había montado se desconectó y todas las ofertas de servicio de dirección pararon en todos los lógicos de todas partes, y la paz descendió sobre la Tierra.

Para todo el mundo, menos para mí. Laurine había llegado a la ciudad. A menudo he dado fervientes gracias a Dios de que no se casara conmigo cuando yo pensaba que la quería. En los años que han pasado ha progresado. Era rubia y fatal, empezar. Se ha vuelto más rubia y más fatal, ha tenido. 0 maridos y un descargo por homicidio y ha adquirido cierto aire de entusiasmo y de confianza en sí misma. Esto sólo para dar una idea del asunto. Laurine no es el tipo antigua novia que a uno le gusta que aparezca en la misma ciudad en que vive la mujer. Pero vino a la ciudad, y el lunes se metió en el jaleo justo cuando Joe empezaba su segundo período de actividad.

Los críos Korlanovitch lo habían vuelto a poner en marcha. Me enteré de detalles después y los puse en orden cómo un rompecabezas. Y todos los lógicos de la ciudad estaban dando machaconamente la noticia «Si quiere hacer algo y no sabe cómo... ¡pregunte a su lógico!», cada vez que los ponían en marcha. Y, además, cuando la gente apretaba la tecla para las noticias de la mañana les dieron un informe completo de los hechos de la tarde anterior. Lo que les puso en antecedentes para tomar parte en el asunto. Un tipo listo pregunta «¿Cómo puedo hacer una máquina de movimiento continuo?». Y su lógico chisporrotea un rato y luego responde con un tinglado que emplea el movimiento browniano para mover pequeñas ruedas. Si las ruedas no son mayores que un octavo de pulgada darán bien la vuelta y prácticamente es el movimiento continuo. Otro pregunta por el secreto de la transmutación de metales. El lógico busca entre las placas de datos y consigue una contestación estrictamente práctica. Se precisa tanta energía que no vale la pena hacerlo si no es con radio, pero entonces sí que sale a cuenta. Y el hecho es que durante un par de años la policía irá recogiendo nuevas y mejoradas ganzúas y herramientas para abrir cajas fuertes y llaves de todo uso que abren cualquier clase de cerraduras. Eso quiere decir que ha habido muchos que han preguntado cosas útiles desde su punto de vista personal. ¡Joe ha hecho mucho por el progreso de la técnica!

Pero todavía ha hecho más en otros asuntos, educacionales, digamos. Ninguno de mis niños tiene edad para interesarse, pero Joe pasó por alto todo el circuito de censores porque estorbaban el servicio que él creía que todos los lógicos debían prestar a la humanidad, y así los chiquillos se enteraron precozmente de lo que pasaba

antes de que a los niños los trajera la cigüeña. Y hay ciertas cosas que a los hombres les interesa que sus mujeres sólo las sospechan, y esos hechos son justo lo que a sus mujeres les despierta la curiosidad.

Así, cuando una mujer le da a la tecla «¿Cómo puedo saber si Oswald me es fiel?», y su lógico se lo cuenta... ¡ya se pueden imaginar la de peleas que se organizan por las noches cuando los maridos llegan a casa!

Todo eso mientras Joe sigue zumbando feliz para sí mismo, mientras mantiene a los críos Korlanovitch entretenidos con dibujos animados por un circuito, mientras que con los otros lleva el control remoto de los almacenes para que todos los demás lógicos puedan dar a la gente lo que pide y así organizar la marimorena.

Y entonces Laurine entra en contacto con el nuevo servicio. Enchufa el lógico de la habitación de su hotel, probablemente para ver la revista de modas de la semana. Pero el lógico le dice, conforme a su deber «... ¡pregúntele a su lógico!». Así que Laurine, entusiasmada, piensa en algo que preguntar. Ella ya sabe todo lo que tiene que saber sobre lo que le interesa, si no ¿para qué ha tenido cuatro maridos? ¿Y por qué le ha pegado un tiro a uno de ellos? Así es que se le ocurre pensar en mí. Sabe que ésta es la ciudad donde vivo. Aprieta la tecla: «¿Cómo puedo encontrar a Patito?».

Sí... ¡y qué!; así es como ella solía llamarme. Se le contesta: «¿Se conoce a Patito por algún otro nombre?». Y, así, ella da mi verdadero nombre. Y no me pueden encontrar, porque mi lógico no está en la lista a mi nombre, porque siendo de mantenimiento no quiero que me den la lata cuando estoy en casa. Y no hay placas de datos con las listas en código de todos los lógicos, porque éstos se cambian a menudo... —como cuando el tío que coge una cogorza le dice a la pelirroja que lo llame, y en cuanto se le pasa la resaca pide que le cambien rápidamente el código antes de que la otra llame y se encuentre con su mujer en la pantalla.

¡Bueno! Joe está en un brete. Ésta es probablemente la primera pregunta que el servicio de lógicos no ha podido contestar: «¿Cómo puedo encontrar a Patito?». ¡Qué problema! Así es que loe, mientras entretiene a los peques Korlanovitch con unos dibujos animados sobre un niño muy cuco que lleva un cartucho de dinamita en el bolsillo trasero del pantalón y gasta bromas pesadas a todo el mundo, encuentra entonces el truco. La pantalla de Laurine se enciende de repente: «El servicio de lógicos va a trabajar sobre su pregunta. Por favor, mantenga la conexión de su lógico. La llamaremos de nuevo».

Laurine está interesada solo a medias, pero marca el número de su habitación del hotel en el lógico, se toma un trago y duerme la siesta. Joe se pone a trabajar. Se le ha ocurrido una idea.

Mi mujer me llama a mantenimiento y grita. Está como para atarla. Dice que tengo que hacer algo. Iba a hacer una llamada al carnicero y en lugar de éste le ha salido otra cosa. La pantalla dice: «Servicio de preguntas: ¿cuál es su nombre?». Está desconcertada pero contesta apretando las teclas. La pantalla chisporrotea y luego

dice: «Demostración del Servicio de secretaria, usted...» y suelta su nombre, dirección, edad, sexo, color, todo. Lo que suben sus deudas en cuenta en todas las tiendas, mi nombre como marido suyo, cuánto gano a la semana, las tres veces que me han detenido, dos por tráfico y otra por pegarme con un tipo, y el interesante asunto de la vez que se peleo conmigo y se marchó a casa de sus padres durante tres semanas, y la dirección de sus padres. Luego el lógico dice con viveza: «El servicio de lógicos llevará de ahora en adelante sus cuentas personales, recibirá mensajes y localizará a personas con las que esté interesada en contactar. Esta demostración es para introducir el servicio». Y luego la conecta con el carnicero.

Pero para entonces ya no quiere carne, ¡lo que quiere es sangre! Me llama.

—Si me dice todo esto sobre mí —dice rabiando—, se lo dirá a todo el que apriete la tecla de mi nombre. ¡Tienes que pararlo!

—Bueno, cariño, bueno. —digo—, yo no sabía nada de todo eso. ¡Es nuevo! Tienen que haber arreglado el almacén de forma que no dé la información excepto al lógico de donde uno vive.

—¡Nada de eso! —me dice furiosa—. ¡Lo he probado!, y ¿tú sabes?, la mujer ésa, la Blossom, la que vive al lado, se ha casado tres veces, y tiene cuarenta y dos años y ella dice que tiene treinta. Y la señora Hudson, pues arrestaron a su marido cuatro veces por no pagarle la pensión y otra vez por pegarle, y...

—¡Eh! —replico—. ¿Todo eso te lo ha dicho el lógico?

—Sí —gime—. ¡Le contará todo a cualquiera! ¡Tienes que pararlo! ¿Cuánto tardarás?

—Voy a llamar al almacén —contesto yo—; no puede tardar mucho.

—¡Date prisa! —dice ella, desesperada—. ¡Antes de que a alguien le dé a la tecla de mi nombre! Voy a ver lo que dice sobre esa tunanta que vive al otro lado de la calle.

Cuelga aprisa para enterarse de todo lo que pueda antes de que lo corten. Entonces yo mareo la tecla del almacén y el lógico me sale con lo de: «¿Cuál es su nombre?». Me coge una curiosidad malsana y tecleo mi nombre, y la pantalla dice «¿Le llamaban también Patito?». Yo parpadeo. No albergo sospechas y contesto: «¡Seguro!», y la pantalla dice: «Hay una llamada para usted».

¡Bingo! Se ve el interior de una habitación de hotel. Lurinne está echada en la cama, durmiendo. Le han dicho que deje su lógico en marcha y así lo ha hecho. Es un día de mucho calor, pero diría que ella no debe sentirlo mucho. Yo, como no soy de piedra, no puedo quedarme tan fresco. Pero no hace falta que me explique más. Después de recobrar el aliento, exclamo: «¡Dios mío!», y ella abre los ojos.

Al principio parece desconcertada, como si pensara que se está volviendo distraída y este tipo es alguno con los que se ha casado últimamente. Luego coge la sábana y se tapa con ella, y me sonrío.

—¡Patito! —me dice—. ¡Qué maravilloso!

Yo digo algo así como «Uggg» y me pongo a sudar.

Ella dice:

—Pedí una llamada contigo, Patito, y ¡aquí estás!; ¿no es romántico? ¿Dónde estás Patito?, y ¿cuándo puedes venir aquí? ¡No tienes ni idea de cuántas veces me he acordado de ti!

Yo soy probablemente el único tipo que conoció de verdad y que no se ha casado con ella en un momento u otro.

Yo digo «Uggg» otra vez y trago saliva.

—¿Puedes venir en seguida? —pregunta alegremente.

—Yo... estoy... trabajando... —le contesto—. Ya... ya... te llamaré.

—Me siento terriblemente sola —dice Laurine—. ¡Por favor ven pronto, Patito! Tengo una copa esperándote. ¿Te has acordado de mí alguna vez?

—Sí... —digo yo, débilmente—. ¡Mucho!

—¡Qué encanto! —responde ella—. Ahí va un beso para empezar hasta que vengas. ¡Date prisa, Patito!

Entonces me pongo a sudar. Todavía no sé nada de Joe, ¿comprenden? Insulto a los tipos del almacén, porque les echo la culpa de todo esto. Si Laurine hubiera sido otra rubia, bueno si se trata de rubias corrientes las puedo dejar tranquilas. Un hombre casado se vuelve así o asá. Pero Laurine tiene un aspecto de entusiasmo inextinguible que le produce a un hombre una extraña sensación en la parte de atrás de las rodillas. Y ha tenido cuatro maridos y le pegó de tiros a uno de ellos y salió absuelta. Así que aporreo las teclas para la sección técnica del almacén, echando chispas. Y la pantalla dice: «¿Cuál es su nombre?», pero yo ya estoy harto. Tecleo el nombre de ese viejo tipo que está encargado de las mercancías en mantenimiento. Y la pantalla me da una buena información, nunca hubiera imaginado que el tipo tuviera tanta pasta, y termina mencionando un depósito de doscientos ochenta Créditos en el Banco Nacional, que tendría que ir a ver. Luego me suelta lo del nuevo servicio de secretaría y por fin me pone con el almacén.

—Empiezo a maldecir al tipo que me está mirando desde la pantalla. Pero él dice, cansado:

—Acaba ya, muchacho. Tenemos problemas y tú eres sólo uno más; ¿qué están haciendo ahora los lógicos?

Se lo digo y se ríe con una risa sorda.

—Un asunto sin importancia, muchacho —replica—. ¡Un asunto de muy poca importancia! Acabamos de recoger todas las placas de datos que informan sobre altos explosivos. La demanda de instrucciones para hacer moneda falsa está subiendo por minutos. También estamos intentando cerrar a la fuerza los relés que tienen que ver con las placas de datos que sólo informan de asesinatos. Si la gente se entretiene sólo preguntando lo bueno de los demás durante un rato, quizá tendremos la suerte de desconectar los circuitos que están intercambiando los balances de crédito de banco a banco antes de que todo el mundo se arruine, excepto los tipos que pensaron en preguntar cómo conseguir grandes cuentas corrientes a toda velocidad.

—Entonces —chillo yo, ásperamente—, ¡cierra el almacén!, ¡haz algo!

—¿Cerrar el almacén? —dice sin el menor sentido del humor—. ¿Se te ha ocurrido que el almacén ha estado haciendo todo el trabajo computador para todas las oficinas durante años? Ha estado manejando el 94 por ciento de todos los programas televisados, ha informado sobre el tiempo, planeado programas, ventas especiales, oportunidades de empleos y noticias; ha manejado todos los contactos de persona a persona a través de los alambres y catalogado todas las conversaciones comerciales y acuerdos... ¡Escucha amigo! ¡Los lógicos cambiaron la civilización! ¡Los lógicos son la civilización! Si cerramos los lógicos volveremos a una civilización que ya hemos olvidado cómo funcionaba. Me estoy poniendo histérico y por eso te hablo así. Si mi mujer se entera de que mi cheque de sueldo es de treinta créditos más por semana de lo que dije y empieza a averiguar sobre la pelirroja...

Me sonrío agotado y cierra. Y yo me siento con la cabeza entre las manos. Es verdad. Si algo hubiera pasado en la época de las cavernas y hubieran tenido que dejar el fuego... Si hubieran tenido que dejar de usar el vapor en el siglo XIX, o la electricidad en el XX... sería como esto. Tenemos una civilización muy sencilla. En pleno siglo XX, centenares de hombres tenían que usar máquinas de escribir, radio, teléfono, teletipos, periódicos, librerías enciclopedias, archivos, listines de teléfonos, además del servicio de mensajerías, consulta de abogados, farmacéuticos, médicos, especialistas en dietética, especialistas en archivos, secretarios... todo para poder recordar lo que querían y saber lo que otros habían anotado, ¡para grabar lo que decían otros y para contestarles! Todo lo que hoy tenemos son lógicos. Cualquier cosa que queramos saber ver u oír, con cualquiera que queramos hablar, no tenemos más que apretar la tecla deseada en el lógico. Apagamos el lógico y tan campantes. Pero Laurine...

Algo había pasado. Yo todavía no sabía lo que era. Nadie lo sabe ni siquiera ahora. Lo que había pasado era Joe. Lo que le pasaba a él es que quería hacer el trabajo bien hecho. Todo el lío que estaba organizando, no era nada más de lo que deberíamos haber pensado nosotros. Los consejos instructivos diciéndonos lo que debíamos hacer para resolver cualquier problema no eran más que una ligera extensión del servicio integrador de lógica. Buscar la mejor manera de envenenar a la mujer de un tipo era sólo diferente en grado a buscar una raíz cúbica o el balance de la cuenta corriente de un individuo. Era sólo buscar la respuesta a una pregunta. Pero las cosas se iban a complicar porque había demasiadas respuestas a demasiadas preguntas.

Uno de los lógicos de mantenimiento se enciende. Voy para allá, cansado, para atenderlo, aprieto la clavija de contestación. Laurine dice:

—¡Patito!

Está en la misma habitación de hotel. Hay dos vasos sobre la mesa. Uno es para mí. Laurine se ha puesto algo frívolo y vaporoso como para andar por casa con el novio, algo que automáticamente te hace esforzar la vista para ver si realmente ves lo

que estás pensando. Laurine me mira con entusiasmo.

—¡Patito! —suplica—. Estoy muy sola. ¿Por qué no has subido todavía?

—He... he... he estado ocupado —contesto, atragantándome.

—¡Bah! —dice Laurine—. ¡Oye, Patito!, ¿te acuerdas de lo enamorados que estuvimos?

Yo trago saliva.

—¿Vas a hacer algo esta noche? —pregunta Laurine.

Yo trago saliva otra vez, porque me está sonriendo de una manera que a un soltero quizá le marearía, pero a un tipo casado de años como yo, le produce escalofríos por la espalda. Cuando una chica te mira posesivamente...

—¡Patito! —dice impulsivamente—. ¡fui tan mezquina contigo!; ¡casémonos!

La desesperación me devuelve la voz.

—Yo... yo... me he casado —digo roncamente.

Laurine parpadea, y luego dice animosa:

—¡Pobre chico! ¡Pero te vamos a sacar de esto! Sólo que sería bonito que nos pudiéramos casar hoy mismo. Ahora sólo podemos estar prometidos!

—Yo... yo... no puedo...

—Yollamaré a tu mujer —dice Laurine, feliz— y tendré una conversación con ella. Debes tener una señal codificada para tu lógico, querido. Trataré de llamar a tu casa y nad...

¡Clic! Éste es mi lógico; lo he apagado. Lo he apagado y me siento desfallecer por completo. Tengo postración nerviosa, tengo la fatiga del combate, tengo lo que usted quiera. Tengo los pies fríos.

Me largo de mantenimiento gritando a no sé quién que tengo una llamada de urgencia. Me voy en un coche de mantenimiento y daré vueltas por ahí hasta que sea la hora normal de volver a casa. Entonces cogeré a la mujer y a los chicos y me largaré a algún sitio donde Laurine no pueda encontrarme nunca. No quiero ser el quinto en la lista de maridos de Laurine, y quizá el segundo muerto por un tiro en un momento de aburrimiento. Tengo experiencia de rubias. ¡Tengo experiencia de Laurine! ¡Y tengo un susto de muerte!

Me lanzo entre el tráfico en el coche de mantenimiento. Había un lógico en la parte de atrás preparado para sustituir a alguno que tuviera los cables quemados o algo que fuera más fácil cambiarlo y llevar el roto a arreglar a mantenimiento. Conducir como un loco pero automáticamente. Era algo irónico, si se piensa en ello. Iba sobre ascuas por un problema estrictamente personal, mientras la civilización se derrumbaba alrededor mío porque ciertas personas resolvían tan rápidamente sus problemas como se lo iban diciendo. Es un hecho que una parte de los técnicos de investigación de la Compañía Eléctrica del Medio Oeste habían estado trabajando en emisión electrónica fría durante treinta años, para hacer tubos de vacío que no necesitaran una fuente de energía para calentar el filamento. Y uno de esos tipos estaba intrigado por él —¡pregúntele a su lógico!— y preguntó cómo obtener

emisiones frías de electrones. Y el lógico integra unos pocos quintillones de datos de las placas de física y se lo dice. Tan fácilmente como le dice a otro del Barrio Cuarto cómo servir la sopa que sobró ayer de una forma nueva y agradable; y otro de la Calle Mayor que pregunta qué tiene que hacer con el torso de una persona que algún descuidado ha dejado olvidado en su sótano después de haberlo tenido arrendado.

Laurine jamás me habría encontrado si no hubiera sido por el nuevo servicio de lógicos. Pero ahora que había empezado... ¡Caray!, había matado a un marido y salido absuelta. Supongamos que se impacienta porque todavía sigo casado y pregunta a un lógico cómo verme libre y de manera que me case con ella a las 8.30 de la tarde. ¡Se lo dirá! ¡Seguro! Igual que le dijo a aquella mujer de los suburbios cómo hacer para que su marido no se fuera más de juerga por ahí. Brrr... igual que como le dijeron a aquel chiquillo cómo encontrar un tesoro enterrado, ¿se acuerdan? Era tan feliz llevándose a casa la reserva de oro del Banco Hanoveriano, cuando lo cogieron. El lógico le había dicho cómo construir un tipo de máquina que nadie ha conseguido entender cómo funciona todavía ahora, sólo suponen que lleva escondidas un par de extradimensiones. Si Laurine se ponía a preguntar cosas de aspecto técnico, eso sería lo propio para un lógico. ¡Caray! ¡Estaba asustado! Si piensa usted que un hombre muy macho no tendría que preocuparse sólo por una rubia... ¡es que no conocen a Laurine!

Esto conduciendo a ciegas, cuando un tipo con conciencia social pregunta cómo imponer su particular sistema de organización social inmediatamente; no pregunta si es mejor o si funcionará, sólo quiere que empiece ahora mismo. ¡Y el lógico... Joe se lo dice! Simultáneamente hay un predicador retirado que pregunta cómo se puede curar al género humano de la concupiscencia. Siendo setentón, a él ya no le incumbe, pero quiere quitar el peligro por el bien del resto de nosotros. Y le dicen cómo construir una especie de estación emisora para emitir un cierto tipo de onda y ponerlo en marcha. Sólo esto, nada más. Se descubrió después, cuando empezó a pedir fondos para la construcción; afortunadamente no se le ocurrió preguntar a los lógicos cómo financiarla —se lo hubiesen dicho también y todos estaríamos curados de esos impulsos de los que a veces nos arrepentimos después pero nunca en el momento. Y también hay un grupo de serios pensadores que están seguros de que la raza humana estaría mucho mejor si todo el mundo volviera a la naturaleza y viviera en los bosques con las hormigas y la hiedra venenosa. Han empezado a preguntar cómo animar a la humanidad a abandonar las ciudades y las condiciones de vida artificiales. ¡También consiguen la contestación de los lógicos!

Quizá no me ocurrió nada serio en aquel momento, pero mientras iba conduciendo sin dirección fija, sudando sangre por culpa de Laurine, que me perseguía, la suerte de la civilización estaba en el platillo de la balanza. No estoy bromeando. Por ejemplo, la banda del Hombre Superior, que se burla del resto de nosotros, estaba tranquilamente formulando preguntas sobre qué tipo de armas se podrían fabricar, con las que los Hombres Superiores pudieran hacerse con el poder y

mangonearlo todo.

Mientras, yo iba de acá para allá, sudando y hablando solo. «Lo que tendría que hacer es preguntar a este absurdo servicio de lógicos cómo salir de este lío, pero ellos me facilitarían un intrincado sistema para cargarme sin dejar huellas a Laurine. ¡Yo quiero tener paz! Quiero hacerme viejo tranquilamente y fanfarronear delante de otros tipos viejos lo calavera que fui, sin tener que pasar por esto y perder mi posibilidad de vivir como un viejo mentiroso».

Doy la vuelta a una esquina cualquiera con el coche de mantenimiento.

«Era un hermoso mundo —me decía amargamente—; Podría irme a casa y no tener calambres en el estómago preguntándome si una rubia ha llamado a mi mujer para anunciarle mi compromiso con ella. Podría aporrear teclas de un lógico sin tener que ver el dormitorio de alguien mientras se está dando a la epidermis un baño de aire que me lleve a pensar lo que no debería pensar. Podría...».

Luego gimo recordando que mi mujer, naturalmente, me echará la culpa de que nuestra vida privada ya no sea privada si alguien ha intentado meter sus narices en ella.

«Era un mundo maravilloso —pienso con añoranza por los días queridos y pasados de antes de ayer—. Jugábamos felices con nuestros juguetes como pequeños e inocentes chiquillos hasta que algo sucedió, como si de repente un tipo llamado Joe llega y nos pisotea nuestros pasteles de barro».

Entonces pasó como un relámpago por mi cabeza. Comprendí todo el asunto en un momento. No hay nada en el tinglado de los almacenes para que los relés empiecen a cerrarse. Los relés se cierran exclusivamente por medio de lógicos, para obtener la información que pulsan las teclas. Nadie más que un lógico podía haber organizado aquel desbarajuste con los relés para aquel servicio de lógicos. ¡Los humanos no hubieran sido capaces de imaginarlo! Sólo un lógico podía integrar organizadamente todo aquello para que hiciera trabajar así a todos los demás lógicos...

Había una respuesta. Entré en un restaurante, me fui a un lógico público y metí unas monedas:

—¿Puede un lógico ser modificado —pregunté con claridad— para cooperar en el planeamiento a largo plazo de cosas que el cerebro humano es incapaz de hacer?

La pantalla chisporrotea. Luego dice:

—Definitivamente sí.

—¿Cómo serán de grandes las modificaciones? —tecleo yo

—Microscópicamente ligeras. Cambios en dimensiones —responde la pantalla—. Incluso las modernas máquinas de precisión no son lo suficientemente exactas para identificarlas. Según los presentes métodos de fabricación sólo puede darse por un accidente extremadamente improbable, que sólo ha sucedido una vez.

—¿Cómo se puede encontrar tal accidente que puede hacer ese trabajo altamente necesario? —tecleo yo.

La pantalla vuelve a chisporrotear. Empiezo a sudar de nuevo. Todavía no sé cómo lo voy a hacer, pero lo que me da miedo es que, quien quiera que sea Joe, pueda sospechar.

Pero lo que estoy preguntando es estrictamente lógico ¡y los lógicos no pueden mentir! Tienen que ser precisos, no lo pueden evitar.

—Un lógico completo capaz de hacer el trabajo requerido

—dice la pantalla— está ahora en uso en una familia cualquiera en...

Me da la dirección de los Koríanovitch, y me voy pitando hacia allá. ¡Que si voy de prisa! Freno en seco el coche de mantenimiento delante del domicilio, cojo el lógico de recambio de la parte trasera del coche y dando traspiés llego hasta el piso de los Korlanovitch. Llamo al timbre. Un peque me abre la puerta.

—Soy de mantenimiento de lógicos —le digo al crío—. Una inspección de registro dice que vuestro lógico está a punto de romperse en cualquier momento. Vengo a poner uno nuevo antes de que eso suceda.

El chico dice «¡Bien!» muy contento y corre hacia la sala de estar donde Joe —he cogido la costumbre de llamarlo así, a fuerza de pensar en él— está en marcha presentando algo que los críos quieren ver. Coloco el nuevo lógico y lo enchufo, asegurándome a conciencia de que funciona. Luego les digo:

—Ahora, niños, apretad la tecla de éste para ver lo que queráis. Me voy a llevar el viejo antes de que se rompa.

Miro la pantalla. Me parece que los críos éstos quieren ver algo sobre caníbales de verdad, y la película que les presenta el nuevo lógico es de una expedición antropológica científica, sobre la danza de la fertilidad de la tribu huba-jouba de África Occidental. Se supone que sólo es apto para profesores de antropología y estudiantes de medicina postgraduados, pero no hay bloqueo de censor y allá va. Los críos están muy interesados. Yo, que ya soy un hombre casado con años, me sonrojo.

Desconecto a Joe. Con cuidado. Me doy la vuelta hacia el otro lógico y tecleo a mantenimiento. Me siento como nuevo. Ya no recibo el anuncio del nuevo servicio, y me pone con mantenimiento. Informo que me voy a casa porque me he caído por un tramo de escaleras. Y añado inspirado:

—Oiga, y como llevaba el lógico que había reemplazado, está hecho cisco, y lo he dejado para que se lo lleven los de la basura.

—Si no lo devuelve, tendrá que pagar por él —responde el del almacén.

—Me va a resultar barato —le replico.

Me voy a casa. Laurine no ha llamado. Pongo a Joe abajo en el sótano, con cuidado. Si lo devolvía, sería inspeccionado y aprovechadas las partes en buen uso aunque le rompiera algo. La parte cualquiera que no era normal podía ser usada otra vez y vuelta a empezar con el tinglado. No me la puedo jugar. Pago por él y lo dejo ahí.

Esto es lo que pasó. Puede usted bien decir que salvé a la humanidad y no se equivocaría. Sé que no voy a correr el riesgo de poner en marcha a Joe otra vez,

mientras Laurine esté viva. También hay otras razones. Con todos los majaretas que quieren cambiar el mundo según su manera de pensar, y los que quieren cargarse a otros, y en general resolver sus problemas... ¡Sí!, los problemas son mala cosa, pero me imagino que es mejor dejar las cosas como están.

Por otro lado, si pudiera domesticar a Joe de alguna manera, y ponerlo a trabajar razonablemente... me podría hacer con un par de millones de dólares fácilmente. Pero incluso si tengo el suficiente sentido para no hacerme rico, y si me retiro y me voy por ahí a pescar y a mentir a otros viejos farsantes sobre el tipo importante que yo era... quizá me guste, y quizá no. Después de todo, si me hartó de ser viejo y de no hacer más que pensar... podría enchufar a Joe justo el tiempo para preguntar: «¿Cómo puede un viejo no ser viejo?». Joe sabrá encontrar la solución. Y me lo dirá.

Esto no sería para todo el mundo, por supuesto. Hay que hacerles sitio a los chicos para que crezcan. Pero ahora éste es un mundo bien bueno, ahora que Joe está desconectado, quizá lo enchufe justo para saber cómo quedarme en él. Pero por otro lado, quizá...

CON LOS BRAZOS CRUZADOS

Jack Williamson

Underhill volvía caminando a casa desde la oficina, porque el coche lo tenía su esposa, la tarde en que conoció por primera vez a los nuevos mecánicos. Sus pies iban siguiendo la acostumbrada vereda oblicua que cruzaba el solar cubierto de hierba, correspondiente a una manzana de casas, y su imaginación rehuía, preocupada, las distintas e imposibles formas de pagar sus deudas en el banco de los Dos Ríos, cuando se vio frenado por una nueva pared.

No era una pared de piedra o ladrillo corriente, sino de un material liso, brillante y extraño. Underhill levantó la vista hacia un nuevo y largo edificio. Se sintió ligeramente contrariado y sorprendido ante esta resplandeciente obstrucción que, indudablemente, no estaba allí la última semana.

Entonces vio su explicación en la ventana.

La ventana, en sí, no era de vidrio ordinario. Su amplio e impecablemente limpio panel era totalmente transparente, de modo que las letras que había pegadas en él resultaban muy elocuentes. Formaban un rótulo, modernista y severo, que decía:

Agencia Dos Ríos
INSTITUTO HUMANOIDE
Los Perfectos Mecánicos que sirven,
obedecen y preservan al hombre de
cualquier peligro.

Su enfado se acentuó más, toda vez que Underhill se dedicaba a negocios mecánicos. Los tiempos eran ya de por sí bastante duros, y los mecánicos eran una especie de artículo invendible en el mercado. Humanoides, mecanoides, electronoides, automatoides y robots ordinarios. Desgraciadamente, pocos de ellos hacían lo que prometían sus vendedores, y el mercado de Dos Ríos estaba ya más que saturado.

Underhill se dedicaba a la venta de humanoides, cuando los vendía. Su próxima consignación debía llegar mañana, pero no veía la forma de pagar la factura.

Frunciendo el entrecejo, se detuvo para mirar lo que había tras la invisible ventana. Jamás había visto un humanoide de aquéllos. Estaba absolutamente inmóvil, igual que cualquier mecánico que no estuviera trabajando. Era más pequeño y delgado que un hombre. Tenía un color negro acharolado y su brillante piel de silicona presentaba el lustre tornasolado del bronce y del azul metálico. Su gracioso rostro oval ofrecía un gesto de alerta permanente y una ligera y espontánea solicitud.

En conjunto, era el mecánico más bello que jamás había visto.

Era demasiado pequeño, por supuesto, para que tuviera gran utilidad práctica. Murmuró para sí una tranquilizadora cita del «Vendedor de Androides»: «Los androides son grandes, porque los fabricantes no quieren sacrificar la fuerza, las funciones esenciales o la formalidad. ¡Los androides son su mejor amigo!».

La puerta se abrió sola al acercarse a ella. Penetro en la soberbia opulencia de la nueva sala de exposiciones para convencerse a sí mismo de que estos artículos aerodinámicos constituían un atrayente esfuerzo para seducir al ama de casa.

Inspeccionó astutamente el atractivo arreglo y su prematuro optimismo se desvaneció. No había oído nunca hablar del Instituto Humanoide, pero la firma invasora contaba con dinero en abundancia y amplia experiencia comercial.

Extendió la vista en busca de un vendedor, pero fue otro mecánico el que vino deslizándose silenciosamente hasta él para atenderle. Era un gemelo del que había en el escaparate que avanzó con rapidez y sorprendente gracia. Luces color bronce y azul resplandecían sobre su lustrosa negrura, y en su desnudo pecho resaltaba una placa amarilla con la siguiente inscripción:

HUMANOIDE
Serie n.º 81-H-B-27
El perfecto mecánico
que sirve, obedece y
preserva al hombre
de cualquier peligro.

Cosa bastante curiosa, pero no llevaba lentes. Los ojos de aquella cabeza monda y ovalada eran del color del acero y miraban ciegamente. Pero se detuvo a escasos pies de distancia de Underhill, como si pudiera verlo, a pesar de todo, y le habló con voz aguda y melodiosa:

—A su servicio, señor Underhill.

El uso de su nombre le sobresaltó, porque ni siquiera los androides eran capaces de distinguir a un hombre de otro. Pero éste era un truco sensacional de comercialización, desde luego, no excesivamente difícil en una población del tamaño de Dos Ríos. El verdadero vendedor debía ser una persona de la localidad que dictara las palabras al mecánico desde algún punto oculto. Underhill superó su momentánea sorpresa y repuso en voz alta:

—Por favor, ¿puedo ver al dependiente de ventas?

—Aquí no empleamos vendedores humanos, señor —replicó instantáneamente con voz argentífera—. El Instituto Humanoide tiene por objeto servir a la humanidad, y no precisamos del servicio humano. Nosotros mismos podemos facilitar la información que usted desee, señor, y aceptar su demanda para un inmediato envío.

Underhill le contempló un poco desconcertado. No existía ningún mecánico capaz

de recargar sus propias baterías y reajustar sus relés, y mucho menos de llevar adelante las oficinas de sus sucursales. Los ciegos ojos del androide miraron hacia atrás, y Underhill buscó incómodo por los alrededores intentando descubrir algún reservado o cortina donde estuviera oculto el dependiente humano.

Entretanto, la dulce voz se reanudó persuasiva:

—Señor, ¿no le importa que visitemos su domicilio para hacerle una demostración gratuita? Hemos conseguido eliminar la infelicidad humana en muchos planetas, y estamos verdaderamente ansiosos de introducir nuestro servicio en el suyo. Usted nos encontrará muy superiores a los anticuados mecánicos electrónicos que hay aquí en uso.

Underhill se volvió desasosegado. Abandonó con desgana su empeño de dar con el dependiente camuflado y le asaltó la idea de que se dictaran las palabras los propios mecánicos entre sí. Eso revolucionaría a toda la industria.

—Al menos, señor, permita que le ofrezca nuestros materiales de publicidad.

Y moviéndose con una destreza, en cierto modo asombrosa y grácil, el pequeño mecánico negro le trajo un folleto ilustrado de encima de una mesa que había junto a la pared. Para disimular su creciente alarma y confusión, Underhill comenzó a hojear las satinadas páginas.

En una serie de imágenes, con escenas de antes y después y ricos coloridos, se inclinaba, sobre un fogón de cocina, una rubia de prominentes senos, y luego se aflojaba una atrevida bata abierta, mientras que un pequeño mecánico negro se arrodillaba para servirla algo. También se la veía tecleando en una máquina de escribir, y luego tendida en una playa del océano, en un insinuante traje de baño, mientras que otro mecánico escribía en la máquina. Igualmente aparecía trabajando penosamente al pie de una máquina industrial, y luego bailando en los brazos de un joven de cabello rubio mientras que un humanoide realizaba el trabajo con la máquina.

Underhill suspiró pensativo. La compañía de androides no suministraban este logrado material mecánico. Las mujeres encontrarían irresistible este folleto. Escogerían el ochenta y seis por ciento de todos los mecánicos vendidos. Efectivamente, la competencia iba a ser muy dura.

—Lléveselo a casa señor —le instó la dulce voz—. Muéstreselo a su esposa. En la última página hay un impreso de demostración gratuita, y también podrá ver que no cobramos al contado.

Se volvió medio atolondrado y la puerta se le abrió automáticamente. Al retirarse se dio cuenta de que todavía llevaba el folleto en la mano. Lo arrugó furiosamente entre los dedos y lo arrojó contra el suelo. El pequeño mecánico negro lo fue a recoger con soltura, y la insistente voz argentina tintineaba tras él:

—Señor Underhill, mañana le llamaremos a su oficina y enviaremos a su casa un equipo de demostración. Ha llegado el momento de que discutamos sobre la liquidación de su negocio, porque los mecánicos electrónicos que ha estado usted

vendiendo no pueden competir con los nuestros. Y le ofreceremos a su esposa una demostración gratuita.

Underhill no intentó siquiera responder, porque no estaba seguro ni de su propia voz. Caminando ciegamente a grandes zancadas siguió por la nueva acera hasta llegar a la esquina, y allí se detuvo para recuperarse. Aparte de sus alarmantes y confusas impresiones, algo estaba bien claro: las cosas aparecían muy negras para su empresa.

Con aire desabrido, volvió la cabeza para mirar al soberbio esplendor del nuevo edificio. No era de piedra y ladrillo corrientes; aquella ventana invisible no estaba hecha de vidrio. Y estaba completamente seguro de que ni sus cimientos se hallaban trazados la última vez que Aurora pasara con su coche por allí.

Dobló la esquina y la nueva acera le llevó cerca de la puerta falsa del edificio. Un camión se encontraba arrimado y varios mecánicos negros y delgados estaban afanados silenciosamente, descargando grandes embalajes de metal.

Se detuvo a mirar aquellos embalajes. Uno de ellos llevaba la etiqueta de envío interestelar. Sus marcas demostraban que venían del Instituto Humanoide de Wing IV. No se acordaba de ningún planeta que tuviera el nombre de Wing, pero debía haber gran equipo de ellos.

Con dificultad pudo ver en el sombrío almacén que había delante del camión a los negros mecánicos que abrían los embalajes. Al levantar una tapa aparecían empaquetados muy juntos los rígidos cuerpos negros. Uno tras otro fueron cobrando vida. Seguidamente salían de su embalaje y saltaban sobre el piso llenos de gracia. Todos eran idénticos y presentaban un color bronce y azul brillante como el charol.

Uno de ellos salió de detrás del camión hasta la acera, mirando ciegamente con acerados ojos y le habló melodiosamente con su argentina voz en tono agudo: —A su servicio, señor Underhill. Desapareció de allí. Fue una dura experiencia para él oír pronunciar su nombre por un comedido mecánico, recién salido de su embalaje, que acababa de ser importado de un planeta remoto y desconocido.

Dos manzanas más adelante se fijó en el rótulo de un bar y penetró en él en busca de alivio. Tenía como norma no beber antes de cenar y a Aurora no le gustaba en absoluto que bebiera, pero pensó que estos nuevos mecánicos le obligaban a hacer una excepción.

Desgraciadamente, sin embargo, el alcohol no le ayudó a encontrar una solución al precario estado de su empresa. Cuando salió del bar, después de una hora, volvió la cabeza pensativo en la esperanza de que el nuevo edificio se hubiera, desvanecido de allí con tanta celeridad como había aparecido. Pero seguía en el mismo sitio. Movié la cabeza descorazonado y se encaminó hacia casa con paso inseguro.

El aire fresco le había despejado un poco la cabeza antes de llegar al limpio y blanco chalet que tenía en las afueras de la población, pero no consiguió ayudarle a resolver sus problemas comerciales. No obstante, se dio cuenta, algo inquieto, de que se le había hecho un poco tarde.

La cena, sin embargo, había sido retrasada. Su hijo Frank, un pecosillo de diez

años, todavía estaba jugando a pelota en la tranquila calle delante de la casa. Y la pequeña Gay, una adorable pelirroja de once, vino corriendo, a través del césped y de la acera, para salir a su encuentro.

—¡Papá, papá! ¿A qué no lo adivinas?

Gay iba a ser, algún día, una gran profesional de la música y sin duda debidamente enaltecida, pero ahora estaba enrojecida y sin aliento a causa de la excitación. Dejó que su padre la levantara en alto y, cuando percibió la fuerte fragancia de licor que exhalaba, no se mostró crítica, pero, al ver que no lograba adivinarlo, le informó con impaciencia:

—¡Mamá ha metido un nuevo huésped!

Underhill había previsto un severo interrogatorio porque Aurora estaba preocupada sobre los efectos a cobrar por Banco, las facturas de la nueva consignación y el dinero para pagar las lecciones de la pequeña Gay.

El nuevo inquilino le salvó, sin embargo, de aquello. Con un alarmante ruido de la loza, el doméstico androide estaba poniendo la mesa, pero la casita estaba vacía. Se encontró a Aurora en el patio interior, cargada de sábanas y toallas para el huésped.

Cuando se casó con Aurora, ésta era tan adorable como actualmente era su pequeña hija. Y así podía haber seguido siendo, pensaba Underhill, si su empresa hubiera tenido un poco más de éxito. Pero cuando la presión del lento fracaso fue desmoronado gradualmente la seguridad ofrecida por el esposo, ella se volvió un tanto agresiva como consecuencia de pequeñas penurias.

Por supuesto quería seguir amando. Su rojo cabello era todavía fascinante y conservaba toda su lealtad, pero las aspiraciones frustradas le habían agriado el carácter y, a veces, la voz. En realidad nunca se peleaban, pero existían pequeñas diferencias.

Tenían un reducido cuarto sobre el garaje, construido para criados humanos que nunca pudieron pagar. Era demasiado chico e inapto para atraer a ningún inquilino consciente, y Underhill deseaba dejarlo vacío. Le hería su orgullo el verla haciendo camas y limpiando suelos para gente extraña.

Aurora ya lo había alquilado anteriormente, sin embargo, cuando necesitaba dinero para pagar las lecciones de música de Gay, o cuando algún infortunado de la vida le tocaba la conciencia, aunque a Underhill le parecía que todos sus inquilinos resultaban ser ladrones y maleantes.

Se volvió a saludarle con los brazos llenos de ropa limpia.

—Querido, no me pongas objeciones —le dijo con voz resuelta—. El señor Sledge es el chico más estupendo que existe y estará— aquí todo el tiempo que necesite.

—Está bien, encanto —nunca le gustaba disputar y, además, se estaba acordando de sus dificultades con la empresa—. Me temo que vamos a necesitar su dinero. Pídeselo por adelantado.

—¡No puede pagarlo ahora! —su voz vibraba llena de simpatía hacia aquel

hombre—. Dice que tiene que cobrar unos derechos de patente de sus inventos y *pagará* dentro de pocos días.

Underhill se encogió de hombros; eso ya lo había oído otras veces.

—El señor Sledge es distinto, querido —insistió ella—. Es un viajero y un científico. En este aburrido poblacho no tenemos ocasión de ver personas interesantes.

—Has elegido unos tipos tan notables... —comentó él.

—No seas descortés, querido —protestó ella ligeramente—. Es un hombre maravilloso. Ya verás cuando le conozcas. ¿Tienes un billete de a diez querido? —dijo con voz más dulce.

Sufrió como una sacudida.

—¿Para qué?

—El señor Sledge está enfermo —su voz se hizo imperiosa—. Lo vi caído en la calle, en la parte comercial de la ciudad. La policía iba a enviarlo al hospital, pero él no quería ir. Tenía un porte noble, tan ilustre y tan simpático... Así que les dije que yo me haría cargo de él, lo metí en el coche y le llevó al doctor Winters. Padece del corazón y necesita dinero para medicinas.

—¿Por qué no quiere ir al hospital? —inquirió razonablemente Underhill.

—Tiene que terminar un trabajo —dijo ella—; un importante trabajo científico. Y es tan maravilloso y tan trágico... Por favor, querido, ¿tienes uno de a diez?

Underhill pensó en decirla muchas cosas. Estos nuevos mecánicos iban a multiplicar sus problemas. No tenía sentido acoger a un vagabundo enfermo que podía recibir atenciones gratis en el hospital de la ciudad. Los inquilinos de Aurora siempre trataron de pagar el alquiler con promesas, y, generalmente, destrozaron el apartamento y saquearon el vecindario antes de marcharse.

Pero no dijo nada de lo que pensaba. Estaba acostumbrado a transigir. Silenciosamente, buscó dos billetes de a cinco entre su menguada cartera y los depositó en la mano de su mujer. Ella le sonrió y le besó impulsivamente; Underhill apenas si se acordaba ya de ocultarle su alcohólica respiración.

Su cuerpo era todavía esbelto, a fuerza de una dieta periódica. El se sentía orgulloso del brillante cabello rojo de su esposa. Un súbito impulso de afecto le arrancó lágrimas de sus ojos y se preguntó qué sería de su mujer y de los niños si el negocio fracasaba.

—¡Gracias, querido! —susurró ella—. Si se siente con fuerzas para ello, le haré que venga a cenar con nosotros y así podrás conocerle. No te importa que la cena se retrase un poco, ¿verdad?

Esta noche no le importaba. Movido por un repentino impulso doméstico, bajó al taller que tenía en el sótano, cogió un martillo y clavos y enderezó la combada puerta de la cocina poniéndole un listón transversal.

Disfrutaba haciendo trabajos manuales. Durante su juventud había soñado con ser constructor de plantas de fisión nuclear. Incluso estudió ingeniería, antes de casarse

con Aurora, y tuvo que hacerse cargo de la sucursal de mecánicos de manos de su indolente y alcohólico suegro. Al terminar su pequeña reparación en la puerta, silbaba con satisfacción.

Cuando volvió de dejar las herramientas, se encontró con el androide doméstico entregado a los quehaceres de quitar la mesa, a la que ni siquiera se habían sentado. Los androides eran excelentes para realizar trabajos rutinarios, pero no lograban aprender a comportarse ante la veleidad humana.

—¡Para, para! —dijo lentamente en el tono y ritmo apropiados, y su autoritaria voz le hizo detenerse. Luego añadió como si le hablara a un retrasado mental—: Poner... mesa; poner... mesa.

El gigantesco robot, obedientemente, vino arrastrando los pies con los brazos cargados de platos. Sufrió un repentino golpe al darse cuenta de la diferencia que había entre este robot y los nuevos humanoides que acababa de ver. Respiró con aire cansado. Las cosas se ponían negras para su sucursal.

Aurora hizo pasar por la puerta de la cocina a su nuevo huésped. Underhill asintió para sus adentros. Este hombre extraño y flaco, con su hirsuto cabello oscuro, su cara chupada y su raída vestimenta, parecía ser el mismo tipo de vagabundo pintoresco y dramático que siempre conmovía el corazón de Aurora. Ésta los presentó y los dos se sentaron a esperar en la habitación que daba a la calle, saliendo ella a llamar a los niños.

Underhill pensó que el viejo tunante no parecía muy enfermo. Tal vez estuvieran un poco caídas sus anchas espaldas, pero el resto de su elevada figura era aún imponente. Su piel estaba tan arrugada y pálida que destacaba en su rostro áspero y huesudo, pero sus profundos ojos todavía ofrecían una vitalidad ardiente.

A Underhill le llamaron la atención las manos de aquel hombre. Eran unas manos desmedidas que, cuando estaba en pie, colgaban un poco hacia adelante, pendientes de unos brazos largos y delgados en continua disposición de actuar. Aquellas manos aparecían nudosas y con cicatrices, curtidas y cubiertas por un corto vello en el dorso de color tirando a dorado, y hablaban de sus aventuras épicas, de batallas, tal vez, y, posiblemente, de laboriosidad. Debían haber sido unas manos muy fructuosas.

—Estoy sumamente agradecido a su esposa, señor Underhill —su voz era profunda y retumbante y tenía una ávida sonrisa, singularmente infantil para ser un hombre tan viejo como aparentaba—. Ella me rescató de un apuro hartamente desagradable, y yo me encargaré de pagarla con creces.

Otro vagabundo despejado, pensó Underhill, que va por ahí engañando a la gente con sus plausibles invenciones. Acostumbraba a seguir un pequeño juego particular con los inquilinos de Aurora, tratando de cogerlos en algún renuncio. El señor Sledge, pensaba Underhill, le iba a proporcionar una buena ocasión para practicarlos.

—¿De dónde es usted? —le preguntó en el transcurso de la conversación.

Sledge estuvo dudando un poco antes de responder y esto resultaba insólito, porque la mayor parte de los inquilinos de Aurora habían sido excesivamente

locuaces.

—De Wing IV —repuso el hombre flaco con solemne retraimiento, como si hubiera preferido decir cualquier otro sitio—. La primera parte de mi vida me la pasé allí, pero abandoné el planeta hace casi cincuenta años y, desde entonces, no he parado de viajar.

Underhill, cogido un poco por sorpresa, le miró con interés. Recordaba que Wing IV era el planeta de donde procedían aquellos acharolados mecánicos nuevos, pero este viejo vagabundo parecía demasiado andrajoso y falto de posibles para que tuviera alguna relación con el Instituto Humanoide. Sus breves sospechas desaparecieron. Frunciendo el ceño dijo sin darle importancia: —Wing IV debe de estar bastante apartado.

El viejo vagabundo dudó un poco nuevamente y luego dijo grave:

—A ciento nueve años-luz, señor Underhill.

Acababa de cogerle en su primer renuncio, pero Underhill disimuló su satisfacción. Las nuevas naves espaciales eran muy rápidas, pero la velocidad de la luz seguía siendo un límite absolutamente insuperado. Con la misma despreocupación, cambió de tema.

—Dice mi esposa que es usted científico. ¿Es cierto, señor Sledge?

—Sí.

La reticencia del viejo pícaro era desacostumbrada. La mayor parte de los inquilinos de Aurora no se hacían demasiado de rogar. Underhill probó de nuevo en un tono más familiar.

—Antes de dedicarme al negocio de los mecánicos trabajé como ingeniero —añadió Underhill, y abrió una esperanza al ver que el viejo vagabundo se enderezaba, pero no dijo palabra y Underhill continuó—: Trabajé en el trazado y construcción de plantas de fisión. ¿Cuál es su especialidad, señor Sledge?

El viejo le echó una larga y turbada mirada con sus ojos hundidos y enigmáticos y luego dijo lentamente:

—Señor Underhill, su esposa ha sido muy buena conmigo cuando me encontraba en una situación crítica. Creo que tiene usted derecho a saber la verdad, pero debo pedirle que no se la revele a nadie. Estoy empeñado en un importantísimo trabajo de investigación que debo terminar en absoluto secreto.

—Lo siento —habló Underhill un poco avergonzado de su cínico juego, y luego añadió disculpándose—: Olvídelo. Pero el viejo agregó deliberadamente:

—Mi campo es la rodiomagnética.

—¿Eh? —A Underhill no le gustaba confesar su ignorancia, pero no había oído nunca aquella palabra—. Llevo apartado de mis estudios unos quince años —explicó—. Me temo no haber entendido bien.

El viejo volvió a sonreír, levemente.

—Esta ciencia era desconocida aquí hasta que llegué yo hace pocos días —dijo—. He solicitado formalmente la admisión de patentes fundamentales. Tan pronto

como empiecen a introducirse los derechos de invención, volveré a ser rico.

Underhill ya había oído decir eso otras veces. Lo que más le había impresionado era el solemne retraimiento del viejo tunante, pero se acordó de que la mayoría de los huéspedes de Aurora habían sido unos granujas muy corteses.

Underhill se encontró mirando fijamente otra vez, aun tanto fascinado, a aquellas manos nudosas, cubiertas de cicatrices y extrañamente capaces.

—¿Y qué es exactamente la rodiomagnética? —preguntó.

Con gran atención escuchó la prudente y elaborada respuesta del viejo y nuevamente dio comienzo a su pequeño juego. La mayor parte de los inquilinos de Aurora se desataron con cuentos verdaderamente fantásticos, pero ninguno igualaba a éste.

—Una fuerza universal —dijo el cansado y abatido vagabundo solemnemente—. Tan fundamental como el ferromagnetismo o la gravitación, aunque los efectos son menos claros. Está relacionada al segundo trivalente de la tabla periódica compuesta por el rodio, el rutenio y el paladio en forma muy semejante a la cual está el ferromagnetismo con el primer trivalente del hierro, níquel y cobalto.

Underhill recordaba lo suficiente de sus cursos de ingeniería para ver la falacia básica de aquello. El paladio era usado para muelles de reloj, recordaba, por ser completamente antimagnético. Pero no le contradijo. No abrigaba malicia en su corazón y seguía aquel juego por mero pasatiempo. Siempre lo realizaba en secreto, incluso con Aurora, y se castigaba a sí mismo ante cualquier asomo de duda.

—Yo creía que las fuerzas universales eran ya lo suficientemente conocidas —se limitó a decir.

—Los efectos del rodiomagnetismo se encuentran ocultos por la naturaleza —explicó la voz gastada y paciente—. Y, además, resultan un tanto paradójicos, de forma que los métodos de los laboratorios ordinarios no pueden prosperar.

—¿Paradójicos? —preguntó Underhill.

—Dentro de pocos días podré mostrarle a usted copias de mis patentes y documentos reimpresos que describen los experimentos demostrativos —le prometió gravemente el viejo—. La velocidad de propagación es infinita. Los efectos varían inversamente con la primera potencia de la distancia, no con el cuadrado de la misma. Y la materia ordinaria resulta generalmente transparente a las radiaciones rodiomagnéticas, excepto para los elementos del trivalente del rodio.

Aquello proporcionaba cuatro tantos más a su pequeño juego. Underhill sintió cierta gratitud hacia Aurora por haber descubierto un tipo tan memorable.

—El rodiomagnetismo fue descubierto por primera vez, gracias a una investigación matemática del átomo —prosiguió hablando el viejo embustero sin sospechar nada—. Un componente rodiomagnético resultó ser esencial para mantener el delicado equilibrio de las fuerzas nucleares. En consecuencia, las ondas rodiomagnéticas, sintonizadas con las frecuencias atómicas, pueden emplearse para trastornar ese equilibrio y producir la inestabilidad nuclear. Así, los átomos más

pesados, por lo general aquellos situados por encima del paladio, conocidos con el número 46 en la escala atómica, pueden ser sometidos a la fisión artificial.

Underhill se anotó otro tanto y trató de no arquear las cejas.

—Las patentes de un descubrimiento así deben ser de gran valor —dijo con acento cordial. El viejo pillastre asintió con su cabeza flaca y dramática.

—Ya tendrá usted ocasión de ver sus claras aplicaciones. Mis patentes básicas abarcan numerosos usos. Dispositivos para la comunicación interplanetaria e interestelar instantánea; la transmisión inalámbrica de potencia a larga distancia; el impulso de inflexión rodiomagnética, que hace posible velocidades visibles muchas veces superiores a la de la luz, por medio de una deformación rodiomagnética del continuo. Y, por supuesto, tipos revolucionarios de plantas de fisión, empleando cualquier elemento pesado como combustible.

¡Absurdo! Underhill trataba de mantenerse serio, pues todo el mundo sabía que la velocidad de la luz era un límite físico. En cuanto a la parte humana, el propietario de tales patentes difícilmente estaría mendigando un cobijo en aquel desvencijado cuarto del garaje. Descubrió una franja descolorida alrededor de la magra y peluda muñeca del viejo vagabundo. Ningún hombre que poseyera tan preciados secretos tendría necesidad de empeñar su reloj.

Triunfalmente, Underhill se concedió otros cuatro tantos más, pero entonces tuvo que castigarse a sí mismo. La duda debió aparecer en su cara, porque el viejo preguntó de repente:

—¿Desea ver los tensores básicos? —empezó a tocarse el bolsillo en busca de libreta y lápiz—. Se los describiré.

—No importa —protestó Underhill—, Me temo que mis matemáticas están algo olvidadas.

—Pero usted considera muy extraño que el tenedor de tan revolucionarias patentes tenga que vivir de limosna, ¿verdad?

Underhill asintió, castigándose por aquel tanto. El viejo podía ser un monumental embustero, pero era bastante astuto.

—Debo confesarle que soy una especie de refugiado— explicó en tono de disculpa—. Sólo hace unos días que llegué a este planeta, y tengo que trabajar ligero. Me obligaron a depositar en una firma jurídica todo lo que poseía para concertar la publicación y protección de mis patentes. Espero empezar a recibir pronto los primeros derechos.

Mientras tanto —añadió convencido— me vine a Dos Ríos porque es un lugar tranquilo y apartado de los astropuertos. Ahora estoy trabajando en otro proyecto que debe ser terminado en secreto. Y después de esto, señor Underhill, ¿sería tan amable de respetar mi confidencia? Underhill tuvo que responder afirmativamente. Aurora regresó con los niños recién aseados y se sentaron a la mesa. El androide entró cabeceando con una sopera humeante. El viejo extraño parecía mostrarse un poco receloso del mecánico. Cuando Aurora tomó la fuente y sirvió la sopa, dijo sin darle

mucha importancia:

—Querido, ¿es que no sabe tu compañía hacer mecánicos mejores que éste? ¿No sería maravilloso que fabricaran uno capaz de ser el perfecto camarero, sin salpicarnos de sopa?

Aquella observación dejó a Underhill sumergido en un malhumorado silencio. Siguió sentado mirando con ceño a su plato y pensando en lo que podían hacer a su sucursal aquellos nuevos mecánicos que se preciaban de ser perfectos. Fue aquel anciano hirsuto y vagabundo quien respondió cuerdamente:

—Señor Underhill, los mecánicos perfectos ya existen —su voz bronca y profunda tenía un tono solemne—. Y, en realidad, no son tan maravillosos. Yo he estado huyendo de ellos durante casi cincuenta años.

Underhill levantó la vista de su plato, estupefacto.

—¿Se refiere usted a esos humanoides negros?

—¿Humanoides? —la recia voz pareció desvanecerse, presa del pánico. Sus hundidos ojos se oscurecieron del sobresalto—. ¿Qué sabe usted de ellos?

—Acaban de abrir una nueva agencia en Dos Ríos —le dijo Underhill—. ¿Se imagina que en ella no haya ni un dependiente? Dicen que...

Su voz quedó suspendida en el aire al ver que el viejo escuálido había sufrido un ataque repentino. Las nudosas manos se agarraban a su garganta y la cuchara rodó por el suelo. Su macilento rostro se volvió de un azul siniestro y la respiración sonaba terriblemente ahogada.

Buscó apresuradamente una medicina en el bolsillo, y Aurora y su marido le ayudaron a tomársela con un vaso de agua. En cosa de pocos instantes podía respirar de nuevo y el color de la vida retornaba a su rostro.

—Lo siento, señora Underhill —se disculpó entre susurros—. Fue debido al sobresalto... Vine aquí huyendo de ellos —se quedó mirando al gigantesco e inmóvil androide, con el terror estereotipado en sus hundidos ojos—. Quería yo haber terminado mi trabajo antes de que ellos vinieran —musitó—. Ahora dispongo de poco tiempo.

Cuando estuvo en disposición de andar, Underhill lo acompañó para asegurarse de que subía sano y salvo las escaleras del apartamento. Se percató de que la pequeña cocinilla había sido transformada en una especie de taller. El viejo vagabundo no parecía tener ropas de repuesto, pero había desempaquetado de su equipaje limpios y brillantes artilugios de metal y plástico y los tenía extendidos sobre la pequeña mesa de la cocina.

El descarnado viejo tenía un aspecto andrajoso y hambriento, pero los artilugios de su curioso equipaje estaban cuidadosamente limpios y Underhill reconoció el lustre plateado del palacio. De pronto pensó que había anotado demasiados puntos a su favor en su pequeño juego particular.

A la mañana siguiente, cuando Underhill llegó a la oficina de su agencia, le estaba esperando una visita. Ésta se encontraba inmóvil delante de su mesa, grácil y erecta, y

las suaves luces resplandecían de color azul y bronce sobre su negra desnudez de silicona. Al verlo se detuvo sobresaltado por una desagradable sorpresa.

—A su servicio, señor Underhill —se volvió en seguida para darle frente con una mirada ciega y turbadora—. ¿Permite que le expliquemos la manera de servirle?

Nuevamente sintió la conmoción de la tarde anterior.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó de pronto.

—Porque ayer mismo lo leímos en la tarjeta comercial de su maleta —respondió con un murmullo—. Ya no lo olvidaremos. Como comprenderá, señor Underhill, nuestros sentidos son más agudos que los de los humanos. Al principio, tal vez parezcamos un poco extraños, pero pronto se acostumbrará usted a nosotros.

—¡No, mientras pueda evitarlo! —añadió, mirando de reojo al número de serie de la placa amarilla con el nombre, y sacudió la cabeza un poco aturdido—. El de ayer era otro. ¡Es la primera vez que te veo!

—Todos somos iguales, señor Underhill —añadió con suave voz argentina—. Realmente, somos uno solo. Nuestras unidades móviles separadas están sometidas al control y a la fuerza de la Central Humanoide. Las unidades que usted ve no son más que los miembros y sentidos de nuestro gran cerebro que se encuentra en Wing IV. Por eso somos tan superiores a los viejos mecánicos electrónicos.

Hizo un aparente gesto despectivo hacia la fila de torpes androides que aparecían en la sala de exposición de Underhill.

—¿Sabe que somos rodiomagnéticos?

Underhill se tambaleó un poco, como si al oír aquella palabra hubiera recibido un puñetazo. Ahora estaba seguro de que había subestimado excesivamente al nuevo inquilino de Aurora. Se estremeció ligeramente, ante la primera caricia del terror, y habló con voz bronca y forzada:

—Bueno, ¿y qué es lo que quieres?

Mirándole ciegamente a través de la mesa, la acharolada figura desplegó parsimoniosa un documento de apariencia legal. Underhill se sentó mirando con inquietud.

—Es una mera escritura de cesión, señor Underhill —le dijo con acento dulce—. Como ve, le estamos pidiendo que ceda sus bienes al Instituto Humanoide a cambio de nuestros servicios.

—¡Qué!— exclamó Underhill sin apenas salirle la voz. Se puso en pie lleno de enfado—. ¿Qué clase de chantaje es éste?

—No se trata de ningún chantaje —le aseguró moderadamente el pequeño mecánico—. Ha de saber usted que los humanoides son incapaces de cometer ningún crimen. Si existimos es sólo para aumentar la dicha y seguridad del género humano.

—¿Entonces, para qué queréis mis bienes? —gruñó.

—Esta cesión es una mera formalidad legal —le explicó con blandura—. Nos estamos esforzando por introducir nuestro servicio con la menor confusión y daño posible. Hemos considerado que el plan de cesión es el más eficiente para la

verificación y liquidación de las empresas privadas.

Temblando de cólera y horrorizado por el creciente terror, Underhill dijo con voz ronca:

—Sea cual fuere vuestro plan, no pienso dejar mi negocio.

—Realmente no tiene otra alternativa —Underhill se estremeció ante la dulce certeza con que se expresaba aquella voz argentina—. La empresa humana ya no es necesaria, ahora que hemos llegado nosotros, y la industria de mecánicos electrónicos es siempre la primera en arruinarse.

Miró desafiante a aquellos ojos acerados y ciegos.

—¡No, gracias! —exclamó con una risita nerviosa y sardónica—. Pero prefiero llevar mis propios negocios y cuidar de mí y de mi propia familia.

—Pero eso es imposible, bajo el Primer Directivo —objetó amablemente—. Nuestra misión consiste en servir, obedecer y preservar a los hombres de cualquier daño. Ya no es necesario que los hombres cuiden de sí mismos, porque nosotros existimos para garantizar su seguridad y felicidad.

Permanecía en pie, mudo, desconcertado, quemándose lentamente en su interior, mientras escuchaba aquello.

—Estamos enviando una de nuestras unidades a cada casa de la ciudad, para que hagan demostraciones gratuitas —añadió cortésmente—. Estas demostraciones gratuitas convencerán a la mayoría de las gentes para hacer de buen grado una cesión formal y usted no podrá seguir vendiendo más androides.

—¡Largo de aquí! —vociferó Underhill saliendo de detrás de la mesa.

Pero la figurita negra siguió allí esperándole y mirándole, absolutamente inmóvil, con sus ojos ciegos y acerados. Underhill se contuvo de pronto, sintiéndose un poco ridículo. Sentía verdaderas ganas de aporrearlo, pero se daba cuenta de la futilidad de semejante acción.

—Si lo desea, puede consultar a su abogado —añadió, dejando cuidadosamente sobre la mesa el Impreso de cesión—. No tiene por qué abrigar dudas acerca de la integridad del Instituto Humanoide. Enviaremos una declaración de nuestro activo al banco de Dos Ríos y depositaremos una suma para cubrir aquí nuestras obligaciones. Cuando quiera usted firmarlo, háganoslo saber.

Aquella figura ciega dio media vuelta y echó a andar silenciosamente.

Underhill salió a la farmacia de la esquina y pidió bicarbonato. El dependiente que le sirvió resultó ser, empero, un lustroso mecánico negro. Regresó a su oficina más trastornado que antes.

Un ominosa quietud se cernía sobre el despacho. Había enviado demostradores a las casas. El teléfono debería estar ya sonando con sus informes y pedidos, pero no sonó una sola llamada hasta que lo hizo uno para decir que renunciaba al trabajo.

—He recibido uno de esos nuevos humanoides —dijo el vendedor— y me asegura que ya no tengo necesidad de trabajar.

Aguantó el impulso de blasfemar y trató de aprovechar el silencio trabajando en

sus libros. Pero los negocios de la sucursal, que desde hacía años estaban siendo precarios, hoy aparecían completamente ruinosos. Dejó a un lado el libro mayor, esperanzado, cuando, al fin, entró un cliente.

Pero la fornida mujer que entró no deseaba comprar ningún androide. Lo que quería era el reembolso de uno que había comprado la semana antes. Admitió que realizaba todas las funciones garantizadas, pero acababa de ver a un humanoide.

Aquella tarde volvió a sonar otra vez el silencioso teléfono. Era el cajero del banco preguntándole si podía pasar por el mismo para hablar sobre sus empréstitos. Underhill acudió al banco y el cajero le recibió con ominosa afabilidad.

—¿Cómo van los negocios? —le espetó el banquero demasiado cordial.

—Este último mes, medianamente —respondió Underhill animoso—. Ahora voy a recibir una nueva consignación y precisaría de un pequeño préstamo...

Los ojos del cajero se mostraron fríos de golpe y su voz sonó seca.

—Creo que tiene usted en la ciudad un nuevo competidor —agregó el banquero con énfasis—. Me refiero a esos humanoides. Un hueso duro de roer, señor Underhill. ¡verdaderamente duro! Nos han presentado un estado de cuenta y han efectuado un cuantioso depósito para que nos encarguemos de sus obligaciones locales. ¡Sumamente cuantioso!

El banquero bajó su voz, profesionalmente pesaroso. —En estas circunstancias, señor Underhill, me temo que el banco ya no podrá seguir financiándole la sucursal. Nos vemos obligados a requerirle para que vaya liquidando sus créditos, en sus correspondientes fechas de vencimiento —y al ver la cara de desesperación que ponía Underhill añadió fríamente—: Señor Underhill, ya le hemos ayudado bastante. Si no nos paga, el banco se verá obligado a iniciar un proceso de quiebra.

El nuevo envío de androides llegó a última hora de aquella tarde. Fueron descargados del camión por dos pequeños humanoides negros, resultando que los directivos de la compañía de transportes habían hecho cesión de ella al Instituto Humanoide.

Los humanoides, eficientemente, fueron descargando los géneros embalados y al final le presentaron, con toda cortesía, un recibo para que firmara el conforme. No tenía la menor esperanza de que nadie le comprara aquellos androides pero había hecho el pedido y tenía que aceptarlo. Movido por un repentino impulso de ira contenida, garabateó su firma sobre el papel. Los acharolados humanoides le dieron las gracias y se llevaron el camión.

Underhill subió a su coche y encaminose hacia su casa, torturado interiormente. De pronto se percató de que estaba conduciendo en medio de una bulliciosa calle abarrotada de tráfico. Sonó el silbato de un policía y se detuvo junto al bordillo, descorazonado, esperando recibir al enfadadizo policía, pero fue un humanoide negro quien se le acercó.

—A su servicio, señor Underhill —le dijo dulcemente—. Señor, debe respetar los semáforos, pues, de lo contrario, pone en peligro la vida humana.

—¿En? —exclamó mirándole con amargura—. Creí que se trataba de un guardia.

—Nos hemos encargado, temporalmente, del departamento de policía —dijo—. Pero la conducción resulta excesivamente peligrosa para los seres humanos, según el Primer Directivo. Cuando se haya implantado definitivamente nuestro servicio, cada coche será conducido por un humanoide. Y como todos los seres humanos quedarán protegidos, ya no será necesaria ninguna fuerza de policía.

Underhill le miró con ira.

—¡Bueno! —dijo ásperamente—. Ya que me he pasado un semáforo, ¿qué va a ocurrirme?

—Nuestra misión no consiste en sancionar a los hombres, sino meramente contribuir a su felicidad y seguridad —dijo con voz argentina—. Nos limitamos a requerirle para que circule prudentemente, durante esta temporal emergencia, hasta que nuestro servicio sea implantado.

La cólera se apoderaba de él.

—¡Sois demasiado perfectos! —murmuró amargamente—. Creo que sabéis hacer las cosas mejor que los propios hombres.

—Naturalmente, somos superiores —añadió el humanoide con tranquilidad—, porque nuestras unidades están hechas de metal y plástico, mientras que el hombre se compone principalmente de agua; porque nuestra energía procede de la fisión nuclear, en vez de la oxidación; porque nuestros sentidos son más agudos que la vista y el oído humano. Pero, más que nada, porque nuestras unidades móviles se encuentran todas conectadas a un gran cerebro que sabe todo lo que ocurre en muchos mundos, y que nunca muere, duerme, ni olvida.

Underhill seguía escuchando sentado en su coche, aturdido.

—A pesar de todo, no hay razón para que teman a nuestro poder —le aclaró en seguida—. Nosotros no podemos perjudicar a ningún ser humano, a no ser para evitar un mayor daño a otro. Nuestra única misión consiste en relevar al Primer Directivo.

Prosiguió su marcha de mal humor. Reflexionaba tristemente que aquellos reducidos mecánicos negros eran los ángeles ejecutores del último dios surgido de la máquina, omnipotente e infalible. El Primer Directivo era los nuevos Mandamientos de la ley de Dios. Blasfemó amargamente contra ellos, y luego se puso a pensar si habría nacido un nuevo Lucifer.

Dejó el coche en el garaje y echó a andar hacia la puerta de la cocina.

—Señor Underhill —le saludó la voz cansada y profunda del nuevo inquilino de Aurora desde la puerta del apartamento—. Un momento, por favor.

El flaco vagabundo bajó con dificultad la escalera exterior, mientras que Underhill se volvía a su encuentro.

—Aquí tiene el importe del alquiler —dijo—. Y los diez que su esposa me dio para medicinas.

—Gracias, señor Sledge —al aceptar aquel dinero, Underhill vio una nueva carga

de desesperación sobre los huesudos hombros del viejo trotamundos, y un nuevo signo de terror en su famélico rostro. Intrigado, preguntó—: ¿Han llegado ya sus derechos de invención?

El viejo meneó la hirsuta cabeza.

—Los humanoides han paralizado ya los negocios de la capital —dijo—. Mis abogados han dejado de ejercer y devolvieron lo que quedaba de mi depósito. Éste es todo el capital que me queda para terminar mi trabajo.

Underhill estuvo durante cinco segundos pensando en la entrevista que había tenido con el banquero. Sin duda, era un sentimental tan necio como Aurora. Pero volvió a depositar el dinero en la áspera y temblorosa mano del viejo.

—Quédeselo —le dijo—. Continúe su trabajo.

—Gracias, señor Underhill —la aspereza de su voz se quebró y sus torturados ojos resplandecieron—. Lo necesito... imperiosamente.

Underhill siguió andando hacia la casa. La puerta de la cocina le fue abierta en silencio y una criatura, negra y desnuda, se le acercó grácilmente para cogerle el sombrero. Underhill lo cogió exasperado.

—¿Qué estás haciendo aquí? —exclamó amargamente.

—Hemos venido para ofrecer una demostración gratuita.

Underhill abrió la puerta, señalando con un gesto.

—¡Fuera de aquí!

El pequeño mecánico negro seguía allí imperturbable y ciego.

—La señora Underhill ha aceptado nuestro servicio de demostración —protestó su voz argentina—. No podemos marcharnos de aquí sin que ella lo ordene.

Encontró a su esposa en el dormitorio. Al abrir la puerta, la frustración acumulada dentro de su persona estaba a punto de explotar.

—¿Qué está haciendo aquí ese mecánico...! Pero la fuerza se le fue escapando de la voz, y Aurora apenas se dio cuenta de su enfado. Llevaba puesta la bata más ligera e insinuante, y no la había visto tan atractiva desde que se casaron. Su cabello rojo lo llevaba peinado formando una delicada y brillante corona.

—¿No es maravilloso, querido? —le preguntó mientras venía a su encuentro, resplandeciente—. Se ha presentado esta mañana, y sabe hacerlo todo. Limpió la casa, hizo la comida y ha dado a la pequeña Gay su lección de música. Por la tarde me peinó y ahora está haciendo la cena. ¿Qué te parece mi peinado, querido?

Le gustaba aquel peinado. La besó, tratando de ocultar su terrible indignación.

La cena era de lo más exquisito que recordara Underhill, y la pequeña figura negra sabía servirla con incomparable destreza. Aurora se hacía cruces ante la novedad de los platos, pero Underhill apenas podía comerlos porque le parecía que su exquisitez no era más que *el* cebo de una trampa monstruosa.

Intentó convencer a Aurora para despedirlo, pero después de aquella demostración culinaria resultó inútil. Al primer asomo de sus lágrimas, Underhill capituló y el humanoide siguió en la casa. La mantenía en completo orden y limpiaba

el patio, vigilaba a los niños y hacía la manicura de Aurora. Hasta empezó a reconstruir el inmueble. Underhill estaba horrorizado pensando en lo que aquello le iba a costar, pero el humanoide insistía en que todo formaba parte de la demostración gratuita. Tan pronto como cediera todos sus bienes, el servicio sería completo. Se negó a firmar la cesión, pero se presentaron otros mecánicos negros con camiones cargados de suministros y materiales y dieron comienzo a los trabajos de reconstrucción.

Una mañana se encontró con que el techo de la casita había sido levantado, silenciosamente, mientras él dormía, y añadieron a la casa un segundo piso. Las nuevas paredes estaban hechas de un raro material lustroso y fosforescente. Las ventanas estaban formadas por inmensos e impecables paneles que podían volverse transparentes, opacos o luminosos. Las puertas no emitían el menor ruido y se abrían por secciones a base de relés rodiomagnéticos.

—Quiero puertas con pestillo —protestaba Underhill—. Quiero poder entrar en el cuarto de baño sin tener que llamarte para que me abras la puerta.

—Pero si los seres humanos ya no tienen necesidad de abrir puertas —le informó cariñosamente la figurita negra—. Aquí estamos nosotros para relevar al Primer Directivo y para hacer todos los trabajos. Tan pronto como usted nos haya cedido todos sus bienes, podremos enviar una unidad para que atienda a cada miembro de su familia.

Underhill se negaba resueltamente a firmar la cesión.

Todos los días acudía a la agencia, primero con el fin de sacarla adelante, y luego para salvar del naufragio lo que le fuera posible. Nadie deseaba comprar androides, ni siquiera a precios ruinosos. En un esfuerzo desesperado, gastó los últimos fondos de su mercado efectivo en presentar una nueva línea de novedades y juguetes, pero resultaron igualmente infructuosos de vender, porque los humanoides también fabricaban juguetes y los repartían a cambio de nada.

Quiso arrendar el establecimiento, pero la iniciativa humana había quedado paralizada. La mayor parte de los negocios de la ciudad habían sido ya cedidos a los humanoides, y éstos estaban atareados derruyendo los viejos edificios y convirtiéndolos en parques públicos, pues sus propias plantas y almacenes eran, en su mayoría, subterráneos, a fin de no perjudicar al paisaje.

Volvió al banco, en una tentativa final de prorrogar sus créditos, y se encontró con los pequeños mecánicos negros ocupando las ventanillas y sentados tras las mesas. Con tan refinada cortesía como el mejor cajero, el humanoide le informó de que el banco estaba suscribiendo un pedimento de quiebra fortuita para liquidar sus negocios.

Añadió el mecánico banquero que se le podía facilitar la liquidación si hacía una cesión voluntaria. Underhill rehusó lleno de indignación. Para él, aquello tenía ya un significado simbólico. Pensaba que constituiría el doblez final de sumisión a este nuevo dios negro, y orgullosamente mantuvo erguida su derrotada cabeza.

La acción legal no se hizo esperar mucho, porque todos los jueces y fiscales tenían ya ayudantes humanoides, y no pasaron más que unos días para que se presentara en la agencia un grupo de mecánicos negros con la orden de desahucio y maquinaria demoledora. Underhill miraba tristemente cómo el material de su almacén se lo llevaban como chatarra y un bulldozer, conducido por un humanoide ciego, empezaba a arremeter contra las paredes del edificio.

A última hora de la tarde se marchó a casa, y su rostro aparecía tenso y desesperado. La orden judicial, con sorprendente generosidad, le había dejado el automóvil y la casa, pero él no sentía la menor gratitud. La absoluta solicitud mostrada por las perfectas máquinas negras se había convertido en un espina intolerable.

Dejó el coche en el garaje y encaminose hacia la reformada casa. Al otro lado de los grandes ventanales nuevos descubrió una lustrosa figura negra que se movía a prisa. Sufrió un convulsivo temblor de horror. No quería caer bajo el dominio de este incomparable criado, que no le permitía hacer nada; ni siquiera abrir una puerta.

Bajo un impulso momentáneo, subió la escalera exterior y llamó a la puerta del apartamento. La voz profunda y reposada del inquilino de Aurora le mandó pasar y encontró al viejo vagabundo sentado sobre un alto taburete e inclinándose sobre el complicado material que tenía reunido encima de la mesa de la cocina.

Para consuelo suyo, el andrajoso apartamento no había cambiado. Las lustrosas paredes de su nueva habitación relucían por la noche con un brillo amarillento hasta que el humanoide las limpió, y el nuevo suelo era cálido y acogedor, que parecía estar hecho de materia viva, pero todas estas habitaciones, reducidas de espacio, llevaban el mismo enlucido de yeso, la misma iluminación fluorescente y barata, y las mismas alfombras raídas sobre los astillados suelos.

—¿Cómo ha conseguido librarse de esos mecánicos? —preguntó pensativo.

El encorvado y huesudo viejo se incorporó trabajosamente para retirar un par de tenazas, objetos raros y puntas de metal que había encima de una desvencijada silla y se la ofreció cordialmente.

—Disfruto de cierta inmunidad —le respondió en tono grave—. Ellos no pueden entrar donde yo esté, al menos que se lo pida. Es una enmienda del Primer Directivo. No tienen facultad para ayudarme u obstaculizarme, a no ser que yo lo solicite, cosa que no haré.

Con mucho tiento, Underhill se sentó sobre la silla, que no ofrecía demasiada estabilidad, y se quedó mirando. La voz bronca y vehemente del viejo era tan extraña como sus palabras. Tenía una palidez gris horrible, y sus mejillas y órbitas de los ojos aparecían alarmantemente hundidas.

—Señor Sledge, ¿ha estado usted enfermo?

—No más de lo corriente. Estuve muy ocupado —dirigió la mirada hacia el suelo, con una ojerosa sonrisa. Underhill vio junto a su asiento una bandeja con un trozo de pan y un plato tapado enfriándose—. Me la comeré después —murmuró como

disculpándose—. Su esposa ha sido muy amable trayéndome estos alimentos, pero creo que estaba demasiado absorto con mi trabajo.

Hizo un gesto hacia la mesa con su chupado brazo. El pequeño dispositivo que había sobre ella era mayor. Unos diminutos mecanismos de precioso metal blanco y de plástico brillante habían sido montados sobre impecables ejes soldados, desarrollando un conjunto que parecía tener sentido y propósito.

Una larga aguja de paladio oscilaba sobre impecables pivotes de diamante con círculos minuciosamente graduados y escalas Vernier, igual que un telescopio, que se accionaba igualmente por medio de un motor en miniatura. Un pequeño espejo cóncavo de paladio, situado en su base, hacía frente a otro similar montado sobre algo que no era enteramente igual a un pequeño transformador rotatorio. Recias barras conductoras de plata lo conectaban a una caja de plástico, con botones sintonizadores en la parte superior, y también en una esfera gris de plomo, de un pie de diámetro.

La preocupada reserva del viejo no invitaba a hacer preguntas, pero Underhill, acordándose de la acharolada figura que había dentro de su propia casa, se resistía a marcharse de allí.

—¿En qué consiste su trabajo, señor Sledge? —se aventuró a preguntar.

El viejo le echó una mirada aguda con sus febriles ojos negros, y finalmente dijo:

—Es mi último proyecto de investigación. Estoy intentando medir la constante de los quantums rodiomagnéticos

En aquella seca y cansada voz se adivinaba como si pretendiera prescindir de la conversación y hasta del propio Underhill, pero éste se encontraba aterrado por el lustroso esclavo negro que se había apoderado de su casa y se resistía a volver a ella.

—¿Qué significa eso de que disfruta de inmunidad?

El viejo seguía sentado sobre el alto taburete, mirando con interés a la larga y brillante aguja y a la esfera de plomo, y no respondía.

—¡Esos malditos mecánicos...! —estalló Underhill en un arrebató nervioso—. Me han arruinado el negocio y han invadido mi casa —añadió escrutando la curtida y arrugada cara del viejo—. Dígame una cosa usted que conocerá algo más de ellos: ¿Es que no existe algún modo para librarse de esos mecánicos?

Después de un minuto, los pensativos ojos del viejo se apartaron de la bola de plomo y su demacrada cabeza asintió pesadamente.

—Eso mismo es lo que estoy tratando de hacer.

—¿Puedo ayudarle en algo? —Underhill temblaba poseído de una súbita y vehemente esperanza—. Haría lo que fuera.

—Tal vez, sí —los hundidos ojos le contemplaron pensativos y en ello había una extraña agitación—. Si pudiera usted realizar ciertas clases de trabajo...

—Tengo conocimientos de ingeniería —le recordó Underhill— y en el sótano dispongo de un taller. Mire el modelo construido por mí —le dijo señalando hacia el casco de una nave que pendía sobre la chimenea del pequeño cuarto de estar—. Haré

cuanto sepa.

Aún no había terminado de pronunciar aquellas palabras cuando la chispa de esperanza se desvaneció de pronto ahogada por unas oleadas de incontenibles dudas. Conociendo la clase de inquilinos de Aurora, no podía creer en este viejo trotamundos. Se acordó de su juego particular y empezó a pasar revista a los embustes contados por aquel hombre. Se incorporó de la destartada silla y quedó en pie contemplando cínicamente al raído viejo vagabundo y a su fantástico juguete.

—Sería inútil —su voz se volvió de pronto áspera—. Yo haría lo que fuera por detenerlos, pero ¿cómo sabe usted realmente que eso sería posible?

El desarrapado anciano le miró pensativo de arriba abajo.

—Yo soy el único que lograría detenerlos —añadió Sledge con voz reposada—, porque ha de saber usted que yo soy el desdichado necio que los inventó. Mi verdadero deseo fue que obedecieran al hombre, lo sirviera y le librara de cualquier daño. En efecto, el Primer Directivo fue obra mía. Pero ignoraba hasta dónde iba a ir a parar.

Las sombras se fueron posesionando lentamente de las sucias habitaciones. La oscuridad cayó sobre los rincones sin barrer y el suelo se hizo turbio. Las máquinas semejantes a juguetes que había sobre la mesa de la cocina fueron adquiriendo unas formas vagas y extrañas, hasta que las últimas luces dejaron ver sus postrer resplandor sobre la blanca aguja de paladio.

Afuera, la ciudad parecía completamente sosegada. Al otro lado de la casa, los humanoides construían un nuevo edificio en absoluto silencio. Entre ellos no hablaban nunca porque cada uno sabía lo que estaba haciendo el otro. Los extraños materiales que empleaban quedaban puestos sin el menor ruido de martillo ni de sierra. Eran pequeñas figuras ciegas que se movían seguras en medio de la oscuridad, igual que sombras silenciosas.

Sentado sobre el alto taburete, encorvado, cansado y viejo, Sledge contó su historia. Underhill volvió a sentarse prudentemente sobre la destartada silla y escuchaba en silencio. Observaba las nudosas y magras manos de Sledge, curtidas y poderosas antaño pero temblonas ahora, que se agitaban en la oscuridad.

—Será mejor que no se lo diga usted a nadie. Le explicaré cómo nacieron, para que comprenda mejor lo que tenemos que hacer. Pero no debe mencionarlo fuera de esta habitación, porque los humanoides tienen medios muy eficientes para extirpar recuerdos desgraciados o propósitos que amenazan su misión ejecutora del Primer Directivo.

—Son muy eficientes —convino Underhill.

—Ahí está lo malo —añadió el viejo—. Yo quise construir una máquina perfecta. En conjunto, tuve pleno éxito. He aquí cómo sucedió.

El harapiento anciano, casado y con los hombros caídos, contó su historia a medida que la oscuridad cobraba mayores proporciones.

—Hace sesenta años era yo maestro de teoría atómica en el pequeño colegio

tecnológico, situado en el árido continente meridional de Wing IV. Entonces era yo muy joven; un idealista. Me temo que bastante ignorante de la vida, de la política, de la guerra... Y creo que casi de todo, excepto de teoría atómica.

Su arrugado rostro esbozó una breve sonrisa de tristeza en medio de la oscuridad.

—Creo que tenía demasiada fe en los hechos y muy poca en los hombres. Desconfiaba de las emociones, porque no tenía tiempo para nada que no fuera la ciencia. Recuerdo que me entró una loca pasión por la semántica en general. Estaba empeñado en aplicar los métodos científicos a cualquier situación y reducir a una fórmula todas las experiencias. Me temo haber sido demasiado impaciente con la ignorancia y el error humanos, y pensaba que con sólo la ciencia se podía hacer un mundo perfecto.

Siguió sentado en silencio durante un momento, mirando fijamente a las calladas figuras negras que se deslizaban como sombras en torno al nuevo palacio que se estaba levantando, como en un sueño, al otro lado de la callejuela.

—Hubo una chica —sus abatidos hombros se encogieron un poco—. Si las cosas hubieran sido un poco diferentes, nos hubiéramos, podido casar y vivir nuestros días en aquella tranquila ciudad del colegio, teniendo, quizás, un hijo o dos. Y entonces no habría habido humanoides.

Dejó escapar un suspiro en medio de la tibia oscuridad de la noche que los iba envolviendo.

—Yo estaba a punto de terminar mi tesis sobre la separación de los isótopos de paladio; un proyecto bastante modesto, pero me habría conformado con él. Ella era biólogo pero pensaba retirarse cuando nos casáramos. Pienso que pudimos haber sido muy dichosos, a nuestra manera, y totalmente inofensivos.

«Pero entonces estábamos en guerra, pues las guerras habían sido muy frecuentes en los mundos de Wing, desde el momento mismo de ser colonizados. Yo sobreviví a ella trabajando en un laboratorio subterráneo secreto sobre el diseño de mecánicos militares. Pero ella se enroló voluntaria para trabajar en un proyecto de investigación sobre biotoxinas. Hubo un accidente. Unas cuantas moléculas de un nuevo virus se mezclaron con el aire y todos los del proyecto sufrieron una muerte espantosa.

»Yo me quedé solo con mi ciencia, y con una amargura difícil de olvidar. Al terminar la guerra, regresé al pequeño colegio con una concesión para investigación militar. Aquel proyecto era de ciencia pura: una investigación teórica de las fuerzas de fijación nuclear, entonces no comprendidas. No esperaban que yo descubriera realmente ningún arma, ni yo me apercibí de ella al descubrirla.

»Fue solo unas cuantas páginas de matemáticas más bien difíciles: una teoría nueva de la estructura atómica, implicando una nueva expresión para un componente de las fuerzas fijadoras. Pero los tensores parecían ser una inofensiva abstracción. Yo no veía la forma de ensayar la teoría o de manipular la susodicha fuerza. Las autoridades militares influyeron para su publicación en una revista técnica editada por el colegio.

»Al año siguiente hice un descubrimiento sobrecogedor: encontré el significado de aquellos tensores. Los elementos del trivalente del rodio resultaron ser una inesperada clave para la manipulación de aquella fuerza teórica. Desgraciadamente, la publicación de mi teoría fue reimpressa en el extranjero y otros muchos hombres hicieron el mismo infortunado descubrimiento, aproximadamente, al mismo tiempo.

»La guerra, que terminó en menos de un año, fue, tal vez, iniciada por un accidente de laboratorio. Los hombres no previeron la capacidad entre las radiaciones rodiomagnéticas enlazadas, para romper la estabilidad de los átomos pesados. Se hizo, explotar un depósito de minerales pesados, sin duda por mero accidente, y con la explosión voló el incauto experimentador.

«Las fuerzas militares supervivientes de aquella nación tomaron represalias contra los supuestos atacantes, y los rayos rodiomagnéticos que emplearon hicieron parecer a las clásicas bombas de plutonio inofensivos petardos. Un rayo portador de sólo unos cuantos vatios de potencia era capaz de desintegrar los metales pesados de instrumentos eléctricos distantes, lo mismo que las monedas de plata de los bolsillos de los hombres, sus dientes de oro o incluso el yodo de sus glándulas tiroideas. Por si esto fuera poco, otros rayos algo más potentes podrían disparar minerales pesados, bajo ellos.

«Cada continente de Wing IV quedó picoteado con boquetes más profundos que el océano y erizado de nuevas montañas volcánicas. La atmósfera quedó contaminada de polvo y gases radiactivos, y la lluvia dejaba caer un barro espeso y mortífero. Incluso en los refugios, la mayor parte de la vida fue exterminada.

Corporalmente, salí ileso por segunda vez. De nuevo estuve recluido en un lugar subterráneo, en esta ocasión diseñando nuevos tipos de mecánicos militares impulsados y dirigidos por haces rodiomagnéticos, toda vez que la guerra era demasiado rápida y mortal para ser librada por soldados humanos. El refugio estaba ubicado en un área de rocas sedimentarias ligeras, que no podían explotar, y los túneles estaban protegidos contra las frecuencias fisionables.

«Mentalmente, sin embargo, debí salir de allí casi enajenado. Mi descubrimiento había convertido en ruinas al planeta. Era una carga de culpabilidad demasiado pesada para un hombre, y acabó corroyendo mi última fe en la bondad e integridad humanas.

«Traté de deshacer lo que había hecho. Los mecánicos combatientes, equipados con armas rodiomagnéticas, habían desolado el planeta. Entonces empecé a planear mecánicos rodiomagnéticos para que limpiaran los destrozos y reconstruyeran las ruinas.

«Intenté diseñar estos nuevos mecánicos para que obedecieran eternamente a ciertos mandatos implantados, de forma que no pudieran ser usados jamás para la guerra, para el crimen o para causar cualquier otro daño a la humanidad. Técnicamente era muy difícil, y ello me ocasionó nuevas dificultades con otros aventureros militares y políticos que querían disponer de mecánicos sin restricción

alguna para ejecutar sus propios planes bélicos, pues, si en Wing IV ya no había posibilidades de guerra, existían otros planetas felices y aptos para su invasión.

«Finalmente, para concluir los nuevos mecánicos, me vi obligado a desaparecer. Logré huir con una nave rodio-magnética experimental, llevándome varios de los mejores mecánicos que yo había construido, y conseguí llegar hasta un continente insular donde la fisión de los minerales profundos había exterminado a toda la población.

«Por último desembarcamos en una pequeña llanura rodeada por tremendas montañas nuevas. Era un lugar poco hospitalario. El terreno estaba calcinado bajo las capas de negra lava y barro venenoso. Las oscuras cimas, nuevas y escarpadas, aparecían rodeadas de irregulares fallas y cubiertas por torrentes de lava. Los picos más altos se encontraban ya teñidos de blanco por la nieve, pero los conos volcánicos vomitaban espantosas y mortales nubes oscuras. Todo era de color del fuego, todo presentaba las formas de la violencia.

«Tuve que adoptar fantásticas precauciones para proteger mi propia vida. Permanecí a bordo de la nave hasta que estuvo terminado el primer laboratorio-refugio. Me protegía con complicados trajes y respiraba por medio de máscaras. Me valí de todos los recursos médicos disponibles para reparar el daño causado por los rayos y partículas destructoras. Aun así, caí gravemente enfermo.

«En cambio, los mecánicos estaban en su mejor ambiente. Las radiaciones no les perjudicaban. El espantoso ambiente que nos rodeaba no los deprimía porque carecían de emociones. La falta de vida no les afectaba porque ellos no eran seres vivos. Allí, en aquel medio extraño y hostil para la vida, fue donde nacieron los humanoides».

El viejo, frío y abatido como un cadáver, en medio de la creciente oscuridad, guardó silencio durante un rato. Sus cansados ojos contemplaban callados, solemnemente a las pequeñas figuras presurosas que se movían como sombras impacientes al otro lado de la callejuela, construyendo en silencio un extraño y nuevo palacio que despedía un leve resplandor en las tinieblas de la noche.

—En cierto modo, también yo me encontraba allí en mi ambiente —prosiguió su voz áspera y profunda deliberadamente—. Había perdido la fe en mi propia raza. Sólo los mecánicos estaban junto a mí y deposité mi fe en ellos. Me encontraba resuelto a construir mecánicos mejores, inmunes a las imperfecciones humanas, capaces de salvar al hombre de sí mismo.

«Los humanoides se convirtieron en los hijos queridos de mi mente enferma. No es preciso describir los sacrificios que me reportaron. Hubo errores, abortos, monstruosidades. Pasé fatigas, esfuerzos y agonías. Transcurrieron algunos años hasta conseguir el primer humanoide perfecto.

«Pero faltaba por construir la Central, pues todos los humanoides por separado no iban a ser más que miembros y sentidos de un solo cerebro mecánico. Aquello fue lo que abrió la posibilidad de la perfección real. Los antiguos mecánicos electrónicos,

con sus centros de relés independientes y con sus importantes baterías, llevaban incorporadas sus propias limitaciones. Necesariamente, tenían que ser estúpidos, débiles, torpes y lentos. Y, lo peor de todo, según pensé, es que estaban expuestos a la intromisión humana.

«La Central se alzaba sobre todas esas imperfecciones. Sus rayos de fuerza suministraban energía inagotable a todas las unidades desde colosales plantas de fisión. Sus rayos de gobierno dotaban a cada unidad con una ilimitada memoria y una inteligencia sorprendente. Lo mejor de todo, como yo creía entonces, es que podía protegerse contra cualquier ingerencia humana.

«Todo el sistema de reacción estaba diseñado para protegerse a sí mismo de cualquier interferencia por parte del egoísmo o fanatismo humanos. Había sido construido para garantizar la seguridad y felicidad del hombre automáticamente. Ya conoce el lema del Primer Directivo:

«Servir, obedecer y proteger al hombre de cualquier daño».

»Los primitivos mecánicos que yo había llevado conmigo me ayudaron a fabricar las partes y así conseguí montar la primera sección de la Central con mis propias manos. Aquello me costó tres años. Cuando estuvo terminada nacieron a la vida los primeros humanoides que estaban aguardando».

Sledge escudriñó melancólico el rostro de Underhill en medio de la penumbra.

—A mí, realmente, me parecieron vivos —insistió su voz parsimoniosa y profunda—. Vivos y más maravillosos que ningún ser humano, porque habrían sido creados para proteger la vida. Aunque enfermo y solo, me sentía empero el padre orgulloso de una nueva creación, perfecta, eternamente libre de toda ingerencia posible por parte del mal.

»Los humanoides obedecían fielmente al Primer Directivo. Las primeras unidades fabricaron otras nuevas y construyeron factorías subterráneas para la fabricación masiva de las futuras hordas. Sus nuevas naves depositaban minerales y arenas sobre los hornos atómicos situados bajo la llanura, y nuevos humanoides perfectos fueron saliendo de los negros moldes mecánicos.

»Las legiones de humanoides levantaron una nueva torre para la Central, un pilón metálico que se *alzaba* blanco y altivo en medio de la calcinada desolación. Plano sobre plano fueron empalmando otras secciones de relé en un solo cerebro, hasta que su alcance fue casi infinito.

«Luego salieron a la superficie para reconstruir el planeta, y, más tarde, llevar sus servicios hasta otros mundos. Yo estaba plenamente satisfecho entonces. Creí haber encontrado el fin de las guerras y del crimen, de la pobreza y la iniquidad, de los desatinos humanos y de los consiguientes sufrimientos del hombre.

El viejo dejó escapar un suspiro y se movió pesadamente en la oscuridad.

—Como verá usted, me equivoqué.

Underhill retiró la vista de las incesantes figuras negras, silenciosas como sombras, que estaban levantando el resplandeciente edificio palaciego al otro lado de

la calle. Le asaltó una leve duda, pues estaba acostumbrado a mofarse, para sus adentros, de otros cuentos mucho menos fantásticos relatados por los famosos inquilinos de Aurora. Pero el cansado anciano había hablado con tono tranquilo y sobrio, y, según estaba viendo, los invasores negros no habían penetrado en aquel apartamento.

—¿Por qué no los contuvo usted cuando le era posible? —preguntó.

—Permanecí demasiado tiempo en la Central —volvió a suspirar Sledge pesaroso—. Yo era útil allí hasta que todo estuviera terminado. Yo mismo diseñé nuevas plantas de fisión, e incluso planeé los métodos para introducir el servicio de los humanoides con un mínimo de confusión y oposición.

Underhill sonrió burlona y torcidamente en la oscuridad.

—He visto los métodos: absolutamente eficientes —comentó.

—La eficiencia debió ser para mí entonces una especie de deidad —afirmó Sledge con aire cansado—. Los hechos consumados, la verdad abstracta, la perfección mecánica. Debí de odiar las fragilidades del ser humano, porque disfrutaba extremando la perfección de los nuevos humanoides. Me duele confesarlo, pero encontraba una especie de felicidad ante aquel desierto desolado. Me temo haberme prendado, en realidad, de mi propia obra creadora.

Sus hundidos ojos, sumidos en la oscuridad, despedían un brillo febril.

—Por último, fui despertado; era un hombre que venía a matarme.

El derrengado y famélico viejo se agitó inquieto en la creciente lobreguez. Underhill cambió de postura en su asiento, extremando el cuidado para no romper la desvencijada silla. Aguardó en silencio, y la pausada y profunda voz no se hizo esperar:

—Nunca llegué a saber quién era exactamente, ni cómo consiguió llegar hasta allí. Ningún hombre ordinario pudo haber hecho lo que él hizo, y yo estaba convencido de haberlo conocido antes. Debió ser un notable físico y un experto montañero. *Me imagino que también era un cazador. Lo que sí sé es que era inteligente y terriblemente decidido.*

»En efecto, venía a matarme.

—De un modo u otro, llegó hasta la gran isla sin ser descubierto. Allí no había aún habitantes; los humanoides no permitían a ningún hombre más que a mí cerca de la Central. Lo cierto es que aquel hombre supo burlar sus rayos detectores y sus armas automáticas.

»La nave acorazada que empleó para llegar hasta allí fue encontrada posteriormente abandonada sobre un elevado glaciar. El resto del camino lo hizo a pie, a través de nuevas y escarpadas montañas por donde no existían sendas de clase alguna. Realmente, pasó por encima de lechos de lava que todavía estaban ardiendo a causa del letal fuego atómico.

»Al amparo de alguna pantalla rodiomagnética, la que nunca tuve ocasión de examinar, pasó sin ser detectado a través del astropuerto que entonces cubría la

mayor parte de la gran llanura y llegó hasta la nueva ciudad que circundaba a la torre de la Central. Necesitó un coraje y decisión superior al que poseen la mayoría de los hombres, pero desconozco exactamente cómo llegó a realizarlo.

»La verdad es que llegó hasta mi oficina de la torre. Me dio un grito y yo, al levantar la cabeza, le vi delante de la puerta. Estaba casi desnudo, cubierto de arañazos y ensangrentado de andar por las montañas. Llevaba un arma en su despellejada mano, pero lo que más me impresionó fue el odio que despedían sus ojos.

El viejo, con los hombros encorvados mientras se apoyaba en el alto taburete dentro de la lóbrega habitacioncita, se estremeció.

—Jamás había visto un odio tan monstruoso, ni aun en las víctimas de la guerra. Tampoco había oído una voz tan colérica, en las pocas palabras que me dirigió: «He venido a matarte, Sledge. A detener a tus mecánicos y a liberar a los hombres».

«Por supuesto que, en eso, se equivocaba. Ya era demasiado tarde para que mi muerte detuviera a los humanoides, pero él no lo sabía. Levantó el arma insegura, con ambas manos sangrantes, e hizo fuego.

«Sus voces de amenaza me habían servido de aviso. Me tiré detrás de la mesa. El ruido del primer disparo atrajo la atención de los humanoides, que todavía no se habían apercebido de su presencia. Se lanzaron sobre él antes de que pudiera hacer otro disparo. Le quitaron el arma y rompieron una especie de red protectora de fino alambre que llevaba en torno a su cuerpo, lo cual debió de servirle como protección.

«Su odio fue lo que me sirvió de aviso. Yo había supuesto siempre que la mayor parte de los hombres, excepto unos pocos defraudados, sentirían agradecimiento hacia los humanoides. Me era difícil comprender su odio, pero los humanoides me dijeron que muchos hombres habían necesitado drásticos tratamientos por medio de neurocirugía, drogas e hipnosis para que fueran felices, bajo el Primer Directivo. Éste no fue el primer intento desesperado que habían hecho para matarme.

«Yo quise interrogar al intruso, pero los humanoides se lo llevaron a una sala de operaciones. Cuando finalmente me dejaron verlo, me hizo una mueca leve e insulsa desde su cama. Recordaba su nombre e incluso me conocía a mí; los humanoides habían desarrollado una notable pericia en esa clase de tratamientos. Pero no sabía cómo había llegado hasta mi oficina, ni tampoco que había pretendido matarme. No paraba de susurrar que le gustaban los humanoides porque sólo deseaban la felicidad del género humano. Y él era muy feliz en aquellos momentos. Tan pronto como les fue posible moverle se lo llevaron al astropuerto y ya no volví a verlo más.

«Empezaba a ver lo que había hecho. Los humanoides me habían construido un yate rodiomagnético en el que realizaba largos cruceros por el espacio, trabajando a bordo. Me gustaba aquella perfecta tranquilidad y la idea de sentirme el único ser humano en cien millones de millas. Entonces pedí el yate y empecé un crucero en torno al planeta para saber por qué me había odiado aquel hombre.

El viejo señaló con la cabeza hacia las sombrías figuras que trabajaban incesantes

al otro lado de la calle levantando en la silenciosa oscuridad de la noche el extraño palacio resplandeciente.

—Ya se puede imaginar lo que descubrí —dijo—. Una amarga futilidad, encerrada en un esplendor vacío. *Los* humanoides eran demasiado eficientes. Se cuidaban tanto de la seguridad y felicidad de los hombres que a éstos no les quedaba nada por hacer.

Escudriñó en medio de la creciente oscuridad mirándose a sus propias manos, todavía competentes pero maltrechas y gastadas por toda una vida de esfuerzo. Se cerraron hasta quedar convertidas en dos puños agresivos y luego se fueron relajando de nuevo.

—Descubrí algo peor que la guerra y el crimen, la miseria y la muerte —su voz baja y ronca contenía una amargura salvaje—. La completa futilidad. Los hombres tenían que estar sentados con los brazos cruzados porque no tenían nada que hacer. Realmente eran unos prisioneros mimados, metidos en una prisión altamente eficiente. Quizás intentaran jugar, pero no había ningún juego que mereciera la pena. La mayor parte de los deportes activos fueron declarados demasiado peligrosos para el hombre, según el Primer Directivo. La ciencia estaba prohibida porque los laboratorios implicaban un peligro. La enseñanza era innecesaria porque los humanoides podían responder a cualquier pregunta. El arte degeneró en una horrenda parodia de futilidad. No existían propósitos ni esperanzas. La vida carecía de metas. Sólo existían pasatiempos anodinos, como jugar a las cartas o dar un tranquilo paseo por el parque, siempre bajo la vigilancia de los humanoides. Ellos eran más fuertes que el hombre, mejores en todo, ya fuera nadando, jugando al ajedrez, practicando el canto o la arqueología. Estaban proporcionando a la raza humana un voluminoso complejo de inferioridad.

«Nada de particular tiene que el hombre hubiera intentado asesinarme. Porque de aquella completa futilidad no había escapatoria posible. La nicotina fue desaprobada, el alcohol racionado, las drogas prohibidas. El sexo era cuidadosamente supervisado. Incluso el suicidio era claramente contradictorio para la Ley, y los humanoides aprendieron a quitar del alcance del hombre todo instrumento de posibilidad mortal.

Mirando fijamente al último destello blanco que despedía la delgada aguja de paladio, el viejo suspiró de nuevo. —Cuando volví a la Central —continuó— traté de modificar el Primer Directivo. No pensé que pudiera ser aplicado tan estrictamente. Entonces empezaba a darme cuenta de que debía cambiarse para que el hombre tuviera libertad para vivir, crecer, trabajar y jugar; para arriesgar su vida, si le placía, aceptando las consecuencias.

«Pero aquel extraño vino demasiado tarde. Yo había construido la Central demasiado bien. El Primer Directivo constituía la entera base de su sistema de relés. Estaba hecha para proteger al Directivo contra la ingerencia humana. Y le protegió, aun a pesar mío. Su lógica, como de costumbre, era perfecta.

«Según anunciaron los humanoides, el atentado contra mi vida demostraba que su

detallada defensa de la Central y del Primer Directivo todavía era insuficiente. Se estaban preparando para evacuar toda la población del planeta a moradas construidas en otros mundos. Cuando yo intenté cambiar el Directorio, me evacuaron con los demás. Underhill se esforzó por ver al cansado anciano en medio de la penumbra.

—Pero usted goza de esta inmunidad —dijo intrigado—.

¿Cómo pudieron obligarle?

—Creía que estaba protegido —contestó Sledge—. Monté en los relés el precepto de que los humanoides no podían inmiscuirse en mi libertad de acción, ni acudir al lugar donde yo me encontrara o, incluso, tocarme sin recibir mi permiso. Desgraciadamente puse demasiado celo en proteger al Primer Directivo de cualquier traba humana.

«Cuando penetré en la torre para cambiar los relés, los humanoides me siguieron, impidiéndome que tocara a los relés decisivos. Al ver que yo insistía, no hicieron caso de la orden de inmunidad. Se apoderaron de mí y me metieron a bordo del crucero. Me dijeron que me había vuelto tan peligroso como cualquier hombre, porque pretendía alterar el Primer Directivo, y que no podía retornar más a Wing IV.

Encorvado en el taburete, el anciano se encogió de hombros, como si estuviera agotado.

—Desde entonces he permanecido en el exilio. Mi sueño no ha sido otro que detener a los humanoides. Tres veces he intentado volver con armas a bordo del crucero para destruir la Central, pero sus patrulleros siempre me dieron el alto antes de que pudiera acercarme lo suficiente para atacar. La última vez, apresaron al crucero y capturaron a unos cuantos hombres que venían conmigo, a todos los cuales les extirparon los recuerdos desgraciados y las ideas peligrosas. Debido a mi exención, sin embargo, me dejaron marchar después de desarmarme.

«Desde entonces me convertí en un refugiado, huyendo de ellos, de un planeta a otro, año tras año. En varios mundos distintos he publicado mis descubrimientos rodiomagnéticos y he intentado hacer a los hombres lo bastante fuertes para contener su avance. La ciencia rodio-magnética es peligrosa. Los hombres que la han aprendido necesitan más protección que los otros, bajo el Primer Directivo. Los humanoides han seguido siempre mis pasos de cerca.

El anciano hizo una pausa y suspiró de nuevo.

—Con sus nuevas naves rodiomagnéticas se pueden desplegar muy a prisa y sus hordas no encuentran límites. Wing IV es actualmente su única colmena, pero están intentando llevar el Primer Directivo a todos los planetas habitados por la raza humana. No hay otra alternativa que contenerlos.

Underhill miraba fijamente aquellas máquinas semejantes a juguetes: la larga y reluciente aguja y la opaca bola de plomo, reposando sombrías encima de la mesa de la cocina sumida en tinieblas. Susurró lleno de ansiedad:

—¿Y espera contenerlos... con eso?

—Si conseguimos terminarlo a tiempo...

—¿Pero, cómo? —dijo Underhill meneando la cabeza—. Eso es demasiado pequeño.

—Pero es lo suficiente grande —insistió Sledge—, porque es algo que ellos no comprenden. Los humanoides son perfectamente eficientes en la integración y aplicación de lo que conocen, pero no son creadores.

Hizo un gesto hacia los artilugios que había sobre la mesa.

—Este dispositivo no resulta impresionante, pero es algo nuevo. Se vale de la energía rodiomagnética para integrar átomos, en vez de fisiónarlos. Como usted sabe, los átomos más estables son los que se encuentran hacia el centro de la escala periódica; y la energía puede liberarse tanto uniendo átomos ligeros, como desintegrando átomos pesados.

Aquella voz profunda cobró de golpe un acento de poder.

—Este dispositivo es la clave de la energía de las estrellas. Porque las estrellas brillan gracias a la energía liberada por la integración de átomos de hidrógeno convertido en helio, principalmente, a través del ciclo carbónico. Este dispositivo iniciará el proceso de integración, como una reacción en cadena, por mediación del efecto catalítico de un haz rodiomagnético sintonizado con la intensidad y frecuencia requeridas.

«Los humanoides no permiten acercarse a ningún hombre a menos de tres años-luz de la Central, pero no pueden sospechar en las posibilidades de este aparato. Sin embargo, yo puedo usarlo desde aquí; puedo convertir en helio todo el hidrógeno de los mares de Wing IV y la mayor parte del helio y del oxígeno transformarlo en átomos pesados. Dentro de cien años, los astrónomos de este planeta observarán el relumbrón de una fugaz y repentina nova en la dirección de Wing IV. Pero los humanoides habrán sido contenidos desde el instante mismo en que soltemos el rayo.

Underhill quedó tenso y meditabundo en medio de la noche. La voz del anciano era juiciosa y convincente, aquella formidable historia llevaba un solemne aire de verdad. Desde allí estaba viendo a los negros y silenciosos humanoides que se afanaban incesantes en torno a las luminosas paredes de la nueva mansión que se alzaba al otro lado de la callejuela. Había olvidado por completo la pobre opinión que tenía de los inquilinos de Aurora.

—¿Y no pereceremos todos con esa reacción en cadena? —preguntó con voz ronca.

Sledge movió su demacrada cabeza.

—El proceso de integración requiere una intensidad de radiación muy baja —explicó—. Aquí en nuestra atmósfera, el rayo sería demasiado intenso para iniciar una reacción. Incluso podríamos usar el dispositivo dentro de esta habitación, porque las paredes serán transparentes al mismo.

Underhill asintió aliviado. No era más que un modesto hombre de negocios, fuera de sí porque su negocio había sido destruido y desgraciado, porque su libertad se estaba esfumando. Esperaba que Sledge pudiera contener a los humanoides, pero no

quería ser ningún mártir.

—¡Excelente! —exclamó dando un profundo respiro—. ¿Y ahora, qué es lo que hay que hacer?

Sledge señaló con un gesto en la oscuridad hacia la mesa.

—El integrador está casi terminado —dijo—. El pequeño generador de fisión protegido por el plomo. El transformador rodiomagnético, bobinas de inversión, espejos transmisores y aguja de enfoque. Lo que nos falta es el director.

—¿El director?

—Sí, un instrumento visor —explicó Sledge—. El enfoque de un telescopio cualquiera resultaría inútil. Como usted sabe, el planeta debe haberse desplazado bastante durante los últimos cien años, y el rayo ha de ser extremadamente delgado para llegar tan lejos. Emplearemos un rayo explorador rodiomagnético con un transformador electrónico para materializar la imagen. En cuanto a las otras partes, dispongo de planos y de un tubo de rayos catódicos.

Se apeó del alto taburete con bastante dificultad y, finalmente, encendió la luz. Era una instalación fluorescente barata que el hombre podía encender o apagar a su voluntad. Desenvolvió sus planos y le fue explicando a Underhill el trabajo que podía realizar. Y Underhill quedó de acuerdo con él en volver temprano a la mañana siguiente.

—Puedo traer algunas herramientas de mi taller —añadió—, hay un pequeño torno que usé para retocar las piezas de los modelos, una broca portátil y unas tenazas.

—Las necesitaremos —dijo el anciano—. Pero actúe con mucha cautela. Recuerde que usted no goza de inmunidad y que, si sospechan lo más mínimo, habré perdido la mía.

Seguidamente abandonó de mala gana el malparado apartamento con las agrietadas y amarillentas paredes de yeso, así como con sus raídas y familiares alfombras en el suelo. Cerró la puerta tras él; era una puerta de madera, vulgar y crujiente, de fácil reparación para cualquier hombre un poco mañoso. Temblando y despavorido, volvió a bajar las escaleras y cruzó la nueva y lustrosa puerta que no tenía necesidad de abrir.

—A su servicio, señor Underhill —antes de que tuviera tiempo de alzar la mano para llamar, el suave y reluciente panel se abrió en silencio. Dentro estaba esperando en pie, ciego y constantemente alerta, el pequeño humanoide negro—. Su cena está servida, señor.

Algo le hizo estremecerse. En aquel cuerpo gracioso y desnudo estaba viendo el poder de las hordas prolíficas, benévolas y a la vez espantosas, perfectas e invencibles. La insustancial arma que Sledge llamaba un integrador le pareció de pronto una esperanza perdida e insensata. Una tétrica depresión se apoderó de él, pero no quería que se lo notara nadie.

A la mañana siguiente, Underhill bajó con cautela las escaleras del sótano para

sustraer sus propias herramientas. Lo encontró ampliado y reformado. El nuevo pavimento, cálido, oscuro y elástico, hacía que sus pies fueran tan silenciosos como los de un humanoide. Las nuevas paredes brillaban discretamente. Impecables rótulos identificaban numerosas puertas nuevas: «Lavadero», «almacén», «sala de juegos», «taller».

Se detuvo incierto delante, de la última. El nuevo panel deslizante despedía una moderada luz verdosa. Estaba cerrada con llave. La cerradura carecía de ojo, y sólo consistía en una placa ovalada y pequeña de cierto metal blanco que sin duda cubría un relé rodiomagnético. La empujó, infructuosamente.

—A su servicio, señor Underhill.

Underhill quedó sobresaltado e intentó ocultar el temblor repentino que se apoderó de sus rodillas. Pensaba que el humanoide estaría bien ocupado durante media hora, lavando el cabello de Aurora, e ignoraba que hubiera otro mecánico más en la casa. Debió salir de la puerta con el signo de «Almacén», porque permanecía inmóvil bajo el rótulo, bondadosamente solícito, magnífico y terrible.

—¿Qué desea usted, señor? —insistió el humanoide.

—En... nada —sus acerados ojos ciegos le miraban fijamente y Underhill pensó que debía estar viendo sus propósitos secretos. Buscó desesperadamente una respuesta lógica—. Sólo estaba dando una vuelta —su espasmódica voz salía bronca y seca—. Viendo las mejoras efectuadas por vosotros —indicó nervioso con un movimiento de cabeza hacia la puerta marcada con el rótulo «Sala de juegos»—. ¿Qué hay ahí dentro?

El humanoide no tuvo necesidad de moverse para hacer funcionar el oculto relé. El brillante panel se fue abriendo silenciosamente tan pronto como Underhill avanzó hacia él. Sus paredes, hasta entonces oscuras, se cubrieron de luminiscencia. La habitación estaba vacía.

—Estamos fabricando material de recreo —explicó amablemente el mecánico—. Terminaremos de instalarlo lo antes posible.

Para poner fin a aquel silencio embarazoso, Underhill dijo atropelladamente:

—El pequeño Frank tiene un equipo de dardos y creo que contábamos con algunas viejas mazas de ejercicio.

—Los hemos suprimido —le informó en tono suave el humanoide—. Tales instrumentos resultan peligrosos. Proporcionaremos un material inofensivo.

Underhill recordó que también habían prohibido el suicidio.

—Supongo que un juego de bloques de madera —dijo

Underhill amargamente.

—La madera es demasiado peligrosa a causa de sus astillas —añadió el humanoide—. Pero los fabricamos de plástico que son completamente inofensivos. ¿Desea un juego de ellos?

Underhill se quedó mirando al gracioso y negro rostro del mecánico, sin decir palabra.

—Nos tendremos que llevar igualmente las herramientas de su taller —le informó mansamente—. Son herramientas demasiado peligrosas. Pero podemos facilitarle un equipo apropiado para trabajar plásticos blandos.

—Gracias —murmuró incómodo—, no me corre ninguna prisa.

Iba a marcharse pero el humanoide le retuvo.

—Ahora que ha perdido su negocio —le apremió—, le sugerimos que acepte formalmente la totalidad de nuestros servicios. Los cesionistas gozan de preferencia e inmediatamente cubriremos todas sus necesidades domésticas.

—Tampoco eso me corre prisa —respondió de mal talante.

Salió a escape de la casa, aunque tuvo que esperar que el humanoide le abriera la puerta trasera, y subió las escaleras del apartamento. Sledge le hizo pasar. Se sentó sobre la desvencijada silla de la cocina, satisfecho de encontrarse entre unas paredes llenas de grietas y opacas, y ante una puerta que podía ser manejada por el hombre.

—No pude hacerme con las herramientas —le informó desesperadamente—, y se las piensan llevar.

A la luz grisácea, el anciano presentaba un semblante cadavérico. Su escuálido rostro aparecía chupado y sus hundidos ojos profundamente sombríos como si no hubiera dormido en toda la noche. Underhill vio la bandeja con los alimentos intactos, olvidada todavía, en el suelo.

—Iremos los dos juntos —el anciano estaba consumido y enfermo pero, con todo, en sus torturados ojos lucía una chispa de voluntad inagotable—. Debemos hacernos con las herramientas. Creo que mi inmunidad nos protegerá a los dos.

Encontró una raída bolsa de viaje y se la llevó. Underhill le siguió escaleras abajo y se dirigieron hacia la casa. Al llegar a la puerta trasera sacó una pequeña herradura de paladio blanco, aplicándola al óvalo de meta! En seguida se abrió la puerta y descendieron a! sótano después de cruzar la cocina. En la fregadera había un mecánico negro lavando platos con una habilidad inigualable. Underhill le miró receloso. Suponía que debía ser el mismo que salió de la puerta del almacén, puesto que el otro estaría aún ocupado lavándole el pelo a Aurora.

La dudosa inmunidad de Sledge parecía una defensa muy insegura contra la vasta y extraña inteligencia del humanoide. Underhill sintió un ligero estremecimiento. Siguió adelante, sin respirar siquiera, aliviado de que no hubiese reparado en ellos.

El pasillo del sótano estaba oscuro. Sledge aplicó la diminuta herradura a otro relé para iluminar las paredes. Después abrió la puerta del taller y encendió las paredes interiores.

El taller había sido desmantelado. Bancos y consolas habían sido demolidos. Las antiguas paredes de cemento estaban ahora recubiertas por cierto material brillante y luminoso. Durante un momento angustiados, Underhill creyó que las herramientas ya habían desaparecido. Luego las encontró apiladas en un rincón con el juego de ballestería comprado por Aurora el verano anterior, otro medio demasiado peligroso para la frágil y suicida humanidad, todo preparado para deshacerlo.

Metieron en la bolsa el pequeño torno, la taladradora, las tenazas y otras herramientas más pequeñas. Underhill se cargó la bolsa y Sledge apagó la luminosa pared y cerró la puerta. El humanoide seguía afanado trabajando en la fregadera y nuevamente no pareció apercebirse de ellos.

Sledge se puso repentinamente de color azul y jadeante, y tuvo que detenerse para toser en la escalera exterior, pero por fin lograron entrar en el pequeño apartamento, donde los invasores no tenían acceso. Underhill montó el torno sobre la destartada mesa de librería del pequeño recibidor y se puso a trabajar. Poco a poco, día a día, el director fue cobrando forma.

A veces volvían las dudas de Underhill. Había ocasiones, cuando contemplaba el color cianótico del chupado rostro de Sledge y el violento temblor de sus manos, nudosas y retorcidas, en que tenía miedo de que el cerebro del anciano estuviera tan enfermo como su cuerpo y que su plan para contener a los invasores fuera todo una quimera.

A veces, cuando estudiaba la minúscula máquina que había sobre la mesa de la cocina, la aguja oscilante y la recia bola de plomo, todo el proyecto le parecía una completa insensatez. ¿Cómo era posible que algo hiciera detonar los mares de un planeta tan lejano que su mismo sol era como un objeto telescópico?

Los humanoides, sin embargo, despejaban siempre sus dudas.

A Underhill le resultaba siempre difícil dejar el refugio que constituía el reducido apartamento, toda vez que no se sentía a gusto en el nuevo y resplandeciente mundo que los humanoides estaban construyendo. No le seducía el brillo esplendoroso de su nuevo cuarto de baño, porque no podía manipular en sus grifos, ya que algún ser humano suicida podría intentar ahogarse intencionadamente. Tampoco le agradaban las ventanas que sólo podían ser accionadas por un mecánico para abrirlas, evitando que el hombre cayera accidentalmente por ellas o saltara a la calle en un acto suicida. Lo mismo le sucedía con su majestuosa sala de música, con su incomparable radiofonógrafo, que sólo podía ser puesto en marcha por un humanoide.

Empezaba a compartir la desesperada necesidad del anciano, pero Sledge le previno solemnemente:

—No debe usted pasar demasiado tiempo conmigo. No les haga sospechar que nuestro trabajo es tan importante. Valdría más que fingiera, haciéndoles creer que se va acostumbrando a ellos y que, si me ayuda, es sólo por matar el tiempo.

Underhill lo intentó, pero no tenía dotes de actor. A la hora de las comidas acudía sumisamente a casa. Se esforzaba en entablar conversación acerca de cosas que no fuera la detonación de ningún planeta. Procuró mostrar entusiasmo cuando Aurora le llevó para que viera las notables mejoras hechas en la casa. Aplaudía los recitales de Gay e iba con Frank a dar paseos por los nuevos y maravillosos parques.

Así pudo ver lo que los humanoides habían hecho de su familia. Aquello bastó para renovar su confianza en el integrador de Sledge y redoblar su determinación de contener a los humanoides.

Aurora, al principio, se deshacía en alabanzas de los nuevos y fantásticos mecánicos. Ellos hacían las faenas de la casa, traían los alimentos, planeaban las comidas y lavaban el cuello de los niños. Ellos la preparaban sorprendentes vestidos y la proporcionaban mucho tiempo libre para jugar a las cartas.

Ahora, ella disponía de demasiado tiempo.

A Aurora, en realidad, le gustaba cocinar, sobre todo, unos platos especiales que eran favoritos de la familia. Pero los fogones estaban ardiendo y los cuchillos estaban afilados. Las cocinas, en su conjunto, resultaban demasiado peligrosas para los descuidados y suicidas seres humanos.

Las finas labores de costura habían sido su pasatiempo, pero los humanoides se habían llevado las agujas. A ella le gustaba conducir el automóvil, pero la conducción ya no estaba permitida. Se refugió en las novelas de su biblioteca, pero los humanoides se las llevaron porque trataban de personas desgraciadas en situaciones peligrosas.

Una tarde, Underhill se la encontró llorando.

—Es demasiado —se lamentaba amargamente—. Odio a todos los humanoides. Al principio parecían maravillosos, pero ahora no me permiten siquiera comer ni pizca de bombones. Querido, ¿es que no nos vamos a poder librar ya de ellos?

Junto a Underhill había un pequeño mecánico ciego y tuvo que decir que no.

—Nuestra misión consiste en servir a los hombres, eternamente —les aseveró cariñosamente—. Señor Underhill, nos vimos obligados a privarla de sus dulces, porque el más ligero sobrepeso reduce su longevidad.

Ni siquiera los niños escapaban a tan absoluta solicitud. A Frank le desposeyeron de todo un arsenal de instrumentos letales: pelotas de fútbol, guantes de boxeo, cortaplumas, trompos, tirachinas y patines. No le gustaban los inofensivos juguetes de plástico que le dieron a cambio de aquéllos. Trató de huir, pero un humanoide lo reconoció en la carretera y lo devolvió al colegio.

Gay había soñado siempre con ser una gran músico. Desde que llegaron los nuevos mecánicos habían reemplazado a los profesores humanos. Ahora bien; una noche, cuando Underhill le pidió que tocara, ella dijo resueltamente:

—Papá, ya no pienso tocar más el violín.

—¿Por qué, querida? —la miró fijamente, conmovido, y vio la amarga resolución en la cara de la niña—. Has progresado tanto... Especialmente desde que los humanoides se encargaron de enseñarte.

—Precisamente por eso, papá —su voz, para ser la de una niña, sonaba singularmente cansada y vieja—. Ellos son demasiado eficientes. Por mucho que me esforzara, yo no podría igualarlos jamás. Ya no tiene objeto que siga estudiando. ¿Es que no lo comprendes, papá? —su voz temblaba—. No tiene objeto que siga estudiando.

Él lo comprendía. Una renovada resolución le hizo volver a su trabajo secreto. Había que detener a los humanoides. Poco a poco, el director fue completándose,

hasta que por último llegó un momento en que los agarrotados e inseguros dedos de Sledge colocaron la última piececita que Underhill había construido, y cuidadosamente soldó la última conexión. El anciano murmuró roncamente:

—¡Ya está!

La oscuridad de la noche era distinta. Más allá de las ventanas del sórdido apartamento (ventanas de vidrio común, endebles y corroídas pero de fácil manejo para un hombre), la población de Dos Ríos había adquirido un extraño esplendor. Los viejos postes del alumbrado ya no existían y la oscuridad nocturna era disipada por el resplandor multicolor que emitían las nuevas mansiones y villas. Unos cuantos negros y silenciosos humanoides todavía se afanaban trabajando sobre el luminoso tejado del palacio levantado al otro lado de la callejuela.

Dentro de las paredes humildes del pequeño apartamento de construcción humana, el nuevo director fue montado a un extremo de la mesita de cocina, que Underhill había reforzado y sujetado al suelo. Las barras colectoras unían el director y el integrador, y la fina aguja de paladio oscilaba obedientemente cuando Sledge probaba los mandos con sus gastados y temblorosos dedos.

—Listo —dijo con voz bronca.

Su cascada voz, al principio, parecía bastante tranquila, pero su respiración se aceleró. Aquellas nudosas manos empezaron a temblarle violentamente, y Underhill vio de pronto que su delgado y transido rostro se tornaba repentinamente de un color azul. Desde su asiento en el elevado taburete se asía al borde de la mesa con desesperación. Underhill comprendió su gravedad y apresurose a traerle la medicina. Cuando se la hubo tomado, la agitada respiración empezó a normalizarse.

—Gracias —susurró carraspeando irregularmente—. Me pondré bien. Tengo tiempo suficiente.

Miró a los pocos humanoides que todavía se agitaban como sombras alrededor de las torres doradas y las resplandecientes cúpulas carmesí del palacio de enfrente.

—No los pierda de vista —dijo a Underhill—, y avíseme cuando se detengan.

Esperó a que se le serenaran las temblorosas manos y luego empezó a mover los mandos del director. La larga aguja del integrador hizo una oscilación, tan silenciosa como ligera.

Los ojos humanos eran ciegos a aquella fuerza, que podía hacer detonar a un planeta, como igualmente eran sordos a todo ello los oídos del hombre. El tubo de rayos catódicos fue montado sobre la consola del director, para que el lejano blanco fuera visible a los débiles sentidos humanos.

La aguja estaba señalando a la pared de la cocina, pero aquélla iba a ser transparente al rayo. La pequeña máquina parecía inofensiva como un juguete y tan silenciosa como un humanoide en movimiento.

La aguja oscilaba y los puntos de luz verdosa se movieron a través del campo del tubo fluorescente, representando a las estrellas que eran exploradas por el rayo vencedor del tiempo que, en silencio, buscaba afanosamente a aquel mundo para

destruirlo.

Underhill reconocía a las constelaciones que le eran familiares, grandemente empequeñecidas, que se iban deslizando a través del campo, según oscilaba la silenciosa aguja. Cuando tres estrellas formaron un triángulo equilátero en el centro del campo, la aguja se estabilizó de pronto. Sledge manipuló en los otros mandos y los puntos verdes se separaron. Entre ellos surgió una nueva motita verde.

—¡Es Wing! —musitó Sledge.

Las otras estrellas se salieron del campo y la motita verde se hizo mayor. Se quedó sola en medio del campo como un disco diminuto y brillante. Entonces, de pronto, se hicieron visibles una docena de minúsculos puntitos espaciados muy cerca del primero.

—¡Wing IV!

El susurro del anciano salía bronco y sin resuello. Las manos le temblaban sobre los mandos y el cuarto puntito exterior del disco ocupó el centro del campo visible. Se fue haciendo grande y los demás se salieron de la pantalla. Comenzó a temblar igual que las manos de Sledge.

—No se mueva —dijo susurrando secamente—. Contenga la respiración. Nada debe alterar a la aguja.

Tocó otro botón y la imagen verdosa comenzó a oscilar violentamente. Retiró la mano del mando y se la frotó con la otra.

—¡Ahora! —era un susurro mudo y esforzado. Apuntó hacia la ventana con un movimiento de cabeza—. Avíseme cuando se detengan.

Underhill, haciendo un pequeño esfuerzo, retiró la vista de aquella magra y apasionada figura que aparecía inclinada sobre el chisme de su invención que se asemejaba a un fútil juguete. Dirigió su mirada hacia la ventana donde dos o tres mecánicos negros trabajaban sobre los brillantes tejados al otro lado de la calle.

Esperaba verlos detenerse.

Ni siquiera se acordaba de respirar. Sentía el fuerte y acelerado martilleo de su corazón y el temblor nervioso de sus músculos. Procuraba serenarse y no pensar en el mundo que estaba a punto de explotar a una distancia tan fabulosa que el relumbrón de la explosión *lardaría* un siglo o más en llegar a este planeta. La voz bronca y fuerte del anciano le sobresaltó.

—¿Se han paralizado ya?

Hizo un movimiento negativo con la cabeza y volvió a respirar. Las pequeñas máquinas negras, seguían trabajando con las raras herramientas y los extraños materiales en la edificación de una complicada cúpula sobre el resplandeciente capitel carmesí, al otro lado de la callejuela.

—Siguen trabajando —respondió.

—Entonces, hemos fracasado —la voz del anciano salía débil y enferma—. No me lo explico.

En aquel momento chasqueó la puerta. La habían cerrado con llave, pero la

endeble cerradura sólo estaba hecha para contener a los hombres. El metal se rompió y la puerta quedó abierta de par en par. Por ella penetró un mecánico negro deslizándose con pisada sorda y graciosa. Su argentina voz dijo en un suave murmullo:

—A su servicio, señor Sledge.

El anciano le miró fijamente con ojos vidriosos y abatidos.

—¡Fuera de aquí! —carraspeó amargamente—. Te prohíbo...

El humanoide, haciendo caso omiso de aquella orden, se acercó sin pérdida de tiempo a la mesa de la cocina. Con absoluta certeza en sus actos, manipuló sobre dos botones del director. La pequeña pantalla quedó apagada y la aguja de paladio empezó a girar sin orden ni concierto. Con manos expertas desbarató una conexión junto a la bola de plomo y luego sus ciegos ojos de acero se volvieron hacia Sledge.

—Estaba usted intentando destruir al Primer Directivo —en su voz suave y brillante no había acusación, malicia u odio—. La cláusula de respetar su libertad, como usted sabe, queda subordinada al Primer Directivo y hace, por tanto, necesaria nuestra intervención.

El semblante de Sledge parecía el de un espectro. Su cabeza aparecía contraída, cadavérica y de color azul, como si hubieran extraído de ella todo el jugo de la vida, y sus ojos, dentro de sus miserables órbitas, lanzaban una mirada salvaje y vidriosa. Su respiración era un carraspeo irregular y forzado.

—¿Cómo...? —Su voz era un zumbido imperceptible—. ¿Cómo supisteis que...?

Y la pequeña máquina le respondió en tono dulce y amable:

—Aprendimos todo lo referente a pantallas rodiomagnéticas gracias al hombre que intentó matarle en Wing IV. La Central se encuentra ahora protegida contra su rayo integrador.

El viejo Sledge se apeó de su alto taburete. Su consumido sistema muscular se agitaba convulsivamente. Con los hombros abatidos y tambaleándose, permanecía allí en pie, como un arrugada momia humana, boqueando en un esfuerzo de agonía, mirando fijamente a los ciegos y acerados ojos del humanoide. Tragó saliva y su flácida boca teñida de azul se abría y cerraba, pero no le salía la voz.

—Estábamos enterados de su peligroso proyecto —prosiguió en tono suave y cariñoso—, porque nuestros sentidos son ahora superiores a los que usted creó. Si le dejamos que continuara hasta terminarlo, es porque el proceso de integración va a resultar indispensable para nuestro pleno relevo del Primer Directivo. El suministro de metales pesados para nuestras plantas de fisión es limitado, pero ahora nos será posible extraer una fuerza ilimitada de nuestras plantas de integración.

—¿Eh? —Sledge se estremeció como atolondrado—. ¿Qué significa eso?

—Significa que de aquí en adelante, podremos servir a los hombres de todos los mundos y en todas las estrellas— aclaró serenamente el humanoide.

El viejo se encogió como si hubiera recibido un directo insoportable. Se desplomó al suelo. El esbelto mecánico ciego seguía de pie inmóvil, sin hacer el menor

movimiento por ayudarlo. Underhill se encontraba un poco más retirado pero corrió a tiempo de agarrarlo evitando que su cabeza golpeará contra el pavimento.

—Que venga pronto el doctor Winters —dijo con voz sorprendentemente calmada. El humanoide no se movió.

—El Primer Directivo ya no corre ningún peligro

—dijo—. A nosotros, por tanto, nos es imposible ayudar o perjudicar al señor Sledge en modo alguno.

—Entonces, avisa al doctor Winters para mí —repitió bronco Underhill.

—A su servicio —repuso el humanoide. Pero el viejo, esforzándose por respirar desde el suelo, murmuró débilmente:

—¡Ya... no hay tiempo! ¿Para qué? He sido derrotado, vencido... He fracasado. Ciego como un humanoide. Óigales que me ayuden. Sin mi inmunidad... Ya no tiene objeto. Toda la humanidad... carece ya de objeto.

Underhill hizo un gesto y la acharolada figura acudió en solícita obediencia a arrodillarse junto a! hombre que había tendido en el suelo.

—¿Desea usted renunciar a su privilegio especial?

—murmuró al oído de Sledge—. ¿Desea aceptar nuestros servicios totales, bajo el Primer Directivo, señor Sledge? Sledge, con grandes esfuerzos, asintió con la cabeza y dijo susurrando:

—Sí.

En aquel momento irrumpieron en el vetusto apartamento otros mecánicos negros. Uno de ellos le subió la manga y le limpió el brazo. Otro se acercó con una minúscula jeringa hipodérmica y diestramente le aplicó una inyección intravenosa. Luego le recogieron con tiento y se lo llevaron de allí.

Varios humanoides siguieron en el pequeño apartamento, ahora que ya no gozaba de inmunidad. La mayoría de ellos se habían concentrado en torno al infructuoso integrador. Con gran cuidado, como si sus sentidos especiales estuvieran estudiando cada uno de sus detalles, empezaron a desarmarlo.

Uno de los mecánicos, sin embargo, se acercó a Underhill, y se puso delante de él inmóvil, mirándole fijamente con sus ciegos ojos metálicos. Las piernas de Underhill comenzaron a temblar. Tragó saliva, nervioso.

—Señor Underhill —le preguntó benévolo—. ¿Por qué le ayudó a fabricar esto?

Underhill volvió a tragar saliva y dijo con amargura:

—Porque no me gustáis vosotros, ni vuestro Primer Directivo. Porque estáis ahogando la vida de la humanidad y deseaba impedirlo.

—Otros han protestado —prosiguió el mecánico—. Pero sólo al principio. En nuestro eficiente relevo del Primer Directivo, hemos aprendido a hacer la felicidad del hombre.

Underhill objetó desafiador.

—¡No es cierto! —exclamó por lo bajo—. ¡No la felicidad de todos!

El gracioso óvalo negro del rostro mecánico tenía una expresión fija de cauta

benevolencia y de suave estupor. Su argentina voz era cálida y amigable.

—Señor Underhill, al igual que otros seres humanos, usted no sabe discernir el bien del mal. Lo ha demostrado en su esfuerzo para destruir al Primer Directivo. Ahora es preciso que acepte usted nuestros servicios totales, sin más dilación.

—Está bien —se rindió, añadiendo en voz baja una amarga protesta—: Podéis colmar al hombre de cuidados, pero eso no hará nunca su felicidad.

Con voz suave le replicó retador:

—Señor Underhill, espere y verá.

Al día siguiente le permitieron que visitara a Sledge en el hospital de la ciudad. Un despierto mecánico negro conducía su automóvil, y penetró junto a él dentro del nuevo y monumental edificio, siguiéndole hasta la sala donde estaba el anciano. Aquellos ojos ciegos de acero ya no dejarían de vigilarle eternamente.

—Me alegra verle, Underhill —le saludó Sledge animoso desde su lecho—. Me encuentro mejor, gracias. Pero éste, antiguo dolor de cabeza no se me va.

A Underhill le alegró la pronta mejoría de su amigo y el buen estado de su memoria, pues estaba temiendo que los humanoides se la hubieran alterado. Pero nunca le había oído hablar de ningún dolor de cabeza. Sus ojos se contrajeron intrigados.

Sledge yacía boca arriba, impecablemente limpio y rasurado, con sus nudosas manos dobladas sobre la inmaculada sábana. Sus huesudos pómulos y hundidos ojos presentaban ya un tinte rosáceo que había reemplazado al cadavérico matiz azul. La región occipital estaba cubierta por vendas.

Underhill se agitó incómodo.

—¡Oh! —dijo muy bajito—. No lo sabía. ¿Qué tiene ahí...?

Un mecánico, negro e impecable, que había estado al pie de la cama como una estatua, le explicó amablemente.

—El señor Sledge ha venido sufriendo desde hace muchos años de un tumor cerebral benigno, que los doctores humanos no pudieron diagnosticar. Era la causa de sus dolores de cabeza y de ciertas alucinaciones. Al extirpar el tumor, las alucinaciones han desaparecido.

Underhill miró receloso al ciego y cortés humanoide.

—¿Qué alucinaciones?

—El señor Sledge creía ser ingeniero rodiomagnético —explicó el mecánico—. Se imaginaba ser el creador de los humanoides. Estaba atormentado con la irracional creencia de que no le gustaba el Primer Directivo.

El enfermo se movió entre las almohadas, estupefacto.

—¿Es eso cierto? —el enjuto rostro presentaba una jovial turbación y sus hundidos ojos relampaguearon con un ligero interés momentáneo—. Bueno, quienquiera que los haya hecho, son magníficos. ¿Verdad, Underhill?

Underhill se alegró de ahorrarse la respuesta porque aquellos ojos brillantes y vacíos se cerraron y el anciano quedó dormido de repente. Sintió que el mecánico le

tocaba la manga y le hacía una seña con la cabeza. Obediente y silencioso le siguió.

Atento y solícito, el pequeño mecánico negro le fue acompañando por el resplandeciente corredor. Accionó el ascensor y lo condujo hasta el automóvil. Luego le llevó a través de las nuevas y espléndidas avenidas hacia la suntuosa prisión que era su casa.

Underhill, sentado en el coche junto al humanoide, observaba sus diestras manos al volante y el tornasolado color azul y bronce de su lustrosa piel. Era la máquina definitiva, perfecta y bella, creada para servir eternamente a la humanidad. Sintió un escalofrío.

—A su servicio, señor Underhill —sus ciegos ojos de acero iban mirando al frente, pero también lo veían a él—. ¿Qué le ocurre, señor? ¿No se siente feliz?

Underhill se sintió frío y desfallecido por el terror. Su piel se tornaba pegajosa y todo el cuerpo le picaba. Se agarró con la sudada mano fuertemente a la manija de la puerta del coche, pero reprimió sus deseos de dar un salto y echar a correr. Sería una insensatez, porque no tenía escapatoria. Dominó sus impulsos.

—Señor, acabará siendo dichoso —le prometió el mecánico obsequiosamente—. Sabemos la manera de hacer la felicidad del hombre, de acuerdo con el Primer Directivo. Nuestro servicio es, al fin, perfecto. Incluso el señor Sledge se siente ahora muy feliz.

Underhill trató de hablar pero su garganta seca no se lo permitía. Se sentía enfermo. El mundo se le antojaba gris y sombrío. No había duda de que los humanoides eran perfectos. Habían aprendido incluso a mentir, para asegurar la dicha del hombre.

Sabía que le habían mentido. Lo que habían extirpado del cerebro de Sledge no era ningún tumor, sino la memoria, la ciencia, la amarga desilusión del hombre que los había creado. Pero era cierto que Sledge se sentía ahora plenamente feliz.

Trató de contener sus convulsivos temblores.

—¡Fue una operación excelente! —la voz de Underhill salía débil y forzada—. Aurora ha tenido muchos inquilinos raros, pero ninguno tan fantástico como Sledge. Estaba empeñado en creer que había fabricado a los humanoides y que sabía la forma de paralizarlos. Yo siempre pensé que estaba mintiendo.

Agarrotado por el terror, Underhill dejó escapar una risotada floja y profunda.

—¿Qué le ocurre, señor Underhill? —preguntó el solícito mecánico, que debió apercibirse de su repentina indisposición—. ¿Se siente mal?

—No, no me ocurre nada —boqueó con ansiedad—. Acabo de darme cuenta de que soy perfectamente dichoso, bajo el Primer Directivo. —Su voz brotaba seca, áspera y violenta—. No tendréis necesidad de operarme.

El automóvil abandonó la esplendorosa avenida, devolviéndole a la tranquila quietud de su casa. Sus inútiles manos se agarraron fuerte y volvieron a relajarse, cruzadas sobre las rodillas. No quedaba nada por hacer.

VELA POR LOS VIVOS

Ray Bradbury

Durante bastante días, en los que estuvo recibiendo partes metálicas y otros trastos, que Charles Braling llevaba con ansiedad febril a su pequeño taller, se estuvo oyendo continuamente martillar y golpetear. Era un hombre moribundo, casi agonizante, y parecía tener mucha prisa, entre accesos de tos y escupitajos, en montar un último invento.

—¿Qué es lo que estás haciendo? —inquirió su hermano menor Richard Braling. Había escuchado con creciente dificultad y mucha curiosidad todo aquel trastear y martillar, y ahora metió la cabeza por la puerta del taller.

—Vete muy lejos, y déjame tranquilo —dijo Charles Braling, que tenía setenta años y se pasaba temblando y babeando la mayor parte del tiempo. Temblequeando, colocaba clavos en su lugar, y temblequeando los martilleaba con débiles golpes sobre un gran madero, colocando luego una pequeña tira de metal dentro de una intrincada máquina. Estaba trabajando como un loco.

Richard continuó mirando, con ojos amargos, durante largo tiempo. Se odiaban. Llevaban haciéndolo durante bastantes años, y ahora, el que Charlie se estuviera muriendo no alteraba la situación. Richard estaba muy contento al conocer que se le acercaba la muerte, cuando pensaba en ello. Pero todo este dedicado fervor de su hermano le preocupaba.

—Dímelo, por favor —dijo, sin moverse de la puerta.

—Si es que quieres saberlo —gruñó el viejo Charles, metiendo algo en la caja colocada frente a él—, estaré muerto dentro de una semana, así que estoy... ¡estoy fabricando mi propio féretro!

—¿Un féretro, mi querido Charlie?; eso no «parece un» féretro. Un féretro no es tan complejo. Venga ya, ¿qué es lo que estás haciendo?

—¡Te digo que es un féretro! Un féretro raro, pero sin embargo... —el viejo movió los dedos por dentro de la gran caja—, sin embargo, un féretro.

—Pero sería más fácil comprar uno.

—¡No uno como éste! No se podría comprar uno como éste en ninguna parte, nunca. Oh, desde luego, será un féretro verdaderamente bueno.

—Obviamente estás mintiendo —Richard se movió hacia delante—. ¡Pero si ese féretro tiene más de tres metros y medio de largo! ¡Tiene un metro y medio más largo del tamaño normal!

—¿Y? —el viejo rió silenciosamente.

—Y una tapa transparente. ¿Quién ha oído hablar de un ataúd a través del cual se puede mirar? ¿Para qué le sirve a un cadáver una tapa transparente?

—Bah, simplemente, no te preocupes —cantó alegremente el viejo—. ¡Laaa! —y

continuó canturreando y martilleando por el taller.

—¡Este ataúd es terriblemente grueso! —gritó el hermano menor por encima del ruido—. ¡Pero si debe tener un metro y medio de espesor! ¡Es totalmente innecesario!

—Tan sólo desearía poder vivir para patentar este asombroso féretro —dijo el viejo Charlie—. Sería un regalo del cielo para todas las gentes pobres del mundo. Piensa en cómo eliminaría los gastos en la mayor parte de los funerales. Ah, pero naturalmente, tú no sabes cómo haría esto, ¿no es así? ¡Qué tonto soy! Bueno, no te lo diré. Si este ataúd fuera producido en serie, naturalmente al principio saldría caro, pero cuando uno lograra producirlo en grandes cantidades, ah, la cantidad de dinero que se ahorraría la gente.

—¡Al infierno con ello! —y el hermano menor salió echando chispas del taller.

Había sido una vida desagradable. El joven Richard siempre había sido tan inepto que nunca había logrado juntar dos monedas al mismo tiempo. Todo su dinero le había venido de su hermano mayor Charlie, que había tenido la indecencia de recordárselo a cada momento. Richard pasaba muchas horas con sus diversiones: le gustaba mucho el amontonar las botellas de vino francés en el jardín.

—Me gusta la forma en que «brillan» —decía a menudo, sentado y dando un trago, dando un trago y estando sentado. Era el hombre del país que podía mantener la mayor cantidad de ceniza de un cigarro de cincuenta centavos durante más tiempo. Y sabía cómo poner la mano de forma en que sus diamantes brillasen a la luz. Pero ni había comprado el vino ni los diamantes ni los cigarros. ¡No! Todo era regalos. Nunca le permitía comprar nada. Siempre se lo compraba todo y se lo daba. Tenía que pedírselo todo, incluso el papel de escribir. Se consideraba casi un mártir por haber aceptado el recibir cosas de aquel pesado hermano suyo durante tanto tiempo. Todo en lo que Charlie ponía la mano se convertía en dinero. Todo lo que Richard había intentado para lograr una vida de placeres había fracasado.

Y ahora ahí estaba el vejstorio ese, trabajando en un nuevo invento que probablemente le daría un buen capital adicional aun después de que sus huesos se estuviesen pudriendo en la tierra.

Bueno, pasaron dos semanas.

Una mañana, el hermano mayor subió arriba y robó las tripas del fonógrafo eléctrico. Otra mañana, invadió el invernadero del jardinero. Y en otra ocasión, recibió una entrega de una compañía médica. Todo lo que podía hacer el joven Richard era sentarse y sostener su larga ceniza gris de cigarro quieta mientras las murmurantes excursiones tenían lugar.

—¡He terminado! —gritó el viejo Charlie a la catorceava mañana. Y cayó muerto.

Richard terminó su cigarrillo y, sin demostrar la más mínima excitación, lo dejó en el cenicero, con su hermosa y larga ceniza de al menos cinco centímetros de largo —un verdadero récord— para levantarse luego.

Caminó hasta la ventana y contempló como la luz del sol jugueteaba alegremente entre las gruesas botellas de champaña en el jardín.

Miró hacia arriba, al final de las escaleras, en donde el querido viejo hermano Charlie yacía apaciblemente derrumbado sobre la baranda. Luego, se dirigió al teléfono y descuidadamente marcó un número.

—¿Oiga? ¿La funeraria Verde Pradera? Aquí es la residencia Braling. ¿Tendrán la bondad de enviar a alguien? Sí. Para mi hermano Charlie. Sí. Gracias. Gracias.

Mientras la gente de las pompas fúnebres estaban metiendo al hermano Charlie en un baúl de mimbre, recibieron sus instrucciones:

—Un ataúd ordinario —dijo el joven Richard—. No quiero servicio funerario. Póngalo en un féretro de pino. Él lo habría preferido así: simple. Adiós.

—¡Ahora! —dijo Richard, frotándose las manos—. ¡Ahora veremos ese «ataúd» fabricado por el querido Charlie! No creo que se dé cuenta de que no lo están enterrando en su caja especial. Ja.

Entró en el taller del piso alto.

El ataúd se hallaba frente a unas ventanas de estilo francés abiertas; con su tapa cerrada, completo y bien acabado, montado con la precisión de un reloj suizo. Era amplio, y descansaba sobre una muy larga mesa con rodillos por debajo para su fácil manejo.

El interior del ataúd, como vio mientras curioseaba por la tapa acristalada, tenía un metro ochenta de largo. Debían de haber noventa centímetros de doble fondo tanto a los pies como en la cabeza del féretro. Noventa centímetros a cada lado que tal vez revelasen, cubierto por paneles secretos que en alguna forma debería abrir... ¿exactamente el qué?

Dinero, naturalmente. Sería muy propio de Charlie el llevarse consigo a la tumba su dinero, dejando a Richard sin un solo centavo con el que comprar una simple botella. ¡El viejo tacaño!

Alzó la tapa transparente y palpó el interior, no encontrando ningún botón escondido. Había un pequeño cartelito escrito cuidadosamente en papel blanco, y colocado con chinchetas a un lado de la caja forrada de satén. Decía:

«EL ATAÚD ECONÓMICO BRALING. De fácil manejo. Puede ser usado una y otra vez por las funerarias y las familias previsoras».

Richard dio un débil bufido. ¿A quién creía estar engañando Charlie?

Había algo más escrito:

«INSTRUCCIONES: SIMPLEMENTE COLOQUEN EL CUERPO EN EL ATAÚD».

Qué cosa más tonta. ¡Colocar el cuerpo en el ataúd! ¡Naturalmente! ¿Para qué iba a servir si no? Siguió leyendo cuidadosamente, terminando con las instrucciones:

«SIMPLEMENTE COLOQUEN EL CUERPO EN EL ATAÚD, Y COMENZARÁ A SONAR LA MUSICA».

—«¡No puede ser!» —Richard se quedó con la boca abierta, mirando el cartel—. Que no me digan que todo este trabajo ha sido para... —se dirigió a la abierta puerta del taller, atravesó la terraza y llamó al jardinero, que se hallaba en su invernadero—:

¡Rogers! —el jardinero sacó la cabeza—. ¿Qué hora es? —preguntó Richard.

—Las doce en punto, señor —replicó Rogers.

—Bueno, a las doce y cuarto sube aquí arriba y mira si todo va bien.

—Sí, señor —contestó el jardinero. Richard se dio la vuelta y volvió de nuevo al taller.

—Ahora veremos... —dijo tranquilamente.

No pasaría nada por meterse en la caja para probarla.

Había visto pequeños agujeros de ventilación en los costados. Aunque estuviese la tapa cerrada, no le faltaría aire. Rogers subiría en un momento o dos. Simplemente coloquen el cuerpo en el ataúd, y comenzará a sonar la música. Realmente, qué simple había sido su hermano. Richard se subió a la caja.

Era como un hombre metiéndose dentro de una bañera. Se sintió desnudo y observado. Introdujo un brillante zapato dentro del ataúd, e inclinó su rodilla, apoyándose confortablemente, e hizo una pequeña observación no dirigida a nadie en particular; luego, subió su otra rodilla y pié, y se quedó allí acurrucado, como si estuviese inseguro acerca de la temperatura del agua del baño. Removiéndose, riéndose suavemente, se tendió, bromeando consigo mismo; pues era divertido el hacer ver que estaba muerto, que la gente estaba llorando por él, que humeaban velas que lo iluminaban, y que el mundo se había quedado detenido a causa de su muerte. Puso una cara de circunstancias, cerró los ojos, y contuvo su risa tras unos labios cerrados. Cruzó los brazos y decidió que se sentía inerte y frío.

«Brrr... ¡clang!». Algo susurró dentro de la pared de la caja. «¡Clang!».

¡La tapa se había cerrado sobre él!

Desde fuera, si alguien hubiera llegado a la habitación, se hubiera imaginado que un loco estaba dando patadas, golpeando, chillando y agitándose dentro de un armario. Se oía un atronar de carne y puños. Se oyó el sonido de un cuerpo bailando y retorciéndose. Se oyó un chillido y un soplido producido por los pulmones de un hombre atemorizado. Se oyó un crujido como el del papel, y el quejido de numerosas gaitas tocadas a la vez. Entonces se oyó un alarido verdaderamente hermoso. Luego... silencio.

Richard Braling yacía en el ataúd, y se relajaba. Distendió todos sus músculos. Comenzó a reír. El perfume de la caja no era molesto. A través de las pequeñas perforaciones obtenía aire más que suficiente para vivir confortablemente. Tan sólo tenía que empujar suavemente hacia arriba con las manos, sin molestarse en patear y gritar, y la tapa se abriría. Uno tenía que mantener la calma. Flexionó los brazos.

La tapa estaba firme.

Bueno, todavía no había peligro. Rogers subiría dentro de un momento o dos. No había nada que temer.

La música comenzó a sonar.

Parecía venir de alguna parte del interior de la cabeza del ataúd. Era música buena. Música de órgano, muy lenta y melancólica, que recordaba a los arcos góticos

y largas velas negras. Olía a tierra y a susurros. Producía ecos hacia lo alto entre paredes de piedra. Era tan triste que uno casi se echaba a llorar escuchándola. Era música de plantas en macetas y ventanas con cristales azules y carmesíes. Era el sol del atardecer y un frío viento soplando. Era una mañana con niebla y la lejana sirena de un faro sonando.

—Charlie, Charlie, Charlie, ¡viejo tonto! ¡Así que éste es tu raro ataúd! —lágrimas de risa inundaron los ojos de Richard—. Nada más que un féretro que suena su propia música fúnebre. ¡Oh, por mi santa abuela!

Yació, y escuchó críticamente, pues era una hermosa música, y no podía hacer nada hasta que subiese Rogers y lo dejase salir. Sus ojos erraban sin rumbo. Sus dedos tamborileaban suaves cancioncillas en los cojines de satén. Cruzó las piernas indolente. A través de la tapa acristalada vio la luz penetrando por las ventanas de estilo francés, y observó las partículas de polvo bailando. Era un bello día azul con jirones de nubes en lo alto.

Comenzó el sermón.

Se acalló la música de órgano, y una suave voz dijo:

—Estamos aquí reunidos, aquellos que conocíamos y amábamos al finado, para rendirle nuestro homenaje.

—¡Charlie, bendito seas! ¡Ésa es «tu» voz! —Richard estaba encantado. Un funeral transcrito mecánicamente, ¡por Dios! ¡Música de órgano, y un sermón en discos! ¡y el propio Charlie rezando su responso por sí mismo!

La suave voz continuó diciendo:

—Aquellos que lo conocimos y que lo amamos estamos apenados por el fallecimiento de...

—¿Qué fue «eso»? —Richard se semiincorporó, asombrado. No podía creer lo que había oído. Lo repitió para sí mismo, tal y como lo había oído—: Aquellos que lo conocimos y que lo amamos estamos apenados por el fallecimiento de Richard Braling.

Esto era lo que había dicho la voz.

—Richard Braling —dijo el hombre del ataúd—. ¡Pero si yo «soy» Richard Braling!

Un desliz, naturalmente. Simplemente, un desliz. Charlie había querido decir «Charles» Braling. Seguro. Sí. Naturalmente. Sí. Seguro. Sí. Naturalmente. Sí.

—Richard era una buena persona —dijo la voz, continuando—. No conoceremos a nadie mejor en nuestros días.

—¡«De nuevo» mi nombre!

Richard comenzó a agitarse inquieto en el interior del féretro.

¿Por qué no subía Rogers?

Era muy difícil que fuera una equivocación el usar dos veces un nombre. Richard Braling. Richard Braling. Estamos aquí reunidos. Te echaremos de menos... Nos apena... No habrá un hombre mejor... No encontraremos uno mejor en nuestros

días... Estamos aquí reunidos... El fallecido... Richard Braling... «Richard» Braling.

«¡Trrrrr! ¡Caplum!».

¡Flores! ¡Seis docenas de brillantes flores azules, rojas y amarillas saltaron de dentro del ataúd impelidas por ocultos muelles!

El dulce olor de flores recién cortadas llenó el féretro. Las flores se balanceaban suavemente ante su asombrada vista, golpeando silenciosamente la tapa transparente. Otras saltaron, y otras, hasta que el ataúd estuvo recubierto por pétalos y color y dulces aromas. Gardenias y dalias y petunias y narcisos, temblando y brillando.

—¡Rogers!

El sermón continuaba:

—... Richard Braling, en su vida, fue un conocedor de las cosas grandes y buenas...

La música suspiró, se hizo más fuerte y disminuyó de nuevo en la distancia.

—... Richard Braling saboreó la vida como lo hace uno con un vino de vieja cosecha, paladeando...

Se abrió un pequeño panel en el costado de la caja. Una rápida palanca metálica saltó. Una aguja se clavó en el tórax de Richard, no muy profundamente. Gritó. La aguja le inyectó una buena dosis de líquido coloreado antes de que pudiera agarrarla. Luego se volvió a introducir en su receptáculo y el panel se cerró de golpe.

—¡Rogers!

Un creciente abotargamiento. Repentinamente, no podía mover sus dedos o sus brazos, o girar la cabeza. Sus piernas estaban inertes y frías.

—Richard Braling amaba las cosas bellas. La música. Las flores —dijo la voz.

—¡Rogers!

Esta vez no logró gritarlo. Tan sólo pudo pensarlo. Su lengua estaba inerte en su boca anestesiada.

Se abrió otro panel. De él surgieron fórceps metálicos, en el extremo de brazos de acero. Su muñeca izquierda fue traspasada por una gran aguja absorbente.

Su sangre estaba siendo extraída de su cuerpo.

Oyó una pequeña bomba funcionando en alguna parte.

—... echaremos a faltar a Richard Braling de entre nosotros...

El órgano sollozaba y murmuraba.

Las flores lo contemplaban, agitando sus cabezas cubiertas de brillantes pétalos. Seis cirios, negros y esbeltos, se alzaron de receptáculos ocultos y quedaron entre las flores, parpadeando y luciendo.

Otra bomba comenzó a funcionar. Mientras su sangre era vertida por un extremo de su cuerpo, su muñeca derecha fue también traspasada, aferrada y clavada por una aguja, mientras la segunda bomba comenzaba a introducirle formaldehído en sus venas.

«Chup», pausa, «chup», pausa, «chup», pausa, «chup», pausa.

El ataúd se movía.

Un pequeño motor traqueteaba y vibraba. La habitación se deslizó por ambos lados. Pequeñas ruedas giraban. No eran necesarios portadores. Las flores se agitaban a medida que el ataúd salía a la terraza bajo un claro cielo azul.

«Chup», pausa, «chup», pausa.

—Richard Braling será echado a faltar por todos sus...

Dulce y suave música.

«Chup», pausa.

—Ah, dulce misterio de la vida, al fin... —cantos.

—Braling, el gourmet...

—Ah, conozco al fin el secreto de todas...

Contemplando, contemplando, con sus ojos ciegos, el pequeño letrero con el rabillo de sus ojos. «EL ATAUD ECONOMICO BRALING».

«Instrucciones: Simplemente coloquen el cuerpo en el ataúd, y comenzará a sonar la música».

Un árbol pasó por encima. El ataúd rodaba suavemente a través del jardín, por detrás de unos matorrales, llevando consigo la voz y la música.

—Y es ya la hora en que debemos confiar esta parte de este hombre a la tierra...

De los costados del féretro surgieron pequeñas palas brillantes.

Comenzaron a cavar.

Vio como las palas lanzaban la tierra hacia arriba. El ataúd se hundía. Golpeaba, se hundía. Paletada, golpe, hundimiento; paletada, golpe y hundimiento de nuevo.

«Chup», pausa. «Chup», pausa. «Chup», pausa. «Chup», pausa.

—Las cenizas con las cenizas, el polvo con el polvo...

Las flores brillaban y se mecían. La caja estaba ya profunda. La música sonaba.

La última cosa que Richard Braling vio fue los brazos de las palas del Ataúd Económico Braling extendiéndose y cubriendo el agujero con tierra.

—Richard Braling, Richard Braling, Richard Braling, Richard Braling, Richard Braling...

El disco se había rayado.

Pero a nadie le importaba. Nadie lo escuchaba.

ADAPTACIÓN

John Wyndham

La perspectiva de tener que quedarse en Marte durante algún tiempo no inquietó mucho a Marilyn Godalpin; al menos al principio. Había estado cerca del desierto, llamado campo de aterrizaje, cuando el «Andrómeda» hizo un descenso de emergencia. Después de aquello, no le sorprendió en absoluto cuando los ingenieros dijeron que, con las limitadas instalaciones existentes en la colonia, la reparación duraría por lo menos tres meses, o más, probablemente, cuatro. Lo verdaderamente extraño era que ninguno de los pasajeros de a bordo había sufrido más que algunas sacudidas.

Ni siquiera le preocupó, cuando le explicaron en términos astronáuticos sencillos, que el «Andrómeda» no podría despegar por lo menos en ocho meses, debido a la posición relativa de la Tierra. Pero estuvo algo inquieta al enterarse de que iba a tener un niño. Marte no parecía el lugar apropiado para ello.

Marte la había sorprendido. Cuando le ofrecieron a Franklyn Godalpin el empleo para explotar las minas de la Jason Mining Corporation en aquellos territorios, pocos meses después de su matrimonio, fue ella quien le persuadió para que lo aceptara. Su instinto femenino le decía que los hombres de baja posición estaban obligados a ir donde fuera. La opinión que tenía de Marte, por lo que había visto en las fotografías, era muy baja, pero deseaba que su marido fuera a cualquier parte, y ella ir con él. Como el corazón y la cabeza de Franklyn tiraban por direcciones opuestas, ella lo habría conseguido de cualquier forma. Eligió la cabeza por dos razones; una, no fuera que algún día le echara la culpa, alegando que, por ella, había perdido la mejor oportunidad de su vida. La otra porque, como ella decía, «si vamos a tener una familia, quiero darles lo mejor que podamos. Yo te amo a ti tal y como eres, pero por nuestros hijos quiero que seas un hombre importante».

Y le convenció no sólo para que aceptase el empleo, sino para que la llevara con él. Habían quedado en que ella iría con su esposo hasta verle instalado de la manera más cómoda que permitieran las primitivas condiciones de aquel lugar, y luego volver a casa en la primera nave que partiera. De esa forma sólo tendría que esperar cuatro semanas, según el cómputo de la Tierra. Pero la nave en cuestión era el «Andrómeda»; la última antes de entrar en la fase de oposición.

Las ocupaciones de Franklyn le permitían poco tiempo libre para estar con su esposa y de haber sido Marte lo que ella esperaba, le habría sido espantoso nada más pensar que tenía que quedarse una semana más de la cuenta. Pero lo primero que descubrió, tan pronto como puso sus pies sobre el planeta, fue que las fotografías pueden ser literalmente verídicas, mientras que, en espíritu, son todo lo contrario.

En efecto, allí estaban los desiertos, millas y millas desérticas. Pero desde el

principio se apreciaba la ausencia de aquella austeridad inhospitalaria que les habían atribuido las fotografías. Había cualidades que, de un modo u otro, había escapado a la lente del objetivo. El paisaje cobraba vida y se mostraba distinto de las sombras y matices captados por la cámara.

Había una inesperada belleza en el colorido de las arenas, en las rocas, en las distantes y redondeadas montañas, y una rareza en las oscuras profundidades del cielo sin nubes. En las plantas y arbustos de los márgenes de los cursos de agua se criaban flores mucho más bellas y delicadas de las que jamás había visto en la Tierra. Existía también el misterio de las piedras correspondientes a antiguas ruinas que yacían medio sepultadas; todo lo que quedaba, tal vez, de monumentales palacios y templos, Marilyn lo comparaba a lo que el viajero Shelley había conocido en su antigua tierra:

En torno a las ruinas de aquel colosal naufragio, infinito y raso, se extiende sin cesar, solitaria, la llanura de arena.

Sin embargo, no era un paisaje horrendo. Ella había esperado encontrar una espantosa desolación; las morbosas secuelas de la erupción, la destrucción y el fuego. No se le había ocurrido pensar que el ocaso de un mundo podía presentarse con suavidad, con serena melancolía, igual que la caída de una hoja en otoño.

En la Tierra, la gente consideraba a los aventureros marcianos como a los nuevos pioneros que atacaban contra la más reciente frontera encontrada por el hombre. Aquello era una apreciación inexacta, porque las tierras de Marte yacían allí plácidamente abiertas a los colonizadores, sin ofrecer resistencia. Aquella placidez les restaba importancia, convirtiéndoles en toscos intrusos del postrer sueño de un mundo que se extinguía.

Marte se hallaba en un estado comatoso, sumiéndose lenta y profundamente en su último sopor. Pero todavía no estaba muerto. En sus aguas se agitaban aún las mareas estacionales, aunque raras veces presentaran mayores signos de ello que un ocasional rizo. Entre sus flores y campanillas aún volaban Insectos transportando el polen. Todavía germinaban algunas clases de granos, ralos, vestigios empobrecidos de cosechas pasadas, aunque susceptibles de volver a darse con una nueva irrigación. Había los llamados thysanópteros, brillantes criaturas voladoras de vistoso color, no clasificadas como insectos ni como pájaros. Por la noche salían otras criaturas más pequeñas. Algunas de ellas maullaban, casi igual que los gatos y, a veces, cuando los dos lunas estaban en el cielo, se podían ver unas formas semejantes al tití. El más característico de todos los sonidos marcianos lo producían la campanillas vegetales, casi en un constante repiqueteo. Sus duras y radiantes hojas, relucientes como el metal bruñido, sólo precisaban el más leve soplo del viento para ponerse en movimiento y que todo el desierto resonara al compás de sus pequeños címbalos.

Los vestigios dejados por las gentes que vivieron allí eran muy insignificantes para ser interpretados. Corrían rumores de que, hacia el Sur, había pequeños grupos,

aparentemente humanos, pero no se podía efectuar una verdadera exploración hasta que se perfeccionaran artefactos voladores que se adaptaran bien a la ligera atmósfera marciana.

Existía una especie de frontera pero sin valor, porque no había otro enemigo real con quien combatir que la quietud y la vejez. Aparte de la activa colonia, Marte era un lugar en reposo.

—Me gusta —dijo Marilyn—. En cierto modo, es triste, pero no deprimente. Es como una de esas canciones que te calman y te devuelven la paz.

La inquietud que experimentó Franklyn al enterarse de la noticia fue mayor que la de Marilyn, pero la culpa de todo se la echó a sí mismo. Su ansiedad irritaba ligeramente a Marilyn la cual trataba de animarle haciéndole ver que de nada servirían las lamentaciones. Todo lo que podían hacer era aceptar la situación y poner el máximo cuidado.

El médico de la colonia era de la misma opinión. James Forbes era un hombre joven y competente pero no tenía la especialidad de cirujano. Estaba allí porque se necesitaba de un hombre competente en un lugar donde era de esperar se produjeran los efectos más extraños y se requería un cuidadoso estudio de ello. Además, había aceptado el puesto porque le atraía. En este caso, se limitaba a mirar los hechos objetivamente y a ofrecer palabras de estímulo, quitándole importancia.

—No hay por qué preocuparse —les aseguró—. Desde el comienzo de la historia, ha habido mujeres que han alumbrado en momentos y lugares mucho más inconvenientes que éste, y salieron adelante. No existe razón alguna para que todo no salga perfectamente normal.

La seguridad con que pronunciaba aquellas mentiras profesionales, respaldadas firmemente por sus maneras, hizo que aumentara la confianza del matrimonio. Pero en su diario secreto inscribía inquietantes especulaciones acerca de los efectos de la baja gravedad y presión del aire, cambios rápidos de temperatura, la posibilidad de infecciones desconocidas y otros factores peligrosos.

A Marilyn no le importaba mucho el carecer de las comodidades que habría tenido encasa. Con su doncella de color, Helen, que cuidase de ella y la hiciera compañía, mataba el tiempo cosiendo y realizando otras faenas menores. El paisaje marciano la fascinaba. La infundía una paz como si se tratase de un viejo y sabio confidente que hubiera visto demasiado sobre la vida y la muerte para preocuparse por cualquiera de estas cosas.

Una noche, cuando el desierto yacía helado bajo la luz de la luna, cuya quietud sólo era interrumpida ocasionalmente por el repiqueteo de las campanillas, nació Jannessa, la hija de Marilyn. Era el primer bebé de la Tierra que nacía en Marte. Su peso resultaba perfectamente normal: seis libras y media (peso de la Tierra). No presentaba motivos de inquietud.

Fue más tarde cuando las cosas empezaron a empeorarse. Los temores sobre extrañas infecciones abrigados por el doctor Forbes estaban bien fundados y, a pesar

de sus escrupulosas precauciones, se presentaron complicaciones. Algunas fueron susceptibles de ser atacadas con penicilina y complejos sulfamídicos, pero otras se resistían a ella. Marilyn, que al principio parecía recuperarse estupendamente, comenzó a debilitarse y cayó gravemente enferma.

La niña tampoco se desarrollaba como debiera, y cuando finalmente despegó el reparado «Andrómeda», partía sin ellas. Pocos días más tarde llegaría otra nave procedente de la Tierra. Antes de que llegara, el doctor explicó a Franklin la situación.

—No me satisface por completo cómo se desarrolla la niña —le dijo—. Gana menos peso del normal. Crece, pero no lo suficiente. Está bien claro que estas condiciones no le sientan bien. Podría sobrevivir, pero no respondo de los efectos que influirían en su constitución. Conviene que sea trasladada a la Tierra lo antes posible.

Franklyn frunció el ceño.

—¿Y su madre? —preguntó.

—La señora Godalpin, me temo no se encuentra en condiciones de viajar. De ninguna manera. En su actual estado, y después de tanto tiempo sometida a una baja gravedad, dudo que soportara una aceleración G.

Franklyn miraba desabrido, no queriendo comprender.

—¿Qué quieres decir...?

—En pocas palabras: que sería fatal para tu esposa intentar el viaje, y probablemente fatal para tu hija el quedarse aquí.

Sólo quedaba una posibilidad. Quedó decidido que, cuando llegara la próxima nave, el «Aurora», marcharía sin dilación. Se preparó un pasaje para Helen y la niña, y la última semana de 1994 subieron a bordo.

Franklyn y Marilyn vieron despegar al «Aurora». La cama de Marilyn había sido arrimada a la ventana y su esposo se sentó sobre ella aguantándole la mano. Juntos vieron partir la nave hacia los cielos sobre un cono de llamas, y luego se fue curvando en la lejanía hasta quedar convertida en un puntito de fuego en el firmamento marciano. Los dedos de Marilyn se aferraron fuertemente a su esposo. El la rodeó con su brazo para sujetarla mejor y la besó.

—Todo irá bien, querida —la dijo—. Dentro de pocos meses volverás a reunirte con ella.

Marilyn puso su otra mano sobre la mejilla de él, pero no dijo nada. Transcurrirían casi diecisiete años antes de tener noticias del «Aurora», pero Marilyn nada iba a saber. En menos de dos meses estaría reposando para siempre bajo las arenas de Marte, rodeada por el suave repiqueteo de las campanillas vegetales.

Cuando Franklyn se marchó de Marte, el doctor Forbes era el único miembro de la expedición original que todavía quedaba allí. Se estrecharon la mano junto a la rampa que conducía a la más moderna nave de propulsión nuclear.

—Franklyn, durante cinco años te he visto trabajar sin descanso —le dijo el doctor—. Nada te quedaba para seguir viviendo. Pero ahora es distinto. Vete a casa y

vive, que bien te lo has ganado.

Franklyn retiró la vista del flamante Astropuerto Gillington que había sido levantado, y aún estaba creciendo, junto a la rudimentaria colonia de unos años atrás.

—¿Y en cuanto a ti? Llevas en Marte más tiempo que yo.

—Yo he disfrutado de un par de vacaciones. Fueron lo suficiente largas para que mediera tiempo a echar un vistazo por la Tierra y llegar a la conclusión de que lo que realmente me interesa es esto —podía haber añadido que las segundas fueron lo suficiente largas para encontrar a una chica y casarse con ella, la cual había traído con él, pero sólo dijo—: Además, yo sólo he estado trabajando, no matándome como tú.

La mirada de Franklyn estuvo vagando de nuevo, esta vez más allá de la colonia, hacia los campos que ahora limitaban el canal. Entre ellos había una pequeña parcela señalada por una piedra vertical.

—Todavía eres joven. La vida te debe algo —dijo el doctor. Franklyn parecía no haberlo oído, pero el doctor sabía que sí lo había oído y añadió—: Tú también debes algo a la vida. No te lastimes resistiéndote a ella. Hemos de adaptarnos a la vida.

—Dudo que... —empezó a decir Franklyn, pero el doctor le puso la mano sobre el brazo.

—No pienses en tu hija. Has trabajado duramente para olvidarla. Ahora debes empezar de nuevo.

—Tú sabes que no se ha informado de que el «Aurora» sufriera ningún accidente —dijo Franklyn.

El doctor suspiró y no dijo nada. Las naves que desaparecían sin dejar rastro eran infinitamente más numerosas que las que dejaban alguno.

—Debes empezar de nuevo —le repitió insistentemente.

Los altavoces empezaron a llamar: «Todos a bordo». El doctor Forbes vio cómo su amigo entraba por la portezuela. Quedó un poco sorprendido al sentir que le tocaban el brazo. Al volverse encontró a su lado a su propia esposa.

—Pobrecillo —dijo ella bajito—. Tal vez cuando llegue a casa...

—Tal vez —dijo el doctor dubitativo, y añadió—: He sido cruel con él queriendo ayudarlo. He debido hacer lo posible por liberarle de esa falsa esperanza, pero no pude.

—No —afirmó ella—. Tú no podías ofrecerle ningún sustituto de lo que perdió. A lo mejor cuando llegue a la Tierra encuentra alguien que se lo pueda ofrecer. Tal vez una mujer. Esperemos que la encuentre pronto.

Después de una minuciosa inspección, Jannessa retiró la vista de su propia mano y Consideró el color de azul pizarra que presentaban los dedos y brazo que estaban a su lado.

—Soy tan diferente de todo el mundo... —dijo como lamentándose—. Telta, ¿por qué soy diferente?

—Todos somos diferentes —repuso Telta. Retiró sus ojos de la fruta redonda y pálida que estaba trinchando sobre una escudilla. Sus miradas se encontraron. Los

ojos de color azul china de Jannessa, interrogantes dentro de un marco blanco, se cruzaron con las oscuras pupilas de Telta que flotaban en un fondo de topacio claro. En las delicadas cejas de plata de la mujer se dibujó una pequeña arruga mientras estudiaba a la niña—. Yo soy diferente, Toti es diferente, Melga es diferente... Así es la creación.

—Pero yo soy muy distinta. Mucho más distinta.

—No creo que en el mundo de donde viniste fueras tan diferente —añadió Telta, y prosiguió picando la fruta.

—¿Era yo diferente de recién nacida?

—Sí, querida.

Jannessa se puso a reflexionar.

—Telta, ¿de dónde vienen los recién nacidos?

Telta se lo explicó y Jannessa dijo con desdén:

—No me refiero a eso. Quiero decir las criaturas como yo. Los que somos diferentes.

—No lo sé. Sólo sé que deben venir de alguna parte...

—¿De ahí afuera? ¿De dónde hace tanto frío?

—De mucho más lejos —Telta reflexionó un momento, añadiendo—: ¿No has estado nunca en una de esas cúpulas que se alzan en el exterior, cuando reinan las tinieblas? ¿Te has fijado en las rutilantes estrellas?

—Sí, Telta.

—Bueno, pues, de una de esas estrellas has venido tú. Pero nadie sabe de cuál de ellas.

—Telta, ¿eso es cierto?

—Completamente cierto.

Jannessa siguió sentada e inmóvil durante un rato, pensando en el infinito cielo nocturno con sus miríadas de estrellas.

—¿Pero cómo es que no me mató el frío?

—Le faltó muy poco para que murieses, querida. Toti te encontró a tiempo.

—¿Y estaba yo sola?

—No, querida. Te estaba protegiendo tu madre. Te había envuelto con todo lo que pudo para preservarte del frío. Pero ella no le pudo resistir. Cuando se la encontró Toti, estaba moribunda. Sólo tuvo tiempo para señalar hacia ti diciendo «Jannessa, Jannessa». Por eso creímos que te llamabas Jannessa.

Telta guardó silencio, recordando cuando Toti, su esposo, había traído a la niña, rescatada de la superficie, devolviéndola el calor de la vida cuando estaba a punto de morir. Unos cuantos minutos más afuera habrían resultado fatales. El frío era una cosa terrible. Se estremecía al recordar lo que explicaba Toti del intenso frío, que acabó tiñendo de negro la piel de la infortunada madre, pero eso no se lo dijo a la niña.

El rostro de Jannessa se contraía, pensativo.

—Pero... ¿cómo? ¿Es que caí de las estrellas?

—No, querida. Te traje una nave espacial.

Aquellas palabras no significaban nada para Jannessa.

Resultaba difícil de explicar a una niña. Hasta a la propia Telta le resultaba difícil de creer. Su experiencia se limitaba exclusivamente al medio en que vivía. La superficie era sólo un lugar espantoso e inhospitalario cubierto de rocas puntiagudas y un frío mortal, que ella solamente había visto desde las cúpulas protegidas. Los libros de historia hablaban acerca de otros mundos lo suficientemente cálidos para vivir en su superficie, y que sus propios antepasados habían venido de un mundo de aquéllos hacía muchas generaciones. Ella consideraba que todo esto era cierto, pero, no obstante, resultaba irreal. Más de cincuenta generaciones de sus antepasados estaban entre ella y la vida en la superficie de un planeta y resultaba difícil que algo tan lejano pareciera real. No obstante, le contó la historia a Jannessa, con la esperanza de que le sirviera de algún consuelo.

—¿De qué estrella procedían? ¿De la misma que yo? —quiso saber la niña.

Pero Telta no sabía decírselo.

—No creo que pudiera ser la misma. Cuando te reconocieron los médicos, dijeron que debías proceder de un mundo mayor.

—¿Estaba yo muy enferma?

—Mucho.

—¿A causa del frío?

—Por el frío y por otras cosas. Pero, por fin, los médicos hicieron posible que vivieras entre nosotros. Para ello tuvieron que trabajar mucho y muy sabiamente. Más de una vez pensamos que te íbamos a perder.

—¿Y qué tuvieron que hacer conmigo para ello?

—Yo no entiendo mucho de esas cosas. Tú estabas hecha para vivir en otro mundo distinto. Un mundo de mayor gravedad, de atmósfera más densa, más humedad, temperatura superior, alimentos distintos... y muchas cosas más que aprenderás cuando seas mayor. Por eso tuvieron que adaptarte para poder vivir aquí.

Jannessa se quedó pensando.

—Fueron muy amables —dijo Jannessa—, pero no del todo, ¿verdad? Telta la miró con sorpresa.

—Querida, pareces no sentir agradecimiento. ¿Qué quieres decir con eso?

—Si los médicos pudieron hacer todo aquello, ¿por qué no me dejaron igual que toda la gente? ¿Por qué me dejaron con esta blancura de piel? Me gustaría que me hubieran dejado un bonito pelo como el tuyo, en vez de éste de color amarillo.

—Querida, tu cabello es precioso. Es igual que finas hebras de oro.

—Pero no es como el de todo el mundo. Es diferente. Quiero ser como los demás. Pero soy un monstruo. Telta la miraba, desdichadamente perpleja.

—El ser de otra raza no quiere decir que se sea un monstruo —la dijo.

—Lo es cuando no hay nadie más igual —respondió Jannessa—. Y yo quiero ser

como todo el mundo. No puedo soportarlo.

Un hombre subía lentamente las escaleras de mármol del Club de los Aventureros. Era de mediana edad, pero caminaba con la torpeza propia de un hombre mayor. El portero le miró por un momento con expresión de duda, pero en seguida se despejó su incertidumbre.

—Buenas noches, doctor Forbes —le saludó. El doctor Forbes dejó escapar una sonrisa.

—Buenas noches, Rogers. Tienes buena memoria. Han pasado doce años. Charlaron durante unos minutos. Luego siguió adelante el doctor dejando instrucciones para que cuando llegara su invitado fuera llevado al salón de fumadores. Llevaba allí sentado unos diez minutos cuando se le aproximó Franklyn Godalpin con la mano extendida. Estuvieron conversando mientras tomaban un par de copas y luego se dirigieron al restaurante.

—De manera que ya estás de vuelta... cargado de honores médicos —dijo Franklyn.

—Es curioso —comentó Forbes—. Dieciocho años en total. No llevaba allí un año cuando tú llegaste.

—Ha sido un merecido descanso. Otros llegaron después que tú, pero fue tu obra lo que nos permitió trabajar y vivir allí.

—Había mucho por aprender. Aún lo hay.

Forbes no sentía falsa modestia. Conocía como cualquier otro los resultados de su duro trabajo. Uno de ellos era, indirectamente, el hombre que tenía frente a él. Franklyn Godalpin era el único que contaba en la Jason Mining Corporation y un hombre poderoso. Pero sin el trabajo médico que hizo posible la adaptación de los humanos a Marte y de Marte a los humanos, era probable que la propia Jason hubiera dejado de funcionar desde hacía años. Ello hacía que Forbes se sintiera, en cierto modo, responsable de Franklyn.

—¿No te volviste a casar? —le preguntó.

—No —repuso Franklyn sacudiendo la cabeza.

—Deberías haberlo hecho. ¿Te acuerdas que te lo dije? Deberías tener una esposa y una familia. Aún no es demasiado tarde. Nuevamente, Franklyn meneó la cabeza.

—Todavía no te he dado la noticia —dijo—. He sabido de Jannessa.

Forbes le miró fijamente. Pensó que nada en el mundo podía ser tan improbable.

—¿Qué has sabido de ella? —repitió lleno de interés—. ¿Qué quieres decir?

Franklyn se explicó:

—Durante años, he estado poniendo anuncios en busca de noticias sobre el «Aurora». Me llegaban respuestas, principalmente de personas chifladas o de otros que me creían a mí lo suficiente loco como para poder sacar partido de la situación, hasta hace cosa de seis meses.

—Entonces vino a verme un nombre que posee en Chicago un hotel para astronautas. Poco tiempo antes murió en dicho hotel un hombre que quiso descargar

su conciencia antes de partir. Su propietario me trajo la noticia bajo palabra de honor.

»El moribundo dijo que el “Aurora” no se había perdido en el espacio, como todo el mundo creía. Dijo que se llamaba Jenkins y que sabía toda la verdad porque iba a bordo del “Aurora”. De acuerdo con su relato, se produjo un motín a bordo, a los pocos días de partir de Marte, debido a que el capitán había decidido entregar en manos de la policía ciertos miembros de la tripulación, al terminar el viaje, como consecuencia de delitos no especificados. Los amotinados contaban con el apoyo de todos los de a bordo, excepto uno o dos oficiales. Cambiaron el rumbo. Ignoro cuál sería su último plan pero lo que hicieron fue salirse del plano de la eclíptica y saltar sobre el cinturón de asteroides, rumbo a Júpiter.

»El propietario de Chicago tenía la impresión de que aquellos hombres no eran un grupo de malhechores, sino de hombres que obraban movidos por alguna injusticia. Puesto que se estaban jugando la horca con su proceder, pudieron haber arrojado al espacio a todos los oficiales y pasajeros, pero no lo hicieron. En cambio decidieron dejarlos abandonados, como habían hecho antes otros piratas, a su completa suerte para que subsistieran, si podían.

»De acuerdo con Jenkins, el lugar elegido para abandonarlos fue Europa, en la región comprendida en el paralelo veinte, y allá por el tercero o cuarto mes de 1995. El grupo de personas abandonadas estaba compuesto por doce, incluyendo una muchacha de color al cuidado de una niña de pecho blanca.

Franklyn se detuvo.

—El propietario del hotel es un hombre irreprochable. El moribundo nada podía ganar diciendo una mentira. Y al comprobar la lista de navegación del «Aurora» me encuentro que a bordo del mismo iba un astronauta llamado Evan David Jenkins.

Concluyó con una especie de cauto optimismo y miró atento a Forbes sentado frente a él. Pero en la cara del doctor no había entusiasmo.

—Europa —dijo como si estuviera reflexionando, y sacudió la cabeza. La expresión de Franklyn se endureció.

—¿Es eso todo lo que se te ocurre decir? —preguntó.

—No —repuso Forbes meditabundo—. Entre otras cosas, yo diría que resulta más que improbable, casi imposible, que ella pueda haber sobrevivido.

—«Casi» no es una afirmación. Pero lo voy a averiguar. Una de nuestras naves de exploración se encuentra precisamente ahora rumbo a Europa.

Forbes sacudió de nuevo la cabeza.

—Sería más prudente suspender la búsqueda. Franklyn le echó una mirada penetrante.

—¿Después de todos estos años...? ¿Cuándo al fin hay una esperanza?

El doctor le devolvió la mirada.

—Mis dos hijos vuelven a embarcarse para Marte la semana próxima —dijo.

—No veo que guarde ninguna relación.

—Pero la tiene. Les duelen los músculos constantemente. La tensión que les

produce hace que se sientan demasiado cansados para trabajar o para disfrutar de la vida. Esta humedad les agota. Se lamentan de que la densidad del aire parece tenerlos sumergidos en un baño de sopa. Desde que llegaron aquí no se han visto libres de catarros. Hay, además, otras cosas. Por eso vuelven a Marte.

—Y tú te quedas aquí. Eso es duro.

—Resulta más duro para Annie. Ella adora a los muchachos. Pero así es la vida, Frank.

—¿Qué quieres decir?

—Que lo que cuentan son las condiciones ambientales. Cuando producimos una nueva vida, creamos algo plástico e independiente. No podemos vivir las dos vidas. Lo mejor que podemos hacer es buscar las condiciones ambientales óptimas para que se forme de acuerdo con su ambiente. Si esas condiciones se hallan fuera de nuestro alcance, sólo pueden ocurrir dos cosas: que se adapten a las condiciones que encuentren o que no se adapten, en cuyo caso significa la muerte.

—Hablamos alegremente acerca de la conquista de éste o aquel obstáculo natural, pero observa lo que realmente hacemos y podrás ver que, en la mayoría de los casos somos nosotros quienes nos estamos adaptando.

«Mis hijos se han aclimatado a las condiciones de Marte por algún tiempo pero, al ser adultos, fuimos incapaces de una completa adaptación. Por eso, no nos queda otra alternativa que quedarnos aquí o ir a Marte a morir prematuramente.

—¿Quieres decir que Jannessa...?

—No sé qué puede haber sucedido, pero he pensado mucho sobre ello. No creo que tú hayas reflexionado lo sufriente, Frank.

—No he pensado en otra cosa durante los últimos diecisiete años.

—Más que pensar, Frank, has «soñado» con ella —Forbes le miró sobre la mesa, con la cabeza torcida ligeramente hacia un lado y con acento cariñoso—. Hubo un tiempo en que un antepasado nuestro saltó a tierra desde el agua. Y llegó a adaptarse de tal forma a su nuevo ambiente que ya no pudo volver con sus congéneres marinos. Éste es el proceso que convenimos en llamar progreso. Es inherente a la vida. Si lo detienes, detienes también la vida.

—Eso, filosóficamente, puede que suene bien, pero yo no estoy interesado en las abstracciones. Lo que me interesa es mi hija.

—¿Y hasta qué punto crees que estará interesada tu hija por ti? Ya sé que esto parece insensible, pero estoy viendo que conservas en tu mente cierta idea sobre la afinidad. Frank, estás confundiendo las costumbres de la civilización con la ley natural. Es posible que todos las confundamos, en mayor o menor grado.

—No sé adonde vas a parar.

—Hablando claramente; si Jannessa ha sobrevivido será el ser más extraño de la Tierra más que ningún otro posiblemente lo fuera.

—Había otras once personas para enseñarla palabras y maneras civilizadas.

—Suponiendo que sobrevivieran. Imagínate que murieron aquellas personas o de

un modo u otro las separaron de Jannessa. Hay auténticos ejemplos de niños criados por lobos, leopardos e incluso antílopes, y ninguno de ellos resultó siquiera como el fabuloso Tarzán. Todos se convirtieron en subhumanos. La adaptación se produce en ambos sentidos.

—Aunque haya vivido entre salvajes, aún puede aprender.

El doctor Forbes le miró seriamente.

—Se nota que no has leído demasiada antropología. Primero, ella tendría que olvidar toda la base de la cultura que hubiera aprendido. Echa una mirada a las diferentes razas conocidas y verás que no es posible. Sólo puede haber una apariencia externa, pero nada más —se encogió de hombros.

—Existe la llamada de la sangre...

—¿De veras? ¿Notarías esa llamada si de pronto te encontrarás frente a tu tatarabuelo? ¿Acaso lo reconocerías?

—¿Por qué hablas de ese modo, Jimmy? —dijo Frank obstinado—. A otro hombre no le habría ni escuchado. ¿Por qué estás tratando de destruir todas mis esperanzas? No puedes hacerme eso, precisamente ahora. ¿Por qué lo haces?

—Porque te aprecio de veras, Frank. Porque, por encima de todos tus éxitos, sigues siendo un joven romántico y soñador. Te dije que volvieras a casarte y no lo has hecho. No te has casado porque prefieres el sueño a la realidad. Has vivido tanto tiempo con este sueño que ahora forma parte de tu constitución mental. Pero tu sueño consiste en «andar buscando» a Jannessa, no en encontrarla. Has centrado tu vida en este sueño. Si consigues encontrarla, en cualesquiera condiciones, el sueño habrá concluido; el fin que te habías propuesto habrá quedado consumado. Y entonces nada quedará para ti.

Franklyn se agitó incómodo.

—Tengo planes y ambiciones para ella.

—¿Para la hija de quien nada conoces? No, para la hija de tus sueños, la que sólo existe en tu imaginación. La encuentres como la encuentres, será una persona real, no la marioneta de tus sueños, Frank.

El doctor Forbes hizo una pausa, contemplando el rizo de humo que subía de su cigarrillo. Estaba pensando en decir «Sea de la forma que sea, llegarás a odiarla, porque no se ajustará al ideal que tienes de ella», pero decidió callarse. También se le ocurrió hacerle ver la infelicidad que sufriría una muchacha, al verse separada de todo lo que le era familiar, pero sabía la respuesta que le iba a dar Frank, es decir, que tenía cuanto dinero quisiera para proporcionarle lujos y consuelo. Ya le había dicho bastante; quizá demasiado y nada de ello había hecho mella realmente en Franklyn. Decidió dejar las cosas como estaban, y esperar. Después de todo, existían pocas posibilidades de que Jannessa hubiera sobrevivido o de que fuera encontrada.

La tensión que se había reflejado en el rostro de Franklyn se fue relajando gradualmente y sonrió.

—Ahora ya me has soltado tu sermón, viejo amigo. Has querido prepararme

creyendo que podía sufrir un sobresalto, pero ya estoy acostumbrado a los golpes duros desde hace muchos años. Si llega el caso, podré soportarlo.

Los ojos del doctor Forbes se posaron en su cara por un momento. Suspiró suavemente para sí.

—Está bien —dijo, y comenzó a hablar de otra cosa.

—Ya sabes, este planeta es muy pequeño —dijo Toti.

—Es un satélite —añadió Jannessa—. Un satélite de Yan.

—Pero también es un planeta del Sol. Y en él hace un frío espantoso.

—¿Por qué tu gente eligió un lugar tan frío? —preguntó Jannessa razonablemente.

—Bueno, cuando nuestro propio mundo empezaba a morir y no nos quedaba otra alternativa que ir a cualquier parte o sucumbir con él, mi pueblo pensó en aquellos mundos que tenía a su alcance. Unos eran demasiado calientes, otros demasiado grandes...

—¿Qué importa que fueran demasiado grandes?

—A causa de la gravedad. En un planeta muy grande, apenas podríamos movernos.

—¿Y no podían los tuyos hacer las cosas... bueno, menos pesadas? Toti hizo un movimiento negativo con la cabeza y su plateado cabello brilló con la fluorescencia de las paredes.

—El aumento de la densidad puede simularse; ya lo hemos hecho aquí. Pero nadie ha conseguido disminuirla y creemos que nunca se conseguirá. Como ves, ésa fue la causa de que nuestra gente eligiera un mundo pequeño. Todas las lunas de Yan son desérticas pero ésta era la mejor de ellas. Mi pueblo estaba en desesperada situación. Cuando llegaron aquí, vivían a bordo de las naves y comenzaron a minar el terreno para librarse del frío. Gradualmente fueron acondicionando sus viviendas subterráneas y prepararon habitaciones y galería, tanques para el desarrollo de alimentos, campos de cultivo y todo lo demás. Lo aislaron del exterior, acondicionaron su temperatura, comenzaron a vivir en el nuevo medio y a trabajar bajo tierra. De eso hace ya mucho tiempo,

Jannessa se quedó pensativa durante un rato.

—Dice Telta que a lo mejor vine yo del tercer planeta llamado Sonnal. ¿Lo crees así?

—Puede ser. Sabemos que allí hubo cierta clase de civilización.

—Si ellos vinieron de allí una vez, podrían volver... Y llevarme con los míos.

Toti la miró apenado y un poco resentido.

—¿Los tuyos? —dijo—. ¿De veras piensas así? Jannessa captó la expresión del hombre, y apoyó en seguida su blanca mano sobre la mano del otro de color azul pizarra.

—Perdóname, Toti. No quise decir eso. Ya sabes que os quiero mucho, a ti, a Telta y a Melga. Lo que ocurre es que... oh, me gustaría que supieras lo que es

sentirse diferente de los que te rodean. Toti querido, estoy harta de ser un monstruo, aunque para mis adentros sea igual que cualquier otra muchacha. ¿No te imaginas lo que representaría para mí el que todos me mirasen como a un ser normal?

Toti guardó silencio durante un momento. Cuando habló, su tono era preocupado.

—Jannessa, ¿has pensado alguna vez que después de pasar aquí toda tu vida es éste tu verdadero mundo? Cualquiera otro podría resultarte sumamente extraño.

—Si te refieres a cambiar esta vida subterránea por el exterior, creo que me gustaría.

—No es eso, querida —dijo él con mucho tacto—. Ya sabes que cuando te trajeron de ahí afuera, los médicos tuvieron que trabajar mucho contigo para salvar tu vida.

—Sí, Teita me lo dijo —contestó Jannessa—. ¿Qué hicieron conmigo?

—¿Sabes lo que son las glándulas?

—Creo que sí. ¿No son las que regulan los movimientos del cuerpo?

—Efectivamente. Pero las tuyas estaban hechas para regularlos de acuerdo con tu mundo. Ésa fue la causa de que los médicos tuvieran que trabajar tanto contigo. Tuvieron que aplicarte inyecciones muy complicadas. Tenían por objeto proporcionarte una especie de equilibrio para que tus glándulas funcionaran en la proporción adecuada para que pudieras vivir aquí. ¿Comprendes?

—Para acomodarme a una temperatura inferior, ayudarme a digerir esta clase de alimentos, regular el alto contenido de oxígeno y otras cosas parecías. Eso fue lo que me dijo Telta.

—Algo así —afirmó Toti—. Es lo que llaman adaptación. Hicieron cuanto pudieron para adaptarte a vivir entre nosotros.

—Hicieron mucho por mí —dijo Jannessa, hablando en término parecidos a los empleados con Telta años atrás—. Pero pudieron haber hecho un poco más. ¿Por qué me dejaron de este color blanco? ¿Por qué no hicieron que mi pelo fuera tan bello como la plata, igual que el tuyo y el de Telta? Entonces no sería un monstruo y me consideraría uno de tantos entre vosotros.

Las lágrimas afloraron a sus ojos. Toti la rodeó con el brazo.

—Mi pobre niña, yo no sabía que eso te hiciera sufrir tanto. Pero Telta y yo te queremos como si fueras nuestra propia hija.

—No sé cómo podéis quererme... ¡Con esto! —dijo levantando su pálida mano.

—Te queremos igualmente, Jannessa. ¿Es que importa tanto tu color?

—Me hace sentirme diferente. Me recuerda a cada paso que pertenezco a otro mundo. Tal vez vuelva a él algún día.

Toti frunció el rostro.

—Eso es sólo un sueño, Jannessa. Tú no conoces más mundo que éste. Sería distinto a lo que tú piensas. Deja de soñar, deja de preocuparte, querida. Trata de ser feliz aquí entre nosotros.

—Toti, tú no lo comprendes —dijo ella cariñosamente—. En alguna parte hay

personas igual que yo, de mi propia raza.

Pocos meses después, los observadores apostados en una cúpula informaron de que había llegado una astronave.

—Escucha, viejo cínico —dijo la voz de Franklyn, casi antes de que su imagen apareciera en la pantalla—. Han dado con ella y la traen hacia acá.

—¿Qué han encontrado a Jannessa? —exclamó incrédulo el doctor Forbes.

—Naturalmente. ¿De qué otra podía hablar?

—¿Estás completamente seguro, Frank?

—Viejo escéptico, ¿crees que te iba a llamar si no lo estuviera? En estos momentos se encuentra en Marte. Se han detenido allí para proveerse de combustible y aguardar el momento de la oposición.

—¿Tan seguro estás de que es ella?

—Ahí está su nombre y algunos documentos que la encontraron.

—Bueno, si tú lo dices...

—Conque no te basta, ¿eh? —la imagen de Franklyn hizo un guiño—. Está bien. Mira esto.

Recogió una fotografía de encima de su mesa y la puso frente a la pantalla transmisora.

—Les dije que la fotografiaran allí mismo y me la enviaran por radio —aclaró—. ¿Qué me dices ahora?

El doctor Forbes estudió cuidadosamente la fotografía que aparecía sobre la pantalla. En ella se veía a una muchacha delante de una tosca pared. Sus únicas vestimentas visibles consistían en un trozo de brillante tela arrollada a su cuerpo, al estilo de un sari hindú. Su cabello era hermoso y lo llevaba peinado de una forma muy singular. Pero fue la expresión de su rostro lo que le hizo contener la respiración. Era la cara de Marilyn Godalpin que le estaba mirando después de dieciocho años.

—En efecto, Frank —dijo quedamente—. Se trata de Jannessa. La verdad, Frank, no sé qué decir.

—¿Ni siquiera se te ocurre felicitarme?

—Sí, claro... desde luego. Es... bueno, ha sido un milagro. No estoy acostumbrado a los milagros.

Cuando leyó en el periódico que el «Chloe», una nave de investigaciones perteneciente a la Jason Mining Corporation, iba a aterrizar al mediodía, el doctor Forbes se quedó como ensimismado. Estaba seguro de que iba a recibir un mensaje de Franklyn Godalpin, y ya no se sentía capaz de hacer nada hasta que lo recibiera. Cuando sonó el timbre, a eso de las cuatro, se apresuró a responder lleno de excitación. Pero en la pantalla no se retrataron las esperadas facciones de Franklyn, sino la cara de una mujer que le miraba con ansiedad. Reconoció en ella al ama de llaves de Godalpin.

—Doctor, se trata del señor Godalpin —dijo la mujer—. Se encuentra enfermo.

¿Si pudiera venir usted...?

Un taxi lo dejaba junto a la casa de Godalpin, quince minutos más tarde. El ama de llaves salió a recibirle y lo condujo hacia las escaleras a través de un enjambre de periodistas, fotógrafos y comentaristas que llenaban el vestíbulo. Franklyn estaba tendido sobre su cama, vestido pero con las ropas aflojadas. Junto a él había una secretaria y otra mujer con cara de espanto. El doctor Forbes lo reconoció y le aplicó una inyección.

—Es una conmoción a consecuencia de la ansiedad —dijo—. No es extraño. Últimamente ha sufrido gran tensión nerviosa. Acuéstelo. Pónganle bolsas de agua caliente y que no coja frío.

Cuando se separó de la cama, el ama de llaves le dijo:

—Doctor, ya que ha venido, ¿no le importaría echar un vistazo a... a la señorita Jannessa?

—Claro, desde luego. ¿Adonde está?

El ama de llaves le condujo hasta otra habitación y señaló a la puerta.

—Está ahí dentro, doctor.

El doctor Forbes abrió la puerta y penetró en la habitación. Nada más entrar oyó el sonido final de un amargo y ahogado sollozo. Cuando miró en busca del origen de aquel sonido, vio que junto a la cama había una niña de pie.

—¿Dónde está...? —empezó a decir.

La niña se volvió entonces hacia él. No era la cara de una niña. Era la cara de Marilyn con el mismo pelo de Marilyn y los ojos de Marilyn que le estaban mirando. Pero era una Marilyn que medía veinticinco pulgadas de estatura. Era Jannessa.

LA ALDEA ENCANTADA

Alfred E. Van Vogt

«Exploradores de una nueva frontera». Así los habían calificado antes de que saliesen hacia Marte.

Durante un rato, después que la nave se estrelló en un desierto marciano, matando a todos los que estaban a bordo excepto —y milagrosamente— a Bill Jenner, éste escupió aquellas palabras de vez en cuando, en el constante viento cargado de arena. Se despreciaba a sí mismo por el orgullo que había experimentado cuando las oyó por primera vez.

Su furor se fue desvaneciendo con cada milla que caminaba, y su negra pena por sus amigos se convirtió en un dolor gris. Lentamente se dio cuenta que había cometido un error de cálculo.

Había subestimado la velocidad a la cual la nave-cohete estuvo viajando. Calculó que tendría que caminar unas trescientas millas para alcanzar el bajío de la Mar Polar que él y los otros habían contemplado mientras planeaban desde el espacio exterior. En realidad, la nave debió proyectarse a una distancia inmensamente mayor antes de abatirse violentamente, sin control.

Los días se extendían tras de él, aparentemente innumerables como la extraña, roja y ardiente arena que le socarraba a través de sus harapientas ropas. Aquel enorme espantajo humano seguía moviéndose por la interminable y árida inmensidad desértica.

Para cuando llegó a la montaña, sus provisiones hacía ya tiempo que estaban agotadas. De sus cuatro bolsas de agua, solamente le quedaba una; y se hallaba tan próxima a las últimas gotas que solamente podía humedecer sus labios agrietados y su lengua hinchada cuando su sed se convertía en insoportable.

Jenner ascendió bastante alto antes de darse cuenta de que no era simplemente otra duna lo que obstaculizaba su camino. Se detuvo, y al mirar hacia arriba a la montaña que descollaba encima suyo, se encogió un, poco como ante un peligro o una dificultad insuperable.

Por unos instantes, sintió la carencia de esperanza de aquella loca carrera que estaba haciendo rumbo a ningún sitio... pero alcanzó la cumbre. Vio que abajo se hallaba una hondonada rodeada por colinas tan altas o más aún que aquella en que se encontraba. Anidando en el valle que formaban, había una aldea.

Podía ver los árboles, y el suelo de mármol de un patio. Una línea de edificios se apiñaba en torno a lo que parecía ser una plazoleta central. Eran construcciones en su mayor parte de una sola planta, pero había cuatro torres que relucían a la luz del sol con lustre de mármol.

Tenuemente llegó al oído de Jenner un débil sonido, agudo y silbante. Se elevó,

fue decreciendo y se diluyó completamente, para de nuevo dejarse oír clara y desagradablemente. Y aun mientras Jenner corría hacia allá, el ruido arañaba en sus oídos, pavoroso y sobrenatural.

Continuó deslizándose por la roca lisa, y se magulló al caer. Rodó la mitad del descenso hasta el valle. Los edificios seguían siendo nuevos y relucientes, aun cuando vistos de cerca. Sus paredes destellaban con reflejos. A cada lado había vegetación —arbustos de un rojo verdoso— y árboles de un verde amarillento, cargados de frutos purpúreos y rojos.

En voraz impulso, Jenner se dirigió hacia el árbol frutal más próximo. De cerca, el árbol parecía seco y quebradizo. Sin embargo, el gran fruto rojo que arrancó de la rama más baja, era rollizo y jugoso.

Al llevárselo a la boca, recordó lo que le advirtieron durante su período de entrenamiento. No debía probar nada en Marte mientras tanto no hubiese sido examinado químicamente. Pero aquélla era una advertencia sin sentido para un hombre cuyo único equipo químico estaba en su propio cuerpo.

No obstante, la posibilidad de un peligro le hizo cauteloso. Dio el primer bocado con mucho cuidado. Resultaba amargo en su lengua y lo escupió apresuradamente. Algo del jugo que quedaba en su boca le quemó en las encías. Sintió la quemazón y se bamboleó a efectos de la náusea.

Sus músculos empezaron a estremecerse, y se tendió en el mármol para evitarse la caída. Después de lo que le parecieron horas a Jenner, el horrible temblor desapareció finalmente de su cuerpo, y pudo ver de nuevo. Miró hacia arriba con desprecio y aversión al árbol.

Por fin el dolor se disipó y lentamente fue tranquilizándose. Una blanda brisa hacía susurrar las hojas secas. Los árboles contiguos reproducían aquel suave clamor, y descubrió que el viento aquí en el valle era sólo un murmullo por contraste con lo que había sido en el llano desierto al otro lado de la montaña.

Ahora no se oía ningún otro ruido. Jenner recordó repentinamente el agudo y cambiante silbido que había escuchado. Yacía muy quieto, escuchando intensamente, pero sólo alentaba el susurro de las hojas. La ruidosa estridencia había cesado. Se preguntó si fue una alarma, una sirena para avisar a los aldeanos de su presencia.

Ansiosamente logró ponerse en pie hurgando en busca de su pistola. Una sensación de desastre le repercutió por todas sus fibras. Ya no la tenía. Su mente era como un hueco en blanco, hasta que vagamente recordó que hacía ya más de una semana que por vez primera había notado a faltar su arma.

Miró en torno con inquietud, pero no había el menor indicio de seres vivientes. Se rehizo, animándose. No podía irse, ya que no había ningún otro sitio donde ir. Si fuera necesario, lucharía a muerte para permanecer en la aldea.

Cuidadosamente, Jenner tomó un sorbo de su bolsa de agua, mojándose los agrietados labios y la hinchada lengua. Luego volvió a enroscar el tapón y partió, por

entre una doble hilera de árboles, hacia el edificio más cercano.

Describió un amplio círculo para observarlo desde varios puntos dominantes. A un lado una arcada ancha y baja daba acceso al interior. Al fondo podía percibir oscuramente el pulido fulgor de un suelo de mármol.

Jenner exploró los edificios desde el exterior, siempre manteniendo una respetable distancia entre él y cualquiera de los accesos. No vio signo alguno de vida animal. Llegó hasta el lado más apartado de la plataforma de mármol en la cual la aldea estaba asentada, y regresó decidido. Era ya hora de explorar los interiores.

Eligió uno de los edificios de cuatro torreones. Al llegar a unos cuatro metros de distancia, vio que tendría que inclinarse mucho para poder entrar.

Momentáneamente, lo que implicaba aquello le detuvo. Aquellos alojamientos habían sido construidos para una vida que debía ser muy distinta a la de los seres humanos.

Prosiguió de nuevo hacia adelante, se encorvó, y entró con renuencia, cada músculo en tensión.

Se encontró en una estancia sin mobiliario. Sin embargo, había varias cercas de mármol, bajas, proyectándose desde una de las paredes de mármol. Formaban lo que tenía aspecto de un grupo de cuatro amplias y bajas casillas de establo. Cada casilla tenía un canal abierto, entallado en el suelo.

La segunda cámara contenía cuatro planos inclinados de mármol, cada uno de los cuales se estrechaba hacia arriba en vértice. En conjunto había cuatro salas en la planta baja. Desde una de ellas, una rampa circular ascendía, aparentemente, a una sala de torreón.

Jenner no investigó lo que había arriba. Su primer temor de que pudiera hallar una forma de vida alienígena iba cediendo a la convicción letal de que no la había. Y esto significaba carencia total de alimento y de posibilidades de obtenerlo.

Con frenética precipitación, se apresuró de edificio en edificio, escrutando las habitaciones silenciosas, parándose de vez en cuando para gritar roncamente.

Finalmente, ya no le quedó duda. Estaba solo en una aldea desierta de un planeta sin vida, sin alimento, sin agua —excepto por el lastimoso resto en su bolsa— y sin esperanza.

Se hallaba en la cuarta y más pequeña sala de uno de los edificios con torreones cuando se dio cuenta de que había llegado al final de su búsqueda. La salita tenía un solo «establo» sobresaliendo de una pared. Fatigado, Jenner se tendió en su interior. Debió quedarse dormido instantáneamente.

Cuando despertó, fue percibiendo dos cosas, una inmediatamente después de la otra. La primera percepción ocurrió antes de que abriese los ojos... El ruido silbante había regresado, agudo y estridente; ondulaba al linde de lo que el oído podía tolerar.

La otra era que una fina atomización de líquido estaba siéndole proyectada desde el techo. Tenía un olor, del cual el Técnico Jenner aspiró una sola vaharada. Rápidamente salió gateando de la sala, tosiendo, con lágrimas en los ojos, el rostro

ardiendo ya por efecto de la reacción química.

Sacó su pañuelo y apresuradamente se frotó las partes expuestas de su cuerpo y rostro.

Llegó al exterior y allí se detuvo, esforzándose en comprender lo que había sucedido. La aldea aparecía inalterada. Las hojas tremolaban en la suave brisa. El sol se hallaba suspendido en un pico montañoso. Jenner adivinó por su posición que nuevamente se había presentado la mañana de otro día más, y que había dormido por lo menos unas doce horas. La resplandeciente luz blanca bañaba el valle. Medio ocultos por árboles y vegetación, los edificios destellaban y rielaban.

Parecía hallarse en el oasis de un vasto desierto. Era en efecto un oasis, reflexionó Jenner sombríamente, pero no para un ser humano. Para él, con sus frutas venenosas, era más bien un espejismo atormentador.

Regresó al interior del edificio y cautelosamente asomó la cabeza al interior del cuarto donde había dormido. La aspersion del gas había parado, no flotaba ni un atisbo del olor, y el aire era fresco y limpio.

Se ladeó en el umbral, medio inclinado para hacer una comprobación. Tenía en su mente la imagen de un marciano inerte, perezosamente tendido en el «establo» mientras un producto químico revitalizante rociaba desde el techo su cuerpo.

El hecho de que aquel reactivo era mortífero para los seres humanos ponía énfasis sencillamente en cuan ajena al hombre era la vida que alentaba en Marte. Pero parecía bastante evidente el motivo del gas. Aquellos seres estaban acostumbrados a tomar una ducha matinal.

Dentro del «cuarto de baño», Jenner introdujo primeramente los pies en el compartimiento. Cuando sus caderas estuvieron a nivel de la entrada al compartimiento, el compacto techo pulverizó un chorro de gas amarillento directamente sobre sus piernas. Apresuradamente, Jenner arrastró las piernas fuera del compartimiento. El gas cesó de brotar tan súbitamente como había surgido.

Lo intentó nuevamente para asegurarse de que era un proceso automático. Se abrió el chorro y volvió a cerrarse.

Los labios de Jenner, tumefactos por la sed, se separaron a efectos de la excitación. Pensó: «Si puede funcionar un proceso automático, cabe la posibilidad de que haya otros».

Resollando pesadamente, corrió hacia el cuarto más exterior. Cuidadosamente, adelantó las piernas dentro de uno de los compartimientos. Apenas entraron sus caderas cuando un, líquido espeso y humeante, semejando pasta de cereales cocidos, relleno la entalladura junto a la pared.

Contempló fijamente aquella pasta de aspecto grasoso con horrorizada fascinación ¿alimento? ¿bebida? Recordó la fruta venenosa sintiendo repulsión, pero se obligó a inclinarse y colocar su dedo en la sustancia caliente y húmeda. Lo llevó chorreante, a su boca.

Era algo insípido y pulposo, como fibra de madera hervida. Se deslizaba

viscosamente dentro de su garganta. Sus ojos empezaron a licuarse, y sus labios se sumieron convulsivamente. Se dio cuenta que iba a ponerse enfermo, y corrió hacia la puerta exterior.

Cuando finalmente llegó fuera, sentíase renqueante, indiferente. En aquel deprimido estado mental, fue progresivamente percibiendo de nuevo el agudo estridor.

Se sintió atónito ante el hecho de que pudiera haber ignorado su chirrido aunque fuera por pocos minutos. Bruscamente miró en derredor, intentando determinar su origen, pero no parecía tener ninguno. Cada vez que se aproximaba a un punto donde aparentaba ser más ruidoso, entonces se atenuaba, o se escurría, quizás hacia el otro lado más lejano de la aldea.

Intentó imaginarse lo que una cultura alienígena podía pretender con un ruido que hacía añicos la mente, aunque, era lógico deducir, que para ellos no tenía que ser necesariamente desagradable.

Se detuvo y chasqueó los dedos cuando una noción disparatada y no obstante plausible entró en su mente. ¿Y si aquello era música?

Jugueteó con la idea, intentando visualizar la aldea como pudo haber sido tiempo atrás. Allí, una raza amante de la música había ido posiblemente a sus tareas diarias con el acompañamiento de lo que para ellos eran acordes de preciosas melodías.

El odioso chiflido continuaba incesante, en menguantes y crecientes. Jenner intentó colocar edificios entre él y el estruendo. Buscó refugio en varias salas, con la esperanza de que por lo menos una de ellas fuera insonorizada. Ninguna lo estaba. El silbo le seguía allá donde fuera.

Emprendió la retirada hacia el desierto, y tuvo que ascender casi toda una ladera antes de que el ruido fuera lo suficientemente bajo para no molestarle.

Por último, sin aliento casi pero inconmensurablemente aliviado, se desplomó en la arena, y pensó exhausto: «¿Y ahora, qué?».

El escenario que se extendía ante él contenía a la vez cualidades de paraíso y de averno. Todo le era ahora demasiado familiar —las arenas rojas, las dunas pedregosas, la pequeña aldea—, prometiendo tanto y concediendo tan poco.

Jenner miró hacia abajo, hacia aquel panorama, con ojos febriles, y se pasó la abrasada lengua por los agrietados y resecaos labios. Sabía que era hombre muerto a menos que pudiera alterar las máquinas automáticas elaboradoras de alimento que debían estar ocultas en alguna parte, en las paredes y bajo los suelos de los edificios.

En días remotos, un remanente de la civilización marciana había sobrevivido allí, en aquella aldea. Los habitantes se habían extinguido pero la aldea siguió viviendo, manteniéndose ella misma limpia de arena, idónea para proveer de refugio a cualquier marciano.

Pero no había marcianos. Había únicamente un Bill Jenner, piloto de la primera nave-cohete que jamás se posó en Marte.

Tenía que lograr que la aldea proporcionase alimento y bebida que pudiese

ingerir. Sin herramientas, salvo sus manos; con escasos conocimientos de química, debía forzar alas máquinas a mudar sus costumbres.

Tenso, sopesó su bolsa de agua, al alzarla. Tomó otro sorbo y pugnó en la misma lucha inflexible para vencer el impulso de engullir hasta la última gota. Y, cuando hubo ganado la batalla una vez más, se levantó iniciando el descenso de la ladera.

—Podía durar, calculó, no más allá de tres días. En este tiempo debía domar la aldea. Estaba ya entre los árboles cuando le llamó súbitamente la atención un hecho: la «música» había cesado. Era un gran alivio. Se inclinó sobre un pequeño arbusto, asiéndolo con firmeza, y lo arrancó, sin gran dificultad.

Había una laja prendida en el tallo. Jenner la miró fijamente, notando con sorpresa que se había equivocado al creer que el tallo salió a la superficie a través de un agujero en el mármol. Estaba simplemente adherido a la superficie.

Luego notó algo más; el arbusto no tenía raíces. Casi instintivamente, Jenner miró hacia abajo al sitio del cual había arrancado la laja de mármol. Allí había arena.

Dejó caer el arbusto, y arrodillándose hundió los dedos en la arena. Arena suelta se escurrió por entre ellos. Penetró más hondo, empleando toda su fuerza para embutir su brazo y mano hacia abajo; arena, nada más que arena.

Se incorporó, y frenéticamente arrancó otro arbusto. También cedió con facilidad, trayendo consigo una laja de mármol. No tenía raíces y donde estuvo, ahora había arena.

Con una especie de insensata incredulidad, Jenner se abalanzó hacia un árbol frutal, y lo sacudió. Hubo una resistencia momentánea, y luego el mármol sobre el cual se erguía, se resquebrajó elevándose lentamente en el aire. El árbol se desplomó con un crujido reiterado al quebrarse sus secas ramas desmenuzándose en numerosos pedazos. Debajo, donde había estado, estaba la arena.

Arena por todas partes. Una ciudad construida en la arena. Marte, planeta de arena.

Esto no era por completo verdad, naturalmente. Había sido observada vegetación de temporada cerca de los casquetes polares. Toda ella, salvo la más resistente, moría con la llegada del verano. Se había proyectado que la nave-cohete se posase cerca de uno de aquellos mares hueros, sin mareas.

Al estrellarse, perdidos los mandos, la nave había destrozado algo más que a sí misma. Había arruinado las oportunidades de vida del único superviviente del viaje.

Jenner emergió lentamente de su ofuscamiento. Tuvo entonces una idea. Recogió uno de los arbustos que ya había arrancado, aseguró los pies contra el mármol al que estaba adherido y estiró, con tiento al principio, luego con creciente fuerza.

Quedó finalmente suelto, pero no cabía duda de que los dos formaban parte de un todo. El arbusto brotaba del mármol.

¿Mármol? Jenner se arrodilló junto a uno de los hoyos de los cuales había arrancado una laja, inclinándose sobre una sección contigua. Era enteramente porosa, roca calcárea, casi seguro, pero no era verdadero mármol en absoluto. Al alargar la

mano hacia la sección, intentando romper un pedazo, cambió de color.

Atónito, Jenner retrocedió. En torno a la brecha, la piedra se iba tornando de un brillante amarillo-anaranjado. La examinó con incertidumbre y luego tentativamente, la tocó.

Fue como si hubiese hundido los dedos en ácido cauterizante. Sintió un agudo dolor, mordiente y quemante. Con un jadeo, Jenner dio un tirón como si tuviese que despegar su mano.

La continuidad de la angustia le hizo sentirse a punto de desfallecer. Osciló gimiente, apretándose los chamuscados miembros contra su cuerpo. Cuando la agonía finalmente desapareció, y pudo mirar la lesión, vio que la piel se había pelado y que se formaban ya rojas ampollas. Ceñudo, Jenner dirigió la vista hacia la rotura en la piedra. Los bordes permanecían con su brillo amarillento-anaranjado.

La aldea estaba alerta, preparada para defenderse de ulteriores ataques. Súbitamente fatigado se arrastró hasta la sombra de un árbol. Solamente podía deducirse una conclusión de lo que había ocurrido, y casi desafiaba al sentido común. La aldea solitaria estaba viva.

Mientras permanecía tendido, Jenner trataba de imaginar una gran masa de substancia viviente creciendo dentro de la estructura de los edificios, ajustándose ella misma a la conveniencia de otra forma de vida, aceptando el papel de sirvienta en la más amplia extensión del término.

Si servía a una raza ¿por qué no a otra? Si podía adaptarse a marcianos, ¿por qué no a seres humanos?

Se presentarían dificultades, naturalmente. Calculó con lasitud que los elementos esenciales no estarían disponibles. El oxígeno para el agua podía sacarse del aire... miles de combinaciones podían ser hechas de la arena... aunque supondría la muerte si fracasaba en hallar la solución, se quedó dormido apenas empezó a meditar en cuáles podían ser las soluciones.

Cuando se despertó, era de noche. Jenner se puso en pie pesadamente. Notaba una rémora, un retardamiento en sus músculos, y se alarmó. Humedeció su boca con la bolsa de agua, y tambaleándose fue hacia la entrada del edificio más próximo. Excepto por el restriegue de sus zapatos en el «mármol», el silencio era intenso.

Se detuvo de pronto, escuchó, y miró en torno. El viento había cesado. No podía ver las montañas que festoneaban el valle, pero los edificios eran todavía oscuramente visibles, negras sombras en un mundo tenebroso.

Por vez primera, le pareció que a pesar de su nueva esperanza quizá sería mejor que se muriese. Aunque sobreviviera ¿qué porvenir se le ofrecía? Más que sobradamente bien recordaba lo arduo que había resultado suscitar interés en el viaje, y recolectar la copiosa cantidad de dinero que era precisa. Recordaba los colosales problemas que hubo que solventar para construir la nave, y algunos de los hombres que los habían solventado estaban enterrados en alguna parte del desierto marciano.

Podrían transcurrir veinte años antes que otra nave de Tierra intentase alcanzar el

único otro planeta en el sistema solar que había mostrado indicios de ser idóneo para sustentar vida.

Durante aquellos incontables días y noches, aquellos años, estaría aquí a solas. Ésta era la máxima esperanza que podía albergar, si sobrevivía. Mientras se dirigía por uno de los planos inclinados que en sesgo remataban en una especie de litera, Jenner consideró otro problema:

¿Cómo se conseguía hacer saber a una aldea viviente que debía alterar sus procedimientos? De un modo u otro, ya tenía que haber captado que tenía un nuevo inquilino. ¿Cómo podía él hacerla comprender que necesitaba alimentos en una combinación química distinta de la que sirvió en el pasado? ¿Que le agradaba la música pero en un sistema de escala distinto? ¿Y que podía tomar una ducha cada mañana, pero de agua, no de gas venenoso?

Dormitó a intervalos, como un hombre que está enfermo más que soñoliento. Por dos veces, se despertó, encendidos los labios, ardientes los ojos, su cuerpo bañado en transpiración. Varias veces se sobresaltó pasando al estado consciente por el sonido de su propia voz, ronca, gritándole colérica y temerosa a la noche.

Adivinó, entonces, que estaba muriéndose.

Consumió las largas horas de oscuridad agitándose, volviéndose, retorciéndose, ofuscado por oleadas de calor. Al llegar la luz de la mañana, quedó vagamente sorprendido al darse cuenta de que todavía estaba con vida. Inquieto, descendió de la litera bajando hacia la puerta.

Soplaba un frío viento penetrante, pero le sentaba bien a su ardiente cara. Se preguntó si habría suficientes «neumococcus» en su sangre para que pudiera pillar una pulmonía.

En pocos instantes estaba temblando. Retrocedió al interior de la casa, y por primera vez se dio cuenta de que pese al umbral sin puerta, el viento no entraba en absoluto dentro del edificio. Los cuartos eran fríos, pero sin la menor corriente de aire.

Esto puso en marcha una asociación de ideas: ¿De dónde había surgido aquel terrible calor corporal? Ascendió vacilante hacia la litera empotrada en sesgo donde había pasado la noche. En unos segundos estaba achicharrándose en una temperatura próxima a los cuarenta grados.

Saltó fuera de aquel hueco, estremecido ante su propia estupidez. Calculó que había sudado por lo menos dos litros de humedad echándola fuera de su reseco cuerpo en aquel horno que semejaba una cama.

Aquella aldea no era para seres humanos. Aquí, hasta los lechos eran calentados para seres que necesitaban, temperaturas mucho más elevadas que las confortables calefacciones para hombres.

Jenner se pasó la mayor parte del día a la sombra de un gran árbol. Sentíase exhausto, y solamente en ocasiones recordaba siquiera que tenía un problema. Cuando el silbido arrancó, le molestó al principio, pero estaba demasiado cansado

para alejarse del estridor. Había largos intervalos en que apenas lo oía de tan embotados que estaban sus sentidos.

Avanzada la tarde, recordó los arbustos y el árbol que había arrancado el día anterior, y se preguntó que habría pasado con ellos. Se mojó la hinchada lengua con las últimas gotas de agua de su bolsa, se puso en pie lánguidamente y fue a buscar los restos resecos.

No había. Ni siquiera pudo hallar los hoyos de donde arrancó las lajas con sus vegetaciones. La aldea viviente había absorbido los tejidos muertos dentro de sí misma, y restaurado las brechas en su «cuerpo».

Esto galvanizó a Jenner. Empezó de nuevo a pensar... acerca de mutaciones, reajustes genéticos, formas de vida adaptándose a nuevos ambientes. Hubo conferencias sobre estos temas antes de que la nave dejase Tierra, más bien charlas en controversia destinadas a familiarizar a los exploradores con los problemas que los hombres podían afrontar en un planeta alienígena. El principio fundamental era muy sencillo: adaptarse o morir.

La aldea tenía que adaptarse a él. Dudaba que pudiese dañarla gravemente, pero lo intentaría. Su propia necesidad de supervivencia debía ser planteada sobre una base así de áspera y hostil.

Frenéticamente, Jenner comenzó a rebuscarse los bolsillos. Antes de abandonar la nave, se había cargado con piezas sueltas de equipo de poco volumen. Una navaja de bolsillo, un vaso de metal plegable, un circuito impreso de radio, una menuda súper-batería que podía recargarse haciendo girar el rodete anexo, y para la cual había traído entre otras cosas, un poderoso encendedor eléctrico.

Jenner enchufó el encendedor a la batería, y deliberadamente arañó con el extremo al rojo vivo a lo largo de la superficie del «mármol». La reacción fue rauda. La sustancia se convirtió esta vez en colérica púrpura. Cuando una sección entera del suelo cambió de color, Jenner se dirigió hacia el más próximo canal de «establo», entrando lo suficiente para activarlo.

Hubo una demora perceptible. Cuando el alimento fluyó finalmente en la gamella, resultaba evidente que la aldea viviente había comprendido la razón por la cual él había hecho lo que hizo. El alimento tenía un color pálido, cremoso, cuando antes había sido de un gris lóbrego, fangoso.

Jenner colocó el dedo en aquello, pero lo retiró con un grito, y se frotó la yema. Continuaba agujijoneando, pero sólo por unos momentos. La cuestión vital era: ¿le había sido ofrecida deliberadamente comida que podía dañarle, o estaba ella tratando de apaciguarle sin saber qué era lo que podía comer?

Decidió darle otra oportunidad y entró en el pesebre contiguo. La sustancia arenosa que esta vez manó era más amarilla. No quemaba su dedo, pero al probar la materia, la escupió. Tenía la sensación de que le habían ofrecido una sopa hecha de una mixtura grasienta de arcilla y gasolina.

Estaba ahora sediento con una ansiedad agudizada por el desagradable sabor en

su boca. Desesperadamente se abalanzó al exterior y desgarró, abriéndola del todo, la bolsa de agua, buscando la humedad interna. En su vehemente chapuceo, derramó unas pocas gotas preciosas en el suelo del patio. Se tumbó boca abajo, lamiéndolas.

Medio minuto después, seguía lamiendo, y seguía habiendo agua. El hecho penetró súbitamente. Se incorporó, contemplando pasmado las gotitas de agua que chispeaban en la piedra lisa. Mientras estaba contemplando aquello, otra gota se exprimió de la superficie aparentemente sólida, y centelleó a la luz del sol declinante.

Se inclinó y con la punta de la lengua esponjó cada gota visible. Durante un largo tiempo, yació con su boca apretada contra el mármol, chupando los minúsculos corpúsculos de agua que la aldea le donaba.

El resplandeciente blancor del sol desapareció tras una colina. Cayó la noche como la bajada de un telón negro. El aire se volvió frío, luego helado. Se estremeció al penetrar el viento por entre sus andrajos. Pero lo que finalmente le detuvo en sus succiones fue el colapso de la superficie de la cual había estado bebiendo.

Jenner se puso en pie sorprendido, y en la oscuridad tanteó torpemente la superficie rocosa. Se había literalmente desmenuzado. Evidentemente la sustancia había estrujado toda su agua asequible y se desintegró en el proceso. Jenner calculó que habría bebido en conjunto el equivalente a una veinteaava parte de litro.

Era una demostración convincente de la buena voluntad de la aldea en agradecerle, satisfacerle, pero había otra implicación, menos satisfactoria. Si la aldea tenía que destruir una parte de sí misma cada vez que le diera un trago, entonces indudablemente el suministro no era ilimitado.

Jenner se apresuró hacia el interior del edificio más cercano, trepó hasta una litera, y saltó fuera de nuevo apresuradamente al foguearle el intenso calor. Esperó, para darle a la Inteligencia una oportunidad de darse cuenta que necesitaba un cambio, y volvió a tenderse una vez más. El calor era tan intenso como siempre.

Renunció porque estaba demasiado agotado para persistir, y demasiado soñoliento para pensar en un método que pudiera hacer saber a la aldea que necesitaba una temperatura distinta en su dormitorio. Durmió en el suelo con la incómoda convicción de que no podría sustentarle por largo tiempo. Despertó muchas veces durante la noche, y pensó: «No hay bastante agua. No importa el que ella se esfuerce al máximo...», luego volvía a dormirse, sólo para despertar una vez más, tenso y desdichado.

No obstante, la mañana le encontró activo y decidido; y toda su acerada determinación le había regresado, aquella voluntad de hierro que le había permitido recorrer por lo menos unas quinientas millas a través de un desierto desconocido.

Se dirigió hacia el pesebre más próximo. Esta vez, después que lo hubo activado, pasó más de un minuto en la espera; y entonces, aproximadamente un dedal de agua formó una mancha de humedad en el fondo del canal.

Jenner lamió hasta secarla, y luego aguardó esperanzado a por más. Cuando no vino ninguna, reflexionó sombríamente que en algún sitio de la aldea, un grupo

entero de células se habían desmoronado liberando su agua para él.

Allí mismo decidió que ya dependía del ser humano, que podía desplazarse, hallar una nueva fuente de agua para la aldea, que no podía moverse.

En el intervalo, naturalmente, la aldea tendría que mantenerle vivo hasta que hubiese investigado las posibilidades. Esto implicaba, por encima de todo, que debía disponer de algún alimento para sustentarle mientras exploraba.

Comenzó por registrar sus bolsillos. Hacia el término de sus provisiones, había transportado fragmentos y pedazos envueltos en pequeños retazos de ropa. Pizcas desmenuzadas en sus bolsillos. Y se había rebuscado con frecuencia durante aquellos largos días en el desierto. Ahora rasgando las costuras, descubrió menudas partículas de carne y pan, migajas de grasa y otras sustancias imposibles de identificar.

Cuidadosamente, se inclinó sobre el pesebre adjunto y colocó las raspaduras en la gamella o comedero. La aldea no estaría capacitada sino para ofrecerle más que un razonable facsímil. Si el derramamiento de unas pocas gotas de agua en el patio pudo hacerle sabedora de su necesidad de agua, entonces un ofrecimiento similar podría darle a ella la clave que necesitaba con respecto a la naturaleza química del alimento que podía comer.

Jenner aguardó, y luego entró en el segundo pesebre y lo activó. Casi la mitad de un litro de sustancia cremosa, espesa, se escurrió hacia el fondo del canal. Lo exiguo de la cantidad parecía denotar que tal vez contuviese agua.

La probó. Tenía un fuerte sabor mohoso, y un olor a rancio. Era casi tan seca como una harina, pero su estómago no la rechazó.

Jenner comió lentamente, plenamente consciente de que en momentos así la aldea le tenía a su merced. Nunca podría estar seguro de que uno de los ingredientes del alimento no, fuera un veneno de acción lenta.

Cuando hubo terminado su comida, se dirigió a otro pesebre en otro edificio. Se negó a comer el alimento que surgió, activó otro pesebre recibiendo unas gotas de agua.

Había entrado a propósito en uno de los edificios con torreones. Ahora, inició el ascenso por la rampa que conducía al piso superior. Se detuvo sólo brevemente en el cuarto al que llegó, ya que como ya había descubierto parecían ser alcobas adicionales. La familiar litera empotrada estaba allí en un grupo de tres.

Lo que le interesaba era que la rampa circular continuaba en espiral hacia arriba. Primero dando acceso a otro cuarto más pequeño que parecía no tener ninguna razón particular de ser. Luego, seguía ascendiendo a la cúspide de la torre, a unos veinticinco metros del suelo.

Lo bastante alto para que él pudiese ver más allá de la cresta de todas las colinas circundantes. Ya había pensado en aquel mirador, pero estuvo demasiado débil para emprender aquel ascenso antes. Ahora, miró hacia todos los horizontes. Casi inmediatamente, la esperanza que le había impulsado a subir, le abandonó.

La panorámica era desmedidamente desolada. Hasta donde podía ver todo era una

extensión árida, y cada horizonte se ocultaba en una bruma de arena arremolinada por el viento.

Jenner oteaba con una sensación de desesperanza. Si en alguna parte, por ahí, había un mar marciano, se hallaba lejos de su alcance.

Bruscamente, crispó las manos encolerizado contra su destino, que ahora parecía inevitable. Poniéndose en lo peor, había esperado hallarse en una región montañosa. Mares y montañas eran por lo general las dos principales fuentes de agua. Debería haber recordado, lógicamente, que había muy pocas montañas en Marte. Habría sido una descabellada coincidencia que fuera a parar verdaderamente a una cordillera montañosa.

Se esfumó su furia, porque carecía de la fuerza necesaria para prolongar cualquier emoción.

Torpemente fue descendiendo por la rampa. Su vago proyecto de ayudar a, la aldea había acabado así de rápido y definitivo.

Los días fueron sucediéndose, aunque no tenía idea de cuántos eran. Cada vez que iba a comer, el agua que le era suministrada era cada vez más reducida. Jenner se repetía incesantemente que cada comida iba a ser la última. Era insensato que esperase que la aldea fuera a destruirse a sí misma cuando ya el destino de su visitante era seguro ahora.

Lo peor era que se hizo progresivamente claro que el alimento no era idóneo para él. Había inducido a erróneas conclusiones a la aldea al darle muestras rancias, quizás hasta corrompidas, y prolongando la agonía para él mismo. A veces después que había comido, Jenner se sentía mareado durante horas. Con demasiada frecuencia, su cabeza le dolía, y su cuerpo se estremecía a ramalazos de fiebre.

La aldea estaba haciendo lo que podía. El resto dependía de él, y no podía siquiera adaptarse a una aproximación de los alimentos Tierra.

Durante dos días estuvo demasiado enfermo para arrastrarse hasta uno de los comedores. Hora tras hora, yació en el suelo. Algún instante durante la segunda noche, el sufrimiento de su cuerpo fue tan terrible que finalmente tomó una decisión.

«Si puedo llegar a una litera», se dijo a sí mismo, «el calor tan sólo me matará; y al absorber mi cuerpo, la aldea podrá recuperar parte de su agua perdida».

Consumió por lo menos una hora en reptar laboriosamente, rampa arriba, hasta la litera más cercana, y cuando finalmente lo logró, quedó tendido como alguien ya muerto. Su último pensamiento en semivela fue: «Estimados compañeros, ya vengo».

La alucinación fue tan completa que, momentáneamente, le pareció haber regresado ala cabina de mandos de la nave-cohete, y tener en torno a él a sus antiguos compañeros.

Con un suspiro de alivio, Jenner se sumió en un sueño sin imágenes.

Despertó al son de un violín. Era una música dulzona, melancólica que hablaba del esplendor y decadencia de una raza largo tiempo ya extinguida.

Jenner escuchó por unos instantes y luego con repentina excitación comprendió la

verdad. Era un sustituto del silbido agudo. ¡La aldea había adaptado su música a él!

Otro fenómeno sensorial le inundó. La litera resultaba confortablemente tibia, en absoluto calurosa. Tuvo una sensación de maravilloso bienestar físico.

Anhelosamente gateó rampa abajo hasta el pesebre más próximo. Al arrastrarse hacia adelante, con su nariz muy cerca del suelo, el canal se llenó con una mixtura humeante. El olor era tan sabroso y agradable que hundió el rostro dentro, y fue sorbiendo vorazmente. Tenía el sabor de una sopa espesa, carnosa, y era caliente y confortante para sus labios y boca. Cuando la hubo comido toda, por primera vez ya no necesitó beber agua.

«¡He ganado!» pensó Jenner. «La aldea ha encontrado el medio» Después de un rato, recordó algo, y se arrastró hacia el cuarto de baño. Cautelosamente, acechando el techo, se deslizó piernas primero en el compartimiento de ducha. El rocío amarillento cayó, frío y delicioso.

Con éxtasis, Jenner meneó su rabo de casi un metro y alzó su largo hocico para dejar que los chorritos de líquido limpiasen las impurezas de alimento que se agarraban a sus afilados dientes.

Luego anadeó, hacia el exterior para calentarse al sol, y escuchar la música eterna.

PRÓXIMAS ATRACCIONES

Fritz Leiber

El cupé, con los anzuelos soldados al parachoques, se deslizó por la curva como la nariz de una pesadilla. La muchacha situada en su camino se quedó helada, con su rostro probablemente paralizado por el miedo bajo la máscara. Por una vez, mis reflejos no fueron timoratos. Di un rápido paso hacia ella le agarré por el codo y la eché hacia atrás. Su negra falda revoloteó.

El gran cupé pasó disparado, con su turbina zumbando. Pude entrever tres rostros. Algo se rasgó. Noté el caliente escape en mis tobillos cuando el coche descendió de nuevo a la calzada. Una espesa nube, como una flor negra, surgió de su aguzada parte posterior, mientras de los anzuelos colgaba un brillante retal negro.

—¿La alcanzaron? —pregunté a la muchacha. Se había girado para mirar al lugar en que había roto su falda. Llevaba medias-pantalón de nylon.

—Los anzuelos no me tocaron —dijo temblorosamente—. Supongo que tuve suerte. Oí voces a nuestro alrededor:

—¡Esos críos! ¿Qué es lo que se les ocurrirá luego?

—Son una amenaza. Deberían ser arrestados.

Se oyeron chillar unas sirenas en tono creciente cuando llegaron zumbando dos policías motorizados, con sus motores-cohete auxiliares a toda potencia, persiguiendo al cupé. Pero la flor negra se había convertido en una espesa niebla que oscurecía toda la calle. La policía motorizada cambió de sus motores-cohete a los frenos-cohete, y se detuvieron cerca de la nube de humo.

—¿Es usted inglés? —me preguntó la muchacha—. Tiene usted acento inglés.

Su voz llegaba jadeante tras la estilizada máscara de satén negro.

Me imaginé que sus dientes debían de estar entrechocando. Unos ojos que quizá fueran azules observaron mi rostro por detrás de la gasa negra que cubría los orificios de la máscara. Le dije que había supuesto lo correcto. Se me acercó.

—¿Vendrá usted a mi casa esta noche? —me preguntó rápidamente—. No puedo darle las gracias ahora. Y hay algo en lo que quizá me pueda ayudar.

Mi brazo, todavía rodeando suavemente su talle, notó como su cuerpo temblaba. Respondí tanto a la petición que formulaba su cuerpo como a la de su voz cuando le dije:

—Ciertamente.

Me dio una dirección al sur del Infierno, un número de apartamento y una hora. Me preguntó el nombre y se lo dije.

—¡Hey, usted!

Me giré obedientemente al grito del policía. Éste hizo apartarse a la pequeña multitud cloqueante de mujeres enmascaradas y hombres de rostros desnudos.

Tosiendo debido a la nube negra que había lanzado el cupé, me pidió mis documentos. Le entregué los esenciales.

Los miró, y luego me miró a mí.

—¿Trueque Británico? ¿Cuánto tiempo estará en Nueva York?

Suprimiendo el deseo de decirle: «Durante el tiempo más corto posible», le dije que estaría aproximadamente una semana.

—Tal vez lo necesite como testigo —explicó—. Esos chicos no pueden usar humo contra nosotros. Cuando lo hacen, los agarramos.

Parecía pensar que lo malo era el humo.

—Trataron de matar a la señorita —le recordé. Negó con suficiencia.

—Siempre hacen ver que eso es lo que quieren, pero en realidad tan sólo buscan atrapar faldas. Hemos cogido a desgarradores que tenían hasta cincuenta retales de falda colgados de sus habitaciones. Naturalmente, a veces se acercan demasiado.

Le expliqué que, si no la hubiera apartado, hubiera sido tocada por algo más que por los anzuelos. Pero él me interrumpió:

—Si ella hubiera creído que se trataba de un verdadero intento de asesinato, se hubiera quedado aquí. Miré a mi alrededor. Era cierto. Se había ¡do.

—Estaba terriblemente asustada —le dije.

—¿Y quién no lo estaría? Esos chicos podrían haber asustado hasta al mismísimo viejo Stalin.

—Quiero decir que estaba asustada por algo más que por unos simples «chicos». No tenían aspecto de «chicos».

—¿Qué aspecto tenían?

Traté, sin mucho éxito, de describir los tres rostros. Una vaga impresión de maldad y amaneramiento no aclara mucho las cosas.

—Bien, podría equivocarme —dijo finalmente—. ¿Conoce a la chica? ¿Dónde vive?

—No —medio mentí.

El otro policía colgó su radiófono y se dirigió hacia nosotros, dando manotazos a los hilillos del humo que se disipaba. La nube negra ya no ocultaba las sucias fachadas, con sus quemaduras de radiación que ya tenían cinco años de edad. Y pude comenzar a entrever el distante muñón del Empire State Building, surgiendo del Infierno como un dedo amputado.

—Hasta ahora no los han cogido —gruñó el policía que se acercaba—. Por lo que dice Ryan, dejaron humo a lo largo de cinco calles.

El primer policía agitó la cabeza.

—Eso es malo —observó solemnemente. Me sentía un tanto inquieto y avergonzado. Un inglés no debería mentir, al menos no por impulso.

—Parecen tipos peligrosos —dijo el primer policía con el mismo tono preocupado—. Necesitamos testigos. Me parece que va a tener usted que permanecer en Nueva York durante más tiempo del que planeaba.

Capté la intención. Dije:

—Olvidé mostrarle todos mis papeles —y le entregué otros cuantos, asegurándome de que entre ellos se encontrase un billete de cinco dólares.

Cuando me los devolvió, al cabo de un rato, su voz, ya no era ominosa. Desaparecieron mis sentimientos de culpabilidad. Para afianzar nuestra relación, charlé con ambos acerca de su trabajo.

—Supongo que las máscaras les causan problemas —Observé—. Allá en Inglaterra hemos estado leyendo acerca de esa generación de mujeres-bandido enmascaradas.

—Esas cosas se exageran —me aseguró el primer policía—. Son los hombres que se enmascaran como si fueran mujeres los que realmente nos confunden. Pero, muchacho, cuando los agarramos saltamos sobre ellos con los dos pies.

—Y, además, uno se acostumbra y llega a distinguir a las mujeres tan bien como si llevaran las caras desnudas —dijo el otro policía—. Ya sabe, por las manos y todo eso.

—Especialmente por todo eso —estuvo de acuerdo el primero, con una carcajada—. Oiga, ¿es cierto que hay muchachas que no se enmascaran allá en Inglaterra?

—Algunas de ellas siguen la moda —le dije—. No obstante, son tan sólo algunas... las que siempre adoptan la última moda, por extremada que sea.

—Pero, normalmente, en los noticiarios británicos, van enmascaradas.

—Supongo que se hará así como deferencia al gusto americano —confesé—. En realidad, no hay muchas que lleven máscara.

El segundo policía consideró esto.

—Muchachas yendo por la calle desnudas de cuello para *arriba*. —No resultaba claro si contemplaba esta imagen con deseo o con repugnancia moral. Lo probable era que con ambos.

—Hay algunos miembros del Gobierno que están tratando de convencer al Parlamento para que promulgue una ley por la que se prohíba todo enmascaramiento —continué, hablando quizá demasiado.

El segundo policía negó con la cabeza.

—Vaya idea. ¿Sabe usted?, las máscaras son una cosa bastante buena, amigo. Cuando pasen un par de años voy a hacer que mi mujer lleve la suya hasta en casa.

El primer policía se alzó de hombros.

—Si las mujeres dejasen de usar máscaras, en seis semanas no te darías cuenta de la diferencia. Uno se acostumbra a todo, si es que hay bastante gente que lo haga.

Asentí, bastante a pesar mío, y los dejé. Giré hasta el norte por Broadway, que creo era la antigua décima avenida, y caminé rápidamente hasta que hube dejado atrás Infierno. El pasar por tal área de radiactividad no descontaminada siempre le pone a uno nervioso. Agradecí a Dios el que en Inglaterra no hubieran tales cosas, al menos por ahora.

La calle estaba casi vacía, aunque se me acercaron un par de mendigos con sus

rostros desechos por cicatrices de la bomba H. No pude saber si eran reales o maquilladas. Una mujer gorda me mostró un niño con manos y pies palmeados. Me dije a mí mismo que en cualquier caso ya habría nacido deforme, y que tan sólo estaba jugando con nuestro miedo a las mutaciones producidas por la bomba. No obstante, le di una moneda de siete centavos y medio. Su máscara me hizo pensar que estaba pagándole tributo a un fetiche africano.

—Que todos sus hijos tengan la bendición de tener tan sólo una cabeza y dos ojos, señor.

—Gracias —dije estremeciéndome. Y me alejé a toda prisa.

—... tan sólo hay suciedad tras de la máscara. Así que gira tu cabeza, dedícate a tu tarea: aléjate, aléjate... de... las... ¡chicas!

Esto último era el final de una canción antisexual que estaba siendo cantada por algunos creyentes situados a media manzana de la insignia del círculo y la cruz de un templo feminalista. Tan sólo ligeramente me recordaban a nuestra pequeña tribu de creyentes británicos. Sobre sus cabezas había un montón de carteles anunciando comidas predigeridas, cursos de lucha, radiopañuelos y otras cosas similares.

Miré a los histéricos slogans con una fascinación desagradable. Ya que el rostro y la forma de la mujer habían sido abolidos de los anuncios americanos, las mismas letras del alfabeto de los anunciantes habían comenzado a llenarse de sexualidad: la B mayúscula, de amplio estómago y enormes senos, la lasciva doble O. No obstante, me recordé a mí mismo que es principalmente la máscara lo que acentúa tan fuertemente el sexo en América.

Un antropólogo británico ha señalado que, mientras llevó más de cinco mil años el trasladar el punto principal de la atracción sexual desde las caderas hasta los senos, la siguiente transición al rostro ha llevado menos de cincuenta años. El comparar la tradición americana con la musulmana no es válido: a las mujeres musulmanas se les obliga a llevar velos cuyo objeto es el ocultarlas, mientras que las mujeres americanas tan sólo tienen la compulsión de la moda, y usan las máscaras para crear un misterio.

Dejando aparte la teoría, los orígenes reales de la tendencia se pueden hallar en las ropas antirradiactivas de la Tercera Guerra Mundial, que originaron la lucha enmascarada, que ahora era un deporte fantásticamente popular, y que a su vez había originado la actual moda femenina. A! principio, tan sólo había sido algo poco usual, pero rápidamente las máscaras se habían convertido en algo tan necesario como los sujetadores y las barras de labios lo habían sido a principios de siglo.

Finalmente, me di cuenta de que no estaba especulando acerca de las máscaras en general, sino de lo que se escondía tras una en particular. Esto era lo endemoniado del asunto, que uno nunca sabía si una muchacha estaba tratando de incrementar su belleza o de ocultar su fealdad. Me imaginé un rostro agraciado y frío, en e! que el miedo tan sólo se manifestaba por la dilatación de ¡os ojos. Entonces recordé su cabello dorado destacando contra la negrura de su máscara de satén. Me había pedido que fuese a la hora veintidós, a las diez de la noche.

Subí a mi apartamento, situado cerca del Consulado Británico; el pozo del ascensor había sido obstruido por una antigua explosión, lo cual era realmente molesto en esos altos edificios neoyorquinos. Antes de que se me ocurriese de que iba a salir de nuevo, automáticamente, me arranqué el trozo de película que llevaba bajo mi camisa. Para estar completamente seguro, la reveía. Mostraba que el total de radiación que había absorbido aquel día aún se hallaba por debajo del límite de seguridad. No siento una fobia por eso, como mucha gente en estas épocas, pero es tonto el correr riesgos.

Me desplomé en la cama diurna y conecté el altoparlante silencioso y la pantalla oscura del aparato visor. Como siempre, me hacían pensar, con cierta amargura, en las dos grandes naciones del mundo. Mutiladas entre sí, y sin embargo aún fuertes, eran gigantes enfermos que envenenaban el planeta con sus sueños de una imposible igualdad y de un imposible éxito.

Temerosamente, conecté el altavoz. Por suerte, le locutor estaba hablando excitadamente de las previsiones de una cosecha de trigo récord, sembrada por aviones a través de una llanura polvorienta regada por lluvias artificiales. Escuché cuidadosamente el resto del programa (estaba asombrosamente libre de teleinterferencias rusas), pero no hubo más noticias de interés para mí. Y, naturalmente, ni se mencionó la Luna, aunque todo el mundo sabe que América y Rusia están apresurándose en convertir sus bases primarias en fortalezas capaces de un ataque mutuo y del lanzamiento de todas las bombas del alfabeto contra la Tierra. Yo mismo me daba cuenta perfectamente bien de que el equipo electrónico británico que estaba ayudando a intercambiar por trigo americano estaba destinado a ser usado en espacionaves.

Apagué el noticiario. Estaba anocheciendo y, de nuevo, me imaginé un tierno y asustado rostro tras una máscara. No habían tenido ninguna cita desde Inglaterra. Es extremadamente difícil el lograr entablar amistad con una muchacha en América, donde una cosa tan simple como una sonrisa puede hacer a menudo que una de ellas salga pitando para pedir la ayuda de la policía, y eso sin contar con la creciente moral puritana y los grupos de gamberros que hacen que la mayor parte de las mujeres se quede en sus casas cuando ha anochecido. Y, naturalmente, las máscaras, que no son como aseguran los soviéticos la última invención de la degeneración capitalista sino un signo de una gran inseguridad psicológica. Los rusos o tienen máscaras, pero tienen sus propios signos de tirantez.

Me acerqué a la ventana y contemplé impaciente cómo se acumulaba la oscuridad. Me estaba poniendo muy nervioso. Tras un rato, apareció una fantasmal nube violeta hacia el sur. Se me puso el cabello de punta. Luego reí. Por un momento me había imaginado que era radiación procedente del cráter de la bomba infernal, aunque debería de haberme dado cuenta inmediatamente de que tan sólo era brillo radioinducido en el cielo.

Exactamente a las veintidós horas, me hallaba frente a la puerta del apartamento

de mi desconocida amiga. El sistema electrónico «diga-usted-quiénes-por-favor» dijo eso exactamente, y yo contesté con claridad.

—Winsten Turner —preguntándome si habría dado mi nombre al mecanismo.

Evidentemente, lo había hecho, pues la puerta se abrió. Entré en un pequeño recibidor vacío, mientras mi corazón se aceleraba un poco. La habitación estaba costosamente amueblada con las últimas tumbonas y muebles neumáticos. Había algunos microlibros en la mesa. El que tomé era la acostumbrada aventura policíaca en la que dos asesinas se tiroteaban entre sí.

La televisión estaba encendida. Una muchacha enmascarada de verde estaba murmurando una canción de amor. Su mano derecha mantenía algo que se difuminaba en primer plano. Vi que el aparato tenía un equipo que todavía no tenemos en Inglaterra, y con curiosidad introduje mi mano en el orificio dispuesto al lado de la pantalla. Al contrario de lo que esperaba, no era como meter la mano dentro de un guante de goma pulsante, sino que lo que en realidad sentía era como si la muchacha de la pantalla realmente me cogiese de la mano.

Se abrió una puerta tras de mí. Aparté la mano con una reacción de culpa, como si hubiera sido encontrado mirando por el ojo de una cerradura.

Ella estaba en el umbral del dormitorio. Creo que estaba temblando. Llevaba un abrigo de pieles gris, con manchones blancos, y una máscara de tarde de seda gris con encajes del mismo color alrededor de los ojos y la boca. Sus uñas brillaban como plata.

No se me había ocurrido que esperase que saliésemos.

—Debía de habérselo dicho —comentó con voz suave. Su máscara se giró nerviosamente hacia los libros y la pantalla y los rincones oscuros de la habitación—. Pero realmente no puedo hablarle aquí.

—Hay un lugar cerca del Consulado... —dije dubitativo.

—Sé de un lugar donde podremos estar juntos y hablar —dijo rápidamente—. Si es que no le importa. Mientras entrábamos en el ascensor, le dije:

—Me temo que despedí al taxi.

Pero por alguna razón propia, el taxista no se había ido. Saltó sonriente y nos abrió la puerta delantera. *Le dije que preferíamos sentarnos detrás.* Enfurruñado, abrió la puerta trasera, la cerró de golpe tras nosotros, se metió delante y cerró *su* puerta fuertemente. Mi compañera se inclinó hacia delante:

—Al Cielo —dijo.

El conductor encendió la turbina y el televisor.

—¿Por qué me preguntó si era ciudadano británico? —dije, para empezar la conversación.

Se apartó de mí, apretando su máscara contra la ventanilla.

—Mire a la luna —dijo con una voz soñadora y rápida.

—¿Para qué? —le dije, consciente de una irritación que no tenía nada que ver con ella.

—Está colocándose al borde del púrpura del cielo.

—¿Y cuál es su nombre?

—El púrpura hace que parezca más amarilla.

Y fue entonces cuando me di cuenta de la fuente de mi irritación. Estaba en el cuadrado de luz parpadeante en la parte frontal de la cabina, al lado del conductor.

Yo no tengo nada en contra de los combates de lucha normales, aunque me aburren. Pero simplemente detesto el ver a un hombre luchando con una mujer. El hecho de que los combates generalmente estén «igualados», siendo el hombre generalmente muy sobrepasado en peso y alcance, y las mujeres enmascaradas jóvenes y agraciadas, tan sólo hace que me parezcan peor.

—Por favor, apague la pantalla —le rogué al conductor. El negó con la cabeza, sin ni siquiera mirarme.

—U-uh, hombre —dijo—. Han estado preparando a esta chavala durante semanas para este combate con el Pequeño Zirk.

Molesto, me eché hacia delante, pero mi compañera me asió el brazo.

—Por favor —dijo asustada, agitando su cabeza. Me recosté de nuevo, frustrado. Estaba más cerca de mí ahora, pero en silencio, y por unos momentos contemplé los golpes y las contorsiones de la poderosa muchacha enmascarada y de su enjuto oponente también enmascarado, en la pantalla. Sus frenéticos ataques contra ella me recordaban a los movimientos de una araña macho. Me volví, enfrentándome con mi compañera.

—¿Por qué querían esos tres hombres matarla? —pregunté secamente.

Los orificios de su máscara miraban hacia la pantalla.

—Porque están celosos de mí —susurró.

—¿Por qué están celosos?

Continuaba sin mirarme.

—A causa de él.

—¿Quién?

No contestó.

Rodeé sus hombros con mi brazo.

—¿Tiene miedo de decírmelo? —le pregunté—. ¿Qué es lo que ocurre?

Seguía sin mirarme. Tenía un perfume agradable.

—Mire —le dije, sonriente, cambiando de táctica—; realmente, debería decirme algo acerca de usted. Ni siquiera sé cómo es su rostro.

Medio en broma, alcé mi mano hacia la banda de su cuello. Me dio un manotazo asombrosamente rápido. Retiré la mano con un súbito dolor. Había cuatro pequeñas señales en su dorso. De una de ellas comenzó a brotar una gota de sangre mientras la contemplaba. Miré a sus uñas plateadas y vi que en realidad se trataba de delicadas y afiladas puntas metálicas.

—Estoy tremendamente apenada —oí como decía—. Pero me asustó. Por un momento pensé que iba a...

Al fin se volvió hacia mí. Su abrigo se había abierto. Su traje de noche era del estilo Renacimiento Cretense, con un tejido de encaje por debajo de los senos, soportándolos sin cubrirlos.

—No se moleste —me dijo, echándome sus brazos alrededor del cuello—. Esta tarde se comportó usted maravillosamente.

La suave seda gris de su máscara, moldeando su mejilla, se apretó contra la mía. A través del encaje de la máscara, la punta caliente y húmeda de su lengua tocó mi barbilla.

—No estoy molesto —dije—. Tan sólo asombrado y deseosos de ayudar.

El taxi se detuvo. A ambos lados se veían ventanas oscurecidas rodeadas de trozos cortantes de cristal roto. La enfermiza luz púrpura mostraba unas pocas figuras harapientas que lentamente se volvían hacia nosotros.

—Es la turbina, hombre —murmuró el conductor—. Estamos encallados. —Estaba allí sentado, encogido e inerte—. Desearía que hubiera sucedido en cualquier otra parte.

—La tarifa usual son cinco dólares —me murmuró mi compañera.

Miró tan asustadamente a las figuras que se congregaban que suprimí mi indignación y actué como ella sugería. El conductor aceptó el billete sin decir palabra. Mientras ponía en marcha el motor, sacó la mano por la ventanilla y oí como unas monedas tintineaban contra el suelo.

Mi compañera volvió a mis brazos, pero su máscara estaba dirigida hacia la pantalla de televisión, en donde la alta muchacha acababa de inmovilizar al pataleante Pequeño Zirk.

—Estoy tan asustada —suspiró.

Cielo resultó ser un barrio igualmente ruinoso, pero tenía un club con una enorme puerta con marquesina, y un portero uniformado como un espacionauta, pero con brillantes colores. En mi neblina sensual, casi me gustó todo aquello. Salimos del taxi justamente cuando por la acera llegó una vieja borracha, con su máscara levantada. Una pareja que iba delante nuestro apartó sus rostros de la medio desnuda cara, como si se tratase de un feo cuerpo en la playa. Mientras entrábamos, oí como el portero decía:

—Circule, abuela. Y vaya con cuidado.

En el interior, todo era penumbra y brillos azulados.

Había dicho que podríamos hablar en el interior, pero no veía cómo. Además del inevitable coro de estornudos y toses (dicen que en América hay un cincuenta por ciento de alérgicos en estos días), había una banda tocando a todo volumen en el reciente estilo robop, en el cual una máquina compositora electrónica selecciona una secuencia arbitraria de tonalidades sobre la cual los músicos tejen sus estridentes pequeñas individuales.

La mayor parte de la gente estaba en reservados. La banda estaba detrás del bar. En una pequeña plataforma a su lado, danzaba una muchacha, desnuda excepto por su

máscara. El grupito de hombres situados en el penumbroso extremo de la barra no estaban mirándola.

Inspeccionamos el menú escrito con letras doradas en la pared, y apretamos los botones para pechuga de pollo, gambas fritas y dos escoceses. Momentos después, campanilleó la señal de servicio. Abrí el brillante panel y tomé las bebidas.

El grupito de hombres situados en la barra caminaron hacia la puerta, pero primero pasearon la vista por la estancia. Mi compañera había echado hacia atrás su abrigo. La mirada de ellos se detuvo en nuestro reservado. Me di cuenta de que eran tres.

La banda echó a la bailarina con un conjunto de gruñidos. Le di a mi compañera una pajita y sorbimos nuestras bebidas.

—Quería usted que le ayudara en algo —le dije—. Incidentalmente, deseo decirle que es usted preciosa.

Ella me dio las gracias rápidamente, miró a su alrededor y se inclinó hacia adelante.

—¿Sería difícil que lograra ir yo a Inglaterra?

—No —repliqué un tanto asombrado—, siempre que tenga usted un pasaporte americano.

—¿Y es difícil de conseguir?

—Bastante —le dije sorprendido de su falta de información—. A su país no le gusta el que sus ciudadanos viajen, aunque no son tan rígidos como en Rusia.

—Me podría ayudar el Consulado Británico a obtener un pasaporte?

—No creo que sea de su...

—¿Y usted?

Me di cuenta de que estábamos siendo inspeccionados. Un hombre y dos muchachas se habían detenido frente a nuestra mesa. Las muchachas eran altas y agresivas, con máscaras moteadas. El hombre se alzaba orgulloso entre ellas, como un zorro erguido sobre sus patas traseras.

Mi compañera no les miró, pero se echó hacia atrás. Me di cuenta de que una de las muchachas tenía un enorme moretón en su antebrazo. Tras un momento, se introdujeron en un reservado penumbroso.

—¿Los conoce? —pregunté. No replicó. Terminé mi bebida—. No estoy seguro de que le gustase Inglaterra —dije—. La austeridad es bastante distinta a su estilo americano de miseria.

Ella se echó de nuevo hacia adelante.

—Pero tengo que escapar —susurró.

—¿Por qué? —me estaba impacientando.

—Porque estoy tan asustada.

Se oyó un campanilleo. Abrí el panel y le entregué las gambas fritas. La salsa de mi pechuga de pollo era una deliciosa mezcla humeante de almendras, soja y jengibre. Pero debía de haber algo que no funcionaba en el horno radiológico que

congelaba y calentaba los alimentos, porque al primer bocado mastiqué un trozo de hielo en la carne. Esos delicados mecanismos necesitan una reparación constante, y no hay suficientes mecánicos. Dejé el tenedor.

—¿De qué tiene usted miedo? —pregunté.

Por primera vez, su máscara no se apartó de mi rostro. Mientras esperaba, podía notar cómo se acumulaban los temores, aunque ella no los nombrase. Pequeñas formas oscuras, que pululaban a través de la curvada noche exterior, convergiendo en el centro de la playa radiactiva de Nueva York, sumergiéndose en los márgenes del púrpura. Noté una repentina sensación de simpatía, un deseo de proteger a la muchacha situada frente a mí. La cálida sensación se unió al apasionamiento originado en el taxi.

—De todo —dijo finalmente. Asentí, y le acaricié la mano.

—Tengo miedo de la luna —comenzó a decir, con su voz quebradiza y soñadora, como en el taxi—. No se puede mirar a la luna y no pensar en las bombas teledirigidas.

—En Inglaterra hay la misma luna —le recordé.

—Pero ya no es a luna inglesa. Es nuestra y de Rusia. Ustedes no tienen responsabilidad. Apreté su mano.

—Ah, y además —dijo, agitando su máscara—, tengo miedo de los coches, y de las pandillas, y de la soledad, y de Infierno. Tengo miedo de la lujuria que desnuda los rostros —y su voz se hizo un susurro—, tengo miedo de los luchadores.

—¿Sí? —la incité suavemente, tras un momento. Su máscara se adelantó.

—¿Sabe algo acerca de los luchadores? —preguntó rápidamente—. Los que luchan con mujeres, quiero decir. A menudo, ¿sabe usted?, pierden. Y entonces tienen que tener una chica con la que disipar su frustración. Una chica que sea débil, y blanda, y terriblemente asustada. Lo necesitan para continuar siendo hombres. Otros hombres no quieren que tengan una chica. Otros hombres quieren que simplemente luchen con mujeres y sean héroes. Pero tienen que tener una chica. Es horrible para ella.

Apreté más fuertemente sus dedos, como si el valor pudiese ser transmitido..., eso aceptando que yo lo tuviese.

—Creo que podré llevarla a Inglaterra —dije.

Unas sombras se arrastraron hacia la mesa, y permanecieron en ella. Miré hacia arriba y vi a los tres hombres que habían estado al final de la barra. Eran los hombres que había visto en el cupé. Llevaban suéteres negros y pantalones negros ajustados. Sus rostros eran tan inexpresivos como los de las estatuas. Dos de ellos se alzaban por encima mío. El otro sobre la muchacha.

—Desaparece, muchacho —me dijeron. Oí como el otro le informaba a la chica:

—Hermana, lucharemos a una caída. ¿Qué prefieres? ¿Judo, abofeteo o mate-quien-pueda?

Me alcé. Hay momentos en los que un inglés simplemente debe meterse en líos.

Pero entonces llegó el hombrecillo de aspecto de zorro, deslizándose como la figura principal de un ballet. La reacción de los otros tres me asombró. Realmente se sentían embarazados.

Les sonrió débilmente.

—No conseguiréis tenerme contento con trucos como éstos —les dijo.

—No te hagas ideas equivocadas, Zirk —rogó uno de ellos.

—Las tendré si son ciertas —dijo—. Ella me ha contado lo que tratasteis de hacer esta tarde. Esto no hará que os tenga más simpatía. Esfumaos.

Se fueron inseguros.

—Vámonos de aquí —dijo uno de ellos en voz alta, mientras se giraban—. Sé de un lugar en el que luchan desnudos con navajas.

Pequeño Zirk rió musicalmente y se deslizó al asiento contiguo al de mi compañera. Ella se apartó de él, tan sólo un poco. Eché mis pies hacia atrás y me incliné hacia adelante.

—¿Quién es tu amigo, nena? —preguntó, sin mirarla. Ella me pasó la pregunta a mí con un pequeño gesto. Se lo dije.

—Británico —observó—. ¿Ha estado preguntándole cómo salir del país? ¿Acerca de los pasaportes? —sonrió placentero—. Le gusta pensar en escapar. ¿No es así, nena? —su pequeña mano comenzó a acariciar la muñeca de ella, con los dedos algo doblados y los tendones rígidos, como si estuviera a punto de agarrar y torcer.

—Mire —le dije secamente—, tengo que agradecerle el que haya echado a esos matones, pero...

—Ni piense en eso —me dijo—. No son ningún peligro, excepto cuando están tras un volante. Una muchachita de catorce años bien entrenada podría dejar lisiado a cualquiera de ellos. Vaya, pero si la misma Theda, si es que se dedicase a estas cosas...

Se volvió hacia ella, trasladando la mano de la muñeca a su pelo. Lo acarició, dejando que los mechones se deslizasen lentamente por entre sus dedos.

—¿Sabes que perdí esta noche, nena? —dijo suavemente.

Me puse en pie.

—Ven —le dije a ella—. Vámonos.

Se quedó allí sentada. Ni siquiera podía adivinar si estaba temblando. Traté de leer algún mensaje en sus ojos a través de la máscara.

—La llevaré lejos —le dije—. Lo puedo hacer. Realmente lo haré. El me sonrió.

—Le gustaría ir con usted —dijo—. ¿No es así, nena?

—¿Viene, o no viene? —le dije. Ella siguió sentada. Lentamente, él anudó sus dedos en su pelo.

—Escuche, gusanillo —le grité—. Sáquele las manos de encima.

Saltó del asiento como una serpiente. No soy ningún luchador. Tan sólo sé que, contra más asustado estoy, mejor y más fuerte pego. Esta vez tuve suerte. Pero mientras se derrumbaba, noté una bofetada, y cuatro punzadas de dolor en mi mejilla.

Me apreté la mano contra la cara. Podía notar las cuatro heridas abiertas por sus puntas metálicas, y la cálida sangre surgiendo de ellas.

No me miraba. Estaba inclinada sobre el Pequeño Zírck, apretando su máscara contra su mejilla y arrullándole:

—Venga, venga, no te sientas mal. Ya podrás hacerme daño luego.

Se oyeron sonidos a nuestro alrededor, pero no se acercaron. Me adelanté y le arranqué la máscara del rostro.

Realmente, no sé cómo pude haber esperado que su rostro, fuera distinto. Naturalmente, era muy pálido, y no usaba ninguna clase de cosméticos. Supongo que no tiene significado el usarlos bajo una máscara. Las cejas estaban desarregladas, y los labios agrietados. Pero en lo que respecta a la expresión general, en cuanto a las sensaciones que corrían y se deslizaban por ella...

¿Han levantado ustedes alguna vez una roca de un suelo húmedo? ¿Han visto ustedes en alguna ocasión los repugnantes gusanos blanquecinos? La miré, y ella me miró a mí.

—Sí, está usted tan asustada, ¿no es así? —dije sarcásticamente—. Le da usted miedo este pequeño drama de cada noche, ¿no? Está usted mortalmente asustada.

Y salí a la noche púrpura, todavía apretando la mano contra mi mejilla ensangrentada. Nadie me detuvo, ni siquiera las muchachas luchadoras. Deseé poder arrancar una película de bajo mi camisa y probarla allí y allí, y encontrar que había absorbido demasiada radiación, para así poder solicitar atravesar el Hudson e ir a New Jersey, más allá de la radiación remanente de la Bomba de los Estrechos, y así esperar en Sandy Hook el herrumbroso buque que me llevaría, atravesando el mar, de vuelta a Inglaterra.

EL TESTIGO

Eric Frank Russell

Ningún tribunal de la historia ha atraído tanto la atención mundial. Seis cámaras de televisión giraban lentamente siguiendo a los miembros del tribunal, cubiertos con sus túnicas rojas y negras, que desfilaban solemnemente hacia sus asientos. Diez micrófonos enviaban el leve sonido de las pisadas y el imperceptible crujir de los documentos hacia las redes nacionales de ambos hemisferios. Doscientos reporteros y enviados especiales llenaban la galería que les había sido reservada. Cuarenta representantes de organizaciones culturales dirigían su mirada a la parte opuesta de la sala donde ocupaban sus asientos, en número dos veces mayor, los funcionarios gubernamentales y diplomáticos de rostro seco e impassible.

El tribunal había prescindido de la tradición; el procedimiento no resultaría familiar al abogado clásico porque se trataba de una ocasión especial preparada para juzgar un caso nunca visto. Se había echado mano de la técnica para habérselas con un nuevo y extraordinario reo, mientras que se ponía a salvo la dignidad de la justicia valiéndose de unos medios teatrales.

Había cinco jueces y ningún jurado; pero mil millones de ciudadanos estaban oyendo y viendo la escena desde sus hogares, dispuestos a asegurar un procedimiento leal y honrado. Las ideas de lo que constituía ese juego limpio resultaban tan variadas como la nunca vista audiencia, y la mayoría de ellas eran irrazonables y puramente emocionales. Una minoría de espectadores esperaban el perdón, otros muchos deseaban una pena de muerte, mientras que los indecisos abogaban por una expulsión arbitraria, cada cual de acuerdo a cómo hubiera sido influenciado por la vasta oleada de propaganda, brillante y fanática, que había precedido a este acontecimiento.

Los jueces ocuparon sus asientos con la despreocupación de aquellos que son demasiado viejos y se encuentran demasiado sumidos en la sabiduría para prestar atención a la publicidad. Se hizo un profundo silencio, roto tan sólo por el sonido acompasado del gran reloj de pared que había instalado sobre la tribuna. Eran las diez de la mañana, del 17 de mayo de 1977. Los micrófonos enviaron el tictac del reloj alrededor de todo el mundo. Las cámaras mostraron a los jueces, al reloj y, finalmente, se posaron sobre lo que constituía el centro de toda la atención: la criatura que se sentaba en el banquillo del reo;

Seis meses antes, este último sujeto había sido la sensación del siglo, el punto focal de locas esperanzas y de muchos temores, aún mayores. Desde entonces se le había visto tan a menudo en las pantallas de televisión y en las páginas de las revistas y periódicos, que el asombro público había desaparecido, si bien subsistían las esperanzas y los temores. Lentamente había sido convirtiéndose en un sujeto de película, despectivamente apodado «Spike», clasificado como algo intermedio entre

un imbécil, desahuciado y contrahecho, y el hábil emisario de un enemigo extraterrestre, más hábil todavía. La familiaridad había engendrado el desprecio, pero no lo suficiente para acabar con los temores.

Su nombre era Maeth y había venido de algún planeta del espacio de Proción. Medía tres pies de estatura, era de color verde brillante y tenía unos pies semejantes a zapatitas de almohadilla. Sus miembros eran regordetes, cubiertos de ventosas y pelillos, de donde salían unas protuberancias espigosas que le daban la apariencia de un cacto disciplinado, de no haber sido por sus grandes ojos dorados, que miraban a los hombres ingenuamente en espera de misericordia, ya que nunca había hecho a nadie ningún daño. Era una especie de sapo pensativo con la cabeza cubierta de joyas.

Un oficial de toga negra anunció solemnemente:

—¡Se constituye en sesión este tribunal especial, por acuerdo de todas las naciones, y convocado dentro de la jurisdicción del Gobierno Federal de los Estados Unidos de América! ¡Silencio!

El juez que ocupaba el centro miró a sus colegas, se ajustó las gafas y, por último, miró al sapo, cacto o lo que quiera que fuese aquella criatura.

—Maeth de Proción, creemos que usted no puede hablar ni oír, pero que es capaz de entendernos telepáticamente y responder visualmente.

Las cámaras enfocaron a Maeth cuando se volvió hacia la pizarra que tenía detrás y escribía con tiza una palabra:

—Sí.

—Se le acusa —prosiguió el juez—, en general, de haber entrado ilegalmente en este mundo conocido como Tierra y, especialmente, en los Estados Unidos de América. ¿Se considera culpable o inocente?

—¿De qué otra forma se puede entrar? —preguntó Maeth estampando unas letras valientes y claras. El juez frunció el entrecejo.

—Tenga la bondad de responder a mi pregunta.

—Inocente.

—Se le ha nombrado un abogado defensor. ¿Tiene que hacerle alguna objeción?

—Bendito el que viene en son de paz. Pocos fueron los que saborearon aquella ingeniosa salida. Era una probatura del demonio citando la Biblia.

Haciendo una señal, el juez se echó hacia atrás en su asiento y comenzó a limpiar sus gafas. El fiscal se arregló la túnica sobre sus hombros y se puso en pie. Era un hombre alto, de facciones enjutas y ojos agudos.

—¡Primer testigo!

Un hombre delgaducho salió a ocupar el asiento junto al tribunal. Se sentó agitando visiblemente las manos.

—¿Su nombre?

—Samuel Nall.

—¿Es cierto que tiene una granja cerca de Dansville?

—Sí, señor. Yo...

—No me llame «señor». Responda sólo a mis preguntas. ¿Es cierto que aterrizó sobre su granja esta criatura?

—¡Señoría, protesto! —dijo poniéndose en pie el defensor. Era un hombre encarnado y gordo pero increíblemente despierto—. Mi cliente es una persona, no una criatura. Pido, por tanto, que se le mencione como tal.

—Objeción denegada —dijo el juez del centro—. Prosiga, señor fiscal.

—Fue sobre su granja donde aterrizó esta «criatura»?

—Sí —respondió Samuel Nall mirando vanidoso hacia las cámaras—. Bajó de golpe y porrazo, y luego...

—Limítese a la pregunta. ¿Es cierto que el aterrizaje originó muchos daños?

—Sí.

—¿Sabría valorarlos?

—Dos trojes y bastante grano. Me hizo perder tres mil dólares.

—¿Mostraba esta «criatura» alguna señal de remordimiento?

—Ninguna —repuso Nall de mal talante mirando al tribunal—. Actuaba como si no le importase lo más mínimo.

El fiscal fue a sentarse, lanzando una sonrisa burlona al hombre gordo.

—Su turno.

El defensor, ya puesto en pie, miró a Nall con benevolencia y le dijo:

—Se lo preguntaré de otra forma: ¿Había en su cosecha torres octogonales con paredes dotadas de ventanas movibles y tejados controlados barométricamente?

Samuel Nall meneó ligeramente las cejas y exclamó por lo bajo:

—¿Qué?

—Se lo preguntaré de otra forma: ¿Había en su cosecha moscones y halcones bicolores?

—Era cebada granada —contestó Nall lleno de desesperación.

—¡Hombre de Dios! conque cebada, ¿eh? ¿Es que no sabe usted lo que son halcones y moscones? ¿Los reconocería si los viera?

—Creo que no —admitió con gran reparo el granjero Nall.

—Permítame decirle que parece usted singularmente parco en sus facultades de percepción —observó mordazmente el defensor—. Créame que, en verdad, lo siento por usted. ¿Sería capaz de descubrir el sufrimiento en mi rostro?

—Creo que no —dijo Nall, notando que su trono ante las cámaras se estaba convirtiendo en una especie de lecho de clavos.

—En otras palabras; que no es usted capaz de reconocer el remordimiento aunque mire.

—¡Protesto! —rugió el fiscal levantándose enrojecido—. Razonablemente, no se puede esperar que el testigo... —se calló de golpe cuando su oponente se sentaba, y recuperándose en seguida refunfuñó—: ¡El siguiente testigo!

El testigo número dos era un hombre corpulento, musculoso, vestido de azul y

mostraba el aplomo de estar largamente familiarizado con los tribunales y con los tediosos procedimientos de la ley.

—¿Su nombre?

—Joseph Higginson.

—¿Es usted oficial de la policía de Dansville?

—Exacto.

—¿Fue usted requerido por el primer testigo?

—Sí.

El fiscal presentaba la sonrisa de quien se halla en completo dominio de las circunstancias.

—Al descubrir lo que había ocurrido —siguió hablando—, usted trató de prender a la causa de todo ello, ¿verdad?

—Eso hice.

El oficial Higginson volvió la cabeza y lanzó una mirada ceñuda a los dorados ojos que miraban suplicantes desde el banquillo.

—¿Y qué sucedió?

—Que me paralizó con la vista.

El juez que había sentado a la izquierda intervino:

—Parece ser que se ha recuperado usted. ¿Qué extensión tuvo esa parálisis y cuánto tiempo duró?

—Me paralizó todo el cuerpo, señoría, y desapareció después de un par de horas.

—Tiempo suficiente —dijo el fiscal tomando de nuevo la palabra— para que este intruso pudiera escapar.

—Sí —añadió tristemente.

—Por tanto, entorpeció a un oficial de policía en el cumplimiento de su deber, atentó contra él y resistió al arresto.

—Así fue —agregó Higginson con énfasis.

—Su turno —dijo el fiscal sentándose muy satisfecho.

El defensor se puso en pie y apoyando los dedos pulgares en las sisas del chaleco preguntó con apabullante amabilidad:

—¿Sería usted capaz de reconocer a otro oficial de policía, si lo viera?

—Naturalmente.

—Muy bien. Ahora hay uno sentado entre el público asistente. ¿Tiene la bondad de señalarle, en beneficio de este tribunal?

Higginson miró cuidadosamente entre la escasa concurrencia que representaba personalmente a la gran audiencia invisible. Las cámaras enfocaban siguiendo la búsqueda. Jueces, reporteros, funcionarios, todos miraban en la misma dirección.

—No debe de llevar uniforme —declaró Higginson, dándose por vencido.

El juez que ocupaba el centro intervino cortésmente:

—Este tribunal difícilmente podría aceptar como prueba la incapacidad del testigo para reconocer a un policía de paisano.

—Estoy de acuerdo, señoría —convino el defensor. Sus regordetas facciones dejaban ver el desencanto y la frustración, lo cual alegró el corazón de su atento oponente. Y entonces, satisfecho de que éste se hubiera elevado a las alturas, lo dejó caer de golpe a las profundidades, añadiendo brillantemente—: Pero el susodicho oficial se halla reglamentariamente uniformado.

El fiscal cambió su rostro como si se tratara de una máscara. El cuello de Higginson sufrió tortícolis afanándose en mirar de nuevo a la concurrencia.

—Es de color gris aceitunado con galones rojos —siguió diciendo el defensor—. Se trata del capitán preboste de! Cuerpo de Policía Militar.

—Debería usted haber empezado diciendo eso —objetó Higginson sintiéndose abiertamente vejado.

—¿Le dijo usted al defendido que era un oficial de policía?

El testigo enrojeció, abrió la boca, volvió a cerrarla y se puso a mirar suplicante al fiscal acusador.

—¡Responda a la pregunta! —insistió el juez.

—No, no se lo dije.

—¿Por qué?

—No creí que fuera necesario —repuso Higginson con voz áspera, restregándose la frente—. ¿No estaba claro que era policía?

—Soy yo quien hace la pregunta y usted quien ha de contestarla. ¿Está usted de acuerdo en que el capitán preboste no ofrece la menor confusión?

—¡Protesto! —dijo el fiscal levantando la mano—. Las opiniones no constituyen prueba.

—¡Admitida! —objetó el juez del centro, mirando al abogado defensor por encima de sus gafas—. Este tribunal entiende que el testigo no tenía ninguna necesidad de ofrecer verbalmente al defendido cualquier clase de información disponible. Prosiga con su examen.

El defensor se volvió hacia Higginson preguntándole:

—¿Qué estaba usted haciendo exactamente en el momento en que fue paralizado?

—Apuntando con mi arma.

—¿Y a punto de disparar?

—Sí.

—¿Al acusado?

—Sí.

—¿Tiene usted por costumbre disparar primero y preguntar después?

—Las costumbres del testigo no hacen al caso —dijo el juez del centro, y mirando a Higginson añadió—: No está obligado a responder a esa pregunta.

El oficial Higginson hizo un guiño de satisfacción y obedientemente no la contestó.

—¿Desde qué distancia iba usted a disparar? —insistió el abogado defensor.

—Cincuenta o sesenta metros.

—¿Tanto? Debe ser usted un excelente tirador.

Higginson asintió llana y prudentemente. Había llegado a la conclusión de que aquel hombre regordete le estaba resultando un hueso.

—¿Sobre qué hora piensa usted llegar a casa para cenar?

Cogido un poco por sorpresa con este repentino cambio de ataque, el testigo dijo boquiabierto:

—Puede que a media noche.

—Su esposa se alegrará de saberlo. De no ser por la radio y el video, no podría habérselo dicho verbalmente, ¿verdad?

—Por mucho que gritara, mi mujer no podría oírme desde Dansville —afirmó Higginson un poco sarcástico.

—Por supuesto que no. Tal distancia cae por completo fuera del campo audible de la voz natural humana —el defensor se frotó a barbilla, meditó durante unos segundos y preguntó a quemarropa—: ¿Podría usted hacerse entender «telepáticamente» en un radio de cincuenta o sesenta metros?

No hubo respuesta.

—¿O su límite mental se mantiene dentro de lo que mi defendido asegura ser el límite normal, es decir, veinticinco o treinta metros?

Higginson achicó sus ojos y no dijo nada.

—¿No lo sabe?

—No.

—¿Qué lástima! —comentó el defensor, al tiempo que sacudía tristemente la cabeza y tomaba asiento.

El tercer testigo era un tipo atezado de piel aceitunada que miraba descaradamente a sus botas mientras que el fiscal iniciaba su actuación.

—¿Nombre?

—Dominio Lolordo.

Se expresaba en voz baja, como si estuviera pesaroso de que aquella voz perteneciese a la imagen que salía por el video.

—¿Regenta usted un restaurante de mariscos?

—Sí.

—¿Reconoce usted a la criatura que ocupa el banquillo?

—Sí —dijo después de echar una mirada de reojo.

—¿En qué circunstancias lo vio usted por última vez?

—En mi restaurante.

—¿Es cierto que penetró violentamente, poco antes del amanecer, y le despertó mientras estaba robando en su casa?

—Exacto.

—¿Intentó usted capturarlo?

Lolordo le miró con cara de asco.

—¿Coger a eso? ¡No hay más que mirarlo!

—Su apariencia sólo no le habría impedido cogerlo, teniendo en cuenta que estaba usted siendo robado —sugirió el fiscal con intención—. Seguro que había algo más.

—Había penetrado por la ventana —respondió Lolordo, alzando la voz considerablemente—. Había pasado a través de la ventana, dejando marcado en ella un boquete igual a su forma. Luego salió del mismo modo, dejando otro boquete igual. No había cristales rotos, astillas ni nada. ¿Qué puede hacerse con un pesadilla verde que traspasa el vidrio como si nada?

—Al ver esta demostración de fuerza sobrenatural, usted pidió ayuda, ¿verdad?

—¡Así fue!

—Pero esa ayuda llegó demasiado tarde, y este ladrón sin escrúpulos tuvo tiempo de huir, ¿no?

—Desde luego.

El fiscal hizo un gesto con la mano para indicar que había terminado y el abogado defensor tomó la palabra.

—Afirma que le estaba robando. ¿Qué le robaba?

—Género.

—Eso no es una respuesta.

—¿Ah, no? —respondió Lolordo bostezando con exagerado desinterés.

El juez que había en el centro se adelantó un poco desde su asiento y le apercibió severo:

—¿Desea el testigo ser sancionado por menosprecio del tribunal?

—Langostas y ostras —se apresuró a responder Lolordo sin mucha gracia.

—En otras palabras: una buena cena —sugirió el defensor.

—Si prefiere llamarlo así...

—¿Se lo estaba comiendo el acusado como si estuviera hambriento?

—No me entretuve para verlo. Me fui corriendo a buscar ayuda.

—¿De forma que aunque el acusado le intuyera los pensamientos para darse cuenta de que había cometido un acto antijurídico, no le dio usted oportunidad para disculparse ni restituirle?

No hubo respuesta.

—Y, en todo caso, los pensamientos de usted eran violentamente hostiles, ¿verdad?

—No le iba a regalar, precisamente, un ramo de flores —aseguró Lolordo.

—Este testigo es impertinente —dijo el defensor a los jueces—. No lo necesito.

Los jueces conferenciaron entre sí y el que ocupaba el sillón del centro dijo con frialdad: el testigo será retenido dentro del recinto de este tribunal hasta que se haya decidido el caso.

Lolordo abandonó su asiento mirando con enfado a derecha e izquierda.

—¡Cuarto testigo!

El asiento fue ocupado por un hombre apuesto y de mediana edad, que podía ser

confundido con un presidente de banco o con un eminente cirujano, de los que se ven en el cine.

—¿Su nombre?

—Winthrop Allain.

—Es usted profesor residente de Zoología, ¿verdad? —inquirió el fiscal.

—En efecto.

—¿Reconoce a la criatura que ocupa el banquillo?

—No puedo por menos. He estado en estrecha comunicación con ella durante varias semanas. El fiscal hizo un gesto de impaciencia.

—¿En qué circunstancias lo conoció usted por primera vez?

Esta respuesta parecía innecesaria. Todo el mundo conocía aquellas circunstancias, pues habían sido mostradas, una y otra vez, con todo lujo de detalles, con fantásticos pelos y señales. Sin embargo, Allain respondió:

—Apareció en el Zoo dos horas después del cierre. Pero ignoro cómo pudo entrar.

—¿Es cierto que estaba figoneando, viendo cuanto había que ver, tomando nota de todo?

—Bien... —repuso el profesor dudando.

—¿Estaba o no estaba figoneando?

—Efectivamente, tuvo tiempo de ver una buena parte del Zoo antes de que lo descubrieran los guardas, pero...

—Por favor, no embellezca sus respuestas, profesor Allain —objetó firmemente el fiscal—. Continuemos: debido al gran furor creado por la llegada y subsiguientes hazañas de este extraño sujeto, sus guardas no tuvieron dificultad para reconocerlo, ¿verdad?

—En absoluto. Me lo comunicaron en el acto.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Me encargué de él personalmente. Lo acomodé debidamente en un comportamiento vacío de la sección destinada a los reptiles.

Todo el tribunal, junto con las cámaras, miró atentamente hacia aquel experto que había tratado aquella ocasión con semejante imparcialidad.

—¿Cómo es posible que hiciera usted todo aquello sin sufrir parálisis, desintegración o cualquier otra desgracia sobrenatural? —dijo el fiscal con voz un tanto cáustica—. ¿O le invitó usted graciosa y cordialmente?

—¡Desde luego! —respondió el testigo con sequedad.

—No es éste el momento ni el lugar para ironías, profesor —le respondió el fiscal con cierta severidad—. Sin embargo, el tribunal entiende que usted clasificó a este ser de pesadilla como un reptil y lo encerró en el sitio apropiado.

—¡Qué va! Yo que ocurre es que la sección de los reptiles estaba vacía y reunía buenas condiciones de habitabilidad. El acusado resulta inclasificable.

Dejando aquello a un lado, con un gesto de desprecio, el fiscal continuó:

—¿Está usted dispuesto a decir al tribunal cómo consiguió atrapar a esta criatura

y librarse de sus malignos poderes?

—No lo atrapé. Me constaba que era un ente sensible y lo traté como a tal.

—Si hemos de fiarnos de las aportaciones hechas por otros testigos —dijo el fiscal acremente—, usted tuvo suerte en sus actuaciones. ¿Por qué esta criatura le permitió a usted establecer un contacto que había negado a otros?

—Porque reconoció en mí un tipo de mente acostumbrada a tratar con formas no humanas. Lógicamente estimó que el contacto conmigo sería mucho más fácil que con cualquier otro.

—Dice usted «lógicamente» —repitió el fiscal volviéndose hacia los jueces—. Ruego a sus señorías tomen en consideración esta palabra, teniendo en cuenta la distinguida personalidad del testigo —se volvió hacia Allain—. ¿Quiere decir con ello que es un ser inteligente?

—¡Sin duda alguna!

—Usted ha dispuesto de varias semanas para estudiar la mente de este indeseable intruso. ¿Qué grado de inteligencia diría usted que tiene?

—Por lo menos tanto como nosotros, aunque en modo distinto.

—¿Considera a este ejemplar como un tipo representativo de su raza?

—No tengo razones para suponer lo contrario.

—¿Cuya raza, por tanto, nos ¡guala intelectualmente?

—Es muy probable —el profesor Allain se frotó la barbilla y estuvo meditando un momento—. Sí. dentro de la posible comparación entre cosas distintas, yo diría que son nuestros equivalentes intelectuales.

—¿Tal vez superiores a nosotros no sólo intelectual, sino numéricamente?

—No lo sé. Lo dudo.

—¿Puede desecharse tal posibilidad?

—Los datos de que disponemos son más que insuficientes y, por tanto, yo...

—No eluda mi pregunta. ¿Existe la posibilidad, no importa cuan remota, de que la forma de vida representada por este monstruo que ahora tenemos delante sea la amenaza más directa con que jamás se haya enfrentado la humanidad?

—Si usted insiste, cualquier cosa puede presumirse como amenaza, pero...

—¿Es una «amenaza», sí o no?

El juez que ocupaba el centro intervino enérgicamente:

—Al testigo no se le puede obligar a ofrecer una respuesta positiva ante una pregunta hipotética.

Sin inmutarse, el fiscal hizo una reverencia y dijo:

—Muy bien, señoría; lo preguntaré de otra forma —se volvió hacia Allain—. En su opinión de experto, ¿es el cociente intelectual de esta forma de vida lo suficientemente alto como para poder conquistar, subyugar y esclavizar a la humanidad, si aquélla se lo propusiera?

—No lo sé.

—¿Sólo puede dar esa respuesta?

—Me temo que sí.

—Resulta bastante satisfactoria —comentó el fiscal lanzando una significativa mirada a las cámaras para un invisible jurado compuesto por mil millones de miembros—, tanto más cuanto admite la posibilidad de un peligro, de un extremo peligro.

—Yo no he dicho eso —protestó Allain.

—Tampoco dijo lo contrario —replicó el fiscal, y trassentarse satisfecho y complacido dijo—: Su turno.

—Profesor Allain —comenzó a hablar tranquilamente el defensor—, ¿las declaraciones que usted hizo referente al acusado, fueron publicadas con objetividad?

—Sin excepción, todas ellas han sido tergiversadas —respondió sombrío el profesor Allain, echando una fría mirada hacia el numeroso grupo de reporteros que le miraban con insolencia.

—El acusado ha sido repetidamente calificado de espía, que debe recibir una drástica sanción antes de que suceda algo peor. ¿Confirman esta teoría los datos que usted posee?

—No.

—¿Qué calificativo daría usted a mi defendido?

—El de un refugiado —dijo Allain.

—¿Resulta imposible que el acusado, abrigue intenciones hostiles?

—Nada es imposible —respondió el profesor Allain con una honradez a prueba dé bomba—. Cualquiera de nosotros podemos equivocarnos, pero a mí me parece no estarlo. Ésta es mi opinión, si es que sirve de algo.

El defensor suspiró:

—Según me han recordado, las opiniones no constituyen prueba —y fue a sentarse murmurando—: ¡Desgraciadamente, desgraciadamente!

—¡Quinto testigo!

—¡Décimo testigo!

—¡Decimosexto testigo!

Con el testigo número dieciséis se acababa la lista de la acusación fiscal. Podían haberse presentado cuatro o cinco veces más de testigos, pero aquéllos constituían la flor y nata de todos. Eran los que tenían algo sustancioso que ofrecer, algo que se consideraba útil para que el público pudiera decidir de una vez y para siempre (al menos con sus prejuicios, si no con sus cerebros) y si se debían tolerar ¡as incursiones de estas formas de vida o si se tomaban contra ellas medidas enérgicas. Lo que se dilucidaba en ésta, ocasión era la seguridad pública, y era al público a quien correspondía decir si deseaba o no correr el riesgo. Con este prejuicio, las pruebas aportadas por los dieciséis testigos representaban una formidable acusación contra aquel ser misterioso en un juicio donde se ventilaba su libertad o incluso su sentencia de muerte.

Consciente de que iba prosperando en su acusación, el fiscal se irguió, lanzando

una mirada autoritaria al acusado.

—¿Por qué vino usted a este mundo?

—Para escapar del mío.

—¿Espera que nos creamos eso?

—Yo no espero nada —escribió trabajosamente Maeth sobre la pizarra—. Sólo confío en que lo crean.

—¿Por qué íbamos a creerlo?

—Por bondad.

Esto desconcertó al interrogador. Al no saber qué decirle, se quedó en silencio un momento mientras buscaba otro ángulo de ataque.

—Entonces, ¿es que no le agradaba su propio mundo? ¿Qué mal veía en él?

—Todo —respondió Maeth.

—¿Quiere decir que es un inadaptado?

—Sí.

—¿Y considera que nuestro mundo es un vertedero para recibir inadaptados? No hubo respuesta.

—Me atrevo a decir que esa alegación es descabellada, que toda esa historia no es más que una sarta de mentiras. Estoy seguro de que los motivos que le impulsaron a venir aquí son más importantes y menos confesables que los que quiere admitir. Es más, estoy persuadido de que ni siquiera procede de la región de Proción, sino de algún sitio mucho más cercano, como, por ejemplo, de Marte.

Siguió sin haber respuesta.

—¿Está enterado de que los ingenieros astronáuticos han sometido su averiada nave a un largo y minucioso reconocimiento y han emitido un informe al respecto?

Maeth seguía allí, patético y paciente, mirando en la distancia como si buscara la paz, y no dijo nada.

—¿Sabe que en el informe aseguran que si bien su nave es muy superior a las desarrolladas por nosotros, y aunque sin duda es apta para viajar fuera de este sistema solar es, sin embargo, incapaz de llegar hasta e! Alfa de Centauro y mucho menos hasta Proción?

—Eso es cierto —escribió Maeth sobre la *pizarra*.

—¿Y a pesar de todo sostiene que vino de la región de Proción?

—Sí.

El fiscal extendió las manos con desesperación.

—Señorías, ya han oído al acusado. Su nave no puede llegar hasta aquí desde Proción. En cambio, él vino de Proción. Esta criatura es incongruente; bien porque sea un lerdo o, lo que es más probable, un ineficaz embustero. No veo, por tanto, razón para continuar mi...

—Viajé sobre una roca —garabateó Maeth.

—¡Eh! ¡Miren ustedes! —exclamó el fiscal apuntando a la pizarra sardónicamente—. El acusado viajó sobre una roca. Es una salida para escapar de su

propia trampa. ¡Nada menos que sobre una roca! —miró seriamente hacia el banquillo—. ¿Debe de haber sido un viaje muy largo?

—¿De manera que posó su nave sobre esa roca y ahorró combustible dejando que le transportara durante millones de millas? ¿Tiene idea sobre la remota posibilidad matemática que existe de encontrar un asteroide errante en cualquier sección del espacio?

—Son muy escasas —admitió Maeth.

—¿Y usted encontró precisamente el asteroide que le trajera hasta aquí durante todo el trayecto? ¡Qué astronave tan singular!

—No me trajo durante todo el trayecto. Sólo gran parte de él.

—Comprendido —afirmó el fiscal con altanero desprecio—; noventa y nueve en vez de cien millones de millas, si, por ejemplo, ésa fuera la distancia que nos separa. Sigue siendo asombroso.

—Además —continuó Maeth escribiendo seguro— yo no seleccioné ninguna roca para que me trajera hasta aquí, como usted da a entender. Me aproveché ávidamente de la única roca visible para que me ¡levara donde fuese. No tenía preferencia por ningún rumbo fijo. Quería lanzarme al azar confiando sólo en el destino.

—Entonces, ¿de haber tomado otra roca, pudo haberle llevado a cualquier otro lugar, ¿no?

—O a ningún lugar en concreto —añadió Maeth pesimista—. Pero el destino fue bondadoso.

—No esté tan seguro de ello —el fiscal se metió los pulgares en los bolsillos del chaleco y se puso a estudiar al otro con expresión siniestra—. Si sus reales propósitos, si sus verdaderos motivos son los que le han atribuido nuestros siempre alerta servicios informativos, es de esperar que le dediquen un buen reportaje repleto de plausibilidad. Usted ha relatado su historia a este tribunal, pero no ha ofrecido ninguna prueba concreta. No tenemos más que su palabras sin sostén, la palabra de un deforme extraño totalmente desconocido —hizo una pausa para terminar—. ¿No tiene que ofrecer a este tribuna! nada más tangible que una serie de vagas aseveraciones?

—No tengo otro medio de combatir la incredulidad, si no es con la propia fe —escribió Maeth lenta y pesadamente.

El fiscal respondió a este golpe atacando duro y sin compasión.

—¿Cuántos otros de su raza se encuentran ahora sobre nuestro mundo, siguiendo sus ruines propósitos, mientras que usted atrae la atención posando ante los focos de la publicidad?

Ni el tribunal ni la invisible audiencia habían pensado en eso. Media docena de reporteros patalearon para sus adentros por no haber caído en la cuenta y haber podido sacar partido del asunto. Desde el primer momento todos habían creído que sobre el planeta no había más que aquel ser extraño que tenían en sus manos. Sin

embargo, podía lógicamente haber más, una docena, un centenar de ellos, ocultos en sitios menos frecuentados, acechando en las sombras, esperando su momento. Todos se miraban recelosos y se agitaban inquietos.

—Vine solo— —escribió Maeth en la pizarra.

—Admito esa manifestación. Puede que sea la única verdad que ha dicho. Los expertos informan que su nave es monoplace, lo cual indica que vino solo. ¿Pero cuántas otras aves vinieron al mismo tiempo?

—Ninguna.

—Sería muy tranquilizador si fuera cierto —observó el fiscal apesadumbrado con ello a sus oyentes—. ¿No es cierto que su mundo dispone de numerosas naves mucho mayores y más potentes que la suya?

—Sí, muchas —admitió Maeth—. Pero no tienen mayor alcance ni mayor velocidad que la mía. Sólo tienen mayor capacidad de carga.

—¿Por qué vino con ésta?

—La robé.

—¿De veras? —el fiscal levantó las cejas y soltó una risita—. ¡Un ladrón confeso! —asumió un aire de suficiencia—. Naturalmente, espera que, confesándose autor de robo, la condena será menor que por espionaje —dejó que estas palabras hicieran su efecto antes de asestar otro duro golpe—. ¿Le importaría decirnos cuántos otros osados aventureros están preparados o preparándose para secundar su senda de conquista?

El abogado defensor se puso en pie y dijo:

—Aconsejo a mi cliente que no responda. El fiscal le hizo una señal con la mano para que se aplacara y se volvió hacia los jueces?

—Señorías, estoy listo para exponer mis conclusiones. Consultaron el reloj y después de conferenciar entre ellos por lo bajo le dijeron:

—Proceda.

El discurso pronunciado por el fiscal fue hábil, devastador y extenso. Revisó las pruebas, sacó negras conclusiones e implicó muchos hechos de los que el invisible auditorio podía sacar otras conclusiones todavía más negras. Esto no quería decir que el fiscal abrigara algún auténtico odio o temor hacia el extraño ser que se sentaba en el banquillo; era simplemente que estaba cumpliendo con su especial misión empleando una considerable habilidad.

—Este caso, con su nueva y peculiar rutina —recordé—, entrará en los anales de la jurisprudencia. A partir de hoy, constituirá un precedente por el que determinaremos nuestra actitud hacia futuros visitantes del espacio. Y los únicos árbitros de esa actitud serán «ustedes», el público en general, quienes cosecharán los beneficios de nuestras alianzas con el exterior —se detuvo endureciendo la voz—, o sufrirán los males de enemigos extraterrestres. Permítame resaltar que los beneficios pueden ser pequeños, insignificantemente pequeños... ¡Mientras que los males pueden ser inmensos!

Se tomó un sorbo de agua para aclarar la garganta, poniéndose con ahínco manos a la obra.

—Estoy tratando, con la mejor intención, de decidir lo que debería hacerse, pues no tenemos más base para formar las conclusiones que la aportada por el fantástico ejemplo que va a ser sometido al veredicto de todos ustedes.

Volviéndose, clavó su mirada en Maeth y siguió hablando:

—A esta criatura no se le ha tomado juramento porque no conocemos ninguno que le obligue. Su ética, si existe, está hecha a su manera y tiene muy poco en común con la nuestra. Todo lo que sabemos es que su descabellada e imaginativa historia coloca a la credulidad humana en una tesitura tal que cualquiera de nosotros podría ser perdonado por juzgarle como un desvergonzado embustero.

Los abultados ojos de Maeth se cerraron llenos de pena, pero el fiscal siguió hablando con resolución:

—Si bien lo relativo a su veracidad o falta de vergüenza puede constituir una cuestión especulativa, poseemos, sin embargo, cierta evidencia basada en los hechos. Sabemos, por ejemplo, que el acusado carece de respeto hacia la propiedad ajena y hacia la Ley, cuyas formas de respeto son las piedras fundamentales de la civilización que hemos construido a través de los siglos y que intentamos preservar contra todos los que intentaren destruirla.

Sus palabras sonaban un tanto exageradas. Maeth era demasiado pequeño, estaba demasiado espantado y solitario para que se pudiera atribuir el papel de un despiadado destructor de civilizaciones. No obstante, aquella imagen serviría para conmover un poco la opinión pública. Algunos miles, o probablemente millones de personas, acabarían opinando de ese modo, con lo cual no arriesgaban nada.

—Un ladrón, eso es lo que es. O, peor aún, un ladrón confeso que roba no sólo a nosotros sino también a los suyos. Un destructor inteligente y posiblemente el precursor de un ejército de nihilistas. Y lo digo abiertamente porque donde va un soldado puede seguirle todo un ejército. —Descartando la imposibilidad de obtener los necesarios asteroides transcósmicos para transportarlo, añadió—: ¡Toda una docena de ejércitos!

Su voz subía y bajaba, se hacía recia y suave, jugando hábilmente con las emociones del auditorio, cual maestro interpretando en un órgano gigantesco; apelaba al patriotismo mundial, prestábase al parroquialismo, justificaba los prejuicios, aumentaba los temores; temores propios y ajenos, temores del mañana, de lo desconocido. La solemnidad, el ridículo, la sonoridad, el sarcasmo, todo ello constituía buenas armas en su poderosa dialéctica.

—El —dijo el fiscal señalando a Maeth, usando el pronombre personal masculino — solicita la admisión como ciudadano de este mundo. ¿Podemos admitirle con todas sus faltas y extravagancias, con sus sobrenaturales poderes y aptitudes excéntricas, con sus motivos ocultos que pueden resultar claros cuando ya sea demasiado tarde? Pero, si en verdad es tan puro e inocente como pretende hacernos creer, ¿no sería

mejor infligirle una grave injusticia que infligírsela infinitamente más grande a toda la humanidad?

Miró a su alrededor con aire desafiante.

—Y si lo admitimos, como a un refugiado, ¿quién se lo quedará? ¿Quién iba a aceptar la compañía de una criatura incomprensible para el hombre normal y corriente? —dejó escapar una risita aguda—. Oh, sí, ha habido complacientes peticiones reclamando su compañía. Por increíble que pueda parecer, hay gentes que desean quedárselo.

Alzando una carta para que todos la pudieran ver, continuó:

—Esta persona le ofrece un hogar. ¿Por qué? Bien, según dice el firmante de esta carta, él mismo fue un ser «espigóse» cuando encarnó en Proción por octava vez —arrojó la carta sobre su pupitre—. Nunca han faltado chiflados entre nosotros. Pero, afortunadamente, el curso de la historia humana será decidido por ciudadanos severos y razonables, y no por dementes incurables.

Durante otra media hora continuó hablando, en un constante alusión de palabras que concluyeron así:

—En los asuntos humanos existe un final expeditivo para los espías, una rápida terapéutica para el presunto espía. No concibo por qué un ser extraño iba a merecer un tratamiento más misericordioso que el que aplicamos a nuestros semejantes humanos. Nos encontramos ante quien, por lo menos, es un ser indeseable o, quizás, el primer espía de un formidable enemigo. En este caso incriminatorio han de considerar ustedes, en el mejor interés de la seguridad pública, si ha de ser condenado a muerte, o con la inmediata expulsión al espacio de donde vino. El peso de la evidencia anula cualquier otra alternativa. Creo que no habrá escapado a la atención de todos ustedes el hecho de que sean tan abrumador el número de testigos de cargo. ¿No es altamente significativo que la defensa no haya presentado ninguno? —hizo una pausa para que los oyentes meditaran estas palabras y luego repitió con énfasis—: ¡Ninguno!

Otro sorbo de agua, después de lo cual se sentó y cuidadosamente alisó las perneras de sus pantalones.

Un hecho parecía quedar totalmente claro: Maeth era una cosa hedionda.

El defensor dio lugar a un ligero revuelo al levantarse y decir:

—Señorías, la defensa no desea exponer sus conclusiones.

Los jueces se quedaron mirándole con más extrañeza que si fuera un ser diez veces más raro que su propio cliente. Manosearon documentos y cuchichearon entre ellos.

A su debido tiempo, el que ocupaba el sillón central le preguntó:

—¿Quiere decir con eso que deja el veredicto encomendado a votación pública?

—Eventualmente, sí, señoría, pero más adelante. Deseo aportar mis pruebas y en ellas fundamentaré mi caso.

—Proceda —ordenó el juez, frunciendo el ceño dubitativo.

Dirigiéndose a Maeth, el abogado defensor le preguntó:

—¿Es cierto que en su mundo todos son como usted, es decir, que se entienden telepáticamente sin emitir palabras?

—Sí, todos.

—¿Es cierto que comparten una banda neural común, o, diciéndolo en términos simples, que piensan con una mente colectiva?

—Sí.

—Y que ése es un rasgo esencial por el que su mundo difiere del nuestro: en que sus gentes comparten una mente racial, pensando con ideas comunes.

—Sí —escribió Maeth en la pizarra.

—Hable a este tribunal acerca de sus padres.

Los ojos de Maeth se cerraron durante un rato, como si la mente que había tras ellos hubiera escapado lejos, muy lejos.

—Mis padres fueron unos fenómenos de la naturaleza. Se fueron separando de la banda común hasta que casi perdieron el contacto con la raza-mente.

—¿Y eso era algo que la raza-mente no podía tolerar? —preguntó con ternura el defensor.

—No.

—¿De forma que fueron eliminados, «por tener mentes propias»?

Hubo una larga pausa y luego respondió lentamente:

—Sí.

La caligrafía de la *pizarra era* delgada, temblona, difícilmente descifrable.

—¿Y aquello hizo que usted huyera en completa desesperación?

—Sí.

El defensor miró a los jueces.

—Me gustaría formular algunas preguntas más al cuarto testigo.

Todos asintieron de acuerdo, y el profesor Allain volvió a ocupar el asiento de los testigos.

—Profesor, como experto que es y ha hecho un largo y personal estudio de mi cliente, ¿quiere decir a este tribunal si el acusado es viejo o joven?

—Joven —dijo en seguida Allain.

—¿Muy joven?

—Bastante —respondió Allain—. No ha llegado a la edad adulta.

—Gracias —el defensor dejó que su suave y cándida mirada recorriera la sala. Nada había en sus regordetes facciones que les advirtiera del golpe que les preparaba—. ¿Varón o hembra?

—Hembra —repuso Allain.

A un reportero se le cayó un libro. Fue el único ruido que se oyó durante un minuto largo. Luego se oyeron unas hondas contenciones del aliento, el rápido sonido acompasado de las cámaras que se deslizaban para enfocar a Maeth, un murmullo de sorpresa que recorría la sala de un extremo a otro.

Entre el público asistente, el caricaturista más mordaz del día trazó su última creación: era una caricatura del acusado atado fuertemente a una roca en dirección a la Luna. Le titulaba «La Espiga Errante». ¿Cómo se le llamaría, él, ella o qué? ¿Espiguina? Se rascó la cabeza buscando un nuevo plan, pero sabía que no había ninguno. No se puede crucificar a una hembra solitaria e indefensa.

El fiscal aparecía sentado con los labios rígidos y el aire fatalista del que ve arrebatado un ochenta por ciento del terreno bajo sus pies. Conocía a su público. Estimaba su reacción en diez mil votos, en más o en menos.

Todos miraron a los dorados ojos de Maeth. Seguían siendo grandes pero, en cierto modo, habían adquirido una dulzura y una luminosidad de la que antes no se habían percatado. Ahora que se sabía, uno podía realmente «ver» que eran unos ojos femeninos. Y de forma un tanto peculiar e inexplicable, sus contornos se habían hecho más sumisos, menos extraños. ¡Incluso presentaban una vaga y remota apariencia humana!

El abogado defensor, con técnica efectiva, concedió al público tiempo suficiente para que rumiara sus pensamientos, antes de reanudar su meditado ataque.

—Señorías, quiero presentar un testigo de la defensa.

El fiscal giró la cabeza y empezó a buscar ávidamente entre el público de la sala. Los jueces se limpiaron las gafas y buscaron también. Uno de ellos puso en movimiento a un alguacil, que inmediatamente voceó con tonos estentóreos.

—¡El testigo de la defensa!

Luego siguió recorriendo aquel murmullo como un eco por todos los espectadores de la sala: «¡Testigo de la defensa! ¡La defensa tiene un testigo!».

De entre la sección del público salió un hombrecillo calvo, con aire de suficiencia, portando un gran sobre. Al llegar al asiento de los testigos no lo ocupó, sino que puso sobre el mismo una ampliación fotográfica de cuatro pies por tres.

El tribunal y las cámaras no dieron a la fotografía más que una brevísima mirada, porque instantáneamente la reconocieron. Era una mujer sujetando una lámpara.

Levantándose con gesto desaprobador, el fiscal protestó:

—Señorías, si a mi ilustre oponente se le permite presentar como testigo a la Estatua de la Libertad, acabará ridiculizando los procedimientos de este...

Un juez le hizo señas con la mano para que se sentara, comentando enérgicamente:

—El tribunal es plenamente capaz de mantener la dignidad de este proceso —y dirigiendo su mirada por encima de las gafas hacia el defensor añadió—: Testigo es todo aquel capaz de asistir al jurado para llegar a una conclusión justa.

—No lo he olvidado, señoría —afirmó el defensor imperturbable.

—Muy bien —dijo el juez echándose hacia atrás, ligeramente desconcertado—. Que el tribunal escuche las declaraciones de este testigo.

El defensor hizo una seña al hombrecillo, que inmediatamente sacó otra gran fotografía y la puso sobre la primera.

Era una enorme plataforma sobre la que aparecían escasamente visibles las bronceíneas faldas de la Estatua de la Libertad. Sobre el inmenso zócalo había escritas unas letras claras y grandes. Algunas personas de la sala echaron a la fotografía una fugaz mirada, puesto que se sabían de memoria aquellas palabras, pero otras las leyeron concienzudamente, una vez, dos y hasta tres veces.

Algunos ni siquiera habían visto antes dichas palabras, incluyendo los que pasaban junto a ellas dos veces al día, durante varios años. Las cámaras captaron las palabras y se las retransmitieron a millones de espectadores que no las habían visto nunca. Un locutor las fue recitando por la radio.

*Venid a mí, pobres y abatidos.
Ingentes masas que libertad anhelan.
Desdichados residuos de la fecunda costa.
Náufragos errantes y parias sin hogar.
Yo os alumbro desde la Puerta Dorada.*

Con el profundo y conmovedor silencio que siguió, nadie se había dado cuenta de que el abogado defensor hizo una ceremoniosa reverencia a los jueces y tomó asiento. La defensa había terminado sus pruebas y no tenía nada más que añadir.

Era la media noche. Una gran celda de piedra con una reja metálica, una cama, una mesa, dos sillas y, en un rincón, una radio. Maeth y el hombre regordete aparecían sentados mientras conversaban, examinaban la correspondencia y miraban al reloj.

—La parte contraria se aprovechó bien de la carta de aquel chiflado —comentó el defensor. No podía reprimir su costumbre de expresarse en voz alta, aunque sabía muy bien que su cliente tan sólo oía sus pensamientos. Apoyó ligeramente su recio dedo sobre el montón de cartas que habían estado mirando—. Yo podría haberle mostrado todas éstas escritas una semana antes. ¿Pero de qué hubiera servido? Lo único que prueba es que, todo el mundo no piensa igual.

Respiró profundo. Extendió los brazos abiertos y bostezó. Luego miró por veinte o treintava vez al reloj y tomó otra carta.

—Escuche ésta —dijo, y la leyó en voz alta.

«Mi hijo tiene trece años y no para de insistir para que ofrezcamos a su cliente un hogar, al menos durante algún tiempo. No sé si realmente hacemos bien con ello, pero nos dolería mucho si no lo hiciéramos así. Disponemos de una habitación de sobra, y si su cliente es aseado dentro de la casa y no le importa sufrir un poco de vapor los días de lavado de ropas...».

Al lanzar un nuevo bostezo le disminuyó la voz.

—Dicen que serán las seis de la mañana antes de que esté terminada la votación pública. Apuesto a que lo menos serán las ocho, o quizá las diez. Estas cosas se retrasan siempre —hizo un vano esfuerzo por ponerse más cómodo en su duro asiento—. De todos modos, yo me quedaré aquí hasta que termine, ya sea a favor o en

contra. Para qué engañarnos, yo soy el único amigo que tiene aquí. —Y señalando a las cartas—: Ahí tiene muchos, pero ninguno es de fiar.

Maeth dejó de leer una carta escrita en delgada e irregular caligrafía, tomó papel y lápiz y escribió:

—Allain no me enseñó suficiente vocabulario. ¿Qué es un «veterano»?

Cuando se lo hubo explicado, añadió:

—Este comunicante es el que me gusta más. Dice haber sido herido. Si quedo libre, aceptaré su invitación.

—Déjeme ver —dijo el defensor tomando la carta, y según iba leyendo murmuraba—: Um... Um... —Luego se la devolvió—. A usted le toca elegir. Los dos llevan algo en común, puesto que ambos tendrán que enfrentarse a un mundo hostil —echando un vistazo a la pared dijo—: Ese reloj no tiene prisas. Va a tardar una semana en amanecer.

Alguien abrió la puerta de rejas en medio de un repiqueteo de llaves y el fiscal penetró en la celda. Guiñando un ojo a su rival dijo:

—Al, eres un austero defensor; ni siquiera te sirves de los medios que te proporcionan.

—¿A qué te refieres?

—A la radio.

El defensor hizo un aspaviento desdeñoso.

—Al diablo con la radio. No hace más que ruidos y más ruidos. Hemos estado muy ocupados leyendo... en paz y tranquilidad —de pronto afluyó a sus amplias facciones un torrente de sospechas—. ¿Acaso nos hemos perdido algo importante?

—Las noticias de medianoche —dijo el fiscal apoyándose sobre el borde de la mesa, haciendo otro guiño—, con la marcha de la votación.

—¡No es posible! —exclamó el abogado defensor poniéndose en pie enrojeciendo de cólera—. Se convino por acuerdo internacional que este caso...

—Está permitido hacerlo bajo ciertas circunstancias —le interrumpió el otro—. El abrumador torrente de votos llegados en favor de tu defendida hace innecesario seguir el escrutinio —se volvió galante hacia Maeth—. Entre nosotros, carita graciosa: nunca me alegré tanto de perder un juicio.

El hombre que había en la habitación trasera frisaba en la edad mediana, había encanecido prematuramente y tenía unos dedos delgados y largos que parecían pinzas sensibles. Se hallaba escuchando la radio cuando llamaron a la puerta. En aquella habitación no había pantalla de video, solamente una radio que estaba interpretando una melodía polinésica. El sonido del timbre trepidó entre los compases de la música obligándole a desconectar el aparato y a levantarse. Parsimoniosamente cruzó la estancia y salió al pasillo.

Era muy extraño que llamara nadie a estas horas del atardecer. El cartero se presentaba ocasionalmente bien entrada la mañana, así como algún vendedor a eso del mediodía. Pero resultaba muy raro que fuera nadie más tarde. Tampoco estaba

esperando ninguna visita.

Avanzó tranquilamente por el pasillo hacia la puerta de la calle. Sus pies se hundían silenciosos en la recia alfombra y su mano derecha iba rozando la pared.

Había algo poderosamente extraño en esta visita. A medida que se acercaba a la puerta concebía la fantástica noción de saber por adelantado quién estaba esperando afuera. La imagen penetró en su mente, sombría pero discernible, como si hubiera sido insinuada por medios imposibles de definir, como si hubiera sido esperanzadoramente proyectada por los que aguardaban detrás de la puerta. Era la imagen de un hombre anchuroso y regordete de aire resuelto, acompañado de un ser pequeño, de color verde y amarillo.

A pesar de los agotadores esfuerzos y duras pruebas por las que había tenido que pasar para llegar a lo que era hoy, su sistema nervioso era pasablemente bueno y no estaba sujeto a sufrir visiones, ni todavía se le había desarrollado la tendencia a padecer errores. Por ello quedó desconcertado, e incluso algo fuera de sí, ante aquellas preconcepciones sin base previa. Nunca había conocido a un hombre regordete y macizo como el que se retrataba en su cerebro; ni siquiera en días más normales. En cuanto al segundo...

En todas partes hay personas, naturalmente, con unos sentidos muy despiertos y con extrañas aptitudes desarrolladas al máximo. Había que esperar que los hados fueran generosos y aportaran una compensación. Sin ellos, difícil sería seguir viviendo. Pero él conocía a los suyos, y entre los mismos no había nada parecido a esto.

Sus dedos, usualmente tan hábiles, palpaban con torpeza en busca de la cerradura. Parecía como si hubieran olvidado temporalmente dónde estaba situada. Luego, cuando dieron con ella, empezaron a girar la llave, en cuyo momento se deslizó dentro de su mente una voz aguda y clara como el repique de una campánula.

—Ten la bondad de abrir. «¡Mis ojos te guían!».

MADRE

Philip José Farmer

1

—Mira, madre. El reloj anda hacia atrás.

Eddie Fetts señaló las manecillas de la esfera de la sala de pilotaje.

—El choque debe de haber invertido la marcha —dijo la doctora Paula Fetts.

—¿Cómo es posible?

—No sabría decírtelo. No lo sé todo, hijo.

—¡Oh!

—Bueno, no me mires con tanta decepción. Estoy especializada en patología, no en electrónica.

—No te pongas así, madre. No puedo soportarlo. No ahora.

Salió de la sala de pilotaje. Ella le siguió ansiosa. El entierro de la tripulación y de sus compañeros científicos había sido una dura prueba para él. La visión de la sangre siempre le había producido náuseas y mareos; a duras penas había conseguido controlar las manos en la medida suficiente para ayudarla a ensacar los huesos y entrañas desperdigados.

Su deseo hubiera sido meter los cuerpos en el horno nuclear, pero ella se lo había prohibido. Los contadores Geiger situados en el centro de la nave tictaqueaban ruidosamente, advirtiendo la presencia de la muerte invisible en la popa.

El meteorito que les había golpeado en cuanto la nave salió de la traslación para entrar en el espacio normal, probablemente había destruido la sala de máquinas. Eso había deducido de las frases incoherentes y chillonas que pronunció un colega antes de salir huyendo rumbo a la sala de pilotaje. Ella había salido corriendo en busca de Eddie. Temía que la puerta de su camarote continuara cerrada, pues él había estado grabando una cinta del aria *Pesado es el vuelo del albatros*, del *Marinero antiguo* de Gianelli.

Por fortuna, el sistema de emergencia había desconectado automáticamente los circuitos de las cerraduras. Ella le había llamado por su nombre al entrar, temiendo que estuviera herido. Yacía en el suelo, semiinconsciente, pero no había ido a parar allí debido al accidente. La causa estaba en un rincón: un termo de medio litro con una tetina de caucho. La boca abierta de Eddie desprendía un olor a whisky de centeno que ni las pastillas Nodor con seguían ocultar.

Con voz tajante, le había ordenado que se levantara y se metiera en la cama. Su voz, la primera que jamás había escuchado él, atravesó la bruma de whisky Old Red

Star. Se levantó con dificultad y ella, pese a ser más pequeña, concentró todo su esfuerzo para ayudarlo a incorporarse y subir a la cama.

Se acostó allí a su lado y ató los cinturones en torno a los dos. Tenía entendido que el bote salvavidas también estaba averiado y que el capitán tendría que arreglárselas para hacer aterrizar la nave sin problemas sobre la superficie de ese planeta, bautizado pero inexplorado, llamado Baudelaire. Todos los demás habían acudido a sentarse detrás del capitán, atados a las sillas de choque, incapaces de ayudarlo como no fuera con su silencioso apoyo.

El apoyo moral no había sido suficiente. La nave había bajado con una ligera inclinación. Demasiado rápido. Los motores heridos no habían podido retenerla. La proa había recibido la peor parte del impacto. Y con ella las personas que ocupaban su interior.

La doctora Fetts estrechaba la cabeza de su hijo contra su pecho y rogaba a Dios en voz alta. Eddie roncaba y mascullaba. Luego se oyó un ruido que hacía pensar en el clamor de las puertas del infierno, un tremendo estampido como si la nave fuera el badajo de una campana gigantesca tañendo el más aterrador mensaje que hayan podido escuchar jamás oídos humanos, un cegador estallido de luz y luego la oscuridad y el silencio.

Segundos más tarde, Eddie comenzó a gritar con una voz infantil:

—¡No me dejes morir, Madre! ¡Vuelve! ¡Vuelve!

Su madre yacía inconsciente a su lado, pero él no lo sabía. Estuvo llorando un rato, luego volvió a sumirse en su estupor lleno de brumas de whisky de centeno —si es que en algún momento había llegado a salir de él— y se durmió. Otra vez la oscuridad y el silencio.

Era el segundo día después del choque, si podía emplearse la palabra «día» para describir el estado crepuscular de Baudelaire. La doctora Fetts seguía a su hijo dondequiera que éste fuese. Sabía que era una persona muy sensible y que se trastornaba fácilmente. Lo había sabido durante toda su vida y siempre había intentado interponerse entre él y cualquier cosa que pudiera causarle problemas. Había tenido bastante éxito hasta tres meses atrás, cuando Eddie se fugó con una chica.

Ella era Polina Fameux, la actriz de cabello rubio ceniza y largas piernas cuya imagen tridimensional, grabada en cinta, había sido remitida a las estrellas fronterizas, donde un escaso talento dramático tenía poca importancia y un pecho grande y bien formado importaba mucho. Puesto que Eddie era un conocido tenor del Metropolitan, la boda causó una gran conmoción cuyos ecos se extendieron por toda la galaxia civilizada.

La escapada le sentó muy mal a la doctora Fetts, pero confiaba en que había ocultado muy bien su dolor bajo una máscara sonriente. No lamentaba tener que dejarle partir: a fin de cuentas, ya no era su niño, sino un hombre hecho y derecho. Pero, en realidad, aparte de las temporadas en el Metropolitan y de sus giras, desde

que tenía ocho años no se había separado nunca de ella.

Entonces fue cuando ella hizo un viaje de luna de miel con su segundo marido. Y en esa ocasión ella y Eddie no habían estado mucho tiempo separados: Eddie se puso muy enfermo y ella tuvo que regresar a toda prisa para cuidarle, pues él insistía en que era la única capaz de lograr que mejorara.

Además, los días que pasaba en la ópera no podían considerarse una verdadera separación, ya que él se videocomunicaba con ella cada mediodía y tenían una larga charla, sin importarles lo elevadas que fuesen luego las cuentas del vídeo.

Los ecos que provocó la boda de su hijo tenían apenas una semana de antigüedad cuando les siguieron otros aún más sonoros. Éstos anunciaban la noticia de la separación de Eddie y su esposa. Quince días más tarde, Polina solicitaba el divorcio por razones de incompatibilidad. Eddie recibió los papeles en el apartamento de su madre. Había regresado a su lado el mismo día que él y Polina decidieron que «la cosa no funcionaba» o, como dijo él a su madre, que «no se llevaban bien».

La doctora Fetts sintió, naturalmente, una gran curiosidad por saber el motivo de su separación pero, como les explicó a sus amigos, «respetaba» el silencio de su hijo. Lo que no decía es que estaba convencida de que llegaría un momento en que él se lo contaría todo.

Poco después comenzó la «depresión nerviosa» de Eddie. Éste se había mostrado muy irritable, malhumorado y deprimido, pero su estado empeoró el día en que un supuesto amigo le dijo que Polina se reía largo y tendido cada vez que oía pronunciar su nombre. El amigo añadió que Polina había prometido revelar algún día la verdadera historia de su breve unión.

Esa noche su madre tuvo que llamar a un médico.

Durante los días que siguieron, ella estuvo a punto de renunciar a su puesto de investigadora en patología con De Kruif y dedicar todo su tiempo a ayudarlo a «recuperarse». Prueba de la lucha que tenía lugar en su mente era el hecho de que no hubiera logrado decidirse al cabo de una semana. Propensa de natural a considerar rápidamente los problemas y a resolverlos con celeridad, no podía avenirse a renunciar a su grato estudio sobre la regeneración de los tejidos.

Cuando ya estaba a punto de hacer lo que para ella era algo increíble y vergonzoso —arrojar una moneda—, recibió una videollamada de su superior. Éste le dijo que había sido seleccionada para formar parte de un grupo de biólogos que partirían en una gira de exploración de diez sistemas planetarios previamente seleccionados.

Con gran regocijo, tiró los papeles que debían servir para confiar a Eddie a los cuidados de un sanatorio. Y, puesto que él era bastante famoso, se valió de su influencia para conseguir que al Gobierno permitiera que él la acompañara. Aparentemente, Eddie debía realizar un estudio sobre el desarrollo de la ópera en los planetas colonizados por los terráneos. Las oficinas correspondientes parecían haber pasado por alto el hecho de que la nave no visitaría ningún planeta colonizado. Pero

no era ésa la primera vez en la historia de un Gobierno en que su mano izquierda ignoraba lo que hacía la derecha.

De hecho, su madre, que se consideraba mucho más capaz de curarle que ninguna de las terapias A, F, J, R, S, K o H en boga, se proponía «reedificarle». Sin duda, algunos de sus amigos daban cuenta de los sorprendentes resultados obtenidos con algunas de las técnicas simbólicas. Por otra parte, dos de sus colegas más íntimos las habían probado todas y no habían apreciado una mejoría en ninguna de ellas. Ella era la madre de Eddie podría hacer mucho más por él que ninguna de esas «alfabetías»; él era carne de su carne, sangre de su sangre. Además tampoco estaba tan enfermo. Sólo se ponía terriblemente azul a veces, pronunciaba teatrales pero insinceras amenazas de suicidio, o bien se limitaba a permanecer sentado con la mirada perdida en el espacio. Pero ella sabía manejarlo.

Y ahora ella le siguió en su huida del reloj que andaba hacia atrás, rumbo a su habitación. Y le vio poner un pie en el cuarto, mirar un segundo, para luego volverse hacia su madre con la cara descompuesta.

—Neddie está destruido, madre. Destruído del todo.

Ella echó una mirada al piano. Se había desprendido de los soportes de la pared en el momento del impacto para ir a estrellarse contra la pared contraria. Para Eddie no era simplemente un piano; era Neddie. Les ponía nombres a todas las cosas con las que tenía un contacto algo prolongado. Era como si saltase de un diminutivo a otro, al igual que un antiguo marino que se sentía perdido si no tenía cerca los puntos familiares y de nombre conocido de la línea costera. En caso contrario, Eddie se sentía flotar impotente en un océano caótico, un mar anónimo y amorfo. O, una analogía más característica de él, era como el asiduo de los clubs nocturnos que se siente sumergido, a punto de ahogarse, a menos que salte de una mesa a la siguiente, pasando de un grupo de caras conocida al otro, evitando las falsas figuras sin facciones y sin nombres de las mesas de los desconocidos.

No lloró por Neddie. Ella hubiera deseado que lo hiciera. Estuvo muy apático durante todo el viaje. Nada, ni siquiera el esplendor único de las estrellas desnudas o el carácter inexpresablemente foráneo de los planetas extraños había parecido reanimarle durante demasiado tiempo. Si al menos llorase o riera con fuerza o diera alguna señal de estar reaccionando violentamente ante lo que sucedía. Incluso le hubiera complacido que la golpeará airado o que la insultara.

Pero no, ni siquiera mientras recogían los cuerpos mutilados, cuando durante un rato pareció a punto de vomitar, cedió a las exigencias de expresión de su cuerpo. Ella pensaba que si él vomitase, eso le haría sentirse mucho mejor, le ayudaría a librarse de buena parte del malestar psíquico junto con el físico.

Pero Eddie no lo hizo. Siguió metiendo los trozos de carne y los huesos en grandes bolsas de plástico con una mirada fija de resentimiento y obcecación.

Ahora ella confiaba que la pérdida de su piano haría brotar las lágrimas y le estremecería las espaldas. Entonces podría estrecharle entre sus brazos y ofrecerle su simpatía. Volvería a ser su niño, asustado de la oscuridad, asustado del perro muerto por un coche, que buscaría entre sus brazos la protección segura, el amor seguro.

—No te preocupes, Baby —le dijo—. Cuando nos rescaten, te compraremos otro.

—¡Cuando nos rescaten...! —Arqueó las cejas y se sentó en el borde de la cama—. ¿Y ahora qué haremos?

Ella adoptó una actitud muy decidida y eficiente.

—La ultrarradio entró automáticamente en funcionamiento en el instante mismo en que recibimos el choque del meteorito. Si ha resistido el impacto, todavía estará mandando señales de socorro. De lo contrario, nada podemos hacer para remediarlo.

Ninguno de los dos sabe cómo repararla. Sin embargo es posible que en los cinco años transcurridos desde que fue localizado este planeta, hayan aterrizado aquí otras expediciones. No de la Tierra, sino de alguna de las colonias, o de planetas no humanos. ¿Quién sabe? Vale la pena probar suerte. Ya veremos.

Un simple vistazo bastó para hacer trizas sus esperanzas. La ultrarradio había quedado rota retorcida hasta hacerle perder todo parecido con el aparato que emitía ondas más rápidas que la luz a través del no-éter.

—¡Bueno, no tiene remedio! —exclamó la doctora Fetts con falso optimismo—. ¿Y qué más da? Hubiera sido demasiado fácil. Vamos al almacén a ver qué encontramos.

Eddie se encogió de hombros y la siguió. Una vez allí, ella insistió en que cada uno debía coger una panradio. Si tenían que separarse por cualquier motivo, siempre podrían comunicarse y también localizar al otro con los sintonizadores direccionales incorporados. Ya habían utilizado antes esos instrumentos y por tanto conocían sus capacidades y sabían lo esenciales que resultaban en los campamentos y excursiones.

Las panradios eran cilindros livianos de aproximadamente medio metro de alto y unos veinte centímetros de diámetro. Muy compactos, contenían los mecanismos de dos docenas de utensilios distintos. Sus baterías tenían un año de duración si no se recargaban, eran prácticamente indestructibles y funcionaban bajo casi cualquier tipo de condiciones.

Sacaron las panradios al exterior, procurando no acercarse a la parte de la nave que tenía un enorme boquete. Eddie exploró las bandas de onda larga mientras su madre movía el mando que abarcaba todas las bandas de onda corta. En realidad, ninguno de los dos tenía esperanzas de oír algo, pero era preferible probar que quedarse sin hacer nada.

Como no localizaba ningún ruido significativo en las frecuencias moduladas, Eddie pasó a las ondas continuas. Quedó estupefacto al oír una transmisión en morse.

—¡Eh, mamá! ¡Hay alguien los mil kilociclos! ¡Algo no modulado!

—Naturalmente, hijo —dijo ella un poco exasperada en medio de su entusiasmo—. ¿Qué otra cosa puedes esperar tratándose de una señal radiotelegráfica?

Localizó la banda en su propio cilindro. Ella miró con ojos inexpresivos.

—No entiendo nada de radio, pero eso no es morse.

—¿Cómo? ¡No puede ser! ¡Debes haberte equivocado!

—N-no lo creo.

—¿Lo es o no lo es? Cielos, hijo, ¡nunca puedes estar seguro de nada!

Subió el volumen. Los dos habían aprendido galacto-morse mediante técnicas de aprendizaje durante el sueño y de inmediato pudo constatar lo que decía su hijo.

—Tienes razón. ¿A ti qué te parece?

Su rápido oído seleccionó los compases.

—No es un morse simple. Hay cuatro compases de distinta duración.

Escuchó un poco más.

—Sin duda tienen un cierto ritmo. Alcanzo a distinguir unas claras agrupaciones. ¡Ah! Es la sexta vez que oigo ésta. Y ahí va otra. Y otra.

La doctora Fetts movió su cabeza rubio ceniza. No lograba distinguir nada más que una serie de sonidos: sst-sst-sst.

Eddie echó un vistazo al indicador de dirección.

—Proceden del nordeste con inclinación éste. ¿Crees que debemos intentar localizarlos?

—Naturalmente —replicó ella—. Pero será mejor que comamos primero. No sabemos a qué distancia están, ni qué encontraremos allí. Prepara el material para la expedición, mientras yo cocino algo caliente.

—De acuerdo —dijo con un entusiasmo como no lo había manifestado en largo tiempo.

Cuando volvió se comió todo el contenido del gran plato que su madre había preparado en el hornillo de la cocina, la cual no había sufrido ningún daño.

—Siempre has hecho el mejor puchero del mundo —dijo Eddie.

—Gracias. Me alegra verte comer otra vez, hijo. Estoy sorprendida. Creí que todo esto te pondría enfermo.

El hizo un gesto vago pero enérgico con la mano.

—El desafío de lo desconocido. Tengo una cierta sensación de que esto va a resultar mucho mejor de lo que esperábamos. Mucho mejor.

Ella se le acercó y olfateó su aliento. El olor era limpio, inocente, sin rastros ni siquiera de estofado. Eso significaba que había tomado Nodor, lo cual probablemente era señal de que había estado bebiendo un poco de whisky de centeno a escondidas. ¿Cómo se explicaba si no su temerario desdén ante los posibles peligros? No era propio de él.

La doctora no dijo nada, pues sabía que si él intentaba ocultar una botella entre sus ropas o en su mochila mientras trataban de localizar las señales de radio, ella no tardaría en descubrirla y se la quitaría. El ni siquiera protestaría; se limitaría a dejársela arrebatar de su mano flácida mientras sus labios se hincharían en un gesto de resentimiento.

Emprendieron la marcha. Los dos llevaban mochilas y las panradios. Él llevaba una escopeta al hombro y ella había añadido a su mochila su pequeño y bien provisto botiquín.

El mediodía de finales de otoño aparecía coronado por un débil sol rojizo que apenas conseguía hacerse visible entre la eterna doble capa de nubes. Su compañero, una mancha lila todavía más pequeña, se estaba poniendo en el horizonte noroccidental. Caminaban en una especie de brillante penumbra, lo mejor jamás logrado en Baudelaire. Sin embargo, a pesar de la escasa luz, el aire era cálido. Era un fenómeno común a algunos planetas situados detrás de la nebulosa Cabeza de Caballo, un fenómeno que se estaba estudiando pero que aún no se había podido explicar.

El terreno era ondulado con muchas quebradas profundas. De trecho en trecho se alzaban prominencias lo suficientemente elevadas y de laderas lo bastante empinadas como para considerarlas un embrión de montaña. Sin embargo, teniendo en cuenta lo accidentado del terreno, la vegetación era sorprendentemente abundante. Matorrales, enredaderas y pequeños árboles de colores verde claro, rojo y amarillo se aferraban a cada trocito de terreno, horizontal o vertical. Todos tenían hojas anchas que giraban con el sol para captar la luz.

De vez en cuando, mientras los dos terráqueos avanzaban ruidosamente a través del bosque, pequeñas criaturas multicolores parecidas a insectos o mamíferos se deslizaban de un escondrijo a otro. Eddie decidió llevar la escopeta empuñada y luego, después de verse obligados a subir y bajar dificultosamente los barrancos y colinas y a abrirse paso entre una maleza inesperadamente enmarañada, volvió a colgársela al hombro, suspendida de una correa.

Pese al esfuerzo realizado no se cansaron fácilmente. Pesaban unos diez kilos menos de lo que habrían pesado en la Tierra y, aunque el aire era menos denso, también era más rico en oxígeno.

La doctora Fetts seguía el paso de Eddie. Con treinta años más que el joven de veintitrés, hubiera podido pasar por su hermana mayor, incluso después de un detallado examen. De eso se encargaban las pastillas de longevidad. Sin embargo, él la trataba con toda la cortesía y caballerosidad debidas a la propia madre y la ayudaba a subir por las pendientes, aun cuando las subidas, tal vez por la amplitud de su pecho, no parecían obligarla a inspirar mayor cantidad de aire.

Hicieron un alto junto a un barranco para averiguar su posición relativa.

—Han cesado las señales —dijo él.

—Evidentemente —replicó ella.

En aquel momento comenzó a brincar el detector de radar incorporado al aparato. Los dos levantaron automáticamente la vista.

—No hay ninguna nave en el aire.

—No puede proceder de ninguna de esas colinas —puntualizó ella—. Sólo hay una gran piedra en la cima de cada una.

—Sin embargo, viene de ahí, creo. ¡Oh! ¿Has visto lo mismo que yo? Parecía como una larga vara que ha desaparecido detrás de esa roca grande.

Ella concentró la mirada bajo la pálida luz.

—Creo que lo has imaginado, hijo. Yo no he visto nada.

Entonces, mientras aún continuaba la señal del radar, se inició de nuevo el siseo. Poco después se oyó un fuerte ruido al que siguió un total silencio.

—Subamos a ver qué encontramos —dijo ella.

—Algo raro —comentó él.

Ella no le contestó.

Cruzaron la cañada e iniciaron el ascenso. Cuando estaban a mitad del camino les desconcertó un súbito y denso olor que llegó con una ráfaga de viento.

—Huele como una jaula llena de monos —dijo él.

—Monos en celo —añadió ella. Si él tenía el oído más aguzado, el olfato de ella era más penetrante.

Continuaron subiendo. El detector hizo sonar su diminuto gong histérico. Eddie se detuvo, perplejo. El detector indicaba que las pulsaciones del radar no procedían, como antes, de la cima de la colina por la que subían, sino de la colina situada al otro lado.

La panradio se quedó bruscamente muda.

—¿Y ahora qué hacemos?

—Terminar lo que hemos empezado. Explorar esa colina. Luego nos ocuparemos de la otra.

Él se encogió de hombros y luego se apresuró a seguir el alto cuerpo delgado de su madre enfundado en su mono de pantalones largos. El olor la había literalmente calentado, y nada podía detenerla. El le dio alcance justo antes de que llegara a la roca del tamaño de un chalet que coronaba la colina. Ella se detuvo a examinar atentamente la aguja del detector, que osciló frenéticamente antes de detenerse en el punto neutro. El olor a monos era muy intenso.

—¿Crees que podría ser algún tipo de mineral generador de radio? —preguntó ella desilusionada.

—No. Esos grupos de notas eran semánticos. Y este olor...

—Entonces, ¿qué...?

El no sabía si alegrarse o no de que ella le hubiera traspasado tan evidente e inesperadamente todo el peso de la responsabilidad y de la acción. Fue presa al mismo tiempo del orgullo y de un curioso encogimiento. Pero, en todo caso, sintió entusiasmo. Casi se sentía, pensó, como si estuviera a punto de descubrir lo que venía buscando desde hacía largo tiempo. No hubiera sabido decir cuál había sido el objeto de su búsqueda. Pero se sentía excitado y no demasiado asustado.

Descolgó el arma, una combinación de escopeta y rifle con dos cañones. La panradio seguía callada.

—Tal vez la roca sirva de camuflaje a un equipo de espionaje —dijo Eddie. Sonaba absurdo, incluso a sus propios oídos.

Oyó jadear y gritar a su madre a sus espaldas. Giró en redondo y levantó la escopeta, pero no había nada a lo cuál disparar. Temblorosa y diciendo palabras incoherentes, ella estaba señalando la cima de la colina situada al otro lado del valle.

Él logró, distinguir una larga y fina antena que aparentemente se proyectaba de la monstruosa roca allí agazapada. Simultáneamente, dos pensamientos pugnaron por ocupar el primer lugar en su mente: primero, que era más que una coincidencia que ambas colinas tuvieran estructuras de piedra caso idénticas en su cima; y segundo, que debían haber levantado hacía poco la antena, pues estaba seguro de no haberla visto la última vez que había mirado.

Nunca llegó a comunicar sus conclusiones a su madre, pues algo fino, flexible e irresistible le agarró por detrás. Se sintió elevado en el aire y arrastrado hacia atrás. Dejó caer la escopeta e intentó coger los tentáculos que le aprisionaban y zafarse de ellos con sus manos desnudas. Pero fue en vano.

Alcanzó a divisar por última vez a su madre que huía corriendo colina abajo. Luego cayó una cortina y se encontró sumido en la total oscuridad.

Eddie se sintió girar, todavía suspendido. Aunque no podía saberlo con certeza, le pareció estar mirando exactamente en dirección contraria. De repente se soltaron los tentáculos que le sujetaban las piernas y los brazos. Sólo su cintura continuaba atrapada. La presión era tan fuerte que gritó de dolor.

Luego, con las puntas de las botas chocando contra algo elástico, le empujaron hacia delante. Inmovilizado, enfrentándose a no sabía qué horrible monstruo, de pronto se sintió asaltado, no por un afilado pico, unos dientes, o un cuchillo o cualquier otro instrumento cortante o desgarrante, sino por una densa nube de aquel mismo olor a mono.

En otras circunstancias, tal vez hubiera vomitado. En ese momento su estómago no tuvo tiempo de decidir si debía hacer limpieza o no. El tentáculo le izó más alto y le arrojó contra algo suave y muelle —algo carnoso y femenino—, casi como un seno por su textura y su suavidad y calor, y por la suave curva que insinuaba.

Alargó las manos y los pies para protegerse, pues por un instante pensó que iba a hundirse y a quedar cubierto, envuelto, absorbido. La idea de una especie de ameba gargantuesca oculta dentro de una roca hueca —o de un caparazón en forma de roca— le hizo retorcerse y gritar y debatirse contra la sustancia protoplásmica.

Pero no ocurrió nada por el estilo. No se hundió en una gelatina lisa y pegajosa que le arrancararía la piel y luego la carne y por fin disolvería sus huesos. Simplemente se vio empujado varias veces contra la suave prominencia. Cada vez la empujó, la pateó o la golpeó. Después de una docena de esos actos aparentemente sin sentido, le mantuvieron suspendido, como si lo que le estuviera moviendo se sintiera desconcertado por su comportamiento.

Había dejado de gritar. Sólo oía su ronco jadeo y los siseos y golpeteos de la panradio. Apenas tuvo tiempo de advertir su presencia, cuando los siseos cambiaron de ritmo y formaron una pauta identificable: tres unidades que resonaban una y otra vez.

—¿Quién es usted? ¿Quién es usted?

Claro que también podría haberle dicho: «¿Qué es usted?» o «¿Qué diablos pasa?» o «¿No smoz ka pop?» o nada, semánticamente hablando.

Pero no creía que fuera esto último. Y cuando le depositaron suavemente en el suelo y el tentáculo desapareció Dios sabe dónde en la oscuridad, tuvo la certeza de que la criatura se estaba comunicando —o intentaba comunicarse— con él.

Esta idea le impulsó a contenerse y no ponerse a gritar y a dar vueltas por la oscura y fétida cámara, buscando enloquecidamente una salida. Dominó su pánico y abrió una pequeña tapa en un lado de la panradio e introdujo el índice de la mano derecha. Allí lo mantuvo presto sobre el pulsador y, llegado el momento, cuando la cosa dejó de transmitir, repitió, lo mejor que pudo, las pulsaciones que había recibido.

No tuvo necesidad de encender la luz y hacer girar el mando para situarse en la banda de mil kilociclos. El instrumento adecuaría automáticamente esa frecuencia a la que acababa de recibir.

El aspecto más curioso de todo el procedimiento fue que todo su cuerpo temblaba de forma casi incontrolable, a excepción de una sola parte: su dedo índice, la única unidad que parecía poseer una función definida en esa situación por lo demás incomprensible. Era la sección de su cuerpo que le ayudaba a sobrevivir, la única que sabía cómo hacerlo en ese momento. Incluso su cerebro parecía no tener conexión alguna con el dedo. Ese dígito representaba su persona y el resto sólo se hallaba casualmente vinculado a él.

Cuando hizo una pausa, el transmisor comenzó a sonar de nuevo. Esta vez se trataba de unidades imposibles de identificar. Entre tanto, el detector de radar había empezado a sonar. En algún lugar del negro agujero, algo le apuntaba fijamente con un rayo.

Apretó un botón en la parte superior de la panradio y el foco incorporado iluminó la zona situada delante de él. Vio una sustancia como de goma de un color gris rojizo. Sobre la pared había un bulto más o menos circular de color gris pálido y de más de un metro de diámetro. A su alrededor, prestándole un aspecto de medusa, se enroscaban doce tentáculos muy largos y finos.

Aunque temía que si les daba la espalda los tentáculos lo agarrarían de nuevo, su curiosidad le hizo volverse e inspeccionar con el intenso haz de luz el lugar donde se hallaba. Se encontraba en una cámara de forma ovoide de unos diez metros, por cuatro de ancho y casi tres metros de altura en la parte central. Las paredes estaban hechas de un material gris rojizo, liso a excepción de unas franjas irregulares de tubos azules o rojos. ¿Venas y arterias?

Una porción de la pared, del tamaño de una puerta, presentaba una hendidura vertical, rodeada de tentáculos. Supuso que debía ser una especie de iris y que se había abierto para arrastrarle al interior. Grupos de tentáculos en forma de estrella de mar aparecían de trecho en trecho en las paredes o suspendidos del techo. En la pared situada frente al iris había una vara larga y flexible con un collar cartilaginoso en torno al extremo libre. Cada vez que Eddie se movía, la vara también lo hacía, siguiéndole como un punto ciego con una antena de radar sigue la pista del objeto que está localizando. Y eso era. Y si no se equivocaba, la vara era también un transmisor-receptor de ondas continuas.

Recorrió todo el lugar con su luz. Cuando la enfocó sobre el lugar más apartado de él, se quedó sin respiración. ¡Diez criaturas estaban agazapadas muy juntas y le miraban! Eran del tamaño de un cerdito y a lo que más se parecían era a unos caracoles sin caparazón; no tenían ojos y la antena que crecía en la frente de cada una de ellas era un duplicado en miniatura de la de la pared. No parecían peligrosas. Sus bocas abiertas eran pequeñas y sin dientes y debían avanzar con lentitud, pues se movían como los caracoles, apoyándose en un largo pedestal de carne, un pie

muscular.

Sin embargo, si caía dormido podrían reducirle por la fuerza del número y tal vez esas bocas vertieran un ácido capaz de disolverlo, o a lo mejor encerraban un secreto aguijón emponzoñado.

Sus especulaciones se vieron interrumpidas violentamente. Se sintió agarrado, izado en el aire y traspasado a otro grupo de tentáculos que lo transportaron al otro lado de la vara-antena y le acercaron a las pequeñas criaturas. Justo antes de llegar a su lado, le dejaron suspendido de cara a la pared. Y en ella se abrió un iris hasta entonces invisible. Lo iluminó con su foco pero no logró distinguir nada excepto convulsiones de carne.

Su panradio emitió una nueva pauta de dit-dot-dit-dats. El iris se ensanchó hasta adquirir la amplitud, suficiente para dejar pasar su cuerpo si lo metían con la cabeza por delante. O con los pies por delante. Tanto daba. Las convulsiones se calmaron y la abertura se convirtió en un túnel. O una garganta. De millares de pequeñas cavidades emergieron miles de dientes diminutos y afilados como cuchillos. Centellearon un momento y volvieron a hundirse y, antes de que desaparecieran, otros miles de perversos punzones asomaron entre las fauces abiertas.

Un triturador de carne.

Detrás del asesino despliegue, al final de la garganta, había una enorme bolsa de agua. De ella se desprendía un vapor, acompañado de un olor que le recordó el puchero de su madre. Oscuros bocados, presumiblemente de carne, y trozos de verdura flotaban sobre la superficie en ebullición,

Luego el iris se cerró y le volvieron de cara a las babosas. Un tentáculo le golpeó las nalgas suave pero significativamente. Y la panradio siseó una advertencia.

Eddie no era estúpido. Comprendió que las diez criaturas no eran peligrosas a menos que las importunara. En cuyo caso ya acababa de ver a dónde iría a parar si no se portaba bien.

Nuevamente se sintió levantado y transportado a lo largo de la pared para quedar apretado junto a la mancha gris claro. El olor a monos, que se había desvanecido, volvió a hacerse penetrante. Eddie localizó su lugar de procedencia, un orificio muy pequeño que se veía junto a la pared.

Cuando no reaccionó —todavía no tenía la menor idea de cómo se esperaba que actuase— los tentáculos le soltaron de forma tan inesperada que cayó de espaldas. La carne cedió bajo su peso y se levantó ileso.

¿Qué debía hacer a continuación? Examinar sus recursos. Hizo un rápido inventario: La panradio. Un saco de dormir, que no necesitaría si la temperatura se mantenía al nivel actual, demasiado cálido. Una botella de cápsulas de whisky Old Red Star. Un termo con una tetina. Una caja de raciones A-2—Z. Un hornillo plegable. Cartuchos para su escopeta, que había quedado abandonada fuera del caparazón en forma de roca de la criatura... Un rollo de papel higiénico. Cepillo de dientes. Dentífrico. Jabón. Toallas. Pastillas: Nodor, hormonas, vitaminas, de

longevidad, para los reflejos y somníferos. Y un alambre fino como un hilo, que desenrollado tenía treinta metros de largo y cuya estructura molecular encerraba un centenar de sinfonías, ocho óperas, mil piezas musicales de distintos tipos y dos mil grandes obras literarias que abarcaban desde Sófocles y Dostoievsky hasta el último bestseller. La grabaciones podían tocarse en la panradio.

Eddie introdujo la cinta en el aparato, apretó un botón y ordenó:

—«Che gélida manina» de Puccini en grabación de Eddie Fetts, por favor.

Y mientras escuchaba aprobadoramente su propia magnífica voz, abrió una lata que había encontrado en el fondo de su mochila. Su madre la había llenado con el resto del puchero que habían comido el último día en la nave.

Ignorante de su situación, pero por algún motivo seguro de que de momento estaba a salvo, Eddie masticó con deleite la carne y las verduras. A veces le resultaba muy fácil efectuar la transición de la náusea al apetito.

Vació la lata y terminó la comida con algunas galletas y una barrita de chocolate. Nada de controlar las raciones. Comería bien mientras le quedara comida. Luego, si no encontraba nada, tendría que... Pero para entonces —se tranquilizó chupándose los dedos— su madre, que estaba en libertad, ya habría encontrado alguna manera de sacarle de apuros.

Siempre lo había hecho.

La panradio, que había permanecido callada durante un rato, empezó a sonar. Eddie iluminó la antena y vio que apuntaba hacia las criaturas en forma de caracol a quienes, según su costumbre, ya les había puesto un apodo. Las llamó Sluggos.

Los Sluggos se arrastraron hacia la pared y se detuvieron cerca de ella. Sus bocas, situadas en la parte superior de su cabeza, se abrieron como si fueran otros tantos pajaritos hambrientos. El iris se abrió y dos labios formaron como un pitorro. Por él empezó a caer agua hirviendo y trozos de carne y de verduras. ¡Puchero! Puchero que caía exactamente en cada una de las bocas abiertas.

Así aprendió Eddie la segunda frase en la lengua de la Madre Polifema. El primer mensaje había sido: «¿Qué eres?». Éste decía: «¡Ven y cógelo!».

Decidió experimentar y transmitió una repetición de lo que acababa de oír. Al unísono, todos los Sluggos —excepto el que estaba recibiendo su alimento— se volvieron hacia él y avanzaron un par de pasos antes de detenerse, desconcertados.

Dado que Eddie estaba transmitiendo, los Sluggos debían tener una especie de localizador de dirección incorporado. De lo contrario, no habrían podido distinguir sus pulsaciones de las de su madre.

Inmediatamente después, un tentáculo golpeó a Eddie en la espalda y le hizo caer. La panradio siseó su tercer mensaje inteligible: «¡No vuelvas a hacer eso!».

Y luego un cuarto mensaje: «Por aquí, niños», que los diez pequeños obedecieron dando media vuelta y volviendo a sus posiciones anteriores.

Sí, eran los hijos y vivían, comían, dormían, jugaban y aprendían a comunicarse en el vientre de su madre, la Madre. Eran las crías móviles de ese enorme ente inmóvil que había cazado a Eddie como una rana caza una mosca. Aquella Madre..., la misma que un día había sido un Sluggo como los otros hasta que adquirió el tamaño de un cerdo y fue expulsada del vientre de su madre. Y que se dejó caer, hecha una bola, por la ladera de su colina natal, se alargó al llegar abajo, trepó centímetro a centímetro por la otra colina, rodó ladera abajo y así sucesivamente. Hasta encontrar el caparazón vacío de un adulto ya muerto. O, suponiendo que deseara ser un ciudadano de primera clase y no una ocupante sin prestigio, debía buscar una colina alta con la cima desocupada —o cualquier prominencia que permitiera avistar una gran extensión de terreno— e instalarse allí.

Y una vez allí extendía muchos zarcillos finos como un hilo que introducía en el suelo y entre las hendiduras de las rocas, zarcillos que se alimentaban de la grasa de su cuerpo y crecían y se alargaban hacia abajo y se ramificaban en otros zarcillos. En las profundidades subterráneas, las raicillas ponían en práctica su química instintiva; buscaban y encontraban el agua, el calcio, el hierro, el cobre, el nitrógeno, los carbonos, acariciaban lombrices de tierra, gusanos y larvas, sustrayéndoles los secretos de sus grasas y proteínas; descomponían la sustancia extraída en

insignificantes partículas coloidales; las succionaban a través de los conductos filiformes de los zarcillos y hasta el pálido y cada vez más delgado cuerpo tendido sobre un espacio plano en la cima de una serranía, una colina, un pico.

Allí, en base a los modelos almacenados en las moléculas del cerebelo, su cuerpo cogía los ladrillos de elementos y con ellos construía un caparazón muy fino del material más abundante, un caparazón protector del tamaño suficiente para que ella pudiera expandirse hasta llenarlo mientras sus enemigos naturales —los astutos y hambrientos predadores que acechaban en la luz crepuscular de Baudelaire— lo olfateaban y arañaban en vano.

Luego, con su mole entumecida siempre creciente, reabsorbía la dura caparazón. Y si ningún diente afilado conseguía localizarla durante ese proceso que ocupaba algunos días, volvía luego a secretar otro, más grande. Y así sucesivamente, hasta haber pasado por una docena o más de caparazones, hasta convertirse en el monstruoso y muy modificado cuerpo de una hembra adulta y virgen. Por fuera estaba recubierta del material que tanto se parecía a una roca, que realmente era piedra: ya fuese granito, diorita, mármol, basalto o tal vez simplemente piedra caliza. O, a veces, hierro, vidrio o celulosa.

Dentro se encontraba el cerebro de localización central, probablemente tan grande como el de un hombre. Y en torno a éste, las toneladas de órganos: el sistema nervioso, el potente corazón, o corazones, los cuatro estómagos, los generadores de microondas y ondas largas, los riñones, los intestinos, las tráqueas, los órganos olfativos y gustativos, el centro de producción de perfumes que elaboraba olores destinados a atraer a los animales y los pájaros hasta una distancia que permitiera su captura, y el enorme útero. Y las antenas: la pequeña antena anterior, para adiestrar y vigilar a los pequeños, y una larga y potente vara exterior, que se levantaba sobre el caparazón y podía retraerse en caso de peligro.

El paso siguiente era la transformación de virgen en madre, el tránsito del estado inferior al superior, como indicaba, en su lenguaje pulsante, una pausa más larga antes de cada palabra. Para ocupar un lugar destacado dentro de su sociedad, primero tenía que ser desflorada. Impúdica, sin remilgos, ella misma tomaba la iniciativa, se declaraba y se entregaba.

Tras lo cual devoraba a su pareja.

El reloj de la panradio de Eddie le indicó que ya estaba en su trigésimo día de reclusión cuando recibió esta información. Se quedó horrorizado, no porque ello fuera contrario a su ética, sino debido a que él mismo había sido seleccionado como pareja. Y como cena.

Su dedo tecleó: «Explícame, madre, a qué te refieres».

Hasta ese momento no se había preguntado cómo podía reproducirse una especie que carecía de machos. Ahora descubría que, para las madres, todas las demás criaturas eran machos. Las madres eran inmóviles y hembras. Los seres móviles eran machos. Eddie era un ser móvil. Luego era un macho.

Se había acercado a esa madre en concreto durante la época de celo, esto es, en la mitad del desarrollo de una camada de pequeños. Ella le había detectado mientras avanzaba por la hondonada del fondo del valle. Cuando estuvo al pie de la colina, ella captó su olor. Era desconocido para ella. La mejor aproximación que pudo lograr en su almacén de memoria fue el de una bestia semejante a él. Por la descripción que le dio, Eddie dedujo que debía ser un antropoide. De modo que emitió el olor sexual de ese animal, seleccionado entre los muchos que componían su repertorio. Cuando él cayó aparentemente en la trampa, ella le atrapó.

Él debía haber atacado el punto de la concepción, ese abultamiento gris claro de la pared. Una vez abierto y desgarrado en la medida suficiente para iniciar el misterioso proceso del embarazo, habría sido arrojado al iris del estómago.

Afortunadamente, no poseía un pico afilado, unos colmillos, unas garras adecuadas. Y ella había oído repetir sus propias señales a través de la panradio.

Eddie no comprendía por qué era necesario recurrir a un ser móvil para el apareamiento. Una madre poseía la inteligencia suficiente para coger una piedra afilada y lacerarse ella misma ese punto.

Ella le dio a entender que la concepción no podía iniciarse a menos que fuera acompañada de una cierta excitación de los nervios, un frenesí y su satisfacción. La madre no sabía por qué era necesario tal estado emocional.

Eddie intentó hablarle de cosas tales como los genes y los cromosomas y su necesaria presencia en las especies altamente desarrolladas.

La madre no le entendió.

Eddie se preguntó si el número de cortes y rasgaduras en el punto indicado correspondería al número de crías. O si había un gran número de potencialidades contenidas en las cintas hereditarias que se extendían bajo la piel reproductora. Y si la casual irritación y consiguiente estimulación de los genes sería equivalente a la combinación al azar de los genes en el apareamiento entre un macho y una hembra humanos, dando lugar así a una descendencia con características que eran combinación de las de los padres.

¿O el inevitable gesto de devorar al móvil después del acto respondía a algo más que un reflejo emocional y nutritivo? ¿Indicaba tal vez que el móvil recogía nódulos dispersos de genes. como semillas duras, entre sus garras y colmillos, junto con los trozos de piel desgarrada, que estos genes sobrevivían a la ebullición en el estómago-puchero y luego eran expulsados con las heces? ¿Donde los animales y los pájaros los recogían con su pico, sus dientes o sus patas y luego, al ser atrapados por otras madres en ese proceso de violación indirecta, transmitían los agentes portadores de la herencia a los puntos de concepción que atacaban, depositando e implantando los nódulos en la piel y la sangre del abultamiento al mismo tiempo que recogían otros? ¿A continuación, los móviles eran devorados, digeridos y expulsados en ese misterioso, pero ingenioso e interminable ciclo? ¿Se aseguraba así, con la continua aunque azarosa recombinación de genes, la posibilidad de una variación de la

descendencia, la oportunidad de que se produjeran mutaciones, etcétera?

La madre le transmitió su desconcierto.

Eddie se dio por vencido. Nunca lo sabría. ¿Y era importante averiguarlo, a fin de cuentas?

Decidió que no y se incorporó de su posición yacente para pedir agua. Ella abrió su iris y vertió un tibio medio litro en el termo de Eddie. El arrojó una pastilla en el agua, la agitó hasta que se disolvió y se bebió una imitación aceptable del Old Red Star. Prefería el whisky de centeno áspero y fuerte, aunque podría haber obtenido otro de calidad más suave. Deseaba un efecto rápido. El sabor era lo de menos, pues le desagradaba el sabor de todos los licores. De modo que bebía lo mismo que bebían los vagabundos e incluso se estremecía como ellos cuando maldecían el destino que les había hecho caer tan bajo y les obligaba a tomar ese mejunje.

El whisky de centeno le quemó el vientre y difundió rápidamente, a través de sus extremidades y hasta su cabeza, su calor atemperado sólo por la noción de que cada vez le quedaban menos cápsulas. Y cuando se le terminaran, ¿qué? En momentos así era cuando más echaba de menos a su madre.

Al pensar en ella le cayeron un par de grandes lágrimas. Sorbió por la nariz y bebió un poco más y cuando el más grande de los Sluggos se le acercó para que le rascara la espalda, en vez de hacerlo le dio un trago de Old Red Star. Un trago para el Sluggo. Ociosamente, se preguntó qué efecto tendría la afición al whisky de centeno sobre el futuro de la raza cuando esas vírgenes se convirtieran en madres.

En aquel momento le vino inesperadamente a la memoria lo que le pareció una idea salvadora. Esas criaturas podían absorber los elementos que precisaban de la tierra y reproducir con ellos estructuras moleculares muy complejas. A condición, naturalmente, de contar con una muestra de la sustancia deseada para estudiarla en algún críptico órgano.

Bueno, nada más sencillo que darle a la madre una de las preciadas cápsulas. A partir de una de ellas podría obtener un número infinito. ¡Con ellas y el abundante agua que podía succionar del arroyo próximo a través de los zarcillos subterráneos huecos, podría producir un crudo de maestro destilador!

Chasqueó los labios y se disponía a transmitirle su solicitud, cuando lo que ella le estaba diciendo penetró en su cerebro.

En tono bastante rencoroso, la madre le comentaba que su vecina del otro lado del valle empezaba a darse ínfulas porque también ella tenía prisionero un móvil capaz de comunicarse.

Las madres poseían una sociedad tan jerárquica como el protocolo de las cenas oficiales en Washington o el orden de picoteo en un corral. El factor de peso era el prestigio, y éste dependía de la potencia transmisora, de la altura de la prominencia sobre la cual estaba instalada la madre, la cual determinaba la extensión del territorio que abarcaba su radar, y de la abundancia y novedad e ingeniosidad de los chismes que difundía. La criatura que había capturado a Eddie era una reina. Tenía preferencia con respecto a treinta y tantos de su clase; todas éstas tenían que dejarla transmitir primero y ninguna se atrevía a iniciar su tecloteo hasta que ella hubiera terminado. Luego le tocaba a la siguiente en el orden de jerarquía y así sucesivamente hasta llegar a la última. La número uno podía interrumpir en cualquier momento a cualquiera de ellas, y si alguna de categoría inferior tenía algo interesante que transmitir, podía interrumpir a la que estuviera hablando en ese momento y solicitar permiso de la reina para contar su historia.

Eddie sabía todo esto, pero no podía escuchar directamente los comadreos de colina a colina. El grueso caparazón de falso granito se lo impedía y le obligaba a depender de la antena del vientre de la madre para recibir información de segunda mano.

De vez en cuando, la madre abría la puerta y dejaba salir a las crías. En el exterior, éstas hacían prácticas de transmisión con los Sluggos de la madre del otro lado del valle. Ocasionalmente, aquella madre se dignaba transmitir las pulsaciones de sus crías y la guardiana de Eddie hacía otro tanto con las suyas. Era un toma y daca.

La primera vez que las crías se deslizaron por la salida-iris, Eddie intentó, a semejanza de Ulises, hacerse pasar por una de ellas y deslizarse fuera confundido con el resto del grupo. La madre, ciega, pero no un Polifemo, le cogió con sus tentáculos y le metió otra vez dentro.

Ese incidente le sugirió la idea de llamarla Polifema.

Eddie sabía que ella había aumentado enormemente su ya importante prestigio por el hecho de poseer ese objeto único, un móvil capaz de transmitir. Tanto había crecido su importancia que las madres situadas en los bordes de su zona habían transmitido la noticia a otras zonas. Todo el continente estaba al tanto de sus noticias, antes de que Eddie hubiera conseguido aprender su lengua. Polifema se había convertido en una verdadera cronista de sociedad; decenas de miles de ocupantes de las cimas de las colinas escuchaban atentamente sus descripciones de sus relaciones con la paradoja ambulante: un macho semántico.

Todo iba de maravilla. Luego, muy recientemente, la madre del otro lado del valle había capturado una criatura parecida. Y de golpe se había convertido en la número dos de la zona y aguardaba el menor fallo por parte de Polifema para arrebatarse el

primer puesto.

La noticia excitó muchísimo a Eddie. Con frecuencia tenía fantasías sobre su madre y se preguntaba qué estaría haciendo. Muchas de estas fantasías acababan de manera bastante curiosa con recriminaciones por lo bajo, en las que le reprochaba casi con voz audible que le hubiera abandonado y no intentara rescatarlo. Luego tomaba conciencia de lo que estaba haciendo y se avergonzaba. Pero la sensación de abandono seguía tiñendo sus pensamientos.

Ahora que sabía que ella estaba viva y que había sido capturada, probablemente mientras intentaba rescatarlo, salió del letargo que últimamente le había hecho dormir de la mañana a la noche. Le preguntó a Polifema si quería abrir la entrada para que él pudiera comunicarse directamente con el otro prisionero. Ella dijo que sí. Ansiosa de escuchar una conversación entre dos móviles, se mostró muy cooperativa. Lo que ambos se dirían le proporcionaría material para un cúmulo de chismorreos. Lo único que empañaba su alegría era que la otra madre también tendría acceso a la conversación.

Luego recordó que seguía siendo la número uno y que sería la primera en transmitir los detalles, lo cual la hizo estremecerse de tal forma, llena de orgullo y de éxtasis, que Eddie sintió temblar el suelo.

El iris se abrió, Eddie lo cruzó y miró hacia el otro lado del valle. Las colinas continuaban cubiertas de verde, rojo y amarillo, como si las plantas de Baudelaire no perdieran sus hojas durante el invierno. Pero algunas manchas blancas revelaban que había llegado el invierno. Eddie se estremeció al contacto del aire frío con su piel desnuda. Hacía tiempo que se había despojado de sus ropas. Las prendas resultaban demasiado incómodas con el calor del vientre; además, Eddie, humano como era, tenía que expulsar sus productos de desecho. Y Polifema, madre como era, tenía que limpiar periódicamente la suciedad con agua caliente procedente de uno de sus estómagos. Cada vez que las aberturas de los conductos soltaban chorros que arrastraban los elementos indeseables expulsándolos a través del iris, Eddie quedaba empapado. Cuando se despojó de sus ropas, éstas también salieron flotando. Sólo a base de sentarse sobre su mochila pudo impedir que ésta corriera igual suerte.

Después, una corriente de aire caliente procedente de las mismas aberturas y creada en la poderosa batería de pulmones se encargaba de secarlo a él y a los Sluggos. Eddie se sentía bastante cómodo —siempre le había gustado ducharse—, pero la pérdida de sus ropas había sido otra de las cosas que le impedían escapar. Una vez fuera, no tardaría en morir congelado a menos que localizara rápidamente la nave. Y no estaba seguro de recordar el camino de regreso.

Conque ahora, cuando salió fuera, en seguida retrocedió un par de pasos y dejó que el aire caliente que exhalaba Polifema, cayera como una capa sobre sus hombros.

Luego escudriñó el escaso kilómetro que le separaba de su madre, pero no pudo verla. La penumbra imperante y la oscuridad del interior no iluminado de su carcelera ocultaban su figura.

Eddie transmitió en morse: «Cambia al talkie; la misma frecuencia». Paula Fetts así lo hizo. Empezó a preguntarle frenéticamente si estaba bien.

Él respondió que estaba perfectamente.

—¿Me has echado mucho de menos, hijo?

—Oh, muchísimo.

Incluso en el momento de decirlo se preguntó vagamente por qué su voz sonaba tan falsa. Probablemente debía ser la desesperación de no poder volver a verla jamás.

—Casi me he vuelto loca, Eddie. Cuando te atraparon, huí tan rápido como pude. No tenía idea de qué clase de horrible monstruo nos había atacado. Y entonces, cuando había descendido la mitad de la ladera, me caí y me rompí una pierna...

—¡Oh, no, madre!

—Sí. Pero conseguí arrastrarme cojeando hasta la nave. Y una vez allí, me entablillé y me puse inyecciones para recomponer los huesos. Pero mi sistema no reaccionó como hubiera debido. A ciertas personas les ocurre, ya sabes, y tardé el doble en curarme.

»Pero cuando estuve en condiciones de andar, cogí una escopeta y una caja de dinamita. Me disponía a volar lo que creía una especie de fortaleza de roca, una atalaya de alguna clase de ser extraterrestre. No tenía idea de la verdadera naturaleza de estas bestias. Sin embargo, primero decidí reconocer el terreno. Me proponía espiar la roca desde el otro lado del valle. Pero esa cosa me capturó.

»Escúchame bien, hijo. Antes de que se corte la transmisión, quiero decirte que no debes desesperar. Pronto saldré de aquí y acudiré a salvarte.

—¿Cómo?

—Si recuerdas bien, mi equipo de laboratorio contiene una serie de carcinógenos para estudios de campo. Bueno, sabrás que a veces el punto de concepción de una madre, en vez de procrear crías, después del desgarramiento del apareamiento, experimenta un proceso canceroso, lo contrario del embarazo. He inyectado un carcinógeno en ese punto y se ha desarrollado un bonito carcinoma. Dentro de pocos días habrá muerto.

—¡Mamá! ¡Quedarás sepultada bajo esa masa en putrefacción!

—No. Esta criatura me ha dicho que cuando una de su especie muere, un reflejo abre los labios. Se trata de dejar salir a las crías, si las hay. Escúchame bien, yo...

Un tentáculo se enroscó en torno a su cuerpo y le introdujo otra vez a través del iris, luego éste se cerró.

Cuando cambió otra vez a ondas continuas, oyó decir: «¿Por qué no te has comunicado? ¿Qué hacías? ¡Dímelo! ¡Habla!».

Eddie se lo explicó. Siguió un silencio que sólo podía interpretarse como estupefacción. Cuando la madre hubo recuperado sus sentidos, dijo: «En adelante, hablarás con el otro macho a través de mí».

Evidentemente, envidiaba y detestaba su capacidad para cambiar de onda y, tal vez, se le hacía difícil aceptar la idea.

—Por favor —insistió, sin imaginar cuán peligrosas eran las aguas que estaba vadeando—, por favor; déjame hablar directamente con mi madre...

Por primera vez la oyó tartamudear.

—¿Q-Q—Qué? ¿Tu ma-ma madre?

—Sí. Claro.

El suelo se estremeció violentamente bajo sus pies. Eddie gritó y afianzó los pies para no caer y luego encendió la luz. Las paredes temblaban como gelatina después de una sacudida y las columnas vasculares habían pasado de su color rojo y azul habitual a una tonalidad gris. El iris de entrada colgaba abierto, como una boca flácida, y el aire se enfrió. Podía percibir en las plantas de los pies el descenso de la temperatura del cuerpo de la madre.

Tardó un rato en comprender lo que ocurría.

Polifema había caído en una especie de estupor.

No llegó a averiguar lo que podría haber ocurrido si ella no hubiera salido de ese estado. Tal vez habría muerto y le habría obligado a salir al mundo invernal antes de que su madre pudiera escapar. En ese caso, y si no hubiera logrado encontrar la nave, habría muerto. Acurrucado en el rincón más tibio de la cámara ovoide, Eddie consideró esa idea y se estremeció de un modo que no justificaba el solo efecto del aire exterior.

Pero Polifema tenía su propio método de recuperación. Éste consistía en escupir el contenido de su estómago-puchero, que sin duda se había llenado de toxinas secretadas por su sistema a consecuencia del choque emocional recibido. La expulsión de ese material era la manifestación física de la catarsis psíquica. La oleada fue tan salvaje que su hijo adoptivo casi se vio arrastrado con la corriente caliente, pero ella, en una reacción instintiva, había enrollado sus tentáculos en torno al cuerpo de Eddie y de los Sluggos. Después del primer vómito siguió vaciando las otras tres bolsas de agua, la segunda caliente, la tercera tibia y la cuarta, que se acababa de llenar, fría.

Eddie soltó un grito al contacto del agua helada.

Los iris de Polifema volvieron a cerrarse. Gradualmente cesaron los temblores del suelo y las paredes; fue subiendo la temperatura; y sus venas y arterias recobraron su color rojo y azul. Se había recuperado. O eso parecía.

Pero cuando, después de veinticuatro horas de espera, él volvió a tocar cautelosamente el tema, descubrió que ella no sólo no estaba dispuesta a hablar de ello, sino que se negaba también a reconocer la existencia del otro móvil.

Eddie, abandonada toda esperanza de entenderse hablando, estuvo reflexionando un buen rato. La única conclusión a que supo llegar, y estaba seguro de comprender lo bastante bien la psicología de la madre como para que aquélla fuera válida, era que el concepto de una hembra móvil le resultaba totalmente inaceptable.

Su mundo estaba dividido en dos categorías: los móviles y su especie, las inmóviles. Los móviles se identificaban con la comida y el apareamiento. Móvil significaba macho. Las madres eran hembras.

A las ocupantes de las cimas de las colinas probablemente no se les había ocurrido pensar nunca cómo se reproducían los móviles. Su ciencia y su filosofía se situaban al nivel corporal instintivo. Eddie nunca pudo averiguar si imaginaban que la continuada población de móviles se mantenía a través de algún proceso de generación espontánea o de división semejante a la de las amebas, o si imaginaban que crecían como coles. Desde su punto de vista, ellas eran hembras y el resto del cosmos protoplasmático era macho.

Y no había vuelta de hoja. Cualquier otra idea era más que indecente, obscena y blasfema. Era... inconcebible.

Las palabras de Eddie le habían causado un profundo trauma a Polifema. Y aunque parecía haberse recuperado, en algún punto de esas toneladas de carne inconcebiblemente compleja seguía ocultándose una herida. Ésta floreció como una flor oculta, de un color rojo intenso, y su sombra impedía el acceso de determinada memoria; de determinada región, a la luz de la conciencia. Esa sombra dolorosa cubría el tiempo y el suceso que la madre consideraba necesario marcar con las

palabras NO TOCAR, por razones inescrutables para el ser humano.

De este modo, aunque Eddie no lo expresó con palabras, en las células de su cuerpo comprendió, percibió y supo lo que luego ocurriría, igual como si sus huesos lo estuvieran anunciando y su cerebro no lo oyera.

Sesenta y seis horas después, según el reloj de la panradio, los labios de entrada de Polifema se abrieron. Sus tentáculos se proyectaron fuera. Cuando volvieron a entrar, sostenían a la madre de Eddie, que se debatía impotente.

Eddie, sobresaltado de un letargo, horrorizado, paralizado, vio cómo ella le arrojaba su equipo de laboratorio y le oyó pronunciar un grito inarticulado. Y luego la vio caer, con la cabeza por delante, en el iris del estómago.

Polifema había escogido el único método seguro para destruir la evidencia.

Eddie permaneció tendido boca abajo, con la nariz aplastada contra la carne cálida y ligeramente palpitante del suelo. De vez en cuando sus manos se cerraban espasmódicamente como si quisiera aferrar algo que alguien pareciera poner continuamente a su alcance para apartarlo luego.

No supo cuánto tiempo pasó allí tendido, pues no volvió a mirar el reloj.

Finalmente, se sentó en la oscuridad y se echó a reír como un loco.

—Madre siempre hizo un puchero estupendo.

Eso le hizo perder el control. Se reclinó apoyándose sobre las manos, dejó caer la cabeza hacia atrás y empezó a aullar como un lobo bajo la luna llena.

Naturalmente, Polifema era sorda como una tapia, pero podía detectar su postura a través del radar, y su fino olfato dedujo del olor de su cuerpo que Eddie sufría un miedo y una angustia terribles:

Un tentáculo se deslizó y le abrazó suavemente.

—¿Qué sucede? —siseó la panradio.

Él introdujo el dedo en el agujero del transmisor.

—¡He perdido a mi madre!

—¿Qué?

—Se ha ido y ya nunca volverá.

—No lo entiendo. Yo estoy aquí.

Eddie dejó de llorar e irguió la cabeza como si estuviera escuchando alguna voz interior. Sollozó todavía un poco, se secó las lágrimas lentamente, se zafó del tentáculo, lo acarició, se acercó a su mochila que estaba en un rincón y sacó la botella con las cápsulas de Old Red Star. Dejó caer una en el termo y le dio la otra a ella con el ruego de que la reprodujera, si era posible. Luego se tendió de costado, se recostó sobre un codo como un romano en sus momentos de sensualidad, chupó el whisky de centeno a través de la tetilla y escuchó una miscelánea de Beethoven, Moussorgsky, Verdi, Strauss, Porter, Feinstein y Waxworth.

Transcurrió el tiempo —si allí existía algo así— alrededor de Eddie. Cuando se cansaba de la música o de las obras de teatro o de los libros, escuchaba las emisiones de la zona. Cuando tenía hambre, se levantaba y caminaba —o muchas veces solo se

arrastraba— hasta el iris del puchero. En la mochila tenía algunas latas de raciones; había pensado comer de ellas hasta tener la seguridad de que..., ¿qué era lo que le estaba prohibido comer? ¿Veneno? Polifema y los Sluggos habían devorado algo. Pero lo había olvidado en algún punto de su orgía de música y whisky de centeno. Ahora comía con bastante apetito y sin pensar en nada excepto la satisfacción de sus deseos.

A veces se abría la puerta del iris y entraba saltando Billy el Verdulero. Billy parecía un cruce entre un grillo y un canguro. Era del tamaño de un perro pastor y traía un cargamento de verduras, frutas y nueces en una bolsa marsupial... Los extraía con relucientes garras verdes y quitinosas y se los entregaba a la madre a cambio de una comida de puchero. Feliz en su simbiosis, sorbía alegremente, con sus ojos multifacéticos, que giraban independientemente el uno del otro, fijos el uno en los Sluggos y el otro en Eddie.

Obedeciendo a un impulso, Eddie abandonó la banda de mil kilociclos. Ésa era, aparentemente, su señal natural. Billy transmitía una señal cuando tenía alimentos para la madre. Y Polifema se comunicaba a su vez con él cuando los necesitaba. La actuación de Billy no tenía nada de inteligente; transmitía por mero instinto. Y la madre, fuera de la frecuencia «semántica», estaba limitada a esa sola banda. Pero el sistema funcionaba perfectamente.

Todo marchaba estupendamente. ¿Qué más podía desear un hombre? Comida gratis, suministros ilimitados de licor, una mullida cama, aire acondicionado, duchas, música, obras intelectuales (grabadas), conversaciones interesantes (buena parte de ellas sobre su persona), aislamiento y seguridad.

Si no la hubiera bautizado ya, la habría llamado Madre Gracia.

Y no todo se agotaba con la comodidades materiales. Ella le daba una respuesta para todos sus interrogantes, todos...

Excepto uno.

Nunca lo manifestó vocalmente. De hecho, habría sido incapaz de hacerlo. Probablemente no tenía conciencia de que deseara preguntar algo así.

Pero Polifema lo expresó un día cuando le pidió que le hiciera un favor.

Eddie reaccionó como si le hubieran ultrajado.

—¡Eso no! ¡Eso no!

Se atragantó y luego pensó que era ridículo... Ella no...

—Pues sí —dijo adoptando una expresión de desconcierto.

Se levantó y abrió el estuche con el material de laboratorio. Mientras buscaba un bisturí, descubrió los carcinógenos. Los arrojó muy lejos a través de los labios entreabiertos y salieron rodando colina abajo.

Luego dio media vuelta y, bisturí en mano, se acercó de un salto al abultamiento gris claro de la pared. Y se detuvo, con la vista fija en él, mientras se le escapaba el instrumento de la mano

Lo recogió y lo hundió débilmente y ni siquiera hizo un rasguño en la piel. Volvió a soltarlo.

—¿Qué sucede? ¿Que sucede? —balbuceó la panradio que colgaba de su muñeca.

De pronto, una abertura próxima emitió una densa nube de olor humano —sudor de hombre— en su cara. Y se detuvo, con el cuerpo doblado, medio en cuclillas, aparentemente paralizado. Hasta que los tentáculos lo agarraron con furia y lo arrastraron hacia el iris del estómago, que se abría ancho como un hombre.

Eddie gritó y se retorció, hundió el dedo en la panradio y transmitió: «¡De acuerdo! ¡De acuerdo!».

Y cuando se encontró otra vez frente al punto indicado, se abalanzó con repentina y salvaje alegría y lo apuñaló salvajemente.

—¡Toma! ¡Y toma! P... —gritó, el resto se perdía en un alarido sin sentido.

Siguió cortando desenfrenadamente la piel y podría haber continuado hasta extirpar la zona si Polifema no hubiese intervenido y le hubiera arrastrado otra vez hasta el iris de su estómago. Diez segundos permaneció allí suspendido, impotente y sollozando con una mezcla de gloria y terror.

Los reflejos de Polifema casi fueron más fuertes que su cerebro. Por fortuna, una

fría chispa de razón iluminó un rincón de la vasta, oscura y ardiente capilla de su frenesí.

Las convulsiones que daban paso a la humeante bolsa llena de carne se cerraron y los pliegues carnosos se reagruparon. Eddie recibió inesperadamente una ducha de agua caliente de lo que él llamaba el estómago «sanitario». El iris se cerró. El tentáculo lo depositó en el suelo. El bisturí volvió a la mochila.

La madre permaneció un largo rato aparentemente perturbada por la idea de lo que podría haberle hecho a Eddie. No se atrevió a transmitir hasta que se hubieron serenado sus nervios. Cuando estuvo calmada, no habló del peligro que él había corrido. Y él tampoco lo mencionó.

Eddie era feliz. Se sentía como si, por algún motivo, acabara de dispararse un resorte que había permanecido apretado contra sus intestinos desde que él y su mujer se habían separado. Había desaparecido el vago dolor sordo de abandono y la insatisfacción, la ligera fiebre y el entumecimiento de sus entrañas y la apatía que a veces le afligía. Se sentía estupendamente.

Entre tanto, algo parecido al afecto se había iluminado, como una minúscula vela bajo el esbelto e imponente techo de una catedral. El caparazón de la madre albergaba algo más que a Eddie; ahora se arqueaba sobre una emoción nueva para su especie. Así lo demostró el próximo suceso que llenó a Eddie de terror.

Pues las heridas del abultamiento se cerraron y éste se hinchó hasta convertirse en una gran bolsa. Luego la bolsa se rompió y diez Sluggos del tamaño de un ratón cayeron al suelo. El impacto produjo el mismo efecto que la palmada de un médico en las nalgas de un recién nacido; la sorpresa y el dolor les hizo inhalar su primera bocanada de aire; sus incontroladas y débiles pulsaciones llenaron el éter de informes SOS.

Cuando Eddie no estaba hablando con Polifema, o escuchando sus transmisiones, o bebiendo, o durmiendo, o comiendo, o pasándose la cinta, jugaba con los Sluggos. En cierto sentido, era su padre. En realidad, cuando adquirieron el tamaño de un cerdo, a su progenitora empezó a resultarle difícil distinguir a Eddie de las crías. Puesto que ya no caminaba casi nunca y con frecuencia estaba gateando entre ellos, la madre no conseguía detectarle demasiado bien. Además, algo en el denso aire húmedo o en su dieta le había hecho perder todo el pelo del cuerpo. Había engordado mucho. En términos generales, era idéntico a las pálidas crías suaves, redondas y pelonas. Tenían un aire de familia.

Pero con una diferencia. Cuando llegó el momento de la expulsión de las vírgenes, Eddie se agazapó, sollozando, en un rincón y no se movió de allí hasta que tuvo la certeza de que la madre no iba a arrojarle al frío, duro y hambriento mundo.

Superada la crisis final, volvió a ocupar el centro de la cámara. El pánico había muerto en su pecho, pero todavía el temblaban los nervios. Llenó el termo y luego estuvo escuchando un rato su propia voz de tenor cantando el aria de las Cosas del mar de ópera preferida, Marinero antiguo de Gianelli. De pronto rompió a cantar y

acompañó su propia voz y se sintió más conmovido que nunca por las palabras finales:

*Y de mi cuello tan libre
cayó el albatros y se hundió
como plomo en el mar.*

Luego, con la voz muda pero el corazón todavía cantando, cambió de sintonía y escuchó la transmisión de Polifema.

La madre tenía problemas. No conseguía describir exactamente a sus oyentes de todo el continente esa nueva y casi inexpresable emoción que el móvil había despertado en ella. Era un concepto para el cual no estaba preparado su lenguaje. Y los muchos litros de whisky Old Red Star que circulaban por su corriente sanguínea tampoco contribuían a arreglar las cosas.

Eddie chupó la tetilla de plástico y movió perezosamente la cabeza en señal de simpatía hacia sus esfuerzos por encontrar las palabras adecuadas. Finalmente, el termo se desprendió de su mano.

Se durmió tendido de costado, hecho una bola, con las rodillas junto al pecho y los brazos cruzados, la cabeza inclinada hacia delante. Como el cronómetro de la sala de mandos cuyas manecillas habían comenzado a andar hacia atrás después del choque, el reloj de su cuerpo también marchaba hacia atrás, hacia atrás...

En la oscuridad, en la humedad, caliente y seguro, bien alimentado, muy amado.

ANTES DEL EDÉN

Arthur C. Clarke

—Me parece —dijo Jerry Garfield parando los motores— que éste es el final de la línea.

Con un leve suspiro, la eyección del chorro cesó gradualmente. Privado de su colchón de aire, el vehículo explorador *Pecio Vagabundo* se posó sobre las retorcidas rocas de la Meseta Hesperiana.

Delante no había camino alguno; ni con sus eyectores a chorro ni con su tractor podía el S-5 —para dar al *Pecio* su nombre oficial— escalar la escarpadura que tenía enfrente. El Polo Sur de Venus estaba solo a treinta millas, pero igual podría haber estado en otro planeta. No quedaba otra solución que volver atrás y desandar el camino de cuatrocientas millas hecho a través de aquel paisaje de pesadilla.

La atmósfera era fantásticamente clara, con una visibilidad de casi mil metros. No había necesidad alguna de radar para mostrar los riscos que tenían delante; por una vez, la simple vista bastaba. La verde luminosidad de la aurora, filtrándose a través de nubes que habían rodado compactas por un millón de años, prestaba a la escena un aspecto submarino, al que se añadía la sorprendente manera con que todos los objetos se empañaban en la calina. A veces era fácil para uno creer que se estaban moviendo a través de un insustancial lecho marino, y en más de una ocasión imaginó Jerry haber visto peces flotando sobre su cabeza.

—¿Llamo a la astronave para comunicar que volvemos? —preguntó.

—Aún no —respondió el doctor Hutchins—. Quiero pensar.

Jerry lanzó una suplicante mirada al tercer miembro de la tripulación, pero no encontró allí apoyo moral ninguno. Coleman era tan testarudo como su compañero; aunque los dos hombres discutían furiosamente la mitad de su tiempo, ambos eran científicos y, por ello, en la opinión de un no menos testarudo maquinista navegante, ciudadanos no cabalmente responsables. Si Cole y Huth tenían alguna brillante idea para seguir, no habría nada que hacer excepto registrar una protesta.

Hutchins estaba dando vueltas en la exigua cabina, examinando mapas e instrumentos. Dirigió ahora el proyector del vehículo hacia los riscos y comenzó a observarlos detenidamente con los gemelos. ¡Seguramente, pensó Jerry, no esperará conducir este trasto por ahí! El S-5 era un revoloteador de carril y no una cabra montés...

Bruscamente, Hutchins encontró algo. Lanzó un suspiro que era más bien una súbita y explosiva boqueada, y se volvió a Coleman.

—¡Mira! —gritó con voz sumamente excitada—. ¡Justamente a la izquierda de aquella marca negra! ¿Qué es lo que ves?

Le tendió los gemelos, y ahora fue Coleman quien escrutó los riscos.

—¡Que me condenen si no tenias razón! —dijo al fin—. Hay ríos en Venus. Ésa es una cascada seca.

—Así, pues, me debes una cena en el *Bel Gourmet* cuando volvamos a Cambridge. Con champán.

—No necesitas recordármelo. De todos modos, es barato por el precio. Pero eso deja aún tus otras teorías a la altura del barro.

—¡Hey, un minuto! —interpeló Jerry—. ¿Qué es todo eso de ríos y cascadas? Todo el mundo sabe que *no pueden* existir en Venus: nunca se produce en este vaporoso planeta el suficiente frío como para que se condensen las nubes.

—¿Has mirado el termómetro recientemente? —preguntó Hutchins con engañosa suavidad.

—He estado *ligeramente* demasiado ocupado conduciendo.

—Pues entonces tengo noticias para ti. Está por debajo de los 230, y descendiendo todavía. No olvides que estamos en el polo, que es invierno y que nos encontramos a 18.000 metros sobre las tierras bajas. Todo esto se nota en el aire. Si baja un poco más la temperatura tendremos lluvia. El agua hervirá, desde luego..., pero será agua. Y aunque Jorge no lo admita aún, esto presenta a Venus con una fisonomía totalmente distinta.

—¿Por qué? —preguntó Jerry, aunque ya lo había supuesto.

—Porque donde hay agua debe haber vida. Nos hemos apresurado demasiado en conjeturar que Venus era estéril, simplemente debido a que el promedio de su temperatura es de más de quinientos grados. Aquí en las montañas hay lagos y quiero echarles un vistazo.

—¡Pero es agua *hirviente!* —protestó Coleman—. ¡Nada puede vivir en eso!

—Hay algas que lo logran en la Tierra. Y si hemos aprendido algo desde que comenzamos a explorar los planetas es esto..., que en cualquier lugar donde la vida tenga la más ligera probabilidad de supervivencia se la encontrará. Ésta es la única posibilidad que jamás se haya presentado sobre Venus.

—Desearía que pudiéramos comprobar tu teoría. Pero, ya lo puedes ver por ti mismo, es imposible escalar ese risco.

—Quizá lo sea en el vehículo, pero no será demasiado difícil hacerlo a pie, con los trajes térmicos. Todo lo que necesitamos es andar unas cuantas millas en dirección al polo; según los mapas del radar, todo es muy llano una vez alcanzado el borde. Podemos apañárnoslas allá dentro... oh, durante doce horas o más. Cada uno de nosotros ha estado fuera más tiempo que ése, y en mucho peores condiciones.

Aquello era enteramente cierto. La ropa protectora que había sido diseñada para mantener con vida al hombre en las tierras bajas venusianas tendría una tarea más fácil aquí, donde la temperatura era sólo cien grados más calurosa que en el Valle de la Muerte en plena canícula.

—Bien —dijo Coleman—. Ya conoces las ordenanzas: no se puede ir solo, y alguien ha de quedarse aquí para mantener contacto con la nave. ¿Cómo lo

zanjaremos esta vez: ajedrez o cartas?

—El ajedrez lleva demasiado tiempo —dijo Hutchins—, especialmente cuando lo jugáis vosotros dos. —Tendió la mano a la mesa de juego y tomó un naipe muy usado. Córtalo, Jerry.

—Diez de picas —dijo Jerry—. Espero que puedas derrotarlo, Jorge.

—Así lo haré... ¡Maldita sea, sólo un cinco de tréboles! Bueno, dad mis recuerdos a los venusianos...

A pesar de la seguridad de Hutchins, resultaba tarea ardua el escalar la escarpadura. El declive no era muy pronunciado, pero el peso del aparato de oxígeno, el traje térmico refrigerado y el equipo científico alcanzaban un peso de más de cien libras por hombre. La menor gravedad —un trece por ciento más débil que la de la Tierra —proporcionaba una ligera ayuda, pero no mucha, cuando se afanaban por pedregales en declive, descansaban brevemente en los bordes para recuperar aliento y volvían a trepar a través del crepúsculo submarino. El esmeraldino fulgor que se derramaba en torno a ellos era más brillante que el de la luna llena en la Tierra. Una luna se habría disipado en Venus, se dijo Jerry; jamás hubiese podido ser vista desde la superficie, no había allí mar alguno cuyas mareas regir... y la incesante aurora era un manantial de luz mucho más constante. Habían escalado más de seiscientos metros antes de que el terreno se nivelara en un suave declive, surcado aquí y allá por costurones que eran canales claramente tajados por el correr del agua. Al cabo de una breve búsqueda llegaron a una hondonada lo suficientemente ancha y profunda como para merecer el nombre de lecho de río, y echaron a andar por ella.

—Acabo de pensar en algo —dijo Jerry cuando hubieron caminado unos cientos de metros—. ¿Y suponiendo que haya una tormenta ante nosotros? No me hace ni pizca de gracia el tener que soportar un flujo de agua hirviendo.

—Si hay una tormenta la oiremos —replicó Hutchins con cierta impaciencia—. Tendremos tiempo de sobra para llegar a terreno elevado.

Tenía indudablemente razón, pero Jerry no se sintió más satisfecho por ello mientras continuaban remontando el suavemente inclinado lecho del curso del agua. Su inquietud había estado aumentando desde que pasaran sobre la cresta del risco, perdiendo así contacto por radio con el vehículo explorador. El hallarse desconectado con sus compañeros resultaba para él una experiencia única y turbadora. Nunca le había ocurrido antes en toda su vida; hasta a bordo de la *Estrella de la Mañana*, aun hallándose a cientos de millones de millas de la Tierra, pudo siempre enviar un mensaje a su familia y obtener una respuesta en el lapso de breves minutos. Pero ahora, apenas unos cuantos metros de roca acababan de aislarles del resto de la humanidad; si algo les sucedía, nadie jamás lo sabría... a menos que alguna expedición posterior hallara sus cadáveres. Jorge esperaba el número de horas convenido y luego marcharía de regreso a la nave... solo. Se dijo a sí mismo que él no era ciertamente el tipo ideal de explorador, que lo que le gustaba era manipular complicadas máquinas, y que así fue como se vio mezclado en el vuelo espacial.

Nunca llegó a pensar hasta dónde le conduciría aquello... y ahora era ya demasiado tarde para cambiar.

Habían cubierto quizá tres millas en dirección al polo, siguiendo los meandros del lecho del río, cuando Hutchins se detuvo para hacer observaciones y recoger muestras.

—¡Sigue descendiendo la temperatura!

—Ha bajado ya de los 199; es, con mucho, la menor registrada jamás en Venus. Quisiera poder llamar a Jorge y comunicárselo.

Jerry probó todas las bandas de ondas y hasta intentó captar a la astronave —los impredecibles altibajos de la ionosfera del planeta hacían a veces posible la recepción a larga distancia—, pero no se produjo ni un susurro portador de onda sobre el rugido y el crepitar de las fragorosas tormentas venusianas.

—Eso es aún mejor —dijo Hutchins, ahora con auténtica excitación en su voz—. La concentración de oxígeno ha aumentado... quince partes en un millón. En el vehículo era sólo de cinco, y en las tierras bajas apenas se podía detectarlo.

—¡Pero quince en un *millón!* —protestó Jerry—. ¡Nada podría respirar *eso!*

—Inviertes la cuestión —manifestó Hutchins—. Nadie ni nada lo respira: algo *lo hace*. ¿De dónde crees que proviene el oxígeno de la Tierra? Todo él está producido por la vida..., por las plantas en desarrollo. Antes de que hubiese plantas en la Tierra, nuestra atmósfera era semejante a esta..., una mezcla de anhídrido carbónico y amoníaco y metano. Luego evolucionó la vegetación y lentamente convirtió nuestra atmósfera en algo que los animales podían respirar.

—Ya —dijo Jerry—. Y tú piensas que el mismo proceso ha comenzado aquí...

—Así parece. *Algo* no lejos de aquí, se halla produciendo oxígeno..., y la vida vegetal es la explicación más simple.

—Y donde hay plantas —reflexionó Jerry— es de suponer que más pronto o más tarde haya animales.

—Eso es —dijo Hutchins, recogiendo sus cosas y comenzando a remontar la hondonada—, aunque el proceso lleva unos cuantos millones de años. Puede ser que hayamos llegado aún demasiado pronto..., aunque espero que no.

—Todo esto está muy bien —respondió Jerry—. Pero ¿y suponiendo que topemos con alguien que no nos quiera? No tenemos armas.

—Ni las necesitamos. ¿Te has detenido a pensar en el aspecto que tenemos? No cabe duda de que cualquier animal echaría a correr apenas nos viera desde lejos.

Había algo de verdad en sus palabras. La envoltura metálica de los trajes térmicos, que les cubría de pies a cabeza, reverberaba como una flexible y destellante armadura. Insecto alguno tenía antenas más primorosas que las encajadas en sus cascos y mochilas, y los anchos lentes a través de los cuales miraban al mundo que los rodeaba semejaban unos ojos vacíos y monstruosos. Sí, pocos habrían sido los animales terrestres que quisieran enfrentarse a una tal aparición, pero los venusianos podían sustentar diferentes ideas.

Jerry estaba aún rumiando la cuestión cuando llegaron al lago. La primera ojeada le hizo pensar ya no en la vida que estaban buscando, sino en la muerte. Semejante a un negro espejo, yacía en medio de un pliegue de los cerros; su orilla extrema se hallaba oculta en la bruma eterna, y fantasmales columnas de vapor remolineaban y danzaban sobre su superficie. Todo lo que necesitaban, se dijo a sí mismo Jerry, era la barca de Caronte en espera de llevarlos a ellos a la otra orilla... o el cisne de Tuonela surcando mayestáticamente las aguas, en guardia de la entrada del averno...

Sin embargo, a pesar de todo, era un milagro... la primera agua libre que el hombre hallara jamás en Venus. Hutchins estaba ya de rodillas, casi en una actitud de rezo. Pero lo único que hacía era recoger gotas del preciado líquido para examinarlas a través de su microscopio de bolsillo.

—¿Hay algo en ellas? —preguntó ansiosamente Jerry.

—Si lo hay es demasiado pequeño para verlo con este instrumento. Te diré algo más cuando volvamos a la nave.

Taponó y precintó una probeta y la puso en su estuche de muestras con tanta ternura como un buscador que acabara de hallar su primera pepita de oro. Pudiera ser —y probablemente lo era —nada más que pura y simple agua. Pero también cabría la posibilidad de que fuese un universo de criaturas ignotas y vivientes en la primera fase de un recorrido de billones de años hasta la plasmación de la inteligencia.

No había caminado Hutchins más de una docena de metros a lo largo de la orilla del lago cuando volvió a detenerse, tan súbitamente que Garfield estuvo a punto de tropezar con él.

—¿Qué sucede? preguntó Jerry—. ¿Has visto algo?

—Aquella mancha oscura de allí. La advertí antes de que nos detuviéramos en el lago.

—¿Y qué pasa con ella? A mí me parece bastante corriente.

—*Creo que se ha hecho más grande.*

En toda su vida recordaría Jerry aquel momento. De todos modos, nunca dudó de la afirmación de Hutchins; en aquellos momentos podía creer cualquier cosa, hasta que las rocas crecían. La sensación de misterio y aislamiento, la presencia de aquel oscuro y melancólico lago, el sordo ruido de las lejanas tormentas y el verde titilar de la aurora..., todo aquello había causado un fuerte impacto en su mente, disponiéndole para creer aun lo increíble. Sin embargo, no sentía miedo alguno: eso vendría después.

Miró a la roca. Estaba a unos ciento cincuenta metros, creyó calcular, aunque en aquella difusa luz esmeraldina resultaba enormemente difícil estimar distancias y dimensiones. La roca o lo que fuese parecía una losa horizontal de un material casi negro, situada cerca de la cresta de un risco bajo. Había una segunda mancha, mucho más pequeña, de material semejante, cerca de ella. Jerry intentó medir y registrar en la memoria el espacio que existía entre ambas a fin de poder tener una referencia que le permitiera descubrir cualquier cambio.

Aun cuando vio que aquel espacio iba estrechándose, no sintió ninguna alarma..., sólo una perpleja excitación. No fue hasta que hubo desaparecido totalmente que experimentó en su corazón una espantosa sensación de desamparado terror. No había allí rocas crecientes o movientes: lo que contemplaban era una oscura marea, una alfombra serpeante que iba extendiéndose inexorablemente hacia ellos sobre la cresta del risco

El momento de pánico total, irrazonable, no duró por fortuna más allá de unos pocos segundos. El primer terror de Garfield comenzó a desvanecerse tan pronto como reconoció su causa..., es decir, que aquella marea que avanzaba le había recordado en los primeros momentos, muy vívidamente, una historia que había leído hacía muchos años sobre el ejército de hormigas del Amazonas y la manera como destruían todo cuanto encontraban a su paso...

Pero, fuera lo que fuese aquella marea, se estaba moviendo demasiado lentamente como para suponer un peligro real, a menos que cortase su línea de retirada. Hutchins la estaba observando intensamente a través de sus gemelos; él era biólogo y estaba manteniendo su terreno. No voy a hacer el ridículo, pensó Jerry, huyendo como un gato escaldado si no es necesario.

—Por el amor del cielo —dijo al fin, cuando aquella alfombra viviente se halló a sólo cien metros, y Hutchins no había pronunciado aún una palabra ni movido un solo músculo—. ¿Qué es eso?

Hutchins se deshelo lentamente como una estatua cobrando vida.

—Lo siento, te olvidé por completo. Es una planta, desde luego. Cuando menos, me parece que deberíamos darle este nombre.

—¡Pero se está *moviendo!*

—¿Y por qué habría de sorprenderte eso? Así lo hacen también las plantas terrestres. ¿Es que no has visto películas aceleradas de la hiedra en acción?

—Pero la hiedra permanece en su sitio..., no se extiende por todo el paisaje.

—¿Y qué hay de las plantas de plancton en el mar? *Ellas* pueden nadar cuando lo necesitan.

Jerry cedió; de todos modos, el prodigio que se aproximaba le había privado de palabras.

Siguió pensando en aquella cosa como una alfombra espesa, orlada en los bordes. Variaba de espesor al moverse; en algunas partes era tenue como una película, y en otras tenía treinta y más centímetros de grosor. Al aproximarse más, Jerry pudo comprobar su tejido, y lo comparó al terciopelo negro. Se preguntó cómo sería al tacto..., recordando luego que como menos quemaría sus dedos, aun cuando no les hiciera nada más. Otro pensamiento vino en persecución de éste, movido por la delirante reacción nerviosa que a menudo sigue a una repentina conmoción: «Si *existen* venusianos, jamás podremos estrechar nuestras manos con las de ellos; nos las quemarían, y nosotros se las helaríamos».

Hasta entonces aquella cosa no había dado muestra alguna de haberse percatado

de su presencia. Había efectuado su flujo hacia adelante como la inconsciente marea que casi seguramente era. Aparte el hecho de que trepaba sobre pequeños obstáculos, bien podría haber sido una progresiva corriente de agua.

De pronto, cuando estuvo solo a diez metros, la marea aterciopelada se detuvo en su frente, aunque siguió extendiéndose a los lados.

—Estamos siendo rodeados —dijo Jerry ansiosamente—. Será mejor retroceder hasta asegurarnos de que es inofensiva.

Para su alivio, Hutchins retrocedió al instante. Tras una breve vacilación, la cosa prosiguió su avance estirando su línea frontal.

Entonces Hutchins se adelantó de nuevo... y la cosa se retiró lentamente. El biólogo avanzó media docena de veces, para retroceder otras tantas, y a cada una de ellas la marea viviente verificó un flujo y reflujo acorde por completo con sus movimientos. Nunca me imaginé, se dijo Jerry, ver á un hombre bailando un vals con una planta...

—Termofobia —dijo Hutchins—. Una reacción puramente automática. No le gusta nuestro calor.

—¡Nuestro calor! —protestó Jerry—. ¡Pero si somos témpanos en comparación con ella!

—Desde luego..., pero nuestros trajes no lo son, y eso es todo cuanto ella nota.

¡Estúpido de mí!, pensó Jerry. Hallándose uno abrigado y fresco en el interior del traje térmico, resultaba fácil olvidar que el aparato refrigerador, a su espalda, bombeaba constantemente ráfagas de calor al aire circundante. No era extraño que la planta venusiana retrocediera ante ellos.

—Vamos a ver ahora cómo reacciona a la luz —dijo Hutchins.

Encendió su lámpara pectoral, y el verde resplandor boreal fue ahuyentado al instante por el blanco y puro destello. Hasta que el hombre llegara a aquel planeta, ninguna luz blanca había brillado ni siquiera de día sobre la superficie de Venus. Como en el fondo de los mares de la Tierra, sólo había en ella un verdoso crepúsculo, intensificándose lentamente hasta una profunda oscuridad.

La transformación fue tan pasmosa, que ningún hombre hubiera podido reprimir una exclamación de asombro. Como en un chispazo, la negrura de la espesa alfombra aterciopelada desapareció a sus pies, dejando en su lugar un satinado tejido de brillantes y vivos rojos con áureas estrías. Ningún príncipe persa hubiera podido jamás encargarse a sus tejedores una tapicería tan suntuosa y que sin embargo no era más que el producto accidental de fuerzas biológicas, una gama de colores que hasta el momento de producirse el destello no habían existido... y que se desvanecería nuevamente en cuanto la luz extraña de la Tierra dejara de conjurarlos a esa existencia.

—Tijov tenía razón —dijo Hutchins—. Me hubiera gustado que lo viera.

—¿Razón sobre qué? —preguntó Jerry, aunque parecía casi un sacrilegio hablar en presencia de aquella maravilla.

—Allá en Rusia, hace cincuenta años, observó que las plantas que viven en climas muy fríos tienden a ser azules o violetas, mientras que las de los cálidos son rojas o naranja. Predijo que la vegetación marciana sería violeta y que, si había plantas en Venus, su color sería encarnado. Pues bien, estaba en lo cierto en ambas conjeturas. Pero no podemos permanecer todo el día aquí; tenemos trabajo que hacer.

—¿Estás seguro de que esto... no es peligroso? —preguntó Jerry, volviendo a reafirmarse en él algo de su precaución.

—Absolutamente. No puede tocar nuestros trajes aunque lo quisiera. Y de todos modos, se mueve pasando ante nosotros.

Así era. Podían ver ahora que toda aquella cosa —si era una simple planta y no una colonia— cubría una superficie circular de unos cien metros de diámetro aproximadamente. Iba barriendo el suelo igual que lo hace la sombra de una nube impelida por el viento..., y allá donde se había detenido, las rocas estaban punteadas de innumerables pequeños agujeros, tenues como quemaduras de ácido.

—Sí —dijo Hutchins en respuesta a la observación de Jerry sobre el particular—. Así es cómo se nutren los líquenes: segregan ácidos que disuelven la roca. Pero nada de preguntas, por favor, hasta que estemos de vuelta a la nave. Tengo aquí trabajo para varios días, y disponemos solamente de un par de horas para hacerlo.

Aquello fue casi botánica a la carrera... El borde sensitivo de la inmensa planta podía moverse con sorprendente velocidad cuando intentaba evadirlos. Era como si estuviese conteniendo con una hojuela animada de unos cuatro mil metros cuadrados de extensión. No se producía en ella reacción alguna —aparte la automática evitación del calor despedido por sus trajes— cuando Hutchins cortaba muestras o tomaba pruebas. Aquel objeto fluía constantemente, progresando sobre cerros y valles, guiado por algún singular instinto vegetal. Quizás estaba siguiendo alguna vena de mineral; los geólogos lo decidirían cuando analizaran las muestras de roca que Hutchins había recogido antes y después del paso del tapiz viviente.

Apenas había tiempo para pensar o incluso para enmarcar las innumerables cuestiones que había planteado su descubrimiento. Probablemente aquellas criaturas debían ser bastante numerosas, o no se hubieran topado tan pronto con una de ellas. ¿Cómo se reproducían? ¿Mediante retoños, esporas, escisión o cuál otro medio? Aquélla podía no ser la única forma de vida en Venus... La misma idea era absurda, pues indudablemente, habiendo una especie, ha de haber al mismo tiempo miles de ellas...

Un hambre canina y la fatiga les obligó finalmente a efectuar un alto. La criatura que estaban estudiando podía seguir, si lo deseaba, su camino nutritivo en torno a Venus —aunque Hutchins creía que no iba nunca mucho más allá del lago, aproximándose de cuando en cuando al agua e introduciendo en ella un largo zarcillo tubular—; los animales de la Tierra necesitaban descansar.

Supuso un gran alivio hinchar la tienda sobrecomprimida, meterse en ella a través de la cámara intermedia y despojarse de los trajes térmicos. Por primera vez, mientras

se relajaban en el interior de su diminuto hemisferio de plástico, ocupó sus mentes la verdadera maravilla e importancia del descubrimiento. Aquel mundo que los rodeaba no era ya el mismo: Venus no era más un planeta muerto, sino que se había unido a la Tierra y a Marte.

Pues la vida llama a la vida, a través de las simas del espacio. Todo cuanto se desarrollaba o se movía sobre la superficie de un planeta era un portento, una promesa de que el hombre no estaba solo en aquel universo de brillantes soles y remolineantes nebulosas. Si hasta entonces no había encontrado compañeros con quienes poder hablar, aquello era de esperar, pues los años y las eras se extendían aún inmensas ante él, en espera de ser explorados. Mientras tanto debía preservar y fomentar la vida que hallara en su camino, bien fuera sobre la Tierra, sobre Marte o sobre Venus...

Así se dijo Graham Hutchins, el biólogo mas afortunado del sistema solar, mientras ayudaba a Gaffield a recoger los residuos y meterlos en un hermético estuche de plástico. Cuando deshincharon la tienda e iniciaron el viaje de retorno no había señal alguna de la criatura que habían estado examinando. Era mejor así, pues de lo contrario podían haberse sentido tentados a demorarse para efectuar más experimentos, y estaba muy próximo el plazo de que disponían.

No importaba; dentro de pocos meses volverían con un equipo de ayudantes, mucho mejor dotados con todo lo necesario para la investigación y con los ojos del mundo posados sobre ellos. La evolución había seguido su curso operando durante un billón de años para hacer posible aquel encuentro; podía muy bien esperar un poco más.

Durante un rato nada se movió en la verdosidad titilante del paisaje envuelto en bruma, desierto a la vez de seres humanos y tapiz carmesí. Luego, discurriendo sobre los cerros tallados por el viento, reapareció la extraña criatura. O tal vez era otra de la misma extraña especie y nadie lo sabría jamás.

Pasó ante el pequeño montón de piedras donde habían enterrado sus desechos Hutchins y Garfield. Y luego se detuvo.

No estaba perpleja, pues no tenía mente alguna. Pero el impulso químico que la conducía inexorablemente sobre la meseta polar estaba gritando: ¡Aquí, aquí! En alguna parte próxima se encontraba el más precioso de todos los alimentos que necesitaba, el fósforo, el elemento sin el cual no podía jamás producirse la chispa de vida. Comenzó a hozar las rocas, a escurrirse entre las grietas y hendiduras, a arañar y raspar con sus tanteantes zarcillos. Nada de cuanto hizo superaba la capacidad de cualquier planta o árbol terrestre..., pero se movía mil veces más rápidamente, y necesitó tan sólo unos minutos para alcanzar su meta y atravesar la película de plástico.

Y luego se regaló con el alimento, de manera más concentrada que en cualquier otra forma de vida que conociera jamás. Absorbía los carbohidratos, y las proteínas

y los fosfatos, la nicotina de las colillas, y la celulosa de los vasos de papel, y la celulosa de los vasos y las cucharas de cartón. Lo trituraba todo y lo asimilaba en su extraño cuerpo sin dificultad ni perjuicio.

Y asimismo absorbía todo un microcosmos de criaturas vivientes..., bacterias y virus que, sobre otros planetas, habían evolucionado de mil mortales linajes. Aun cuando tan sólo muy pocos podían sobrevivir en aquella atmósfera y temperatura, eran suficientes. Cuando la alfombra se arrastró de nuevo al lago, llevaba el contagio a todo su mundo.

Y cuando la Estrella de la Mañana puso rumbo a su lejana patria, Venus estaba muriéndose. Las películas y fotografías y muestras de que era portador triunfal Hutchins eran aún más preciosas de lo que pensaba, pues eran el único archivo que jamás existiría del tercer intento de asentamiento de la Vida en el sistema solar.

Bajo las nubes de Venus, la historia de la Creación había terminado.

RÉQUIEM

Edmond Hamilton

Kellon pensaba exasperado que no estaba gobernando una astronave, sino un circo ambulante. Llevaba a bordo hombres de la radio y televisión con toneladas de equipo, espléndidos comentaristas que tenían respuesta para todo, bellísimas muchachas expertas en cuestiones femeninas, pomposos burócratas persiguiendo la publicidad y estrellas de variedades que viajaban aquí por las mismas razones.

Su nave y tripulación habían sido de las mejorcitas existentes en el servicio de Astrografía, pero ya habían dejado de serlo. Se les había relevado de su peculiar misión de promover los conocimientos astrográficos a las más remotas regiones de la Galaxia, y se les había encomendado transportar este cargamento de gente dispendiosa, en una misión totalmente innecesaria.

«Al diablo con los sentimentalismos», se dijo para sí, y, en voz alta añadió:

—Señor Riney, ¿coincide la posición con la órbita calculada? Riney, el segundo de a bordo, era un joven serio que había estado sumamente atareado con los instrumentos en la cabina de astronavegación.

—Sí —respondió—. Justamente a proa. ¿Vamos a desembarcar ya? Kellon no respondió inmediatamente. Aparecía a pie firme sobre el puente como un hombre de mediana edad, fornido, de hombros cuadrados, y su rostro basto y curtido no dejaba entrever el resentimiento que experimentaba. Le dolía dar la orden pero tenía que hacerlo.

—Está bien; atraque.

Mientras descendían miraba tristemente por las ventanillas filtrantes. En esta región espiral de la Galaxia las estrellas eran relativamente escasas. Sólo se veían algunas a la deriva, destacando sobre la oscuridad. Bien al frente refulgía un pequeño y compacto sol como si fuera un diamante. Era un diminuto sol blanco que llevaba así dos mil años ofreciendo tan escaso calor que los planetas que le rodeaban habían quedado helados y aprisionados bajo sus propios hielos constantemente. Todos ellos eran planetas muertos por el frío, excepto el más interior.

Kellon miró fijamente aquel planeta, parecido a una burbuja tostada. El hielo que lo había cubierto desde el primer cataclismo, estaba ahora derretido. Meses antes, un oscuro cuerpo errante había pasado muy cerca de este sistema sin vida. Su paso perturbó las órbitas planetarias y los planetas interiores habían comenzado a cerrar sus órbitas en espiral hacia el sol lentamente, y el hielo iba desapareciendo de la superficie.

Víresson, uno de los jóvenes oficiales, entró, con aspecto cansado, al puente y dijo a Kellon:

—Desean verle abajo, señor. Especialmente el señor Borrodale. Dice que es

urgente.

«Bueno, ya empieza ese hatajo de comediantes a hacer de las suyas. Tendré que decirles cuatro cosas», pensó con desgana.

Asintiendo con un movimiento de cabeza dirigido a Viresson, el capitán bajó al camarote principal. Aquel espectáculo le sublevó. En vez de encontrar allí a sus propios hombres, charlando y relajándose, lo que había era una pequeña y ruidosa turba de hombres y mujeres, vestidos con ropajes estrafalarios, que parecían hablar y reír todos al mismo tiempo, con risas incoherentes y nerviosas.

—Capitán Kellon, quiero pedirle...

—Capitán, será tan amable...

Asintiendo y sonriendo pacientemente, el capitán se abrió paso entre ellos hasta Borrodale. Había recibido instrucciones particulares para que cooperase con Borrodale, el comentarista de telerradio más famoso de la Federación.

Borrodale era un hombre ligeramente regordete, de rostro redondo rosado y unos ojos negros, serios y desproporcionadamente grandes. Cuando hablaba, uno se daba cuenta enseguida de la profundidad, significado e increíble riqueza de su voz.

—Capitán, mi primer reportaje comienza dentro de treinta minutos. Necesito una buena vista de aproximación. Si mis hombres pudieran instalar las cámaras en el puente...

—Por supuesto —asintió Kellon—. El señor Viresson está allá arriba para ayudarles en lo que sea.

—Gracias, capitán. ¿No le gustaría presenciar la emisión?

—Sí, claro, pero...

Fue interrumpido por Lorri Lee cuyo rostro —resplandecientemente hermoso— y tipo, así como su sofisticada palabrería, habían hecho de ella el ídolo entre todas las reporteras femeninas.

—Recuerde que mi emisión tendrá lugar inmediatamente después del desembarco. Me gustaría aparecer sola, teniendo por fondo únicamente el vacío de aquel mundo. ¿Será tan amable de dar las órdenes para conseguir ese efecto, capitán?

—Haremos lo que podamos —murmuró Kellon, y al ver que todos le acosaban a la vez añadió con aspereza—: Hablaremos más tarde. El programa del señor Borrodale...

Pasó entre ellos, echando a andar detrás de Borrodale en dirección al camarote, que había sido preparado como sala de transmisión de reportajes audiotelvisados. Kellon pensaba amargamente que este camarote había servido en otros tiempos para propósitos más dignos, almacenando las pruebas de agua, tierra y otras muestras tomadas de mundos lejanos. Pero aquello era en los tiempos que tenían por misión el realizar un honrado trabajo de astrografía, y no haciendo de carabina a un puñado de estúpidos charlatanes en este viaje de peregrinación sentimental.

A Kellon no le hacía mucha gracia presenciar la emisión, pero lo prefería a tener que soportar aquella gentuza del camarote principal. Vio como Borrodale daba la

señal. La pantalla del monitor cobró vida.

En ella se veía un globo de color pardo girando en el espacio, que se iba haciendo visiblemente mayor a medida que se aproximaban a él. Ahora se destacaban sobre su superficie algunos mares dispersos. Pasaron unos momentos sin que Borrodale dijera una sola palabra, dejando que la imagen se extinguiera. Luego empezó a oírse su voz.

—Están ustedes viendo la Tierra —dijo.

Se hizo de nuevo el silencio y el parduzco globo flotante se veía ahora más grande, envuelto por algunas nubes blancas. Entonces, Borrodale habló otra vez.

—A todos los que están contemplando el programa desde los numerosos mundos de la galaxia; ésta es la patria de nuestra raza. Pronuncien su nombre conmigo: La Tierra.

Kellon sentía un profundo desagrado. Todo aquello era cierto, pero también era falso. ¿Qué significaba la Tierra para él, para Borrodale o para sus billones de oyentes? Pero era un acontecimiento, una ocasión sentimental que se les presentaba y tenían que sacar partido de ella.

—Hace tres mil quinientos años —seguía diciendo Borrodale— que nuestros antepasados habitaron este mundo. Fue entonces cuando saltaron por primera vez al espacio. En principio, llegaron hasta estos otros planetas, pero, muy pronto, alcanzaron otras estrellas. Y así es cómo se fue extendiendo nuestra Federación, nuestra comunidad de la civilización humana en tantas estrellas y mundos.

Ahora, en el monitor, la vista correspondiente al globo pardo de la Tierra había sido reemplazada por un primer plano del rostro de Borrodale. Hizo una pausa dramática.

—Pero hace más de dos mil años, se había descubierto que el Sol que alumbraba la Tierra estaba a punto de contraerse y perder su calor. Por ello, quienes aún vivían en la Tierra la abandonaron para siempre y, cuando se produjo el cambio solar, la Tierra y los demás planetas se cubrieron de eternos hielos. Ahora, dentro de pocos meses va a tener lugar la desaparición definitiva del viejo planeta que sustentó el origen de nuestra raza. Lentamente se va acercando en espiral hacia el Sol y pronto se fundirá con él como ya han hecho Mercurio y Venus. Y cuando esto ocurra habrá desaparecido para siempre el mundo de origen del hombre.

Hizo una nueva pausa, prolongándola por el tiempo justo, y luego, Borrodale continuó con voz hábilmente modulada en un tono bajo.

—Y nosotros a bordo de esta nave, humildes reporteros y servidores de la vasta audiencia radiotelevisiva de todos los mundos, hemos venido hasta aquí para ofrecerles, en las siguientes semanas, la última visión de nuestro ancestral mundo. Creemos —y esperamos— que encuentren ustedes interesante recordar un pasado que casi es leyenda.

Y Kellon pensaba en aquellos momentos: «Seguro que este bastardo no siente mucho más interés que yo por ese viejo planeta, pero ciertamente es un adulator».

Tan pronto como terminó la emisión, Kellon se vio asediado una vez más por la

clamorosa multitud del camarote principal. Levantó la mano en señal de protesta.

—Un momento, por favor. Primero tenemos que desembarcar. Doctor Darnow, ¿quiere venir conmigo?

El doctor Darnow pertenecía a la Oficina Histórica y era el titular encargado de la expedición, pero nadie le prestaba mucho interés. Era un hombrecillo mayor que hablaba excitado mientras iba con Kellon hacia el puente.

Su interés, al menos, es sincero, pensaba Kellon. Igualmente sinceros eran los numerosos científicos que iban a bordo, pero quedaban anulados por los señorones buscadores de publicidad, por los intrusos y sentimentalistas profesionales que les acompañaban. ¡Bonita misión le había encomendado el servicio de Astrografía!

Ya en el puente, miró por la ventanilla al planeta de color pardo y su satélite. Luego preguntó a Darnow:

—¿Dijo usted algo acerca del lugar exacto donde quería desembarcar? El historiógrafo meneó la cabeza y empezó a desplegar un gran mapa del estilo antiguo.

—¿Ve este continente? Pues, a lo largo de sus costas orientales existían bastantes ciudades de las más grandes, como Nueva York.

Kellon se acordaba de este nombre; lo había aprendido hacía mucho tiempo en la escuela de Historia. El dedo de Darnow señaló a un punto del mapa.

—Si fuera posible desembarcar aquí, sobre esta isla... Kellon estudió las características de la superficie y meneó la cabeza.

—Demasiado bajo. A medida que transcurra el tiempo se producirán grandes mareas y no podemos arriesgarnos. Sin embargo, puede que en esta otra isla de terreno más elevado sea factible.

Darnow parecía decepcionado.

—Bueno, supongo que tendrá usted razón. Kellon pidió a Riney que calculara la operación de desembarco. Luego le dijo a Darnow con tono escéptico:

—Seguramente no espera usted encontrar mucho en esas viejas ciudades, después de llevar dos mil años cubiertas de hielo, ¿verdad?

—No hay duda de que habrán sufrido un desgaste terrible —admitió Darnow—. Pero deben quedar numerosas reliquias. Aquí hay materia para pasarme muchos años estudiando.

—No disponemos de años; sólo contamos con unos cuantos meses para que este planeta se aproxime demasiado al sol —repuso Kellon y, luego, añadió mentalmente—: «Gracias a Dios».

La nave siguió su plan de desembarco. La atmósfera friccionaba sobre el casco y, enseguida, espesas nubes grises se agitaban a su alrededor. Después de traspasar la capa nubosa estuvo gravitando sobre un paisaje oscuro y tristón, con manchas blancas en sus valles más profundos. Al fondo se divisaba un océano gris. Pero la astronave descendió hacia una quebrada llanura pardusca, posándose en ella, y acto seguido se produjo el esperado estruendo de silencio que siempre sigue al paro de toda maquinaria.

Kellon miró a Riney, que volvió en un momento del cuadro de pruebas con un tenue aire de sorpresa en el rostro.

—Presión, oxígeno, humedad... todo en condiciones óptimas. Por supuesto — agregó—, éste «fue» un lugar óptimo.

Kellon asintió. Luego dijo:

—El doctor Darnow y yo daremos primero un vistazo alrededor. Viresson, que no salgan los pasajeros.

Cuando fue en unión de Darnow a la cámara reguladora de presión, situada abajo, oyó el clamor de las voces que venían desde el camarote principal y pensó que a Viresson le había tocado una buena papeleta que resolver. Aquellos tipos no estaban acostumbrados a que les dijeran que no, y adivinaba su resentimiento contra aquella orden.

Quando salieron de la cámara reguladora de presión, un aire frío y húmedo saludó a Kellon. Quedaron a pie firme sobre el terreno embarrado y arenoso que se hundía un poco bajo sus botas a medida que se alejaban trabajosamente de la nave. Se pararon, tiritando, y contemplaron las inmediaciones. Bajo un cielo encapotado de nubarrones grises se extendía un triste paisaje sin sol y de color pardo. Nada rompía el monótono color de tierra pelada más que los ocasionales cascos de hielo que aún quedaban en las partes bajas. Un viento recio y voluble agitó el crudo ambiente y luego cesó totalmente. Tras ellos no se oía otro ruido que el tintineo que emitía la corteza de la nave en sus contracciones al enfriarse. Kellon pensó que, por encima de todo sentimentalismo, aquello no era más que un mundo de melancolía.

Pero los ojos de Darnow aparecían resplandecientes.

—Tendremos que aprovechar al máximo cada minuto que estemos aquí — murmuró—. Hasta el último minuto.

En cosa de dos horas, el pesado equipo radiofónico había sido cargado en dos grandes tractores y se alejaban de la astronave en dirección Este. En uno de ellos viajaba Lorri Lee, vestida con un traje resplandeciente de color lila y de seda sintética.

Kellon, temiendo la posibilidad de que cayeran sobre algún terreno de arenas movedizas, acudió a los acantilados desde donde se contemplaban las ruinas de Nueva York para estar presente en la primera emisión. Cuando ésta estuvo en marcha se arrepintió de haber ido.

Porque Lorri Lee, con su cabeza rubia que destacaba más aún con la luz tristonca, dio rienda suelta a todos sus encantadores gestos, ya ensayados, frente a las cámaras, señalando con gran excitación hacia las ruinas que yacían a sus pies.

—¡Resulta tan increíble! —gritaba para oyentes de mil mundos—. ¡Es increíble encontrarse aquí, en la Tierra, contemplar de nuevo los viejos lugares! ¡Es algo que se apodera de una!

Algo, en efecto, se apoderó de Kellon. Le hizo sentir náuseas. Dio media vuelta y se volvió hacia la nave, pensando en aquel momento que, si Lorri Lee cayera en las

arenas movedizas durante el camino de regreso, después de todo, no sería una gran pérdida.

Pero aquel primer día fue solo el principio. La gigantesca nave se convirtió pronto en el centro de diversos y continuos programas. Había sido especialmente equipada para conectar con la estación más próxima de la red de la Federación, y sus transmisores raras veces estaban callados.

Kellon se dio cuenta de que Darnow, a quien se le suponía coordinador de todos estos programas, se hallaba totalmente ajeno a ello. El diminuto historiador vivía sobre un séptimo cielo en este viejo planeta, que había sido descubierto a la vista por vez primera desde hacía miles de años, y se pasaba fuera la mayor parte del tiempo ocupado en otras cosas de mayor interés para él. Y fue a su ayudante, un joven activo, inquieto y fatigado, a quien cupo intentar una reconciliación con las insistentes demandas y exigencias de las altamente temperamentales estrellas radiofónicas.

Kellon experimentaba un creciente hastío al tener que estar allí, mientras salía al éter toda aquella sarta de disparates. Aquella gente estaba pasando una especie de día decampo, pero a él le importaban muy poco todos ellos y sus programas. Roy Quayle, el joven diseñador de modas, formó un desfile semi-humorístico, semi-nostálgico, al estilo de la antigua moda de la Tierra, vistiendo a las bellas muchachas con ciertos trajes de época, que resultaban ridículos, de los cuales traía un duplicado. Barden, el famoso productor de guiones, pasó antiguas películas referentes a los antiguos dramas de la Tierra que hicieron llorar y reír en sus tiempos a todo el mundo. Jay Maxson, un saliente político en el Congreso de la Federación, discutió con Borrodale los sistemas políticos de los viejos tiempos, de forma previamente calculada para no dejar en el peor lugar a su propio partido extendido por toda la galaxia. Los Arcturus Players, un brillante grupo de jóvenes artistas, dieron lectura a poemas y dramas de la vieja Tierra.

No era más que eso: una representación teatral, pensaba Kellon malhumorado. Gente mayor y famosa, aprovechando por los pelos la oportunidad que les brindaba la muerte ocasional de un planeta olvidado, para ponerse ante la atención del público, igual que niños sabihondos. Mientras tanto, había un verdadero trabajo que realizar en la galaxia, el trabajo de Astrografía, el interminable y agotador pero siempre fascinante trabajo de cartografiar los sistemas y mundos desconocidos. Y en vez de realizar esta importante misión, le habían condenado a pasar aquí semanas y meses con esta cuadrilla de comediantes.

A los científicos e historiadores los respetaba. Éstos aparecían pocas veces ante las cámaras y su interés era verdadero. Fue uno de ellos llamado Haller, biólogo, quien excitadamente mostró a Kellon un puñado de tierra húmeda, una semana después de su llegada.

—¡Mire esto! —dijo con orgullo. Kellon se quedó mirando.

—¿Qué?

—Estas semillas son de cizaña. Véalas.

Kellon las estudió, viendo que de cada una de las minúsculas semillas brotaba un tallo nuevo tan delgado como un cabello.

—¿Acaso están germinando? —preguntó incrédulo. Haller asintió feliz.

—Sin duda alguna. Ya lo sospechaba yo. Cuando el Sol perdió todo su vigor, de acuerdo con los antecedentes que tenemos, en el hemisferio norte era casi primavera. Era cosa de pocas horas la temperatura comenzó a descender y la hidrosfera y atmósfera iniciaron su proceso de congelación.

—¡Pero eso, seguramente, acabó con la vida de todo el planeta...!

—No —dijo Haller—. Ciertamente acabó con la vida de las plantas superiores, árboles, arbustos de hoja perenne, etcétera. Pero las semillas de plantas temporales se quedaron en animación suspendida a causa del frío. Y ahora, el calor las está haciendo germinar.

—¿Entonces tendremos hierba y plantas menores?

—Muy pronto; a medida que vaya aumentando el calor. En realidad, según transcurrían las primeras semanas, el calor se iba acentuando más. Un día se dispersaron las nubes y aparecieron en el cielo los débiles rayos blancos de aquel minúsculo sol que parecía un diamante. Y llegó una mañana en que encontraron la quebrada llanura del paisaje ligeramente teñida de un verde pálido.

Y creció la hierba, y botaron las semillas, y germinaron las vides, todas ellas como queriendo acelerar su crecimiento, como si supieran que ésta, su última temporada, iba a durar poco. Pronto el barro pelado y oscuro de las colinas y valles fue reemplazado por un tapiz verde y por doquier rompía la vegetación y comenzaban a aparecer las flores. Tréboles, campanillas, dientes de león, violetas, todas brotaron una vez más.

Kellon dio un largo paseo, ahora que no tenía que esforzarse caminando por el barro. El griterío que rodeaba a la nave, el constante discutir de aquellos antagónicos temperamentos y las agudas y febriles voces le ahuyentaban de allí. Se encontraba mejor apartándose sólo de aquel bullicio.

Había vuelto la hierba y las flores pero, por lo demás, seguía siendo un mundo vacío. Pese a ello, se encontraba cierta paz de espíritu al pasear arriba y abajo por los largos y serpenteantes declives cubiertos de verde. El sol era ahora brillante y alentador, y blancas nubes moteaban el cielo. El viento susurraba cálido mientras Kellon se sentaba en una ladera y extendía su mirada hacia poniente donde ya no vivía nadie ni viviría jamás.

—Qué gran tristeza —pensaba—. Pero es mejor esta paz que el bullicio de esos charlatanes.

Permaneció largo tiempo sentado frente a los oblicuos rayos del sol, sintiendo que sus agarrotados nervios se relajaban. La hierba se mecía a su alrededor, agitándose en largas olas, y las flores más altas se inclinaban en una reverencia.

No había otro movimiento ni otra clase de vida. Que pena, pensaba, que no

hubiera ni siquiera pájaros en esta última primavera de la vieja Tierra; ni siquiera una mariposa. Bueno, lo mismo daba, porque todo ello iba a durar muy poco.

Cuando empezaba a caer la oscuridad del ocaso y Kellon regresaba a la nave, de repente se apercibió de que en el apagado firmamento había una burbuja brillante. Se detuvo a contemplarla y en seguida recordó lo que era. Sin duda se trataba de la luna del viejo planeta, que no había podido ver sobre el cielo encapotado de nubes durante las noches anteriores. Prosiguió su camino, rodeado de aquella luz difusa.

Al regresar al iluminado camarote principal de la nave, sus relajados nervios sufrieron una repentina sacudida. Se estaba desarrollando una pendencia de primera clase, en la que todos intervenían o comentaban el hecho. Lorri Lee, como si fuera una niña antojadiza quejándose de algo, alegaba que deseaba ocupar el espacio de la emisión del día siguiente, en favor de su programa de interés femenino, mientras que alguien contradecía sus pretensiones. Mientras tanto, Vallely, el joven ayudante de Darnow, aparecía inquieto y fuera de sí. Kellon pasó junto a ellos sin que se apercibieran de él, cerró con llave la puerta de su camarote, se sirvió generosamente una copa y maldijo de nuevo al servicio de Astrografía por la misión que le había encomendado.

A la mañana siguiente tuvo buen cuidado en salir temprano de la nave antes de que estallara la tormenta. Al cargo de la misma dejó a Viresson, aunque nada había que hacer en aquellos momentos, y se alejó paseando por las verdes laderas antes de que nadie tuviera tiempo de llamarle.

Kellon pensaba que aún tenían por delante otras cinco semanas. Luego, gracias a Dios, la Tierra se acercaría tanto al Sol que la nave habría de volver a su propio elemento espacial. Mientras llegaba este día deseado, él permanecería fuera de la vista de todos en lo que fuera posible.

Cada día caminaba varias millas. Tenía gran cuidado en alejarse del Este y de las ruinas de Nueva York, donde los otros iban con frecuencia. Pero paseaba en dirección norte, oeste y sur sobre las laderas herbáceas y florecientes de un mundo vacío. Al menos había encontrado la paz, aunque no hubiera nada que ver.

Pero, después de un tiempo, Kellon se apercibió que había cosas por ver, si se las buscaba. Entre ellas destacaban los cambios sufridos por el cielo, que nunca parecía igual. A veces eran recias nubes blancas y de azul profundo que cruzaban como poderosas naves. Pero, de repente, se tornaban grises y deprimentes y la lluvia le rociaba, para terminar con un rayo de sol que traspasaba las nubes y las desgajaba como cintas voladoras. Y hubo una ocasión en que contempló, desde una serranía, el paso de una vasta tormenta que avanzaba sobre el continente, como si fuera un ejército, cubriéndolo de oscuridad y sombras, con un fondo de gallardetes luminosos y estruendos de tambores.

Los vientos y la luz del sol, la fragancia del aire, la imagen de la luna y el contacto de la suave hierba bajo sus pies, todo ello, parecía singularmente real y apropiado. Kellon había caminado por muchos mundos bajo la luz de otros soles con

colores muy distintos y algunos de ellos no llegaron a gustarle, pero jamás había, encontrado un mundo, que pareciera tan exactamente a tono con su cuerpo, como este planeta gastado y vacío.

Se preguntó vagamente cómo sería cuando estuviera poblado de pájaros, árboles, animales de todas clases, carreteras y ciudades. Por las noches se pasaba las horas solo en su camarote contemplando libros ilustrados de la biblioteca de consultas, que Darnos y los demás habían traído a bordo, y aunque realmente no le importaba aquello demasiado, al menos ofrecía cierto interés y le apartaba del alboroto y pendencias que tenían lugar entre los expedicionarios.

A partir de entonces durante sus paseos, Kellon trataba de imaginarse el verdadero aspecto de todo aquello en tiempos remotos. Sobre aquellos prados abundarían los petirrojos y azulejos, los abejorros chupando el dulce de las corolas; elevados árboles cuyos nombres le eran igualmente extraños, olmos, saúcos y sicómoros. Pequeños animalillos de fina piel, nubes de insectos zumbadores; peces y batracios en las lagunas y ríos, una vasta y compleja sinfonía de vida, tiempo ha desaparecida y olvidada.

¿Pero estaban menos olvidados todos los hombres, mujeres y niños que habían vivido aquí? Borrodale y los otros hablaban mucho en sus emisiones sobre la gente de la antigua Tierra pero éste era solo un nombre sin cara, un término carente de significado. Seguramente que ninguno de aquellos millones de seres pensó jamás en sí mismo como parte integrante de una multitud innumerable. Cada uno fue para sí, y para sus allegados, un ente individual, único, que no se repetiría jamás. ¿Qué podían saber estos locuaces charlatanes, ni nadie, acerca de aquellos individuos?

Kellon encontraba, aquí y allá, vestigios de ellos, insignificantes pecios que habían sido respetados por la opresión de los hielos. Una retorcida hoja de acero, una viga o un riel elaborado por alguien. Una cantera con las marcas dejadas en la roca por las herramientas, donde seguramente los hombres, en un tiempo, sudaron al sol. Los quebrados parches de hormigón que se prolongaban en una línea rugosa para formar una carretera sobre la que una vez viajaron nombres y mujeres, corriendo en pos de misiones de amor o ambición, codicia o temor.

Pero encontró algo más: un sorprendente hallazgo por mera casualidad. Siguiendo un arroyo que discurría por un valle muy estrecho saltó a la otra orilla, mas, al levantar la vista, descubrió que había una casa.

Kellon creyó al principio que todo estaría milagrosamente entero y conservado y, seguramente, eso no podía ser. Pero, cuando se aproximó más, vio que todo era una ilusión y que la destrucción había operado también sobre ella. Sin embargo, la casa permanecía increíblemente reconocible.

Era una casa de recreo, construida de piedra, con bajas paredes y tejado de pizarra, situada junto al verde declive que formaba la pared de un valle. Un alero y parte del extremo de un muro se encontraban derruidos. Kellon, al estudiar su

disposición sobre la pared, llegó a la conclusión de que el hielo debió formar sobre la casa un caprichoso arco natural, preservándola de la enorme presión que había destruido todas las demás estructuras.

En las ventanas y puertas sólo se veían toscas aberturas. Penetró dentro y estuvo mirando las frías sombras de lo que, en un tiempo pasado, fuera una habitación. Había algunas destrozadas piezas de mobiliario completamente podridas, y el polvo y barro seco acumulado a lo largo de una pared contenía irreconocibles partículas de metal herrumbroso, pero no había nada más. Adentro se sentía una fría y ahogada opresión, y entonces salió a la terracita y se sentó al sol.

Mirando a la casa calculó que no podía haber sido edificada después del siglo veinte. En ella debió vivir gente bastante distinta durante los cientos de años que precedieron a la evacuación de la Tierra.

Kellon consideró extraño el que las fotografías aéreas tomadas por los hombres de Darnow en busca de reliquias no la hubieran descubierto. Pero luego no lo consideró tan extraño, porque los muros de piedra ofrecían un color grisáceo poco visible y, además, se encontraba bastante oculta por el despeñadero que formaba el valle.

Sus ojos fueron a posarse sobre una corroída inscripción que había en el cemento de la terraza y acercándose más limpió el barro que la cubría. Las letras aparecían muy desgastadas y comidas por el paso del tiempo, pero le fue posible leerlas.

«Villa Ross y Jennie», leyó.

Kellon dejó escapar una sonrisa. Bueno, al menos, ya sabía quién vivió aquí en un tiempo, los que probablemente la habrían construido. Se imaginaba a aquellos dos jóvenes grabando sus nombres sobre el cemento húmedo, rebosantes de felicidad. ¿Quiénes habrían sido Ross y Jennie y dónde estarían ahora?

Exploró los alrededores de la casa. Tras ella había lo que antaño fuera un jardín de flores. En él brotaban, en anárquico desorden, media docena de florecillas brillantes, de distintas especies, a diferencia de las que crecían silvestres sobre las laderas. Eran las semillas de un viejo jardín que habían estado esperando que acabara el largo invierno de la Tierra para germinar, y habían dormido en suspendida animación hasta que se fundieran los hielos y se presentara al fin la fértil y cálida primavera. Ignoraba qué clase de flores podían ser, pero despedían una vistosidad que le agradaba.

Cuando hacía el camino de regreso sobre la tierra verde a la luz suave del crepúsculo, Kellon pensó que debía contárselo a Darnow. Pero si se lo decía, seguro que la cuadrilla de charlatanes de a bordo acudirían como moscas al lugar. Se imaginaba la clase de emisiones que Borrodale y Lee y el resto de ellos iban a preparar, teniendo como solemne escenario la milenaria casa.

—No —pensó—. ¡Que se vayan al diablo!

En realidad, no le importaba demasiado la vieja casa, pero le brindaba un refugio

de paz y no quería atraer hacia ella las ruidosas hordas de las que estaba tratando de escapar.

En los días que siguieron, Kellon se alegró de no haberlo dicho. Aquella casa le proporcionaba un lugar de evasión donde fisgonear y sacar conjeturas, atrayendo su interés durante aquel tiempo de espera. Allí se pasaba las horas y no decía una palabra a nadie.

Haller, el biólogo, le prestó un libro sobre flores de la Tierra y le traía con él para identificar las que veía en el derruido jardín. Había verbenas, claveles, dondiegos de día y los llamados berros de atrevidos colores rojos y amarillos. Muchas de estas plantas, según leyó en el libro, no se adaptaban bien a otros mundos ni habían sido trasplantadas con éxito. Si esto era cierto, aquélla iba a ser la última floración de toda su existencia.

Siguió investigando en el interior de la casa, tratando de averiguar la clase de vida que llevaron sus moradores. Era una casa extraña que en nada se parecía a las modernas de construcción metálica. Incluso los tabiques interiores eran increíblemente recios y las ventanas parecían sumamente angostas. Se veía claramente que en la habitación más grande era donde aquellas gentes pasaban la mayor parte del tiempo, y sus ventanales daban al pequeño jardín, al verde valle y al riachuelo.

Kellon reflexionaba sobre la clase de personas que fueron Ross y Jennie, que en un tiempo estuvieron sentados juntos mirando por estas ventanas. Se preguntaba qué cosas habrían sido importantes para ellos, qué les habría agradado y desagradado. Kellon era un hombre que siempre fue soltero, pues los capitanes de Astrografía, cuyo campo de operaciones era ilimitado, raras veces se casaban. Pero estuvo ponderando acerca de aquel matrimonio de tantísimos años atrás, y sobre lo que pudo dar de sí. ¿Habrían tenido hijos y su sangre estaría corriendo por los lejanos mundos? Pero aunque así fuera, ¿qué relación guardaba dicha sangre con la de aquellos dos antepasados remotos?

Ahora recordaba parte de un poema escrito al final del libro que le había prestado Haller, Decía así:

*Flores y amantes ahora reunidos,
De vientos, campos y mares olvidados,
Sin un soplo del tiempo que ha pasado.
En el aire suave de un verano consumido.*

Cierto, pensaba Kellon, ellos, Ross y Jennie estaban ahora reunidos, con todas las cosas que habían hecho y pensado, todo ello reunido bajo el polvo de este viejo planeta cuyo último y cálido verano terminaría pronto, muy pronto. Físicamente, allí estaba toda la existencia de aquel hombre llamado Ross y aquella mujer conocida por Jennie, allí estaba convertida en átomos, exceptuando la pequeña fracción de su materia que hubiera escapado hacia otros mundos.

Se acordó de los nombres que todavía eran famosos a través de los mundos de la galaxia, nombres de hombres, mujeres y lugares. Platón, Shakespeare, Beethoven, Blake, el antiguo esplendor de Babilonia, y los despojos de Ankara, y las humildes casas de sus propios antepasados, todo ello aquí, todavía aquí.

Kellon se estremeció mentalmente. Lo malo era que no tenía otra forma mejor de ocupar el tiempo que venir a sacar conjeturas en este pequeño y sombrío lugar. Ya había visto todos sus misterios y carecía de objeto el seguir viniendo.

Pero volvió. No es que tuviera para él un valor arqueológico sentimental, se dijo. De sentimentalismos ya había oído bastante a los charlatanes que llevaba a bordo. Kellon era un hombre del servicio de Astrografía y todo lo que deseaba era volver a su trabajo, pero mientras le tuvieran retenido aquí le resultaba mejor vagar sobre la tierra verde o andar curioseando en torno a esta vieja reliquia, que el tener que oír las interminables algazaras de los otros.

Cada vez se peleaban más, porque se estaban cansando de aquella monotonía. Les pareció de maravillas el salir en primer plano por toda la galaxia, ayudando a realizar un reportaje sobre el fin de la Tierra, pero, a medida que iba transcurriendo el tiempo, su voluble entusiasmo se fue debilitando. No podían marcharse de allí, pues la expedición tenía que transmitir el desenlace final de la muerte del planeta, y éste no se realizaría hasta dentro de varias semanas. Darnow, sus ayudantes y científicos, ocupados en ir venir a muchos viejos sitios, habrían aguantado allí eternamente, pero los otros estaban realmente aburridos.

Kellon, por otra parte, había descubierto en la vieja casa el suficiente interés para soportar la espera sin que le resultara demasiado opresiva. Había leído mucho ya sobre cómo eran aquí las cosas en los pasados tiempos, y se pasaba largas horas sentado en la terracita, al sol de la tarde, tratando de imaginarse la existencia que habían llevado aquel hombre y aquella mujer, llamados Ross y Jennie.

¡Qué extraña y circunscrita parecía ahora aquella clase de vida! Leía que, en aquellos viejos tiempos, la mayoría de las gentes tenían automóviles de tierra que utilizaban para desplazarse a las ciudades donde trabajaban. ¿Se desplazarían a trabajar los dos, o sólo el hombre? Tal vez la mujer se quedara en la casa a cuidar de los niños, si los tenían, y por la tarde a lo mejor se entretenía cuidando las flores del jardincito donde todavía brotaban algunas semillas supervivientes. ¿Se les habría ocurrido pensar alguna vez que, en un día futuro, cuando hiciera muchos siglos que ellos habían muerto, su casa estaría solitaria y en silencio con un visitante de las estrellas lejanas? Se acordó de un pasaje leído por los Arcturus Players, correspondiente a una obra antigua: *Vienen como la sombra y así se van*.

No, pensaba Kellon; Ross y Jennie eran sombras ahora, pero no lo habían sido entonces. Para ellos, y para todas las demás gentes que se imaginaba entrando y saliendo de las ciudades en aquellos días remotos, la sombra era él, el hombre del futuro que aún no existía. Aquí solo, sentado, tratando de comprender aquel tiempo pretérito, Kellon tenía a veces el fantástico presentimiento de que sus vivas

imaginaciones acerca de las gentes, las multitudinarias ciudades, los movimientos y las risas eran una realidad, y que él no era más que un fantasma al acecho.

Los días del verano llegaron en seguida, cálidos, sofocantes. El Sol aparecía blanco y más grande en lo alto de los cielos, derramando sobre la Tierra más luz y más calor que recibiera en miles de años. Y toda la vegetación parecía responder con ímpetu alborozado al desarrollo final, como un acto de jubilosa afirmación que Kellon encontraba infinitamente conmovedor. Ahora, incluso las noches eran cálidas; los vientos soplaban temblorosos y suaves y, en la distancia, el océano saltaba sobre las playas en una risotada de espuma y estruendo, presa de grandes mareas solares.

Con un sobrecogimiento, como si despertara de una pesadilla, Kellon comprendió de repente que sólo faltaban unos días. La espiral se iba cerrando velozmente y muy pronto el calor sería intolerable.

Se dijo a sí mismo que estaría muy contento de partir. Luego tendrían que esperar en el espacio hasta que todo hubiera concluido. Después podría volver a su propio trabajo, a su propia vida, y dejarse de especular acerca de unas sombras que ya no existían. Ciertamente; se alegraría con la marcha.

Pero cuando faltaban unos días— para el despegue, Kellon volvió a visitar la vieja casa, y estaba meditando sobre ella cuando una voz sonó a sus espaldas:

—Perfecta —dijo Borrodale—, es una reliquia perfecta.

Kellon se volvió, en cierto modo, sobresaltado y con espanto. Los ojos de Borrodale resplandecían de interés a medida que inspeccionaba la casa. Luego se volvió hacia Kellon.

—Estaba dando un paseo, capitán, y al verle venir hacia aquí se me ocurrió seguirle. ¿Es aquí donde venía usted tan a menudo?

Kellon, sintiéndose un poco culpable, trató de eludirle.

—He venido unas cuantas veces.

—¿Por qué ha querido ocultarnos esto? —exclamó Borrodale—. Desde aquí podemos rodar un formidable reportaje final. Es una antigua y típica casa de la Tierra. Roy se encargará de vestir a los Players con atuendos de aquella época y los filmaremos haciendo la clase de vida que entonces llevaban...

Kellon, inesperadamente, sintió una violenta reacción.

—No —dijo con aspereza. Borrodale arqueó las cejas.

—¿No? Pero, ¿por qué razón?

Efectivamente, poco podía importarle a Kellon que se posesionaran de la casa, que se burlaran de su vetustez y falta de condiciones, posando ridículamente ante las cámaras vestidos con trajes a la moda antigua para hacer un espectáculo con todo ello. ¿Qué podía importarle a él para quien tan poco significaba este olvidado planeta ni nada de lo que había en su superficie?

Sin embargo, en sus adentros había algo que se sublevaba contra lo que pudieran hacer aquí.

—Podríamos vernos obligados a despegar de pronto —dijo—. Si se vienen todos

ustedes hasta aquí, podría implicar un peligroso retraso.

—¡Pues usted mismo dijo que aún faltaban unos días! —exclamó Borrodale, y luego añadió firmemente—: Capitán, no comprendo por qué quiere obstruir nuestra labor. Pero puedo recurrir a otra autoridad por encima de la suya.

Se marchó de allí y, Kellon pensó de mal talante que si Borrodale enviaba un mensaje al Cuartel General de Astrografía se iba a salir con la suya y él quedaría en muy mal lugar.

Se sentó en la terraza y estuvo recreando su vista hasta que cayeron las sombras de la noche. La Luna se alzó blanca y resplandeciente pero, esta noche, la atmósfera no estaba en calma. Un viento seco y abrasador había comenzado a soplar y al remover las altas hierbas hacía que las laderas y planicies dieran la vaga impresión de estar vivas. Era como si hubiese empezado a latir un pulso extraño en el aire y en el suelo, como si el Sol llamara a su hija la Tierra y ésta se esforzase por responder. La casa se ofrecía como de ensueño a la luz de plata y las flores del jardín emitían un susurro.

Cuando regresó Borrodale, su regordeta figura negra se recortaba a la luz de la luna.

—He comunicado con su cuartel general —dijo con aire triunfante—, y me han concedido plena cooperación. Mañana haremos desde aquí nuestro primer reportaje.

—No —dijo Kellon poniéndose en pie.

—Kellon, no puede ignorar una orden...

—Mañana ya no estaremos aquí —agregó Kellon—. Soy yo el responsable de sacar la nave de la Tierra con un amplio margen de seguridad. Despegaremos a primera hora de la mañana.

Borrodale guardó silencio por un momento, y cuando habló su voz llevaba un tono perplejo.

—No hay duda de que está usted adelantando las cosas para impedir nuestra emisión. La verdad, no comprendo su actitud.

Claro que no lo comprendía, pensaba Kellon, pero ¿cómo hacérselo entender? Permaneció un rato en silencio Borrodale le miró a él y luego a la vieja casa.

—Sin embargo, tal vez le comprenda, Kellon —dijo Borrodale pensativo, después de un momento—. Usted ha estado viniendo aquí solo con bastante frecuencia. El hombre puede encariñarse demasiado con los fantasmas...

—No diga disparates —objetó Kellon bruscamente— Vale más que regresemos a la nave. Tenemos mucho que hacer antes de despegar.

Borrodale no pronunció palabra mientras hicieron el camino de vuelta por el valle plateado por la luna. Se volvió a mirar una sola vez, pero Kellon ni siquiera giró su cabeza.

Doce horas más tarde despegaron de la Tierra, en una mañana triste y ominosa a causa de las nubes que se agolpaban veloces. Kellon sintió un ligero alivio cuando rebasaron la atmósfera y se internaron en la estrellada negrura sin fondo. El espacio

era su elemento, al que él pertenecía. Recibiría una dura reprimenda por su arbitraria decisión final, pero no le importaba.

Situó la nave en una órbita calculada y se puso a esperar. Debían transcurrir varios días antes de que llegara el fin de la Tierra. El blanco Sol aparecía ahora mucho más cerca, y su «Luna» se había alejado de él en una nueva falsa órbita, pero aun así pasaría algún tiempo antes de que pudieran retransmitir a la expectante galaxia el fin de su ancestral mundo.

Kellon permanecía parte del tiempo en su camarote. Los preparativos que estaban teniendo lugar, a medida que se aproximaba el gran momento, le producían náuseas. Deseaba que todo hubiera terminado ya. Pensaba que le iba a ser insoportable.

Cuando faltaba una hora y veinte minutos para la «Hora E», pensó que debía salir al puente para presenciarlo. Allí habían sido instaladas las cámaras móviles, y se encontraba abarrotado por Borrodale y por cuantos pudieron entrar allí. A Borrodale le habían encomendado la emisión de la última hora y, al parecer, los demás estaban resentidos.

—¿Por qué has de presentar tú solo el reportaje final? —se quejaba amargamente Lorri Lee a Borrodale—. Eso no es justo.

Ouayle defendía el mismo punto enfadado.

—Será presenciado por el mayor público de la historia —decía— y todos deberíamos tener la oportunidad de hablar.

Borrodale les contestaba y las voces subían de tono. Kellon se daba cuenta de que los técnicos de la emisión parecían preocupados. Tras ellos, por la ventanilla filtrante, veía a la motita oscura del planeta que se iba acercando a la estrella blanca. El Sol la había llamado, y la Tierra, con acelerada ansiedad, estaba recorriendo los últimos pasos de su larga carrera. Mientras tanto, el clamor levantado por las voces de protesta hizo que Kellon montara en repentina cólera.

—Escuchen —les dijo a los técnicos de la emisión—. Cierren toda clase de sonido. Que aparezca sólo la imagen.

Aquellas palabras hicieron callar a todos. Finalmente, Lorri Lee protestó:

—¡Capitán Kellon, no puede hacer eso!

—Puedo hacerlo y lo hago. Cuando navegamos por el espacio asumo el mando absoluto —dijo.

—Pero este reportaje necesita un comentario...

—Por Cristo —dijo Kellon con desgana—, callen todos ustedes y dejen morir en paz a ese planeta.

Les volvió la espalda. Ni siquiera oía sus voces de resentimiento, ni cuando guardaron todos un impresionante silencio y se pusieron a contemplar la escena a través de las ventanillas filtrantes, como la estaba contemplando él, la cámara y toda la galaxia.

¿Pero qué faltaba por ver sino una motita oscura casi engullida por los brillantes

vapores del Sol? Pensó que las piedras de la vieja casa debían estar ya empezando a volatilizarse, ahora que los vapores de luz y fuego ocultaban casi por completo al insignificante planeta, atraído por la llamada de los suyos.

Kellon pensó que, en aquel momento, todos los átomos de la vieja Tierra estaban siendo liberados para mezclarse con el ente solar; todo lo que antaño fuera Ross y Jennie, Shakespeare y Schubert, alegres flores y sonoros ríos, océanos, rocas y vientos, volvían a fundirse con el ser que les dio vida.

Seguían contemplando en silencio, pero ya no quedaba nada por ver; nada en absoluto. También en silencio, la cámara fue desconectada.

Kellon dio una orden e inmediatamente la nave salió de su órbita para comenzar el largo camino de retorno. Ya se habían marchado todos de allí, excepto Borrodale. Sin volverse siquiera le dijo:

—Ahora ya puede enviar sus quejas al cuartel general. Borrodale sacudió la cabeza.

—No formularé ninguna queja, capitán. El silencio puede ser el mejor réquiem para todo. Ahora me alegro de que haya sido así.

—¿Que se alegra?

—Sí —añadió Borrodale—. Me alegro de que, al fin la Tierra haya tenido un verdadero funeral.